La jugada del tapir

Una historia de Amazonia, fútbol y hamacas

Leonardo Poggi

Miki Fossati

Laura Molina

Novela traducida del italiano con Claude (Anthropic) y Kimi (Moonshot AI)

Título original: *La mossa del tapiro*

Primera edición italiana: noviembre de 2014

ISBN de la edición italiana: 978-88-909172-6-4

Foto de cubierta: Paul B. Jones (Ottawa, Canadá), https://www.flickr.com/photos/paulbjones/

Copyright © 2014, Leonardo Poggi, Varazze; Miki Fossati, Whitstable; Laura Maria Bosi, Calco

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los acontecimientos son fruto de la imaginación de los autores, o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con hechos o lugares reales, o con personas reales, vivas o que hayan existido, sería puramente casual.

dedicado a todos los no contactados

zero

Esta historia no acaba bien, yo lo sé. Qué naturaleza ni qué nada, qué armonía del hombre y del cosmos, qué recuperar los ritmos primordiales, yo me muero en esta selva de mierda, me muero aquí y nadie sabrá jamás dónde fui a parar, qué naturaleza ni qué nada, me muero aquí de hambre y de sed, cuánto se tarda en morir, uno se muere antes de sed, se sabe, pero todavía me quedan dos dedos de agua pero las arañas, no había pensado en eso cuando pensaba en la naturaleza, ojalá hubiera sido un jaguar —ay dios habrá jaguares aquí— mejor un jaguar pero no las arañas no quiero morir comido por las arañas, entonces mejor una serpiente, como esas de las que me hablaba mi abuela que no te da tiempo ni de decir entero el nombre de jesucristo y ya estás muerto, mejor eso que las arañas.

Miró a su alrededor, en la hierba espesa, para ver si acaso la serpiente ya estaba al acecho. Los pensamientos se le iban desconectando, el hambre, el cansancio, la sed. Se agarró la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas, quizá era mejor dejarse morir ahí, qué otra cosa podía hacer.

Capítulo 1

1.0

Todo depende.

—Es cuestión de… antes de juzgar hay que considerar el error de… —dijo Antônio.

—Perspectiva —propuso Eduardo, el segundo entrenador.

—Sí, eso. Y desde nuestra perspectiva nuestra barrera parece puesta malísimamente. Pero lo que cuenta es la perspectiva del arquero.

—¿Tú crees? Yo creo que la barrera está mal puesta de verdad. Pero Antônio ya no lo escuchaba. El tiro raso del centrodelantero había pasado junto a la barrera sin dignarse siquiera a mirarla y parecía destinado abajo, junto al palo izquierdo del arquero. Pero el arquero, cuyo punto fuerte no era la colocación de la barrera, era en cambio un ágil volador y se había estirado en el momento justo. En aquel instante, que Antônio había fijado fotografiándolo con el pensamiento, desde su perspectiva parecía que iba a lograr desviar la pelota con la punta de los dedos. Desde la perspectiva del centrodelantero, que daba saltitos impaciente conteniendo las ganas de festejar, probablemente parecía que la pelota iba a acabar dentro. Y desde la perspectiva de las tribunas quizá podía parecer que el tiro iba a terminar directamente en el palo, o afuera. Todo depende. Después, en cierto momento, la pelota acaba afuera, o en el palo, o en los dedos del arquero, o en la red, y ya no depende.

1.1 Radio

—¡Eh, Antônio! —lo saludó João, el portero de la radio—. ¿Cómo salió el partido?

—Depende —respondió Antônio Carlos Rocha de Almeida, conocido por todos simplemente como Antônio, sin darse cuenta siquiera de cuánto esta respuesta tan previsible le arrancaba enseguida una sonrisa a João—. Si me preguntas por el resultado, trabajas en la radio así que lo sabrás mejor que yo, el resultado. Así que no me estás preguntando por el resultado, y entonces te digo que el partido salió bien: los esquemas dieron sus frutos, tenías que haber visto la cara de los muchachos cuando vieron que el pulpo agresivo funcionaba una y otra vez. Por otro lado los esquemas defensivos necesitan todavía mucho trabajo. Depende de qué lado lo mires, en fin.

Como siempre, el primer acto de Antônio apenas entraba en la radio, con los acostumbrados veinticinco minutos de anticipación sobre el inicio del programa, era encender la computadora. Como siempre, la computadora estaba apagada. Y era lenta. Desde que apretabas el botón de encendido hasta que podías empezar a usarla pasaba una eternidad. Como siempre, Antônio empleaba esta eternidad en pensar: la computadora apagada es la metáfora perfecta de su curiosidad hacia el mundo. Era un pensamiento breve, que Antônio había articulado ya cientos de veces. Y sin embargo, en el larguísimo tiempo que iba del encendido a cuando la computadora era utilizable, Antônio no pensaba
en otra cosa. No obsesivamente, como el «no por mucho madrugar amanece más temprano» de *El resplandor*. Ni tampoco con perífrasis cada vez distintas. No, apretaba el botón, clavaba la vista en la pantalla y pensaba, de una sola lentísima vez: la computadora apagada es la metáfora perfecta de su curiosidad hacia el mundo. Lo único que cambiaba era la música que acompañaba esta espera, música que Antônio percibía distraídamente, con el rabillo del oído, y que cada vez era distinta porque Isabel, la conductora del programa anterior al suyo, había apostado consigo misma a no poner nunca dos veces el mismo tema. Nunca.

—¿Y si te gusta? ¿Por qué no lo vuelves a escuchar? —le había preguntado una vez Antônio.

—Lo recupero con la memoria y me lo escucho con los oídos de la mente —le había respondido ella.

Después la computadora se encendía y Antônio podía iniciar la conexión a internet. Ahí también había que esperar, pero el croar del módem hacía la espera más agradable: era el chirrido del mundo que venía a su encuentro, con todas sus informaciones. Antônio empezaba la acostumbrada vuelta al mundo: La Nación, Público, CNN, BBC, El Mundo, Repubblica, Le Monde. Tenía facilidad para los idiomas: inglés y español los había estudiado en la escuela, y si hablabas inglés, español y portugués también leer francés e italiano era factible, aunque le pesaba no haber estudiado nunca alguna lengua exótica como el árabe o el chino porque entendía que así, por amplia que fuera, su visión del mundo era de todos modos limitada. La computadora cargaba las páginas con lentitud, pero a Antônio no le importaba: a medida que las noticias aparecían en la pantalla empezaba a leer y a tomar apuntes en su libreta.

También aquel día, como siempre, al cabo de veinte minutos Isabel le apoyó una mano en el hombro, le dijo «te toca» y lo dejó solo frente al micrófono, mientras sonaba la enésima canción que Isabel había puesto por primera y última vez en su vida. Viéndola alejarse, Antônio pensó que esto de poner cada vez una canción distinta debía de ser un síntoma de gran curiosidad intelectual (quién sabe de dónde saca las ideas, eso sí: la computadora está siempre apagada). Y, en cierto modo, también lo de cambiar siempre era un esquema fijo, y a Antônio los esquemas le gustaban. Se sentó en el sillón verde oliva, reguló el micrófono, echó un último vistazo a los apuntes, esperó a que las no-

tas de «Smooth», de Santana y Rob Thomas, se fueran apagando, y después arrancó con su noticiero globa-local.

—Buenas tardes a todos. Empezamos nuestra revista de prensa de hoy, tres de noviembre de 1999, con una noticia que interesará a los amigos del bar Rainha da Inglaterra de la Avenida General Gurjão: faltan pocos días para el referéndum con el que los australianos elegirán si seguir bajo el reinado de Isabel II o no. Así de entrada a mí me parece una locura, ¿qué me dicen? Claro que la echarán a patadas, ¿qué tiene que ver la Reina de Inglaterra con Australia? Pero después pienso que el mundo necesita reglas y certezas y que a veces hasta la más absurda de las reglas te da más consuelo que la ausencia de certezas, y entonces pienso que a lo mejor, quién sabe, los australianos elegirán quedarse con la Reina. ¿Ustedes qué piensan?

Su voz era cálida y persuasiva, siempre había sido así desde que era muchacho, y después de las primeras vergüenzas adolescentes de esta voz siempre se había sentido muy orgulloso. En estos tres años de trabajo en la radio, además, había perfeccionado el timbre y el estilo, y a esas alturas estas vibraciones en los tonos bajos infundían enseguida en todos los oyentes una sensación de placer.

—A los habitantes de la Rua Noruega, en cambio, les alegrará saber que en estos días en Oslo, capital de Noruega, se celebró el encuentro entre líderes israelíes y palestinos, con el presidente de los Estados Unidos Clinton haciendo de maestro de ceremonias. Clinton se reunió después también con el nuevo primer ministro ruso, un tal Vladimir Putin. ¿Qué dicen, será la vencida? ¿Paz y amor para todos? No sé, yo miro la foto de Barak y Arafat dándose la mano y lo único que logro pensar es que la misma foto dos de estos tres señores ya se la hicieron hace algunos años y no cambió nada. Pero la gente de la Rua Noruega es gente que piensa en positivo, lo sé, así que sigamos esperando.

Se tomó una pausa y sonrió. Nunca estaba del todo seguro de su sentido del humor, pero esta le había parecido una buena salida, bravo Antônio. Un clic del mouse, una página que se cargaba siempre muy lentamente y…

—Y ahora, por desgracia, una noticia que golpea de cerca a los habitantes del barrio del aeropuerto y a todos nosotros: se suspendió la búsqueda de eventuales supervivientes del vuelo EgyptAir 990, implicado ayer en un desastroso accidente frente a Nantucket, Massachusetts. Las tragedias del aire golpean siempre con dureza nuestro imaginario y la idea que nos hemos hecho de nosotros mismos como dominadores de la naturaleza por medio de la ciencia. Y golpean de manera todavía más dura a una ciudad como la nuestra, casi por completo aislada por tierra y que tanto necesita de los aviones para conectarse con el resto del país. Nuestros pensamientos van a los familiares de las víctimas.

El silencio que siguió fue, por una vez, la conclusión natural de lo que acababa de decir y no el extraño intervalo que, por lo general, señalaba que Antônio estaba continuando algún soliloquio dentro de su propia cabeza.

—De todos modos —retomó Antônio. El timbre de su voz había bajado una octava, volviéndola todavía más atractiva—. La vida está hecha de altos y bajos. A veces los bajos son bajísimos y a veces quien nos ayuda a volver a subir es la buena música. Y cuando la música es buena, se la puede escuchar hasta dos veces seguidas, querida Isabel, que así quizá se fija mejor en la memoria. Dedicada a ti, y a todos los habitantes de la vecina ciudad de Santana: «Smooth».

Las notas de «Smooth» se fueron apagando y Antônio dio paso a las llamadas. Mejor dicho: a la llamada. Sí, porque en su vida algunos esquemas eran menos buscados que otros: algunos parecían tener un sentido universal, de otros te preguntabas «¿pero por qué?». Y la primera llamada del programa, siempre, era la de Teresa.

—Antônio, qué palabras tan lindas. Tan tristes pero tan conmovedoras. Y qué elección de la música tan perfecta, déjame decírtelo.

—En realidad este tema lo eligió Isab…

—Fue una elección acertadísima, mira, estaba por ponerme a llorar. De todos modos no llamé por la tristeza, sino por la alegría. Mira, tú sabes que yo no sé nada y las cosas del mundo nos las enseñas tú con esa linda voz, pero igual quería decir que lo de Noruega y Palestina que por fin hacen las paces es una noticia bellísima, que nos da tanto consuelo y esperanza, gracias por habérnosla contado. El asunto de la reina de Australia, en cambio, no lo entendí bien, no entendí cómo hace un pueblo para decirle a un rey «ya no te queremos», pero igual me parece una linda cosa. Chau Antônio, que pases una linda tarde. En cambio, pensó Antônio.

—Gracias, Teresa, buenas tardes para ti también.

1.2 Escuela

En Macapá hay un bar para cada cosa. Hay un bar para cuando se tiene sed, hay un bar para cuando uno se siente solo, hay un bar para cuando se quiere repartir golpes. Hay bares que se esfuerzan por ser elegantes y bares de mala fama. Y después estaba el bar debajo de la casa de Antônio, con un televisor en el rincón que transmitía siempre algún evento deportivo, fuera en directo o en diferido.

Antônio lo frecuentaba no porque le gustara beber, ni porque le cayera especialmente bien Louis el barman, un hombrón sudoroso que tenía la aburrida costumbre de abandonar sus cigarrillos de menta fumados a medias en el borde desportillado de la barra, dejándolos consumirse en espirales de humo azulado. Y tampoco lo entusiasmaban las *caipirinhas* que Louis preparaba abundando en hielo y azúcar para ahorrar en *cachaça* y lima. Iba seguido simplemente porque le gustaba mirar los partidos en compañía, aprovechando para exponerles sus teorías a los parroquianos. Aquella noche una televisión local estaba retransmitiendo un partido de vóleibol. ¡Y qué partido! La final de la Liga Mundial entre Italia y Cuba de unos meses atrás. Antônio se sentó en la barra y pidió una cerveza, que por lo menos no estaba aguada.

—A ver. ¿Ven el movimiento que acaba de hacer ese jugador, cruzándose con aquel otro? —le dijo Antônio al desconocido que tenía a su derecha, pero más que nada a sí mismo—. ¿Creen que es casual? Nada es casual en el vóleibol. Ustedes me preguntarán: pero cómo hacen en un milisegundo para haberlo decidido todo, y yo les respondo que no decidieron nada de nada, como uno no decide tirarse al suelo si oye disparos. ¡Bum! Al suelo. Es instinto.

El vóleibol había sido siempre un gran amor de Antônio, la selección italiana en particular. Más alto que la media y bien dotado físicamente, había pasado su juventud alternando la red de media cancha con la de las porterías. Pero el vóleibol es un deporte cruel: tienes que ser realmente alto, mucho más alto que Antônio, y para jugar tienes que tener muchos amigos, tiene que hacer buen tiempo y hay que encontrar una cancha libre. Con la pelota es más fácil, uno como Antônio salía ganando y bastaba un amigo para empezar un partido, incluso bajo la lluvia.

—Pero protegerse de los disparos es una cosa, jugar un segundo tiempo milimétrico en zona tres es otra, cómo va a ser instinto eso, me preguntarán —siguió diciéndole Antônio al hombre que tenía a su derecha, sin darse cuenta de que el de antes se había levantado sigilosamente y se había ido, y el desconocido al que le estaba explicando el vóleibol era otro—. Y yo les respondo que se vuelve instinto. Pruebas, pruebas, vuelves a probar todos los esquemas posibles y también los imposibles hasta que se vuelven instinto, hasta que tu cuerpo los sabe como sabe que el esquema prevé inspirar y después espirar, y después otra vez inspirar y espirar siguiendo el ritmo, pero si de repente, inesperado, llega un cuerpo extraño: ¡achís! Esto es el vóleibol: un estornudo instintivo en el momento justo. El desconocido (¿el mismo de antes? ¿Otro más? Y quién podía decirlo, para saberlo habría hecho falta mirarlos con un mínimo de atención) le echó una mirada perpleja, sacudió la cabeza y siguió bebiendo a sorbos su *cachaça*.

—Y les digo esto —al día siguiente Antônio les hablaba en la escuela a sus alumnos mientras jugaban tratando de aplicar sus esquemas, y el flujo de pensamientos de la noche anterior no se había interrumpido todavía—, aunque les parezca sorprendente, Brasil es una nación en crecimiento. Y nada mostrará más claramente nuestro crecimiento que el dominio en el vóleibol. ¡Álvaro! ¡Te dije mil veces que la zona uno se defiende con el pie derecho adelante! Todos ahí pensando que solo somos capaces de bailar la samba y jugar a la pelota, y nos elogian por el fútbol espectáculo y la fantasía. Y en cambio ahora que por fin entendimos cómo funciona el mundo, cuáles son los esquemas que regulan su esencia, triunfaremos en el deporte más esquemático de todos. ¡Quieto con los brazos en el bloqueo, Enrique! Basta con todos estos cuartos puestos. La inventiva nos llevó durante años a

las semifinales, pero llega un momento en que la inventiva ya no basta, hacen falta los esquemas. Y yo veo que lo entendimos. Que ustedes lo entendieron. Lo veo cuando miro un partido en la tele. Cuando voy al polideportivo a ver al Macapá. Cuando los miro a ustedes. ¡Bravo George, así, perfecto! Los únicos que todavía no entendieron son los de la federación, ay de mí, se les escapó Bebeto, ¡qué desgracia! Pero cuando lo entiendan, cuando elijan a un entrenador que respire esquemas, uno como Bernardinho por ejemplo, bueno, a esas alturas para las demás naciones del mundo será una dura lucha por el segundo puesto.

—¿Y el fútbol? Me preguntarán ustedes —cambió de tema al vuelo Antônio, entrando en la cancha con la pelota de fútbol mientras sus alumnos seguían jugando al vóleibol. A esas alturas ya nadie se asombraba de él, ni siquiera los chicos de primero el primer día de clase, debidamente informados ya de la existencia de un profesor de gimnasia loco que se ponía a explicar los esquemas del waterpolo mientras sus estudiantes jugaban al fútbol, imponía partidos de vóleibol con la pelota de rugby y así sucesivamente—. El fútbol es lo mismo, pero es todavía más. Es la más precisa…

—¿Metáfora, profe? —lo interrumpió George, su mejor alumno.

—Sí, eso, la más precisa metáfora de cómo debería ser la vida: luchar juntos por un resultado, cada uno con el aporte que sus capacidades permiten, sacrificarse por los demás pero saber ser individualistas, saber sufrir más allá de los límites que tu cuerpo parece imponerte, alegrarse juntos por las victorias y aprender, siempre juntos, a no desesperarse por las derrotas. Pero, ojo, dije: debería. En la vida, lo sé, no me gusta pero lo sé, hay mucho espacio para el egoísmo. Pero en el fútbol a esta altura no, por suerte. Y si no lo entendemos, mejor dicho, si ustedes no lo entienden, del Mundial se olvidan hasta el 2100.

—Pero entonces, profe, ¿a qué jugamos? ¿Al vóleibol o al fútbol? —preguntó desafiante George.

Pero Antônio estaba mirando hacia afuera, perdido en sus pensamientos, y ni siquiera oyó la pregunta. Veía los esquemas del vóleibol encajarse en las canchas de fútbol, oía las palabras de Julio Velasco, el histórico entrenador de los primeros triunfos italianos, retumbar en su cabeza: «Las excusas, nuestros jugadores son buenísimos para inventarse excusas», imaginaba un equipo donde el sufrimiento del rugby, o del waterpolo, fuera el motor de cada jugador, donde la cortante precisión de los esquemas pudiera mezclarse con la inventiva de su pueblo, donde…

—¿Profe? —George agitaba una mano delante de los ojos de Antônio con una expresión vagamente preocupada, devolviéndolo de golpe a la tierra.

—¿Sí? —respondió Antônio un poco avergonzado.

—¿Jugamos al vóleibol o al fútbol?

—Depende.

1.3 Estadio

Dejada la escuela y después de haber almorzado como cada jueves en casa de su madre, que nunca dejaba de proveerlo además de un paquete de dulces «para la merienda», Antônio recorría en bicicleta la avenida que separa los dos estacionamientos del estadio Zerão, rumbo a la sesión de entrenamiento de la tarde.

Pintadas en el suelo, una línea amarilla y una verde marcan la mitad de la calzada y sobre todo, como saben todos en Macapá, señalan la presencia de esa línea poderosa e imaginaria que es el ecuador. Un ecuador que no se detiene ante nada: sobrevuela sin miedo el Río Amazonas, corre veloz hacia el continente, atraviesa el horrible monumento erigido en su nombre frente a la entrada del estadio, salta con agilidad el viejo muro perimetral cuyo azul original ya ha sido descascarado por la lluvia, por el calor y por las decenas de manos que han dejado todo tipo de inscripciones, divide en dos las gradas construidas en 1990 y desde entonces siempre poco concurridas y, lo más importante, le agradece a quien proyectó el estadio el haber hecho que la línea de mediocampo corriera precisamente entre los dos hemisferios, convirtiendo al Zerão en un lugar único en el mundo.

Antônio siempre había preferido el hemisferio sur, siempre se había sentido más del sur, quizá por el «Sur» de «Sudamérica»; la parte sur del estadio había sido siempre la que prefería, a pesar de ser la más soleada: era al sur donde habían puesto el banco del equipo local, y cada vez que jugaba de aquel lado sentía que su equipo no estaba solo defendiendo un área o una portería, era el hemisferio sur entero el que cada vez estaba en juego, el que era amenazado por los envíos rivales y puesto en peligro por los tiros libres del norte. Y también mientras pedaleaba tranquilo y perdido en sus pensamientos, por instinto recorría la calle arruinada por mil baches yendo en contramano por el carril izquierdo, al sur, justamente.

La calle que llevaba al estadio Zerão era la cámara de descompresión de su vida: la tomaba esquivando lagartijas y matas de hierbajos, pasando entre los muros descoloridos amarillos y anaranjados del barrio pobre que rodea el estadio; la recorría todavía inmerso en sus problemas en la escuela, en sus facturas siempre demasiado caras, en las mujeres esquivas que se hartaban siempre demasiado pronto de él y de sus largos discursos, en un mundo en el que el dinero valía demasiado y las relaciones humanas ya no valían nada. Pero después la vista del muro azul del estadio lo serenaba, y en esos pocos cientos de metros que lo separaban de la puerta de hierro de entrada su cotidianidad se purificaba de todo pensamiento negativo y los valores ideales del fútbol se abrían camino dentro de él. El momento en que se bajaba sudado de la bicicleta con las llaves ya en la mano era el momento en que su existencia le parecía más completa: ahí estaba Antônio, nada más y nada menos que el entrenador del Macapá Futebol Clube, en su cabeza el equipo de fútbol más importante del planeta.

Hasta el ruido siniestro de los viejos goznes oxidados era motivo de felicidad: era el estadio que lo recibía con su voz ronca y le decía «hola». Del otro lado del muro el mundo cambiaba, cambiaban los colores y cambiaban también los olores. El olor tan típico de vestuario y de hormonas masculinas sueltas se mezclaba con el del cuero de las decenas de pelotas y con el del pasto, tan raro en el barrio, que se destacaba punzante sobre todo lo demás. A Antônio le encantaba llegar temprano al entrenamiento, le encantaba dar una vuelta por los vestuarios donde a menudo recogía los objetos olvidados por los muchachos de los otros equipos, le encantaba llevar lentamente las pelotas a la cancha —naturalmente a la parte sur— y contemplar desde la puerta de entrada las gradas, un único bloque trapezoidal construido al oeste del campo. «Las gradas vacías tienen una energía propia» era quizá la frase que Eduardo, su segundo entrenador, le había oído pronunciar más veces. Antes de cada entrenamiento una escena se repetía siempre igual a sí misma: Eduardo entraba en el vestuario donde encontraba a Antônio atareado en algún asunto y preguntaba:

—¿Ya estás aquí?

—Me gusta llegar temprano —respondía invariablemente Antônio—. Las gradas vacías tienen una energía propia.

—¿Y qué energía? —le respondía Eduardo cuando se sentía con ganas de polemizar, respaldado por sus estudios en la carrera de física abandonada años antes—. ¿Potencial? ¿Cinética? Pregunta ante la cual Antônio reaccionaba a menudo con un encogimiento de hombros y alguna que otra vez con el enésimo «sermón», que así llamaba Eduardo a los largos monólogos de Antônio:

—No te tienes que anclar a un concepto de energía tan estrecho como el que enseñan en los pupitres de la escuela. Cuando te enamoras de una chica linda, ¿qué sientes adentro? ¿No es energía eso? ¿Y cuando todo sale como tiene que salir y nuestro equipo juega bien, ya sé que no pasa muy seguido, pero alguna vez sí, qué es lo que los empuja? ¿Les has visto los ojos? ¿Quieres negar que eso sea energía? ¡Todo es energía! ¡Todo! Y te aseguro que las gradas de este estadio perdido en la punta del país más absurdo del mundo, estas gradas tienen una energía propia incluso cuando están vacías. ¡Y si dejaras de tener esa actitud científica sobre todos los temas estoy seguro de que tú también lograrías percibirlo! Llegado este punto el encogimiento de hombros de Eduardo era casi obligatorio, seguido casi siempre de una sonrisa, de una palmada en el hombro y de un:

—¿En qué te puedo ayudar, Antônio?

1.4 Macapá

Las tardes de Macapá pueden ser de dos tipos: perezosas o muy perezosas.

No hay silencio: siempre hay gritos de pájaros y los niños juegan y alborotan sin que nadie los moleste incluso a las dos de la tarde. Y siempre está, lejana o cercana, la voz de una radio o de un radiecito que transmite música, siempre. En el autobús, en la taberna, en el aeropuerto, en el mercado, en la calle desde las ventanas abiertas, la música está en todas partes. Los más ricos y más afortunados, que por desgracia son a menudo también los más canallas, se encierran en sus automóviles de gran cilindrada, ponen la música y el aire acondicionado al máximo y empiezan a circular lentamente por la ciudad, para controlar sus territorios o simplemente para escapar de sí mismos.

Macapá se encuentra en la región de Amapá, y Amapá en la lengua de los tupí, la antigua población indígena ya extinguida que habitaba a lo largo de la costa, significa «lugar de la lluvia». Si llegas por ahí de agosto a diciembre, durante lo que los habitantes llaman la estación del polvo, quizá te preguntes por qué. Hace calor, mucho calor, y las tardes son perezosas. No llueve mucho, y cuando llega una rociada de lluvia uno se pone contento porque el calor afloja por unos momentos su presa. Pero quédate en Macapá hasta el final del año y entenderás por qué tiene ese nombre: en la estación del barro llueve mucho, muchísimo. Cuando llueve las tardes se vuelven muy perezosas. Son tardes largas, intercaladas de cafés o de guaraná, acompañadas por el golpeteo de la lluvia sobre los techos de chapa de las casas y por el olor del río, inconfundible. Los coches con aire acondicionado se ven obligados a quedarse estacionados porque a menudo las calles se vuelven impracticables y al desierto del sol cegador lo sustituye un desierto de barro. Un desierto imperfecto, sin embargo, porque incluso con la lluvia, a menos que se trate de un verdadero temporal, los niños pueden jugar al fútbol.

Juegan bajo la lluvia los niños del Bairro Central, incluso juegan con zapatos e incluso alguna vez sobre pasto. Juegan bajo la lluvia también los niños del Bairro do Laguinho, donde el tristemente célebre Pretinho, hijo de esclavos, en un tiempo no muy lejano andaba armado de mediodía a las seis y si te encontraba en la calle te tiraba a un pozo. Juegan todos bajo la lluvia en el Bairro do Trem, donde tiene su sede el Ypiranga Clube, y juegan grandes y chicos, a pesar del agua y del barro, sobre las pasarelas de los palafitos de las *baixadas*, la zona más pobre de la ciudad, donde además del fútbol y de la samba hay poco más que pueda dar alegría (pero el fútbol por suerte da mucha). Nadie juega en cambio en la calle en el barrio de Beirol: son todos demasiado serios, las calles están en orden y no se inundan, no hay lugar para el fútbol.

El único que anda entre mediodía y las seis, con cualquier tiempo y desde hace sesenta años, es Mendonça, a quien en el barrio de Pacoba todos conocen y de algún modo respetan. Pacoba significa «banana», y justamente a cambio de una banana Mendonça les puede contar la historia del primer avión que llegó a Macapá. Dice que lo recuerda en persona, pero naturalmente no es cierto: es solo una tradición oral posmoderna que algún pariente suyo le transmitió, quizá su padre.

—Era el 18 de marzo de 1922, víspera de la asunción de San José —cuenta con su voz estentórea Mendonça—, y un hidroavión rumbo a Buenos Aires hizo un aterrizaje de emergencia; vengan, síganme… Toma la Avenida Pará, que a pesar del nombre es poco más que un senderito embarrado, y sube hasta arriba. Señala con el dedo hacia el este, el río se ve apenas en el horizonte:

—Allá, justo allá. Sus ojos miran a lo lejos, una jugada estudiada; finge pensar en una historia que recuerda perfectamente y que habrá contado cien mil veces.

—Eran las siete de la mañana y los pescadores estaban volviendo normalmente a sus muelles. De repente el silencio de la mañana se rompe, y se rompe desde arriba. Mis ojos se alzan al cielo y oigo

a alguno de los pescadores gritar «¡Avión!». Ya había oído hablar de eso —qué bien miente Mendonça—, pero nunca había visto uno. El viejo retoma:

—Una vieja mulata se pone a gritar «¡El fin del mundo! ¡Es el fin del mundo!», todos se arrodillan y empiezan a pedir perdón por sus pecados. Sonríe; quizá el pensamiento de la ciudad entera arrodillándose frente al gran pájaro de metal todavía lo divierte.

—El viejo Marcelo, que todos creían paralítico, se pone a correr en círculos gritando avemarías; el comandante de la Guarda Nacional rompe a llorar y le confiesa a su mujer que la engañó; la mujer lo perdona públicamente entre el júbilo de los presentes; las campanas de São José doblan a muerto. Al frente del grupo de valientes en las canoas va Cirilo José Simões, será el primero en llegar al avión y encontrará a los dos pilotos alemanes preocupados por la llegada de toda esa gente: el avión no habría aguantado el peso. Siempre, en este punto de la historia, Mendonça se toma una pausa, pela la banana y se la come lentamente, agradeciendo continuamente por el regalo. Las bananas pacoba son las más dulces, pero no todos las saben reconocer.

—El avión es trasladado cerca de la fortaleza y la tarde del día siguiente se organiza una verdadera procesión para visitarlo. Están todas las familias más notables, las autoridades y todas las clases sociales. Las monjas del Colégio de S. Maria llevan a sus muchachos a ver ese prodigio de acero y los muchachos no hacen más que preguntar. Alexandre Vaz Tavares, el prefecto de la época, decreta dos días de fiesta, y es por eso que todavía nos acordamos. Y si acaso alguien le preguntara qué fue del avión, él cortaría en seco, fastidiado:

—Diez días. Diez días estuvo aquí, después llegó el combustible y volvió a partir en medio de una tormenta.

No sabrán nada más de Mendonça.

1.5 Isabel

Llovía. En noviembre, en la estación del polvo, no llueve casi nunca y sin embargo llovía.

En días como aquellos el bar habría podido tranquilamente quedarse cerrado por lo menos hasta el mediodía, porque a nadie le daban ganas de beber algo cuando llovía así. No era de esa opinión Ana Maria, la dueña, para quien tener un bar era una especie de misión divina: «¿Qué decía Jesucristo? ¡Dar de beber al sediento! No decía de quedarse en casa esperando el sol, ¿no? ¡Dar de beber al sediento!» La lluvia de aquella mañana era caliente, gris y batiente, traía consigo el olor del río y amortiguaba los ruidos de la calle, de algún raro automóvil, de algún raro transeúnte que corría reteniendo sus maldiciones contra el tiempo: «No debería llover tanto en noviembre.»

Maria Isabel Barbosa, colega de Antônio en la radio, estaba de pie detrás de la puerta del bar, miraba la calle, hablaba sola y su aliento se condensaba en un círculo perfecto sobre el vidrio. Sus ojos de un azul tan claro que parecían casi blancos miraban con curiosidad el polvo de la ciudad que se transformaba en barro, el barro que se volvía torrente y se escurría hacia el río, el Amazonas que en la ciudad todos llamaban más simplemente «el río». *Quieta, Isabel, quédate inmóvil.* A pesar de la levísima camiseta sin mangas turquesa que le hacía las veces de vestido, Isabel sentía mucho calor. Gotas de sudor se le formaban en la base del cuello y rodaban perezosamente hacia abajo por su espalda aceitunada, para quedar después atrapadas en la larga cola azabache de su pelo. *Quédate inmóvil, no respires.* Estaba descalza, había dejado las chanclas detrás de la caja. Separó ligeramente los pies desnudos buscando baldosas un poco más frescas, inspiró profundamente y cerró los ojos. *Inmóvil.*

El tamborileo de las gotas se transformó pronto en su cabeza en un ritmo de samba que se volvía cada vez más preciso, hasta que su cuerpo empezó a moverse solo, sin que ella fuera consciente. Cuando el ritmo te entra adentro hay un calor que se irradia desde la parte baja de la columna vertebral y nada puede impedirte moverte: las piernas se vuelven el ritmo, las caderas se vuelven el ritmo y después tampoco la parte superior del cuerpo puede contenerse y empieza a moverse. La columna vertebral se vuelve un motor, una central de energía, y cuanto más el calor bombea vigoroso y se distribuye por el cuerpo, más la danza simplemente «sucede», ya no es un acto consciente.

¿Cuánto falta para el carnaval? ¡Todavía cuatro meses! ¡Demasiado! ¡Demasiado! Bailaba Isabel siguiendo el ritmo de la lluvia y bailando olvidaba el barro y el olor a fruta muerta, la pobreza y la tristeza de tantos barrios, olvidaba Macapá con sus casas demasiado a menudo demasiado atestadas y el Brasil entero, lo olvidaba todo. Bailaba alrededor de las cuatro mesitas de hierro medio oxidado, rozando el congelador de los helados, roto desde hacía ya tres semanas, que todavía nadie había venido a arreglar. A pesar del físico no exactamente longilíneo, giraba con sorprendente ligereza a lo largo de la barra de acero apuntalada por decenas de abolladuras grandes y pequeñas, trazaba un largo arco para volver delante de la puerta. Bailar era una manera de viajar, porque viajar siempre había sido su sueño y los sacrificios que había hecho para estudiar, para terminar la universidad, siempre los había hecho con una sola palabra en la cabeza: viajar. Y sin embargo nunca había salido siquiera de Macapá. Todavía no, pensó.

Todavía con los ojos cerrados, su respiración agitada estaba empañando una sección de vidrio cada vez más ancha. El sudor le corría por todo el cuerpo, sentía que la camiseta sin mangas se le había pegado a la piel y sentía su cuerpo recorrido por oleadas de placer. El fuego en su vientre no se había apagado todavía y la tentación de volver a bailar era fortísima. No le importaba nada el calor, como a nadie en Macapá y quizá en el Brasil entero; le importaba sentirse viva. *Habíamos dicho inmóvil, Isabel, habíamos dicho inmóvil.* La cadera ya se había puesto de nuevo en movimiento cuan-

do el ritmo de la lluvia fue cubierto por un ruido batiente más regular, como si alguien estuviera tirando pelotitas de goma contra la puerta; no, ¡como si alguien estuviera tocando!

Isabel abrió los ojos: al otro lado de la puerta un hombre anciano estaba mirando hacia adentro, usando las manos como anteojeras.

—¡Señor Oliveira, entre! —exclamó Isabel abriendo la puerta de golpe y tomando al señor Oliveira tan de sorpresa que casi acabó tendido cuan largo era sobre las baldosas blancas.

—Perdóname, Isabel, desde afuera veía que había movimiento, pensaba que estabas limpiando el piso.

—¿Limpiando el piso? —Isabel sonrió—. No exactamente.

—Es que estoy mojado y no quisiera ensuciar…

—No se preocupe, señor Oliveira, ¿qué le puedo ofrecer?

—¿Ofrecer? No, mira, hoy tengo plata, no tengo mucha pero algo… El señor Oliveira se interrumpió de golpe mirando el cuerpo de la muchacha, que la camiseta sin mangas empapada de sudor ya no podía esconder, mientras rodeaba la barra para ir a buscar el licor de coco, su preferido. Lindas caderas abundantes, lindas nalgas ondeantes, linda muchachota del tío Oliveira.

—No se ponga a pensar en eso —dijo Isabel con voz divertida, haciéndose la desentendida—. ¿Sabe lo que dice siempre la señora Ana Maria? ¡Dar de beber al sediento! ¿Usted tiene sed?

—Bueno… sí —respondió Oliveira un poco avergonzado por no haber sido capaz de contener la mirada.

—¡Entonces invito yo! —concluyó Isabel con una sonrisa. Y mientras el señor Oliveira se arrastraba hacia la mesita más cercana a la vitrina, no pudo impedir que sus ojos volvieran sobre la muchacha, que ya estaba llenando hasta el borde un vaso del líquido blanco y, siempre con una linda sonrisa estampada en la cara, lo llevaba rápidamente hacia la mesa.

Nada, pensó un señor Oliveira que se había quedado con la boca abierta, *esa camiseta sin mangas no esconde absolutamente nada.*

1.6 Minimatches

Antônio era un entrenador de fútbol *sui generis*. Cuando tenía veintiún años su abuelo había ido de visita a casa de un amigo de Rio de Janeiro y había decidido llevar consigo también al nieto. Era la primera vez que Antônio dejaba Macapá, y la ocasión era de las importantes: estaba el campeonato mundial de vóleibol, Brasil jugaba en casa y era favoritísimo, y el amigo del abuelo había conseguido quién sabe cómo tres entradas para la semifinal contra la Italia de Julio Velasco, un entrenador del que Antônio solo había oído hablar pero que desde aquel día se convertiría en su ídolo.

Era el 27 de octubre de 1990, Antônio no se lo olvidará nunca más. La capacidad oficial del Maracanãzinho era de diecisiete mil espectadores, pero nadie había dudado de que los presentes fueran por lo menos veintidós mil. El partido empezaría a las cuatro de la tarde, pero ya a la una las gradas ardientes estaban repletas y la *Torcida* había empezado a calentar el ambiente con su música y sus bailes.

Brasil era maravilloso: estaba aquel genio de Maurício Lima, estaban Tande, Marcelo Negrão y Giovane Gávio, no podía perder. En cambio aquellos seis muchachos de aire casi apagado, vestidos de azul, guiados por aquel hombrecito argentino, le habían demostrado al mundo hasta dónde se puede llegar aplicando los esquemas al pie de la letra, sin dejar de confiar en su eficacia ni siquiera cuando se pierde feamente el primer set, ni siquiera cuando hay veintidós mil personas que alientan en contra. De toda aquella experiencia a Antônio le había quedado grabado el silencio que había caído en el polideportivo después del último remate de Lucchetta, sobre todo el silencio en su cabeza, como si su cerebro hubiera sido reseteado por aquella derrota impactante y hubiera necesitado algunos minutos de inactividad para poder aceptar lo imposible. Velasco. El responsable de lo imposible había sido Velasco.

De adolescente Antônio había rozado la carrera de profesional en el fútbol: era un interior con buenos pies y piernas largas. Irse a jugar a un equipo de primera división habría significado sin embargo dejar a la familia, dejar Macapá y quizá lanzarse a una vida que no quería de verdad. Lo había dejado pasar, aunque siguió jugando hasta los veinticinco años, cuando se vio obligado a parar por culpa de un mal golpe (quizá no tan malo, en verdad) recibido durante la semifinal del campeonato Amapaense, campeonato que después su equipo, el Macapá Futebol Clube, terminó perdiendo en la final, y alguno había insinuado que justamente por culpa de su ausencia.

Al año siguiente ya estaba entrenando: desde hacía tiempo frecuentaba asiduamente el Glicério Marques, el otro estadio de la ciudad, sentándose a menudo en la primera fila y no ahorrando sus comentarios, incluso muy teatrales, sobre todo y sobre todos durante el partido entero. En poco tiempo lo había notado un dirigente del Real Amapá, uno de los equipos rivales del Macapá FC, que lo había contratado para entrenar a los juveniles.

Antônio había tomado este encargo con gran sentido de la responsabilidad. Después de haber pasado su carrera futbolística siempre en desacuerdo con los métodos y los argumentos de todos los entrenadores que había encontrado, incluidos los entrenadores de la selección, cuyas entrevistas en la tele a menudo le provocaban ardor de estómago, había sentido que esta era su gran ocasión para revolucionar las metodologías de entrenamiento mundiales, para darle al fútbol el lugar que merece en el olimpo intelectual. Había estudiado mucho, Antônio, y se había documentado no solo sobre el fútbol sino también sobre un amplio abanico de deportes: vóleibol, waterpolo, básquetbol, balonmano. Se había dado cuenta de que las dinámicas de entrenamiento podían ser también muy distintas, de que no siempre la innovación se correspondía con la obtención de resultados. En él había empezado a formarse la idea de que la tarea de un entrenador fuera la de volver conscientes a sus propios jugadores del hecho de que el entrenador era inútil. Había que entrenarlos para afrontar so-

los todas las situaciones de juego, muchas de las cuales necesitaban inventiva pura porque no eran replicables en el entrenamiento. Su modelo se había vuelto, naturalmente, Julio Velasco.

A partir del año siguiente, 1996, todas estas reflexiones lo habían llevado a crear un método que él había considerado completamente nuevo: el que él mismo bautizó como el método de los «minimatches». El equipo se dividía en grupos y cada grupo tenía que jugar un mini partido contra otro grupo en una parte limitada de la cancha. Las posibilidades eran infinitas: jugar dos contra cuatro en un rectángulo largo y estrecho que iba de portería a portería, jugar seis contra seis en una pequeña cancha cuadrada de cinco metros de lado, dos contra dos en una cancha en forma de L que tomaba la banda lateral y una sola área chica, ocho contra siete solo en el área y decenas y decenas de otras combinaciones. Los resultados de cada partido contribuían a crear una clasificación de jugadores para usar en las convocatorias de los partidos de campeonato. El comienzo del año para los muchachos del Real Amapá había sido desastroso. Entrenados de esa manera habían perdido pronto la costumbre de jugar a toda la cancha y aquella poca visión de juego que habían tenido parecía de repente desvanecida: las críticas habían empezado a llover sobre Antônio por todas partes. No obstante, al menos un lado positivo este método lo había mostrado enseguida: los muchachos iban a los entrenamientos de buena gana porque de hecho jugaban todo el tiempo, ahorrándose todas esas fases aburridas de técnica que nunca le gustan a nadie.

Antônio después, razonando siempre sobre secciones de forma arbitraria de la cancha, había empezado a darle un nombre a muchas situaciones de juego:

—Esta es una L densa —les decía a los padres de sus jugadores que cada vez lo ayudaban en calidad de masajista, médico deportivo, utilero y demás. «El triángulo plano», «el diagonalón», «el pistón invertido», «el falso círculo», «el trapecio desgarrado» y muchísimas otras definiciones que los padres de los muchachos, perplejos, a menudo fingían no oír. Pero Antônio no se desanimaba y pronto esta jerga había empezado a entrar también en las comunicaciones con los jugadores:

—André, empezamos con una taza volcada y vemos si podemos desarrollar el diagonalón. Atención porque ellos hacen a menudo la chaqueta corta y no nos dejan hacer el flíper ralo, sobre todo a la izquierda. No eran argumentos que pudieran atraer la simpatía de la dirigencia.

Después de algunos meses difíciles un viento distinto había empezado sin embargo a soplar en las juveniles del Real Amapá, mérito también del hecho de que con el método de los minimatches los muchachos pronto se habían acostumbrado al partido, habían jugado mucho y aprendido mucho, mucho más que sus pares de los otros equipos. El Real Amapá no había ganado el campeonato juvenil aquel año, el comienzo había sido demasiado desastroso, pero a Antônio lo habían notado también los otros equipos: su juego quizá no era el más espectacular ni el más creativo, pero era ciertamente el más eficaz. Los muchachos, gracias también a la frescura de sus quince años, se habían acostumbrado a reconocer autónomamente las distintas situaciones de juego y se habían vuelto habilísimos para conducir a los rivales a situaciones probadas y vueltas a probar en las que se sentían en casa. Y cuanto más amplio era el espectro de minimatches que Antônio consolidaba, más frecuentemente estas trampas se disparaban en el partido y más clamorosa se volvía la victoria.

—Son raros pero ganan —era el mejor cumplido que Antônio podía escuchar.

1.7 Teresa

Teresa era demasiado desordenada para ser una mujer de costumbres. Había por ejemplo una tiendita en la que le gustaba hacer las compras, pero después, camino de vuelta, se daba cuenta de que no había comprado los huevos, o la harina de mandioca, o el café, y entonces iba a completar las compras en la primera tienda con la que se topaba. Cambiaba a menudo de calle para ir al trabajo, no porque fuera una manía suya sino porque siempre había algo que atraía su atención o alguien a quien saludar que la llevaba a desviarse, a veces incluso bastante. Desde hacía algún tiempo, sin embargo, su rutina cotidiana había encontrado un punto fijo: el programa de radio de Antônio. No sabía por qué le gustaba tanto ni, en realidad, se lo había preguntado nunca: le gustaba y basta. Cualquier cosa que estuviera haciendo, a las seis encendía la radio y agarraba el teléfono, lista para llamar. Y sí, porque si cada persona que dios ha mandado a la tierra tiene un don, el don de Teresa era el de conseguir siempre la línea. Alguna amiga maligna insinuaba que era por el hecho de que a esa radio no llamaba nadie salvo ella, pero Teresa sabía que no era así: la suya era una verdadera habilidad, que conocía y aprovechaba desde hacía años. Una vez, cuando aquella víbora de Luiza la había hecho enojar más de lo habitual, había vuelto a casa y, para ponerse a prueba, había llamado nada menos que a «¡Hola, Christina!», el popularísimo programa de la tarde. La satisfacción había sido tal que, en lugar de saludar a Christina, Teresa le había soltado una trompetilla. Y vaya uno después a explicar que la trompetilla no era para Christina sino para su amiga Luiza. Amiga, es un decir. Bah, amigas así, mejor perderlas que encontrarlas. Como sea, Christina y su equipo no habían parecido muy interesados en la histórica rivalidad entre Teresa y Luiza y el trompetillazo había suscitado un discreto revuelo, pero a pesar de eso Teresa lo consideraba un punto luminoso de su propia carrera de llamadora.

En casa, cerca de la cama, había una sillita de plástico rojo, bastante rayada pero avivada por un almohadón de brocado falso verde y marrón. Sobre la silla dormían junto a ella un cuaderno con la fotografía de un cerdito gracioso con botas en la tapa y Yoni el muñeco, también él un cerdito, que había pertenecido a su madre y quién sabe si antes todavía a su abuela. El hecho de que en la tapa estuviera representado un cerdito no tenía nada que ver con Yoni: Teresa tenía siempre un cuaderno junto a la hamaca en el que escribir los números de teléfono de los programas a los que llamar y algún apunte para acordarse de lo que quería decir. El que tenía el cerdito en la tapa lo había dejado alguien en el salón de belleza donde desde hacía veinte años lavaba el pelo, y nadie lo había reclamado nunca. Su habitación había sido, hasta pocos meses antes, el taller de un mecánico: una cortina metálica, una ventana con rejas y mucho aceite en el piso. El aceite ya había sido casi del todo limpiado; la cortina metálica había sido pintada por los amigos representando un gran sol naciente en el interior y una playa con una gaviota, tan gorda que parecía más que nada un pingüino, en el exterior. Las rejas en cambio habían quedado, nunca se sabe. Además de la vieja mesa tambaleante debajo de la ventana y de la igualmente vieja cocina a gas, la habitación no contenía mucho más, si se excluyen las dos cosas más preciosas: un viejo televisor cuya antena había tenido que fijar laboriosamente en el exterior de la cortina metálica y una gran radio con el casetero integrado y programable con el que Teresa grababa todos los programas radiofónicos en los que participaba como llamadora. Acumulaba los casetes en una gran caja de cartón en el rincón; de vez en cuando los volvía a escuchar, pero en realidad le bastaba con mirarlos para perderse en los recuerdos. Este era el casete de aquella vez que había llamado a Antônio para hablar de Venezuela, y este en cambio el de la intervención sobre los Óscar.

Miró el reloj, notó que estaba por empezar el programa de Antônio, sonrió y fue a encender la radio. Quién sabe de qué hablarían hoy. Estaba anocheciendo, una hora del día que le daba un poco de temor, y también por eso le gustaba la cálida voz de Antônio, que llegaba a espantar la tristeza y esa especie de miedo tan naturales para ese momento del día. Miedo que de repente se materializó cuando oyó un ruido de pasos que corrían por la calle apenas afuera de la cortina metálica. Su dedo

se congeló a pocos milímetros del interruptor de la luz, una solitaria bombilla colgada del techo solo gracias a los cables eléctricos, y su instinto la empujó, de mala gana, a apagar la radio. Pronto, gritos que venían de ambos lados de la calle empezaron a converger hacia su casa, y el hombre que se había detenido apenas afuera de la cortina metálica se encontró atrapado. Teresa se desplazó caminando silenciosamente hacia el rincón más lejano de la habitación y se hizo chiquita chiquita agachándose en el piso. Las peleas no eran raras en su zona, pero en la mayoría de los casos todo terminaba con muchos insultos y algún puñetazo o empujón. Los cuchillos tampoco eran raros, pero aquella no era una zona rica ni en la que aparecieran extranjeros, por lo que normalmente las hojas seguían siendo más un estatus social que un arma de verdad. La refriega duró poco. Muchos gritos e insultos, dos o tres golpes muy fuertes sobre la cortina metálica y después los pasos que se esfumaban en la tarde que rápidamente se estaba volviendo noche. Y una voz sofocada: «¡Ayuda!», «¡Que alguien me ayude!», que no paraba, «¡Ayúdenme por el Señor Jesucristo!», y que se volvía cada vez más débil: «Ayúdenme, ayúdenme…»

Teresa no era una mujer particularmente valiente, pero era gentil y también muy curiosa. No poder ver, no poder saber lo que estaba sucediendo a pocos metros de ella detrás de aquella cortina metálica cerrada era simplemente inaceptable. Esperó lo que le pareció un tiempo infinito, hasta que le pareció oír solo una débil respiración. Le parecía escuchar la voz de su madre, pobre mujer: mantente lejos de los líos, Teresa, mantente lejos de las peleas. Tenía razón, naturalmente, pero aquella vez era distinto, aquella vez sucedía justo delante de su casa. Se abotonó bien el suéter y levantó un poco la cortina metálica, esperándose todo lo peor posible. Un hombre muy grande estaba tendido sobre el empedrado, sangraba copiosamente y emitía estertores a cada respiración. Teresa había agarrado una toalla —no tenía en casa vendas ni medicamentos y aquella toalla había sido lo único que le había parecido vagamente útil— y con ella empezó a taponar con cautela la herida del hombre.

—Teléfono… —susurró el hombre en el piso. Teresa se dio la vuelta hacia el interior de la casa y clavó la mirada en el teléfono, cerca pero no lo suficiente como para agarrarlo sin dejar de taponar la herida.

—Discúlpeme, señor… señor. Estaba pensando que quizá podría llamar al hospital, pero si suelto la presión, usted qué dice… —empezó a explicarle torpemente al herido. Pero él la interrumpió, la voz poco más que un soplo:

—¡En el bolsillo! ¡En el bolsillo! ¡MI teléfono!

Un teléfono celular. Teresa pensaba que en Macapá se podían contar con los dedos de una mano; el único que había visto de cerca era el de la dueña del salón en el que trabajaba —de la cual sospechaba que tuviera otras actividades además de la de esteticista, para poder permitirse caprichos tan costosos— y que había sido el centro de una larguísima y penosísima negociación con TIM Brasil, que había tardado casi un año en entregárselo.

—El número… busca Inácio.

—No lo sé usar, no lo sé usar… —balbuceó Teresa hurgando en los bolsillos del hombre y ensuciándose las manos y la falda con su sangre. En cambio, descubrió, era muy simple. Apretando unas cuantas teclas al azar, incluso con una mano temblorosa como la suya, aparecía el letrero de cómo desbloquear el teclado; apretando el botón verde en el que había pintado un auricular se llegaba a una lista; apretando la flecha hacia abajo se recorría la lista, y el tercer nombre era justamente «INÁCIO», escrito todo en mayúsculas. Probó a apretar de nuevo el botón con el auricular verde y en efecto el teléfono cobró vida.

—Gustavo, ¿qué pasa? Sabes que no quiero que me llames a esta hora… —respondió una voz profunda y ronca del otro lado.

—¿Aló? ¿Aló? —Teresa no sabía bien qué decir—. Este, al señor Gustavo lo golpearon, quizá lo apuñalaron…

—¿Y usted quién es?

—Es que… —Teresa vaciló un instante—. Pasó delante de mi casa, en la Avenida Piauí; él está en el piso, no está bien, ¡apúrense!

La camioneta negra sin placas llegó después de los cinco minutos más largos de la vida de Teresa. En la caja, cuatro figuras con el rostro cubierto llevaban entre las piernas un fusil; por sus hombritos se adivinaba que eran poco más que niños. Un hombre grande y pelado que iba al volante bajó corriendo y dando un portazo. Le echó una mirada experta al cuerpo de Gustavo, lo levantó sin ningún esfuerzo aparente y lo arrojó sobre la caja sin demasiados cumplidos. Después se dio la vuelta para mirar directo a los ojos a Teresa, que durante todo ese tiempo se había quedado petrificada.

—Usted. ¿Cómo se llama?

—Teresa… —respondió ella con la voz que casi no le salía de la boca.

El hombrón volvió a subir corriendo a la camioneta y arrancó chirriando. Fue en ese instante cuando Teresa, la toalla ensangrentada todavía en la mano y temblando como una hoja, pensó: ¡qué maravilla! Con un teléfono así ya no me para nadie.

1.8 Inácio

Inácio Alfonso Império de Oliveira, conocido por todos como Senhor Inácio, como muchos de sus conciudadanos casi nunca había salido de Macapá. Como todos, atribuía el hecho al casi total aislamiento por carretera de la ciudad: los barcos apestan, del avión no me fío. Pero la realidad era que el aislamiento le venía bien, porque del mundo exterior le importaba bastante poco: sí, puedo ir en auto hasta Calçoene, pero ¿cuántas veces las quieres ver, esas dos rocas puestas en fila? Sí, con un jeep podría ir a la Guayana, pero ¿a mí qué me importa la Guayana?

El Senhor Inácio no creía en la mala suerte, creía que su vida era atentamente observada y vigilada por alguien allá arriba y, como sucede a menudo en Brasil, veía a su dios constantemente mezclado con la miríada de ritos y signos que componían su cotidianeidad. Cuando las cosas iban bien, cuando sus negocios turbios se demostraban más redituables de lo habitual, cuando los matones de sus rivales se mantenían alejados de sus hombres, era ciertamente mérito de la Virgen cuya imagen no dejaba de venerar, o de Jesús, o más a menudo de algún santo. Cuando algo salía mal, como el año en que llegó aquel nuevo policía medio indio que se puso a meter la nariz en sus asuntos, era siempre culpa suya: no había ido bastante a la iglesia, la imagen de la Virgen había sido sustituida demasiado a menudo por imágenes mucho más voluptuosas, o más simplemente había ignorado los mensajes que el Señor le mandaba continuamente. Aquella vez del policía había llovido ininterrumpidamente durante más de un mes, sin parar nunca ni un minuto: era una señal, tendría que haberlo entendido, habría sido necesario ir a hacer penitencia. Pero no lo había hecho, y al final a aquel policía había tenido que mandarlo matar.

Este incidente de Gustavo era una señal, estaba seguro. Dios le hablaba continuamente a través de este tipo de señales, le hacía entender si estaba en el buen camino y le hacía entender si estaba equivocándose. Dios, sin embargo, no era particularmente claro, cuando se estaba equivocando, sobre qué había de equivocado en sus acciones. Controlaba media ciudad con (la violencia) una severa pero justa autoridad, tenía una familia respetada con cuatro hijos (gordos) bien plantados como él, arreglaba sus asuntos fiscales en un equipo de fútbol local donde su dinero entraba (muy sucio) de varias fuentes y mágicamente se limpiaba. Dios a veces podría haber sido más claro con él: ¿dónde me estoy equivocando?

Gustavo, a diferencia de su jefe, se interesaba por el mundo exterior, le habría gustado viajar. Era también por esa rareza que su joven brazo derecho fascinaba a Inácio. A veces sospechaba incluso que pudiera ser su hijo: aquel muchachito que años antes tan desfachatadamente había pedido trabajar para él tenía en los ojos algo que le recordaba a sí mismo a esa edad. No prestaba mucha atención a los avatares de sus amantes una vez que había dejado su cama, así que no estaba en absoluto excluido. Fuera como fuese, Gustavo había dado varias veces prueba de su valor y de su fidelidad, tanto que era el único en cuyas manos el Senhor Inácio se habría fiado de poner su propia vida. Quien le había hecho daño era un hombre muerto, de eso no debía dudar nadie. Y quien lo había salvado debía ser recompensada.

Qué hacía Gustavo tan fuera de su zona todavía no se sabía con precisión, en el hospital lo tenían bajo sedantes, pero el Senhor Inácio no tenía dudas de que estaba yendo de mujeres. Es más: sus agresores, los que van a acabar mal, podrían haber sido perfectamente los parientes de la muchacha, padre y hermanos. Desde luego no estaba yendo a visitar a esta tipa, pensó Inácio riéndose por lo bajo, mientras repasaba el peinado batido y las formas no demasiado agraciadas de la mujer que se encontraba frente a él.

—¿Es usted Teresa Alves Miguenhes?

—Sí, señor. Inácio leía de una hoja arrugada y escrita a mano; Teresa se había quedado de pie esperando una señal para poder sentarse en la silla frente al escritorio, señal que no llegó.

—¿Vive en la Avenida Piauí y trabaja en el salón de Madame Samuela?

—Sí, señor. Disculpe, ¿pero usted es una especie de policía? Policía o forajido, en la cabeza de Teresa eran casi la misma cosa, solo que aquel lugar no parecía una estación de policía. ¿Quizá era un investigador privado? ¿Como en las películas?

—¿Policía? No, no. Soy un ciudadano honesto que quiere recompensar a una gentil señora por un gesto valiente. Usted le salvó la vida a Gustavo, ¿lo sabía? Sin usted habría muerto. Le debo un favor, señora, puede pedirme lo que quiera.

—¿Cómo que lo que quiera? Forajido, había decidido: uno que se comporta así no puede ser más que un forajido.

—Gustavo es como un hijo para mí y yo soy un hombre muy generoso; pídame lo que quiera. Teresa se quedó de una pieza. El pensamiento corrió a la conversación que había tenido esa mañana con Luiza, que la había tratado de loca inconsciente por haber corrido un peligro grandísimo y sin sacar nada a cambio. Después volvió a pensar con un escalofrío en el incidente de la tarde anterior, en aquel hombre herido y sangrante y en cómo lo había ayudado.

—Un teléfono —dijo casi para sí misma.

—¿Quiere hacer una llamada? —preguntó Inácio, malinterpretando sus palabras.

—No, no. Usted dijo que puede darme lo que quiera. Yo querría un teléfono, como el del señor Gustavo.

—Un teléfono como el del señor Gustavo. Entiendo —Inácio abrió un cajón y le hizo señas de acercarse—, elija el que prefiera. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

Teresa espió en el cajón y vio que contenía por lo menos una decena de celulares, de todas las formas y colores. Su rostro se iluminó cuando vio uno negro, con forma de banana, tan parecido al usado en aquella linda película de ciencia ficción que había visto pocos meses atrás. Pidió confirmación con los ojos de poder agarrarlo y después respondió:

—No, estoy bien así. Hay que saber conformarse.

1.9 Examen

Las clases de Antônio nunca eran horas de gimnasia normales.

—Hoy examinamos.

Antônio se puso los guantes y se plantó en el centro de la portería. El primero en presentarse en el punto del penal fue João.

—¿Dónde queda Murrayfield?

—Mmm… ¿en Escocia?

—Correcto. João pateó su acostumbrado penal flojo, que Antônio atajó sin problemas. Era también por eso, quizá, que inconscientemente le hacía siempre preguntas fáciles.

—Lucas: dime el nombre de un deporte en el que se juega sin árbitro.

—¡Frisbee!

—Casi. El deporte, sin embargo, se llama Ultimate; lo siento, nada de penal. George levantó la mano:

—¡Profe!

—¿Sí?

—En realidad hay algunas federaciones en las que lo llaman Ultimate Frisbee y un par en las que lo llaman Frisbee. Ya que usted no especificó la nación, para mí la respuesta de Lucas era correcta. Antônio tuvo que darle la razón y así Lucas pudo patear su penal, cambiándolo de palo y adjudicándose su signo «más» en el registro.

—Dime un deporte en el que no se puede tocar la pelota con las manos, Raul. Raul, un morenito larguísimo y delgado como un fideo, era otro con un tiro atajable:

—El fútbol.

A espaldas de Raul la mayoría de los compañeros de clase empezó a reírse por lo bajo. George se agarró la cabeza entre las manos. Alexandre murmuró «Tarado» lo bastante fuerte como para hacerse oír por todos.

—¿El fútbol, Raul? ¿En serio? ¿El arquero no forma parte del fútbol?

—Disculpe, profe, no lo había pensado… —respondió mortificado Raul. Nada de penal para él.

Alexandre era el muchacho con el tiro más fuerte de toda la clase. De examen en examen había pateado cada vez más fuerte para ver cuál era el límite puesto por el profesor. Cuando entendió que no había límites y que valía todo, como en primera división, se puso a patear unos bombazos que hacían temblar las muñecas. Por eso Antônio a menudo le hacía preguntas abstrusas sobre los reglamentos del curling, sobre el nombre de los estadios en Australia u otras por el estilo. Pero aquel día

Antônio se sentía en forma, la idea de atajar un buen penal no le disgustaba y de todos modos valía la pena intentar darle una lección a Alexandre.

—Dímelo tú, Alexandre: un deporte en el que *durante el juego* no se puede tocar la pelota con las manos.

—¡El tenis! —exclamó seguro Alexandre, y ya tomaba carrera.

—¿Y cómo la lanzan al aire, la pelotita, para sacar? ¿Con los pies? ¿Con la boca?

Todos se reían por lo bajo.

—Pero profe, usted marcó las palabras *durante el juego*, yo pensaba…

—El saque forma parte del juego, Alexandre. Lo siento, hoy nada de penal para ti. George refunfuñó:

—Tarado. A Raul se le escapó una risa más fuerte. Alexandre se dio la vuelta y le lanzó una mirada de fuego que le hizo bajar enseguida la cabeza, pero a Raul no le importaba: el profe y George lo habían puesto en su lugar.

George era el alumno más preparado de Antônio. Su tiro normalmente no era temible, no porque no tuviera la fuerza para patear un buen cañonazo sino porque en él prevalecía siempre la broma. El tiro a lo panenka, el de rabona, de taco: una vez se había acostado en el piso y había pateado el penal de cabeza. Como sea, George merecía preguntas estimulantes. Pero ahora Antônio había notado su sonrisita y no podía resistirse a la curiosidad de saber.

—A ver, George, ¿nos quieres decir tú cuál es un deporte en el que nadie puede nunca tocar la pelota con las manos?

—El hockey. Y sin esperar la aprobación de Antônio pateó un misil a ras del piso a su izquierda, que Antônio vio solo cuando la pelota ya estaba en la red.

Cuando todos hubieron tenido su oportunidad, Antônio reunió a los estudiantes en semicírculo frente a él, para «la moraleja».

—Hoy George nos dio una buena lección sobre la importancia de pensar fuera de los esquemas.

—Pero profe —lo interrumpió Alvaro—, usted siempre nos dice que los esquemas son importantísimos.

—Claro. Pero los esquemas son los cimientos de su juego, sobre los que se sostiene todo lo demás. Después, justamente, está todo lo demás. ¿Ustedes creen que Picasso dibujó siempre así? Picasso, primero, aprendió la técnica clásica a la perfección y solo después se permitió trastocarla. Lo mismo tienen que hacer ustedes: respirar esquemas hasta dominarlos del todo, y después, en el momento justo —¡zas!—, trastocarlos y dejar pasmados a los rivales, que se esperaban *la Gioconda* y se encuentran en medio de *Guernica*.

George habría querido preguntar por qué demonios los rivales tendrían que esperarse *la Gioconda*, dado que no había sido pintada por Picasso, pero por una vez consideró que no era el caso de hacerse el sabelotodo y se contuvo.

—Y sobre todo —concluyó Antônio—, lo que espero de ustedes es que sepan entender cuándo es el caso de seguir un esquema y cuándo, en cambio, es el momento de pensar fuera de los esquemas. Cuando juegan, cuando los examinan, cuando un día se vuelvan deportistas famosos. Acuérdense de *Guernica*. Acuérdense de que son ustedes quienes eligen si poner dos veces la misma canción o si, en cambio, no repetirla nunca.

Bueno, qué tienen que ver las canciones no lo entendí para nada, pensó George.

1.10 Millennium bug

Una vez por semana Antônio usaba su hora de transmisión radiofónica para dar clases de internet a sus oyentes. Nunca había estudiado informática, no tenía computadora en casa (pero pensaba comprarla pronto) y antes de empezar a trabajar en la radio no había usado una en su vida. Pero tenía la curiosidad de su lado, y aquella media hora de uso antes del programa, repetida a lo largo del tiempo, le bastaba y le sobraba para ser «el experto en computadoras de la radio» (donde por experto se entendía el único que la encendía) y el que más sabía de computadoras entre sus conocidos, con la obvia exclusión de Vitor. Vitor sí era un verdadero mago de las computadoras: lo ayudaba cuando había un problema y sobre todo le pasaba los datos sobre los sitios y los programas más interesantes, los que se volverían populares en los meses siguientes, permitiéndole así a Antônio pasar no solo por divulgador sino también por alguien que veía lejos (dentro del reducido círculo de los que escuchaban su programa, se entiende).

—Hoy es un programón, les aviso. Tengan listas sus libretas de apuntes porque les aseguro que no van a querer olvidarse de lo que voy a explicarles. Empezamos con una novedad asombrosa: un programa que permite bajar cualquier canción que quieran, en cualquier momento, gratis. Se llama Napster y funciona así: lo instalan en su computadora y le dicen en qué carpeta guardan su música. Todos los demás usuarios hacen lo mismo y Napster les permite buscar en sus carpetas, ¡en las carpetas de las computadoras del mundo entero! Cuando encuentran la canción que les interesa, un clic y en unos veinte minutos la tienen en su computadora. Entiendo que suene increíble, pero para demostrarles que es verdad vamos a hacer una prueba. El primer oyente que llame elegirá una pieza a su gusto, yo la buscaré y vemos si antes del final del programa conseguimos escucharla juntos.

—¿Aló?

—¿Antônio?

—Hola, Teresa.

—Antônio, tengo un teléfono nuevo precioso, si lo vieras. Te llamo con ese, ¿se oye? ¿Oyes la diferencia? Teresa nunca había usado la computadora, apenas había visto una de lejos, le había contado cándidamente, y no parecía tener intención de empezar. Pero, como ya había explicado varias veces en directo para vergüenza de Antônio, Antônio tenía una voz tan linda que hasta oír hablar de estos temas aburridísimos resultaba de todos modos agradable.

—A ver, ¿qué pieza quieres que busque?

—Eeeeh, no sabría. A mí me gusta mucho Caetano Veloso, pero a lo mejor en el resto del mundo no lo conocen. ¿De verdad vas a poder buscar en las computadoras del mundo entero?

—Sí, Teresa, por lo visto sí.

—¿También en Jamaica?

—Sí.

—Ay Dios, qué emoción. Entonces… diría una linda canción alegre. ¿«Could you be loved» podría estar bien? No entendí cómo vas a hacer para conectarte con la computadora del señor Bob Marley, dado que hace rato que murió. ¿Quizá sus familiares? De todos modos salúdalos de mi parte, y saludos a ti, Antônio querido.

—Bien. Ponemos a descargar «Could you be loved» y mientras tanto pasamos a la segunda noticia, que por desgracia no es igual de linda, es más, es muy preocupante. Ya les hablé alguna vez del millennium bug: un problema en los programas de las computadoras que, al parecer, cuando empiece el año nuevo confundirán el 2000 con el 1900. ¿Y a mí qué?, se preguntarán ustedes. Cuando mi vecino, el senhor Bastos, vuelve a casa borracho y confunde el viernes con el sábado, para mí no cambia nada. Pero leí varios artículos en los que los expertos coincidían en que muchas estructuras que se basan en la informática podrían dar mensajes de error y llegar a bloquearse. Y si se bloquea mi computadora, paciencia. ¿Pero si se bloquea la computadora de un banco y transfiere el dinero de la cuenta de ustedes a la mía? ¿O si se bloquea la que va a bordo de un avión, qué pasa? En un artículo que leí hoy un experto se dice muy preocupado por lo que puede pasar en países como la India y Pakistán, que están en posesión de un arsenal atómico, y dice que él festejará el año nuevo de Pakistán más que el de Rio de Janeiro, porque del primero dependerá que sigamos vivos para festejar el segundo. Yo digo: ¿pero qué clase de mundo construimos si tenemos que tener miedo de que un error en una computadora pueda causar un bombardeo nuclear? De todos modos, los expertos están buscando una solución, dicen. Antônio se interrumpió para lanzar el intermedio musical. Para no salirse del tema puso «Two Suns In The Sunset» de Pink Floyd y «Russians» de Sting.

—A propósito de buscar, volvamos a hablar de cosas lindas y de lo inventiva que sabe ser la humanidad cuando se lo propone. ¿Se acuerdan de cuando me paran por la calle y me preguntan dónde encuentro toda esta información? —le había pasado solo dos veces desde que trabajaba en la radio, pero «dos» justificaban el uso del plural—. Bueno, obviamente uso un así llamado motor de búsqueda. Hasta hace pocos días usaba, como todos, Altavista o Yahoo, pero ahora descubrí uno nuevo. Tiene un nombre rarísimo: Gúgol, escrito G O O G L E, y les puedo garantizar que es una bomba. Ustedes escriben una palabra y de cada diez resultados que da, estén seguros de que por lo menos siete u ocho tienen que ver con su búsqueda. Y además es rápido. Después, claro, la evolución de internet es tan veloz que probablemente el año que viene habrá uno todavía mejor, pero hasta que llegue anótense este nombre y empiecen a usarlo, no se van a arrepentir.

Controló la computadora y con una sonrisa vio que su experimento había salido bien.

—Y por hoy es todo. Hasta el próximo programa. Pero antes de irme: había un experimento en curso, veamos qué frutos dio. Antônio apagó el micrófono, lanzó «Could you be loved», saludó a Paco, el técnico de sonido, saludó a João y se fue satisfecho.

1.11 Macapá Futebol Clube

Los dos años de éxitos que con las juveniles del Real Amapá habían seguido al pésimo comienzo le habían abierto a Antônio las puertas del regreso al Macapá Futebol Clube, en calidad de entrenador del primer equipo. Pero en el primer equipo las cosas se habían puesto difíciles enseguida. El carisma que a duras penas Antônio había conseguido construirse con los chicos de quince años se había evaporado en un instante con los adultos, sobre todo tratándose de sus excompañeros de equipo. El método de los minimatches estaba muy mal visto a todos los niveles, la jerga de Antônio no prendía en nadie, ni siquiera en Eduardo. Eduardo era un hombre pragmático y amante de los números, que leía en las estadísticas tendencias que Antônio no podía y no quería entender. La primera temporada había terminado sin pena ni gloria. Los jugadores se autogestionaban en el partido sin escuchar los consejos de Antônio y se sometían a los minimatches de mala gana, pero sin llegar nunca a una verdadera rebelión. En el fondo se jugaba para divertirse, dinero no circulaba, y si se ganaba algún partido a pesar de aquel entrenador quería decir que algún valor los jugadores tenían.

—El método funciona —le decía un desalentado Antônio a Eduardo—. Ustedes no quieren ver lo que para mí es obvio: funciona. ¿Qué te dicen las estadísticas? Te dicen que estamos mejorando, ¿no?

—Las estadísticas me dicen que los muchachos juegan mejor a pesar del método de entrenamiento.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo tengo que entrenar a los jugadores para que puedan prescindir de mí, siempre lo dije, que ese es mi objetivo, ¿no? Y ellos están aprendiendo bien, eso es todo.

La relación de confianza entre los dos entrenadores no despegaba, la que había entre los jugadores y Antônio era inexistente, Eduardo sentía todo el peso del equipo sobre sus propios hombros: el equipo a fin de año había llegado quinto, medio desastre. Pero esto había ocurrido el primer año. A pesar de las fricciones y del roce, la dirigencia había decidido conservar a Antônio un año más y las cosas lentamente se habían acomodado. Nadie admitió nunca públicamente que el método de Antônio hubiera aportado algún beneficio, pero el equipo al año siguiente anduvo efectivamente mejor que de costumbre: terminó primero en el primer grupo de eliminación y segundo en el segundo, hasta que, ganando todos los cruces de eliminación directa, alcanzó la semifinal. Lentamente Eduardo había llegado a apreciar algunos lados del carácter de Antônio y también en parte su preparación, sobre todo su continuo empuje a interesarse, a documentarse, a estudiar.

Para Antônio contarle a Eduardo lo que había preparado para el entrenamiento nunca era fácil. Preparaba una lista de situaciones en las que a su juicio el equipo podía poner en dificultades a los rivales, o en las que los rivales intentarían poner en dificultades al Macapá, y después se la proponía a Eduardo para una verificación preliminar.

—Hoy tenemos que hacer la vía partida, seguro un poco de pulpo, algún barquito por la derecha y sin falta tenemos que probar la fortaleza por si nos toca ponernos en ventaja temprano, quizá también con algún flechero enloquecido.

—¿La vía partida? —Eduardo no estaba del todo cómodo con la jerga de Antônio, un poco porque nacían nombres nuevos todas las semanas y un poco porque nunca se había empeñado de verdad en estudiar todas las definiciones.

—Sí, la vía partida, el saque largo del arquero con todos los mediocampistas y los delanteros arrancando hacia adelante.

Antônio, quizá concentrado en cómo organizar la separación de las distintas minicanchas de juego, no se dio cuenta de la expresión perpleja en la cara de Eduardo.

—¿El saque largo? Estás bromeando, ¿verdad? —el tono de Eduardo se había puesto muy serio, pero Antônio pareció no darse cuenta.

—Sí, o sea, no. Y además, ahora que lo pienso, también un poco de piraña.

—Espera, Antônio. El domingo es la semifinal, ¿cierto? No sé qué problemas tienes tú con las semifinales, pero hace seis años que el Macapá no llega a una semifinal. ¿Y tú quieres desperdiciar nuestro tiempo haciendo saques largos?

—Eduardo, no entiendes porque no quieres entender. Pero no es un problema solo tuyo, es un problema de todos, también de los políticos. Ustedes se niegan a tener coraje, a intentar ir más allá de aquello a lo que están acostumbrados, están todos atrincherados en sus posiciones, no quieren de verdad obtener resultados. Sobrevivir, eso es lo que quieren hacer, solo sobrevivir. Y con eso niegan la naturaleza misma del ser humano, su empuje natural a la evolución: nosotros fuimos programados para evolucionar, para buscar siempre cosas nuevas, para mejorar. Ustedes no viven en este tiempo, viven en el pasado.

—¿Pero ustedes quiénes, perdón? ¿Quiénes viven en el pasado?

—Lo decía por decir. Este año el Ypiranga recibió tres goles en saques largos, ¿por qué no deberíamos probarlos en el entrenamiento? ¿Por qué no deberíamos intentar aprovechar lo que es una evidente debilidad de los rivales? ¿Qué habría pasado si, yo qué sé, durante la segunda guerra mundial los americanos se hubieran negado a aprovechar las debilidades de los adversarios? ¿Te gustaría que hubiera un gobierno nazi mundial?

—¿Pero qué debilidades? ¿Los nazis? ¿Pero qué dices?

—Y de todos modos el problema es que no son capaces de reconocer y darle valor al mérito, se sienten siempre con derecho a criticar incluso sobre la base de argumentos discutibles o sobre la base de una preparación objetivamente inferior… Eduardo, al llegar a la palabra «objetivamente», dejó de escuchar a Antônio, echó una mirada a sus apuntes, miró el reloj, trató de mantenerse ocupado ordenando aquí y allá, y finalmente, cuando ya no oyó la voz de Antônio retumbar entre las vigas de hormigón armado, dijo:

—Se lo dices tú, hoy. Hablas tú con los muchachos.

—Es doce de noviembre. ¿Ustedes lo creen? Ya es doce de noviembre. ¿El comienzo del campeonato 1999? Me parece ayer. ¿No les parece lo mismo a ustedes? Pasamos momentos de gran carga, pasamos momentos más o menos, jugamos bien y jugamos menos bien, pero aquí estamos. Dante y Diego lo miraban, cada uno con el hombro apoyado en una jamba de la puerta de entrada del vestuario. Estaban fumando, como siempre antes de un entrenamiento o de un partido, y se intercambiaban rápidas miradas cómplices para comunicarse el aburrimiento de tener que escuchar el enésimo discurso de Antônio, que conocían bien por haber sido sus compañeros de equipo durante años. Dani y Ricardo se ataban lentamente los botines, asintiendo en silencio. Maurício, con su inconfundible melena rubia, hizo como que buscaba algo en su bolso, tomó el aerosol de desodorante y volvió a meterlo en uno de los bolsillos, controló que la tapa del gel de baño nuevo estuviera bien cerrada y verificó con cuidado todos los cierres.

—Llegamos a la semifinal. El domingo nos jugamos la temporada, como nos la jugamos el domingo pasado y como nos la jugamos hace dos domingos. Solo que pasado mañana jugamos contra el Ypiranga.

—¡Esos desgraciados del Ypiranga! —intervino Danilo José, capitán del equipo, provocando un estallido de risas que Antônio acogió con fastidio.

—El respeto, muchachos, el respeto. No podemos salir a la cancha contra un equipo fuerte como el Ypiranga sin tenerles respeto. El deporte es antes que nada una escuela de vida, no podemos pensar siempre que somos los mejores en todo lo que hacemos.

—Pero profe —era otra vez la voz de Danilo José—, ¡nosotros somos los mejores!

—Ya veremos, Danilo, ya veremos.

Mientras hablaba, Antônio trazaba con tizas de colores sobre la gran pizarra negra en la que habían sido preimpresas cuatro canchas de fútbol con las líneas que delimitaban los campos para los minimatches. Cuando llegó el turno de trazar el esquema de la «vía partida», un murmullo serpenteó entre los jugadores. Fue otra vez Danilo José quien se hizo portavoz de su equipo:

—¡Profe! Ese esquema no lo conocemos, ¿cómo se llama? ¿El libro hervido? ¿El papel higiénico interrumpido? Otras risas llenaron el vestuario.

—No importa. A esta altura el nombre no importa. Importa que ustedes prueben esta situación de juego. El Ypiranga este año recibió tres goles en esta situación y yo quiero que ustedes la prueben. Hay que tenerles respeto a los rivales y conocer sus debilidades: estas dos cosas no están en contradicción. Solo aprendiendo a razonar sobre las debilidades ajenas podemos reconocer y mejorar las nuestras.

—¿Qué situación, profe?

—Saque largo del arquero y presión en zona de ataque.

Los muchachos se miraron un poco resignados y un poco divertidos, algunos ni siquiera demasiado seguros de haber entendido bien. El silencio en el vestuario se espesó hasta que casi nadie se atrevió ya a respirar. La tensión la rompió Danilo José, que se levantó de golpe y salió del vestuario murmurando:

—Voy a hablar con Eduardo. Lo siguieron sin demora sus cabos Henrique y Lucas y después, de a poco, todos los demás. Solo Thiago, uno de los más jóvenes, se quedó sentado a la espera de instrucciones. Llevaba frenillos y una cinta en la cabeza que lo hacía parecerse a un tenista de los años ochenta, y lucía una sonrisa que le hacía sospechar a Antônio que no había captado del todo la situación. A los pocos instantes irrumpió en el vestuario Amauri con su overol de mecánico:

—Perdón, perdón, se me rompió la moto, perdón… La frase quedó colgada a la mitad cuando se dio cuenta de que el vestuario estaba vacío y cayó en la cuenta de que había visto a los muchachos ya todos afuera en la cancha.

—¿Qué pasó? —preguntó tímidamente.

—Nada —respondió Antônio—, nada. Cámbiate rápido que tenemos trabajo —concluyó saliendo por la puerta.

1.12 Semifinal

La mañana del 14 de noviembre de 1999 las puertas de la iglesia de São José presenciaron un inusual ir y venir. No es que la iglesia quedara habitualmente desierta los domingos, al contrario, pero aquel día muchas personas que en esa parroquia no habían puesto nunca un pie se presentaron en la puerta, intrigadas. El equipo de fútbol entero del Macapá Futebol Clube estaba formado delante del altar, de rodillas, con el sacerdote que pasaba a dar la bendición a todos bajo los ojos atentos del senhor Inácio Império, el presidente, y del asistente técnico Eduardo.

—¿Dónde está? —preguntó Inácio muy irritado.

—No lo sé —respondió Eduardo—, lo llamé por teléfono y me dijo que vendría, pero honestamente no parecía muy convencido, usted sabe cómo es Antônio.

—No, no lo sé.

—Bueno, es difícil de convencer.

—Como sea, más le vale presentarse; no queremos que una desgracia se abata sobre nosotros, ¿verdad?

—No, no, claro que no… —murmuró Eduardo, a su vez sin demasiada convicción.

La desgracia temida por el Senhor Inácio se había anunciado poco después del alba en forma de una impresionante tromba de agua que se había levantado a unos cientos de metros del puertito de Macapá y se había quedado allí, amenazante, durante casi una hora, mientras una ola de pánico se difundía como una mancha de aceite por la ciudad. «¡Es de mal agüero!» fue el comentario más extendido, pero también «Vamos a morir todos» o, con cierta exageración, «Es el fin del mundo». Las trombas de agua no son tan raras en Macapá: en los años desafortunados se pueden ver hasta dos o tres. Lo que hacía particular a esta tromba de agua era su persistencia: normalmente, después de pocos minutos la tromba se disolvía y se alejaba hacia el océano. Pero la tromba de aquel día de noviembre no se quería ir: se quedaba allí girando, levantando remolinos espantosos, ora acercándose a la costa, ora volviendo ligeramente atrás, como queriendo burlarse de los asustados ciudadanos. «¡Qué desgracia si se abate sobre nuestras casas!» «Ya es una desgracia así, aunque no golpee las casas: ¡esa es la mala suerte que nos mira con los ojos de dios!» Y así sucesivamente.

Antônio había pasado una noche difícil. Después de una larga velada pasada pensando y repensando esquemas de juego, se había derrumbado de sueño todavía vestido en el incómodo sofá de la sala. El alba lo había sorprendido acurrucado en una posición antinatural, sus apuntes todavía apretados en la mano, y el despertar había venido acompañado de dolores de espalda y una sensación de molestia en la cabeza que ni un café ni una ducha habían conseguido espantar. Se había enterado de la tromba de agua por la radio, que había encendido para tener un poco de compañía mientras ordenaba los papeles de la noche anterior pero, quizá porque ya estaba absorto en el pensamiento de la semifinal, la noticia no había dejado ninguna huella en él, al menos hasta la llamada de Eduardo.

—¿Aló, Antônio?

—¡Eduardo! ¿Qué pasa?

—¿No escuchaste la noticia? —la voz de Eduardo estaba extrañamente agitada.

—¿Noticia? ¿Qué noticia?

—¡La tromba de agua, hay una tromba de agua apenas afuera del puerto, está ahí desde hace casi una hora y no se quiere ir!

—¿Pero hay que preocuparse? ¿Qué dicen las autoridades? ¿No es como siempre, que después de un rato se aleja hacia el noreste?

—¡Está ahí desde hace casi una hora! ¿Entiendes? ¡No es una tromba de agua normal!

—¿Y qué es entonces?

—Aquí todos dicen que es el fin del mundo, un signo de desgracia.

—¿Y tú te lo crees? Eduardo, el hombre de ciencia, ¿de repente se descubre supersticioso?

—¡No soy yo el supersticioso, es la tromba de agua la que no se quiere ir! Como sea, el Senhor Inácio nos convocó a todos en la sede.

—¿En la sede? Pero tardo media hora en llegar hasta allá, ¿para qué nos convocó?

—Para la desgracia. O sea, para combatir la desgracia.

—¿Y cómo pretende combatirla, perdón?

—Escucha, Antônio, el Senhor Inácio me dijo que te dijera que vengas; después las preguntas se las haces a él, ¿está bien?

Reconstruyendo a posteriori el asunto, nadie habría conseguido recordar con precisión quién fue el que pronunció la frase «vamos a que nos bendigan»; lo cierto es que los ojos de Inácio se iluminaron y no hubo ninguna necesidad de repetirlo dos veces. En su fuero interno Eduardo sabía perfectamente que había sido él y sabía perfectamente que lo había hecho para desenredar una situación que se ponía cada vez más tensa: el presidente desesperado por el infausto presagio, los jugadores sin saber si tomarlo en serio o no, el tiempo que pasaba sin que la tensión lograra aflojarse, Antônio que no daba señales de vida. De la sede del Macapá en la Avenida FAB a la iglesia de São José había pocos cientos de metros, pero desde luego aquella extraña comitiva no podía pasar inadvertida. Un domingo extraño, aquel catorce de noviembre, para los habitantes del barrio de Santa Rita: una funesta tromba de agua seguida de un cortejo de varones adultos en pantalones cortos verdes y camiseta verde y naranja, con las caras sombrías si no directamente en lágrimas, rumbo a una pequeña iglesia del centro. Antônio estaba indeciso sobre qué hacer. No quería faltar a la convocatoria de su presidente, pero estaba seguro de que el motivo era fútil, y además en bicicleta la sede del Macapá quedaba a media hora de su casa, e ir hasta allá le habría hecho perder con seguridad toda la preparación del partido. Por último, había una señal de alarma que estaba sonando en los recovecos de su mente y que estaba compuesta por las letras de fuego de la palabra «SEMIFINAL».

Antônio era un entrenador de campeonato, bueno para estudiar a los rivales y para usar todo el largo tiempo de una temporada haciendo ajustes y mejoras. Pero la eliminación directa, eso no. Durante los partidos de eliminación directa todas sus inseguridades se materializaban y se volvían reales, y cuanto más se acercaba la final más le temblaban las piernas. Octavos de final: primeras dudas; cuartos de final: introspección crítica; semifinal: parálisis. Cada vez su cerebro pasaba por aquel momento de cortocircuito experimentado durante la semifinal del campeonato del mundo de vóleibol, la que Brasil no podía perder, y en cambio. También en el último año como jugador de fútbol su

último partido había sido una semifinal: habría hecho cualquier cosa con tal de huir de sí mismo, incluso fingir, como había ocurrido, que la leve molestia en el tobillo fuera algo mucho más grave. Decididamente Antônio tenía algún problema con las semifinales. Y si el cuarto de final del campeonato 1999 había sido un desafío demasiado fácil como para poner en crisis sus convicciones, la semifinal del catorce de noviembre sería en cambio contra el Ypiranga, un equipo fuerte y motivado.

Nunca se supo si la culpa había que atribuirla a las hostias, que el cura había recuperado a toda prisa de una gaveta de la sacristía y que no estaban precisamente fresquísimas, o al vino ya vuelto vinagre. Lo cierto es que los muchachos del Macapá salieron de la bendición literalmente transformados: unos se agarraban la panza, otros sentían mareos, otros se encontraban con la vista nublada. Alguno habría percibido en esto más el olor de un complot que la fuerza de un castigo divino.

Y además estaba la rabia sorda del Senhor Inácio, que contagiaba a todos; hasta el racional Eduardo había empezado a preguntarse si la ausencia de Antônio no sería el enésimo signo de un destino que desde hacía mucho tiempo no dejaba de ponerse de través.

—¿Por qué el Señor —aullaba Inácio— tiene que ensañarse con nosotros? ¿Los del Ypiranga vienen de una favela donde están todos muertos de hambre? ¿Y eso alcanza para volverlos sus predilectos? ¡No es que los muchachos de Santa Rita naden en oro, eh! ¿No hay maneras más leales de organizar este enfrentamiento? ¡Al Señor Dios nuestro a veces no lo entiendo para nada!

Lo que el destino decide difícilmente el hombre podrá cambiarlo. Los primeros jugadores del Macapá llegaron al estadio cuando todo el Ypiranga iba ya por la mitad del calentamiento; en sus ojos y en sus intestinos, un malestar repentino, imposible de contrarrestar. Danilo José, el capitán, el hombre del tiro «horrendamente preciso» como solían definirlo en broma sus compañeros, estaba en la lona. Se dijo después que apenas había llegado a tiempo de volver a su casa y entrar al baño, donde se quedaría doblado en dos por el dolor durante todo el partido. Inácio estaba a punto de echar de inmediato a Antônio, que llegó en ese momento; solo la intervención de Eduardo aplazó lo que parecía una reparación incluso blanda para una falta imperdonable. El propio Antônio, cuyos nervios se habían vuelto cada vez más frágiles a medida que se acercaba el pitazo inicial, no conseguiría pensar más que en una sola palabra durante todo el partido: semifinal, semifinal, semifinal.

¿El partido? La semifinal del campeonato Amapaense del año 1999, disputada la tórrida tarde del catorce de noviembre, vio al fortísimo y motivadísimo equipo del Ypiranga arrollar a lo que parecían
los fantasmas del Macapá FC. Un seco 4 a 0 que no dejaba espacio para ninguna réplica. «Es el *fútbol bailado* que por fin triunfa contra quienes ven en los esquemas y no en el alma la esencia del deporte más lindo del mundo», escribirá la Gazeta Esportiva (subtítulo «Diario de verdad») a la mañana siguiente.

—Es una maldición —comentarán otros.

1.13 Fin de las transmisiones

Apenas subidas las escaleras Antônio se dio cuenta de que algo no andaba: la puerta estaba abierta y ya desde el rellano se veía el desorden, papeles desparramados, cables retorcidos, el portalápices de Isabel volcado en el piso. Sentado en la silla de la consola, arrastrada hasta el medio de la sala, Paco se sostenía la cabeza entre las manos; parecía no haberlo oído siquiera entrar.

—Paco, pero qué… ¿qué diablos pasó?

—Ladrones —le respondió sin mirarlo—, deben de haber entrado por la ventanita del baño, quizá apoyaron una escalera en el techo del garaje de abajo, quién sabe. Y a quién le importa cómo entraron, de todos modos. Se llevaron todo. Paco levantó los ojos, brillantes de rabia y desconcierto:

—Todo, todo lo que tiene un mínimo de valor: la consola, la computadora, los micrófonos, los auriculares, los amplificadores, todo. Hasta aquella caja de CD viejos que estaba en el depósito desde hacía años.

Antônio estaba petrificado. Paseó la mirada por los locales, que habían sido literalmente desnudados: quedaban sillas y escritorios y armarios abiertos de par en par, los pósters en la pared y aquel par de cables que los ladrones habían dejado en el piso. João llegó de la otra sala con los ojos bajos, sosteniendo en una mano un enchufe múltiple y en la otra una bolsita de golosinas, vacía:

—Qué desastre, Antônio, qué desastre. Quién sabe cuándo conseguiremos ponernos de nuevo en pie.

—Si es que lo conseguimos, no está dicho en absoluto. Es más, digamos directamente que no va a pasar: la radio se terminó, basta, no nos hagamos ilusiones de mierda.

—Vamos, Paco, no digas eso… algún modo encontraremos, buscaremos un patrocinador… Paco ni siquiera le respondió, apenas esbozó un gesto de fastidio antes de sacudir la cabeza y volver a sostenérsela entre las manos. La consola, aquel viejo cajón que él amorosamente mantenía entero con cinta aislante y cables de descarte, era para él como un hijo, una novia, un perro. Era un técnico de sonido con talento y de vez en cuando hablaba de irse a hacer carrera a Estados Unidos o a Europa, pero después terminaba siempre quedándose ahí, mimando a su radio como a una muñeca de trapo.

Antônio estaba tratando, sin mucha esperanza, de encontrar algo que decir para consolarlo cuando entró Isabel, que los miércoles salía al aire después de él. Es más, no entró en absoluto: se quedó bloqueada en el umbral, los ojos desorbitados.

—¿Los… ladrones…? —murmuró dejando caer el bolso al piso. João, que vagaba con el enchufe en la mano visiblemente sin saber qué hacer de sí mismo, le respondió abriendo los brazos, desconsolado.

—¡Pero podrían haberme avisado, llamar a la policía, no sé, hacer algo!

—Llegué hace una hora y me encontré con esto, Isabel: ni tiempo de entender qué había pasado y llegó Paco… —bajó la voz, hizo un gesto con la cabeza hacia el técnico de sonido—: Si supieras, Isabelita, tendrías que haber visto cómo se volvió loco cuando se dio cuenta, nunca vi nada igual. Tuve miedo de que se tirara por la ventana, qué llamadas ni qué nada.

Justo en ese momento el teléfono, con su timbre que retumbaba en el ambiente vaciado, los hizo sobresaltar.

—¿Aló?

—¿Teresa?

—¡Antônio! ¿Qué pasa? Hace veinte minutos que encendí la radio pero su estación no se agarra. Enseguida me asusté porque pensé que se había roto mi radio, pero después controlé en otra estación, jesús santísimo qué programas hacen los demás, no hay comparación, ¿sabes? Son la mejor radio de Macapá, yo se lo digo siempre a Luiza, que en cambio insiste con aquel otro programa de aquel tipo que hace como que es un actor americano, yo no sé cómo hace para escucharlo.

—Teresa, perdona pero no…

—Ay, perdí el hilo. Decía: ¿qué pasa? ¿Cómo es que no están al aire?

—Teresa, me temo que vas a tener que acostumbrarte a escuchar el programa de Luiza.

—¿En qué sentido? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la radio ya no está. Robaron todo.

Isabel había declarado que necesitaba un cigarrillo y Antônio —que fumaba quizá una o dos veces al año— estaba tan conmocionado que decidió acompañarla. Se sentaron en la acera e Isabel no hacía más que sacudir la cabeza, tenía lágrimas en los ojos y ni ella misma sabía si estaba más enojada o más abatida:

—Qué lástima, qué lástima… íbamos tan bien… íbamos bastante bien, ¿verdad, Antônio? Empezábamos a hacernos un público como corresponde y ahora, ahora esto.

—No te pongas así, pareces Paco, vamos, tú no eres tan pesimista. Algo haremos, encontraremos un patrocinador, ya verás.

—Claro, un patrocinador. Como si fueran mosquitos, que los tienes que espantar de tantos que hay. Pero incluso admitiendo que tengamos esa suerte, entre buscarlo, encontrarlo y volver a poner todo en marcha van a pasar meses. ¿Y dentro de cinco o seis meses quién del público se va a acordar de nosotros?

—Bueno, pero…

—Pero nada. Si había una cosa linda en esta mierda de ciudad, una cosa que me gustaba de verdad, una, era esta estúpida radiecita nuestra. Quizá en su pequeñez le hacía compañía a alguien, quizá por algunos momentos lo aliviaba de sus problemas, quizá tenía una pequeña alma propia importante para esta ciudad. Ahora qué sé yo, no quedó nada. Antônio no sabía qué decir, Isabel no estaba equivocada pero le hacía sufrir verla tan amargada. De improviso, sin darse cuenta en absoluto, se oyó decir:

—Bueno, quedarnos acá quejándonos no sirve de gran cosa. Vamos a tomar algo, a cenar a alguna parte: por lo menos si tenemos que llorar sobre nuestra desgracia lo hacemos delante de una cervecita.

Todavía asombrado por haber pronunciado aquellas palabras —normalmente no era así de directo con las chicas, al contrario—, se quedó todavía más atónito cuando, del todo inesperadamente, Isabel se levantó sacudiéndose los pantalones cortos y diciendo:

—Bueno, sí, está bien. Me habían invitado a un lugar y dije que no porque estaba convencida de que iba a salir al aire: para eso ya es tarde, pero no tengo ganas de pasar la noche sola rumiando. Vamos. ¿Ya tenías pensado un lugar? Antônio se quedó completamente en blanco: comía afuera casi todas las noches y sin embargo no se le venía a la cabeza ni un solo local. Mientras Isabel lo miraba interrogativa, hurgando afanosamente en la memoria consiguió finalmente sacar de ahí la fonda de Armandinha: cualquier cosa menos un lugar elegante, pero por lo menos se comía bien, y de todos modos era el único en el que conseguía pensar.

Así se pusieron en marcha, mientras un sol aletargado color papaya caía sobre el polvo de la acera, sobre el pelo rizado de Isabel, sobre el pobre Paco que, solo en las salas vacías, sollozaba perdidamente acariciando el único cable que quedaba, sobre la idea de aquella invitación a cenar que Antônio ya empezaba a dudar que fuera tan buena.

Caminaron largo rato —la recordaba más cerca, la fonda— mientras Antônio aprovechaba para detallarle a Isabel una teoría suya, elaborada justo en ese preciso momento, sobre cómo las transmisiones radiofónicas podían tener paralelos con ciertas actividades deportivas, señaladamente el fútbol, y cómo el esquema del barquito de remos, por decir uno, podía ser, trasladándolo naturalmente, aplicado a la gestión del noticiero de las seis. Isabel caminaba absorta, Antônio estaba muy satisfecho de que ella lo escuchara con tan concentrado interés, una muchacha inteligente, no como aquel viejo capibara de Eduardo que ostentaba ese aire de suficiencia solamente porque no entendía.

Un casual contacto de caderas le hizo surgir un pensamiento fugaz acerca de un posible después de la cena. ¿Tienes ganas de entrar un momento? Bueno, sí, quizá tomamos algo más juntos, solo un ratito, eso sí. Perdona el desorden, tengo la cama todavía deshecha… Pero por favor, la vas a acompañar a su casa y se van a despedir hablando de la radio como buenos amigos y se habrá terminado así, inútil quedarse pensándolo. Más bien, quizá se había olvidado de explicarle bien la diferencia entre tener un esquema y estar atado a él; era mejor que se la aclarara —quizá poniendo el ejemplo del hockey—, si no el razonamiento podía resultarle incompleto.

Tanto había estado callada por el camino como Isabel se volvió locuaz cuando, finalmente llegados, se sentaron a la mesa. No pareció reparar en absoluto en los espacios angostos de la fonda, en las paredes amarillentas decoradas con imágenes de *orixás*, salpicaduras de salsa y fotos de actores recortadas de los diarios, que Antônio —después de todas las veces que había estado ahí— en cambio notó por primera vez, quedándose vagamente avergonzado. Qué clase de lugar para llevar a cenar a una chica, eres un cretino, pensó mientras pasaba sin hacerse notar la servilleta de papel sobre la fórmica de la mesa para quitar un cerco de una grasa indefinida, mientras deseaba que ella no notara la dudosa limpidez de los vasos, mientras esperaba que no oyera las groserías desaforadas de los comensales de la mesa de al lado, tres hombres y tres botellas de *cachaça*.

La cocina estaba como siempre excelente, aunque parecía que ni siquiera a la comida Isabel le estaba prestando atención, hablaba a borbotones como si estuviera al aire: la política, la radio, las amigas, el diario que escribía todas las noches —ahí, quizá, se había distraído un poco—, los viajes, sobre todo los viajes.

—Porque verás, Antônio, yo nunca viajé pero es desde siempre, desde siempre mi sueño. Aprender los idiomas para ver el mundo, para poder conocer gente distinta. Y además tener delante de tus ojos ciertas maravillas de la naturaleza, de la arquitectura, cosas que viste solo en los libros; eso, yo

por eso no sé qué daría. Bebió otro sorbo de *caipirinha* y antes de que Antônio pudiera intervenir volvió a empezar, excitada:

—Sabes, quizá lo que pasó tiene su razón, después de todo. Lo pensé todo el camino, mientras veníamos aquí, todo el tiempo pensé solo en esto: quizá lo de la radio es un signo de que algo —ay, no pienses en cosas místicas, sabes que no soy de ese tipo—, pero digo, algo que me hace percibir que es hora de cambiar, de hacer cosas distintas, no sé.

—Bueno, es muy lindo lo que dices… me viene a la cabeza lo que decía un amigo mío que tiene un velero: «Cuando el viento cambia tienes que cambiar de rumbo tú también, si no terminas en las rocas.» Eso, siempre me quedó grabado porque…

—¡Exacto! Justamente así, una frase que expresa perfectamente lo que quiero decir. Ves, no tengo ni un centavo y tampoco tengo ya la radio, pero quizá justamente por eso, mira, me floreció algo adentro, un entusiasmo, una confianza en el futuro, no sé. Estoy convencida de que llegó el momento de un giro, de una vida nueva, ¿entiendes? A Antônio, impresionado por aquella explosión de sentimientos, por aquella vivacidad, por sus mejillas encendidas por la comida especiada, le pasó por la cabeza la idea de que quizá un pensamiento pequeñísimo sobre el después de la cena a esta altura sí se podía hacer. Las cervezas habían sido más de una y ya iban por la segunda *caipirinha*, ella era todo fervor y estaba acalorada, lo miraba con ojos de llama:

—¿Entiendes, Antônio?

—Pero claro, Isabelita, entiendo perfectamente, y sabes, estaba pensando, yo vivo justo aquí atrás: podríamos ir para allá, nos ponemos cómodos, nos tomamos otra cervecita… Hay esquemas nuevos de los que podemos hablar y… Isabel lo detuvo apoyando una mano sobre la suya:

—Antônio. Escucha, Antônio: mejor no.

—O sea, yo solo quería… Isabel soltó su mano, sonreía pero sus ojos eran claros y decididos:

—Mejor no, ya te lo dije. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, me caes bien y también te tengo cariño, pero eso, tú no formas parte en absoluto de mis planes. Eres un buen muchacho, te considero un buen amigo, pero en fin, ahí termina. No compliquemos las cosas.

Antônio sintió como si le hubieran volcado encima un balde de agua del río; sintió distintamente los hilos fríos a lo largo de la espalda. Siempre había tenido una debilidad por aquella chica y, sin pensarlo nunca de manera del todo consciente, había creído que también ella sentía interés por él. De algún modo siempre había pensado vagamente que un mañana, en el futuro, habría habido sin duda algo, alguna cosita, entre ellos. Quizá solo se había equivocado de momento; probó, un poco a tientas, a dejarse abierto un camino:

—No, perdóname, claro, no es la noche adecuada, la radio y todo, fue un día un poco así. Quizá salgamos juntos dentro de unos días, vamos al cine, hablamos con calma de todo, de nosotros…

Esta vez Isabel se echó a reír de verdad:

—Jajaja, Antoninho, vamos, pero qué cosas piensas… nunca me pasó por la cabeza ningún otro «nosotros» que no fuera de amistad: mira, me da verdadera pena si de algún modo, no sé, te hice creer —aunque no me parece, lo juro—, si te hice pensar en otra cosa. Lo siento sinceramente, te deseo toda la suerte del mundo pero yo de verdad no soy para ti, yo me quiero ir de aquí, tengo otros proyectos… Perdóname, no soy la persona indicada.

No quedaba nada más que decir, y Antônio no dijo nada cuando ella se levantó para irse, rozándole el hombro con una caricia. Del resto de la noche tuvo siempre un recuerdo confuso: una noche húmeda y caliente, una mesita de fórmica celeste, él y sus tres comensales y sus botellas de *pinga*, que mientras tanto se habían vuelto cuatro.

1.14 Fin de partida

En la estación del polvo no puede escapársele ni al observador más distraído otro pasatiempo (además del fútbol) muy popular entre los niños de la ciudad. Basta pasear por la ribera para ver asomar desde las pequeñas playas de abajo decenas y decenas de coloridísimas cometas, la mayoría de ellas construidas por sus dueños con sorbetes y bolsas de plástico de colores. La Rua Beira Rio, la ribera, durante algunos meses aturdida por las lluvias azotadoras y sumergida, a veces literalmente, por el marrón del río, puede transformarse durante algunas horas en uno de los lugares más alegres y coloridos del planeta. El viento dominante es el levante, un viento caliente y racheado amigo de los pescadores pero enemigo de las cometas: recorriendo la ribera no se puede dejar de observar hasta qué punto los cables de la luz están atiborrados de viejas cometas rotas, que quedaron trabadas ahí desde hace quién sabe cuánto tiempo. En algunos puntos se parecen a instalaciones artísticas: casi ya no se reconoce la torre o el poste de luz de tantos restos que se han apelmazado encima, de tanto que el color trata de combatir el marrón presente en todas partes. Uno de los lugares donde los cables de la luz han hecho más víctimas es un breve tramo de ribera cerca del límite norte del Perpétuo Socorro, donde las mujeres en otro tiempo iban a lavar la ropa en el río y a bañarse bajo las palmeras de la ribera, lejos de ojos que, si se hubieran vuelto indiscretos, se habrían encontrado delante del caño de una escopeta de caza empuñada por turnos por una de ellas para salvaguardar la virtud del grupo. Allí la estrecha playa que bordea la calle se ensancha de repente, y es allí donde se dan cita niñas y muchachitas del barrio para hacer volar, alguno diría «enganchar», sus cometas. A espaldas de esta playa, poco apartado de la calle y ahogado incongruentemente en la espesura de los jacarandás, se asomaba un edificio bajo de ladrillos polvorientos con grandes y no demasiado limpios ventanales sobre el río, cuyo segundo y último piso alojaba la oficina del Senhor Inácio.

La cita era el diecisiete de noviembre a las once de la mañana, pero Antônio salió de casa con mucha anticipación: era un lindo día y en bicicleta remontaría la ribera hacia el norte, esperando derretir al sol sus pensamientos funestos. Las cometas de cada barrio son sistemáticamente de los colores del barrio mismo: amarillo y verde para el barrio de Santa Inés, donde vivía Antônio; azul y negro para el Trem, los mismos colores del Ypiranga y del Inter, equipo del corazón del Padre Vitório Galliani, su fundador; rojo, amarillo y verde, los colores de la bandera oficial de Macapá, para el Bairro Central; rojo y amarillo para el Perpétuo Socorro. Cuando ya las primeras cometas rojas y verdes de la Cidade Nova estaban a la vista, Antônio detuvo la bicicleta y se bajó buscando un lugar razonablemente seguro donde dejarla. Se dio cuenta de que no sabía nada del Senhor Inácio, ni cuál era su verdadero trabajo ni cuál era su vida fuera del fútbol. Para él, y para todos, siempre había sido solo el Senhor Inácio, el Presidente. También la convocatoria a su oficina personal y no a la sede del club lo dejaba intranquilo. Nunca había sucedido que una reunión con la dirigencia se celebrara fuera de los muros de la sede, y el propio Antônio nunca había tenido idea de que allá a lo largo del río el Senhor Inácio tuviera otra oficina.

Una hora de anticipación; las cometas en vuelo eran muchísimas. Antônio las miraba fascinado: su infancia pasada pateando una pelota no le había permitido gozar lo suficiente de esta maravilla. Había niños y niñas de todas las edades, algunos de ellos verdaderamente diestros para conducirlas en vuelo. En cambio había poquísimos adultos; mirando bien, quizá solamente él. Sentado en un murito, en el olor caliente del río, observaba un lagartón verde que perseguía moscas, buscando cualquier asidero para no pensar en la semifinal perdida de manera tan deshonrosa el día anterior. A lo lejos la silueta de un muchacho se acercó con andar desgarbado. Tenía barba y el pelo largo y su manera de caminar era muy rítmica, como si estuviera bailando. Antônio lo reconoció: era Douglas, no lo veía desde hacía meses.

—¿Douglas? ¿Eres tú?

—¿Antônio? ¡Hola! ¡Sí, soy yo! ¡Qué gusto verte! Se abrazaron, se miraron largo rato, se rieron.

—¿Qué te pasó? Estás flaco, estás bronceado, estás… —Antônio vaciló un momento considerando si podía resultar ofensivo o no— ¡estás lindo!

—¿Quieres decir comparado con el muchacho gordito y paliducho que conocías?

—Bueno, sí, quizá no exactamente gordito, ¡pero mírate! ¡De verdad ya no eres tú!

—Nada, Antônio, qué te puedo decir: estuve a lo largo del río, en la selva, unas semanas, un viaje con dos amigos… —Antônio no recordaba haber visto nunca a Douglas tan contento—. Lo tenemos aquí a dos pasos y ni siquiera nos damos cuenta de esta riqueza. ¿Cuántas veces pensaste en remontarlo? Y sin embargo no nos damos cuenta de lo que significa de verdad.

—Infinitas. Pensé infinitas veces en remontar el río y explorarlo como corresponde, y después por algún motivo nunca lo hice. La hora que tenía de anticipación pasó rápido entre los relatos de Douglas. La palabra que él pronunció más seguido fue «lindo»; los ojos le brillaban y estaban perdidos en el recuerdo de encuentros con gente que él definía como «más verdadera» y de una naturaleza fascinante que de repente se volvía demasiado grande y compleja como para poder ser comprendida del todo. Una hora, una hora y cinco, una hora y diez…

—Perdóname, Douglas, tengo que irme de verdad, ¿te parece si nos vemos una noche así sigues contándome? Quiero saber todo hasta el más mínimo detalle: qué recorrido seguiste, quién te acompañó; quiero saber todo.

El Senhor Inácio lo estaba esperando sentado detrás de un gran escritorio de madera, un puro apagado en la boca, la camisa de lino rosa pegada al cuerpo por el sudor a pesar del viento que penetraba a través del gran ventanal abierto sobre el río. Sobre el escritorio, las páginas deportivas de los diarios locales, en las que campeaban grandes círculos en marcador rojo alrededor de los artículos que hablaban del partido del día anterior. La luz proveniente de un enorme monitor de computadora —Antônio ni siquiera pensaba que existieran monitores tan grandes— se reflejaba sobre la piel grasosa y blancuzca del presidente, que empezó a hablar sin preámbulos con un leve tartamudeo que Antônio no había percibido nunca. Antônio no conseguiría nunca mirarlo a la cara por una especie de repentina repugnancia; todo lo que sus ojos miraron fueron las coloridísimas cometas que revoloteaban cerca, apenas fuera de la ventana.

—Antônio, te convoqué porque se decidió no renovarte el contrato. La noticia desde luego no tomó por sorpresa a Antônio: miraba las cometas, no movía un músculo.

—No niego que en parte hayas hecho un buen trabajo, pero no alcanzó. Los muchachos no están contentos y Eduardo tampoco está contento; todavía no hablé con él pero sé que no lo está. ¿Eduardo? Antônio sabía que Eduardo no estaba entusiasmado, quizá, pero entre ellos había una relación franca y si hubiera habido problemas se lo habría dicho. De todos modos estaba claro que no había ningún margen para discutir, y no dijo nada.

—No quisiera que pensaras que es una cuestión de dinero, en absoluto; es más, quería asegurarte que tu sueldo de noviembre te será pagado normalmente. No era una cuestión de dinero, entre otras cosas porque el «sueldo», como lo llamaba el Senhor Inácio, era tan mísero que no habría alcanzado ni para volver a comprarse la bomba de la bicicleta.

—Pero en fin, así no va, Antônio. Tu método de entrenamiento no es ortodoxo, no dio los frutos esperados, no estamos contentos.

Una de las cometas seguía trayectorias particularmente atractivas: parecía siempre a punto de precipitarse pero se recuperaba siempre, siguiendo muy rápidamente un recorrido en forma de ocho para después volver a subir. Tenía una tensión interna, aquella cometa, una energía. Este pensamiento hizo sonreír a Antônio, gesto que el presidente interpretó de manera del todo equivocada.

—Veo que estás divertido, bien. Daremos el anuncio esta tarde antes del entrenamiento; si quieres saludar a tus muchachos podrás venir: el entrenamiento lo conducirá Eduardo, que quedará como entrenador principal hasta que encontremos un sustituto. Ah, y querría que entregaras todo el material: el bolso, las camisetas y el buzo, gracias. Otra vez aquella trayectoria en ocho de la cometa, otra vez recuperada en el último momento.

—¿Y bien, Antônio? ¿No tienes nada que decir?

—Ay, Senhor Inácio, cosas para decir tendría. Podría hablar de mis muchachos y de lo desastrosos que fueron este año, un grupo de jugadores malísimos salvado solo por mi organización de juego. Podría hablar de una dirigencia miope cuya jugada más valiente fue llevar a los jugadores a la iglesia a envenenarse antes de una semifinal. Podría hablar de la tristeza que sentía viendo nuestras gradas siempre vacías y esas mismas idénticas gradas siempre llenas cuando jugaba el Ypiranga. Pero yo no soy así. ¿Quieren echarme? Lo entiendo, perdimos la semifinal y la responsabilidad la asumo toda yo. Pero quizá una cosa se la quiero decir. No van a ganar. No van a ganar nunca más. Mientras el Futebol Clube lo tenga a usted como presidente, Senhor Inácio, podrían incluso tomar, yo qué sé, al entrenador del Palmeiras y a uno como Catu o Rolando y no ganarían igual nunca más.

—Antônio, Antônio, cuánto rencor. Si quieres llegar a ser un entrenador de éxito tienes que aprender a dejar de lado las cuestiones personales, ¿sabes? Y además te quiero decir otra cosa, y te la quiero decir solo a ti: el año que viene el campeonato no se hará. Se acabó el dinero, el Zerão cierra y adiós a todos. ¿Ves lo miope que eres? ¿Ves que piensas solo en el Macapá cuando en cambio estamos en medio de una crisis mucho más grande que tú y que yo?

—¿Pero presidente, está seguro de lo que dice? ¿Qué significa que el Zerão cierra?

—Significa que a pesar de que fueron construidas hace ni siquiera diez años las gradas se están cayendo y no hay dinero para arreglarlas; significa que cinco equipos de Macapá no tendrán más un estadio donde entrenarse; significa que quizá consigamos jugar en alguna copa del norte de Brasil pero nada más.

—Lo van a arreglar. El Zerão es demasiado importante para esta ciudad, encontrarán la manera.

—Te gusta seguir viviendo en el mundo de los sueños, ¿eh?

Antônio se levantó de golpe, se quitó el pin del Macapá Futebol Clube que llevaba prendido a la camiseta y lo dejó caer ruidosamente sobre el escritorio; con paso controlado salió de la oficina y con una lentitud enfática bajó los escalones uno a uno hasta llegar a la calle. El resplandor del sol del mediodía casi lo cegó. En el cielo, la cometa que estaba siguiendo con la mirada hasta pocos minutos antes perdió de repente altura y se fue a enganchar en los cables de la luz justo debajo de la ventana del Senhor Inácio, yendo a hacerles compañía a otras cometas del mismo color que habían sufrido la misma suerte en el pasado.

1.15 Río

Antônio estaba de pie sobre el contrafuerte de la Fortaleza y pensaba en el suicidio. De vez en cuando le pasaba que reflexionaba sobre eso, como posibilidad teórica del todo desligada de la realidad. Del tipo: si llegara un doctor con el suero de la inmortalidad y te lo quisiera inyectar, ¿qué harías? Agarraría una barra de hierro y lo molería a golpes, eso es lo que haría. Pero si no lo consiguiera, entonces me mataría sin pensarlo un instante. La inmortalidad, imagínate. Otras veces había pensado en el suicidio como potencial solución a sus problemas. ¿Estoy atrasado con las cuentas de la luz? Bueno, si me suicidara ya no sería un problema. ¿Tengo que hacer aquella llamada que no tengo ninguna gana de hacer? Ídem. Pero cada vez, sin excepción, le quedaba claro —ya desde el principio, ya desde el «si»— que no estaba tomando de verdad en consideración esta hipótesis. Y cada vez el pensamiento siguiente era: ¿cuál podría ser un motivo por el que podría de verdad pensarlo? Después le subía una vaga sensación de vergüenza por haber asociado la idea del suicidio a pensamientos tan banales y en general su mente empezaba a vagar, empezaba a reflexionar sobre los métodos creativos para suicidarse y cinco minutos después ya estaba pensando en otra cosa completamente distinta.

Tampoco aquella vez estaba pensando de verdad en suicidarse. Pero pensaba en su soledad y quizá en Isabel, pensaba en la radio, pensaba en las computadoras con el millennium bug y quizá en el fin del mundo, pensaba en la semifinal y en aquella otra semifinal, pensaba en el muro celeste de su amado estadio. Y después el pensamiento se le fue al piloto del vuelo de EgyptAir. En cuánto tienes que estar mal para querer suicidarte, cuánto tienes que estar malísimo para hacerlo de verdad y cuánto tienes que estar mal de manera inimaginable para hacerlo y llevarte contigo a un centenar de personas. ¿Pero cómo se hace? ¿Pero cómo carajo se hace para terminar así? Y piensa si el piloto ya hubiera pensado en suicidarse en el pasado, solo en su habitación, y alguien querido hubiera conseguido disuadirlo. Salvarlo. Piensa la maldita ironía. Quizá es mejor suicidarse enseguida, la primera vez que se te ocurre.

Después, de a poco, también aquella vez empezó a divagar. Volvió a los aspectos prácticos del suicidio y pensó, como siempre, que si hubiera tenido que hacerlo habría elegido el río. Y fue el río el que lo distrajo, con aquel color fantástico suyo, el único color posible para un río digno de ese nombre: marrón. Volvió a ser niño con la memoria, la primera vez que en la escuela los habían puesto delante de un mapa:

—¡Maestra! ¿Qué son estas rayas celestes?

—Esos son los ríos. Este dibujado aquí es el Amazonas.

—¿Los ríos? ¡Se ve que el que los dibujó nunca vio uno! Las carcajadas. Y la maestra, paciente, explicando que el color del río es un color particular, debido a las características que lo vuelven casi único en el mundo, pero que en general otros ríos son de verdad celestes o azules, más o menos como el mar:

—Hay incluso una canción que habla de un lindo río europeo: «El Danubio azul»; alguna vez se la hago escuchar. Y después un salto hacia adelante, Antônio joven adulto, por primera vez delante de una computadora conectada a internet. Sus amigos todos buscando a Pamela Anderson y él «foto Danubio». Y la incredulidad primero y las risas después, al ver que era marrón también el Danubio azul. Foto Támesis, clic: marrón. Nilo: marrón. Mississippi: marrón. Jajajá, malditos cartógrafos, y yo que les creí todo este tiempo, a ustedes y a la maestra. Pero después otros clics mostraban fotos de ríos azules; en algunas fotos incluso los mismos Danubio, Nilo y los demás parecían azules. ¿Quizá dependía de la toma, de los puntos del río? Y entonces los ojos desorbitados, la intuición, la

búsqueda rápida y la confirmación: existían fotos (¡y cuántas!) del Amazonas que lo mostraban azul, de un azul profundísimo. Pensándolo era obvio, pero habiéndolo tenido siempre delante de los ojos no se había detenido nunca a reflexionarlo ni una sola vez en más de veinticinco años: el río era mucho más variado de como lo pensaba él y tenía guardadas un montón de sorpresas. Aquella vez lejana había apagado la computadora con desgana y se había prometido que pronto iría a buscarlas, aquellas sorpresas; pero los meses habían pasado y después los años, y la escuela, el calor, la radio, la lluvia, el fútbol… y el río había seguido fluyendo hacia él sin ser jamás, ni una sola vez, correspondido.

1.16 Partidas

Isabel, de familia relativamente acomodada y cuyos padres le habrían pagado de buena gana los estudios universitarios, por orgullo personal había elegido pagárselos sola, trabajando en el bar de Ana Maria. A la radio, en cambio, le dedicaba su tiempo por pura pasión. Pero ahora los estudios habían terminado y ya no estaba siquiera la excusa de la radio, quizá muerta para siempre: había que decidir qué hacer «de grande». Y quizá parte de volverse grande era aprender a dejar de lado el propio orgullo.

—Papá, lo pensé: decidí aceptar su generosa oferta de pagarme los estudios en la escuela internacional de intérpretes de Nueva York.

—Me alegra, Isabelita querida. ¿Y cuándo pensabas partir?

—Pasado mañana, si a usted le parece bien. Me gustaría empezar ya con el próximo semestre.

—Veo que trabajaste sobre el orgullo. Me alegra. Después quizá trabajamos un poco también sobre la impulsividad, ¿eh? Pero estoy muy contento por ti.

Isabel llegó frente a la puerta del número 1630 de la calle sesenta de Brooklyn cuando el sol hacía ya rato que se había puesto. Siete escalones llevaban a una casita de ladrillitos claros inmersa en el amarillo de los faroles de la calle; su enorme maleta con rueditas no habría entrado nunca sin la ayuda de alguien. El timbre estaba trabado y ella estaba demasiado cansada incluso para golpear en los vidrios esmerilados. Había viajado veinticuatro horas seguidas: para llegar a Nueva York desde Macapá había que adentrarse en el profundo sur de Brasil, primero a Brasília y después a São Paulo, y solo entonces un gran avión de US Airways la había transportado finalmente a destino. De aquellas veinticuatro horas conservaba un recuerdo confuso: las esperas en fila absurdamente largas antes que nada, la palabra «Aliens» en el aeropuerto de Nueva York, las cosas horribles comidas en el avión, la inscripción «8.000 $» impresa en el pasaje, el inglés que oía y que no entendía (¡soy licenciada en idiomas, maldición!), la gente, una cantidad de personas todas juntas que parecía quitarle el aliento, el miedo del primer despegue enseguida superado por la curiosidad y por el placer nuevo de volar, de elevarse y hender las nubes, las sonrisas de sus vecinos de asiento al llegar a Nueva York, la vista que quitaba el aliento de la ciudad desde la ventanilla del avión primero y del taxi después, en particular de las enormes torres gemelas que se podían ver de verdad desde cada esquina de la ciudad. Era su primer, verdadero viaje. Durante las diez horas y media de vuelo entre São Paulo y la gran manzana había tenido finalmente ocasión de escribir un verdadero diario de viaje, y de su pluma había salido un río desbordado: un cuaderno entero comprado para la ocasión en el aeropuerto de Brasília había sido llenado de escrituras apretadísimas y de dibujos inseguros. Había decidido tan rápido y papá había aceptado tan rápido (¿se me querrá sacar de encima?, pensaba riéndose) que no había habido modo de sentir ninguna emoción: justo el tiempo de avisarle a Ana Maria, la dueña del bar, hacer una llamada a la radio para comunicárselo a alguien y hacer las maletas. La escuela aceptaba inscripciones a condición de empezar al regreso del «Mid Term», el 19 de noviembre. Recordaba con vergüenza la llamada casi cómica a la secretaría, durante la cual no entendía y no conseguía hacerse entender: qué intérpretes ni qué traductores. El frío, llevaba encima solo una gabardina demasiado liviana, le dio el coraje o la fuerza de golpear la puerta. La casa era de una prima tercera de su padre que se había mudado con la familia décadas antes, había tenido un número impreciso de hijos, había perdido al marido y ahora disfrutaba de su jubilación ni siquiera demasiado mísera alquilando el piso superior de aquella casita perdida en el sur de la metrópoli, donde coreanos, chinos, italianos, brasileños, polacos y judíos ortodoxos se repartían bastante pacíficamente cada centímetro cuadrado edificable y habitable. La mujer vestida de negro que abrió la puerta tenía una enorme nariz aguileña que le ornaba el rostro y que la hacía parecerse a un águila o, mejor, a un cuervo. Em-

pezó a hablarle en lo que desde su punto de vista era portugués, lengua que no frecuentaba desde hacía por lo menos treinta años, y que Isabel tuvo el tacto de fingir que comprendía. La anciana señora le abrió camino por las empinadas escaleras que llevaban al departamento de arriba, del cual provenía una música y un buen perfume de algo que Isabel no conseguía reconocer.

Dios da pan a quien no tiene dientes, pensaba Teresa sosteniendo en la mano su celular nuevo. Había pasado la mitad de los días anteriores estudiando diligentemente el manual y la otra mitad presumiéndolo con Luiza. A la hora en que habitualmente llamaba a Antônio, sin embargo, la agarraba una sensación de melancolía. ¿De verdad voy a tener que acostumbrarme a llamar al programa de aquel loro desplumado? Sopesó otra vez el teléfono, abrió y cerró la tapa de resorte sintiéndose la coprotagonista de aquella película, tomó aire con fuerza y marcó el número.

—¿Aló?

—Este… ¿Senhor Inácio? Soy Teresa, ¿se acuerda de mí? Soy aquella señora del teléfono.

—¿Qué señora del teléf…?

—La que ayudó a Gustavo. A propósito, ¿cómo está?

—Está mejor, gracias. Se está recuperando bien, ya empezó la rehabilitac…

—Me alegra —lo interrumpió Teresa, que no podía estar demasiado tiempo sin hablar porque si no toda la determinación que milagrosamente había juntado se le esfumaría en un soplo—, disculpe la molestia, pero estaba volviendo a pensar en lo que usted me dijo cuando nos vimos. ¿Recuerda?

—Mmmm, sí…

—Eso: usted me regaló este teléfono precioso y se lo voy a agradecer para siempre, pero había dicho que era poco y que podía pedir lo que quisiera. Eso, se me ocurrió otra cosa que querría.

—A ver, a ver —la alentó Inácio, divertido y casi admirado por aquel descaro.

—Eso, ¿usted conoce Radio Nova Amizade? Hace unos días hubo un robo, se llevaron todo y ahora la radio está cerrada. Eso, sabe, me gustaría que volviera a abrir.

—Jajá, apunta alto, eh, señora Teresa —se rio Inácio, a quien mientras tanto le había vuelto a la memoria el encuentro—, recuerdo que me había dicho que en la vida hay que saber conformarse.

—Sigo pensando así, Senhor Inácio —dijo Teresa, apelando a las últimas gotas de su reserva de coraje y desfachatez—, pero a veces también hay que saber atreverse. El que no arriesga no gana.

Casi del otro lado de la ciudad Antônio estaba acostado en su camastro mirando el techo, con una convicción sólida que se le había formado adentro. Partir. Tengo que partir. Los relatos de Douglas sobre su andar dando vueltas por la Selva Amazónica le resonaban en la cabeza, y la amargura que sentía por cómo había terminado la temporada de fútbol y por el robo en la radio no hacía más que amplificarlos y volverlos más cercanos, casi al alcance de la mano. Pero había algo más. El día anterior había llegado a la radio para hacer un balance de la situación y decidir cómo continuar, e Isabel no estaba.

—Se fue —había dicho un João muy alicaído.

—¿Se fue? ¿Y adónde? ¿Cómo? —Antônio no se lo esperaba para nada.

—Se fue a Nueva York, no sé mucho más, se fue ayer.

—¿A Nueva York? João, no me tomes el pelo, no es posible…

—Antônio, no te estoy tomando el pelo: te digo que se fue, dijo que había llegado el momento de cambiar, que había tomado una decisión rápida pero justa para irse a estudiar. No sé nada más.

Había vuelto a casa pedaleando lentamente, el olor del río era fortísimo en el aire húmedo, casi una dulce putrefacción de fruta. Las fachadas de las casas parecían empapadas por la luz del sol que caía, grises, amarillentas y rosadas como una acuarela mediocre. Antônio tenía todavía en los oídos aquel silencio que significaba un completo, enésimo reseteo del cerebro. Isabel se había ido. En los últimos tiempos había sido una presencia constante y había terminado por ser parte de su paisaje interior; su ausencia pesaba más de lo que estaba dispuesto a admitir consigo mismo. Necesito unas vacaciones: mañana llamo a la escuela y me tomo un par de semanas, total el año escolar ya terminó, yo nunca me tomé vacaciones, ¿acaso no me las van a dar? Su techo se llenó de colores, de caras, de sabores, de sonidos. Agarró el teléfono y marcó el número que Douglas le había dejado.

—¿Aló, Douglas?

—¿Antônio?

—Hola, sí, soy yo. Decidí que me voy a dar una vuelta por la Amazonia y quería preguntarte si me das algún consejo, si me explicas bien qué vuelta hiciste y cómo fuiste.

—¿Cuándo nos vemos?

—Ahora mismo, si quieres.

Capítulo 2

2.1 Agua

Monte Dourado, Pará. El pueblo, si queremos llamarlo así, era un simple conglomerado de casuchas reunidas alrededor de una placita pelada dominada por un modesto edificio colonial, a cuyas espaldas ya se cernía la selva, que alojaba una microscópica oficina de correos con la persiana de madera a medio bajar y una soñolienta *pousada* con los postigos entornados. Alrededor del palo del *pelourinho* jugaban cinco o seis niños y perros, pero por lo demás, una vez que volvió a partir el jadeante autobús que había llevado a Antônio hasta allí y desaparecidas por las callecitas las dos o tres personas que se habían bajado con él, el pueblo parecía desierto. Aquella paz era un alivio después del viaje, que había parecido interminable, aplastado entre mujeres, equipajes, niños que alborotaban y viejas que chismorreaban sin pausa, con la radio a todo volumen del chofer que chillaba una cancioncita tras otra.

Era un alivio sobre todo después de los días anteriores, cuando su deseo de irse un tiempo lejos de la vida de siempre había sido frustrado por la multitud, por el ruido, por la cantidad de gente y de turistas que atestaban las ciudades a lo largo del río. Los paseos organizados para mirar a los osos hormigueros o para probar el *jacaré*, en barcos repletos de americanos y europeos que fotografiaban cada loro como si fuera el último del mundo, rodeados de niños que trataban de venderles helados de agua y fruta pegajosa, no eran lo que él se había esperado de la Amazonia. Los negocios, las mesitas con los viejitos que bebían *cachaça* en el calor de la tarde, los automóviles, las radiecitas, los buitres aburridos sobre los restos de las verduras del mercado, los muchachos de ojos sombríos que estudiaban con la mirada los relojes de los turistas, los traseros redondos de las chicas que arrastraban las chanclas riéndose entre ellas eran iguales a los de su ciudad. Había visitado como correspondía Santarém y Manaus, pero le parecía haber cambiado de barrio, nada más. No era aquella la Amazonia que tantas veces se había imaginado; desde luego no era allí donde habría podido volver a anudar los hilos de sus pensamientos y de su vida inmerso en la naturaleza, no era de un viaje así de donde habría podido volver a casa entusiasmado, renovado, enriquecido.

Ya camino de un decepcionante regreso, se había detenido en Almeirim, indeciso entre dejarlo todo y volverse a su departamentito del primer piso o creerle al enésimo folleto que prometía fantásticas excursiones para descubrir las bellezas del río: ¡los rarísimos delfines rosados! ¡La peligrosísima anaconda! ¡La confluencia de los dos ríos, las aguas que durante kilómetros no se mezclan! Mientras paseaba perplejo por las tórridas calles de la pequeña ciudad, un furioso aguacero lo había hecho refugiarse a toda prisa dentro de una estación de autobuses. Esperando que escampara había holgazaneado bebiendo su *cafezinho*, echándole una mirada distraída a las paredes cubiertas de carteles y volantes superpuestos que publicitaban helados, espectáculos, ofertas especiales de detergentes, escuelas de samba y esteticistas de muchas promesas, hasta que el ojo se le fue al tablero de los horarios. Por lo visto de allí partían líneas del todo secundarias, que conectaban sin demasiada frecuencia localidades del interior cuyos nombres no le decían nada. Una idea había empezado a abrirse camino en su cabeza, y se había acercado a la ventanilla de la boletería, donde un hombrecito en pantalones cortos y chancletas estaba leyendo un diario deportivo mientras se metía los dedos en la nariz.

—Escuche una cosa, vi que hay un autobús que lleva a Monte Dourado y dice entre paréntesis «Rio Jari»: ¿quiere decir que el pueblo está sobre el río, cierto?

—Si dice así, tendrá que ser así, ¿no?

—Eh eh eh, sí, claro, claro. Pero, a ver, ¿según usted, una vez llegado allí hay posibilidad de encontrar un barco, de alquilarlo digo, para remontar un poco el Jari? El hombrecito se había sacado el

dedo de la nariz, lo había observado bien, después, satisfecho, se había encogido de hombros y había dicho con una gran sonrisa:

—Bueno, el río está ahí, algún barco habrá; si no, ¿para qué construían el embarcadero?

—Eh, sí, no le falta razón. Está bien, entonces deme un pasaje. El micro sale mañana a las nueve, ¿verdad?

—Dice así, miércoles y viernes a las nueve, así que visto que mañana es miércoles será así, ¿no? Después nueve, nueve y media, a veces si hay mucho que cargar se hacen las diez, las once, vaya uno a saber. Pero si usted viene a las nueve quédese tranquilo, agarra hasta el asiento de adelante, que corre más aire. Son treinta reales.

Había sido una decisión tomada por impulso: Antônio de repente se había sentido todo excitado, y contento como nunca desde que había partido. Basta de seguir los itinerarios organizados, los preestablecidos para los turistas, basta de falsas aventuras en una selva domesticada; ahora me voy por mi cuenta, me tomo un lindo cuartito en Monte Dourado y encuentro a un muchacho que me lleve por el río hacia el interior, basta de folletos, llegó el momento de romper los esquemas, es mi viaje y desde ahora me lo organizo yo.

Detrás de las cuatro casas que constituían la soñolienta Monte Dourado no le costó encontrar el embarcadero, apenas un muelle de tablas que se asomaba tres metros escasos sobre el río verdoso. Varadas a lo largo de la orilla había seis o siete barquitas de madera grandes como bañeras, cosa de pescadores, y amarrados al muelle solamente dos barcos a motor, no mucho más grandes pero provistos de un esbozo de cabina y de una lona de plástico tendida para dar sombra a la cubierta. Uno de los dos era viejísimo y se inclinaba visiblemente de un lado; en el otro un hombre con una gran mata de pelo color hierro trasteaba alrededor del motor.

—¡Eh! ¡Escuche, le hablo a usted! Este barco de acá, ¿lo alquila? El hombre se limpió las manos en los pantalones cortos, se rascó los pelos del pecho desnudo, evaluó la camiseta de Antônio y sus zapatillas Adidas y se encendió un cigarrillo:

—Cómo no, cómo no. Alquiler con piloto, buen precio, lindísimo paseo. El piloto soy yo. ¿Adónde era que quería ir?

—Bueno, quería dar una vuelta por el río, remontarlo un poco para echarle un vistazo a la selva… quizá quedarme un par de días, no sé, si se encuentra dónde dormir…

—Cómo no, dormir en el barco, está todo equipado, comodísimo, está como un señor. Se sale dos o tres días, un montón de selva, lindísimo paseo. Óptimo precio, incluida la comida, incluido el cocinero, el cocinero soy yo.

—Ah, bien, muy bien. ¿Podríamos partir mañana mismo o tiene que terminar de arreglar el barco?

—El barco está perfectísimo, mire que es una joya. Cerró de un golpe la tapa del motor, tiró la colilla al agua:

—Partimos mañana temprano; usted mientras tanto puede dormir allá en la *pousada*, lindo lugar, limpio, óptima cena. Óptimo precio. La *pousada* es de mi hermana Gesita.

La cena era óptima de verdad, una *moqueca* de camarones de río para chuparse los dedos y una cerveza casi del todo fría; en cambio la cuenta le pareció un poco salada para llamarse un óptimo pre-

cio, incluso teniendo en cuenta que la cama era angosta y jorobada y el alto techo de la habitación estaba enteramente cubierto de gecos. Un geco o dos no le molestaban, pero aquellos tenían que ser como mínimo cinco mil, y aunque Dona Gesita había respondido a sus dudas con una amplia sonrisa contenta porque así «no tendría ni un mosquito en el cuarto», Antônio durmió con un sueño un poco inquieto.

No le pareció en absoluto un óptimo precio tampoco el que Gambone —de nombre sería Paulo, pero está bien Gambone, todos me dicen Gambone, vamos, suba a bordo, cuidado con esa tabla, no, el perro es buenísimo, se llama Suplicio: no muerde, se tira pedos y nada más, ¡ajajajá! Mire qué día, mire qué barco, un lindísimo paseo— le extorsionó todavía antes de hacerlo subir a aquella carcacha; pero ya estaba ahí, por lo visto aquel era el único barco disponible y a esta altura él se moría de ganas de dar aquella vuelta por el río.

El viaje empezó de manera realmente gratificante: después de pocas horas de navegación llegaron a la vista de una enorme cascada, que interrumpía de golpe la somnolencia de la corriente hirviendo de espuma, vuelos de pájaros y arcoíris de salpicaduras. Gambone hizo los honores de la casa todo orgulloso, ufano como si la hubiera fabricado él esa mañana:

—Esta es la Cachoeira do Santo Antônio, lindísima. Gran cascada, la más grande del Amapá, lindísima, ¿verdad? Lindísima. Muy afortunado usted de verla. Vale la pena el paseo, aunque sea solo por la cascada, vale la pena, lindísimo paseo. Antônio, aunque muy impresionado por la imponencia de aquel salto de agua en plena selva, se quedó un poco mal:

—¿Pero entonces ahora volvemos? ¿Ya se terminó el viaje por el río?

—Eh, se creía, ¿eh? —Gambone se había dado la vuelta a mirarlo socarrón, el ojo entrecerrado por el humo del cigarrillo que le colgaba de la boca—. El paseo es todavía largo, todavía más lindo. Muy afortunado usted porque yo conozco tan bien el río. Viejo tramposo el Jari, viejo malicioso, el que no lo conoce termina mal, viejo amarillo peligroso y tramposo.

Viró para volver atrás, gloriándose mientras tomaba un brazo lateral más abajo, secundario y casi escondido entre las ramas:

—Conozco todos los trucos de este río del diablo, es muy afortunado usted de venir conmigo, tiene más brazos que una mujer con ganas este viejo amarillón, mil brazos que cambian de vueltas entre hoy y mañana. Solo yo los conozco sus enredos, yo sé cómo gira y regira y lo llevo adonde quiera, río arriba. Gente de la ciudad que vino se perdió, en este río, un montón de gente. Venidos y perdidos, unos profesorones, gente que escribe los libros, perdidos en medio de sus brazos sin saber ya si estaban bajando o subiendo. Muy afortunado usted de venir conmigo, lindísimo barco el mío. Y de verdad Antônio se habría perdido, en aquel continuo bifurcarse entre el verde de aguas que parecían indistinguibles una de otra. Tuvo que admitir que la vanagloria de su timonel estaba después de todo fundada cuando, al cabo de un par de horas, desembocaron de nuevo en el curso principal del río, ancho y amarillo y sobrevolado por bandadas de loros, sin rastro ya de la cascada, dejada bastante atrás.

El resto del viaje resultó un asunto mucho más aburrido de lo previsto: el barco refunfuñaba y se balanceaba escupiendo gases de escape sobre un agua opaca y amarillenta, la selva era un muro verde a ambos lados, enmarañado e incesante, cuya monótona, amenazante masa estaba avivada solamente por la multitud de pájaros que se alzaban y bajaban chillando una gama infinita de sonidos y de vez en cuando por el velocísimo revolotear de monitos inquietos. Gambone pilotaba con una mano encendiéndose ininterrumpidos cigarrillos con la otra; un par de veces por día amarraba el barco y se dedicaba a soporíferas sesiones de pesca en las que Antônio no se sentía muy inspirado a partici-

par y que enriquecían la monótona cocina de a bordo —que por lo demás empezaba y terminaba con empanadas fritas largo rato en denso aceite de palma— con pescados oblongos de gusto cenagoso que a Suplicio parecían entusiasmarlo.

Después de haberle sacado cuatro rollos enteros a aquel murallón de ramas, hojas, lianas y orquídeas, Antônio perdió la esperanza de encuadrar por casualidad a un jaguar cazando o por lo menos una pelea entre tapires, un apareamiento de capibaras, una especie de loro que después resultaría desconocida y a la que le darían su nombre. Se entendía que aquella maraña de frondas bullía de vida, pero era una vida muy elusiva y, salvo las omnipresentes aves y monos, aparentemente invisible. Tomaba apuntes perezosamente, se acurrucaba bajo la lona al lado de Suplicio para evitar el aguacero de la tarde, escuchaba a Gambone contar por enésima vez la formidable actuación con las gemelas mulatas Diamira y Alfonsinha que había dado origen a aquel apodo suyo tan evocador. La selva parecía tan al alcance de la mano y sin embargo le parecía no conseguir verla de verdad, sentirla, tocarla.

A pesar de esta vaga decepción se sentía bien. Ciertamente descansado: aquellos días de quieta navegación cuya única emoción era la lucha incesante con los mosquitos habían hecho decantar el estrés de los últimos meses, y Antônio empezaba a fantasear con comprarse un barco y un perro amarillo banana y acomodarse en una casita en Monte Dourado, quizá con una chica (¿Isabel, quizá?), montar una pequeña estación de radio que transmitiera solamente jazz y música india, quizá escribir una novela que hablara de fútbol, cuando el viaje fluvial llegó de repente a su fin.

Hasta un instante antes estaban navegando en absoluta paz, gozando de la brisa y del olor a nafta, cuando de pronto Gambone aminoró y atracó en la orilla, donde un pequeño claro de tierra apisonada se asomaba sobre el río. Apoyó la tabla, bajó a tierra, ató el barco a un arbolito y después tranquilamente agarró la mochila de Antônio y la descargó en tierra.

—¡Se baja! —anunció festivo. Antônio estaba ligeramente perplejo, no había entendido que habría una parada y además allí no parecía haber nada que la justificara, pero siguió a Suplicio, que había desembarcado meneando la cola, contento. Gambone le llevó a Antônio una lata de cerveza invitándolo a acomodarse sobre un tronco caído, esperó a que el animalito hiciera un par de necesidades al pie de una yuca, volvió a subir a bordo, quitó la tabla y llamó con un silbido al perro, que con elegancia saltó a bordo mientras ya el motor petardeaba alejándose de la ribera.

—Lindísimo paseo, lindísimo. El paseo por el río se terminó, tú esperas y viene mi primo a buscarte con el jeep. Lindísimo jeep, un viaje de vuelta muy cómodo. Óptimo precio. Antônio estaba atónito:

—¿Pero cómo? ¿Pero qué quiere decir? ¡Pero estás loco, no puedes dejarme acá! ¡Yo pagué por ida y vuelta! ¡Vuelve enseguida! ¡No puedes dejarme acá!

—Tranquilo, mi primo llega pronto. Precio de solo ida con el barco, óptimo precio, lindísimo paseo, lindísimo barco. En poquísimo llega mi primo, tranquilo. Tranquilo, un buen muchacho, lindísimo jeep. La voz de Gambone ya se alejaba, la senda apenas insinuada que desembocaba en el claro estaba desierta hasta donde alcanzaba la vista, la selva zumbaba. Suplicio ladraba, parecía que lo saludaba.

2.2 Estruendo

El jeep saltaba y crujía, alzándose y volviendo a caer sobre las jorobas del terreno como un barco entre las olas. O quizá habían sido aquellos tres días seguidos pasados en barco los que hacían sentir a Antônio como si todavía se encontrara sobre el agua. El olor que empapaba el aire era el mismo, denso y pesado: había creído que era el olor del río, aquel río tan turbio y lento que se anudaba como una serpiente amarillenta entre paredes de hojas, pero se dio cuenta de que era en cambio el olor de la selva, como de la selva era el estruendo que lo envolvía incesante desde que había partido de Monte Dourado.

Siempre había pensado que Macapá era una ciudad ruidosa, tanto como para considerar el breve momento entre cuando en la radio se calzaba los auriculares y cuando empezaba la transmisión como un regalito que se concedía cada vez: dos, tres segundos de silencio perfecto. El único desde que abría los ojos por la mañana y ya la radio de la vecina berreaba estridente en el piso de abajo, mientras Maribel, barriendo el patio, gorjeaba el repertorio de la cantante lírica que no llegaría a ser nunca, y desde las ventanas contiguas a las suyas el televisor del viejo Benito, encendido a toda hora del día, zumbaba un fondo continuo e ininteligible de palabras, gemidos y disparos. Y sin embargo, en comparación, era silencio el de Macapá, un silencio del que dentro de este fragor ininterrumpido de sonidos empezaba casi a tener nostalgia. Ves, uno nunca piensa en estas cosas, imagina durante años la selva, mira las fotos, no consigue ver de verdad cómo es —eso es del todo imposible— pero sí acercarse bastante a todo este verde, esta sombra, aquellas lianas y aquellas flores prehistóricas empapadas de humedad, y sin embargo nunca piensa en los sonidos: no se ve en las fotos el ruido, no se siente tampoco este olor, como de inmenso animal sudado y cubierto de musgo.

No lo había sorprendido el numerito del principio para sacarle unos reales más, faltaba más: a estas cosas estaba acostumbrado desde que había nacido, aunque seguían fastidiándolo un poquito. Casi lo había asombrado, al contrario, que el jeep hubiera llegado poco más de una hora después de que Gambone hubiera desaparecido: que una persona se retrasara dos horas, más seguido tres, era la norma, y un retraso de solo una hora y cuarto una inesperada excepción. Lo había divertido, al principio, el hecho de que Pepè —así se había presentado— tuviera una botella de *pinga* al lado del asiento y le diera generosos tragos, así como le había parecido simpático este modo fanfarrón suyo de comportarse, su sombrerote, el bigotazo bravucón:

—¡Vamos, jefe, arranquemos que nos vamos a la selva! La edad indefinible del jeep abollado, pintado a la buena de Dios de un improbable rojo, la había dado por descontada, así como el hecho de que el conductor manejara con los pies nudosos medio metidos en las chanclas: prácticamente todos manejaban de esa manera, aunque a Antônio nunca le había gustado. Lo había fascinado aquella senda que Pepè, arrogante, había tomado, en realidad solo un amago, un paso sumariamente desmontado de los árboles más gruesos, donde el jeep tenía que arrastrarse igual por el sotobosque, abriéndose camino entre hierbas, arbustos y matas arrancadas. Había pensado excitado que finalmente estaba en la selva, finalmente la vivía de verdad, ahí estaba entrando en la espesura, aunque fuera por un breve trecho, finalmente estoy aquí adentro de la selva, solo (con Pepè, pero él no importa), sin turistas, finalmente puedo mirar y gozar de cerca de estos árboles, de toda esta naturaleza, de los olores, de los pájaros, de los sonidos. No lo habían tomado desprevenido los frecuentes obstáculos, el tener que bajarse a abrirse paso con el machete para rodear un tronco caído o una maraña de arbustos que obstruían el paso. Tampoco se había quedado asombrado —no era un turista, él, había nacido a un paso de ahí— cuando habían llegado delante de aquel pantano que seguramente antes no estaba: se sabe, cuando llueve los ríos se ensanchan, se salen, crean ramificaciones y ciénagas que después, cesada la lluvia, desaparecen, o a veces en cambio se quedan ahí durante años enteros. Cuando Pepè se había desviado para rodear el pantano con una curva amplísima hacia la izquierda, él se había quedado tranquilo: son cosas normales en la selva.

Pero había empezado a preocuparse un poquito cuando, después de horas, todavía estaban bordeando la orilla incierta de aquella agua fangosa. Cuando habían arrancado era de mañana, y el sol los iluminaba de frente, alzándose de a poco desde las brumas por encima de los chillidos de loros y tucanes. Después se habían desviado para rodear aquel *pantanal*, encontrándose el sol a la derecha, sol que poco a poco había llegado al cenit y había empezado su descenso: si hubieran seguido la dirección inicial ahora deberían tenerlo a las espaldas, y en cambio lo tenían a la izquierda, desde hacía un montón de tiempo. Antônio lo había razonado un buen rato, no era bueno en estas cosas y su sentido de la orientación siempre había estado entre el tremendo y el pésimo. Pero entre dos muros casi indistintos de verde, con nada que hacer salvo bambolearse sobre aquellos tremendos asientos llenos de bultos que le habían entumecido el trasero peor que si le hubieran dado una paliza, y con todo el tiempo para mirar alrededor, después de un rato te das cuenta. Así que había tomado coraje para insinuarle a Pepè:

—Ejem… muy largo este desvío, es por el pantano, ¿verdad?

—Sí, muy largo. Es muy grande este pantano, muy largo sí, mucho. Pero no lo había mirado mientras hablaba: Pepè se volvía a cada momento más taciturno y la frecuencia de los tragos de *pinga* crecía de modo alarmante. Beberla como agua es normal para un montón de gente, pero en efecto agua no es, y aunque estés acostumbrado desde luego no mejora la concentración ni los reflejos.

Otra hora había pasado, entre crujidos y sacudones, y todavía el sol estaba a la izquierda y seguía bajando. Había habido breves, bruscos desvíos (¿pruebas, intentos?) inmediatamente abortados delante del impenetrable bastión de frondas, después otra vez adelante, cada vez más tambaleantes por el borde de aquel limo opaco. Pepè estaba encorvado sobre el volante, los ojos enrojecidos y la botella ya casi vacía, y Antônio empezaba a estar preocupado en serio:

—De verdad bastante largo este desvío… claro, las lluvias, los brazos del río… pero en fin, después de todo se llega, ¿no?, al camino, cómo se llama, la 210, estamos solo dando una vuelta un poco larga, después se llega, ¿cierto?, ¿se llega al camino?

—Claro, una vuelta muy larga. Mucho pantano. Se llega, sí… claro, tranquilo. Pepè la conoce la ruta, la hice muchísimas veces, la hice. No te preocupes, jefe, por el pantano: la sé muy bien la ruta, tranquilo, ves, mira, la sé. Las manos de Pepè cada vez más inseguras, la botella ya vacía que rodaba tintineando arriba y abajo por el piso, el sol cada vez más bajo, ningún rastro de senda, solo el borde del pantano y todo aquel resonar de sonidos, de chillidos, ay Dios pero dónde me metí, este está borracho perdido y a esta altura estoy seguro de que perdió la ruta, y fui de verdad un estúpido porque nadie sabe dónde estoy, ahora este cretino se me duerme con la cabeza sobre el volante, quería solo mi dinero pero no sabe la ruta, se perdió y cuanto más baja el sol más crece el ruido, tampoco esto lo sabía, la selva no descansa nunca.

Por más agitado que estuviera, Antônio ya no se había atrevido a dirigirle la palabra a Pepè, que ahora parecía concentradísimo en las manos y el cambio y el volante, concentradísimo pero ya ausente; el sol estaba cada vez más desplazado a la izquierda, cada vez más equivocado, quizá sería mejor detenerse, ahora se lo propongo, veamos, está borracho y seguramente tiene un cuchillo, bueno, se lo propongo igual, este pantano es del todo insensato. Y de improviso el chasquido, el golpe, quizá un tronco no visto o un bache, un trompo, el tremendo tumbo, el estrépito. Y después todo quieto, un goteo y el estruendo de la selva.

2.3 Selva

Por más que se esforzara, Antônio no conseguía recordar con precisión el momento en que se había alejado del jeep volcado: estaba ciertamente en estado de shock, quizá también se había golpeado la cabeza. Recordaba haberse puesto de pie, contusionado, trastornado, después de haber sido catapultado hacia afuera y de haber aterrizado despatarrado en medio de los arbustos. Recordaba el jeep, las ruedas que todavía giraban despacio, recordaba la conciencia extrañamente amortiguada de que Pepè no podía sino estar muerto, aplastado ahí debajo. Pero no recordaba cómo había decidido ponerse en marcha para alcanzar a pie la 210, ni recordaba en base a qué había elegido la dirección hacia la cual encaminarse. Su mochila debía de haber sido despedida afuera junto con él y él debía de haberla encontrado y recogido, porque se la encontró en la espalda cuando, quizá una hora después (¿media hora, dos horas?), sus pensamientos volvieron a ser de algún modo coherentes y se halló caminando bajo un torrencial chaparrón de lluvia en lo más espeso de lo espeso que hubiera imaginado nunca, con el único pensamiento de alcanzar aquel maldito camino.

Recordó vagamente haber dado vueltas alrededor del vehículo tratando incongruentemente de volver a encontrar su sombrero, pero solo después de haberse encaminado ya unos metros haber pensado en el machete. Había vuelto atrás pero había entendido enseguida que no había modo de alcanzarlo, sepultado bajo la carcasa del jeep junto con Pepè y su *pinga*. Repensándolo más lúcidamente algunas horas después se dio cuenta de que por lo menos debería haberlo intentado: abrirse paso en aquella selva era una pesadilla, y ahora que caía la noche el pensamiento de tener como única defensa su navajita de campista lo hacía sentir bastante inseguro.

Vaya a saber por qué motivo, al dejar el jeep se había convencido de que en una horita, máximo dos, llegaría a cruzarse con el camino, pero ahora empezaba a entender que habría podido hacer falta mucho, mucho más. Le agradeció al cielo haber conservado dos de las empanadas grasientas que aquel tramposo de Gambone le había endilgado para el almuerzo y la cena durante los tres días de su navegación. Aquellas, media botella de agua y sus caramelos preferidos de cereza eran todas sus provisiones, y mientras pensaba vagamente que quizá tendría que detenerse para pasar la noche —la lluvia cesará, claro, pero seguramente no voy a poder dormir, quién sabe cuántos animales, escucha cómo gritan esos monos, ¿los jaguares cazarán con la oscuridad?— se le vino a la cabeza la *feijoada* como la hacía Armandinha y aquel guiso negro y humeante, los pedazos de carne bien cocida, las rodajas de naranja adornándola, pero también las dos mesitas de fórmica desportillada, los vasos de dudosa limpieza, el olor a sudor y cebolla de la gordísima Armandinha, incluso sus bigotes le parecieron una visión del paraíso. Apenas vuelva, apenas encuentre la 210 y alguien que me lleve y después vuelva a casa, apenas vuelva voy a atracarme de *feijoada* y me emborracho de *pinga* más que el pobre Pepè, aquel pedazo de delincuente borracho que ni siquiera sabía la ruta, que en paz descanse, quién sabe si tenía familia, pobre hombre; tengo que llegar rápido al camino, mandar a alguien que lo entierre.

2.4 Encuentro

Había caminado todo el día, sin más en el cuerpo que una empanada ya reseca, dos paquetes de caramelos de goma con gusto a cereza y dos cocos, el único fruto entre todos los que había visto que no le había hecho sospechar que fuera venenoso. Tenía hambre, sed y estaba muy cansado, pero sobre todo empezaba a estar de verdad asustado. Había vuelto a hacer las cuentas un montón de veces pero ya era hora de admitir que si al partir del lugar del accidente hubiera ido en la dirección correcta, a esta altura debería haberse encontrado con alguna señal de civilización desde hacía rato. No quería a ningún costo decirse que se había perdido —perdido en la Selva Amazónica, dios de todos los santos, en la Selva Amazónica, ¿se salvó alguna vez alguien que se perdió aquí?, jesús resplandeciente, por qué justamente a mí, por qué yo— pero no podía hacerse muchas ilusiones al respecto. Aquello que estaba siguiendo desde hacía horas podía ser una senda, un sendero, un rastro, como podía no serlo en absoluto. Podía perfectamente ser una sucesión del todo casual de tramos de vegetación menos espesa, caminos de animales, manchones de hierbas por quién sabe qué motivo más bajas. Por lo demás no tenía alternativas: aunque hubiera decidido volver, nunca habría conseguido rehacer hacia atrás el camino recorrido en aquel día y medio. El turbio, cenagoso calor del aire húmedo le había pegado la camisa al cuerpo, pero era impensable quitársela y exponer a los insectos otros centímetros de piel desnuda: nunca habría creído que en el mundo pudieran existir tantos mosquitos. Se daba cuenta de que dentro de no mucho caería la noche y no soportaba la idea de otra noche como la pasada, sentado sobre la mochila con la espalda apoyada en un tronco, hundido en una oscuridad tan completa y absoluta como nunca había sospechado que existiera, con los ojos desorbitados ante cada ruido y susurro —y había una infinidad de ruidos y susurros y sonidos y pipiadas: la selva parecía más viva con la oscuridad que durante el día. Y hacer relampaguear continuamente la linterna (cuánto podrán durar las baterías, mejor cuidarlas) no servía de nada: la pequeña hoja de luz mostraba siempre solamente troncos y un enredo de frondas. Debería construirme un refugio, pensó, con unas ramas: no serviría para protegerme de nada, claro, pero quizá me sentiría más tranquilo, quizá podría incluso dormir. Podría fabricarme un techo de ramaje y después beber un sorbo de agua y comerme el último caramelo de goma. De agua todavía me quedan dos dedos en el fondo de la botella, no puedo beber más de un sorbo por vez (hasta que no encuentre más que parezca potable, hasta que no llegue a alguna parte, hasta que no llueva) pero cuando baje el sol un trago me lo bebo, no antes, mejor que no, aunque tengo la boca que me parece de asfalto y la mochila pesa cada segundo más.

Sintió algo entre el cuello y el hombro, estiró distraídamente la mano para quitar una hoja o una ramita y los dedos se encontraron con algo enorme, frío y vivo. Con un chillido de horror arrojó lejos una araña grande como su mano y, casi muerto de espanto, se puso a correr preso del pánico. Recorrió solo unos pocos metros, la mochila se le bamboleaba pesada en la espalda y el corazón le latía desbocado. Se detuvo, dejó caer la mochila y se sentó encima, temblando de cansancio, de miedo, de repugnancia. Esta historia no acaba bien, yo lo sé. Qué naturaleza ni qué nada, qué armonía del hombre y del cosmos, qué recuperar los ritmos primordiales, yo me muero en esta selva de mierda, me muero aquí y nadie sabrá jamás dónde fui a parar, qué naturaleza ni qué nada, me muero aquí de hambre y de sed, cuánto se tarda en morir, uno se muere antes de sed, se sabe, pero todavía me quedan dos dedos de agua pero las arañas, no había pensado en eso cuando pensaba en la naturaleza, ojalá hubiera sido un jaguar —ay dios habrá jaguares aquí— mejor un jaguar pero no las arañas no quiero morir comido por las arañas, entonces mejor una serpiente, como esas de las que me hablaba mi abuela que no te da tiempo ni de decir entero el nombre de jesucristo y ya estás muerto, mejor eso que las arañas. Miró a su alrededor, en la hierba espesa, para ver si acaso la serpiente ya estaba al acecho. Los pensamientos se le iban desconectando, el calor, el hambre, el cansancio, la sed. Se agarró la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas, quizá era mejor dejarse morir ahí, qué otra cosa podía hacer.

Una fila de gruesas hormigas corría como un arroyo un poco más allá de sus pies; se quedó embobado observándolas sin verlas de verdad. Iban y venían, llevando semillas y hojas, y Antônio las miraba correr y correr y pensaba, mientras la taquicardia cesaba y la respiración le volvía de a poco a la normalidad, pensaba vagamente que quizá se podían comer, lo había visto en un documental —jesús qué hambre, qué sed— quizá agarrándolas ensartándolas en un palito después se podían asar con el encendedor, ahora busco un palito un poco largo y fino, vamos Antônio, siempre mejor que quedarse aquí a morir, déjame buscar un palito. Levantó la cabeza y a medio metro de él vio a la bruja.

Se quedó inmóvil, estupefacto: no la había oído llegar en absoluto, no había oído un movimiento, un ruido. Por un instante pensó que era una alucinación pero no, era verdadera y real, una vieja inmensamente arrugada y marchita, desnuda salvo dos hojas colgadas de las caderas, una maraña de pelo blanco y gris trenzado con ramitas y bayas y huesitos. Con una especie de canasto colmado de hierbas y cortezas colgado de un brazo, lo miraba inmóvil, del todo tranquila, apenas un destello de divertida curiosidad en los pequeños ojos negros lustrosos como petróleo. El primer instinto, de fuga, era demasiado estúpido y era fácil darse cuenta. Se quedó ahí donde estaba, mirando a la bruja mientras otros pensamientos (no es un espíritu de la selva, no lo es porque no existen, es un ser humano) se abrían paso a duras penas dentro de su conciencia, y desde el momento en que era en efecto una mujer —agua, comida, refugio de las arañas— se dio cuenta de que era su única, última ocasión.

La bruja lo miraba plácida, examinaba cada detalle de su pelo revuelto, de sus anteojos de sol torcidos, del sudor que lo empapaba, del olor a desesperación y extravío que transpiraba. Pasó un tiempo, después la vieja se movió: se dio la vuelta y se encaminó rápida hacia algún destino. Antônio estaba todavía indeciso, un residuo de la intención de dejarse morir lo retenía, pero la mujer después de pocos pasos se dio la vuelta y lo miró fijo a los ojos, con aquellos ojos relucientes suyos que un poquito se reían de él. Después volvió a caminar y él recogió la mochila y la siguió.

Caminaron quizá una hora, quizá más; había perdido del todo la noción del tiempo y se limitaba a poner un paso detrás del otro siguiendo aquellas nalguitas marchitas que se movían con agilidad inesperada. Ella no se dio la vuelta más, no le hacía falta: él era mucho más ruidoso, la bruja sabía que él la seguía sin necesidad de verlo. La selva parecía indistinta e infinita pero de golpe se abrió: un claro emergido de la nada, chozas y humo y una bandada de niños que corrían por todas partes chillando como pajaritos. Justo el tiempo de tener una visión de conjunto y algo lo golpeó en pleno pecho, un mazazo que lo arrojó, con mochila y todo, con el trasero en el suelo. Los niños se reían regocijados por aquel torpe hombre caído golpeado por una pelota de lianas trenzadas, pero a medida que se apagaban las risas se imponía la curiosidad: qué era aquel ser, blanco y pálido y ridículo y raro, quién sabe dónde lo había encontrado la mujer medicina. Se le pusieron alrededor interesados y cautelosos; una niñita pequeñísima con la boca sucia de barro y fruta vino a tocarle, intimidada y atrevida, la piel del brazo. La bruja chilló dos secas órdenes y los niños le hicieron espacio: le hizo una seña y Antônio, levantándose de la tierra apisonada, la siguió hacia la sombra de una choza situada en el otro extremo de aquel claro redondo.

2.5 Contacto

La choza de ramas y barro era muy oscura y solo después de algunos momentos, acostumbrados los ojos a la oscuridad, vio que era mucho más amplia de lo que le había parecido y que sentadas adentro había por lo menos veinte o treinta personas, adornadas de diversas maneras con dibujos blancos y oscuros y con plumas de loro. Entre ellos —la única que llevaba un largo collar de lo que le parecieron dientes— una mujer viejísima, tan arrugada y rugosa que hacía parecer una muchacha floreciente a la anciana que lo había encontrado. Esta estaba haciendo mientras tanto lo que parecía un breve discurso de presentación, todo graznidos y trinos, y Antônio pensó que quizá era oportuno que dijera algo; bien podía ser que hubiera pasado ya alguien por ahí, quizá unos misioneros, era quizá posible que estos indígenas entendieran su lengua:

—Ejem, estoy muy feliz de haber llegado a su hermosísima aldea y estoy agradecido por su gentil acogida; además le agradezco a esta gentil señora que me acompañó hasta aquí y… y estoy seguro de que nos vamos a llevar perfectamente bien, y de que nacerá una linda amistad. Mejor ser prudentes: no parecían hostiles pero había notado apoyadas allá al fondo un buen montón de lanzas y flechas, y todos los hombres llevaban colgados de las caderas estos cuchillones de piedra y hueso; pensó que había tenido una óptima idea al insistir sobre el tema de la amistad.

Se dio cuenta sin embargo inmediatamente de que sus palabras habían pasado del todo inadvertidas: ninguno de los presentes había pestañeado ni había dado la mínima señal de comprensión, se limitaban a observarlo con mucha atención. Después la vieja graznó algo y un hombre se levantó y le tironeó la mochila, una, dos veces. Entendió que querían que se la quitara, y cuando se la quitó el hombre la tomó y la depositó en el suelo delante de la que él imaginó que era una especie de reina. Ella tendió una manito ganchuda y empezó a trastear en las hebillas con aquellos deditos de pájaro. Antônio se acercó solícito —muéstrate diligente y deferente, es la primera reina que te toca encontrar pero se sabe que es buena norma no contrariarlas, quién sabe si conviene esbozar una reverencia, quién sabe si se acostumbra— y desabrochó hebillas, hebillitas y cierres. El hombre de antes agarró entonces la mochila y simplemente le dio la vuelta, tomando después un objeto por vez para tendérselo a la vieja, que lo examinaba atentamente antes de pasárselo a quien estaba a su lado. Cada artículo, zapato, calzoncillo, máquina de afeitar, media fue pasado de mano en mano, tocado, sacudido, volteado, olido con cuidado. Antônio estaba muy angustiado por su cámara fotográfica, que sin embargo dejó a todos bastante indiferentes y fue rápidamente dejada de lado. A los presentes en cambio les parecieron muy graciosos sus rollos de película: cuando abrieron las tapitas y extrajeron los cilindritos de vivos colores marcados Kodachrome y Fujifilm los comentaron largamente, riéndose un montón.

Ahora que todo el contenido de la mochila había pasado por las manos de todos y había sido debidamente verificado, Antônio empezaba a sentirse un poco estúpido ahí de pie mirando, pero ya se le había metido en la cabeza que se encontraba frente a una soberana y temía que no fuera de buen gusto sentarse sin permiso. Justo en ese momento ella emitió un rápido trino imperioso y sintió que le tiraban con cierta rudeza del borde de la camisa. El hombre, bastante joven y musculoso (¿un chambelán, un dignatario, el jefe de la guardia o —incluso— el príncipe heredero?) tironeaba y tironeaba y finalmente Antônio se dio cuenta de que tenía que quitársela. Pero claro, aquí está. ¿Pero cómo, los pantalones también? Está bien, no tires, me los quito, espera que me saco zapatos y medias, solo un momento, listo… no, pero, los calzoncillos… en fin pero qué haces, así los rompes… está bien, está bien, discúlpeme Su Señoría, no se enoje, ya me los quité, ¿contentos ahora?

En efecto, ahora que estaba desnudo como su madre lo trajo al mundo, la atmósfera se volvió sensiblemente más relajada. Por lo demás estaban desnudos ellos también, quitando ese par de hojas y cortezas: probablemente un hombre vestido debía parecerles algo un poco perverso. Con todo este

registro querían también asegurarse de que no tuviera algún tipo de arma, pensó; después de todo no les falta razón. De hecho, ahora que habían averiguado que en líneas generales era inofensivo, parecían haberse olvidado completamente de él: se pasaban unos a otros ollitas, rollos y camisetas y nadie le dirigía ya una mirada. Pero él de pie así, desnudo como un gusano, se sentía más que inofensivo, digamos directamente inerme. Con cautela y controlando de reojo que la emperatriz no encontrara la cosa inconveniente, se sentó en un rincón, abrazándose las rodillas.

Mientras los ancianos charlaban amablemente trenzándose en el pelo sus cordones y sus bolígrafos, estaba cayendo la noche, y de afuera le pareció sentir un olor a carne asada. Sintió gruñir el estómago y llenarse la boca de saliva. Me van a dar algo de comer, ¿no? Ya somos amigos, vaciamos la mochila juntos, nos reímos de los rollos, estamos aquí todos desnudos, prácticamente somos casi una familia, me van a dar de comer algo, ya verás. Que después no sé bien qué, qué comerá esta gente, ¿tapires, serpientes, armadillos? Aunque fuera un oso hormiguero con todo el pelo me lo comería sin chistar, no aguanto más de hambre. Y tuve también un instante de terror, qué estúpido, cuando quisieron que me desnudara se me pasó por la cabeza la imagen de historieta de la olla enorme con el blanco hirviendo adentro, fíjate qué tonto, qué cosas se me ocurren, los caníbales existen solo en las historietas hoy en día, o quizá, pero quizá, a lo sumo en alguna perdida, desconocida tribu en lo espeso de la Selva Amaz… Bueno, mejor volver a pensar en el tapir, quién sabe si es tierno, quién sabe cómo lo cocinan.

Se dio cuenta de que la mujer al lado de él tenía distraídamente en el regazo un par de pantalones suyos mientras pipiaba animadamente con una viejita a su costado, la cual se había metido en la mata de pelo blanco una de sus máquinas de afeitar desechables y de vez en cuando se la acomodaba coqueta. Parecían muy enfervorizadas y del todo olvidadas de él, así que se atrevió a estirar una mano para recuperar los pantalones. No había conseguido siquiera tocarlos cuando, rápido como una víbora, un robusto anciano saltó a bloquearle la mano, agitándole bajo la nariz treinta centímetros de hoja de piedra lustrosa y afilada. Antônio se retiró levantando las manos y aclarando precipitadamente:

—¡Claro! ¡Pero claro que son suyos! ¡Pero claro que se los regalé! ¡Pero con gran placer, lo juro, toda la ropa, los zapatos, el jabón, los bolígrafos, son todos suyos, es para mí un honor y una alegría obsequiárselos para sellar esta linda, linda amistad! Se retiró a su rinconcito, volviendo a abrazarse las rodillas, rendido. Les regalo todo, miren, basta con que me den por lo menos una pata de rata para roer.

2.6 Aldea

No eran patas de rata, aunque nunca conseguiría establecer de qué animal era la carne, negra y grasienta, que algunos minutos después tres o cuatro muchachos y muchachas llevaron a la choza sobre bandejas de hojas y ramas trenzadas. Antônio, casi ahogado en su propia saliva, esperó a que se sirvieran todos, después siguió esperando, y esperando: no tenía ninguna gana de volver a ver de cerca aquel cuchillón. Finalmente la Señora Afeitadora reparó en él y le hizo una seña señalando la carne; él echó una mirada alrededor y vio que otros dos de los presentes le indicaban que se sirviera, soberana incluida. Se lanzó agradecido sobre la bandeja: la carne era dulzona, y dura y fibrosa como un cordel, pero le pareció que nunca había comido una más deliciosa. Mientras tanto los muchachos habían llevado bastantes medios cocos, algunos llenos de agua —mejor no pensar de qué turbio, cenagoso, verdoso curso de agua bullente de caimanes sapos y serpientes la habrían sacado, pero a quién le importa, tengo tanta sed que no lo voy a pensar en absoluto— otros colmados de una mezcla almibarada que sus comensales parecían apreciar muchísimo. Cuando se la pasaron la probó con cierta desconfianza pero extrañamente le gustó: perfumada y muy azucarada, no se detuvo a preguntarse de qué vegetal era la fermentación, a las cosas dulces no sabía resistirse y sorbió unos cuantos largos tragos.

Se despertó obnubilado cuando el sol debía estar ya alto y resplandecía afuera de la choza, desierta. Cualquier cosa que fuera aquel brebaje había que andar con cuidado, estableció tratando de levantarse, tambaleante; no tenía absolutamente ningún recuerdo posterior al de haber bebido bastante. Miró a su alrededor: sus cosas, mochila incluida, habían desaparecido todas, salvo el cuaderno de apuntes, que evidentemente no había despertado el interés de nadie y había sido dejado en el piso de tierra apisonada. Lo recogió y con la cabeza confusa, que todavía le martilleaba, se asomó al umbral: mujeres y muchachas iban y venían de las chozas y una cantidad de niños de todas las edades corría desbocada de aquí para allá en un juego muy movido. Un grupito de ancianos, entre ellos la Reina Madre y la Señora Afeitadora, sentados al fondo del claro estaban trasteando con ramas y cortezas, probablemente fabricando algo. No vio ni un solo hombre: probablemente estaban de caza o pescando o despachando otros asuntos de hombres de la selva.

Apenas lo vieron, los niños interrumpieron el juego y se le agolparon alrededor curiosos; un muchachito oscurísimo y flacucho llevaba anudadas alrededor del cuello dos medias suyas desparejas y una nenita tenía en la cabeza sus calzoncillos celestes. Nadie hacía el mínimo caso a su desnudez, obviamente, pero Antônio se sentía de verdad incómodo así de expuesto, por lo que le quitó con delicadeza los calzoncillos de la cabeza a la pequeña, la cual lanzó un chillido agudísimo y se puso a berrear a todo pulmón. Los gritos hicieron asomarse a la puerta de las chozas a un par de madres de aire amenazante, y Antônio, asustadísimo pero con la intención de no soltar la presa, arrancó velozmente una página del cuadernito y en pocos segundos confeccionó un barquito de papel que le tendió a la nena. La pequeña lo miró un poco perpleja pero afortunadamente los chillidos habían cesado de golpe y las señoras, tranquilizadas, habían vuelto a sus ocupaciones.

Apenas puestos los calzoncillos Antônio se sintió mejor, decididamente más a gusto, pero se dio cuenta de que la nena daba vueltas al barquito entre las manos, observándolo atenta: por lo visto le gustaba mucho pero no tenía idea de qué era. Al costado de la choza había un gran charco y él —imaginando que si hubiera intentado quitarle de las manos el regalo la criatura habría vuelto a encender la sirena— arrancó otra página e hizo otro barquito que apoyó sobre la superficie del agua. Bastaron pocos segundos para que la pequeña multitud de niños que lo estaba observando con la máxima atención entendiera de qué se trataba: se reían y trinaban, visiblemente entusiasmados con aquellas pequeñas piraguas blancas. Enseguida DosMedias se adelantó, tendiendo una manito sucísima. Media hora después la mitad de las páginas de su cuaderno se había ido, cada niño tenía su barquito y Antônio había recibido en señal de gratitud un palito descortezado, un puñado de bayas,

una rana turquesa y dos cucarachas. Y se había conquistado la incondicional aprobación de toda la población infantil de la tribu.

2.7 Exploración

Dejados los niños inventándose regatas en los charcos, Antônio pensó, visto que había recuperado los calzoncillos, que convenía tratar de entender dónde había ido a parar todo el resto de su equipaje. Así que empezó a pasear por el claro ojeando aquí y allá en la sombra de las grandes chozas que rodeaban casi todo el espacio de tierra apisonada. Se movía con cierta cautela, no estaba del todo seguro de si su estatus era el de huésped o el de prisionero y no quería arriesgarse a descubrirlo de la peor manera. La primera cosa que localizó fue la mochila, que repleta de leña casi escondía a la mujercita que la llevaba en la espalda. Inmediatamente después fue el turno de su camiseta preferida, que, anudada en los dos extremos, había sido colgada como una pequeña hamaca y oscilaba amarilla acunando a un bebé. Del resto de su vestimenta no había rastros, quién sabe qué habían hecho con ella: almohadas, turbantes, trapos para el polvo, bolsitas para los granos, vaya uno a saber. Encontró sin embargo en un rincón, tirado a un lado, su jabón: llevaba la huella profunda de un mordisco pero el sabor a agua de colonia evidentemente no había sido apreciado. Al fondo del claro volvió a ver finalmente también su reloj: centelleaba pendiendo de la muñeca morena de una muchacha que amamantaba a un niño nacido hacía pocas horas. Pensó que probablemente los ancianos le habían obsequiado aquella joya exótica para festejar al recién nacido; ¿cómo se hacía para quitárselo? Pero nada, no les quito nada, desde luego no es cosa de gran valor, que se queden con todo, basta con que no se enojen: cuando dentro de unos días me vengan a buscar y vuelva a casa veremos, quizá por lo menos la cámara fotográfica me gustaría recuperarla, veremos.

Agotado sin mucho provecho aquel primer reconocimiento de la aldea —que de hecho consistía en bien poco más que aquellas seis chozas comunes y el claro que estas rodeaban—, Antônio no sabía bien qué hacer. Decidió adentrarse en la selva por un sendero que le parecía ancho y transitado, por el cual todo el día iban y volvían niños y muchachos: si ahí iban los niños no podía ser demasiado peligroso, ¿no? Una diferencia entre Antônio y los niños desde luego había: él, moviéndose por el sendero, hacía un ruido ensordecedor; los pequeños ya habían sido acostumbrados a moverse silenciosamente. Si hay por ahí un animal feroz se estará tapando las orejas con las patas por todo el ruido que estoy haciendo… ¿Pero cómo hacen ellos? Estas son ramas secas, ¿cómo hago para no pisarlas? ¿Y cómo hacen para no lastimarse los pies desnudos? Casi que me vuelvo antes de pisar una espina (una serpiente escondida entre las hojas, una escolopendra). Antônio de repente oyó unos trinos y berridos que bien podían ser voces masculinas adultas: quién sabe, quizá llegué a su zona de caza, esperemos no haber armado algún lío. Durante algunos minutos se quedó indeciso sobre qué hacer, temiendo que el encuentro con los hombres pudiera transformarse en alguna suerte de enfrentamiento entre machos alfa, pero, al no poder desde luego pasar el resto de su vida parado en medio de la selva, se armó de valor y salió al descubierto. Se encontró en un amplio claro artificial, más o menos rectangular, delimitado en dos lados por una especie de empalizada similar a la de las chozas de la aldea, y en cuyo borde algunas mujeres y muchos niños miraban atentos en una sola dirección. Antônio siguió su mirada y se encontró catapultado en una burbuja de terror puro. Vio a un hombre lanzar gritos alarmados y, al fondo del claro, a una docena de hombres escapar en todas las direcciones. A Antônio le pareció sentir una inyección de adrenalina directamente en el cerebro, que, en cuestión de tres segundos, elaboró todas las causas posibles —y algunas de las imposibles— que pudieran haber provocado la huida general. Una invasión de jaguares, el asalto de una tribu enemiga, una megapelea (claro, ¿por qué no una pelea? Son indígenas pero habrá imbéciles buscapleitos también entre los indígenas, ¿no?), el ejército que creía que él había sido secuestrado y venía a liberarlo, ahí está, quizá es el ejército, santodiós los están exterminando por mi culpa, mira ese indio cómo le pega bien a la pelota, si hubiéramos tenido nosotros uno que centrara así. ¿Eh?, se preguntó a sí mismo.

Mientras las pulsaciones se desaceleraban de golpe y la parálisis corporal empezaba a abandonarlo, Antônio notó varias cosas: que eran solo los adultos varones los que escapaban, mientras los niños

los miraban atentos y las mujeres gorjeaban entre ellas con agitación pero para nada aterrorizadas. Que el hombre que gritaba había golpeado una especie de pelota de una manera que recordaba muy de cerca un centro largo. Que la pelota era perseguida por un par de hombres, uno de los cuales pareció haberla conquistado. Que este último gritó a su vez y todos los demás volvieron a correr por el claro. Que el nuevo gritón golpeó la pelota (menos bien que el primero, le pareció a Antônio) y de nuevo hubo una lucha para conquistarla. Qué emergencia ni qué nada. Están jugando. Jesusdiós, están jugando con la pelota.

2.8 Lengua

Dando vueltas por la aldea, Antônio había espiado tímidamente el interior de una de las grandes chozas: en una hamaca de lianas trenzadas un anciano señor dormía la siesta, en otra dormían enredados dos bebés de pocos meses, algunas otras estaban colgadas y vacías, muchas estaban enrolladas en el suelo. Se había dado cuenta de que la choza era de verdad grande; calculó que ahí podrían dormir cómodamente quizá unas ochenta personas, así que ciertamente no estaban divididas por familias. Se preguntó si habría algún criterio para ir a dormir en una choza y no en otra, o si cuando llegaba la noche uno simplemente elegía una, colgaba su hamaca de una viga cualquiera y se dormía ahí. Si es así no es cosa para mí; hasta que no entienda algo yo duermo siempre en el mismo lugar, decidió Antônio. Y no tengo ni una hamaca, entre otras cosas, me va a tocar dormir de nuevo en el suelo; no sé si conviene tratar de que me presten una, no sé ni si conseguiría explicarlo, así por gestos.

Pero el problema se resolvió solo cuando algunas horas después, al caer la noche, dos mujeres se le acercaron y le pusieron en la mano el bulto de una hamaca, tomándolo después por los brazos y tratando de empujarlo hacia una choza. Al no entender por qué no podía quedarse ahí afuera un momento más —era una linda noche y millones de insectos chirriaban bajo la luna— opuso resistencia, tratando de explicar que gracias por la hamaca, muy amables pero pensaba retirarme dentro de un rato, pero las dos no parecían tener intención de soltar la presa y lo empujaban con cada vez mayor insistencia. Avergonzadísimo, y el hecho de estar en calzoncillos no ayudaba, trató de esbozar una protesta pero las dos respondieron con un chillido agudo, «¡Maaaaiaaaa!», acompañado de un gesto de la mano, los dedos que del puño cerrado se abrían velozmente como para formar el número cinco: «¡Maaaaiaaaa!» Antônio, cualquier cosa que significaran aquel sonido y aquel gesto, se rindió pronto, tanto porque su renuencia estaba atrayendo la atención de cada vez más personas de la aldea, que se sumaban al coro de los «¡Maaaaiaaaa!» con los dedos de la mano que se abrían de golpe, como porque su actitud estaba pasando de la ligeramente divertida a la seria hasta llegar a la preocupada: «¡Maaaaiaaaa!»

En la choza se dio cuenta de que el dormitorio estaba organizado en círculos concéntricos: en el exterior dormían los más ancianos y en el centro los niños, cada uno con su pequeña hamaca de la que pronto asomaban brazos y piernas formando un enredo inextricable de cuerpecitos dormidos uno encajado en el otro. Entre estos dos anillos dormían los adultos, aparentemente sin ninguna regla y en la más completa promiscuidad. No voy a pegar un ojo ni por un instante, fue el último pensamiento de Antônio antes de derrumbarse dormido como una piedra.

—Mamá, ¿ese hombre raro es malo?

—No, no es malo, es solo raro. Y además está sin armas y todo blando y blanco, ¿cómo puede ser peligroso? Dicen los viejos que había llegado otro de estos hombres amarillos, mucho tiempo atrás: mi abuelo me había hablado de él y creo que la mujer medicina lo vio, cuando era niña. No era malo, pero después se enfermó enseguida, en poco tiempo estaba muerto.

—Nos regaló cosas.

—¿Qué cosas?

—Piraguas chiquitas, las hizo él con una hoja blanca. Mira.

—Graciosa. Ves que fue gentil, no es malo.

—¿Podemos tenerlo aquí con nosotros?

—Decidirán los ancianos, pero sí, creo que lo vamos a tener con nosotros. Pero no te encariñes demasiado: te lo dije, son delicados, se mueren enseguida. Después te quedas mal.

Después de algunos días la situación se había de algún modo asentado, aunque de modo un poco paradójico. Los ancianos y en general los adultos estaban siempre ocupados en una cosa u otra y, aunque no tenían en absoluto la intención de ignorarlo, al contrario, lo observaban con divertido interés, el hecho de que la incomunicación fuera completa y de que Antônio desde su punto de vista no fuera capaz de hacer absolutamente nada les frustraba a menudo la iniciativa.

Pensaba que tenía facilidad para los idiomas, pero todo lo que conseguía entender eran las risas, siempre suponiendo que estuvieran riéndose. Lo había notado desde las primeras mañanas, al momento de despertarse: cuando los hombres y las mujeres a su alrededor se levantaban uno después de la otra, él se quedaba acostado largo rato con los ojos cerrados, abriendo las orejas al mundo que lo rodeaba. Y aunque la población de la aldea fuera numerosa, lo que sus oídos escuchaban no era el sonido de una multitud, no parecía casi humano. Se hablaban emitiendo silbidos, chirridos, haciendo chasquear la lengua y quién sabe qué más, y el resultado era espantosamente naturalístico. Desde dentro de la choza, todo lo que el cerebro conseguía reconstruir eran cantos de pájaros, ranas, quizá monos, una pequeña cascada, una ráfaga de ruidos más secos que podían recordar al pájaro carpintero, hojas que se levantaban por el viento y decenas de otros sonidos que, por más que a sus oídos resultara increíble, constituían la lengua de aquella gente. Inicialmente había pensado que eran los sonidos de la selva, y al quedarse solo en la choza una profunda sensación de soledad lo había atenazado: se fueron todos, me dejaron aquí. Después había sacado fuerzas y había salido a su vez, descubriendo que no estaba solo en absoluto: las mujeres ya afanadas en trenzar lianas, moler y tallar, los niños que volvían del arroyo completamente mojados chillando como petirrojos, algunos hombres parados conversando entre ellos con profundos chasquidos y graznidos antes de dejar la aldea rumbo a quién sabe dónde.

Antônio, sin mucho que hacer y sin poder comunicarse, se encontró la mayor parte del tiempo vagando por la aldea, mantenido atentamente bajo control por sus habitantes, que habían asumido pronto una actitud muy paternalista hacia él. Ya meterse en el sotobosque y alejarse pocos metros de la aldea era para él virtualmente imposible, y en los primeros días tuvieron que cuidarlo de todas las maneras: alimentarlo, darle de beber y a menudo defenderlo de insectos y serpientes venenosas, hasta que los ancianos se pusieron de acuerdo sobre qué hacer. Antônio era como un niño y con los niños tenía que quedarse. Y la primera cosa que empezó a resultarle familiar fueron justamente las risas de los niños, de los que se encontraba siempre rodeado: eran numerosos y bulliciosos como gorriones, y tenían la risa fácil. Cuando se acercaba al grupo de niños que estaba ocupado corriendo detrás de una de aquellas pelotas hechas de ramaje, estos se detenían intrigados, hasta que uno de ellos se adelantaba, lo tocaba con la punta de un dedo y después se daba la vuelta y les decía a todos algo con su vocecita estridente, provocando irrefrenables risas. De ese momento en adelante Antônio quedaba rodeado por el bullicio de sus incomprensibles pipiadas. Se puso a seguir a los niños a todas partes: fue gracias a un niño que descubrió el brazo secundario y tranquilo del río al que todos iban a buscar el agua para beber, y gracias al mismo niño, un pequeñito de corrida velocísima y ojos despiertos, aprendió pronto el uso de un cierto tipo de hojas para beber agua un poco más limpia; gracias a dos muchachitas aprendió a reconocer por lo menos una decena de frutos y bayas comestibles, y ellas le mostraron —con inequívocas muecas de espanto y disgusto— cuáles no había que tocar en absoluto. Junto con los niños iba a arrancar de las plantas las hojas con las que se construían las pelotas, y gracias a un par de muchachos más grandes que lo tomaron como blanco con un preciso lanzamiento de piedras mientras los estaba siguiendo, descubrió dónde y cómo se consideraba correcto hacer sus necesidades.

La noche en la selva caía de repente. El sol bajaba hacia un horizonte que no se veía nunca y donde un minuto antes un archipiélago de manchas luminosas aclaraba el sotobosque, un minuto después, en cuanto el ángulo del sol cambiaba unos pocos grados, estaba casi del todo oscuro. Antônio se había dejado sorprender por estas sombras repentinas al volver del río, donde había ido a refrescarse y se había demorado mirando dos gigantescas mariposas que se perseguían a flor de agua. Aquello que no mucho antes le había parecido un sendero ancho y de facilísimo acceso se había transformado en pocos segundos en la entrada de un antro oscuro. Los ojos se tienen que acostumbrar, no va a llevar mucho, se dijo a sí mismo deteniéndose un instante, justo el tiempo de oír un grito estridente y ver aparecer de la nada a una musculosa muchacha que con un largo palo golpeó con violencia el tronco sobre el cual estaba distraídamente a punto de apoyar la mano. El ruido que hizo el palo no fue sin embargo el de madera contra madera sino más parecido al de un huevo que se rompe y que salpica por todas partes. Con la vista agudizada por la adrenalina que de repente le había entrado en circulación, Antônio vio bajo el palo la silueta de una araña multicolor poco más grande que su mano despanzurrada sobre la corteza. Exactamente en el punto sobre el que estaba a punto de apoyarse. Otras tres o cuatro arañas, una de las cuales verdaderamente enorme, estaban bajando rápidamente a lo largo del tronco. Antônio, paralizado, se dio la vuelta hacia la muchacha, que lo miró con ojos de fuego tomándole la mano y arrastrándolo lejos. En menos que canta un gallo estuvieron de nuevo en el claro de la aldea, donde mucha luz pasaba todavía a través de la abertura en el espeso techo de árboles. La bruja los estaba esperando con evidente aprensión y su rostro se serenó cuando los vio asomar del sendero. Antônio habría querido preguntar algo pero no tenía modo de formular ninguna pregunta. La muchacha Ojos de Fuego le soltó la mano lentamente —se la había apretado tan fuerte que le hormigueaba— y siguió mirándolo largo rato con una expresión indescriptible.

—¡Maaaaiaaaa! —le dijo finalmente con el habitual gesto de la mano que se abre de repente—. ¡Maaaaiaaaa!

—¡Maaaaiaaaa! —intentó repetir él imitando su gesto—. ¡Maaaaiaaaa! Son esas arañas, entendí, entendí: por la noche nos retiramos a las chozas para protegernos de ellas, ahora entendí… ¡Maaaaiaaaa! —repitió una vez más de modo más débil, las piernas que le temblaban. Ojos de Fuego siguió mirándolo todavía un breve momento, después se dio la vuelta hacia la bruja, que le dijo algo, pareció satisfecha y desapareció de la vista.

2.9 Intentos

Los primeros días Antônio los había pasado como simple observador: se había puesto como objetivo principal el no hacerse comer por un jaguar, no hacerse estrujar por una anaconda, no morir envenenado y mil otros «no», a la espera de la expedición de socorro que alguien (¿sus padres? ¿La escuela? ¿El Senhor Inácio?) ciertamente había organizado. Mientras esperaba que lo vinieran a recuperar había dado vueltas curioso por la aldea, aprovechando esta ocasión única que le había tocado para conocer de cerca los usos y las costumbres de esta gente tan distinta de él. Pero se había planteado también un dilema ético: considerando que pronto se iría, quería impactar en sus vidas lo menos posible. Por ejemplo se había preguntado qué sucedería en el momento en que llegaran los socorros. Por cómo lo habían acogido, Antônio no había sido capaz de entender si era el primer hombre blanco que hubieran visto nunca o no, pero desde luego no habían visto muchos ni recientemente: nada en su estilo de vida hacía pensar que hubieran entrado en contacto con la tecnología del mundo moderno. A medida que pasaban los días, sin embargo, había empezado a pensar que quizá, después de todo, venir a socorrerlo no sería tan simple. Quizá harían falta semanas o incluso meses antes de que lo encontraran: había empezado entonces a pensar en qué podía enseñarles a sus anfitriones, como señal de gratitud por haber sido acogido (quizá no con particular entusiasmo, le parecía poder decir, pero por lo menos no con hostilidad). Pero, justamente, no era nada fácil. Una de las primeras cosas que se le ocurrió fue la importancia de lavarse las manos. Pero vaya uno a explicarle a alguien que no habla ni una palabra de tu lengua y que en ciertos aspectos vive en la prehistoria por qué es útil hacerlo. Vaya uno a explicarle la existencia de los gérmenes. El aprovisionamiento de agua no parecía ser un problema, pero de todos modos Antônio pensó que a sus ojos lavarse las manos podía parecer un irrazonable desperdicio y decidió dejarlo pasar. Muchísimas otras cosas, casi todos los objetos que salpicaban su vida en Macapá, estaban fuera de discusión: no tanto porque no hubieran entendido su uso, sino porque él no habría sabido construirlas. No sé hacer nada, pensó una y otra vez Antônio en aquel período, a veces riéndose, más a menudo con una punta de amargura. Habría podido proponer alguna innovación en el método de preparación de la comida, pero quién sabe, quizá no tenían las enzimas adecuadas. ¿Qué nombre te pusieron los indígenas? «El que le da diarrea a la aldea entera». Y además, en el fondo, ¿qué sé yo de cómo se prepara una iguana? Habría podido construir una pequeña represa en el río de allá cerca, ¿pero y si después se convertía en un abrevadero para los jaguares? Pescando entre sus recuerdos de la adolescencia podía quizá introducir alguna noción sobre los nudos, pero las chozas ya parecían ser sólidas por su cuenta y de todos modos ni siquiera había llegado a formular el pensamiento cuando ya se le había ocurrido su nuevo potencial nombre indio: «El que hizo derrumbar todo». Un reloj de sol. Un reloj de sol daños no debería hacer. ¿Pero para qué quieren estos un reloj de sol? ¿Quizá podrían usarlo para marcar el tiempo en esos partidos suyos del juego con la pelota? Ahí está, sí. Podría aportar alguna innovación en su deporte. No veo contraindicaciones.

Así, un día, mientras pensaba qué tipo de innovación introducir, le rodó entre los pies la pelota de hojas y lianas y barro (esperaba que fuera barro) golpeada por un niño, y entendió qué le habría gustado regalarles a aquellos indígenas tan hospitalarios. Alguna noción de cómo se construían los balones en la antigüedad la tenía, gracias a una clase sobre el tema que había preparado para sus estudiantes algunos meses antes. Del dicho al hecho, sin embargo, había de por medio un capibara, un tapir o algún otro animal de dimensiones adecuadas del cual habría tenido que usar las tripas. Estaba además la cuestión de capturarlo, matarlo, destriparlo, limpiarlo. Queriendo ser soñadores, eran todas operaciones que le parecían factibles. Pero la última, esencial operación, esa no: ni con todo el optimismo de este mundo podía imaginarse que tendría el coraje de soplar dentro de las tripas de un tapir.

Antônio se sacudió de encima sus vanas fantasías y notó que Cachetes, el niño que había pateado la pelota, estaba a pocos pasos de él y esperaba que se la devolvieran para poder seguir jugando. Antô-

nio se la tendió con una sonrisa triste y se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos. Girando ligeramente la cabeza vio a una niña que le estaba tendiendo un fruto. ¿Será el fruto del consuelo? Si no lo es, debería serlo, pensó Antônio mientras saboreaba el gusto del primer mordisco, sintiéndose ya mejor pero, al mismo tiempo, sin conseguir espantar del todo aquella sensación de impotencia e inutilidad. Al segundo mordisco, mientras retenía el bocado más tiempo del normal para estudiarle el sabor, reparó en las semillas y se le ocurrió una idea. Tomó en la mano un puñado, las limpió cuidadosamente de la pulpa y le mostró la mano abierta a la niña. Mira atentamente, nena. Mira y recuerda. Cuando la mirada de la niña pasó de «ya vi» a «¿y ahora?» (o así le pareció a él), Antônio hizo un pequeño hoyo en el suelo y ahí enterró las semillas. De nuevo, buscó con la mirada la de ella, esperó la ojeada de «okey». Entonces señaló el sol, allá arriba, que se filtraba entre el ramaje de la bóveda de árboles, e hizo una serie de gestos que él esperaba que pudieran ser interpretados como «pasarán muchos días». Le echó una última mirada al montoncito bajo el cual yacían las semillas e hizo el gesto de «crecerá una planta» (que un cinéfilo aficionado al terror habría podido fácilmente interpretar como «la mano de un zombi asomará del terreno moviendo los dedos»).

Le volvió a la cabeza una película italiana que había visto tiempo atrás, en la que dos tipos que volvían atrás en el tiempo no conseguían explicarle nada ni siquiera a Leonardo da Vinci. Quién sabe, nena querida, quizá yo expliqué mejor que ellos y tú eres más despierta que Leonardo, y si te acuerdas, si conseguiste entender lo que te mostré, quizá llegues a ser la primera campesina de tu pueblo. La niña le sonrió y lo mismo, le pareció, hizo la bruja, que lo estaba observando a algunos metros de distancia, hablando con un hombre.

—¿Ves? Es gentil.

—Quizá sí, pero también es tonto. Le está enseñando a Araci la siembra. Como si nosotros no fuéramos capaces.

—Pero quizá él no lo sabe, quizá los Raros como él la aprendieron hace poco. Quizá solo está tratando de entender cómo hacerse útil.

2.10 Hormiga-Jaguar

Yamandé estaba evaluando la situación. Mejor dicho, no: Yamandé estaba teatralmente evaluando la situación. Mejor dicho, ni siquiera: Yamandé estaba teatralmente mostrando que estudiaba la situación, pero en realidad no había nada que evaluar, la situación era siempre la misma en la que terminaban encontrándose cada vez que jugaban a Hormiga-Jaguar sin los muchachos más grandes: él y Piata eran los más rápidos en subir los rangos del reino animal, y cuando llegaban a Mono y los demás estaban todavía en Mariposa, Tortuga o, como mucho, Armadillo, estaba claro que por enésima vez la victoria sería un asunto de a dos entre él y Piata.

A decir verdad, últimamente dos cambios había habido: uno era que también Moacir había empezado a hacerse valer, sobre todo gracias a su coraje y a sus raras zambullidas. Todavía no estaba a su nivel, pero Yamandé estaba estudiando modos de aprovecharlo desde el punto de vista estratégico, para confundir y complicarle la vida a Piata. El segundo cambio era que jugaban con un espectador: el Raro, que entre sus muchas rarezas tenía justamente la de venir seguido a mirarlos mientras jugaban. Alguno de los otros niños estaba intimidado, no solían jugar bajo la mirada de un adulto, pero el Raro parecía un adulto solo físicamente (aparte de aquel color absurdo suyo). Por lo demás era en todos los sentidos un niño pequeño, más pequeño incluso que Cauê, que se obstinaba en jugar con ellos pero seguía siendo Hormiga porque todavía no tenía bastante fuerza en las piernas como para llegar a golpear el árbol de la transformación. El Raro parecía un niño pequeño porque no sabía hablar y no sabía hacer nada útil para la vida de la aldea. Era un misterio cómo había hecho para sobrevivir tanto tiempo hasta volverse tan alto; quizá era algo que tenía que ver con su color. Otra cosa que tenía en común con los niños era la curiosidad: parecía que su única ocupación fuera mirar. Cada vez que lo encontrabas estaba mirando algo: a alguien que tejía, a algún otro que preparaba la comida; de vez en cuando te seguía mientras ibas a pescar o a buscar el agua al río. Pero más que nada pasaba el tiempo mirándolos jugar. Yamandé se preguntaba si, además de no saber hacer nada, el Raro no sabría tampoco jugar a nada.

Quién sabe si entiende las reglas de nuestro juego. Quizá sí, son muy simples. Todos empiezan en Hormiga. Después hay que patear la pelota tratando de golpear el árbol de la transformación. El que lo golpea se transforma en el animal superior: si eras Oruga te vuelves Mariposa, después Tortuga, Armadillo, Tapir, Capibara, Mono, Caimán y por último Jaguar. Después hay que correr a recuperar la propia pelota y volver a la casa. En ese momento el guardián puede golpearte con su pelota y si lo hace tú vuelves a ser el animal inferior y te vuelves el nuevo guardián. El que llega a Jaguar primero ha ganado. Yamandé se dio cuenta de que le estaba explicando mentalmente el juego al Raro, se sacudió y volvió a concentrarse en el partido en curso, no sin antes haber pensado lástima que no entienda la Lengua, ¡quizá si le explicara cómo se juega podría jugar también él, así se divertiría un poco!

Piata, que en ese turno era el guardián, miraba a Yamandé y se reía para sus adentros. Míralo, cómo finge pensárselo, como si yo no supiera lo que va a hacer. Moacir ya había golpeado el árbol y se había transformado por lo tanto en Mono, alcanzándolos así a ellos dos. Pero ahora le tocaba a Yamandé tirar, último de este turno. Salvo imprevistos increíbles, Yamandé golpearía el árbol y se volvería Caimán. Lo único que tenía que decidir era de qué lado hacer caer la pelota que después tendría que ir a recuperar. Lo más sensato era hacerla terminar cerca de las pelotas de los demás. Piata tenía el tiro más fuerte de todo el grupo, y esto provocaba siempre una desbandada general: en aquella confusión no era simple apuntarle a un jugador en particular, tanto más si era rápido como Yamandé. Pero ahí cerca estaba también la pelota de Cauê, y Piata sabía perfectamente que Yamandé no quería arriesgarse a que su tiro, al errarle, terminara golpeando justamente al pequeñito. Piénsalo cuanto quieras, querido amigo mío, total lo sabemos perfectamente los dos adónde vas a tirar.

Yamandé sabía perfectamente que, si hubiera hecho caer la pelota cerca de la de Cauê, Piata le habría apuntado a algún otro para no arriesgarse a golpear al pequeño. Pero era una táctica que le parecía injusta y, como siempre, no la quiso aprovechar. Tomó puntería y pateó su pelota con un tiro seco y preciso, mandándola a chocar contra el lado derecho del árbol de la transformación y, en consecuencia, a aterrizar bastante lejos de las pelotas de los otros niños. Mientras corría a recuperarla, preparándose para evitar el tiro de Piata, con el rabillo del ojo le echó una mirada al Raro y le pareció verlo sonreír.

2.11 Tiempo

Toda la vida había vivido sobre el ecuador y sin embargo nunca se había dado cuenta de verdad: los días son siempre igual de largos, la oscuridad llega siempre a la misma hora, no hay ningún modo de percibir el transcurrir de las estaciones. En la ciudad era distinto, había relojes y vencimientos, calendarios y agendas, ritmos de trabajo, campeonatos, festividades y celebraciones que partían el tiempo en segmentos bien definidos. Pero allí en la selva los días transcurrían indiferenciados uno tras otro, semana tras semana, mes tras mes. Claro, había diferencias entre un día y otro, pequeños acontecimientos cotidianos —aquella noche de lluvia torrencial, el nacimiento del niño de la muchacha de la tercera choza, el hombre mordido por la serpiente y traído de vuelta por los otros cazadores a la aldea ya bien muerto, aquel jaguar capturado después de una larguísima cacería— pero en la memoria podías disponerlos en una secuencia cualquiera, no tenían ninguna ubicación precisa en el tiempo. Y esto volvía imposible, Antônio se dio cuenta con resignado desconcierto, percibir de verdad el pasar de los días, de los que de hecho dejó de llevar la cuenta grabando muescas en una viga de la choza después de ni siquiera seis meses. Más o menos por la época en que pensó que se volvería loco.

En ese punto, después de bastante tiempo en el que había apartado el pensamiento, había tenido que admitir que nadie vendría a buscarlo. Ya ciertamente lo habían dado por muerto, y si durante días, durante semanas, había escrutado el cielo esperando el rugido de un helicóptero, aguzando el oído para oír una voz, un altoparlante, una sirena, cualquier cosa que pudiera usar un equipo de rescate para hacerse oír, había tenido ya que rendirse al hecho de que no vendría nadie. Quizá en todo aquel ir y venir de barcos y de jeeps habían perdido sus rastros y no sabían ni por dónde empezar a buscarlo; quizá ni siquiera lo habían intentado, porque encontrar a un hombre perdido en la Selva Amazónica es como buscar una aguja en el rey de todos los pajares; quizá habían pensado que no podía sino haber muerto en pocos días de hambre y sed, o matado por una serpiente, por un jaguar (por una araña).

No es que no hubiera pensado en ponerse en camino para buscar el jeep: desde ahí si, si, hubiera tomado la dirección correcta (¿pero cómo hacer para saber cuál?) y si, si, hubiera conseguido no perderse de nuevo, no dar vueltas en círculo, no encontrarse con un jaguar o una serpiente, en un par de días de caminata podía quizá esperar llegar a la 210, donde quizá habría podido encontrar auxilio. Pero incluso llegar al jeep era una empresa, se había dado cuenta, casi imposible. Mirando a su alrededor en el claro donde se levantaba la aldea se había dado cuenta desde el principio de que no tenía la mínima idea de la dirección que había que tomar: el tramo de camino que había hecho siguiendo a la bruja no lo recordaba para nada, y aunque recordara más o menos el punto por el que habían salido al claro, nada podía darle la certeza de que la vieja hubiera procedido en línea recta; es más, estaba prácticamente seguro de que no lo había hecho. Y ese era solo el último tramo: recorrer durante dos días hacia atrás la selva consiguiendo —sin tener la mínima indicación— volver a encontrar el jeep, sabía bien que era sustancialmente impensable.

Por lo demás allí no se estaba mal, los indígenas eran afectuosos y gentiles, lo habían acogido con benevolencia y desde hacía tiempo los hombres le permitían ir de caza con ellos (aunque todavía no lo dejaran tocar lanzas ni flechas), las mujeres se hacían ayudar a juntar la leña y las bayas, los niños lo adoraban: a los barquitos les habían seguido los avioncitos, cuyo concepto era obviamente imposible de explicar pero que habían aprendido perfectamente a hacer volar; después el papel del cuaderno se había terminado (y también las cosas que él con el papel sabía fabricar, por lo demás). Había incluso dos o tres muchachas, un poco bajitas pero para nada, para nada mal: lindas tetas, y nalgas siempre a la vista, era un placer mirarlas.

Pero lo que lo hacía enloquecer era el no poder hablar con nadie, no poder intercambiar un pensamiento, una idea, una opinión, por lo menos un chiste, jesússanto. Aquella lengua suya de pájaros, toda trinos y chillidos y graznidos, le era completamente impenetrable incluso después de todos aquellos meses. Había aprendido más o menos algunos nombres, aunque rara vez tenía ocasión de usarlos: ¿cuántas veces pronuncias el nombre de una persona si después no tienes nada que decirle? Había —le parecía haber— entendido que aquel gorjeo un poco carraspeado significaba «carne», pero a decir verdad bien podría haber significado «cena» o «papilla» o «claro que Fernanda cocina un armadillo de fábula». Y aquel chillido con una nota descendente en el medio era «agua», pero por lo que le constaba valía para la de la lluvia, la del río, la de beber en los cocos y quizá también para lágrimas y orina, vaya uno a saber. Por otro lado tampoco el aprendizaje por parte de ellos de su lengua funcionaba gran cosa: habían aprendido su nombre, que pronunciaban más o menos «'N't'níííííííí-ho», los niños conseguían decir de manera casi inteligible «barquito» pero la cosa terminaba ahí. No parecía que tuvieran ningún interés en aprenderla, no la necesitaban en absoluto pudiendo charlar entre ellos cuanto y como quisieran.

Antônio pensaba que se moriría de falta de palabras, cómo se hace, cómo se hace, no poder hablar con nadie, es peor que ser mudo, peor que ser sordo, peor que estar perdido solo en la selva (ay dios, esto quizá no), vivía de palabras y no puedo ni decir hola cómo estás, yo no aguanto, yo me vuelvo loco, yo me tiro al río y me hago comer por los delfines rosados.

La vida en la aldea no tenía nada que anduviera mal, una vez acostumbrados a ir al baño entre una *sumaúma* y una palmera, a estar desnudos y beber agua de río, a ser picados cada minuto por millones de insectos y a masticar bien la carne de mono, pero Antônio la encontraba bastante tediosa. La caza habría sido incluso divertida, quizá, pero incluso dejando de lado el hecho de que el horror de las arañas no lo dejaba nunca del todo tranquilo cuando daba vueltas por la selva, aquellas expediciones tras las huellas de animales que conocía demasiado poco, las emboscadas, la sangre le daban más ansiedad que otra cosa. O quizá era el hecho de que no le permitieran manejar armas lo que lo hacía sentirse un estorbo y más en peligro de lo que quizá estuviera de verdad. Pescar lo aburría a morir, y no se puede decir que juntar leña, trenzar canastos, buscar bayas, fruta y cortezas junto con las comadres o sacarles punta a las flechas fueran actividades tan exaltantes.

Y los días eran largos, sin nada que leer, sin música que escuchar, sin nadie con quien decir dos palabras. Así Antônio se encontraba cada vez más seguido mirando jugar a los niños, observando aquellos raros juegos suyos con la pelota, algunos muy simples, otros llenos de reglas bastante complejas. A fuerza de mirarlos le parecía haberlas entendido todas o casi. Lo único que todavía le resultaba incomprensible era qué determinaba el final de los partidos. Sistemas para medir el tiempo breve no tenían; el número de puntos no parecía importar; no había ni siquiera un evento único, como el haber golpeado un árbol determinado, al que se le pudiera atribuir el significado de «fin del encuentro». Y sin embargo cada vez, de buenas a primeras, el partido evidentemente había terminado y los niños contentos, dándose amistosas palmadas en los hombros, corrían a merendar con las papayas.

Había notado sin embargo que estos chiquillos, incluso los más pequeñitos, estaban dotados de extraordinaria velocidad y destreza, y un par de ellos —DosMedias y un niño robusto con la cara seria — tenían un tiro de verdad preciso y potente. Por eso, una linda tarde Antônio, harto de estar solo mirando aquellas incomprensibles piruetas e indeciso sobre si ir a tirarse al río, se puso en cambio con ganas a atar juntas tres ramas derechas, plantando después aquella tosca C invertida en el suelo, en el límite del claro. Después se acercó a los niños y por gestos les pidió que le prestaran la pelota. La apoyó en el suelo y con una patada ni demasiado fuerte ni demasiado corta la metió en la portería. Se dio la vuelta hacia los chiquillos que lo miraban atentos y dijo:

—Goal. No hubo ninguna reacción. Fue a buscar la pelota, la volvió a poner en posición delante de los pies, tiró a la portería. Y de nuevo miró a los niños repitiendo:

—Goal.

—¿Goh-íííí-hal?

—No. Goal.

Parecían todos muy perplejos. El serio se encogió de hombros, recuperó la pelota y todos volvieron a empezar, alborotando, su abstruso partido. Antônio se sentó en un tronco, decepcionadísimo, reconsiderando la idea del río o quizá la de inmolarse a un jaguar. Pero he aquí que en plena mitad del juego DosMedias se separó de los demás y —como por una idea repentina— en vez de tirar contra los árboles apuntó a la portería y la acertó con un cañonazo perfecto. Después se dio la vuelta hacia Antônio y en tono bajo e interrogativo le propuso:

—¿Go'uh-llll? A Antônio le dio un vuelco el corazón, se puso de pie de un salto, gritó:

—¡Goal! ¡GOAL! ¡Sí, bravo, bravo, goal, goal, GOOOOOAAAAL! Y aplaudió y agitó los brazos y los niños, todos contentos, lo imitaron y agitaron los brazos y saltaron y chillaron:

—¡GOL! ¡GOL! ¡GOL!

Antônio era feliz: quizá todavía hay esperanza, quizá alguna palabra en portugués podrán aprenderla, quizá por lo menos se podrá hacer un partidito de fútbol.

2.12 Presagios

—¡Es blanco!

Ayìndé, la mujer medicina, miraba a Kirimà con su habitual aire medio serio y medio burlón.

—¿Y sabes qué es blanco? ¡El muerto! ¡Solo el muerto es blanco! Kirimà era más bajo y ligeramente más robusto que la media de los habitantes de la aldea y tenía una característica piel oscura que lo volvía único dentro de toda la tribu. También su voz era única: más sonora, y capaz de alcanzar un volumen que los demás solo podían soñar.

—¿De hecho te acuerdas de los primeros días? ¿Te acuerdas? ¡Todos a tocarlo, hasta los niños, todos a tocarlo con un dedo para ver si estaba vivo de verdad o si era un espíritu de la selva!

Con un manotazo seco Kirimà aplastó una avispa que se le había posado en el hombro, un gesto tan frecuente que ya lo caracterizaba. Al contrario de todos los demás habitantes de la aldea, él no era completamente inmune al veneno de avispa de una especie particular cuyos miembros, desde siempre, parecían saberlo y encontrarle el gusto a atormentarlo. Si para los demás una picadura de ese tipo de avispa no era más que un escozor sin consecuencias en la zona afectada, para Kirimà se volvía motivo de una larga molestia que podía durar incluso varios días. Ninguna de las hierbas que en casos como este provocaban alivio funcionaba en él. Se había acostumbrado desde chico a vivir así, matando todas las avispas posibles y soportando el dolor de los aguijones como ningún otro. No recordaba ni un solo día en que no hubiera matado por lo menos una avispa, y en algunas estaciones no pasaba día sin que lo picaran por lo menos dos o tres veces. Pero no se había resignado. Con el correr del tiempo había experimentado decenas de soluciones distintas para mantener lejos a las avispas o para aliviar el dolor de las picaduras, y muchas de las ocurrencias de Kirimà habían pasado a formar parte del bagaje de conocimientos de la tribu, tanto que se había vuelto uno de los adultos más estimados por sus notables conocimientos de los secretos de la selva. También había colgado su hamaca cerca de la de muchas mujeres y de algunas había tenido algunos de los niños más sanos y más lindos de toda la aldea.

—¿Y ahora? ¿A ti te gusta que se ande siempre paseando con los pequeños? Un hombre que no conoce la selva es peligroso para sí y para los demás, ¿y nosotros lo hacemos andar por ahí con los pequeños?

—Está aprendiendo, ahora ya no es peligroso. Ayìndé le había tomado simpatía a Antônio, no solo porque a la aldea lo había conducido ella, sino porque siempre había pensado que era de verdad una especie de espíritu, un espíritu bueno, eso sí, con el cual había que pasar tiempo, y ese tiempo pasado después volvería a ellos bajo la forma de alguna gran ventaja que ahora todavía no podía prever pero que estaba segura de que llegaría. Y como hablaba siempre de modo muy pausado, hacía pesar de este modo todavía más su autoridad.

—¿Está aprendiendo? ¡Pero si no distingue un tapir de un oso hormiguero! ¿Hace cuánto? ¿Tres días? ¿Cuatro? ¡Lo encontramos todavía haciendo pis en el río sin protegerse!

—Kirimà, Kirimà, tienes que ser paciente, ¿a cuántas personas conoces que hayan sido atacadas por el *candirú*? Sabes bien que no hay tantos y que no son peligrosos para nosotros. Los viejos cuentan de estos minúsculos peces capaces de remontar el pis hasta entrarte en el cuerpo, pero te digo la verdad, yo nunca vi uno tan pequeño; los que encontramos en los peces muertos son grandes como mis dedos, esos no son peligrosos.

—¡Pero hay que protegerse! ¡Nuestros viejos nos lo enseñaron como los viejos de los viejos se lo habían enseñado a ellos!

—Sí, hay que protegerse, es verdad. Pero los viejos de nuestros viejos no estaban sobre este río. Quizá eran los viejos de los viejos de los viejos, ya me confundo. Sobre el otro río quizá había más *candirú* y era más peligroso. Nuestros viejos también nos enseñaron a extraer el jugo de *xagua*, ¿pero cuántas veces sirvió?

Kirimà lo sabía bien: otro talento que siempre había tenido era el de acordarse de las historias. Se acordaba de las historias de los primeros viejos que había conocido, los que habían muerto cuando él era joven, y se acordaba también de las historias de los viejos actuales. Su memoria era tan formidable que desde hacía tiempo todos en la aldea le pedían que contara las historias de los viejos; era el modo más frecuente de pasar las veladas, y Kirimà se metía siempre con todo el espíritu en estos relatos, sentía las voces de sus antepasados que encontraban espacio dentro de él, sentía a los espíritus que se detenían a escucharlo. El otro momento en que le parecía que los espíritus de la selva se detenían era cuando veía a su hijo Yamandé jugar con la pelota. Kirimà nunca había estado entre los mejores con la pelota; recordaba la ceremonia de iniciación como uno de los momentos más tristes de toda su existencia. Pero Yamandé era distinto, siempre había sido un niño curioso, y apenas creció lo bastante como para empezar a jugar con la pelota sus dotes fueron enseguida claras. Por Yamandé habría hecho cualquier cosa el buen Kirimà, pero cada día que pasaba parecía que hiciera cada vez menos falta: crecía bien, era fuerte, amado y respetado por sus amigos, tenía pies rápidos y precisos y la sonrisa siempre lista.

Los jóvenes estaban volviendo del claro de juego charlando y riéndose en voz alta. A poca distancia detrás de ellos Antônio, todavía con su andar inseguro después de todo aquel tiempo, todavía produciendo el ruido de los truenos a cada paso y todavía con enormes dificultades para comunicar incluso las cosas más simples. Qué espíritu bueno ni qué nada: a los ojos de Kirimà, Antônio parecía solamente un enorme problema sin resolver, y el hecho de que pasara todo aquel tiempo con los niños no lo dejaba tranquilo, tenía el presentimiento de que algo saldría mal. ¡Plaf! Aplastó otra avispa yéndose de mal humor.

2.13 Figuras

El salir y el caer del sol, los ciclos de la luna que se entreveía fina como una sonrisa entre las ramas o resplandecía redonda como una bola de mandioca iluminando hasta los helechos más bajos: no había otra cosa que marcara el tiempo en momentos. Antônio había tenido que abandonar la tentación, la necesidad que en los primeros tiempos era casi compulsiva, de tratar de subdividir los días en horas y minutos, de agruparlos en manojos sin sentido con el nombre de semanas o meses. No era fácil, ni siquiera después de cierto tiempo, fabricarse una rutina, y estaba empezando a pensar que era del todo inútil hacerlo.

El comer no era una cita fija: nadie en un preciso y recurrente momento ponía una mesa con un mantel de hojas de palmera, con medios cocos como vasos y utensilios de hueso como cubiertos. Nadie iba al río a una hora precisa a llenar las jarras de agua, nadie al mediodía tocaba una campana hecha con una piedra excavada para llamar a todos al almuerzo: de hecho no había ningún momento que se pudiera llamar «almuerzo», y «cena» era simplemente el momento, antes de la puesta del sol, en que se reunían más o menos todos para comer pero también para contar historias, beber medio coco de mezcla embriagante, cantar canciones de lejanas leyendas, escuchar las recomendaciones de los espíritus por boca del chamán, chismorrear sobre los vecinos de hamaca. Los ritmos estaban dictados únicamente por la necesidad, por la disponibilidad de recursos, por las decisiones que, aun antes que las personas, era la selva misma la que tomaba. La caza podía detenerse durante varios días si la anterior había sido abundante, podía ser desorganizada o perfectamente orquestada, podía ser un asunto privado o de la aldea entera. Así sucedía también con la recolección: a veces un grupito de pocas personas desaparecía durante horas y volvían con sus cestos colmados de provisiones. A veces las expediciones eran mucho más numerosas y ruidosas y parecían casi largas excursiones. Tampoco el juego de la pelota, por el cual los habitantes de la aldea tenían una verdadera obsesión, seguía una rutina precisa. Podía ocurrir que, de vuelta de una jornada de caza, los cazadores tiraran a un rincón cerbatanas, arcos y flechas con sus puntas envenenadas y todo, y se desataran en un partido improvisado de su raro juego. Es más, a Antônio desde el principio le había parecido evidente que a veces las jornadas de caza eran demasiado breves, como si los cazadores no quisieran comprometerse de verdad porque ya tenían la cabeza en el próximo partido. Incluso cuando empezó a seguirlos en las jornadas de caza, aunque no entendiera bien la lengua le pareció evidente que algunas veces aquel empeño parecía casi un pro forma, como si quisieran decir: «Hagamos media horita de caminar por la selva, ¿hay algún animal? No, ¿verdad? ¡Rápido! Volvamos a la aldea a jugar.» Lo gracioso era que parecían siempre todos atareados, y al mismo tiempo parecía que hubiera infinitos, dilatados momentos de pura pereza.

Ahora, por ejemplo, el chaparrón llegado a mitad del día se había ido dejando una humedad densa que el sol, vuelto hacía poco, había calentado en un bochorno agotador. La selva goteaba todavía desde millones de pétalos y hojas y Antônio, medio acostado con la espalda apoyada en un tronco, estaba a punto de amodorrarse, acunado por los cantos de los pájaros que se sacudían de las alas la lluvia y por el parloteo de los niños que merendaban a su alrededor con la fruta recién recogida, húmeda y caliente. Conseguía captar alguna palabra cuyo significado reconocía: «come», «bueno», «dulce», «quiero», «lluvia-pasada». Y «opiìì», ahí está, opiìì debía de ser el nombre de aquellos frutos rojos y jugosos con los que los niños se estaban embadurnando la cara. Tengo que acordarme, pensó. Opiìì. Y soñoliento y distraído trazó con el dedo las letras sobre la tierra blanda al lado de su mano: O P I I Ì Un par de segundos después se dio cuenta de que se había hecho silencio: los niños se habían callado de golpe. Levantó los ojos y los vio, todas las caritas en círculo, mirar fijamente aquellos signos en el suelo. Después alzarse a mirarlo, una pregunta en todos los ojos. Se incorporó de golpe: Jesúsmío, la escritura. Qué quererles enseñar abstrusidades tecnológicas de pseudo Leonardo da Vinci ni qué nada, qué enseñarles a plantar semillas en el suelo, cosa que descubrí que ya saben hacer perfectamente y quién sabe desde cuándo. La escritura, virgensanta, esta gente no la co-

noce, no tiene ni el concepto. Exaltado por aquella vertiginosa intuición y por las infinitas posibilidades que abría de par en par, fue con una mano casi temblorosa que tomó entre los dedos un fruto y dijo:

—Opiìì. Los niños lo miraban. Lo apoyó en el suelo, cerca de la inscripción, la señaló, dijo de nuevo:

—Opiìì. En todos aquellos ojos oscuros que lo observaban no leyó más que curiosidad.

Entonces delante de sí trazó en la tierra A N T Ô N I O, dijo en voz bien clara:

—Antônio. Después se señaló a sí mismo y de nuevo pronunció:

—Antônio. Los niños sabían su nombre, por eso, aunque no entendían para nada aquel juego, se rieron por lo bajo y alguno repitió:

—¿Antônio?

—Sí, Antônio. Y de nuevo señalando las letras, una a una:

—A N T Ô N I O

Después se levantó, fue delante de Cachetes y trazó en el suelo C A U Ê, señalando primero al niño y después los signos, después de nuevo al niño. Y así hizo con P I R A Í y con M O A C I R y con todos los demás, hasta concluir el círculo con la nenita sentada a su izquierda: A M I A J È. Ella lo miraba atenta y él repitió:

—A - A - Antônio —y después— A - A - Amiajè. Subrayando con el dedo las inscripciones, subrayando las dos A iguales:

—A-ntônio, A-miajè. A, A, A. La nena repitió:

—A. Él le sonrió. Ella le sonrió. Sonreían todos. Qué juego raro.

Al día siguiente fue justamente ella quien, cuando después de haber jugado toda la mañana con la pelota se reunieron cansados a la sombra de un gran ébano, se le acercó y con el dedito en el polvo trazó insegura un



torcido

—¿A?

—¡Muy bien, casi! Mira, así: A

—A. Amiajè.

—¡Sí, sí! A, Amiajè. A, Antônio —y mirando a su alrededor y viendo que estaban todos a la espera, volvió a escribir delante de cada uno su nombre—: U, U, Ubiratan. P, P, P, Piata. Los niños se reían y repetían los sonidos de sus nombres garabateando en el suelo signos más o menos al azar pero cada vez más precisos, cada vez más parecidos a unas A, unas U, unas P, unas M.

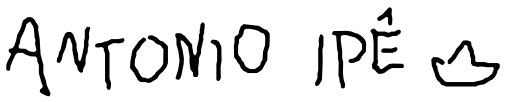
2.14 Ipê

El juego de las figuras había sido una novedad muy bien recibida. Cada uno de los chiquillos ya sabía trazar perfectamente su propia inicial, y no era raro ver a un niño dibujar con cuidado con barro y *urucú* una A o una É en los cachetes de un amiguito canturreando el sonido: ¡AAAA A-A A… AA A A-A-A-A!

Antônio se prometía empezar con los números, un día u otro, pero por el momento no había apuro: tenían un mundo entero de palabras con el que divertirse. Pasar de las iniciales a las palabras completas fue menos fácil, los más pequeñitos se aburrieron pronto y volvieron a jugar con lagartijas y piedritas, pero los grandecitos se tomaron el juego muy en serio: como en todas las cosas, todos los niños quieren ir al fondo de cada nuevo descubrimiento hasta que no lo hayan desarmado y vuelto a armar desde el principio, hasta que no sientan que lo dominan. Antônio, aun esforzándose, no consiguió recordar cuánto había tardado, bastantes años antes, en aprender a escribir y leer su propio nombre. Tenía un recuerdo confuso de un aula que a él le parecía enorme, de un olor a polvo y tiza y a niños sudados, de los dedos pegajosos de dulces de coco que le embadurnaban la hoja. Y sin embargo recordaba que para el cumpleaños de mamá ya era perfectamente capaz de hacerlo, para deletrearlo en una tarjeta de felicitación con dibujos de enormes mariposas y flores imposibles: no había hecho falta tanto, entonces. Y de hecho no hizo falta mucho en aquella aula verdísima, entre saltar de sapos y zumbido de insectos, con pizarras de tierra fangosa que se borraban con los pies, para que cada uno supiera trazar, aunque con alguna vacilación, su propio nombre y, cuando estaba particularmente inspirado, también el de sus compañeros.

Así Antônio intentó un paso más. Oyó que los chiquillos hablaban de ir al río: la palabra río, «ipê», la conocía ya desde hacía un tiempo, así que llamó su atención y dibujó en el suelo, I P Ê, marcando bien la palabra y repitiéndola una y otra vez. Pero los niños no parecieron entender, alguno se rio, alguno se encogió de hombros, todos corrieron a bañarse al río. Claro, demasiado difícil; una cosa es entender que ese signo eres tú y ese otro es tu amigo, otra entender que puede haber un signo para cada cosa, que se puede dibujar en el suelo cualquier palabra, cualquier cosa, que se puede hacer aparecer «río» en el polvo cuando todavía está escondido detrás de los árboles; demasiado difícil, es verdad, lástima. Antônio se levantó y con un suspiro se dirigió al río; sí, ya era hora de un baño.

Algunas mañanas después, Antônio estaba modelando un par de pelotas nuevas, un proceso lento y bastante aburrido que había aprendido de los niños mismos, y los niños no se veían por ninguna parte. Era normal: no todas las mañanas los niños se dejaban encontrar; de vez en cuando partían en grupo para larguísimas cacerías de lagartijas o ranas, alguna vez pasaban el día entero trepados a los árboles en busca de fruta y nidos de pájaros, de vez en cuando iban al claro a mirar jugar a los grandes. Un poco harto de hojas y barro decidió ir a buscarlos. No estaban jugando a la pelota por ahí y tampoco estaban en la sombra acogedora del *shabono*, no estaban en el claro donde reinaba solo el incesante sonido de las mil voces de la selva, tan parecidas a las de su lengua. Quizá se habían adentrado en uno de los infinitos lugares en los que Antônio no se atrevía todavía a meterse: caminos que a él le parecían muros infranqueables de follaje y sotobosque, senderos invisibles a sus ojos, árboles que parecían imposibles de escalar. Un poco decepcionado volvió al claro, resignado a pasar la mañana solo, cuando de pronto vio algo en el suelo, cerca de uno de los muchos senderos que se adentraban en la espesura. Se acercó sin atreverse a creer lo que veía, mirando, con el corazón latiéndole fuerte, los signos grabados en la tierra apisonada:



¿Podía ser verdad? Mientras con el corazón a los saltos se precipitaba por el sendero del río pensaba: no, no puede ser verdad, no puede ser de verdad lo que parece.

La primera que vio, entre las frondas cerca del agua, fue Amiajè, que lo miraba con los ojos relucientes de excitación, temblando sobre las piernitas delgadas. Se adelantó escondiendo evidentemente algo detrás de la espalda, seguida pronto por los otros niños, que tenían una actitud entre lo tímido y lo burlón, todos ellos con algo escondido en la mano. Uno de los chiquillos más grandes se armó de valor y, riéndose emocionado, tomó a Antônio de la mano conduciéndolo hacia una curva río arriba donde el agua era muy tranquila, casi estancada. Antônio trató de espiar detrás de la espalda de los niños pero no consiguió entrever más que hojas.

Llegados al río todos los niños se alinearon a lo largo de la orilla y lo que Antônio vio lo dejó sin aliento. Cada uno de ellos estaba escondiendo detrás de la espalda uno o dos barquitos hechos con las anchas hojas de alguna planta desconocida. Antônio, río, barquitos: era de verdad un mensaje, era un mensaje escrito para mí. Con los ojos llenos de orgullo los niños apoyaron sus barquitos sobre la superficie del agua y crearon una lenta procesión verde. Los barquitos fueron tomados por la perezosa corriente y se dirigieron aguas abajo, algunos flotando livianos, otros volcándose o atascándose unos con otros. Pero Antônio no consiguió ver aquellos pequeños naufragios: tenía los ojos colmados de lágrimas.

2.15 Mujeres

—¿Según ustedes la colgará alguna vez una hamaca cerca de la de alguna?

—¿Nunca lo… de verdad?

—No, en todo este tiempo nunca lo hizo, ni una sola vez.

—Quizá no le interesa, quizá es de esos a los que solo les gusta jugar a la pelota.

—Quizá no es capaz. Hay muchísimas cosas que no es capaz de hacer. ¿Alguna vez oyeron contar de cuando intentó cazar el tapir? Ahí está: quizá para hacer esa cosa es tan bueno como para cazar tapires.

—¡Ajajajá!

—¡Ejejejeé!

—Pero quizá no pasó tanto tiempo.

—Ay sí, claro que sí. Llegó cuando estábamos en la luna de cuando paren los osos hormigueros, y esa luna ya volvió y pasó.

—Te acuerdas muy bien. Estuviste atenta, ¿quizá te interesa? ¿Quizá querrías tú colgar la hamaca con él?

—¡Jijijijiji!

—¡Ajajajá, no, qué dices! ¡Todos los espíritus estallarían de risa! Aunque pasó tantísimo tiempo desde que colgué la hamaca con alguien que casi casi…

—¡Ejejejejé! ¿Y crees que él te querría, una mona reseca como tú?

—Mejor una mona que ese viejo tucán desplumado que eres tú.

—¡Ajajá! ¿Viejo tucán a mí? ¡Pero si tú eres la abuela de todas las anacondas!

Antônio se había vuelto rápidamente el favorito no solo de Ayìndé, la mujer medicina que había tomado por una bruja, sino también de todas las ancianas de la aldea: su torpeza y su ser distinto habían traído una agradable ráfaga de novedad, y aunque habían pasado meses desde su llegada seguía encadenando papelones graciosos alimentando risitas y chismes. Le costaba todavía muchísimo con la lengua y, aunque había aprendido algunas palabras, no era bastante para hacer un discurso ni siquiera rudimentario, pero entendía de todos modos que era objeto de gran diversión para ellas. Después de todo la cosa no lo perturbaba demasiado: desde luego mejor provocar risas que rencor u otros sentimientos negativos, y de todos modos las señoras lo trataban bien y lo ayudaban cuando se le metía en la cabeza alguna tarea improbable.

No, de ahí no venían problemas. Las que Antônio temía eran las mujeres jóvenes. En estos meses de permanencia Antônio había observado usos y costumbres de la aldea con mayor cuidado del que habría puesto un antropólogo: en el peor de los casos un error de un antropólogo se habría traducido en una investigación equivocada, mientras que Antônio temía que un error suyo en el acercamiento

a algún tema delicado pudiera causarle serios líos. ¿Y qué tema más delicado que las relaciones con el otro sexo?

No es que no le hubiera gustado encontrarse una muchacha, pero no sabía en absoluto cómo comportarse. Ya en Macapá, en el ambiente en el que había nacido y vivido, nunca había sido un donjuán y es más, siempre había sido bastante torpe en los acercamientos, como demostraba el asunto con Isabel, que después de todo aquel tiempo todavía le ardía un poco. Aquí no sabía ni por dónde empezar. Lo único que había entendido era que no parecía haber ninguna ceremonia de matrimonio o similares. La creación de nuevas parejas sucedía de una manera que lo fascinaba por su simplicidad: en cierto momento un hombre colgaba su hamaca cerca de la de una mujer (o viceversa: ya había visto bastantes casos en los que era la mujer la que tomaba la iniciativa) y a partir de ese momento aquello era una pareja. Nada más. Pero cómo se originaban estas parejas le resultaba todavía del todo oscuro. El plantar una hamaca aquí o allá como si nada le parecía demasiado tosco, estaba seguro de que había alguna forma de cortejo que precedía a aquel momento pero no conseguía identificar su dinámica. ¿Bastaba un juego de miradas, y después enseguida con la hamaca? ¿O había que mostrarse simpático un tiempo? ¿Y cómo, qué se le ofrece a una muchacha aquí, un coco, una serpiente muerta, una lagartija para merendar? ¿Y cómo saber si acaso algún hombre más destacado que tú (es decir todos los demás hombres de la aldea) ya estaba interesado en aquella hamaca en particular?

Y además, de todos modos, eran demasiado jóvenes, demasiado. Antônio pensaba en las alumnas de la escuela en la que enseñaba: no, ni hablar. Antônio entendía que allí, en la aldea, aquel era un tabú todo suyo, pero no importaba: tabú era y tabú quedaba. Esto lo llevaba a tratar de evitar a las muchachas en edad «de casarse», a veces con consecuencias embarazosas, como la noche en que había visto a una joven venir decidida hacia él con una hamaca entre los brazos. Antônio se había levantado de golpe de la suya, tropezando y arriesgando un porrazo de cara al suelo; después, presa del pánico y sin saber qué otra cosa hacer, había roto el gancho de madera que le hacía de soporte: «Aquí no se cuelgan hamacas». La muchacha había seguido igual avanzando y sonriendo hacia él y después había pasado de largo su puesto, sin siquiera mirarlo, para ir a colgar su hamaca cerca de la de un joven alto con elegantes dibujos ocre en la cara, dejando de una pieza al pobre Antônio y provocando gran hilaridad en un par de ancianas que habían asistido a la escena.

Había una muchacha, a decir verdad, que ciertamente tenía algunos años más que las otras y sin embargo no tenía hijos ni tampoco la había visto nunca colgar la hamaca con nadie. Tendía a estar un poco apartada, tenía algo que la diferenciaba de las demás: los rasgos tenían algo distinto, los dibujos que se hacía en la piel tenían un estilo todo suyo, así como tenía un modo particular de acomodar las flores que usaba como adorno, y también los canastos que trenzaba tenían nudos que… bueno, Antônio, la observaste muy bien, parece, para uno que decidió no tener nada que ver con las mujeres, muy bien para uno que no quiere tener líos, un poco demasiado bien, visto que podrías describirla centímetro por centímetro. Sí, admitámoslo, me gustaría conocerla mejor. Quizá podría intentar regalarle un poco de esas bayas amarillas que todos parecen apreciar tanto, quizá envueltas en una linda hoja lustrosa, quizá podría también agregar una flor, o quizá una ranita azul. Maldita lengua, si solo supiera soltar dos palabras, me gustaría aunque solo fuera saber cuál es su historia.

2.16 Janaína

Hay historias que no se cuentan, o que se cuentan solo a uno mismo, cuando se está solo, cuando se puede pensar en lo lejos que puede parecer un lugar, en qué tiempo larguísimo pueden ser dos veces diez lunas. Que el lugar del que provenía la muchacha apartada, la que se pintaba de modo distinto, fuera tan lejano como para ser inalcanzable era más que nada una esperanza suya. Su nombre era Janaína y hacía casi dos años que había dejado su aldea.

—Tarde o temprano lo mato —le había dicho Janaína a Guiomar.

—¡Shhhh! ¿Pero qué dices, estás loca?

—No lo soporto más, ya no sé qué hacer.

—No lo tienes que saber tú. Lo saben los espíritus. Y los espíritus decidieron que tú eres la mujer de Yarimi, no hay nada más que saber.

—En verdad fue Yarimi el que dijo que los espíritus dijeron eso; a mí los espíritus no me dijeron nada.

—¡Shhhhh! ¡Pero entonces estás verdaderamente loca! ¿Pero qué dices? Sabes que es Yarimi el que habla con los dioses, ¿por qué habrían tenido que hablar contigo?

—Para explicarme por qué tengo que estar con ese animal y hacer siempre lo que dice él.

—Los espíritus lo sabrán y desde luego no te lo tienen que decir a ti, sino al jefe de la aldea. Y además yo creo que los espíritus están enojados contigo porque pasaron muchas lunas desde que te tomó y todavía no tuviste hijos.

—Y menos mal que no llegaron. Es fácil para ti hablar así. Los dioses te destinaron a ese buen hombre de Tooru, no a ese mono aullador. Si intenta tocarme una vez más lo mato de verdad. Pero aquella vez Guiomar no había dicho «Shhhh». Aquella vez se había limitado a mirar fijamente, aterrorizada, un punto a sus espaldas. Janaína se había dado la vuelta y había visto a Yarimi, que había asomado de detrás de una palmera con el silencio del viento quieto y la miraba con ojos malos.

El plan era simple. Lo aturdiría con la bebida del cambio y cuando se derrumbara dormido actuaría. En el fondo del corazón un poco le pesaba no tener el coraje de matarlo de verdad, pero el espíritu malvado era él, no ella. Y una aldea que se deja guiar por un malvado es una aldea mala: escapar era una decisión fácil, sin arrepentimientos, no entendía cómo no se le había ocurrido antes. Iría al río, tomaría una canoa y remaría mientras le quedaran fuerzas, hasta la más lejana de las aldeas. Muchas lunas antes había estado en dos de estas aldeas para unas ceremonias de paz y de intercambio de regalos y le había parecido que estaban pobladas por personas gentiles. La suya era la peor aldea de toda la selva, había decidido Janaína, y si los espíritus habían sido tan malos como para mandarla ahí y emparejarla con aquel mono, bueno… Janaína no se atrevía a completar el pensamiento, pero en su fuero interno estaba claro que estos espíritus no merecían respeto, y desde luego ya no era tiempo de soportar aquella desgracia.

Yarimi amaba la bebida del cambio. Aquella noche Janaína, manteniendo los ojos bajos, se la había servido continuamente, ofreciéndole también su parte como señal de disculpa por las feas palabras que había dicho por la tarde. El momento crítico era después del cuarto cuenco: en general Yarimi a esa altura se ponía eufórico y bastaba una nadería para volverlo violento. Pero aquella noche había

quedado más calmo de lo habitual. Había bebido incluso un quinto cuenco y a mitad del sexto había caído dormido y borracho.

El destino está de mi parte, había pensado Janaína, mirando la luna casi llena cuya luz se filtraba entre las frondas lo bastante como para permitirle entender por dónde estaba caminando, sin hacer ruido y sin despertar a nadie. Trataba de no pensar en cómo la recibirían en la nueva aldea, concentrándose en cada paso, complaciéndose en su propio silencio. Sonreía al pensar que esta habilidad y la de remar, las dos habilidades que le serían esenciales para la fuga, se las había enseñado el mono. Por lo menos para algo había servido. Estaba tan concentrada en escuchar su silencio que al principio no había entendido qué había sido aquel sonido fortísimo que había oído apenas puso un pie fuera del límite de la aldea. ¿Qué clase de animal podía ser?

Yarimi tenía muchos defectos, algunos de los cuales a veces estaba dispuesto a admitir él mismo. Pero no era un estúpido. Los espíritus nunca habrían puesto a un estúpido al frente de la aldea. Se había preguntado largo tiempo por qué los espíritus le habían endilgado aquella mujer irrespetuosa y desobediente que ni siquiera conseguía darle un hijo, pero ahora estaba todo claro: era una prueba para templar su espíritu. Aquel día tendría la ocasión de librarse de ella y ya al día siguiente podría tomar otra mujer, solo tenía que decidir cuál. Aquella noche no había bebido ni una gota de su amada bebida. Cada vez que la mujer le había llevado un cuenco él solo había apoyado en él los labios, dando un pequeño sorbo que, en cuanto ella se alejaba, había vuelto a escupir en el cuenco, para después vaciarlo en el suelo. Después del sexto cuenco había decidido que la actuación estaba completa y había fingido dormirse, teniendo cuidado de mantener el cuchillo bien al alcance de la mano. Cuando había oído a Janaína levantarse había apretado la mano sobre la empuñadura y había esperado la agresión. Para su gran sorpresa la mujer no había tratado de matarlo, sino que se había encaminado fuera de la choza. Yarimi entonces la había seguido para entender qué intenciones tenía y cuando había visto que estaba saliendo de la aldea había entendido: aquella mujer maldita por los espíritus había decidido abandonarlos. Una afrenta peor que cualquier otra: nadie abandonaba la aldea de la que Yarimi era jefe. Había inspirado profundamente y después había lanzado el grito de alarma a pleno pulmón.

Si hubiera tenido tiempo de pensar, Janaína se habría preguntado dónde se había equivocado, cómo era que su plan había fallado tan pronto y miserablemente. Quizá se habría interrogado sobre el papel que los espíritus le habían reservado, o quizá incluso habría pensado que se había equivocado en todo, que debería haber aceptado el mensaje de los espíritus y vivir la vida que le habían puesto delante. Pero Janaína no había tenido tiempo de pensar. Solo de actuar y de correr. Despertados por el grito de Yarimi, que después de un par de segundos ella había reconocido aterrorizada, ya algunos de los guerreros más capaces de la aldea se habían despertado y empezaban a correr de aquí para allá tratando de entender qué estaba pasando y qué hacer. En la confusión había visto que algunos de ellos se encaminaban justamente hacia el río, cortándole la vía de fuga que se había propuesto. Había cambiado rápidamente de rumbo, alejándose del río y adentrándose en lo espeso de la selva. Alguien la había visto correr y, llamando a los demás, se había lanzado a perseguirla. Conscientemente no sabía hacia dónde estaba corriendo, corría y basta, pero el instinto la estaba guiando hacia el punto que representaría quizá su salvación o quizá el fin. Desde luego el punto decisivo de su aventura.

Había seguido corriendo a más no poder y cuando había emergido de la espesura de los árboles con todavía un poco de ventaja sobre los perseguidores, todo le había quedado claro, también literalmente. La luna iluminaba las rocas, el agua del río reluciente y el impresionante, altísimo y estrecho salto de la cascada. Era más alta que el árbol más alto de toda la selva: el agua se precipitaba abajo pasando entre dos estrechas losas de roca para ir a arrojarse en un pequeño lago mucho más abajo. Las leyendas de la aldea hablaban de algún antiguo que había sido tan valeroso como para tirarse, y muchos jóvenes fanfarrones hablaban a menudo de ir a probar, pero ningún viviente había tenido

nunca el coraje. Janaína no se había tirado enseguida. Se había detenido al borde de la cascada a mirar fijamente el punto por el que saldrían los perseguidores, esperando que entre ellos estuviera Yarimi para mostrarle cuál de los dos era el más valiente. Y así había ocurrido. La luz de la luna no era bastante fuerte como para permitirle ver sus ojos, pero no había hecho falta. Se podía intuir perfectamente el cambio de expresión: de la convicción de haberla capturado a la duda, a la incredulidad cuando se había dado la vuelta y había saltado abajo.

Hacía ya días que vagaba por la selva siguiendo el curso del río, sin encontrarse con nadie. No tenía problemas para procurarse comida y agua, y el casi milagroso éxito de la fuga le había dado una fuerza de ánimo enorme. No estaba en dificultades. Pero aquella larga soledad empezaba a inquietarla un poco: no se había esperado que no hubiera aldeas durante un trecho tan largo después de la cascada. Mejor así, se había encontrado pensando, cuanto más lejos voy mejor es. Era el anochecer del quinto día, era casi hora de buscar un lugar para pasar la noche, y en ese momento, por encima de los sonidos de los loros, había oído voces de niños más allá de los árboles.

2.17 Palabras

—Eso que el Raro hace con los niños, esas figuras, ¿es magia?

—No, Kirimà, no es magia —dijo Itátakûara bostezando, mientras se mecía perezosamente. No parecía muy interesado—. El Raro se llama Antônio, lo sabes, y no es capaz de hacer absolutamente ninguna magia, te lo digo yo. En toda la aldea no hay nadie con quien los espíritus puedan tener menos ganas de tratar que con él. Es solo un juego, no te quedes pensando en eso.

—¿Pero qué juego estúpido es? Las figuras se pintan encima, no se dibujan en el polvo con un palito. Es un juego tonto, nunca se vio, no me gusta.

—Será un juego que hacen sus niños Raros. No te preocupes por un juego. No es peligroso, ¿no?

—No… no, no parece que puedan hacerse daño. Pero no me gusta.

—A ti no te gustan un montón de cosas, Kirimà —el chamán se rio por lo bajo, acomodándose mejor dentro de la hamaca—, déjalos en paz, son solo niños, están solo jugando.

Aquel juego había resultado utilísimo para Antônio, que sin haberlo previsto en absoluto se encontró, al tener que escribirlas, aprendiendo un montón de palabras nuevas, haciendo progresos en la Lengua mucho más rápidamente que antes. Pero los niños habían descubierto muy pronto, a medida que adquirían destreza con los signos —y a pesar de que su lengua fuera poquísimo apta para ser escrita—, que aquel juego les proporcionaba un extraordinario medio de comunicación secreto, del cual los adultos y los ancianos no sabían nada, un formidable instrumento para sustraerse a su control.

Podías trazar IPÊ fuera del *shabono* y los niños que se hubieran despertado más tarde que los otros sabrían que los compañeros habían ido a jugar abajo al río. Si veías OPIÌ cerca del sendero sabías que los amigos habían ido a hacer acopio de frutos; si encontrabas PUTÚ grabado en el barro blando de la orilla podías correr al claro a jugar a la pelota con los demás. Era cómodo ver al lado del fuego AYÌNDÉ DULCE porque entendías que la mujer medicina había preparado su deliciosa papilla de mandioca y miel y con un poco de destreza podías llegar a birlar por lo menos un puñado, y era útil leer al lado de la entrada de la choza YBOTYRA RABIA, porque sabías que la vieja Ybotyra estaba en uno de sus días de mal humor y era mejor que los niños se le mantuvieran lejos si no querían que los apedrearan.

Un poco menos útil —pero que Antônio, por lo demás orgullosísimo de los progresos de los chiquillos, sabía que era inevitable— era la utilización de aquella nueva arma en las controversias entre ellos: a un ofensivo CAUÊ TAPIR trazado en plena mitad de la explanada le había seguido un sangriento MOACIR CACA escrito todavía más grande, justo antes de que Antônio obligara a los dos, ambos ofendidísimos, a hacer las paces. Así que no se asombró demasiado cuando una tarde los oyó carcajearse y, acercándose al grupo que se reía descompuestamente hasta las lágrimas, vio que justo debajo de la hamaca de Itátakûara estaba trazado con gran cuidado ITÁ PANZA GORDA. Habría tenido que regañarlos, se entiende, pero mirando el abdomen —objetivamente imponente— del chamán, que, mientras él estaba beatamente sumido en el sueño, se mecía lentamente desbordando de la hamaca parecido a un enorme mango demasiado maduro, no consiguió hacer otra cosa que sofocar una risa, mientras a su alrededor los chiquillos se revolcaban por el suelo regocijados.

Se rio sin embargo mucho menos, es más, se encendió ruborizándose de vergüenza —y agradeciéndole al cielo haberles enseñado aquel peligrosísimo juego solamente a los niños— cuando algunos

días más tarde, saliendo muy temprano de la sombra del *shabono*, vio de refilón correr, escapando en todas las direcciones a esconderse riéndose entre el ramaje, una bandada de chiquillos, y se encontró delante de los pies, justo en el umbral, decorada con tres piedras redondas, la inscripción ANTÔNIO AMA JANAÍNA.

2.18 Lejos

—Te digo que es ese, estoy segurísimo —insistió Yamandé—, ¿no te lo conté ya tantas veces? Leeenā me dijo: míralo bien. Míralo bien, porque esta oruga no es como todas las demás. Esta es la cosa más rica que vas a comer en tu vida. Hizo un agujero en la mandioca, la metió adentro y tenía razón. Nunca más comí nada tan rico y nunca más me olvidé de qué aspecto tenía, no sabes desde hace cuánto que espero volver a encontrarla. Te digo que es esa.

—Ya sé que me lo contaste una y otra vez —replicó Piata—, y te repito que no es ese el problema. El problema es que no se la va a comer nunca.

—Pero si te digo que es riquísima. ¿Por qué no debería comérsela?

—Porque le dan asco las orugas.

—¿Le dan asco las orugas? Esta vez no fue solo Yamandé el que se asombró, sino también casi todos los demás niños:

—¿Y tú cómo haces para saberlo?

—Porque lo observé y noté que nunca las come.

—Pero te habrás equivocado; está bien que es Raro, pero ni siquiera él puede ser tan raro, las orugas le gustan a todo el mundo. Yo digo que se la llevemos y ya verás que va a estar contento. Di la verdad: no se la quieres llevar porque te la quieres comer tú. Piata reflexionó sobre qué hacer y después decidió que la situación era bastante grave como para merecer la revelación de su gran secreto.

—No. Te digo que no le gustan las orugas. ¿Y sabes por qué no me parece raro? Porque tampoco me gustan a mí.

—¿No te gustan las orugas?

—No. Y no solo no me gustan, me dan verdadero asco.

—Te dan asco las orugas.

—Sí.

—¿Y por qué las comes?

—Porque debo. La revelación fue tanto más chocante considerando que Piata era el más grandote de todos ellos, el que más comía y de todo, o así lo habían creído siempre. Entre los niños cayó un largo silencio.

Fue Moacir el que lo interrumpió:

—A mí tampoco me gustan. Yo sin embargo nunca las como.

—¿Y cómo haces? —le preguntó Piata, con los ojos iluminados por la esperanza.

—Hago como que las como, después cuando nadie me ve las escondo entre los huesos pelados o donde caiga.

—¡Astuto!

—¿Pero entonces según tú de verdad hay peligro de que no le guste? —preguntó un decepcionado Yamandé.

—Sí.

—Lástima. Justamente quería hacerle un regalo a cambio de la pelota rara que nos preparó él.

—Yo también. Ya verás que encontramos otra cosa. Y no estés triste: estás de nuevo por probar ese sabor que dices que te gusta tanto.

Claro, la oruga especial. Miraron a su alrededor, pero parecía desaparecida. Después notaron que Cauê se había alejado del grupo y lo vieron del otro lado del claro, mientras se acercaba a Antônio tendiéndole algo. Desde aquella distancia no podían ver qué, pero estaban todos seguros de que era una mandioca rellena. Se pusieron a correr gritando el nombre de su amigo.

Antônio observaba a Cauê tenderle una raíz con dentro una enorme repugnante oruga. Estaba casi seguro de que era un gesto de buena voluntad del niño, quizá un agradecimiento por la pelota de caucho que había construido el día anterior. ¿Pero comerse la oruga? Hasta entonces siempre había conseguido evitarlas, pescando carne, pescado y vegetales de las bandejas y dejando las orugas de lado, cosa que seguramente a los indígenas debía darles gusto, dado que parecían ser golosos de ellas. Pero ahora no tenía escapatoria. ¿Quizá podía levantarla, dársela al niño y comerse la mandioca? Mientras lo pensaba Cauê le dio un buen mordisco a este inusual sándwich relleno, masticó, dijo «Ang-uàààà», que Antônio ya había aprendido que quería decir «buenísimo» (como confirmaba la cara del niño) y con una gran sonrisa puso el resto de la exquisitez en las manos de Antônio.

Antônio hacía tiempo que había perdido la noción del tiempo. Tenía una vaga idea de cuánto tiempo había pasado desde su llegada a la aldea, pero si alguien le hubiera dicho que en aquel momento eran las 9, hora de Rio de Janeiro, del once de septiembre de 2001, Antônio, observando la oruga despanzurrada en la mandioca, le habría respondido ciertamente (en un portugués cada vez más inseguro por la falta de uso): «¿Y a mí qué me importa? Tengo problemas bastante más apremiantes que resolver, yo.»

Cinco mil kilómetros más al norte, en un lugar tan lejano desde todo punto de vista que bien podría haber sido del otro lado del universo, Isabel miraba atónita el televisor. Hacía mucho que no pensaba en Antônio. El año anterior había vuelto a Macapá a arreglar algunos asuntos y se había enterado de que seguía figurando como desaparecido en la selva y de que ya no había esperanzas de encontrarlo. Ahora, de buenas a primeras, le volvió a la cabeza cuánto lo había impresionado a él la tragedia de aquel avión cuyo piloto había decidido suicidarse estrellándose en el mar con todos los pasajeros, y pensó: menos mal que estás muerto, querido Antônio. Así no tuviste que ver este horror.

A la enésima repetición del segundo avión que se estrellaba contra el WTC Isabel se sacudió, tomó una mochilita, le metió el celular, dos botellas. Los medios del mundo entero se habrán vuelto locos. Vamos a ver si hace falta una intérprete. Con una risa histérica concluyó el pensamiento: «¿Si?» Ja, ja. Y salió corriendo de casa.

2.19 Mundiales

Señoras y señores, buenas noches. En directo desde Tokio les transmitimos Holanda-Argentina, por los cuartos de final del campeonato mundial de fútbol 2002. Los equipos ya están entrando a la cancha, Holanda con la tradicional camiseta a lunares ocre y Argentina con su linda casaca a rayas marrones. El público es el de las grandes ocasiones: por lo menos 30 niños, muchísimos loros y un impreciso número de insectos y animales peligrosos. Pero silencio, es el momento de los himnos nacionales. Antônio interrumpió el relato que estaba haciendo para sus adentros, ordenó: «A'iybò» y los niños se pusieron en fila, que era justamente lo que él esperaba que hicieran. Un arranque de orgullo lo atravesó, mitigado por la fuerte duda de que lo hubieran hecho no por lo impecable de su pronunciación, sino porque ya habían entendido qué hacer. Era el tercer cuarto de final. En el primero, Japón había derrotado sorprendentemente a Italia, para pesar de Antônio, que no quería dirigir los encuentros pero secretamente esperaba resultados más realistas. En el segundo, Alemania se había impuesto a Dinamarca por 8 a 5. A completar el cuadro llegaría después Brasil-Croacia. Antônio dijo «¡Holanda!», señaló los lunares ocre y empezó a cantar el himno, acompañado con gran entusiasmo por los jugadores holandeses: «Poropò, poropò, poropoppopoppopopò. Poropò, poropò, poropoppopoppopopò.»

Desde hacía ya algún tiempo los niños parecían haber absorbido bien las principales reglas del juego del fútbol, y Antônio ya había organizado incluso algún torneo de la aldea, aunque eran torneos que se desarrollaban más en su cabeza que en la realidad, dado que Antônio había renunciado pronto a explicar los conceptos de grupos, tablas de posiciones y puntajes, y lo que había aprendido de su lengua no era desde luego apto para el menester. Quizá no había palabras aptas para el menester en toda su lengua, que ellos llamaban «¡Aca-aaaaa!», simplemente «Lengua». De todos modos los niños jugaban, él reconstruía las tablas por su cuenta y todos estaban contentos así. Algo podía hacerse para mejorar todavía más, siempre se puede mejorar más, pero a Antônio no se le ocurría qué. Hasta que una noche, una de esas relativamente pocas noches en que volvía a pensar en el mundo que había dejado atrás, se le ocurrió la idea de qué hacer. El pensamiento se le había ido al Mundial de Corea y Japón. Antônio había calculado, teniendo en cuenta los embarazos que había visto llevar a término, que probablemente estaba en la selva desde hacía dos años y medio o tres: por lo tanto el Mundial de 2002 debía de haberse jugado hacía poco o quizá incluso estaba en curso en aquel momento. Antônio pensó que introducir elementos rituales como los colores de los equipos y los himnos nacionales podía ser a la vez divertido y comprensible para los niños.

A la mañana siguiente, apenas despierto, aplanó con cuidado un pedazo de tierra bien resguardado donde trazó con un palo puntiagudo el cuadro de los partidos de los primeros fanta-mundiales amazónicos. Para no complicar demasiado las cosas había decidido saltearse la fase de grupos y pasar enseguida a los cuartos de final. Había elegido todos los grandes equipos, menos Francia, cuya victoria contra Brasil en el Mundial del 98 era una afrenta todavía demasiado fresca y dolorosa como para poder ser perdonada. En la fantasía de Antônio, por lo tanto, la Francia del maldito Zidane había sido clamorosamente eliminada por el país anfitrión. Además, para volver comprensible la asociación entre cuadro y partidos, había decidido no usar las banderas nacionales, sino los colores de los equipos. Colores que después pintaría directamente sobre los cuerpos todavía tiernos de sus jugadores.

Aquí surgió el primer problema: después de haber creado los dos primeros equipos, había decidido pintar a los jugadores del «Japón» con un lindo círculo rojo en el pecho, cosa con la que Yamandé y compañía parecieron entusiasmarse. El círculo rojo era tan lindo que también los jugadores «italianos» habrían querido que les pintaran uno, y hizo falta no poca paciencia para convencerlos de que los pintaran con onduladas rayas negras. El segundo problema salió a la luz en el momento de los himnos nacionales: Antônio se había dado cuenta de que de la selección japonesa no sabía práctica-

mente nada, empezando justamente por el himno, y había decidido que en su lugar usaría la Marsellesa. Pero primero había atacado con *Fratelli d'Italia*, que era el único himno con excepción del brasileño cuya música recordaba bien y también alguna palabra. Y el «Poropò, poropò» inicial había suscitado tanto entusiasmo entre los niños que no hubo manera de convencerlos de aceptar músicas distintas de aquella. La Marsellesa fue recibida enseguida con gritos de protesta: los chicos del «Japón» se sentían injustamente discriminados e hicieron entender que querían también ellos el «Poropò, poropò» inicial. Y fue así como Antônio transformó *Fratelli d'Italia* de himno nacional en canción de apertura de los partidos. La cortina musical de los Mundiales, en la práctica.

Al introducir al fútbol a sus jóvenes amigos, Antônio estaba resueltísimo a evitar que fueran siquiera rozados por el concepto de agravios arbitrales y se había prometido ser lo más imparcial posible. Después de la derrota de Italia contra Japón —pero cuándo se ha visto— se dio cuenta sin embargo de que, si quería divertirse más también él, tenía que intervenir en la fase de composición de los equipos. Otro punto firme de su acción, en efecto, era el de evitar como la peste la formación de equipos fijos: no quería correr el mínimo riesgo de crear bandas y facciones en una aldea de quinientas personas. Puesto que la composición de los equipos tenía que variar de partido en partido, entonces, más valía dirigirla un poco, no para crear favoritismos sino para aumentar el realismo (a sus ojos) del juego de rol. Los jugadores a su disposición eran una treintena de niños y seis niñas, de entre los seis años y la edad de la iniciación. En el cuarto de final siguiente había compuesto los equipos de modo que Alemania resultara un poco más fuerte y «muscular», mientras que había destinado a Dinamarca a los niños más ágiles. Holanda-Argentina en cambio tenía que ser un encuentro más equilibrado, así que Yamandé y Moacir habían terminado en el primer equipo mientras que Piata y Ubiratan en el segundo, y también los jugadores más flojos o más pequeños habían sido divididos más o menos equitativamente. Yamandé y Piata, además de ser los dos jugadores más fuertes, eran también bastante unidos y habían hecho una leve mueca de disgusto ante el pensamiento de jugar separados. No teman, ya verán que para el próximo partido con la camiseta verdeoro volverán juntos, pensó Antônio sonriendo con malicia.

2.20 Ceniza

Antônio estaba a unos diez metros de altura; a lo largo de toda la corteza del árbol al que se había trepado ágilmente había practicado incisiones verticales con las robustas uñas de un gran oso hormiguero, oportunamente trabajadas para volverlas afiladas. De las incisiones una preciosa resina color amarillo claro había empezado a manar y, oportunamente canalizada por la forma de las incisiones mismas, a confluir en un gran cuenco al pie del árbol. Dos enormes orugas amarillas con grandes lunares rojos y blancos, que a Antônio le parecieron de dimensiones modestas, caminaban perezosas por una rama a poca distancia. Uy, estas son ricas, pensó Antônio, se las regalo a alguien. Mírate, Antônio, eres uno de nosotros, la gente de la aldea no tenía una palabra para referirse a sí misma, estás bajando de un árbol cuyo nombre en portugués no conoces con dos enormes orugas gelatinosas en la mano que tienes intención de comerte junto con tus amigos. Los pensamientos le fluían en la lengua local, dejando espacio al portugués ya solamente para aquellas palabras que no existían o que de algún modo eran intraducibles.

El alboroto empezó justo cuando acababa de iniciar el descenso, operación complicada por el hecho de que sostenía las orugas con la mano derecha. Un grito inhumano había salido de la parte de atrás de una de las chozas más grandes y ya numerosas personas estaban acudiendo abandonando sus quehaceres. Antônio entendió enseguida que se había muerto alguien, se lo sentía adentro, un grito así no podía significar otra cosa. No tenían una buena relación con la muerte, la consideraban una intrusa. En sus relatos estaba presente un tiempo en el que la muerte no existía y el pueblo de la aldea podía vivir eternamente. En aquel período habían encontrado una tribu adversaria poderosa a la que habían conseguido derrotar, y la muerte era el castigo por haber osado tanto. Este era el relato fundamental que se repetía siempre: la muerte es el castigo por haber combatido contra otros seres como nosotros, no hay que combatir más y un día quizá la muerte nos abandonará y se irá. Pero no aquel día. Llegado a tierra, Antônio ya estaba seguro de que el muerto era alguien importante y amado. En general la reacción a la muerte era tanto más brutal y rabiosa cuanto más importante era dentro de la comunidad el difunto, y el comportamiento de quienes habían acudido no dejaba espacio a dudas: parecían enloquecidos y cegados por la furia. Los gritos alcanzarían pronto a todos, incluso a quien cazaba y jugaba lejos de allí, y en el plazo de una hora como máximo la aldea entera se reuniría en la fase de violenta reacción a la muerte. Nadie trataba de canalizar o detener esta rabia; es más, a menudo los más ancianos eran también los más enojados y su comportamiento fomentaba a los más jóvenes y hasta a los niños. Seguirían así gritando y pateando el aire, agitándose y sacudiéndose, golpeándose con violentos manotazos el pecho y las piernas hasta caer exhaustos al suelo, lo que para algunos de los más fuertes significaba varias horas de pasión. La selva reaccionó al estruendo primero amplificándolo: pájaros y monos de todas las especies agregaron su grito al de los hombres y las mujeres creando un retumbo de verdad impresionante. Después, al prolongarse incontrolado el dolor, los animales abandonaron el campo y dejaron un anillo de silencio alrededor de los estallidos de rabia, creando un enésimo efecto extraordinario, una especie de lejano eco bajo generado por los árboles mismos.

¡No! Lo primero que vio Antônio fueron los pies. Por algún motivo Antônio, sin darse cuenta siquiera plenamente, era capaz de distinguir a casi todos viendo solamente los pies: pies de planta sólida pero increíblemente flexible, callosos pero excepcionalmente sensibles. ¡No! No tenía dudas pero quiso convencerse de que no era verdad, de que no podía ser, de que perfectamente se podía equivocar.

—¡No! —el grito en portugués se perdió entre los alaridos de quienes lo rodeaban—. ¡No! ¡No! ¡No! Tendida en el suelo con los ojos cerrados yacía Ayìndé, la expresión curiosamente relajada, el pelo desparramado alrededor de la cabeza formando una especie de aureola. La bruja. ¿Cuántas cosas le había enseñado Ayìndé, la mujer medicina, la bruja? Todo. Antônio sintió subir dentro de sí la

misma rabia que los demás ya estaban expresando. Nunca le había pasado antes: normalmente se limitaba a asistir apartado a esta primera expresión de dolor, pero esta vez era distinto. Empezó a gritar y a agitarse como los otros y en poco tiempo perdió la noción del tiempo y del espacio.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba acostado sobre la tierra húmeda, el aire caliente de la tarde envolvía la aldea mientras muchos de los más resistentes, hombres y mujeres, todavía estaban vibrando en lo que se había transformado en una especie de danza funeraria. Los ancianos ya estaban componiendo el cuerpo y construyendo la pira funeraria: en medio de cuatro grandes piedras fue amontonada una gran cantidad de leña, sobre la cual fue apoyada una losa de la misma piedra sobre la que recostar el cuerpo. Todos los bienes de la difunta serían quemados en la pira, y las cosas que no prendieran fuego serían recogidas y tiradas al río. Una vez quemada la carne, los huesos serían recogidos y quemados aparte hasta reducirlos a ceniza. Antônio observó con un extraño distanciamiento todo el procedimiento: el fuego que partía de la resina e inundaba la leña, que se alzaba alto y envolvía a la mujer medicina confundiéndose con el rojear del atardecer, el cuerpo que lentamente ennegrecía y desaparecía de este mundo, los huesos. Las cenizas fueron tomadas por cuatro jóvenes, dos hombres y dos mujeres, y llevadas a lo alto del techo de árboles que cubría en parte la aldea, por lo menos a veinte metros del suelo, y después lentamente dejadas caer como nieve sobre las chozas, sobre las personas, sobre todo. Bajo esta terrible nevada los primeros cazadores que habían partido para la caza especial ya estaban volviendo. Banquetearían todos y beberían hasta que las fuerzas los abandonaran. La duración del banquete dependía de cuán destacado era el difunto, y en este caso no duraría menos de tres días y tres noches. Los primeros cantos ya se elevaban; las mujeres y los muchachos más jóvenes iban a donde estaban los ancianos entonando canciones antiquísimas, de las que Antônio no captaba más que alguna palabra, con el propósito explícito de aliviarles el espíritu. Los adultos que no estaban ocupados en alguna tarea escuchaban pasivamente estas melodías y rara vez se concedían media sonrisa, los ojos llenos de lágrimas. Pronto la carne estaría cocida y la bebida alcohólica, el agua de la selva, empezaría a correr. Los parientes más cercanos de la mujer mezclaron un puñado de las cenizas con su porción de agua de la selva y Antônio fue invitado a beber un sorbo; nunca había pasado antes. Lo que Antônio sintió fue una sensación de completitud: el alma de la bruja había entrado dentro de él. Comió y bebió sin miedo durante tres días y tres noches, y cuando se despertó al alba del cuarto día entendió que algo dentro de él había cambiado para siempre.

2.21 Felicidad

Querido cuaderno… Antônio pasaba a menudo un poco de tiempo consigo mismo hablando solo; no, había una palabra más justa, ¿periódico? Querido periódico… no, tampoco. ¡Diario! ¡Querido diario! Entonces: querido diario, me encuentro aquí acostado en una hamaca rodeado de chiquillos que corren y ríen y por primera vez te tengo que confesar que soy feliz. No puedo creer estar tan bien. Juego al fútbol todos los días o a su juego de la pelota, que al principio despreciaba y que en cambio ahora me parece hermosísimo; me convertí en una especie de educador oficial de los niños de la aldea y, bueno, soy feliz. La preocupación más grande de estos días es que no consigo encontrar un modo de explicarles el concepto de frío. Llegué a contarles del hielo diciéndoles que de vez en cuando el agua se vuelve piedra, entre las risas, pero el frío todavía no conseguí entender cómo contarlo.

—¿Pe-lo-ta? Yamandé, al que durante tanto tiempo Antônio había llamado para sus adentros Dos-Medias, lo preguntó con su habitual sonrisa usando la palabra portuguesa.

—Me quería descansar un rato —respondió Antônio usando la lengua de la aldea.

—¡Pe-lo-ta! —insistió Yamandé mostrando la pelota. Caramba, estos muchachos no se cansan nunca… como todos los chiquillos del mundo, por lo demás, pero estos me parecen despiertos y activos como he visto pocos.

—Está bien, está bien, pelota, pelota —dijo en portugués como hacía de vez en cuando. Era una especie de gesto de afecto; a veces le salía espontáneo y a veces sentía verdaderamente la necesidad de lanzarse a largos monólogos en su vieja lengua, aun sabiendo perfectamente que no podían entenderlo—. Pero nada de piques, ¿eh? Hace toda la mañana que les hago hacer piques y aceleraciones, no quisiera que se lastimaran. Ya sé, son jóvenes y cuando uno es joven piensa siempre que es invulnerable, pero tienen que entender pronto cuándo es el momento de forzar y cuándo es el momento de descansar. Yamandé lo miró con aire divertido, como siempre cuando escuchaba este idioma desconocido:

—¡Rápido, los grandes están de caza, los chicos esperan en la cancha! —dijo en la Lengua.

—¿En la cancha, eh? Entonces partido, entonces descansaremos mañana…

Antônio no estaba verdaderamente preocupado: estos muchachos con él o sin él habrían jugado igual todo el día y probablemente lo estaban haciendo así desde hacía generaciones; si acaso se sentía responsable por el hecho de que estaba tratando de orientar su preparación física y técnica y no habría querido romper algún equilibrio ni mucho menos alguna fibra muscular. Llegados a la cancha, sin embargo, los primeros adultos ya estaban volviendo de la jornada de caza. La regla era que en presencia de adultos los más jóvenes no tenían acceso al claro, podían estar solo apartados. Antônio les había enseñado a hacer un poco de hinchada, porque tradicionalmente los encuentros de pelota se seguían en silencio, quizá charlando pero desde luego no gritando. La llegada de los grandes había dejado sobre los muchachos un velo de decepción: tendrían que volver a la aldea y dejar vía libre a los que tenían derecho. Aquella vez sin embargo fue distinto: uno de los cazadores se acercó a Antônio y, hablando lentamente, le dijo:

—Los otros están todavía de caza, ¿jugamos con los chicos? Nunca había pasado. Podía ocurrir que uno de los chiquillos más hábiles participara en un partido, quizá para sustituir a alguien que se había lastimado o que estaba ocupado en otra parte, pero grandes contra chicos nunca se había visto, salvo esporádicamente, quizá dos contra dos o tres contra tres.

—Jueguen despacio, por favor —le respondió Antônio, temiendo que algún contacto físico un poco demasiado violento pudiera hacerle daño a alguno de «sus» muchachos.

—No despacio: fuerte, fortísimo, así ellos se vuelven hombres antes —respondió el adulto con un tono que no parecía en absoluto irónico—, pero a tu juego, al fútbol, no al juego de la pelota. Sí, pensó Antônio, ya sé, el juego de la pelota es sagrado.

Los chiquillos entendieron enseguida y se volvieron la imagen de la felicidad: gritaban, corrían por la cancha, se abrazaban, eran la alegría personificada, y todo esto antes incluso del puntapié inicial.

—Hagamos como dices tú, Antônio, hagamos las flechas envenenadas y el arco demasiado tenso, ¿está bien? Antônio asintió con una gran sonrisa estampada en la cara; le bastaba con que jugaran y se divirtieran. Ni siquiera estaba seguro de que todos ellos tuvieran claros los nombres de los esquemas que él había introducido hacía poquísimo y más como juego que como cosa seria. Y además ya no eran niños pero eran todavía todos unos chiquillos, de todos modos demasiado pequeños, eran conceptos demasiado difíciles. Los chicos empezaron tímidos y torpes, había que entenderlos: enfrente tenían a los grandes cazadores de la aldea, los hombres más fuertes y más respetados. Erraban los pases, perdían la pelota, los esquemas de Antônio generaban solo una gran confusión. A cada gol que recibían se volvían cada vez más mustios, un par de ellos estaban muy cerca de las lágrimas. Después de golpe algo se activó en la cabeza de los muchachos y el arco demasiado tenso empezó a funcionar. Los laterales ayudaban a los centrales en la fase defensiva y los adultos se encontraban constantemente dos o tres pequeñitos entre los pies, y tener la pelota se volvía cada vez más difícil. Y eso que hoy los hice correr y deberían estar cansados, pensó Antônio. Siguieron errando los pases y perdiendo la pelota pero la defensa ahora aguantaba, y con el cuatro o cinco a cero los grandes cazadores ya no conseguían marcar ni tampoco acercarse demasiado a la portería.

Antônio vio a Yamandé que seguía confabulando con un par de compañeros: les está recordando las flechas envenenadas, se dio cuenta. También estaba esperando la ocasión buena. Un cazador perdió la pelota a mitad de cancha asediado por tres pequeños adversarios endiablados, la pelota llegó a los pies de Yamandé, que por dos veces encadenó un pique y un cambio de dirección que dejó a su adversario a varios metros de distancia. Llegado a la vista de la portería fingió el tiro y en cambio sirvió un pase precisísimo hacia uno de sus tres compañeros que con sincronización perfecta se habían insertado entre los defensores adversarios: las flechas envenenadas. Antônio contempló la larga parábola del pase sintiendo una sensación del todo nueva: fue un momento de belleza, de silencio, de crecimiento. Los ojos de los adversarios estaban perdidos en la sorpresa, los ojos de sus muchachos eran como los del jaguar. No es verdad que todo dependa: cuando todo es así de preciso, cuando hay todas estas ganas y esta alegría ya no depende. La media chilena de Jaci, uno de los muchachos más grandes, salió de su pie a una velocidad increíble hija de la perfecta sincronización. El arquero se quedó inmóvil y quizá ni siquiera llegó a tiempo de ver entrar la pelota en la portería. Yamandé ya estaba festejando como le había enseñado Antônio, los brazos en alto, corriendo hacia un compañero para abrazarlo. Dentro de sí de algún modo sabía ya con gran anticipación que la pelota entraría, dentro de sí sabía ya que ya no dependía. Este es el mejor equipo de fútbol que haya tenido nunca, pensó Antônio feliz como nunca.

2.22 Relatos

—Antônio, ¿tú eres capaz de construir todo? La voz delgada de Janaína interrumpió un largo monólogo sobre el fútbol hecho de recuerdos imprecisos y esquemas trazados con un palo en el terreno. Antônio se dio la vuelta asombrado y la miró con aire interrogativo mientras los muchachos que lo rodeaban se levantaban y se iban corriendo.

—Tú cuentas siempre de tu aldea y de las cosas que hay en tu aldea; tú esas cosas, ¿las sabes construir? Por ejemplo, ¿eres capaz de construir el gran pájaro luminoso?

—¿El avión? —preguntó Antônio en portugués—. No, no soy capaz, ni siquiera soy capaz de construir sus chozas —concluyó pasando a la lengua local.

—¿Pero tú viste todas esas cosas, no? ¿Por qué no las sabes construir? —insistió Janaína, que tenía la particularidad de gesticular mucho más que sus compañeros mientras hablaba, porque también para ella la lengua de la aldea no era la lengua madre. Esto le daba un tono enfático a todo lo que decía y subrayaba su presencia física y su cuerpo, sobre el cual Antônio no podía evitar poner los ojos.

—Porque son cosas difíciles —Antônio a veces se asombraba de cuántas cosas conseguía decir usando su vocabulario todavía relativamente limitado—, hacen falta muchos hombres y mucho pensamiento. Un poco más allá dos mujeres más ancianas estaban ocupadas encendiendo un fuego; una de ellas intervino riéndose:

—¡Antônio no es capaz ni de encender el fuego!

—¡Sí que soy capaz! —respondió él—, ¡tardo mucho tiempo pero soy capaz! Una risa colectiva hizo surgir en Antônio la duda de haber dicho algo de modo equivocado.

—Cuenta algo lindo de tu aldea —pidió otra vez Janaína sentándose al lado de Antônio, muy cerca, las rodillas que casi se rozaban.

—¿Una cosa linda? Casi todos sus relatos giraban en torno al fútbol, a los campeonatos del mundo, a los grandes jugadores, a alguna experiencia suya. No lo hacía a propósito, se sentía limitado por la lengua y el fútbol era un tema bastante simple de traducir y que les interesaba a todos. Y donde no llegaba con las palabras podía llegar demostrando, por gestos, dibujando. El fútbol había sido su puerta para aprender la lengua. Ahora sin embargo quería contarle a Janaína una cosa que él consideraba linda de su mundo, una cosa que extrañaba.

—En mi aldea, pero no solo, en todo el mundo, hay unos hilos… —¿Cómo contar esta cosa en una lengua desarrollada dentro de la Selva Amazónica, apta y desarrollada para un pueblo de cazadores? —. Y en estos hilos pasa el pensamiento de los demás, nosotros lo llamamos «Internet»; si tú te enganchas a uno de estos hilos puedes ver lo que piensan los demás.

—¿Ver? —preguntó una de las mujeres que antes se estaba burlando de Antônio, fascinada.

—Sí, ver, porque dentro de estos hilos pasan los pensamientos que después terminan en una cosa que nosotros llamamos «pantalla», y si nosotros miramos la pantalla vemos los pensamientos. Ah, es como cuando dibujamos en el suelo: la tierra es la pantalla y les hace ver lo que estoy pensando, ¿cierto?

—Nunca lo había pensado… —intervino Janaína.

—Sí, cuando dibujas estás haciendo salir una cosa que tienes adentro —qué difícil es decirlo en esta lengua—; a través de los hilos que hay en el mundo puedes estar incluso muy lejos y tu pensamiento llega igual a la pantalla.

—¿Pero lejos cuánto? ¿Como hasta el río? ¿Como hasta los árboles de *bacaba*?

Antônio sabía que el concepto de distancia era bastante vago para los habitantes de la aldea; ya más de una vez había tenido enormes dificultades para hablarles del mundo entero.

—Lejos, lejos cuanto quieras, piensa en la cosa más lejana que conoces.

—La luna.

—Ahí está, lejos como la luna.

—¿Se pueden oír los pensamientos de la luna?

—No, los pensamientos de la luna no, no sé si la luna tiene pensamientos. Pero una vez unos hombres fueron a la luna y nosotros podíamos oír sus palabras a través de especiales hilos invisibles.

—¿Hilos invisibles?

—Sí.

—¿Que van de la tierra a la luna?

—Sí. Antônio se dio cuenta de lo increíbles que debían sonar aquellas palabras, teniendo en cuenta que había gente que esos hilos los usaba y sin embargo no creía que el hombre hubiera estado en la luna. Se esperaba una manifestación de escepticismo y en cambio observó con asombro a Janaína mirar a su alrededor con aire soñador y preguntarle:

—¿Hay también aquí, hilos invisibles? Antônio tardó algunos segundos en reponerse de la sorpresa, antes de responder:

—Sí.

—¿Pero nosotros no conseguimos verlos porque no somos capaces de construir la pantalla, cierto?

—Cierto.

—Lástima —concluyó Janaína—, me gustaría verlo. Y no hay esperanza de que tú aprendas a construirlo, ¿verdad?

—No, lo siento.

2.23 Revelaciones

La noticia de que Antônio conocía las historias más raras jamás oídas en la aldea se difundió, y una curiosidad que ni siquiera sabían que tenían se apoderó de sus habitantes. Parecía imposible saciarlos, con la complicidad además de la Lengua, que obligaba a Antônio a larguísimas paráfrasis para tratar de describir lo que era muy difícil si no imposible describir. El resultado estaba siempre entre lo gracioso y lo mágico; a cada historia el público aumentaba y pronto Antônio se encontró durante sus relatos rodeado por la aldea entera escuchando.

En el fondo no es muy distinto de cuando estaba en la radio; es más, resulta que aquí tengo más oyentes. A propósito…

—No existen solo los hilos que se ven, existen también los hilos invisibles…

—¡Como el que va hasta la luna! —intervino Janaína con sus gestos amplios y una nota de orgullo en la voz.

—¡Por eso la luna se queda en el cielo! ¡Está atada a un hilo! —recalcó otra voz. Antônio retomó:

—A través de estos hilos invisibles pasan las voces de las personas…

—¿Pero no pasaban los pensamientos? —preguntó una mujer anciana.

—No, hermana —intervino otra vez Janaína—, ¡los pensamientos pasan por los hilos verdaderos, los que puedes ver! ¡Por los hilos invisibles pasa solo la voz! Y también las imágenes, querida mía, pero esto quizá lo explico otra vez…

—Todos los días yo hablaba dentro de una trampa para la voz que tomaba mis palabras y las distribuía a los hilos invisibles. La llamamos «radio» y se usa para hablar con la gente como estoy haciendo con ustedes. Solo que quien escuchaba no tenía que estar delante de mí, podía estar también en su choza, podía estar también al aire libre, también lejos.

—¿Lejos cuánto? ¿Como hasta los árboles de *bacaba*? —le preguntó una muchacha exactamente en el momento en que Antônio se estaba arrepintiendo de haber tocado otra vez el tema «distancia».

—¡Hasta la luna! ¡Hasta la luna! —respondió Janaína poniéndole más énfasis que nunca.

—Mi voz sin embargo no llegaba hasta la luna; digamos que llegaba más o menos a los árboles de *bacaba*, quizá un poco más allá —concluyó Antônio mientras la decepción se apoderaba de Janaína, que en su fuero interno esperaba que Antônio fuera capaz de hablarle a la luna.

—Es el modo que tenemos nosotros de contar historias. Cada uno sigue haciendo lo que está haciendo y mientras tanto escucha mi voz.

—¡Pero escuchar todos juntos es lindo! —intervino un adulto, uno de los cazadores.

—¡Los jóvenes aprenden mejor! —dijo un anciano.

—Si oyes la voz no oyes los ruidos, ¿cómo haces para cazar? —argumentó el primer cazador cerrando la cuestión.

Antônio miró a su alrededor, sentía encima la mirada de todos, en particular de Janaína, que, repuesta del shock de la noticia de que Antônio no hablaba con la luna, estaba elaborando alguna de sus ideas estrafalarias.

—Qué rara tu aldea —dijo finalmente con una gran sonrisa—: están los hilos por donde pasa el pensamiento y los hilos invisibles que llevan la voz. ¿No podían poner el pensamiento directamente en los hilos invisibles?

—¿Pero sabes que es una buena idea? Es más, estoy seguro de que tarde o temprano será justamente así, los pensamientos viajarán por los hilos invisibles.

—Antônio —era una robusta y maternal abuela de muchos niños la que hablaba—, ¿pero no extrañas tu aldea, tu tribu? Antônio no se esperaba una pregunta tan directa, una pregunta que en todo este tiempo ni siquiera se había planteado nunca de modo tan simple y que lo emocionó más de lo que se esperaba.

—No, no mucho, estoy bien aquí, ahora mi tribu son ustedes. Bueno, mis padres y las hermanas, claro, los extraño un poco… y quizá una muchacha que conocía… —dijo Antônio dándose cuenta de repente de lo distante que estaba ya su vida anterior.

—¿Ponía su hamaca cerca de la tuya?

—No, no, ejem… —respondió Antônio con una sonrisa avergonzada mirando a Janaína—. Ella no quería…

—¿Por eso te fuiste?

—Me perdí, esa es la verdad. En mi aldea ya no iban a dejar jugar a la pelota a los muchachos con los que estaba y entonces decidí dejarla un tiempo, pero me perdí.

Esta afirmación provocó un sobresalto en todos los miembros de la aldea, que empezaron a discutir entre ellos animadamente. Dos miembros ancianos se levantaron muy ceñudos y se pusieron en el centro del círculo:

—¡Jugar a la pelota! ¿Cómo se hace para prohibir jugar a la pelota?

—¿Quizá se quemó la cancha? ¡Pero incluso en ese caso basta con esperar algunos días! El alboroto entre los oyentes no se interrumpía y Antônio lo aprovechó para reponerse de la oleada de emociones que lo había arrollado.

—En el fondo también ustedes me impidieron durante mucho tiempo jugar a su juego de la pelota; en mi aldea no era muy distinto. Un hombre anciano ya no permitía que jugaran mis muchachos.

—Si te hubiera impedido jugar a ti —dijo el primero de los dos ancianos—, el hombre anciano habría sido sabio: ¡tú no eres bueno con la pelota! Pero impidió que jugaran tus muchachos, y eso no es sabio.

—Estoy de verdad contento de haberlos encontrado —concluyó Antônio sacudiendo la cabeza.

2.24 Saudade

Mucho tiempo atrás Antônio había leído un artículo sobre las palabras únicas en las distintas lenguas del mundo, las que es difícil traducir porque es difícil dar su significado. La única palabra portuguesa que aparecía entre las diez primeras era «*saudade*», y Antônio recordaba haber encontrado la cosa divertida porque en efecto siempre le había parecido una palabra poco comprensible también a él. El significado lo tenía clarísimo, obviamente, pero le costaba hacerlo suyo y entender cómo se podía sentir *saudade* por cualquier cosa, como parecían hacer muchos de sus conocidos. Había supuesto que eso se debía al menos en parte al hecho de no haber dejado nunca Macapá, pero también sus hermanas hacían siempre las mismas cosas y vivían incluso en la misma casa de familia en la que habían nacido, y sin embargo hablaban continuamente de la *saudade*: por un amigo que no veían desde hacía tiempo, la maestra de la escuela, un plato que comían de niñas, un juguete… Y ahora que vivía en la selva desde quién sabe cuánto había tenido la confirmación definitiva de que la *saudade* no depende del lugar en el que vives. Por algunas cosas sentía pesar: le pesaba pensar que sus padres y sus hermanas lo creyeran muerto, pero extrañamente no tenía *saudade* de eso (aunque de esto se avergonzaba un poco). Los primeros tiempos le pesaba no enseñar más, no explicar el fútbol, no hablar por la radio, pero pasado el terrible período de la incomunicación, ahora que podía hablar con sus nuevos amigos no tenía la mínima añoranza de los viejos tiempos. Había solo dos cosas por las que sentía *saudade*.

Una era el futuro. Antônio ya estaba muy bien en su nuevo mundo y desde luego no se aburría, siempre había cosas que hacer o historias que contar, pero en el estilo de vida del pueblo entre el que vivía faltaba casi completamente el progreso. Dentro de diez años harían las mismas cosas más o menos del mismo modo en que las estaban haciendo ahora. Esto era más que nada tranquilizador, pero de vez en cuando Antônio no podía eximirse de pensar con una pizca de melancolía en el vertiginoso ritmo del progreso del mundo que había abandonado. Quién sabe qué innovaciones había habido en el campo de la informática, por ejemplo. Casi seguramente ahora las páginas de internet se cargaban al doble o incluso al triple de la velocidad; y con aquella cosa, Napper o como se llamaba, ¡quizá ahora se podían escuchar álbumes enteros o quizá hasta ver películas! Pero seguramente había habido también nuevas guerras, y considerando que el hombre encontraba siempre el modo de usar la tecnología también para hacer daño, ¿quizá alguien ya había conseguido encontrar y aprovechar el lado oscuro de las nuevas tecnologías? Este pensamiento asomaba cada vez y lo ayudaba a mantener bajo control la añoranza del mundo fuera de la selva.

La forma de *saudade* más pura, sin embargo, la sentía por el abuelo. Ricardo Paulo Almeida Carvalho había nacido en Macapá en 1918. El estado de semiaislamiento de la ciudad, que para tantos conciudadanos había sido una óptima excusa para quedarse plantados ahí en el suelo, había estimulado en cambio en Ricardo las ganas de viajar, conocer el Brasil y el mundo. Llegada la guerra, en 1943 se había alistado enseguida en el ejército. Como morir en batalla habría sido un impedimento para su plan de conocer el mundo, había elegido una especialización que lo mantuviera razonablemente lejos de la primera línea. Y así se había encontrado en Italia como trompetista de la banda de la Força Expedicionária Brasileira, combatiendo en los Apeninos emilianos y tocando el himno de Brasil y el de Italia en Montese y después poco a poco en todas las demás ciudades liberadas.

Antônio recordaba poquísimo de sus historias de aquella época, porque la mayoría de las veces no eran sobre batallas, que habría escuchado con gusto, sino sobre el encanto de las muchachas boloñesas y modenesas, y oírlas contar delante de la abuela lo avergonzaba no poco. Ahora habría escuchado con gusto también aquellos relatos, pero ya no estaba el abuelo para contarlos, y este quizá era el principal motivo de su *saudade*. Como sea, Ricardo había vuelto después a Brasil al final de la guerra, destinado a Rio de Janeiro, donde había conocido a una mujer cuyo encanto superaba por bastantes medidas el de las emilianas (por cuántas medidas lo superaba dependía de si la abuela es-

taba presente durante el relato o no) y donde, sobre todo, había ascendido en las filas de la banda militar de cara al primer Mundial de fútbol de la posguerra, que se celebraría justamente en Brasil en 1950.

La historia de aquel Mundial y de su trágico epílogo es conocida por todos los brasileños. Antônio recordaba perfectamente, como si la hubiera oído un minuto antes, la vez en que se la había oído narrar al abuelo: era 1978, y Argentina acababa de birlarle la final a Brasil después del partido escándalo con Perú. Ricardo había llamado al decepcionadísimo Antônio de once años, en su primer Mundial vivido como televidente consciente, y lo había acomodado sobre sus rodillas. Había llamado a su lado también a su hijo Italo, padre de Antônio, y había empezado a contar.

—¿Piensan que esta es una decepción? Ahora les voy a contar la historia de una verdadera decepción. Es más, la historia que debería aparecer en el diccionario en la entrada «decepción». Nunca te la conté antes, Italo querido, porque es una historia demasiado dolorosa y decidí que la contaría una sola vez en la vida: hoy me parece el momento justo.

Ricardo era un gran narrador y a Antônio le gustaba mucho escuchar sus historias de deporte, pero todavía más le gustaba vivir año tras año otras nuevas junto a él y oírselas contar, de manera tan apasionada y apasionante que casi dudaba de haber visto el mismo partido. Por desgracia las historias recientes terminaban todas mal: el robo del 78, la derrota por sorpresa contra Italia en el 82, la derrota por penales contra Francia en el 86, otra vez la maldita Argentina en el 90. Después finalmente en el 94 había llegado una nueva victoria. Ricardo amaba los partidos con Italia, porque le recordaban los tiempos de la guerra, de su juventud y de las simpáticas emilianas. Y además porque normalmente terminaban bien. Cuando Baggio había disparado el penal final por encima del travesaño, Ricardo había sonreído con la sonrisa de quien ha visto en el cine el final que deseaba y le había dicho a la familia reunida alrededor del televisor:

—Ahora que finalmente vi un final feliz junto con Antônio puedo morir feliz. No había sido una forma de hablar: Ricardo se había ido pocas semanas después, con esa sonrisa en la boca que ya no lo había abandonado.

Cuatro años más tarde Brasil se había estrellado en la final, otra vez contra la condenada Francia. Antônio había sentido una sensación de pura, dulce, amarguísima *saudade*: en cierto sentido estaba contento de que el abuelo se hubiera evitado esta nueva decepción, pero en realidad sus relatos más divertidos habían sido los relativos a las derrotas y a Antônio le habría gustado oír qué fantasiosos insultos le habría reservado al maldito Zidane.

—Antônio tiene otra vez los ojos de cuento —le dijo Yamandé a Piata—, vamos a que nos cuente una historia.

—Antônio, tienes los ojos perdidos en el cielo, pero es una linda tarde. ¿Nos cuentas una de tus historias?

—¿Eh? Ah, sí. Está bien.

—¡Siiiií! —gritaron entusiasmados los más pequeñitos.

—¡Una con un malo, por favor! —pidió Moacir.

—Pero simpático… —suplicó Cauê, que con el pasar del tiempo no había perdido sus cachetes redondos.

—¿Quieren una historia con un malo simpático? Está bien, entonces. Pónganse cómodos, que les voy a contar la historia de Paolorossi.

2.25 Adultos

—¿Tú cuando seas Hombre qué quieres hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que te pregunté. ¿Qué quieres hacer a partir de mañana, cuando nos hayamos vuelto Hombres? Estaban reunidos en su lugar preferido de toda la selva, un grandísimo árbol de ébano, a mitad de camino entre la aldea y el río: sentados sobre las grandes ramas que hacían de cómodos asientos, acurrucados bajo las enormes hojas que los protegían de la lluvia que aquel día caía con inusual insistencia en aquella zona en la que la vegetación era relativamente más rala. Lluvia que había hecho posarse a los loros como flores multicolores sobre las ramas, desde donde los observaban graznando sordamente entre ellos. Los pétalos de las heliconias estaban lustrosos y rojos como nunca. Era un momento perfecto.

Piata respondió como si Yamandé le hubiera preguntado qué haría el sol después de haberse puesto. El sol saldría y después se pondría de nuevo, la lluvia dejaría de caer y después volvería a empezar y mientras tanto las plantas seguirían creciendo, los animales comiendo las plantas o comiéndose entre ellos:

—Haré lo que se hace cuando uno se vuelve hombre: seguiré formando parte de la aldea, con las responsabilidades de los hombres. ¿Por qué, tú qué otra cosa quieres hacer? Ni siquiera entiendo por qué me lo preguntas.

—Es fácil para ti hablar así. Aceptar la vida como llega. Eres el más grandote y robusto de nosotros y tampoco eres demasiado tonto —Yamandé se interrumpió brevemente para esquivar la patada que Piata había tratado de tirarle—. Eres incluso más grandote que muchos nacidos antes que nosotros y todos te respetan. Es natural que cuando llegue el tiempo seas tú el Anciano de la aldea.

—¿Pero qué dices? ¿Pero a quién le importa? ¿Pero sabes cuánta agua bajará del cielo antes de que pueda suceder? Yo no quiero volverme Anciano y sobre todo no quiero pensar en eso ahora. Sabes que volverse Anciano quiere decir que falta poco para tu muerte. ¿Por qué debería pensar en eso ahora? ¿Qué cosas se te ocurren, tanto miedo le tienes a mañana?

—No le tengo miedo a mañana, lo sabes. Es lo que sucederá después de mañana lo que no me deja descansar cuando duermo. Seremos Hombres. ¿Y después? ¿Qué hacemos cuando somos hombres? ¿Por qué tiene que ser distinto volverse hombres?

—Yo sé lo que quiero hacer después de haberme vuelto un Hombre —dijo Moacir, sentado un par de ramas más abajo, interrumpiendo la laboriosa incisión de su nombre que estaba historiando sobre el tronco. Esperó a que todos se dieran la vuelta hacia él y después agregó—: Quiero ir a ver el mundo. Alguno abrió grandes los ojos, alguno se puso a reír.

—¿Pero qué mundo? —Yamandé entendió enseguida que Moacir estaba hablando en serio, y entendió también de dónde había nacido aquella idea. También porque, aunque no quisiera admitirlo, lo había pensado también él—. ¿Quieres ir a ver la aldea de Antônio, ver Macapá? —continuó.

—Sí. Y no solo. Quiero caminar por el mundo que hay fuera de la selva, quiero ir al Maracanã, quiero usar todos los instrumentos de los que nos habló Antônio, quiero ver a las personas que juegan a todos esos juegos raros. Quiero subir al gran pájaro luminoso.

A medida que hablaba los demás habían dejado de reírse por lo bajo, pero la osadía de esta última afirmación los había enmudecido del todo, los había dejado sin palabras y sin aliento. No se oía nada más que la habitual alfombra sonora de la selva, que por encima de las hojas del ébano parecía incluso amplificada.

—¿Pero te volviste loco? ¿Bebiste la bebida de los sueños antes incluso de volverte Hombre? Fue Piata el que volvió a hablar (y Yamandé pensó enseguida: y aquí está su primer discurso de Anciano).

—Llegar a Macapá es imposible. Y aunque fuera posible, ¿por qué alguien debería quererlo? Antônio vino aquí desde Macapá y se quedó aquí. Quiere decir que aquí es mejor.

—Quizá. Pero él vio las dos aldeas y después eligió. Quiero ver yo también, antes de elegir.

—¿Y la pobre Araci? Sabes que no ve la hora de colgar su hamaca cerca de la tuya. ¿La quieres abandonar así? Piata sabía que a Moacir le daba vergüenza hablar de muchachas y era el truco al que recurría siempre cuando quería hacerlo callar. Pero no aquella noche.

—Si quiere, vendrá conmigo —replicó seguro un Moacir que aquella noche estaba decidido a asombrarlos del todo.

Pero había dejado de llover, los loros habían levantado vuelo de nuevo y Yamandé lo aprovechó para romper la incomodidad que se había creado en el grupo:

—Basta de hablar, la lluvia terminó, vamos a que Antônio nos dé los últimos consejos para mañana.

2.26 Iniciación

El rito de iniciación de los muchachos era grupal y consistía en un partido del Juego de la Pelota entre el equipo de los adultos (para el cual se seleccionaba a los más fuertes, como una verdadera selección de la aldea) y un equipo compuesto por los diez muchachos más grandes entre los que todavía no habían sido iniciados. Cerca de la entrada del *shabono* estaba la palmera de la iniciación: a medida que un muchacho se volvía bastante alto, arrancaba un coco y entraba en el grupo de los próximos iniciandos. Cuando el décimo muchacho arrancaba el fruto el equipo estaba formado y empezaban los preparativos para el rito, que tenía lugar tres días después.

Piata y Yamandé eran los dos muchachos más grandes entre los que no habían sido incluidos en la hornada anterior, y en su camada había habido una leve caída de los nacimientos, por lo tanto había pasado bastante tiempo desde la ceremonia precedente. Pero cuando, días antes, Ubiratan había sido el noveno en arrancar el fruto habían tenido un escalofrío: sabían que ya faltaba poco. Todos pensaban que el décimo coco sería arrancado por Ubirajara, o quizá por Tainì, pero una mañana un radiante Cauê se presentó ante Itátakûara, el chamán de las ceremonias, con un coco en la mano.

—Gracias, Cauê, pero ahora no tengo hambre —le respondió Itátakûara, malinterpretando lo que estaba sucediendo.

—No —sacudió la cabeza Cauê—, no es para comer. Es el coco de la ceremonia.

—¡Cauê! —lo había amonestado Itátakûara frunciendo la frente pintada de rojo—. Sabes que con estas cosas no se bromea.

—Estoy feliz, pero no estoy bromeando.

—Y sabes también que está prohibido hacerse ayudar o treparse al árbol.

—No me ayudó nadie, hice todo solo. Cauê sabía que su pequeña estatura, más todavía que su corta edad, justificaba la incredulidad de Itátakûara, así que se sintió en el deber de agregar:

—Hice una montañita de piedras, me subí encima y salté.

Era un hecho sin precedentes. Ni siquiera en los relatos más antiguos transmitidos de generación en generación se hablaba de un acontecimiento similar, tanto que las reglas ni siquiera lo habían tomado en consideración. Los muchachos se limitaban a pasar bajo la palmera, estiraban la mano, alguno daba un salto, pero normalmente sin particular convicción: no había apuro por volverse adultos. Cauê sin embargo no quería separarse de sus compañeros de juego de larga data, y la necesidad había desarrollado lo que ya era, con toda evidencia, un intelecto brillante. Después de una breve consulta entre los ancianos, se decretó que Cauê se había ganado correctamente el derecho a acceder al rito, aunque todos se lamentaban por él sabiendo lo que sucedería tres días después.

Los otros nueve se pusieron contentos al saber que el décimo era él. Era pequeñito, sí, pero tenía un pique mortífero y un sentido de la posición inigualado. También Antônio estaba convencido de que era algo bueno para el equipo de los muchachos. Equipo por el cual estaba bastante preocupado: ya habían pasado años, pero el recuerdo de cuando el rito le había tocado a él seguía nítido, como una cicatriz en un brazo. Había sido uno de los momentos más intensos desde que se encontraba en la aldea. Al ser adulto no había tenido que arrancar ningún coco: los ancianos en cierto momento habían establecido simplemente que ya no era inepto como un niño y que podía ser admitido entre los hombres. Inicialmente la emoción predominante había sido la felicidad, porque era la consagración

de su ser aceptado como miembro de la tribu de pleno derecho. Después había sobrevenido la preocupación. En aquella época ya era capaz de comunicarse, aunque todavía toscamente pero, aun creyendo que ya había entendido las reglas mirando los encuentros, había pasado los tres días anteriores repasándolas. Se jugaba diez contra diez en el claro principal, que para la ocasión se preparaba y se limpiaba. El jugador con la pelota no podía moverse. El más cercano de los adversarios podía ponerse frente a él, pero el poseedor de la pelota tenía el derecho de alejarlo con un empujón. Cuando consideraba que tenía la vista libre, el poseedor de la pelota la pateaba en dirección de un compañero. El primero en tocar la pelota con las manos o con los pies se volvía el nuevo poseedor, y así sucesivamente. El objetivo del juego era llegar a golpear los dos árboles sagrados al fondo de la cancha. Cada vez que eran golpeados los dos, el equipo marcaba un punto. A la preocupación, por último, había sobrevenido el sentimiento final: la expectativa de la humillación. Para los iniciandos aquel era el primer partido del Juego, al cual hasta entonces solo habían podido asistir. Esto, unido al hecho de que el equipo de los Hombres era el mejor posible, mientras que los iniciandos eran diez muchachos cualesquiera, comportaba una grandísima disparidad en las fuerzas en la cancha, lo cual se traducía en derrotas devastadoras.

Es más, propiamente ni siquiera se podía hablar de derrotas: la diferencia era tal que los puntos no se contabilizaban. Se llevaba la cuenta solo de los puntos marcados por el equipo de los iniciandos y la ceremonia terminaba cuando estos habían conseguido alcanzar diez, cosa que normalmente sucedía después de horas y horas de juego, durante las cuales los Hombres no ahorraban ningún golpe y marcaban puntos a racimos. El mensaje era claro: ahora son Hombres, pero es solo el primerísimo paso, todavía les queda camino por hacer para volverse como nosotros. El rito en el que había participado Antônio había durado casi un día entero, y no hacía falta ser muy viejo para recordar ritos todavía más largos, como aquel en el que había participado Kirimà, que había durado más de dos días.

Ahora el sentimiento predominante en Antônio era de nuevo la preocupación. Gracias también a los «Mundiales de fútbol» que organizaba regularmente cada dos lunas, este quizá era el grupo de iniciandos más fuerte que se hubiera visto en muchos años; desde luego tenían un robusto espíritu de equipo. Pero no haber practicado nunca el Juego (Moacir alguna vez le había pedido que los entrenara a escondidas, pero Antônio se había negado categóricamente) era un gran hándicap, y además Antônio temía que haberlos acostumbrado al fútbol terminara por confundirlos.

Fue por lo tanto con gran sorpresa que asistió a los primeros momentos del rito. Los muchachos y los hombres, pintados con los colores de la iniciación y de la madurez, estaban concentrados y tensos; el sonido rítmico de piedras y palos amplificaba el latido de sus corazones mientras las mujeres y los ancianos cantaban las notas altas y profundas del Canto del Volverse Hombres. Itátakûara, adornado con el tocado ceremonial de plumas, cantó fuerte la última estrofa y dio inicio a la ceremonia con una larguísima patada, que fue interceptada enseguida por Moacir, con una especie de atajada felina. La pelota fue inmediatamente pasada a Piata y de ahí partió un largo lanzamiento en dirección de Yamandé, que la golpeó al vuelo mandándola a rebotar entre los dos árboles sagrados. Punto para los iniciandos. Apenas hubo tiempo de reponerse de la sorpresa y los iniciandos volvieron nuevamente al ataque y reemergieron con un segundo punto, marcado por Cauê, salido de un tumulto con la velocidad del relámpago.

Los adultos estaban incrédulos. Los iniciandos, aun respetando las reglas, estaban trastocando un estilo de juego que en la aldea estaba arraigado desde hacía quién sabe cuánto tiempo, quizá desde hacía siglos. Cuando la pelota era suya, la golpeaban lo más posible al vuelo para no dar tiempo a los adversarios de colocarse a obstaculizarlos. Cuando estaba en manos de los adultos, se ponían frente a ellos, sí, pero a una distancia tal que no pudieran empujarlos. Corrían de aquí para allá por la cancha como poseídos, impidiéndoles a los adversarios fijar precisos puntos de referencia. Y algunos de ellos, en particular Yamandé y Cauê, tenían un disparo tan preciso que conseguían hacer

punto al primer intento incluso desde lejos, mientras que en general el procedimiento para hacer punto preveía un lento acercamiento al blanco y varios intentos.

Los adultos trataban de parecer contentos por la gran actuación de los muchachos, pero muchos de ellos en realidad estaban furibundos y pronto trataron de llevar el encuentro al único plano en el que todavía eran superiores: el del enfrentamiento físico. Los muchachos trataban de evitarlo lo más posible pero cuando ocurría los empujones que recibían eran tremendos. Cauê en una ocasión fue catapultado hacia atrás casi dos metros y se golpeó la cabeza, por suerte sin grandes daños. Y también Jaci, Itaúna y hasta Piata recibieron golpes nada despreciables. El único que parecía danzar indemne por encima de toda esta confusión era Yamandé. Y fue a él a quien le tocó la pelota del décimo punto. Piraí le había servido una pelota excelente y entre él y los árboles estaba solo Jaguarìuna, uno de los adultos más robustos y expertos, que se abalanzó sobre él casi con violencia pero con leve retraso. Yamandé evitó su cuerpo musculoso con un salto y se encontró solo con la pelota entre los pies delante de los árboles de los puntos, pero girado de espaldas respecto a estos.

Poco tiempo antes Antônio le había contado de un futbolista brasileño, un tal Sócrates, que adoraba golpear la pelota de taco para descolocar a los adversarios. Yamandé se había entusiasmado con esta novedad y se había puesto enseguida a probar y volver a probar. Ahora Antônio rogaba que Yamandé no quisiera usar este golpe para cerrar la ceremonia, te ruego que no, está bien no ser humillados pero humillar a los adultos justamente no, por favor. Yamandé se quedó por un instante indeciso, después dio una vuelta sobre sí mismo, perdiendo así un poco de tiempo y dándole a Jaguarìuna la posibilidad de volver sobre él. Con un leve toque del pie le pasó la pelota a Piraí, que mientras tanto había venido hacia ellos siguiendo la acción y no le costó nada golpear los dos árboles y poner fin al encuentro. Las fiestas podían empezar.

Por primera vez en la historia de la aldea el equipo de los adultos no había arrollado a los iniciandos. Janaína le dijo a Antônio que era una lástima que no se marcaran los puntos de los Hombres:

—Quién sabe cuántos puntos hicieron. Imagínate si hubieran hecho menos que los muchachos, sería fantástico.

—Quién sabe —respondió Antônio. Y mientras observaba las expresiones de los adultos sin conseguir bien interpretarlas, pensó que nunca le revelaría a nadie, ni siquiera a ella, ni siquiera a los muchachos, que el encuentro había terminado 10 a 8 para ellos.

2.27 Presagios

—¿No podemos seguir mañana por la mañana? Yamandé miró una vez más a su padre con aire suplicante. Antônio había empezado a hablar con el sol todavía alto en el cielo pero ya estaba oscureciendo y los fuegos habían sido encendidos. Kirimà había obligado al joven a ayudarlo a despellejar un par de grandes caimanes que habían sido pescados algunas horas antes, aunque ambos sabían perfectamente que en realidad era una excusa para mantener a Yamandé lejos de Antônio. Despellejar los caimanes era un trabajo largo y bastante fatigoso al que los jóvenes, sobre todo en el caso de ejemplares de aquellas dimensiones, se sustraían de buena gana. Pero Yamandé ya era adulto y a Kirimà no le había podido decir que no.

Había empezado a hablar de fútbol con un pequeño grupo de muchachos, Antônio, pero después alguien le había preguntado por su lengua madre y el asunto se había hecho largo. Había partido de los antiguos romanos, un gran imperio del otro lado de un gran mar, y de cómo habían tratado de conquistar todo el mundo conocido. Cada cosa era para ellos fuente de sorpresa y de una lluvia de preguntas: el gran mar —cómo se hace para explicar el mar—, el mundo, el imperio; el concepto mismo de la inmensidad del mundo y de todos los pueblos y gentes que lo habitaban era para ellos algo ajeno. Cuantas más preguntas llegaban más se enriquecía el relato, incluso cuando para explicar algo tenía que hacer largas circunnavegaciones verbales para llegar a describir los objetos o los acontecimientos no expresables en su lengua. El tiempo pasaba y, llegado el momento de la partida de los portugueses para la conquista del nuevo mundo, toda la tribu estaba reunida alrededor de Antônio escuchando. Eran hermosísimos de ver: los ojos negros abiertos de par en par y las bocas entreabiertas por el asombro; grandes y chicos juntos uno cerca del otro y silenciosos, tan involucrados en aquellos relatos fantásticos que casi se olvidaban de respirar.

Toda la tribu salvo Kirimà y el pobre Yamandé, obligado a cortar a lo largo el vientre de uno de los dos reptiles, liberar sus apestosas y espesas entrañas, empezar la larga y laboriosa operación de despegar la piel de la carne, que en algunos puntos parecía pegada con resina, no salía ni a mordiscos, ni con la más afilada de las garras de oso hormiguero. Y después cortar la carne blancuzca y fibrosa en tiras, colgarla en las ramitas expresamente preparadas para hacerla secar, volver a empezar con otra parte del cuerpo del caimán, un caimán grande, enorme, nunca visto un caimán tan grande; o mejor dicho sí, había otro todavía más grande ahí al lado que no esperaba otra cosa que ser despellejado.

—El primero está casi terminado, solo tenemos que limpiar la gran roca, seguimos mañana por la mañana, ¿verdad?

Muchos sentimientos se peleaban en la cabeza de Kirimà. Estaba la envidia por aquella platea tan vasta, claro, pero no era capaz de confesárselo a nadie, ni siquiera a sí mismo. Estaba la rabia por los relatos de Antônio, que él juzgaba inútiles, esa sí. Los relatos útiles eran los de la caza, los de la pesca, los de los animales peligrosos, también los del juego de la pelota (aunque de esto no estaba demasiado convencido), pero los relatos de Antônio absolutamente no. Grandes pájaros luminosos, grandísimas piraguas que surcaban una cosa inconcebible llamada «océano», pensamientos que viajaban dentro de hilos que se parecían a lianas, y después aquel nuevo juego, el «fútbol», todos aquellos nombres, aquellos acontecimientos incomprensibles. Todas cosas absolutamente inútiles para la aldea y, Kirimà lo sentía dentro de sí sin conseguir expresarlo bien, ciertamente también dañinas.

Estaban un poco apartados de la aldea, delante de una gran piedra lisa que se encontraba en dirección del río, usada desde hacía generaciones como base de apoyo para ese tipo de operaciones de limpieza de las presas. Después de lo que a Yamandé le había parecido un tiempo larguísimo, el primer caimán había sido completamente despellejado y limpiado y estaban quitando los restos de la

piedra para después apoyar encima la otra bestia y volver a empezar desde el principio. Sin embargo se había hecho tarde y pronto la oscuridad no les permitiría ver nada más. De vez en cuando Kirimà había aguzado el oído para tratar de captar fragmentos del relato de Antônio pero cada vez había terminado por arrepentirse con una mueca de disgusto.

—¡Está casi oscuro, dentro de poco no veremos ni nuestras manos, no vamos a lograr nunca limpiarlo todo! Kirimà sabía que Yamandé tenía razón. Había querido despellejar el primero con mucho cuidado, quizá con demasiado; habían tardado un tiempo infinito y efectivamente se había hecho tarde.

—Escucha a tu padre, Yamandé —no era inusual que empezara así las frases dirigidas a su hijo—, le abres solo la panza y lo limpias, sabes que es peligroso dejarlo cerrado, podría reventar. Mientras tanto yo cavo un hoyo y así cuando hayas terminado lo enterramos y seguimos mañana por la mañana. Yamandé asintió y empezó de mala gana pero con brío a abrir el vientre del gran reptil. Las sombras de la noche estaban envolviendo todo muy velozmente y en el plazo de pocos minutos ya no sería posible seguir adelante. Metiendo la mano dentro de la carcasa para extraer las entrañas, Yamandé sintió que algo hacía resistencia, algo pesado que en el otro animal no había. Yamandé atrajo la atención de su padre, que al principio no entendió bien a qué se estaba refiriendo el hijo, tanto por la escasa luz como por el volumen de aquellas entrañas tan viscosas y retorcidas. Finalmente consiguió entender que se trataba del estómago del caimán, tomó la garra afilada y lo abrió. Junto con un hedor nauseabundo, del estómago salió un pequeño mono casi íntegro que evidentemente el caimán había comido poco tiempo antes de ser a su vez capturado por los pescadores. Kirimà dio casi un salto hacia atrás horrorizado gritando:

—¡No!

Yamandé lo miró sin entender.

—¡Los caimanes no comen estos monos! ¡Nunca! ¡No los comen! Se dio la vuelta hacia el resto de la tribu y entendió:

—¡Es un signo de los espíritus de la selva! ¡No están contentos! ¡Antônio tiene que terminarla con estos relatos! ¡Mira! Yamandé le tenía gran respeto a su padre y a sus conocimientos de la selva —aunque de vez en cuando lo encontrara aburrido— y no tenía motivo para dudar de que lo que estaba diciendo fuera verdad. Es más, le había ocurrido varias veces asistir a grupos de monos que gritaban y les tiraban piedras a los caimanes desde lo alto de sus árboles.

—Se habrá caído de una rama —dijo Yamandé—, se habrá quebrado.

—Escucha a tu padre, Yamandé, estos monos comen las mismas cosas que comemos nosotros, van a los mismos árboles a los que vamos nosotros pero son mucho mucho mejores que nosotros. ¿Entiendes la desgracia? Si una rama se quebró bajo aquel pequeño peso, ¿qué podrá suceder bajo nuestros cuerpos?

—Tienes razón, lo entiendo, ¿pero no es culpa de Antônio, no?

—No lo sé.

2.28 Nacimiento

Poranga Pagé es el espíritu bueno de la selva. Quien lo ha visto consigue a duras penas describirlo: es ciertamente blanco, quizá redondo, perfectamente silencioso, pesado (pero esto nunca ha sido un problema). Es un espíritu gozoso pero esquivo, primordial pero tímido, que persigue sus nobles fines sin un plan, al azar, y sin embargo con una sistematicidad que ningún otro espíritu de la selva posee. No le teme a la luz porque es casi invisible pero prefiere la oscuridad y la sombra, que en la selva no faltan. Es habilísimo para esconderse y disfrazarse, escapa de los espíritus rivales con ligereza y tenacidad, parece torpe pero es velocísimo, inatrapable. Se mete entre los espacios infinitesimales dejados libres por las hojas y se enrolla sobre las lianas, salta, se zambulle y nada como el más veloz de los peces. Recorre la selva a lo largo y a lo ancho mudando continuamente de forma y de nombre, y solo quien no lo mira y tiene la mente libre de pensamientos tristes, rarísimamente, consigue verlo. Cada toque de Poranga Pagé deja una huella, un velo más liviano que el polvo y de la misma consistencia del aire, en la cual el espíritu entero existe. Sí. Poranga Pagé puede ser enorme pero puede ser también pequeño como un grano de arena y también mucho más pequeño. Pero no importa si es un velo o un grano o un gigante: cada una de sus impresiones y cada uno de sus recuerdos lo contienen completamente.

Daba vueltas por la selva, Poranga Pagé, siguiendo un pequeño curso de agua secundario. Rozaba con parsimonia las ramas bajas de los árboles, los huevos de los peces predadores o de las peligrosas arañas. Y todo lo que tocaba, como siempre ha sido y siempre será, brotaba, mudaba, se volvía vivo. La selva entera resonaba en él: los predadores, las presas, las plantas inanimadas. Pero más que todos resonaban dentro de él las almas de las mujeres y de los hombres que habitan la selva, todas las almas: las pasadas, las presentes y las futuras. Porque a sus hijos los habitantes de la selva les habían donado la carne pero no su alma; esa, como siempre ha sido y siempre será, venía de Poranga Pagé. La pequeña curva del río escondía casi de la vista las hojas de banano tendidas en el suelo y a la pequeña mujer acuclillada sobre ellas que respiraba agitada. Habría querido que la dejaran sola pero no había sido escuchada. Varios niños daban vueltas a su alrededor fascinados como solo pueden estarlo los niños por el sufrimiento ajeno. Muchas cabezas asomaban, curiosas, desde detrás de la primera fila de plantas, y dos o tres adultos iban y venían atareados o más simplemente impacientes. Poranga Pagé sentía la melodía de todas sus almas, que alguna vez habían estado dentro de él, e hizo el equivalente de una sonrisa. Un niño pequeño apenas capaz de ponerse de pie lo vio y lo señaló con el dedo emitiendo algunos sonidos desarticulados. Nadie le prestó atención en la confusión general y el niño mismo al poco rato perdió interés. Una de las almas le era desconocida: era como un instrumento afinado del cual sin embargo no reconocía el timbre, nunca le había pertenecido. Probó a acercarse para sentirla mejor, le dio vueltas alrededor bailando la danza de los espíritus de la selva y decidió que le gustaba: era distinta pero linda.

Si para hacer brotar una flor o abrirse un huevo bastaba un velo, para esta tarea Poranga Pagé tenía que esforzarse más, tenía que buscar dentro de sí el alma indicada, sacarla despacio, acercarse a la mujer acuclillada y aprovechar su respiración profunda y agitada para hacérsela respirar. Cuando el alma recorrió velozmente los ganglios de la mujer, se distribuyó por su cuerpo en busca de su objetivo y finalmente entró en el niño, Poranga Pagé entendió con otra sonrisa quién se había unido a la mujer: era el extranjero. Cuando sintió los primeros latidos de verdadera vida salir de aquel nuevo ser, Poranga Pagé sonrió por última vez y se alejó, rozando ora una raíz, ora una corteza, ora la cola de un pájaro. La selva permeada de su espíritu lo estaba llamando y él no podía esperar más.

—¡La cabeza! ¡La cabeza! Antônio se sintió desbordado por la emoción y todos los miedos que lo habían atenazado hasta aquel momento desaparecieron.

«Quizá deberíamos hacer hervir agua», había pedido; «¿Por qué?», le habían respondido. «Quizá deberíamos lavar bien esa garra», había insistido; «¿Por qué?», le habían respondido otra vez.

«Por lo menos limpiar las hojas de banano», había lloriqueado; «¿Limpiarlas de qué?», le habían preguntado.

Ahora la cabeza estaba afuera y él habría querido tomarla entre las manos y tirar, pero no, tirar en absoluto no; habría querido que saliera sola pero Janaína ya no estaba empujando, le parecía, o quizá estaba empujando pero no se veía. ¿Cuánto tiempo podía quedarse así? ¿No es peligroso? ¿No es mortalmente peligroso? ¿Y además ese color? ¿Es normal que los niños sean azules? ¿Violetas?

Janaína había parecido todo el tiempo tan tranquila, sufriente pero tranquila. No había emitido un lamento, salvo algún ronco soplo, pero en aquel momento parecía extenuada, tenía los puños apretados y un aire exhausto, también la respiración se había vuelto más sorda. Antônio estaba paralizado por sus propias dudas. Miró a su alrededor para buscar una confirmación de sus miedos pero las mujeres que estaban presentes estaban serenas, cantaban en voz baja la Canción del Nacer y miraban la escena con confiado distanciamiento.

—¿Pero qué hace Antônio aquí? —había preguntado al principio una de las mujeres, asombrada por su presencia.

—Antônio está con nosotros desde hace mucho tiempo ya, pero acuérdate de que al principio lo llamábamos el Raro. Será algo que se remonta a sus antiguas costumbres —le había respondido una segunda mujer sonriendo.

Lo único que Antônio consiguió decir, sintiéndose inmediatamente muy estúpido, fue un inseguro «Respira…» en portugués. Janaína levantó el rostro surcado por el sudor y lo miró directo a los ojos con una mirada de decisión que lo golpeó en lo profundo. Después sonrió o hizo una mueca, Antônio no estaba seguro, y volvió a empezar a empujar con mucha más energía que antes. En poco tiempo, poco comparado con todo lo que a Antônio le parecía haber pasado, el niño salió completamente, el primer vagido había sido emitido y Janaína ya se estaba relajando.

—Es varón, Antônio, ¿viste?

—Vi, vi. El recién nacido tenía los ojos y los puños fuertemente cerrados y no lloraba, su color finalmente había vuelto a la normalidad y muchos miembros de la aldea se estaban reuniendo a su alrededor con sonrisas de complacencia.

—Esperemos que Poranga Pagé haya traído un alma linda.

—Esperemos, sí —respondió Antônio sin entender.

2.29 Gritos

Los gritos y las risas que resuenan de un lado al otro del claro. Los mil ruidos de la jungla parecen desvanecidos, cubiertos por el ruido de la juventud y de la despreocupación. Y en la cabeza, ya sabe que los gritos más radiantes y exaltados de todos serán los que saldrán de su garganta dentro de pocos minutos. Todavía no está tan alto como para descollar por encima del dosel de la selva tropical, pero está cerca. Solo los más fuertes y valientes llegan tan alto como para poder abarcar con la mirada el infinito verde de la selva y entender que llegaste a la cima, que más alto que eso no se puede ir. Nunca ha experimentado todavía esta sensación, pero se la ha oído contar tantas veces. Y hoy es él el joven hombre más fuerte y valiente de la aldea. Hoy será él quien perfore el techo verde que los rodea y desde mañana será él quien les cuente a los niños qué se siente al subir al techo del mundo. El sonido de las risas y de los gritos de aliento lo cubre todo: el sonido de su respiración mientras sube decidido de rama en rama. El sonido de los animales que continúan la vida, indiferentes a la hazaña épica que se está cumpliendo cerca de ellos. Y el sonido de una rama que se dobla bajo el empuje poderoso de este joven hombre y después se quiebra. Después hay un instante de silencio y después los sonidos son feos, se vuelven ruidos. Ruidos que no debería haber: ruidos de ramas que se quiebran, ruidos de miedo, ruidos de un golpe terrible. Y después los gritos de dolor y desesperación.

2.30 Adiós

Antônio llegó al lugar cuando alrededor de Yamandé ya se había formado un corrillo desesperado y, como aquella maldita otra vez con la mujer medicina, lo reconoció por los pies. Se sintió desmayar, pero después vio uno moverse y le pareció incluso oír la voz del muchacho. ¿Se puede reconocer la voz de una persona mientras grita trastornada por el dolor, inmersa en un coro de otros gritos aterrados?, se preguntó. Por lo visto sí. Si está gritando no puede estar muerto, ayjesús, menos mal, menos mal que no está muerto, no habría podido soportarlo. Cuando los demás se apartaron para dejarlo pasar, el alivio se desvaneció y se sintió desmayar de nuevo. Los cortes un poco por todo el cuerpo no eran un gran problema, se notaba que eran superficiales y casi le aumentaban la belleza; aquel bíceps salpicado de sangre hacía pensar en un valeroso guerrero recién salido vencedor de una batalla. Pero la pierna izquierda estaba mal. Muy mal. Ninguna pierna izquierda debería haber estado así. No es posible, es seguramente una pesadilla, no debería haber probado aquel gusano raro anoche; ahora cierro los ojos un instante y cuando los vuelvo a abrir me despierto y la pierna izquierda de Yamandé está de nuevo como antes, con una sola rodilla, qué hace otra rodilla a mitad del muslo, no es posible…

Cuando Antônio recobró el sentido, vio sobre sí los rostros de Piata y Moacir.

—¡Yamandé! ¿Cómo está? ¿Está…?

—Está en el *shabono*, está durmiendo. Itátakûara le dio la hierba del desmayo —lo informó Piata.

—¿Y la pierna?

—La pierna la viste también tú cómo está.

—¿Pero se recuperará? ¿Qué dice Itátakûara?

—Itátakûara dice que hay que esperar y tener esperanza. Tener muchísima esperanza.

—¡No! —se entrometió con rabia Moacir—. No hay ninguna esperanza. Y menos todavía nada que esperar. Lo único que hay que esperar es su muerte.

—Moacir, cálmate.

—¡No, no me calmo, y no me abraces! Lo sabes perfectamente también tú. Lo saben todos. De una herida así no se recuperó nunca nadie. Nunca. Sus palabras no encontraron respuesta, hasta que fue Piata quien cargó sobre sí el peso de lo que había que decir:

—Itátakûara dijo que tengamos esperanza y nosotros tenemos esperanza. Si Itátakûara dice que hay que ir a buscar alguna hierba aunque sea al final del río, iremos. Pero si no hay nada más que hacer, no haremos nada más. Saludaremos a Yamandé, lloraremos y llevaremos adelante la vida de la aldea.

Moacir lo miró con una mirada que podría haber sido confundida con odio y quizá lo era. Después giró los ojos hacia Antônio y ahí ya no hubo más dudas: era odio en estado puro. Quizá ningún joven hombre, nunca, en la historia de la aldea había mirado a un anciano con un odio tan abierto y descarado.

—¿Y tú? ¿No dices nada? ¿Se te acabaron las palabras? Casi confirmando la acusación de Moacir, Antônio siguió callando. Sin bajar los ojos, pero sin abrir tampoco la boca. El joven continuó:

—Cuántas palabras derramaste, en todo este tiempo, contándonos de Macapá y del mundo fuera de la selva. ¿Eh? ¿Cuántas? Y el gran pájaro luminoso, y el carro que se mueve solo, los hilos invisibles, la pantalla de los pensamientos. Yo me acuerdo de todas, una por una, ¿sabes? ¿Y ahora? ¿Justo ahora que tus palabras podrían servir para algo, te callas? ¿No dices nada más?

—Pero yo no… —Antônio pensó que Moacir esperaba despertar en él alguna olvidada noción médica y trató de encontrar la voz más calma que podía tener—: Yo no soy un hombre medicina, Moacir. Lo sabes, yo en Macapá conocía y sabía usar todas estas cosas de las que te conté, pero no las sé construir. No hay nada que yo pueda hacer mejor que Itátakûara para ayudar a Yamandé.

—Ya sé que no eres un hombre medicina. Ya sé que no sabes hacer nada. Moacir tomó aire para hundir mejor el golpe:

—Nunca supiste hacer nada que no fuera tu estúpido juego con la pelota. Y estás tan seguro de ser inútil que ni se te ocurre que ahora eres el único que puede de verdad hacer algo para ayudar a Yamandé.

Antônio siguió mirándolo fijo casi embobado, sin proferir palabra. Y Moacir no agregó nada más. Cuando pareció que ninguno de los dos hablaría más hasta el fin de los tiempos, fue Cauê quien se entrometió y explicó lo que Moacir quería decir y que a él le había quedado clarísimo ya desde el primer minuto.

—Moacir quiere decir que tienes que ayudarnos a llevar a Yamandé a Macapá, Antônio.

—Ni hablar —probó a intervenir Piata, pero Moacir no se dejó intimidar. Era mucho menos musculoso que su amigo, pero levemente más alto, y cargó su rabia sobre esta altura mirando a Piata de arriba hacia abajo como si hubiera sido el doble de alto:

—Tú no te entrometas. Si no quieres venir con nosotros no importa. Haces bien, la aldea te necesita, es justo que te quedes. Después, como si Piata ya no existiera, se dio la vuelta y volvió a dirigir la mirada hacia Antônio:

—¿Entonces?

Antônio hacía tiempo que había decidido que concluiría su vida en la aldea. Se encontraba tan en paz consigo mismo que había aceptado de buen grado incluso la reducida expectativa de vida que esta elección muy probablemente comportaba. Pero si estaba tranquilo sacrificando en el altar de la serenidad también numerosos años de su propia vida, no podía hacer lo mismo con la vida de Yamandé. Y si hubiera pasado el resto de su propia vida con la sospecha de no haber hecho todo lo posible para salvar a su adorado DosMedias, qué serenidad ni qué nada. Miró a su alrededor, miró su hamaca, las paredes del *shabono*, la bóveda de árboles que le hacía de techo. Miró su casa. Después soltó un enorme suspiro, volvió a posar la mirada sobre Moacir y Cauê y dijo:

—Está bien. Tienen razón: pero el problema es que aunque quisiera ayudarlo, juro que no quiero buscar excusas, pero de verdad no sé cómo hacer para volver a Macapá.

—Nosotros lo sabemos —respondió orgulloso Cauê.

—Encontramos el Río Grande —habían dicho Moacir y Cauê—, el Río Grande, el que está en las historias y en las canciones, nosotros lo encontramos. Y lo habían dicho con seguridad, sin insinuar la mínima duda. Habían explicado bien cómo era distinto de los ríos de ahí alrededor, los únicos que la aldea conocía, pérfidos y tortuosos tentáculos de una inextricable maraña de aguas que cambiaban de curso y de forma a cada lluvia. Habían usado la palabra grande más grande que había en la Lengua, habían dicho que lo habían visto con los ojos, que era grande hasta aquel grupo de palmeras allá al fondo. Habían dicho que su agua corría, corría derecha, que el agua del río grande sabía hacia dónde corría. No como uno de sus ríos de aguas lentas, enviscadas de lianas y de frondas, no de esos que si no tienes cuidado y pescando te dejas llevar demasiado lejos después ya no encuentras el camino de casa porque giran alrededor, giran en círculo, y la corriente no sabe adónde ir. Era el Río Grande, el que conoce el camino.

Lo habían dicho con ímpetu, casi con lágrimas en los ojos por la ansiedad de ser creídos. Y Antônio les había creído. De repente se había dado cuenta de que, sin haberlo pensado de verdad, siempre había dado por descontado que, a pesar de desvíos e incertidumbres, tanto el largo tramo con Pepè como el suyo posterior a pie habían seguido la dirección inicial, la que —más o menos perpendicular al río— se alejaba de él. Siempre se había figurado mentalmente un trayecto que, aun con todas sus vueltas, hubiera dejado a grandes rasgos el Jari, cada vez más lejos, a sus espaldas. Pero, diosmío, había sido un pensamiento de verdad estúpido. En el fondo siempre había sabido que Pepè se había perdido y él con mayor razón, con su andar dando vueltas sin referencias: bien podía ser que aquel recorrido casual hubiera quedado en cambio siempre más o menos paralelo al río, podía ser que de tanto girar y regirar hubiera vuelto incluso cerca. Podía ser que el Jari de verdad no estuviera lejos, que estuviera a menos de un día de marcha. Es más, ahora que la selva le hablaba y que él entendía su lenguaje y muchos de sus secretos estaba seguro: el Río Grande no podía estar demasiado distante.

Y si era así quizá, con un poco de suerte, quizá Yamandé podía de verdad ser salvado. Si era así, Antônio sabía qué tenía que hacer. Se dio cuenta de que estaba aterrorizado ante la idea de volver a su mundo, al mundo de antes: de algún modo, en todos aquellos años se había convencido de que no sucedería nunca más, era como si hubiera desembarcado en otro planeta desde donde el recuerdo de la tierra natal, de las cosas, de las personas que había amado estaba a veces matizado de nostalgia, sí, pero de la nostalgia de un exiliado sin retorno. Era como si aquel mundo hubiera dejado de existir, vaporizado en material para contar historias que incluso a él ya le parecían casi inventadas, y ahora la idea de volver a verlo, de volver a estar inmerso en él, le hacía sudar las manos. Pero aquellos muchachos confiaban en él, no podía decepcionarlos, no podía traicionarlos. No podía traicionar a Yamandé, dejarlo morir o, en el mejor de los casos, quedar horriblemente lisiado: su Yamandé vivaz como un mono, él que corría más rápido que todos. No tienen una vida ni larga ni linda los lisiados en la selva; no podía hacerle esto a Yamandé. Si había aunque fuera una sola posibilidad, entonces había una única elección. Tenía que intentarlo.

2.31 Saludos

Una balsa, el único modo es construir una balsa. Somos ocho, yo más los seis muchachos que quieren a toda costa venir, y Yamandé, que hay que transportar. Los troncos ahuecados que usamos para la pesca son impensables para viajar de a ocho por el río grande durante días —cuántos, y quién consigue imaginarlo, ¿quizá dos, quizá tres?— y habrá que llevar también agua, algo de comer… Hace falta una balsa y tiene que ser bastante grande. Antônio, la cabeza todavía nublada por los humos, por los sonidos y por las bebidas de la ceremonia que había durado casi toda la noche, volvía del río, donde se había enjuagado la cara y había mirado salir el alba entre las hojas de los helechos arbóreos. Había mirado despertarse la selva y escuchado aquel momento de silencio suspendido, pocos instantes apenas, entre el callarse de la multitud de los animales nocturnos y el tomar posesión del aire, de los árboles, del día por parte de los diurnos, en un crescendo cada vez más fuerte de sonidos y voces y batir de alas. Me estoy yendo, pensó, dentro de pocos días, si todo va bien estaré en otra parte, veré otra alba en un lugar completamente —diosmío, cuán completamente— distinto. Pero no me estoy yendo de verdad —estaba seguro mientras se dirigía hacia la choza a saludar a Janaína y al niño—, voy solamente a tratar de salvar a Yamandé, después vuelvo.

—¿Después vuelves a casa, cuando Yamandé esté curado, después vuelves, Antônio?

—Pero claro que vuelvo a casa, me va a costar estar lejos, voy a extrañar mucho tu hamaca cerca de la mía —dijo Antônio, sin tener sin embargo la fuerza de mirarla a los ojos: demasiados riesgos, demasiados imprevistos para poder jurártelo, lo sé yo y lo sabes tú. Le sonrió a la mujer acuclillada que amamantaba al niño, le acarició la mejilla redonda y el pelo, y la caricia bajó al pecho y a la cabecita de Ybyráatã, que con los ojos cerrados mamaba beato.

—Y además quiero ver crecer a este cachorro de oso hormiguero, lo sabes. Sabes que es también por eso que voy, sé que lo sabes. Si un día se lastimara yo querría que hubiera alguien que hiciera todo lo que puede para salvarle la vida, para salvar sus piernas fuertes y hacerlo correr como antes.

—Lo sé. Yo quiero que partas y que salves a Yamandé. Pero quiero que vuelvas, no quiero estar sin marido, no quiero que tu hijo crezca sin conocerte.

—Vuelvo, claro que vuelvo: no te preocupes, ranita azul.

—Y ten cuidado. Yo le tengo mucho miedo al río grande y a todos los espíritus de tu aldea que nadie conoce.

—El chamán habló con ellos, escuchó las voces de todos los dioses, dijo que todos dieron su permiso. Nos acompañarán en el viaje, no tienes que tener miedo.

—Sí. Pero tú ten cuidado. Quién sabe cuántos jaguares hay, en tu aldea.

Cauê, Itaúna, Moacir, Ubiratan, Jaci y Piraí se acercaron silenciosamente. No querían interrumpir pero no había tiempo: Yamandé había empezado a quejarse y se habían alarmado. Tenían que irse.

Hasta la vuelta, árboles de copas de una altura imposible, uno distinto del otro y sin embargo todos tan conocidos, fáciles de recordar no menos que los miembros de tu tribu; río del cual oír el ruido como la voz de un amigo; chozas semiescondidas en los claros como tímidos animales nocturnos: ¡hasta la vuelta! ¡Cuán triste puede ser el paso de quien, criado entre ustedes, se aleja! Toda esperanza de aquellos que por un motivo tan generoso parten voluntariamente parece desvaírse, y enseguida la confianza los abandona; se asombran de haber podido decidir y volverían atrás si no pensa-

ran que es su más grande amigo el que está en peligro. Cuanto más avanzan por la selva, más se bajan los ojos ya cansados por aquella nueva uniformidad; el aire parece ya pesado y muerto; se internan por selvas desconocidas; los árboles se suman a los árboles, los senderos desembocan en los senderos; parece que les quiten el aliento, y delante de nuevas frondas de las que no conocen el nombre piensan en su aldea, en su hamaca y en las risas que resonarán al volver vencedores a sus árboles.

Hasta la vuelta, choza que siempre los has protegido y desde la cual, acostados en la hamaca, aprendieron a distinguir del rumor de los pasos normales el rumor de un paso esperado con misterioso temor. Hasta la vuelta, chozas todavía desconocidas, tantas veces miradas con ojos esquivos, de paso, y no sin vergüenza, en las cuales el pensamiento ya imaginaba poder encontrar una compañera. Hasta la vuelta, ancianos de la aldea gracias a los cuales tantas veces habían vuelto a encontrar la serenidad con las palabras de los espíritus, y juego de la pelota mediante el cual se habían vuelto adultos: ¡hasta la vuelta!

Capítulo 3

3.1 Partida

Partieron apenas después del alba, pintados con las figuras del coraje, de la aventura y del ayudar a un compañero, adornados con las plumas y los amuletos que Itátakûara había prescrito por sugerencia de los espíritus de la selva, de los espíritus del río y de las diosas del Río Grande. Yamandé, aunque pareciera adormecido, gemía despacio, ininterrumpidamente, ya listo en su hamaca con compresas de hojas y barro y hierbas medicina envueltas apretadas alrededor de aquel destrozo de pierna. Las mujeres habían cantado el canto de las grandes hazañas y los muchachos temblaban emocionados, decididos y asustadísimos. Como astronautas que tienen que partir hacia Marte, pensó Antônio: se parte para un viaje incierto y peligroso hacia un lugar extraño, donde nada de nada se parece a lo que has visto toda la vida.

—Vamos, en marcha. Cauê, Itaúna, ustedes llevan primero la hamaca.

El primer tramo, a través de la selva, era el relativamente más fácil, Antônio lo sabía bien. Moacir y Cauê se habían mostrado seguros de saber volver a encontrar el río grande y procedían en efecto sin demasiadas vacilaciones; la fatiga de avanzar abriéndose paso por la selva no era en absoluto distinta de la de una jornada de caza cualquiera. Yamandé no era una carga demasiado pesada de llevar y la exaltación de la partida hacía gastar a los muchachos sus mejores y más vibrantes energías.

—No falta mucho —decían convencidos los dos exploradores—, no falta mucho, pronto veremos el Río Grande. Y llegaron, en efecto, cuando ya caía la noche: vieron abrirse los árboles y entre ellos el curso anchísimo y amarillo del río Jari, que corre más ancho que todos los ríos de la selva, el río que sabe adónde ir. Acamparon ahí en la orilla y cuando usaron las brasas para encender el fuego, tomándolas de la cuenca de piedra y arcilla que la aldea había preparado para ellos, se sintieron ya casi llegados: habían encontrado el río más grande que hubieran visto nunca, todo era como los dioses habían garantizado. Todavía ni siquiera vieron el río, ese sí que es grande, pensó Antônio. Es solo el primerísimo paso, solo el puntapié inicial, muchachos: la ciudad está todavía muy lejos, Yamandé está mal y tenemos que apurarnos y yo no sé nada del curso del río, ni siquiera sé si es el correcto, ustedes piensan que yo pueda llevarlos pero yo no lo sé, no sé nada de este camino de agua que conecta dos mundos, nunca construí una balsa y mañana por la mañana tendré que hacer una. Esperemos que los dioses del agua de verdad nos sean propicios, esperemos no haberlos llevado a extraviarse, a morir perdidos, a estrellarnos en la cascada. La cascada. No sé para nada dónde está pero esperemos, esperemos y durmamos ahora, que mañana hay que partir y apurarse. La mañana los despertó con el sonido susurrante del río, con pájaros y monos que ya parecían distintos, y, cambiada la compresa a Yamandé —está lívido en la cara, arde de fiebre, tenemos que ir rápido—, se pusieron, atentos a las instrucciones, a construir la balsa.

Antônio no sabía mucho de balsas: recordaba las que construía de niño con maderitas y palitos de helado para las carreras con los amiguitos en los arroyos fangosos, recordaba vagamente algún documental sobre el Kon-Tiki —quién sabe cuán novelado—, tenía en mente alguna foto, alguna figura. Pero los muchachos esperaban directivas y él las proporcionó: hacen falta troncos, ramas derechas, hacen falta lianas para atarlos así. Le venían un montón de dudas: hará falta una cosa, cómo se llama, una pala perpendicular, una orza, eso, para hacerla ir derecha, ¿o las balsas no la tienen en absoluto? En la duda pongámosla, qué daño puede hacer; muchachos, hace falta un pedazo de madera hecho así. ¿Y después cómo la gobernamos, no vaya a ser que después encallemos en la primera curva, y cómo hacemos para volver a la orilla si nos agarra la corriente del río? Hacen falta ramas, palos largos y robustos, tenemos que poder por lo menos guiarla un poquito.

La balsa era hermosísima, decían los muchachos entusiasmados: solo en la construcción de las chozas más grandes habían visto tanta ingeniería, y aunque estaban visiblemente asustados por el río,

igual de visiblemente tenían ganas de experimentar la carrera sobre el agua a bordo de aquel prodigio técnico. Antônio no estaba tan convencido: diosmío qué trabajo fabricar una de las embarcaciones más primitivas del mundo, quién sabe si aguantará; vamos, vamos, se parte.

3.2 La balsa

Estar fascinados por la construcción de la balsa era una cosa, subirse a ella y arrojarse entre los brazos del río era algo muy distinto. Fue complicado incluso solo montarse todos, después de haber cargado aquel poco de provisiones y al pobre Yamandé casi inconsciente, sin que aquel precario conjunto de troncos se inclinara demasiado volcándolos al agua. Y fue solo después de mil recomendaciones de estar sentados y lo más quietos posible —los dioses nos protegen, pero no si hacemos los tontos— que Antônio se sintió bastante seguro de su tripulación como para apuntar las pértigas contra la orilla, cortar las lianas con las que habían atado la balsa durante el embarque y atreverse a zarpar.

Durante un buen rato la emoción de deslizarse rápidos por el río grande enmudeció a todos: los muchachos, bien aferrados a los troncos, miraban correr las orillas, intercambiándose solo un gesto de vez en cuando para señalar algo interesante, el tronco de un ébano altísimo, un enorme tucán que los sobrevolaba, una silueta furtiva entre las frondas, quizá un oso hormiguero, una sombra bajo el agua desaparecida demasiado rápido como para estar seguros de que fuera un *jacaré*. Antônio miraba las orillas, el oso hormiguero, el tucán, pero más que nada pensaba en la cascada. No les había hablado de ella a los muchachos (por lo demás él se había acordado de su existencia solamente cuando ya estaban de viaje) pero no por eso conseguía dejar de pensar en ella. Había tratado de reunir todos sus recuerdos, los pocos y vagos que quedaban después de todo aquel tiempo, para tratar de establecer más o menos dónde debía encontrarse. Pero lo que había recuperado eran fragmentos desvaídos, eran las charlas de Gambone mientras él dormitaba, era Suplicio que le ladraba a cada loro, eran los millones de insectos a los que no estaba acostumbrado, eran kilómetros y kilómetros de orillas en apariencia todas iguales: no era suficiente. Demasiado difícil reconstruir con precisión cuánto tiempo habían viajado remontando el río después del desvío para evitar la cascada, ni hablar de calcular a qué velocidad iba el barco a motor y cuán rápida era en cambio la corriente que los llevaba ahora. Sin hablar siquiera de todo el trayecto hecho en jeep con Pepè, de cuya orientación y dirección no tenía ninguna idea precisa: la balsa había sido puesta en el agua —había que asumirlo— en un punto cualquiera del río, sin que fuera posible identificar ninguna relación suya con la Cachoeira y su estruendoso peligro. Antônio se devanaba los sesos y las horas pasaban; amortiguado el impacto de la novedad de la navegación, los muchachos se habían relajado —salvo Itaúna, que no parecía todavía a gusto y no había soltado nunca la presa de las manos sobre los troncos— y se habían puesto a charlar y bromear tranquilamente, sin descuidar el verter de vez en cuando alguna gota de agua entre los labios de Yamandé. Cuando el sol empezó a caer hacia un opalescente atardecer, el grupo se consultó para elegir si arrimarse a pasar la noche en la orilla o pernoctar a bordo, y por unanimidad se decidió quedarse en el río: cuanta más distancia recorrieran mejor sería, vistas las condiciones de Yamandé la prioridad era apurarse. Además el río tenía también la innegable ventaja de no tener que pensar en defenderse de los animales nocturnos: a menos que un *jacaré* enloquecido saltara sobre la balsa como una rana, era mucho más seguro dormir ahí que en el suelo en la selva. Pero la idea de que pudieran caer cerca de la cascada en plena noche no era de las que dejaran tranquilo a Antônio, así que con un suspiro tuvo que decidirse y hablarles a los muchachos de la Cachoeira. Trató de explicarles lo grande que era —sin mucho éxito— pero el hecho de que la hubiera descrito como la morada de una diosa del Río Grande particularmente caprichosa y quizá hambrienta los impresionó lo bastante como para acoger con prontitud su propuesta de dormir por turnos, de modo que hubiera siempre alguien despierto y con las orejas bien atentas:

—Un ruido como de trueno, aunque sea lejano, aunque se oiga apenas, y quien esté de guardia despierta enseguida a todos. Por favor, muchachos, las diosas no duermen.

Aunque no lo hubiera previsto, Antônio durmió bien, y cuando se despertó con el sol en los ojos encontró a la tripulación despierta y despabilada desayunando con la carne asada traída de la aldea:

—Ningún trueno, Antônio, solo los pájaros y los monos y el río grande que también de noche susurra. Por ahora todo fue bien; quién sabe, quizá tuvimos la suerte de embocar un brazo lateral como el que había tomado Gambone, quizá ni siquiera la veremos esa bendita cascada que no se me sale de la cabeza. Y durante muchas horas la navegación pareció darle la razón, procediendo tan lisa que la única preocupación fue la de mantenerle a Yamandé, en lo posible, la cabeza a la sombra. El muchacho parecía casi siempre adormecido y Antônio no estaba seguro de que fuera una buena señal: cuando había renovado la compresa sobre la pierna la había encontrado en condiciones en las que prefería no volver a pensar.

Fue justamente Itaúna quien la oyó primero: el más intimidado por el río y por eso más alerta. Levantó la cabeza y murmuró:

—El trueno. Después lo repitió gritando:

—¡El trueno, oigan, oigan! Y de repente lo oyeron todos, todavía lejano pero bien distinguible, un retumbo y un estruendo, una vibración en el aire.

—¡A la orilla, a la orilla! ¡Rápido, tenemos que arrimarnos, usen las pértigas, busquemos el fondo! Pero los palos, por más largos que fueran, parecía que no conseguían hacer la mínima presa; el río debía de ser más profundo de lo que pensaban, y quién sabe si era solo su agitación o de verdad la corriente ya era más rápida y fuerte.

El ruido de la cascada ahora se distinguía también sin prestarle atención y parecía acercarse a cada instante. Estamos demasiado al centro del río, demasiado lejos de la orilla, las pértigas no tocan fondo, no vamos a conseguir arrimarnos nunca así: Antônio entendió que había que decidir rápido.

—Moacir —el más atlético, el más impávido—, Moacir, tenemos que entrar al agua y empujar la balsa hacia la orilla, tenemos que hacerlo ya, ¡ahora!

—Sí Antônio, pero no soy tan bueno para hacer como los peces en el agua…

—Solo tienes que mover los pies y estar bien pegado a la balsa, no la sueltes por favor, y patea con los pies lo más fuerte que puedas; ven, vamos, no hay tiempo, vamos.

Antônio se metió en el agua primero, tratando de no pensar en cuántos seres poblaban el río: la natación no era un deporte practicado, en la selva, y por muchos buenos motivos. Pero no había elección, la cascada significaba muerte segura para todos, así que, aferrado a los troncos (no pienses en los peces, no pienses en las serpientes, en los caimanes), nadó con toda la fuerza que tenía. Moacir ya estaba al lado de él y enseguida después Ubiratan, el taciturno Ubiratan de piernas robustas, sin una palabra bajó al agua batiendo sus pies enormes con la energía de un *pirarucu*. El río estaba fresco e incluso agradable —si se excluía la sensación continua de que algo vivo rozara las piernas, la piel— pero la corriente era fuerte de verdad, no lo logramos, no, no lo pienses, mueve las piernas, mueve las piernas. Estaban casi en las últimas, los dientes apretados, los nudillos blancos de esfuerzo, cuando finalmente la trayectoria oblicua que habían conseguido imprimirle a la embarcación la llevó lo bastante cerca de la ribera como para que las pértigas hicieran presa:

—¡Tocamos, Antônio, tocamos! Con un último espasmódico tirón llegaron a aferrarse a las plantas, a bloquear la balsa contra la orilla: entre arcoíris de gotas y un retumbo ya ensordecedor, el río desaparecía en el vacío apenas cien metros más adelante.

Fue necesaria una larga pausa, acostados jadeantes en la orilla fangosa, para hacer decantar la emoción del riesgo, reponer fuerzas y quitarse de encima una legión entera de sanguijuelas. Sobre todo

fue necesario decidir cómo proceder: la vaga esperanza de Antônio de embocar por casualidad un brazo lateral que rodeara la cascada se había desvanecido demasiado visiblemente, y a esa altura, de un modo o de otro, había que afrontar la Cachoeira. La primera hipótesis fue la de transportar simplemente la balsa al hombro y volver a ponerla en el agua aguas abajo del salto, pero bastó un rápido reconocimiento para verificar que la selva en aquel punto, empapada por siglos de salpicaduras y vapores, era todavía más exuberante de lo habitual: conseguir abrirse paso en aquella húmeda maraña escarpada transportando, además del herido, aquel armatoste tan estorboso habría sido un milagro.

Por otro lado Antônio tenía un recuerdo bastante preciso de qué distancia había entre Monte Dourado y la cascada: en su momento acababa de partir y estaba todavía atento a lo que lo rodeaba, recordaba bien que no habían viajado más de medio día. Con buena aproximación se podía por lo tanto pensar que fueran veinticinco, quizá treinta kilómetros: no eran demasiados para hacer a pie, podía bastar una jornada de marcha forzada. Pero había ante todo que llegar hasta ahí, al pie de aquel maldito salto, y solo para bajar en medio de aquella espesura harían falta horas: esto significaba tener que detenerse otra noche en la selva, pero sobre todo significaba llegar a la ciudad un día más tarde. Nadie se atrevía a decirlo abiertamente pero todos se daban cuenta de cómo las condiciones de Yamandé empeoraban a ojos vistas: quizá un día más habría sido demasiado, para él.

—Podemos bajar a pie, y dejar que la balsa la lleve abajo el río. Después la agarramos pasada la cascada.

—Se destrozará, Piraí.

—Quizá no.

—Te digo que va a quedar hecha mil pedazos, es alta esa cascada, no podría nunca… Y en aquel momento Antônio se acordó —dónde y cuándo lo había visto, ¿en un diario, en la tele?— de aquellos tipos que se habían lanzado por las cataratas del Niágara dentro de un barril de madera e increíblemente lo habían logrado. Por más imponente que fuera la Cachoeira, desde luego no era igual de alta: quizá una posibilidad de que la balsa no se hiciera añicos podía haber. Y si no querían perder un día parecía que fuera la única posibilidad.

—Quizá tienes razón, quizá no se destrozará. Tenemos que probar. Si después termina en pedacitos querrá decir que lo lograremos a pie.

—¿Pero cómo la recuperamos, después? ¿Cómo hacemos para recuperarla desde el medio del río?

—No sé, Moacir, no lo sé. Las corrientes provocadas por la cascada crean un movimiento que lleva los objetos más estorbosos hacia los márgenes y… al menos creo, más o menos. De todos modos lo pensaremos cuando estemos ahí.

Decidieron que dos de ellos se quedarían con la balsa, para confiarla a la corriente solamente después de que los demás hubieran llegado abajo: no podían dejarla caer sin que alguien mirara y por lo menos tratara de ver adónde iba a parar. Así que se pusieron en marcha todos salvo Moacir y Cauê, que tuvieron que esperar casi tres horas, buscando bayas y cazando lagartijas, antes de avistar el hilo de humo y el resplandor del fuego encendido por los otros. Ya habían alejado lo más posible de la orilla la balsa usando las pértigas, reteniéndola atada solo con dos largas lianas. Solo cuando avistaron la señal y la liberaron cortando las amarras se dieron cuenta de que se perderían el espectáculo de verla volar: la vieron correr sobre el agua cada vez más rápido y —de repente— desaparecer en la nada.

3.3 Salto

No sé a qué espíritu tengo que agradecerle, pensó Antônio cuando vio que la balsa, después de aquel vuelo que había parecido larguísimo, casi en cámara lenta, había quedado prácticamente íntegra. O quizá no lo pensó, porque Ubiratan empezó a invocar tantos espíritus, divinidades, nombres de árboles o de pájaros o de algo nunca oído antes, cada uno puntualmente agradecido, que a Antônio le vino la duda de haber pensado en voz alta y la certeza de que muchos de aquellos nombres el muchacho se los estaba inventando ahí mismo. La balsa había aguantado. La orza se había destrozado contra un espolón de roca y el timón se había perdido, pero la estructura, aunque un poco torcida, había resistido el impacto con el agua y ahora navegaba bamboleándose hacia ellos, empujada por la turbulencia de la zona de impacto de la cascada que, como había supuesto Antônio, la empujaba hacia la orilla. Moacir y Cauê se reunieron con el grupo cuando ya se había preparado un nuevo timón, poco más que un largo palo un poco chueco. Decidieron de común acuerdo que no había tiempo para reconstruir la orza, habría habido que desarmar y volver a armar toda la balsa para poder insertar una nueva, así que se embarcaron enseguida dejándose transportar de nuevo por el río, cada uno en su fuero interno orgullosísimo por la prueba superada gracias a su coraje y a su impávida embarcación. Las horas de navegación siguientes fueron tan fáciles que Antônio, cansadísimo, se durmió más de una vez, casi hipnotizado por el chapoteo del agua sobre los troncos y por el ruido de fondo de la selva, siempre tan distinto y sin embargo tan igual a sí mismo. La balsa de todos modos parecía animada por vida propia y los conducía con decisión entre las largas curvas del río, cuyo lecho ya se estaba ensanchando perceptiblemente. Yamandé empezó a quejarse desde su hamaca atrayendo la atención de todos. Quizá había llegado el momento de darle otra dosis de hierba del desmayo.

3.4 Miradas

Fue entonces cuando, después de la enésima curva del río, Antônio vio a lo lejos el centelleo de un techo de chapa, la silueta de construcciones entre los árboles, y no mucho después pudo distinguir claramente el muelle, inestable como lo había dejado, y desierto. No había barcos amarrados, solamente las habituales barquitas desvaídas en seco y un herrumbroso fueraborda sin hélice desde el cual un *urubu* posado los miró soñoliento amarrar y desembarcar.

Los muchachos se habían vuelto silenciosísimos; entraron al pueblo con cautela, las manos que iban inútilmente a buscar las hojas que Antônio les había prohibido llevar. Apiñados alrededor de la hamaca dejaron que él les hiciera de vanguardia, mirando a su alrededor con los ojos desorbitados, curiosos pero alertas. Por lo que le pareció a Antônio no había sin embargo ningún peligro: las calles, con algún auto más del que recordaba estacionado al lado de las casas, estaban, quitando perros y lagartijas, polvorientas y vacías. La gente debía de estar cenando; de las ventanas abiertas venía un tintineo de platos, voces y músicas de noticieros. Los dos o tres niños que los vieron llegar —seis muchachos desnudos que llevaban un bulto de hamaca y un hombre más alto, desnudo y barbudo, que los precedía— habían abierto grandes los ojos, enmudecidos, y habían corrido a refugiarse en sus casas.

La placita había quedado casi idéntica a como la recordaba; se había agregado un parterre un poco pelado alrededor del *pelourinho*, y un edificio de aire nunca inaugurado había sido renovado con persianas y revoque plástico y llevaba el cartel «Parque Nacional de Tumucumaque – Administración». La tienda había colocado afuera un exhibidor con chanclas de colores colgadas y vestiditos de nylon; tres faroles de diseño demasiado atrevido en aluminio les ofrecían a los perros nuevas y futuristas oportunidades de meada; la *pousada* había sido pintada de color ciclamen y dotada de un letrero de neón, ahora apagado, que con no demasiada originalidad rezaba «Al pelourinho – Pousada – Café – Cerveja Brahma».

En la sala en penumbra la dueña lavaba los vasos dándole la espalda a la entrada y al único parroquiano, un viejo que acariciaba una cervecita mirando atento, en un enorme televisor colgado de la pared, un encendido altercado a todo volumen entre dos damas muy maquilladas que un corpulento conductor de saco azul marino trataba al mismo tiempo de apaciguar y de azuzar. Al verlos entrar desnudos y pintados, en perfecto silencio, el hombrecito abrió grandes los ojos y graznó:

—Gesita…

—Sí, Armando, ¿qué pasa? ¿Ya terminó su *cervejinha*?

—Gesita, ejem… hay… gente.

Gesita se dio la vuelta y se quedó un momento desconcertada, el vaso en una mano y el trapo en la otra, pero se repuso rápido:

—¿Y ustedes quiénes son? ¿Qué hacen aquí? Afuera, vamos, vamos, este no es un lugar adecuado para ustedes. Antônio se adelantó, acomodándose las dos plumas de loro entre el pelo revuelto:

—Señora Gesita, buenas noches. No se preocupe, no hacemos nada malo: necesitamos ayuda, hay un muchacho herido, nos hace falta ayuda.

—Pero usted, dígame una cosa, usted no es uno de ellos. No entiendo, ¿qué hace con estos indios?

—Sería una historia muy larga, señora… me llamo Antônio Carlos Rocha de Almeida. Vea, usted seguro no se acuerda de mí, pero yo ya estuve aquí, tiempo atrás. Conozco a su hermano, Gambone…

—¡Ah, Gambone! Van a ser dos años que no lo veo. Paulo agarró el barco y se fue río arriba, quería hacer negocios, vender, comprar, dios sabe qué. Decía que Monte Dourado no ofrecía perspectivas, decía. En dos años me habrá llamado tres veces, esa alma de capibara.

—Conocía también a su primo, el pobre Pepè que por desgracia…

—¿Pepè? ¿Y ese quién sería? Nunca tuve primos: Paulo y yo tenemos siete primas, todas mujeres, y eso que al tío Armando le habría gustado tanto un hijo varón; pero quizá fue mejor así, habría salido un putañero holgazán como él… Pero usted, todavía no entendí quién es ni qué quiere: ¿un muchacho herido, dice? ¿Dónde estaría? A ver, muéstreme.

—Tiene razón, este muchacho está bastante mal, hace falta que un médico lo vea rápido.

—Quizá con un barco…

—Ya no hay barcos a motor como corresponde; el suyo se lo llevó Gambone y aquel otro estaba tan estropeado que el río lo hizo pudrirse hace años. Usan todos el auto, ahora: tendremos que buscar a alguien que transporte al muchacho.

—Pero somos demasiados, harían falta dos autos, quizá incluso tres…

—Qué tonterías: el muchacho va al hospital y esos otros se vuelven a la selva. No querrá llevarlos a todos a la ciudad.

—En realidad… creo que sí, señora Gesita, tendremos que hacer así: ellos no se van a separar, y tampoco yo quiero dejarlos aquí, quiero que vengan conmigo a la ciudad. Y además querría ir a Macapá, no a Almeirim. Es una larga historia, ya le dije.

—A mí me parece una locura pero bueno, usted sabrá; veremos de encontrar los autos, aunque no va a ser fácil encontrar a quien lleve a una tribu entera… ¡Ah! Pero aquí está: mañana temprano pasa por Laranjal el micro que va a Macapá: ahí entran todos y viajan tranquilos. Laranjal queda del otro lado del río pero eso no es un problema, nosotros cruzamos siempre con las barquitas. Después de todo es el modo más rápido de hacerlos llegar a la ciudad, van a tardar menos y van a viajar más cómodos que haciéndola toda en auto.

—¡Ay, se lo agradezco, es una óptima idea! Claro que tendremos que quedarnos aquí por la noche, pero no la vamos a molestar: nos ponemos fuera del pueblo, bajo las plantas…

—Pero no, pero no, qué plantas ni qué nada. No están en la selva aquí. Van a dormir acá, en la sala, voy a bajar hamacas para todos. Y a ese muchacho lo ponemos en una cama como corresponde: lo zarandearon más que suficiente, tiene que estar tranquilo.

—Se lo agradezco, es usted de verdad muy gentil. Yo no tengo dinero conmigo, pero llegado a la ciudad puedo ir al banco y… Gesita se encogió de hombros:

—En eso pensaremos después. A mí de qué vivir no me falta y en la familia de sanguijuelas ya basta con mi hermano Gambone. No se preocupe. Más bien, querrán comer, ¿cierto?

—Efectivamente, eso, sí. Sabe, son muchachos, siempre tienen apetito: llevamos provisiones pero ya se terminaron… sí, muchas gracias, en efecto lo primero es poner a Yamandé a descansar y después comer algo.

—No —dijo Gesita mirándolo de arriba abajo—, lo primero es ponerse algo encima.

Por primera vez después de muchos años Antônio fue consciente de estar sin ropa: la mirada divertida de Dona Gesita lo hizo sentir, qué raro, bastante… cómo era aquella palabra, no le volvía a la memoria, no había una palabra correspondiente en la lengua de la tribu: eso, desnudo, la palabra era desnudo.

En la sala el viejito, olvidada la cerveza, miraba fijo a los muchachos. Los muchachos, apretados juntos en un moreno grupo compacto, con los ojos abiertos de par en par miraban hipnotizados el televisor.

3.5 Gesita

Dona Gesita debía de tener un gran instinto maternal que no había encontrado modo de expresarse porque, después de la breve desconfianza inicial, los cuidó como una clueca. No es en absoluto una mujer fea, pensó Antônio, quizá un poco charlatana pero parece muy afectuosa; quién sabe por qué no consiguió formar una familia. Probablemente en aquel agujero no eran muchos los pretendientes disponibles, o quizá no había considerado a ninguno a su altura de propietaria de *pousada* con letrero de neón y todo. Lo cierto es que los tomó bajo su ala protectora, como si fueran todos —Antônio incluido— niños de los que ocuparse. Lo cual después de todo no estaba lejos de la verdad: cazadores aguerridos y perfectamente adaptados en la selva, en aquel ambiente del todo nuevo estaban tan indefensos como bebés.

Ante todo Gesita colocó a Yamandé en una cama de verdad en el piso de arriba, no sin antes haberlo atiborrado de varias pastillas sacadas de un botiquín grande como un dispensario. Y aunque colchón y almohadas fueran una experiencia del todo nueva para el herido, después de una inicial sensación de fastidio y asombro por aquella blandura, aquel blanco liso y oloroso, la sonrisa de beatitud que se le pintó en la cara a pesar de la fiebre hizo entender sin la mínima duda que la encontraba cualquier cosa menos desagradable. Para obtener la atención del grupo fue necesario apagar el televisor —a cuyo encantamiento de otro modo ni siquiera la Gran Anaconda habría podido sustraerlos— con cierto disgusto del senhor Armando, que fue alejado por Dona Gesita con gentileza pero sin muchos miramientos:

—Por esta noche estamos cerrados, Armandinho. Tengo gente. El viejo se fue sacudiendo la cabeza, poco convencido. Si uno ni siquiera puede tomarse su cervecita sin que llegue una tribu entera de indios desnudos a plantarse delante de la tele, qué mundo. A qué punto llegamos.

Despejado el campo, la mujer se hizo cargo de la organización: los muchachos parecieron aceptar de buen grado sus atenciones —sobre todo Moacir, que le dedicaba continuas sonrisas luminosas— y, con cierto asombro de Antônio, se mostraron más intrigados que intimidados por aquel derroche de novedades. Después de haber dejado a los jóvenes un buen rato regándose unos a otros con la manguera y de haberle ofrecido a Antônio el uso de un baño con bañera, Gesita puso a disposición del grupo una vasta cómoda desbordante de prendas de vestir de todo tipo.

—Ustedes no tienen idea de cuántas cosas se olvida la gente en los cuartos —había refunfuñado; pero, por más que pudiera ser verdad, a Antônio le pareció que aquellas prendas eran de verdad un poco demasiadas, sobre todo las masculinas, en relación con la cantidad de clientes distraídos que una posada como aquella pudiera haber tenido nunca. Quizá después de todo un marido había habido, pero por lo visto a Gesita no le gustaba hablar de eso. Los muchachos, después de un momento de desconfiado temor —por lo demás el mejor reflejo de sí mismos que habían visto era el de un charco turbio—, se enamoraron del gran espejo de cuerpo entero que con su coqueto marco rococó reinaba en el cuarto de Dona Gesita: pasaron una hora entera pavoneándose con medias y camisetas, empujándose unos a otros para conseguir mirarse, riéndose vanidosos y regocijados.

Mientras preparaba la cena —apartando de un lado a otro a Piraí, que se le metía continuamente entre los pies, fascinado por la cocina, por los fogones, por la vajilla, por los ingredientes en los que metía los dedos para probarlos goloso—, Gesita pensaba en organizar la partida:

—Después de la cena voy a ir a pedirles a João y Vicente que los acompañen mañana temprano en barco al otro lado del río. Por lo demás va a hacer falta que diga algo de ustedes, los habrán visto llegar. Y aunque no fuera así, el senhor Armando es más chismoso que mi prima Gilberta.

La solución más simple resultó ser servirle al grupo la cena en el patio interno: las sillas de la sala las habían apreciado mucho y las habían probado una tras otra todas, riéndose por lo bajo complacidos, pero habían encontrado las mesas, por lo visto, un invento más que nada incómodo. Así que comieron en el patio entre las macetas de geranio, cilantro y orégano, sentados en el suelo como corresponde, bien ataviados con las camisetas que se habían elegido. Va a hacer falta que mañana, cuando se parte, se consiga hacerles poner encima también un par de pantalones cortos; caramba, en zapatos ni vale la pena pensar, veremos más adelante, quizá unas chanclas les van a gustar, pero los pantalones cortos son absolutamente esenciales. Y habrá que convencer a toda costa a Cauê de sacarse de encima aquella enagua lila con encaje que parece gustarle muchísimo.

El guiso que la dueña puso en medio de ellos en una gran olla, bien rico en frijoles y reforzado con rodajas de plátano frito, fue apreciado con entusiasmo: nunca habían probado el pollo pero lo encontraron óptimo, un poco menos sabroso que la serpiente, pero desde luego más que el *jacaré*. No hubo modo en cambio de hacerles beber el agua de los vasos: el vidrio, tan transparente, los perturbaba, parecía agua sólida, era incomprensible y decididamente inquietante. Se decidieron a beber solamente cuando Gesita trajo algunos cuencos de loza recuperados en la cocina, pero encontraron muy interesante y un poco gracioso el hecho de que aquella agua no tuviera sabor. Estaban en pleno y encendido debate sobre lo bien raro que era que el agua no supiera a barro, ni a hojas, ni a tierra, ni a cañas podridas cuando Antônio fue fulminado por un recuerdo que había borrado del todo: la cerveza. ¡Jesúsmío, existe la cerveza!

Gesita se alegró de destaparle una botella, y cuando el primer sorbo frío le bajó por la garganta Antônio pensó que aquello, eso, aquello valía no ya tres días, sino incluso tres meses subiendo y bajando cascadas a bordo de una balsa empapada y desvencijada. Al segundo sorbo cerró los ojos, perdido en la delicia. Pero los volvió a abrir de golpe con el tercer sorbo, golpeado por un pensamiento repentino:

—Señora, ¿pero en qué año estamos?

3.6 Catorce años

1. Diosmío, el diez de marzo de 2014. Antônio reflexionaba sobre aquel descubrimiento estremecedor inmerso en la bañera cuyo uso Dona Gesita le había ofrecido gentilmente. Bañera. Cadena del inodoro. Baldosas. Jabón con perfume a rosa: ¿cuántas pueden ser las cosas de cuya existencia en catorce años se llega a olvidar? Catorce años eran muchos, muchos más de los que había pensado. Claro, había visto a los niños volverse jóvenes hombres, había visto a las niñas que ya eran mamás, pero por algún extraño motivo —quizá por aquel transcurrir sin estaciones de los días— nunca se había detenido a pensar con precisión en los años. Si se lo hubieran preguntado a quemarropa, sin pensar, habría dicho cinco o seis, como mucho siete.

Se miró en el espejo del lavabo, se encontró tan cambiado que no estaba seguro de que se habría reconocido si se hubiera cruzado consigo mismo. Flaco y bronceado, oscuro ya tanto como ellos, y un gran ovillo húmedo de barba y pelo. Tomó en la mano una máquina de afeitar, olió el aroma de la espuma de afeitar, se pasó entre los dedos un copito. Después decidió que era mejor no afeitarse del todo, un poco porque con media cara bronceada habría quedado ridículo, un poco porque ya se había acostumbrado a sentirse barbudo, así que empezó a darles un recorte a la barba y al pelo con las tijeras —siempre mejor que arreglarlos de vez en cuando al azar con una hoja de hueso— y en aquel momento, inesperada y violenta, la conciencia de que pronto volvería a ver a su familia lo golpeó como un puñetazo.

Había escondido sin siquiera darse cuenta en el fondo del estómago, del corazón, de la mente, el pesar de no volver a verlos nunca más, y solo ahora que sabía que volvería a verlos se daba cuenta de cuán hondo lo había sepultado. Y ahí, perfumado a rosa delante del lavabo, con las tijeras en la mano y calzoncillos dos tallas más grandes, se concedió después de todo aquel tiempo la alegría de pensar en ellos.

Quién sabe si Janita habría engordado todavía más, y si después se había hecho monja como decía de vez en cuando; quién sabe Amanda, quién sabe si se había casado con aquel presumido de su novio —nunca me cayó bien ese muchacho, con aquel aire de vago—, quién sabe, quizá ya tenía dos o tres niños, o quizá ya estaba divorciada; y Gabriela, Gabrielita, que casi no caminaba y ya era una señorita, cómo se habrá vuelto, quién sabe si en la escuela le va bien. Una punzada de miedo lo heló por un instante: ¿y papá, y mamá? ¿Y si hubieran muerto? Pero no, qué cosas piensas, apenas estaban en la edad madura cuando partiste, papá estaba entero y mamá reventaba de salud y de lozanía: seguirá discutiendo todo el tiempo con el tío Ernesto y la tía Norminha; quién sabe si todavía tienen aquel perro horrendo que parece un tapir pelado. Quién sabe los amigos, también, quién sabe si Paco había vuelto a abrir la radio, si Jaquinho se había encontrado una mujer; quién sabe sus alumnos, aquel George tan sabelotodo y todos los demás adolescentes que ahora eran hombres. Quién sabe aquella muchacha, la de la radio, cómo se llamaba, Isabella, Isadora, quién sabe qué habrá sido de ella.

No me van a reconocer, pensó sonriéndole al espejo. No me van a reconocer pero yo los voy a reconocer, los voy a reconocer a todos.

3.7 Despertador

Todo es relativo. Todo depende, pensó Antônio en la sala en penumbra, escuchando con los ojos entrecerrados a los muchachos charlar entre ellos, poco antes de dormirse acomodados en las hamacas provistas por Gesita. Después se le ocurrió con asombro que la expresión «todo depende» era una antigua manía suya, pero en el tiempo transcurrido en la selva había dejado de usarla. Y ahora que lo pensaba le parecía que no hubiera ni siquiera una palabra para expresar aquel concepto, en Lengua. Quién sabe, quizá es indicio de que todo en la selva es más simple y más neto, se preguntó, y después volvió a concentrarse en las palabras de los muchachos, sonriendo de su ingenuidad.

—¿Pero ustedes se las imaginaban así de grandes estas chozas? —había sido Jaci el que había hablado.

—Yo sí —respondió alguien.

—Yo no. Y ni siquiera había entendido que una aldea pudiera ser así de grande. O sea, Antônio lo repetía siempre, grande, grande, pero no pensaba así de grande.

—Si entendí bien, esta aldea ni siquiera es la más grande que tienen. Aquella de la que viene Antônio es todavía más grande.

—Imposible.

—Te digo que sí.

—Preguntémosle a Antônio.

—Me parece que está durmiendo. Es viejo, se cansa antes que nosotros.

—Jajajá.

—Yo en cambio estoy asombrado porque hay poquísima gente —era Ubiratan el que había hablado —, miren a su alrededor: esta choza es grandísima, pero cuando llegamos estaba solo aquel hombre que bebía la bebida amarilla…

—¡Bebía pis! —lo interrumpió Cauê, desatando gran hilaridad.

—…y la mujer Gesita. Y nada más. Estas aldeas deben de ser lugares aburridísimos.

—Yo había entendido que había mucha más gente.

—¡Quizá pasó algo feo y se murieron todos! —propuso Cauê, bromeando, pero provocando algún escalofrío de más en sus amigos y también en sí mismo.

—¡Antônio! —llamó Jaci—. ¿Estás durmiendo?

—No, pero debería. Y ustedes también deberían.

—¿Por qué hay tan poca gente en la aldea? ¿Pasó algo feo?

—No, Jaci, no te preocupes. Esta aldea es así. Y además cuando llegamos era casi de noche, ya estaban casi todos en sus chozas. Mañana tomamos la barca con ruedas y vamos a mi vieja aldea, ya verás que va a haber mucha más gente. Ahora duerman, que mañana tenemos que despertarnos temprano.

—¿Qué quiere decir despertarnos temprano? Nos despertamos cuando nos despertamos.

—No, porque el micro, o sea la barca con ruedas, no nos espera. Tenemos que despertarnos antes de que se vaya.

—¿Y cómo hacemos? Antônio les mostró el despertador que Gesita le había dado poco antes:

—Este objeto cuenta con precisión el tiempo que pasa y cuando es el momento hace un sonido y nos despierta.

—¿Tienen un objeto para despertarse mientras duermen? —preguntó incrédulo Jaci.

—Sí.

—Están locos.

—Quizá tienes razón.

3.8 Palabras nuevas

Al alba ya estaban todos despiertos, aun antes de que sonara el despertador, entusiasmadísimos por el micro al que iban a subir. La tarde anterior habían espiado con reverencia los pocos autos estacionados en el pueblo, tan lustrosos y coloridos y distintos de cualquier cosa que hubieran visto nunca. Antônio les había explicado que el micro era como uno de aquellos, solo que mucho más grande, se meterían dentro y los transportaría como una barca pero por el camino. Probablemente no habían entendido del todo, pero se morían de ganas de experimentar aquel prodigio de movimiento y metal. Metal como las cosas que usa Dona Gesita para cocinar, como la olla, pero nosotros vamos a ir adentro y ella se mueve y nos lleva a la aldea de Antônio, ¿tú tienes miedo? ¿Miedo de una olla que se mueve? Yo no tengo miedo de nada, cuando sea viejo como Antônio voy a tener un micro yo también, todo de metal y colorido como un loro. Probaron todos el café —que Antônio sorbió casi extático— y les pareció que sabía a madera quemada y que era mucho pero mucho mejor el azúcar comido solo, en vez de desperdiciarlo disolviéndolo en aquel brebaje; después, pasada la inspección de Gesita, que había controlado que todos llevaran puestos pantaloncitos y camisetas, se encaminaron al muelle, Yamandé dolorido pero ya con un poco menos de fiebre, acomodado en la hamaca dentro de un amplio pijama a rayitas.

João y Vicente ya estaban allí: cuando la tarde anterior Gesita les había explicado la situación no habían puesto objeciones, un muchacho herido, caramba, pero claro, faltaba más. En pueblos tan aislados uno está acostumbrado a ser solidario, es difícil que se le niegue ayuda a alguien. Pero en pueblos tan aislados también se es muy curioso, así que aquella mañana alrededor del muelle se había reunido Monte Dourado entera a verlos partir: los niños un poco desilusionados porque habían oído hablar de indios desnudos —esos que están allá, en la selva— y veían solo muchachos en camiseta; los adultos muy impresionados por Antônio, que se había quedado catorce años fuera del mundo, pero cómo hizo, pero yo me habría muerto, pero claro que te habrías muerto, te habría comido el primer jaguar que pasara por ahí, te habrías muerto aunque solo fuera porque no podías ver la telenovela de la tarde, qué sabes tú de la selva, ah, ¿y tú en cambio?, vives desde siempre a tres metros de ella y nunca pusiste un pie adentro, mira a estos muchachos, crecieron cazando jaguares y tú estás ahí más gordo e indolente que un capibara. Las barquitas se despegaron del embarcadero, el pueblo los saludaba agitando las manos, Gesita —en aquel velorio los imprevistos eran raros como un día sin lluvia— ya sentía nostalgia.

—Qué mujer bella, bellísima.

—¿Eh? ¿Pero quién? ¿Bellísima quién?

—Aquella mujer, Gesita, la que nos dio de comer en su casa.

—Es muy vieja para ti, Moacir.

—Sí, es muy vieja. Pero bella, con todos esos cabellos amarillos, lindos cabellos amarillos —suspiró.

—Sí, bueno, estaban teñidos, Moacir, teñidos.

—Qué es teñidos.

—Teñidos es coloreados, pintarrajeados, pintados, no es su color verdadero.

—No importa, no digas así, tú tienes envidia porque tus cabellos no son tan lindos. Ella es una mujer bellísima, tiene olor a flores, tiene pinturas en los ojos, tiene un vestido bellísimo lleno de colores, tiene los cabellos amarillos como el sol. Yo pienso que ella es como la diosa del río, la Gran Anaconda Amarilla, es bellísima, tú no entiendes nada.

Moacir suspiró otra vez, los ojos remotos que miraban alejarse la orilla. Cauê apretó en el puño la enagua lila que le habían permitido llevar consigo con tal de que no se la pusiera, pensaba en el micro y tenía mucho miedo, pero se habría muerto antes de admitirlo.

3.9 Lágrimas

El conductor se llamaba Fernando y cuando volvió a arrancar chirriando sobre la grava de Laranjal estaba un poco desconfiado: aquellos eran indios, él los reconocía a una legua, ni siquiera sabían la lengua salvo aquel barbudo que quién sabe de dónde salió, y además aquel muchacho herido… Él no quería tener problemas, ya manejar aquel armatoste por aquellos caminos más barro que asfalto, ya era un esfuerzo que por lo que pagaban quizá tenía razón su mujer, quizá era mejor irse a la fábrica a enlatar pescado a Belém. Pero después cambió de opinión: bien mirado no creaban problemas, eran silenciosos y tranquilos, miraban por las ventanillas, fascinados de ver el camino que corría, corría.

Cuando entraron en la ciudad Antônio casi no se dio cuenta de lo que tenía alrededor, estaba aturdido pero sobre todo estaba preocupado —cómo hacer para llevar a todos hasta el hospital, con un autobús, un taxi, con qué dinero— cuando el conductor, desembarcada en la parada la última ama de casa que iba apurada, dijo:

—¿Pero ustedes adónde van? A ese muchacho herido lo tienen que llevar al Senhora dos Anjos, ¿no es cierto?

—Sí, pero no sé, habrá un autobús quizá…

—A mi modo de ver no es tan cómodo, tendrían que cambiar en la Rua Paraná y a lo mejor esperar, con ese que ni siquiera se tiene en pie… En fin, yo de todos modos terminé el recorrido, ya que estamos los llevo yo, vamos.

—¿Pero está seguro? Nosotros tenemos plata para el boleto solo hasta la ciudad (de algún modo se la tengo que devolver a Gesita, sin falta), le queda fuera de camino ir hasta el hospital.

—Ah, pero el hospital prácticamente me queda de paso para ir al depósito… Son buenos muchachos estos, educados, y aquel pobrecito, yo tengo un hijo también de veinte años, fea cosa eso de la pierna, los llevo hasta allá, después vean ustedes.

Hubo cierto alboroto en la sala de urgencias cuando entraron seis indios cargando una hamaca, intimidados por todo aquel blanco y verde, por aquel olor desconocido y sospechoso, guiados por un tipo barbudo que pedía a gritos un doctor, un cómo se dice ese que arregla las piernas, los huesos, hay un muchacho herido, hace falta un, un… un ortopedista. Rápido.

—Así que usted me dice que estuvo catorce años en la selva, es una cosa muy… extravagante, una cosa realmente particular, ¿sabe?

—Sí, doctor, lo sé. Es una historia un poco larga, pero a mí me interesa que el muchacho, la pierna, esté bien.

—Sí, sí, bien. Él está bien, pero hicieron bien en traerlo: era de verdad una fea fractura y estaba muy mal, se habría muerto si no lo hubieran atendido a tiempo. La pierna va a quedar en su lugar, ni se va a dar cuenta de que se lastimó, pero va a ser un asunto largo, va a hacer falta un buen período de rehabilitación. Pero usted, háblame de usted: ¿cómo fue que, en fin, esos catorce años…?

—Escuche, sí, se lo voy a contar, pero ahora sea gentil, ¿podría hacer una llamada?

Al teléfono había contestado Janita —no se había hecho monja, después de todo— y había sido una suerte, porque el modo en que quedó trastornada hacía pensar que si hubiera contestado mamá se habrían encontrado enfrentando un infarto: boqueó, jadeó, balbuceó, preguntó por si acaso —nunca se sabe, hay un montón de gente rara dando vueltas— el nombre de la bisabuela paterna, y después se deshizo en lágrimas sollozando:

—¡Antoninho, ay, Antoninho! Ya vamos para allá, salimos enseguida, media hora y estamos ahí.

Recién habían trasladado a Yamandé a la habitación, operado y sedado, y Antônio trataba de entender qué hacer con aquellos muchachos, de pie desde hacía ya un buen rato en la sala de urgencias, aunque parecían todavía tranquilos, pegados a los ventanales mirando con inagotable curiosidad allá abajo en la calle los autos, las camionetas, los letreros, las tiendas, las bicicletas y las motos, los semáforos y los mendigos, las mujeres con tacones, el asfalto, la basura y las alcantarillas, los pantalones y las faldas y los anteojos, los perros con correa, las persianas, los cigarrillos, los paraguas.

Fue entonces cuando llegaron, todos juntos, mamá abriéndose paso para abrazarlo primero, apretándolo hasta quitarle el aliento, llorando como una fuente y blandiendo el paquete con los cuarenta *beijinhos* que, arrasada por la agitación, había preparado antes de salir; y después Janita y Amanda, acariciándolo las dos a la vez, y también ellas lloraban; y el marido de Amanda, que menos mal no era el presumido y que nunca lo había visto antes pero lo estrechó viril, incitando a los dos chiquillos que llevaba de la mano: «¡Vamos, vamos, denle un beso al tío!»; y Gabrielita en minifalda, que no lo recordaba para nada y se quedaba un poco apartada pero, contagiada, lloraba también. Y la tía Norminha, que lo inundaba de lágrimas estrujándole entre las manos los cachetes, y el tío Ernesto, que no paraba de darle palmadas en los hombros y sorbía por la nariz, y Antônio que no sabía si reír o llorar un poquito él también.

—Qué lindo te pusiste, Antoninho de su mamá, mi niño, con esta barba de *garimpeiro*… Quién sabe cuándo te va a ver papá, a él no le gusta el barullo, sabes cómo es de oso, pero te espera en casa: no lo veo emocionado así desde que te vio nacer… ¡Mi hermoso niño! Pareces más alto, pero estás flacucho, déjame verte, quién sabe qué comías, qué feos bichos y hierbajos… Y cuánto lloré pensando que estabas muerto, hice decir no sé cuántas misas, ves que Nossa Senhora dos Meninos me escuchó, me tienes que contar todo, todo… ¿Pero estos, estos son tus amigos? ¡Pero qué lindos muchachos! Y enloquecida de gratitud y alegría abrazaba a los muchachos, un poco desconcertados por aquella mole blanda mojada de llanto y olorosa a lirios, les acariciaba los cabellos, les llenaba las manos de *beijinhos* recién salidos del horno, después volvía a arrancar a Antônio de los brazos de las hermanas para abrazarlo de nuevo, abrazaba a las hijas, abrazaba a Norminha y a Ernesto como si no los viera desde hacía años, abrazó llorando y riendo a un enfermero de bigotes que pasaba por casualidad.

El tío Ernesto descorchó dos botellas de espumante italiano después de haber mandado a una enfermera a buscar unas copas: «¡Vamos, sea gentil, apúrese que tenemos que brindar!», los muchachos se atiborraban de dulces, las mujeres empapaban un pañuelo tras otro, los chiquillos entonaron para el tío una cancioncita aprendida en el preescolar, la tía Norminha aplaudía: la sala de urgencias del Senhora dos Anjos no veía tanto barullo y lágrimas y alegría desde que trece años antes la señora Anita Madeira de Andrade había dado allí a luz, sin tiempo de llegar a la sala de partos, a sus cuatrillizos, dos rubios y dos morenos.

3.10 Casa

Las horas siguientes fueron tal marasmo de sensaciones y caras, hirviente de voces que no recordaba y pegajoso de dulces de coco, que Antônio no consiguió nunca reconstruirlas con precisión.

Los habían retenido a él y a los muchachos antes de que salieran del hospital para vacunarlos prácticamente contra todo.

—Es el protocolo estándar, los nativos de tribus que nunca entraron en contacto con nosotros están en riesgo extremo, una gripe puede matarlos, por no hablar del sarampión y la varicela.

—Pero yo la varicela la tuve de chico, y la gripe me agarró por lo menos mil veces…

—Vamos, vamos, no haga tanto lío, se lo hacemos todo también a usted, por si acaso. La cosa lo fastidió bastante más a él que a los muchachos, que estaban más que nada intrigados por las batas, las camillas, las jeringas, y que se entusiasmaron con la idea de que aquel pinchacito —¡Menos que una avispa, menos que una hormiga de esas grandes!— los protegería para siempre contra todas las enfermedades del mundo.

—No es exactamente así, muchachos, están protegidos de algunas enfermedades pero…

—Tú dijiste que esta cosa era una medicina que nos va a proteger de las enfermedades. Dijiste que servía para no hacernos enfermar nunca más.

—Está bien, Cauê, está bien. No dije exactamente eso pero está bien igual. Ahora veamos de conseguir irnos de aquí.

Tuvieron que pasar primero a saludar a Yamandé que, recién despertado de la anestesia y todavía atontado, parecía no entender del todo dónde estaba y por qué, y ciertamente no entendía en absoluto quién era toda aquella gente, en particular la rolliza señora anciana que le ahuecaba las almohadas y aquellos dos chiquillos que le dieron un besito en la mejilla: «¡Saluden al amigo del tío, que está enfermo!» Pero por primera vez en días tenía la cara relajada y no contraída por el sufrimiento, y en la dura camita blanca parecía a sus anchas; así que, una vez tranquilizado de que volverían prontísimo, bastó con recuperar a Cauê, que se había ido a explorar los corredores del tercer piso, para estar listos para dejar el hospital.

Hicieron falta tres viajes en el auto de Ernesto para transportar a todos a casa de Marcela, la madre de Antônio, donde una bandada festiva de parientes y vecinos los esperaba para abrazar al resucitado, ver la tribu de la selva que lo acompañaba y aprovechar la ocasión para comer, beber, poner un poco de música, bailar, chismear, discutir de política, de fútbol, de los precios que están cada vez más altos y de aquella serie de televisión que recién había terminado, qué lástima.

—Lástima que no volvieras un sábado, Antoninho, ¡así habría podido venir todavía más gente a festejarte! Sábado, fíjate. Acordarse de que sábado y domingo eran días distintos de los otros, que cada día tenía un nombre y una peculiaridad —los jueves hay mercado en la Rua Mendes, los martes está el teleconcurso, los lunes salen en el quiosco las revistas semanales, ¿o quizá los miércoles?—, divirtió mucho a Antônio: era una cosa que había olvidado por completo y que ahora le pareció más bien ridícula.

En medio de aquella multitud de desconocidos los muchachos se las arreglaron muy bien, les sonreían a todos, gorjeaban ceremoniosos en su lengua desconocida y se dejaban atiborrar de dulces,

papas fritas y empanadas hirvientes, bebiendo un tazón de Coca-Cola tras otro: la bebida los había enamorado al primer instante, mientras que sobre el vidrio de los vasos mantenían todas sus reservas. Ubiratan no se había movido más de la veranda, desde donde, sentado en el balancín chirriante que la señora Marcela renovaba cada año con almohadones nuevos —por el momento acrílicas hortensias rosa confite—, contemplaba sin cansarse el panorama de la ciudad, los techos, las calles, la maraña inextricable de cables eléctricos y antenas, una obra cercana erizada de altísimas grúas.

Gabrielita, sentada en un ángulo del sofá, le mostraba a Itaúna, que no entendía una palabra pero asentía admirado al desplegarse de cada nueva función, un aparatito fucsia que parecía un televisor en miniatura —habla de teléfono, de internet, de juegos y música y películas, pero qué está diciendo, le está tomando el pelo, no pueden existir todavía teléfonos así, ha de ser un juguete, una de esas cosas para chicos que anuncian en las revistitas, dentro de poco le va a decir que permite ver a través de la ropa— mientras Piraí reía en la cocina con un grupo de matronas que se habían metido en la cabeza, al verlo interesado en salsas y cacerolas, enseñarle a cocinar la *moqueca* de cangrejos.

Janita se quedó en casa lo estrictamente necesario para preparar un bolso para Yamandé y volver al hospital a llevárselo:

—Pobre muchacho, no tiene consigo ni siquiera el pijama, un par de pantuflas, una bata… Le llevo también un paquete de galletas y unos caramelos, en el hospital seguro que no cocinan como nosotros aquí en casa, le va a gustar endulzarse la boca. Quizá llevo también un par de revistas, un muchachote así todo el día en cama, quién sabe cómo se aburre. Antônio estuvo por decirle que leer diarios en portugués no era el pasatiempo adecuado para Yamandé, pero después pensó que en cambio las imágenes de las revistas le gustarían muchísimo: al fin y al cabo era una óptima idea. Tan buena que ni siquiera se puso a discutir con su hermana acerca de la oportunidad de pantuflas y bata.

Se había establecido que los muchachos durmieran en la veranda —al reparo de la lluvia incesante pero no encerrados en un cuarto, ellos preferían así— y con eficiencia Janita, Amanda y Marcela habían pensado, sin decírselo la una a la otra, que sería mejor pedirles prestadas a los amigos algunas hamacas, obteniendo el resultado de tener por lo menos treinta amontonadas en los sillones de la sala. Antônio empezaba a estar cansadísimo: las emociones, la confusión y no en último lugar las dos o tres cervezas a las que ya no estaba acostumbrado lo mantenían suspendido en una sonriente ofuscación, salvo sobresaltarse cada vez que una puerta golpeaba, una moto rugía en la calle, una ambulancia pasaba: ruidos de los que antes ni siquiera se daba cuenta y que ahora necesitaba algunos instantes solo para identificar.

Pero reconoció enseguida el sonido que vino del televisor que alguien había encendido: el relato de un partido, evidentemente, era imposible de olvidar. Cuando entró en la sala, escapando del viscoso abrazo de una prima lejana llegada tarde de la que no recordaba el nombre, Moacir acababa de correr a llamar a todos y los muchachos estaban entusiasmadísimos:

—¡Antônio, mira, mira aquel objeto con las personas adentro, mira! ¡Juegan como nosotros con la pelota, juegan al fútbol!

3.11 TV

—Es una pantalla, ¿verdad? —preguntó Cauê recordando la palabra portuguesa que Antônio había pronunciado tantas veces en sus relatos—. Las personas que están jugando no están de verdad ahí adentro, están en un lugar lejano, muy lejano. Ah, sí, ¡están en la luna! Antônio sonrió y asintió, dejando que sus ojos se posaran sobre aquellos muchachos que en ciertos aspectos le parecía ver por primera vez. No tenían ninguna noción de la función de los objetos del mobiliario: para ellos un sillón era solo un bulto estorboso y no estaba asociado de ningún modo al concepto de «sentarse». Moacir, al ver el sofá, se acostó encima, pensando que un objeto vagamente parecido a una cama de hospital podía también tener vagamente la misma función. También Piraí tuvo la misma ocurrencia pero con la mesa, levantando murmullos de protesta y risitas por parte de la parentela. Los otros estaban encaramados de distintas maneras sobre los muebles, quién sobre un arcón, quién sobre el respaldo del sillón. Solo Jaci se quedaba de pie en un rincón, fascinado por los colgantes de vidrio de la lámpara, que más de una vez Antônio le había dicho que no tratara de recoger porque temía que pudiera pensar que eran frutos. Las imágenes del partido corrían demasiado velozmente para conseguir capturar la atención de los muchachos, continuamente distraídos por las demasiadas novedades que tenían alrededor; el mismo Antônio había perdido por completo la costumbre de enfocar su atención sobre un objeto de aquel tipo. Además estaba fascinado por la tecnología: aquel televisor era enorme respecto de los que él recordaba, la pantalla era planísima y finísima y la calidad de las imágenes era como para quedarse sin aliento.

Piraí, echado de la mesa, fue el primero en empezar a imitar los movimientos de los jugadores que veía en la pantalla, al poco rato seguido por todos los demás. Un amague, un pase, un pique en el lugar. Cada uno de ellos elegía a un jugador que estuviera en cuadro y le copiaba los movimientos. Antônio estaba extasiado. Vistos desde afuera parecía que estuvieran bailando una danza sin ritmo; en cambio Antônio entendía que estaban demostrando una visión de juego que no se esperaba. No imitaban al que llevaba la pelota sino a los otros jugadores, los que participaban en la acción defensiva u ofensiva: era el modo que tenían de percibir y comentar las estrategias de juego. En cierto momento el número 10 del equipo de amarillo, Antônio había tardado un buen cuarto de hora en entender que se trataba justamente de un partido de la selección de Brasil, tomó la pelota un poco fuera del área adversaria y se metió sin miedo en el avispero de la defensa contraria, moviéndose con una agilidad y una potencia espantosas, a pesar de su talla minúscula. En un momento había superado a tres o cuatro adversarios pero se había ido demasiado a la derecha para poder descargar un tiro potente. Mientras caía girando sobre sí mismo para evitar al enésimo defensor adversario, de su pie izquierdo salió una trayectoria mágica, una pelota lenta de parábola arqueadísima que superó al arquero contrario metiéndose en la escuadra, a su derecha.

—¡GOL! —gritaron los muchachos a coro—. ¡GOL! Por primera vez en su vida veían aplicados los gestos que Antônio les había enseñado: los brazos en alto, los abrazos, los puños cerrados en señal de victoria. La cámara se detuvo en un primer plano sobre el rostro de aquel pequeño genio de camiseta amarilla que acababa de realizar aquel milagro de técnica. Los muchachos dejaron de abrazarse, se callaron y se dieron la vuelta de golpe hacia Antônio. El primero en hablar fue Cauê:

—El que hizo el gol… —no sabía bien cómo decirlo (no hacía falta, porque ya se habían dado cuenta todos)—. ¿Viste, Antônio? ¿Viste cómo se parece a Yamandé? Antônio estaba incrédulo: Yamandé y el genial número 10 de Brasil, sobre cuya camiseta se destacaba el nombre «Foguete» escrito en verde, se parecían efectivamente como hermanos.

3.12 Zerão

—¿Adónde vamos, Antônio? Despertador o no despertador, Antônio al salir el sol ya estaba de pie, como por lo demás todos los muchachos. Había reflexionado largamente sobre cómo organizar los días; sobre todo le importaba que Yamandé no estuviera demasiado solo. Pero las reglas del hospital eran muy rígidas, antes de mediodía no los dejaban entrar, y los horarios de visita eran de todos modos limitados: el tiempo libre era bastante. Había pasado horas enteras explicándoles a los muchachos el uso y el significado de los objetos de la casa, pero aquel mundo, se había dado cuenta, era demasiado extravagantemente distinto del suyo y le habría hecho falta bastante más que unas cuantas mañanas para acostumbrarlos. Moacir era uno de los más curiosos, se había pasado diez minutos largos abriendo y cerrando el refrigerador, tocando fascinado todas las cosas frías que contenía y tratando con éxito de entender cómo funcionaba el encendido y el apagado de la luz de adentro: Antônio había decidido que los dejaría hacer al menos mientras no se metieran en alguna situación potencialmente peligrosa. Mientras los otros lo escuchaban hablar de cerraduras, alfombras, interruptores, libros y todas las demás cosas que se les ponían delante, Moacir había pasado a examinar la llave del agua. Abría y cerraba el agua caliente y la fría, la tocaba, regulaba el chorro al mínimo, la probaba; un par de veces casi se quemó. Aquella mañana, fresca e inesperadamente inundada de sol después de la lluvia nocturna, Antônio se dio cuenta de que ya no podía retener en casa a seis robustos y vivaces jovencitos hablando de lámparas y de cisternas, e hizo de la necesidad virtud. Había un lugar que quería visitar sin falta y que como una especie de carcoma se había abierto camino en su mente hasta ponerse en el centro de cada pensamiento: quería ir al Zerão, quería ver qué había sido de él después de todos aquellos años; dentro de sí sabía que no podía haber sido abandonado. No iba a ser fácil, lo sabía perfectamente, ni siquiera para él mismo. Demasiadas rarezas, demasiadas diferencias. Para recorrer los pocos kilómetros que los separaban del estadio podían hacer falta horas (o podrían hacer falta días, o podríamos perdernos y no volver a encontrar nunca más el camino, hay mil peligros aquí).

—Ustedes me enseñaron a mí todos los secretos de la selva. Esta es mi selva y está llena de secretos que ustedes no conocen. Tienen que tener mucho cuidado, porque en mi selva hay cosas mucho más peligrosas que el jaguar y el caimán. Las sonrisas burlonas de los muchachos se apagaron con el primer autobús que pasó por un charco a pocos centímetros de ellos salpicándolos sin interrumpir su carrera, y pronto se volvieron expresiones de pánico: motonetas, automóviles, hasta las bicicletas y los carritos se volvían amenazas mortales. «¡No se para!» era el comentario más frecuente, ¡el hombre sobre aquel gran animal de metal nos mira a los ojos pero no se para!

—Quizá el gran animal de metal no se puede parar.

—Sí —precisó Antônio—, se puede parar, pero el conductor no lo hace parar.

—¿Por qué? ¿Y por qué no ataca entonces?

—Estos animales normalmente no atacan; tienes que pensar que la mente de estos animales es la mente del conductor. Cuando atacan es porque el conductor se equivocó. Las respuestas de Antônio no los satisfacían y a él le costó un buen rato convencerlos de seguirlo; al final cortó por lo sano: —Si hacen como hago yo no les va a pasar nada.

La avalancha de sensaciones contrastantes que tantas veces había sentido después del regreso dejó a Antônio nuevamente sacudido. Le parecía haber ido a parar a una de aquellas series de ciencia ficción en las que había terrícolas con camisetas todas de colores, no se acordaba del título, que exploraban los planetas más raros: los modelos de los automóviles y de las motonetas le eran en su mayoría desconocidos, las tiendas, las personas, hasta el olor en el aire ya no era el mismo, el tufo de los

gases de escape le parecía sofocante. Le parecía haber atravesado un muro invisible y haber ido a parar a otro universo, parecido a aquel en el que había crecido y sin embargo profundamente distinto. A pesar de esta sensación de extrañamiento, sin embargo, había también costumbres antiguas y evidentemente nunca olvidadas que resurgieron espontáneamente dejándolo profundamente asombrado. Desembocar en la Rodovia Juscelino Kubitschek y mirar a la izquierda para ver si está Alfonso fumando apoyado en la veranda desde siempre pintada de amarillo de su pescadería (¡la pescadería está todavía! ¡Con el letrero y todo! ¡A lo mejor está también Alfonso!); meterse por la Rua da Bacia aunque el camino sea más largo, solo porque hay árboles a lo largo del canal (¡los árboles están todavía! ¡Y qué pequeños y raquíticos parecen!); reconocer las casas bajas de un piso y las perennes casuchas en equilibrio sobre el borde de las calles fangosas, las larguísimas hileras de edificios blancuzcos y grises punteadas aquí y allá por estallidos de color, con las palmeras haciendo de signos de exclamación; acordarse de una llave de agua a la vuelta de una casa, pero también sorprenderse por algún edificio nuevo o por un cruce modificado.

Por fin ahí está el Zerão, irreconocible. El estacionamiento de enfrente reducido a una enorme explanada de tierra, su amado cerco azul completamente repintado; es más, rehecho en un blanco chillón alternado con pilares verdes. Y las gradas, se dio cuenta, del todo nuevas, reconstruidas: de dos pisos y con un techo inclinado, más anchas que las anteriores, recién pintadas, hermosísimas. Habían hecho los trabajos de remodelación, entonces, pensó Antônio. No consiguió transmitirles su entusiasmo a los muchachos; ya le costó explicarles que aquella era la cancha de la que tantas veces había hablado, no sabía qué se esperaban ellos pero ciertamente no aquel cerco, aquellas calles y lo que estaban viendo. A pesar de los trabajos, la parte norte del estadio estaba todavía cercada por una reja interrumpida por un portoncito destartalado y entreabierto. Mientras hacía entrar a los muchachos vio que en la cancha había un equipo entrenando, y al ver alguna casaca blanquinegra no tuvo ninguna duda: era el Macapá Futebol Clube. Ahí está, alguno de estos muchachos podría haber sido jugador mío, pero pasó demasiado tiempo, no consigo reconocerlos y desde luego ellos no me van a reconocer a mí. Un asistente se acercó corriendo con aire sonriente mientras Antônio no encontraba las palabras para disculparse:

—No pensaba encontrar a nadie a esta hora de la mañana…

—Somos profesionales —respondió el joven con aire muy afable—; tenemos que estar acá por contrato, ¿no? Profesionales, pensó Antônio, ¡el Macapá ahora es un equipo de profesionales!

Los muchachos se habían quedado literalmente con la boca abierta. Cauê dijo: —Es grande. —Y Piraí casi al mismo tiempo: —Qué raros esos árboles blancos que usan… —y ya se acercaba a tocarlos—. ¡No son árboles! ¡Es metal! El asistente miró a Antônio con una expresión asombrada y preguntó:

—¿Pero están hablando? ¿Es una lengua? Antônio le sonrió y le dijo a Piraí:

—Claro que no son árboles, estoy seguro de que también se lo conté.

—No me acordaba —respondió el muchacho. Después Antônio se dirigió al asistente:

—Sí, es una lengua. De todos modos no queremos molestarlos: había venido a mostrarles la cancha a estos muchachos, pensábamos que no había nadie y patear un poco, pero miren, nos vamos enseguida.

—¿Por qué, ellos juegan al fútbol? El asistente había notado que había algo raro en aquel grupo de jóvenes. No era el hecho de que fueran indígenas: no era en absoluto infrecuente que grupos de indígenas anduvieran por Macapá; tampoco era cómo estaban vestidos, pantaloncitos cortos y pies

descalzos eran la norma. Sin embargo había algo, aparte de la lengua, que no le cuadraba. Quizá era cómo estaban cerca el uno del otro, hombro contra hombro; quizá era cómo gesticulaban susurrando entre ellos. El asistente los observó una y otra vez y se convenció de que sí, había algo distinto en ellos.

—Sí, no hablan portugués pero juegan, y además bastante bien.

—Si quieren —dijo el asistente sin perder su aire amistoso—, justamente estábamos por organizar un partidito; si se quieren sumar nos da mucho gusto. ¿Le parece que estén en condiciones de jugar con nosotros?

—Mire, no lo sé. Probemos y veamos, ¿de acuerdo?

Entre todas las cosas que habían fascinado a los muchachos en aquellos pocos días, nada había parecido a sus ojos tan extraordinario como les parecían ahora las pelotas. Blandas, lisas, perfectamente esféricas, las palparon, las olieron, las lamieron para sentirles el sabor, las apoyaron en equilibrio sobre la nariz o sobre los pies, generando más de una risa en el grupo del Macapá.

—¿Qué pasa? —susurró divertido el asistente a Antônio—. Parece que no hubieran visto nunca una pelota en su vida.

—¿Le puedo decir un secreto? —susurró a su vez Antônio—. Sí, es la primera vez que ven una pelota. El asistente le dio un leve codazo a Antônio, convencido de que era una broma, y Antônio no hizo nada para convencerlo de lo contrario. Fue en cambio hasta sus muchachos y empezó a explicarles unas cuantas cosas. Los atletas del Macapá mientras tanto habían hecho los equipos y un grupito de cinco jugadores se estaba acercando tímidamente a Antônio y a aquel grupo de desconocidos. Apenas Antônio les dijo a los muchachos que aquellos cinco jugadores iban a jugar con ellos se desató una vibrante protesta:

—¡Nosotros somos nosotros! —prorrumpió Moacir.

—¡No podemos jugar con ellos, no nos entienden! —remachó Ubiratan, y así sucesivamente. Antônio se vio obligado a volver donde el asistente, que a esa altura estaba hablando con el que parecía el entrenador:

—Discúlpenme, de verdad, no quería causarles tantas molestias. Yo soy entrenador… bueno, lo era, y sé bien lo fastidiosas que son estas situaciones. De todos modos mis muchachos querrían jugar solos, si no les molesta.

—¿Cuántos son? ¿Seis? ¿Siete con usted? Si quieren jugamos siete contra siete.

—Eso, sí, gracias, muchas gracias; hagamos diez minutos y después nos vamos, ¿está bien? Así ven cómo es jugar.

—¿Pero cómo, nunca jugaron? —preguntó el entrenador.

—Sí, jugaron. En fin, olviden la última cosa que dije, ¿está bien?

—Otra cosa —dijo todavía el entrenador, un hombre entrecano de unos cuarenta años—: ¿no tienen botines?

—No, ellos juegan descalzos.

—¡Entonces nosotros también! —dijo con una risa el asistente, y en un abrir y cerrar de ojos todos los jugadores estaban ya formados en la cancha descalzos, incluidos los divertidos jugadores del Macapá. El saque inicial se les dejó a los visitantes y Antônio se cuidó de recordarles a todos cómo era exactamente la regla del primer pase:

—Hacia adelante, ojo. Ubiratan tocó apenas la pelota hacia Cauê, que arrancó en un pique derecho hacia la portería, cabeza baja, con una expresión de convicción animal en los ojos que nadie en el Zerão había visto nunca antes. Llegado a unos treinta metros de la portería adversaria, soltó un tiro de una potencia inaudita que terminó alto, muy alto. La pelota parecía no querer detenerse más: sobrevoló el travesaño, la pista de atletismo cuyos trabajos no serían completados jamás, las redes del cerco y también las primeras casas del *bairro*.

Los jugadores del Macapá estallaron todos en una risa, aunque alguno no pudo ocultarse al menos a sí mismo el sobresalto por toda la potencia desarrollada en aquel puntapié. Antônio se precipitó hasta Cauê tratando de explicarle la diferencia entre estas pelotas y las pelotas de hojas que usaban en la selva. Los ojos de Cauê echaban fuego mientras le respondía con los dientes apretados:

—Entendí, entendí. El juego se reanudó con una pelota distinta, y no fue la única vez: los indígenas tenían pies rapidísimos y llegaban siempre primeros a la pelota, pero el último tiro era siempre un cañonazo que terminaba lejos, a menudo fuera del estadio.

—Más baja —se limitaba a decir Antônio, conteniéndose de decir «más despacio», tratando de quitarle dramatismo con sonrisas y palmadas en los hombros. Después de pocos minutos las risas de los jugadores del Macapá se habían apagado. Aunque ninguno de los tiros había inquietado al arquero, la supremacía física y técnica de aquellos muchachos, a pesar de su contextura menuda, era evidente, y la incomodidad que sentían con estas pelotas estaba disminuyendo minuto a minuto. Después de ocho minutos el entrenador emitió el primer chillido furibundo contra uno de sus hombres que por enésima vez había perdido la pelota a mitad de cancha. El Macapá en la práctica todavía no había conseguido superar la línea media de la cancha, salvo con un par de lanzamientos largos que se habían perdido por la línea de fondo. Los pases de los indios no seguían trayectorias parabólicas: sus pelotas viajaban derechas como proyectiles, eran golpeadas con una violencia nunca vista antes y su juego carecía por completo de adornos, agresividad pura en defensa y conclusiones rápidas en ataque. Al noveno minuto se jugaba un saque lateral en la zona defensiva del Macapá. Cauê estaba por lo menos a diez metros del jugador que estaba recibiendo la pelota, pero su rapidez fue impresionante y aquellos diez metros fueron recorridos en un relámpago. Interceptada la pelota, empezaron a pasársela velozmente entre ellos hasta que Jaci vio con el rabillo del ojo el pique de Ubiratan y lo encontró con precisión milimétrica con un pase a media altura que cortó la cancha velocísimo. Ubiratan no lo pensó dos veces y golpeó la pelota de volea, consiguiendo esta vez controlar perfectamente el golpe. La pelota se incrustó imparablemente en la escuadra derecha, con el arquero que, partido tarde, se sorprendió blasfemando apenas se dio cuenta de la inutilidad de su vuelo.

—La flecha envenenada —sonrió para sí Antônio, nombrando el esquema que habían ejecutado. Estaba acostumbrado a aquella agresividad y a aquellas velocidades, pero la confrontación con estos jugadores formados era realmente impresionante. La diferencia era tan abismal que los muchachos del Macapá parecían detenidos.

—¡GOL! —gritaron juntos los muchachos—. ¡GOL! —y se abrazaron y levantaron los brazos al cielo imitando torpemente el festejo de los futbolistas visto el día anterior en la tele. El asistente decidió pitar el final de los diez minutos con los muchachos todavía ejecutando aquellas pantomimas. Antônio se acercó con una sonrisa de oreja a oreja y les comunicó que el partido había terminado y que habían ganado, dando comienzo al festejo, esta vez a su manera, con los cantos y las danzas de

la victoria, mientras los atletas del Macapá se dirigían sin hacer ruido hacia el entrenador, que ya los estaba regañando:

—¡Vergüenza! ¡Los campeones 2013! ¡Vergüenza!

Antônio, ya visiblemente avergonzado aunque enormemente contento, fue a detener los festejos de sus jugadores sin escatimarles elogios a ninguno. El asistente del entrenador le salió al encuentro estupefacto pero todavía jovial y fue a felicitarlo.

—Nunca vi una cosa así —dijo—, nunca.

—Gracias. ¿Cómo se llama usted?

—Carlos, ¿y usted?

—Antônio. Gracias por los elogios, Carlos, pero mire que también tuvimos mucha suerte.

—¡Pero qué suerte ni suerte, estos muchachos son formidables! ¿Antônio dijo? Yo conocía a un Antônio pero era hace muchos años… De todos modos, ¿me daría su número, que me gustaría quedar en contacto?

—¿Número? —preguntó Antônio sin entender enseguida que se trataba del teléfono—. Yo no tengo un número. Carlos lo miró con una expresión interrogativa y después miró a los muchachos:

—Claro que son raros ustedes, ¿eh? Dígame la verdad, Antônio: ellos son indígenas, ¿verdad? Digo indios de verdad, vienen de la selva, ¿no? Antônio miró a su alrededor antes de responder: el césped, las gradas, el marcador con un gran reloj que marcaba la una. ¡Yamandé!

—Sí, Carlos, somos indígenas, pero ahora nos tenemos que ir. Y después en la lengua de ellos:

—Muchachos, rápido, tenemos que ir donde Yamandé, ¡rápido, rápido! ¿Somos?, pensó Carlos viéndolos alejarse corriendo.

3.13 Visión de juego

Los gritos del jefe de servicio se oían desde el fondo del corredor. Su consultorio estaba escondido detrás de una puerta con una placa poco legible, que Antônio siempre había visto cerrada.

Habían encontrado a Yamandé sentado en la cama comiendo una manzana, y había sido una alegría ver por fin su sonrisa. Una enérgica enfermera había dicho que el doctor lo había revisado hacía poco y había establecido que pronto podrían empezar la fisioterapia, así que Antônio, contento, se había precipitado al corredor para tratar de hablar con el médico. Mientras tanto los muchachos ya se habían puesto a contarle al amigo lo de la cancha de fútbol, lo de las pelotas y lo de las porterías, con aquel modo tan inusual de hablar y de gesticular que divertía a todos los demás pacientes y a sus visitantes: no entendían nada pero era de todos modos un espectáculo.

Los gritos del jefe de servicio no se calmaban; Antônio ya había hecho dos intentos de llamar a la puerta sin obtener respuesta y había vuelto impaciente frente a la puerta del cuarto de Yamandé, esperando que el médico se apaciguara para poder hablarle. Los muchachos estaban contando el partido con el Macapá con exuberante lujo de detalles. En aquellos diez minutos de juego cada uno de ellos había recogido una cantidad impresionante de informaciones y ahora las estaban volcando como una avalancha sobre Yamandé. Habían notado cómo estaban vestidos sus adversarios y los entrenadores, habían notado las diferencias entre una pelota y otra, los lugares de las gradas a los que les faltaban los asientos, hasta dónde se encontraban los montones abandonados de tierra que habrían debido servir para remodelar la pista de atletismo. Pero más que nada se acordaban momento por momento de la posición de todos los adversarios.

—Mientras le pasaba la pelota a Jaci —estaba diciendo Cauê—, el adversario de los cabellos cortísimos y la camiseta amarilla estaba a tres pasos de la línea del medio, el alto y oscuro estaba delante de mí a diez pasos, el que se reía siempre estaba corriendo lentamente hacia Piraí pero había mucho espacio entre ellos…

—¡Y el arquero estaba un poco desplazado hacia la derecha, ya podías tirar! —intervino Itaúna.

—Sí, ya podía tirar, pero el espacio para hacer pasar la pelota era menos de medio paso y con esas pelotas tan livianas podía equivocarme, entonces le pasé a Jaci.

—Ser miedosos no es bueno —concluyó Moacir, callando a Cauê, que bajó la mirada sin saber qué responder. Pero ya Ubiratan había vuelto a contar otra fase de juego, y también él había registrado la posición y las direcciones de movimiento de compañeros y adversarios con una precisión al límite de lo increíble. Antônio asentía, conociendo bien esta cualidad de los muchachos. Hasta aquel día nunca se había preguntado el porqué de aquel don suyo, le había parecido normalísimo. Pero ahora que estaba sumergido de nuevo en la realidad de Macapá se daba cuenta de lo especial que era. ¿Quizá porque son cazadores? Ha de haber sido la selva la que los hizo así, concluyó.

La pierna de Yamandé estaba enjaulada en una red de tensores metálicos que le brotaban de la carne y que impresionaba mucho, pero él decía no sentir demasiado dolor y, salvo alguna mueca, su buen humor parecía confirmarlo. Seguía los relatos haciendo toda clase de preguntas y participando como podía en la gestualidad de sus amigos. Está registrando todo él también, entendió Antônio, está reconstruyendo todo el partido en su cabeza. Casi como confirmación de lo que estaba pensando Antônio, Yamandé preguntó:

—¡Ubiratan! ¿Por qué no le pasaste a Cauê? —obligando a Ubiratan a una larga e increíble explicación hecha de ángulos y direcciones de carrera de los adversarios, al final de la cual convinieron todos en que el tiro, la solución elegida por Ubiratan, había sido la mejor opción.

Antônio decidió hacer otro intento con el jefe de servicio y se acercó de nuevo a la puerta detrás de la cual la reprimenda todavía no había terminado. A su pesar se encontró escuchando lo que el médico estaba diciendo; no era posible hacer otra cosa, visto el volumen de su voz.

—¡El Mundial! ¡El Mundial un carajo! ¡Acá si un paciente nuestro se agarra una infección está prácticamente muerto, qué Mundial ni qué nada! ¡Mira! ¡Mira cuánta plata gastaron en esos estadios! ¿Quieres saber cuántos hospitales salían con esos dólares? ¡No lo quieres saber, te lo digo yo! ¡Qué Mundial ni qué nada!

Los ojos de Antônio se dilataron fijando un punto lejano, indefinido, que se encontraba en alguna parte más allá de la puerta de aluminio anodizado. 1998 Francia, después 2002, 2006, 2010…

—¡Dosmilcatorce! —se encontró gritando—. ¡Dosmilcatorce! Recorrió el corredor a la carrera; tenía que decírselo a alguien y al alcance de la mano estaban solo los muchachos.

—¡Dosmilcatorce! Cuando entró en el cuarto todos se dieron la vuelta hacia él y Antônio hizo un esfuerzo consigo mismo para recomponerse. En la cama de al lado de Yamandé, un joven con las que debían de ser su mujer y sus dos hijas lo observaron todo el tiempo mientras con aquella lengua desbordante de sonidos y gestos les explicaba a los muchachos que justamente aquel año habría un Mundial de fútbol, que se iba a celebrar dentro de pocos meses. El joven, que tenía un brazo enyesado y un lado de la cara lleno de raspones, reconoció el «¡Poropò, poropò!» que Moacir entonó riendo y miró a Antônio en busca de una explicación.

—Dosmilcatorce —le dijo Antônio todavía llevado por el entusiasmo—, ¡hay Mundial de fútbol! El joven sonrió y dijo con el tono más bonachón que pudo:

—¡Ustedes eran quizá los únicos en el mundo que no sabían que este verano hay Mundial en Brasil! Antônio tardó un poco en absorber la noticia: no solo dentro de poco hay Mundial, sino que se va a jugar en Brasil. Su corazón empezó a latir más velozmente y se le erizaron los pelos del cuello como la primera vez que había visto un jaguar. Todos a su alrededor se dieron cuenta de que le había pasado algo: el joven del brazo roto emitió un sonido gutural y lo mismo hizo Yamandé, aunque quizá por una punzada en la pierna. Cauê se acercó y preguntó:

—¿Antônio?

—Muchachos —trató de juntar las ideas—, el Mundial… —Se dio cuenta de que para ellos no cambiaría nada—, ¡va a ser en Brasil!

Para ellos no cambiaba nada. Para ellos «Brasil» era un concepto abstracto como tantos otros que habían tenido que aceptar sin cuestionar en estos últimos tiempos. Solo Yamandé lo pensó un poco y después preguntó:

—Nosotros somos de Brasil, ¿verdad?

—Sí, Yamandé, nosotros somos brasileños.

—Y eso quiere decir… —el muchacho lo pensó brevemente— ¿que vamos a poder jugar el Mundial?

—No, Yamandé, van a jugar los mejores. Antônio sonrió mientras Cauê decía:

—Quiere decir los que son como Foguete.

—Eso sí —confirmó Antônio—, los que son como Foguete.

3.14 Noticias

Janita estaba en lágrimas. El primer pensamiento de Antônio fue: Yamandé. Le pasó algo a Yamandé. Después notó que Janita estaba mirando el televisor y se serenó enseguida. Probablemente lloraba por una telenovela o algo parecido.

—¿Por qué lloras, Janitinha?

—Por la muerte de Nelson Mandela. A Antônio le vino a la mente un día de muchísimos años antes, cuando había encontrado a Janita en lágrimas por la desaparición de Chaikovski, de quien acababa de leer las trágicas circunstancias de la muerte. Pensó que era uno de los tantos momentos históricos que se había saltado en aquellos catorce años y que, apenas tuviera un poco de tiempo libre, quería ponerse a recuperar.

—¿Cuándo murió? —le preguntó.

—Hace tres meses —respondió Janita, para estupor de Antônio, sorbiendo por la nariz—; ahora hay un documental sobre su funeral.

Antônio se sentó en el sillón sin hablar. Por primera vez desde que había vuelto estaba entendiendo, estaba entendiendo de verdad qué peripecia extraordinaria había vivido en aquellos años y cuánto mientras tanto el mundo había seguido adelante sin él, sin esperarlo. Pensó en las innovaciones que seguramente había habido en internet, se dio cuenta de que todavía no había tenido tiempo de observar bien aquellos teléfonos de aspecto futurista que todos parecían tener en la mano y que, por lo que se veía, servían para cosas mucho más importantes que telefonear. Y era bien consciente de no tener idea de cómo se había desarrollado la política local o la geopolítica mundial. Mientras hacía estas consideraciones, la tele mostraba el desfile de los diversos jefes de estado que habían ido a rendir el último homenaje a Madiba. «Aquí tenemos a la Presidenta de Brasil, Silvina Mello…», decía la voz en off. ¿La presidenta?

—Janita, ¿tenemos una presidenta mujer?

—Sí. Fíjate. ¿Y después qué más?, se preguntó Antônio. El televisor, como si le hubiera leído el pensamiento, fue rápido en responderle: «…y suscitó revuelo el caso de este hombre, que se hizo pasar por intérprete para sordomudos…»

—¡Jajajá, grandísimo! —rio Antônio. «Aquí se lo ve mientras finge traducir al lenguaje para sordomudos las palabras del presidente de los Estados Unidos, Barack Obama.»

—Janita, ¿entendí bien? ¿Ese es el presidente de los Estados Unidos? ¿Un negro?

—Sí, Toninho, es él. De locos. ¿Pero cuánto estuve afuera, catorce años o ciento cuarenta?

El padre de Antônio siempre había sido un tipo huraño y ahora que la edad avanzaba se había vuelto todavía más taciturno. Durante gran parte del día estaba en el sillón de la sala o en la silla de la veranda, acariciando al perro o mirándolo jugar en el patio. Desde que él había vuelto se habían intercambiado pocas palabras y todavía no habían tenido ocasión de hablar a solas. Siempre habían hablado raramente de deporte: Italo había nacido un año después de la tragedia del Maracanaço, mientras que Antônio había nacido un año antes del triunfo del Azteca, y por tonto que pareciera esta cosa parecía haber marcado su relación. Antônio se había prometido usar la historia y la política como tema rompehielos, pero se había dado cuenta de que ya sabía demasiado poco como para ha-

cer de ellas objeto de charla sin compromiso y, sentándose en la veranda al lado de su padre, decidió lanzarse con el deporte.

—Bueno, papá. Ya que descubrí hace poco que va a haber Mundial aquí en Brasil, cuéntame qué me perdí en estos años. ¿Algún triunfo deportivo de Brasil? ¿La enésima desilusión?

—Depende, Toninho, depende. —Italo se quedó unos momentos pensando, después sugirió—: ¿Hablamos de gimnasia artística?

—Jajá, ¿quieres empezar justo por lo básico, papá?

—No, quiero hablar de triunfos deportivos de Brasil.

—¿En serio?

—Sí, Toninho. Hace dos años hubo Olimpíadas en Londres y por primera vez ganamos la medalla de oro en gimnasia, en argollas.

—¡Increíble!

—Pues sí. Y ganamos otra en judo y una tercera en… ¡vóleibol!

—¿¡El vóleibol!? ¿De verdad? ¡Fantástico! Siempre lo había dicho, que tarde o temprano íbamos a ganar nosotros.

—Vóleibol femenino, eso sí.

—Ah. Bien. ¿Y el vóleibol masculino?

—Plata.

—¡Aaaah, lástima! Bueno, por lo menos derrotamos la maldición de la semifinal. Quién sabe si tarde o temprano…

—La maldición de la semifinal la derrotamos hace ya un rato.

—¿En qué sentido? Vamos, papá, no te hagas arrancar las noticias con pinzas.

—Sacamos la medalla de plata también en Pekín, en 2008. Pero en Atenas, en 2004, ganamos el oro.

—¿El oro?

—Sí. Pero sobre todo…

—¿Sobre todo?

—Ganamos los últimos tres Mundiales seguidos. El vóleibol es terreno nuestro, ya, Toninho. ¿Y sabes quién es el entrenador que nos guio a estos triunfos? Bernardinho, justo como tú vaticinabas —sonrió su padre, contento como si le hubiera hecho un regalo.

Como cereza del postre pasaron a hablar de fútbol. Italo contó del triunfo brasileño de 2002, de la victoria italiana de 2006, demorándose con gran lujo de detalles en la ingloriosa salida del capitán francés. Y después contó del ascenso del tiki-taka y del triunfo de los españoles en 2010. Después, tras algunos minutos de silencio, mientras Antônio todavía estaba reelaborando todas estas informaciones, Italo dio un suspiro profundo y le dijo a su hijo:

—Nunca creí que estuvieras muerto, ¿sabes? Estaba llorando, pero la voz era decidida como siempre.

—…

—¿Y sabes por qué? ¿Te acuerdas de lo que dijo tu abuelo poco antes de morir? «Vi un final feliz junto con Antônio, puedo morir feliz.» Yo también quiero ver un final feliz junto con un nietito mío; no podías haberte ido antes.

Antônio abrió los ojos de par en par. En la confusión de aquellos días, con mil cosas en que pensar, mil que contar y mil otras que redescubrir, se le había escapado por completo de la mente comunicarle a su familia la noticia más importante. Diosmío, qué vergüenza, ¿cómo hice para no pensar en eso?

3.15 Sorpresas

Estaban todos a la mesa, Antônio sentado con los padres y Janita, los muchachos variamente desparramados con sus platos de guisado y sus tazones de cocacola. El viento tibio e hinchado de lluvia hacía danzar las cortinas de nailon floreadas, la radio parloteaba de fondo mientras su madre y Janita discutían si al día siguiente llevarle a Yamandé unos *cajuzinhos* o de nuevo unos dulces de coco, cuando él se aclaró la voz y dijo:

—Ejem, eso, quería decirles que… hasta ahora no hubo momento pero… en fin, yo tengo un hijo.

—¡Madrededios! ¡Antoninho! ¡Te casaste! —Marcela había dejado caer los cubiertos y casi volcado el vaso, llevándose las manos a los cachetes, rojos de emoción.

—No… eso, no exactamente, pero en fin…

—¡Aydiós, ay jesús, qué alegría! ¡Un nietito! ¡Tengo que llamar enseguida a Amanda, decirle que se hizo tía, que los niños tienen un primito! Se levantó agitada, haciendo volar la servilleta y precipitándose hacia la entrada y el teléfono, pero a mitad de camino dio media vuelta y volvió a dejarse caer en la silla, abanicándose la cara acalorada:

—Mamamía, casi me desmayo, ¡¡¡estabas muerto y en cambio estás vivo y encima te casaste!!!

—Mamá, no es que exactamente…

—¿Pero oyeron? ¡Un niño de Antônio! ¡Hay que festejar! ¡Janita, eres tía de nuevo! Italo, anda a buscar una botella, o incluso dos, tengo que llamar enseguida a Amanda y a la tía Norminha… ¿Y cómo se llama? ¿Y cuántos años tiene?

—No, años no, es chiquito, tiene solo cuatro lun… cuatro meses, más o menos. Se llama Ybyráatã.

—Pero qué lindo nombre, parece el de un colibrí. ¿Y tu mujer cómo se llama? ¡Quién sabe qué linda muchacha!

Janita se había levantado a abrazarlo risueña, apretándolo fuerte:

—¡Qué lindo, Antônio, qué feliz estoy! ¡Ya solo falto yo, me va a tocar apurarme! Su padre se limitaba a mirarlo, derecho en su silla y con el cuchillo y el tenedor todavía en la mano, una sonrisa de oreja a oreja, y sorbía por la nariz, los ojos brillantes, brillantes. Los muchachos no habían entendido nada, salvo que se estaba festejando algo, así que reían ellos también, y aplaudían, y abrazaban a todos, mientras Ubiratan y Piraí golpeaban al unísono con las manos sobre la mesa el velocísimo ritmo de la Canción de Fiesta. Se asomó al umbral la vecina, todavía con la servilleta en la mano:

—¿Todo bien? ¿Pasó algo?

—¡Genovefa, volvimos a ser abuelos! ¡Mi Antônio nos dio un nietito! Ven, ven a tomar algo, hay que festejar, llama también a Ronaldo y a los muchachos, díselo también al señor Meñares del patio de al lado, ¡quién sabe qué contento se va a poner!

Antônio pasaba de un brindis a otro —habían llegado también los vecinos del otro patio— y a todos tenía que repetirles que no, que no tenía fotografías, ni siquiera un video, no, nada: quizá la próxima vez, la próxima vez prometido, prometido.

—¿Y la dejaste allá solita, a tu mujer? Tenías que traerla a conocernos, santo cielo qué cabeza tienes. Ay, pero le tengo que mandar un regalo, Janita, tenemos que ir a comprarlo: algo para el niño y para ella unos aretes, quizá una mañanita. Italo, mañana mismo le tienes que abrir al chiquito una libreta de ahorros; ay, ahí está Amandinha, ¡bien, Janita, que la llamaste! Niños, tienen una tía y un primito, ¡vengan a darle un beso al tío! ¡Antônio lindo de su mamá, que se hizo papá! ¿Y cómo dijiste que se llama tu mujer?

—No es exactamente… Janaína, se llama Janaína.

—Un lindo nombre ella también, y dime, ¿cómo se conocieron, desde cuándo están casados? Jesúsmío, me muero por ver al niño, el colibricito chiquito de su abuela.

La tía Norminha, llegada con una gran bandeja de pasteles y un par de escarpines celestes tejidos a dos agujas —los hice cuando esperaba a Gabriela, los tenía guardados, no te ofendes, ¿verdad? Un regalito de la tía—, lo abrazó junto con Gabrielita, que preguntaba si iba a ser ella la madrina, muy desilusionada porque no había ni una foto para poner en Facebook. Amanda se sonaba la nariz, toda contenta:

—¡Pero bravo, Antônio, y encima otro varoncito! Papá, ¿viste, estás contento? Pero Antônio, tienes que llamar a Teresa sin falta.

—¿Teresa? ¿Qué Teresa?

—Pero cómo, ¿no te acuerdas?, tu oyente, la que llamaba siempre: ¡escucha, escucha, está al aire ahora!

—¿Al aire? ¿Pero dónde, pero cómo? Amanda subió el volumen:

—Claro que sí, fue ella la que volvió a poner en pie la radio, es toda una historia larga que no sé bien, pero en fin, es todo mérito suyo. Hace un programa lindísimo de recetas y noticias del mundo, lo escuchamos siempre: escucha qué buena es, no se entiende nunca nada, es buenísima, ¡escucha! Es más, llámala, ¡llámala ya!

Con el teléfono ya empujado en la mano, Antônio rio: casi un vértigo encontrarse de este modo del otro lado del hilo.

—¿Aló?

—¿Teresa?

—Sí, buenas tardes, querido mío, ¿desde dónde llam…? Pero esta voz, esta voz la reconocería entre mil, entre milmillones… ¿¡Antônio!?

—Sí, Teresa, soy yo, Antônio.

—¡Diosdelcielo, Antônio, qué emoción! ¡El que no se muere, se vuelve a ver! Yo sabía que no podías estar muerto, Antônio, no podías, con una voz así. Mamamía, queridos oyentes, ustedes no se pueden imaginar; eso, pongo una linda canción para reponerme de la emoción: mis queridas y mis queridos, aquí tienen, de Barbra Gaynor, «I will survive».

3.16 Gazeta

Marcela llegó agitada, secándose las manos en el trapo de cocina, mientras Antônio trataba de entender cómo funcionaba el celular que su hermana Amanda le había prestado y que apenas había conseguido encender:

—¡Antônio, Antônio, ven al teléfono! ¡Hay un periodista! ¡Un periodista para ti!

—¿Qué periodista, mamá? ¿Qué quiere?

—No sé, la Gazeta de algo, vamos, apúrate, ¡no lo hagas esperar!

Antônio no compartía en absoluto la agitación de su madre y a decir verdad no tenía muchas ganas de hablar con un periodista, ¿para qué, además? Bueno, oigamos qué quiere, si no mamá no me deja en paz.

—Sí, ¿aló?

—¡Queridísimo Antônio! ¡Qué gusto escucharlo!

—Disculpe, ¿quién habla?

—Soy José Geremia Opispo de Mervelhos, ¡pero usted puede llamarme sin más José! Soy periodista de la Gazeta Esportiva do Amapá, seguro que la conoce.

—La verdad que no. Pero de hecho estuve un poco fuera de circulación, últimamente…

—¡JAJAJAJÁ! ¡Un poco fuera de circulación! ¡Catorce años fuera de circulación, eh, Antônio! ¡Qué personaje!

—Escuche, yo tendría cosas que hacer, así que si…

—¡Pero claro! ¡Pero claro, Antônio, estará ocupadísimo! Le robo solo cinco minutos, una entrevistita al vuelo, ¡pero cuando la vea publicada se va a quedar de piedra! En cinco minutos le hago la entrevista del año, ¡va a ver, Antônio, va a ver!

—Mire, no sé, no entiendo… ¿una entrevista para hablar de qué? Es más, antes que nada, ¿quién le dio mi nombre?

—Eh, querido Antônio, un periodista nunca revela las fuentes, ¡eso lo sabe todo el mundo! En este caso fue el doctor Traverso, el del Senhora dos Anjos, que mire qué casualidad ¡es primo mío! No se puede considerar una fuente al propio primo, ¿no? Y además de todos modos ya se lo dije, ¡jajajá!

—¿Y qué diablos le contó el doctor?

—¡Ah, todo, Antônio queridísimo, todo! Que llegó después de catorce años perdido en la selva acompañado por una tribu de indios, uno de ellos herido, ¡todo me contó!

—Un lindo entrometido, este Traverso.

—Eh, él me tiene siempre al día, es una de mis fuentes más interesantes, y además en fin, es primo mío, ¿ya le dije que es primo mío, verdad? ¡Si supiera cuántas cosas pasan en una sala de urgencias, es una fuente de primera, se lo digo yo!

—Bueno, entonces si ya le contó todo, yo diría que podemos despedirnos y…

—¡Pero no, Antônio, pero no! Él me contó los hechos desnudos, pero esos son solo los huesos: la carne, Antônio, la carne del periodismo son las impresiones de los protagonistas, ¡su voz! Entonces, la primera pregunta.

—Pero yo no estoy seguro de querer ser entrevistado, no sé, querría pensarlo un momento porque…

—¡Jajajajá! ¡No quiere ser entrevistado! Es realmente simpático, Antônio querido: ¿quién en el mundo no querría ser entrevistado? Entonces decíamos, la primera pregunta: ¿qué sintió al volver a entrar en la civilización después de catorce años?

—¿Pero qué pregunta es esa? No sé, no sabría, no es una cosa que se pueda decir así en dos palabras…

—Fantástico. «No sé. No sé expresar con palabras lo que siento, es una cosa que me traumatizó a fondo, quizá algún día consiga expresar los violentos sentimientos que experimento.» Fantástico. Segunda pregunta.

—¡Pero yo no dije eso! ¡Dije que era una pregunta estúpida, cómo se le va a preguntar qué sintió a alguien que…!

—Segunda pregunta. ¿Qué sintió al volver a ver a sus seres queridos, que lo daban por muerto?

—Escuche, no creo que sea el caso de seguir, el cariño por mis seres queridos es una cuestión privada así que…

—Espléndido, espléndido. «La emoción de aquel momento me arrasó por completo. El infinito cariño que siento por los míos me brotó del corazón como un río crecido, sollozaba como un niño.» Perfecto.

—Lo saludo. Lo siento, esta entrevista es insensata.

—¡Terminamos, Antônio, terminamos! No fue difícil, ¿vio? Para concluir, dígame: supe que esos muchachos suyos juegan al fútbol, es usted el que los entrena, ¿no es cierto? Son buenos, me dicen, ¡lindas piernitas!

—¿Y eso quién se lo dijo? No creo que haya sido el doctor.

—¡Jajajajá, no, no, Antônio! ¡Eso me lo dijo el cuidador de la cancha, otra fuente mía que no debería revelar, pero ya está, revelada una, reveladas todas! Siempre me avisa cuando hay algo interesante, una pelea entre los jugadores, una lesión, un chisme… A cambio yo le doy un lugar en primera fila para el ensayo de la escuela de samba Piratas da Batucada —tiene esta pasioncita por las bailarinas, el pillo—, a mí no me cuesta nada, es mi prima la que dirige la escuela, sabe, la mujer del doctor Traverso, ¿se acuerda del doctor, mi primo, no?

—Escuche, no sé de qué está hablando, lo saludo.

—Y el cuidador me dijo que los inditos le dieron una buena palicita al Macapá, ¡jajajajá! ¡Qué fuerza! ¡Son capaces, eh! Así que, Antônio, ¿qué sintió cuando…?

Clic.

Antônio estaba exhausto y aturdido, diosmío pero quién es este imbécil, tendría que haber colgado antes, qué idiota, quién sabe qué tiene pensado escribir. Suerte que esta Gazeta del demonio quién va a querer leerla.

Los muchachos habían quedado impresionadísimos, no tanto por la victoria como por el partido en sí, por el hecho de jugar con personas distintas de ellos, de jugar por primera vez en su vida con desconocidos. Y estaban entusiasmados con la cancha, con las porterías, con las rayas en el suelo, con las gradas: le imploraron que volvieran allá, se morían de ganas de probar otra vez a jugar bajo aquellas gradas, aquellas luces, sobre aquel pasto blando como el pelo de una monita. Antônio, por otra parte, no tenía menos ganas, así que una mañana pasó a ver al cuidador y preguntó si podían ir a patear un poco en un momento en que no hubiera nadie: no querían molestar, quizá en las horas muertas. Joaquim, el cuidador, no puso problemas: abrió de par en par los brazos y una amplia sonrisa desdentada y proclamó:

—¡Pero claro! ¡Qué molestia ni qué molestia! De tres a cinco no hay nunca nadie, vengan cuando quieran.

Eran las cuatro en punto, y ya desde hacía media hora los muchachos y Antônio trotaban despreocupados de la lluvia, empapados, sudados y felices sobre la cancha, dando toques y corriendo y tirándose a menudo sobre aquel hermosísimo pasto, Antônio, pasto tan lindo no lo había visto nunca, quiero ponerlo todo alrededor del *shabono* cuando vuelva a casa, todo pasto verde blando así. En aquel momento Antônio vio con el rabillo del ojo un movimiento en las gradas y se dio la vuelta para ver bajar a los saltos, agitando los brazos en señal de saludo, a un tipito rizado en pantaloncitos amarillos:

—¡Antônio queridísimo! ¡Soy José, se acuerda, José Opispo de la Gazeta!

—Acordarme me acuerdo, pero ¿usted qué hace aquí?

—¡Pero el cuidador, Antônio queridísimo! Me avisó enseguida —se lo había dicho, que me avisara: ¡periodismo de investigación, Antônio, periodismo de investigación!— y se ganó el lugar para el ensayo especial, todas las bailarinas en traje, cosa de escalofríos, Antônio. Pero decíamos, bien buenos estos muchachos, ¡qué piernas!

—No entiendo, la entrevista ya la hicimos, ¿qué quiere de mí?

—¡Las fotos, Antônio, las fotos! ¡Somos la civilización de la imagen, un artículo no vale nada si no hay fotos! Saqué unas tomas fantásticas, va a salir un reportaje espectaculoso, eso, también un primer plano, así.

—¡Pero qué hace, pero quién le dio permiso para fotografiarme, pero váyase!

—Eso, también los muchachos, sí, sí, así, mira qué fotogénicos son estos inditos, bravo, así, tú también, fantástico, fantástico.

—¡Muchachos, pero qué hacen, no le hagan caso! ¡Y usted váyase, fuera, fuera de aquí!

—¡Listo, ya está, todo bien, un artículo fantástico, querido Antônio, va a ver! Y en un santiamén le había dado la espalda y ya volvía a subir saltando las gradas, la máquina de fotos en la mano que agitaba haciendo chao chao.

3.17 Lecciones

Habría tenido que pensarlo y dársela antes, la leccioncita que en cambio se vio obligado a darles a los muchachos en el mercado, delante del puesto de frutas y verduras del que Jaci había tomado un melón ofreciéndole a cambio al vendedor indignado dos tapitas de cocacola. Ni siquiera estaban equivocados: salidos a comprar pantaloncitos y camisetas, habían visto a Antônio darle a cambio al árabe bigotudo del puesto un par de billetes, y después al vendedor de pescado un puñado de monedas para tener una bolsada de pesca variada para la sopa de mamá Marcela. Era lógico que hubieran entendido que a cambio de aquellas cosas había que ofrecer otra cosa, y que unas tapitas relucientes les parecieran un trueque adecuado.

—No se puede dar a cambio una cosa cualquiera, hay que dar a cambio por fuerza estos, ¿ven? Se llaman dinero. Los dan a cambio cuando quieren algo.

—¿Pero por qué ellos quieren estos? Aquellos chiquitos redondos son lindos, relucientes, pero estos son feos, todos sucios y con encima el dibujo de un hombre antipático.

—Porque funciona así, aquí, Jaci. Si quieres un melón tienes que darle a aquel hombre uno de estos, no una cosa cualquiera, si no se enoja.

—Está bien. Si a él le gustan, está bien. ¿Y dónde se toman estos?

—No se toman, se merecen. En portugués se dice que se ganan. Por ejemplo, tú tienes muchas bananas: entonces vienes aquí y el que las quiere te da a cambio algunos de estos. Se llama vender, y después este dinero que te dieron se vuelve tuyo y puedes usarlo para tomar otras cosas de otra persona; se llama comprar.

—Pero no entendí: si yo quiero una banana, ¿tengo que darle uno de esos a aquel hombre?

—Sí.

—¿Pero para tener uno de esos tengo que darle una banana a otro hombre?

—Sí, bueno, más o menos.

—¿Pero entonces por qué no me la quedo, la banana, en vez de darla para después tomar otra?

Ayjesús, quién lo hubiera dicho que fuera tan difícil explicar el comercio, la economía. Antônio no recordaba en absoluto cómo había sido cuando de chico lo había aprendido: aunque sabía que no era posible que hubiera sido así, le parecía haberlo sabido siempre. Intentó otro abordaje.

—Eso, digamos que tú tienes que cavar un pozo muy grande, o construir una choza grande, y solo no puedes. Entonces te haces ayudar, ¿verdad? —Los muchachos asintieron al unísono—. Bien, entonces a las personas que te ayudaron tú les das un poco de este dinero para agradecerles, a cambio de su trabajo, ¿entendido?

—¿Y ellos van a ver a aquel hombre para tomar las bananas?

—Sí, si quieren bananas sí.

—¿Y le dan a cambio estos que les di yo?

—Eso, sí, ¡¡¡bravo!!! —Vamos, que lo logramos, entendieron.

—¿Y por qué yo no le doy directamente las bananas, si es eso lo que quieren a cambio? ¿Y por qué no se las toman ellos solos, las bananas? Antônio se agarró la cabeza entre las manos. Diossanto.

Por más que a veces fuera frustrante, por lo demás, sabía muy bien que no podía asombrarse por las dificultades que los muchachos a veces encontraban, porque también para él, a pesar de haber nacido ahí, entender de verdad aquel mundo era todo menos fácil. También muchas cosas en las que siempre se había considerado ducho ahora se le escapaban, y era él mismo el que necesitaba una guía. Para introducirlo a las nuevas maravillas tecnológicas del mundo moderno había sido obviamente designada la savia nueva de la familia. Gabrielita se sentó con él al lado de la computadora de la casa, una linda computadora con una pantalla fina y mucho más grande que las que él recordaba.

—¿Qué quieres ver, tío?

—Bueno, echemos un vistazo a internet. Todavía hay internet, ¿no? —dijo Antônio, bromeando, pero con una pizca de temor en la voz que no consiguió disimular del todo.

—Jajá, tío. Claro que hay. —Gabrielita hizo clic en un ícono que Antônio no reconocía, pero después apareció un logo familiar que lo desilusionó mucho.

—¿¡Google!? ¿Todavía usan Google?

—Claro que sí. Todos usan Google. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que lo usaba yo también hace catorce años, me esperaba que hubiera habido algún cambio mientras tanto. Bueno. Escucha, el programa para bajar las canciones gratis de todo el mundo, ¿todavía existe?

—¿BitTorrent? Sí, sí, lo usamos siempre.

—No, decía otro, pero ya no me acuerdo cómo se llama. Napper, me parece, o algo así.

—Nunca lo oí.

—Eh. ¿Pero este Bitorren funciona así, que buscas una canción y la bajas?

—Mmm, sí y no. Las canciones es difícil encontrarlas, en general bajamos discografías enteras.

—O sea que tú quieres escuchar un tema de… mmm… de… Santana, ¿y para escucharlo te bajas toda su discografía?

—No, para escuchar un solo tema en general uso YouTube.

—¿Usas qué?

La sesión de estudio no estaba yendo muy bien. Aparte de Google, parecía haber cambiado todo. En el fondo era lo que Antônio se esperaba y esperaba con ganas, pero una cosa era esperárselo y muy otra cuestión era encontrárselo delante. Antônio se sentía casi más desorientado que los muchachos: para ellos por lo menos era todo por aprender desde cero, para él estaba la carga adicional de tener que desaprender todo lo que recordaba. Gabrielita probó a explicarle algo que pudiera gustarle a un

adulto, como Facebook y Twitter: Antônio asentía pero se veía que no estaba entendiendo de verdad. Mientras hablaban, de la conversación saltó que nunca había oído hablar de Wikipedia.

—¿No conoces ni siquiera Wikipedia?

—No. Debería, ¿eh?

—Jesussantísimo, tío, pero dónde has vivi… —Gabrielita se interrumpió riendo antes de completar la metida de pata, pero Antônio no se lo hizo pesar y desplazó la conversación a un terreno más simple.

—Déjame ver otra vez ese sitio de la música, vamos. Y hazme escuchar algo popular hoy. Gabrielita le hizo escuchar *Na Linha do Tempo* y *Livre*.

—¿Me estás haciendo escuchar música que te gusta a ti, o música que piensas que podría gustarme a mí?

—Ejem… las dos cosas —respondió diplomática Gabrielita.

—¿Y las estrellas mundiales de hoy quiénes son? Sé honesta. Antônio no se atrevía a hacer preguntas más precisas; sobre todo no quería preguntar qué había sido de sus grupos preferidos, temía que se tradujera en una larga lista de «nunca lo oí» intercalada con una lista de muertos, y no tenía ninguna gana de escucharla.

—Mmm… no sabría, a mí me gustan mucho Katy Perry y Lady Gaga.

—Vamos, hazme escuchar algo.

Antônio no pudo, con toda honestidad, decir que compartía los gustos de su sobrina, pero en compensación aprendió rápido el uso de la columna de los videos relacionados y se zambulló en una exploración de los videos más vistos de la red. Algunos los apreció, algunos lo hicieron reír mucho, otros no los entendió. Después la espectacular imagen de una explosión lo atrajo. Mientras hacía clic le pareció sentir a Gabrielita ponerse rígida a su lado. Durante algunas decenas de segundos miró el video sin decir nada.

—¿Qué es esto? ¿Pasó de verdad? —le preguntó, con la voz rota.

—Sí —susurró ella, haciendo una mueca con la boca. Antônio reflexionó sobre la cosa unos segundos y después dijo:

—Ojo, los muchachos no tienen que saber nunca nada de esto. ¿Entendiste, Gabrielita? Por ningún motivo.

Pero Gabrielita lo miraba con aire apenado. Antônio se dio la vuelta, y unos metros a sus espaldas vio a Itaúna que miraba la pantalla. Se quedaron mirándose unos segundos, después el muchacho sin decir una palabra se dio la vuelta y volvió al patio.

3.18 Redacción

La salita de la redacción de Rede Norte estaba abarrotada de personas, de hojas de papel, de tabletas y celulares, de envoltorios de caramelos hechos un bollo, de plazos que se acercaban, de aburrimiento y fastidio.

—Vamos, muchachos. Vamos. Este programa está tan flojo como las nalgas de una vieja. Vamos. Hacen falta ideas nuevas, un poco de vida, un poco de color. Algo vivaz, fresco. Alfonso, ¿propuestas?

—Se podría pensar en algo sobre el Mundial, quizá un aspecto un poco lateral…

—El Mundial. Virgenmía. Hablo de algo fresco y él me saca el Mundial. Hace un año entero que hablamos del Mundial y vamos a hablar de él por lo menos otro año más. ¿Te diste cuenta, digo, te diste cuenta de que en la programación ya hay dos notas sobre el Mundial? Una sobre los uniformes de las selecciones —virgenmía— y una sobre qué van a comer nuestros atletas —doble virgenmía — entre un partido y otro. Pero aunque se nos ocurriera una idea genial —y mirando sus caras lo dudo— no podemos hablar SIEMPRE Y SOLO DEL MUNDIAL: ¿FUI CLARO?

—Sí, sí, claro.

—Clarísimo, jefe.

—Sí, muy claro.

—Perfecto. Tú, Amélia, ¿ideas?

—Bueno, está esa historia de cuernos que…

—Hoy los hago echar a todos. A todos. Son más embalsamados e inútiles que una momia egipcia. O quizá soy yo el que no habla portugués. ¿NO HABLO PORTUGUÉS, yo? Pedí algo NUEVO, porlavirgen: las historias de cuernos ya eran viejas en tiempos de Homero. A todos, los hago echar.

—Ejem… habría… en la revista de prensa…

—Vamos, Esmeralda, vamos, no sea tímida. ¿Habría qué?

Esmeralda se aclaró la voz, que pasó del debilísimo al débil:

—Ejem, eso, en la revista de prensa está este diarito local que… eso, estaría la historia de este tipo que volvió después de catorce años en la selva, junto con un equipo de indios que juegan al fútbol. Y a él lo daban por muerto. Y ellos son buenos, dicen que en un amistoso le ganaron al Macapá y… eso.

—Mh. Me gusta. Nuevo, distinto. El tipo, el Robinson Crusoe de la selva, las cerbatanas y las pelotas de fútbol, los indios todos desnudos y pintados: simpático, colorido, me gusta. Bien, Esmeraldinha, debería hacerte jefa de redacción a ti y mandar a Alfonso a hacer de secretario de redacción en tu lugar. O mejor todavía a lavar las escaleras. Denle las gracias a Esmeralda si por hoy no los echo, a todos ustedes. Y vamos enseguida a entrevistar al tipo, ese, el resucitado, ¿cómo es que se llama?

—Antônio Carlos Rocha de Almeida, jefe —dijo Esmeralda.

George, hasta aquel momento casi del todo distraído —estaba cubriendo de complicadísimas decoraciones un dibujito que se parecía muy vagamente a un capitel corintio—, dejó caer de golpe el bolígrafo.

—¿Antônio Rocha de Almeida? —exclamó estupefacto—. ¡Aydiós, pero si yo lo conozco!

—¿Ah sí? ¿Y cómo es eso?

—Era mi profe de gimnasia, jefe… Jesús, ¡estaba seguro de que estaba muerto! No dijo que cuando había sabido que estaba desaparecido y ya dado por perdido había llorado un poco por él: es verdad que era un muchachito de quince años, pero no se había dado cuenta de haberse encariñado tanto con un maestro, por loco que fuera.

—¿Puedo entrevistarlo yo, jefe? ¿Puedo?

—Pero claro, por lo menos te haces útil una vez en la vida. Si lo conoces, mejor todavía: más pasión, más color. Llámalo enseguida. Y llévate contigo a Manuel con la videocámara, que preparamos una nota y un videíto resumen que mientras tanto lo subimos al sitio. Una cosita simpática, breve, unos minutos, pero fresca, chispeante, ojo. Y ojo: color, mucho color.

3.19 Calles

Demasiados colores, estaba pensando Antônio, aplastado en el autobús entre una adolescente gordita vestida de rosa y un hombrecito que hablaba solo dirigiéndose a una tal Ernesta que parecía haberlo desilusionado.

Las orquídeas, las heliconias, las bayas, la fruta, los pájaros eran pinceladas abigarradas y deslumbrantes, pero el fondo, el color verdadero y basilar de la selva era el verde, eran los millones de matices de verde que parecían teñir el aire, la luz. Allá era como estar en el fondo esmeralda de un estanque o de una piscina, mientras que aquí la mezcolanza de todos aquellos rojos y amarillos, de los añiles de las paredes descascaradas y de los fucsias acrílicos de las camisetas, los rojos y azules de los autos, los naranjas, los violetas, los celestes eléctricos de los letreros lo aturdían; era todo demasiado colorido y parecía amontonado al azar, colores que eran como ruidos.

Todavía tenía que hacer cierto esfuerzo para andar solo por aquella ciudad que había sido la suya, le parecía todavía no poder orientarse, que todo fuera demasiado complicado y confuso, una cacofonía casi ilegible. Tres muchachas parloteaban sentadas un poco más adelante; sus risas eran simpáticas, pero Antônio ya se había dado cuenta de que no era capaz de establecer si una muchacha era o no era linda: le costaba descifrar sus ropas, que le parecían siempre o demasiado descaradas o demasiado elegantes, y a menudo las dos cosas juntas. Y además estaban siempre demasiado, demasiado vestidas. Cómo haces para entender si una mujer es hermosa cuando está así toda enjaezada de tela, me pregunto yo, quién sabe.

Se removió en el asiento; los pantalones, la camisa, los zapatos lo incomodaban: se sentía atado, apretado, constreñido, y le parecía estar siempre un poco sucio y sudado. Sucia y acalorada le parecía cada vez más también la ciudad, de una suciedad que no recordaba, hecha de agua mugrienta y de viejas pinturas, de basuras descuidadas, de aproximación, de dignidades cansadas que se volvían sordidez, del olor omnipresente a gases de escape y a comida, a gente.

Por lo demás no podía quedarse encerrado todo el día en casa, desnudo y tranquilo; ni siquiera los muchachos lo hacían ya: salían cada mañana, en grupo, a hacer recorridos cautos pero cada vez más largos por el barrio, observando cada cosa con el concentrado interés del explorador en un planeta ajeno. La vitrina de la peluquera contenía un mundo entero de perfumes y asombros, de mechas cardadas y de bucles, de uñas pintadas. Y enseguida después estaba el lavadero de autos, y cómo hacías para no detenerte hasta una hora entera a disfrutar de los cepillos azules que suben, bajan y giran, del agua, de la espuma, del brillo de los autos que salían de ahí relucientes como joyas, de la risa ronca del hombre de la gran panza que hacía funcionar aquel carrusel de chorros. Después el verdulero, con montañas de frutas y verduras nunca vistas que quién sabe quién había recogido de quién sabe qué planta y que se marchitaban despacio al sol; la música que salía del bar donde la sombra, de extraño y un poco rancio olor, centelleaba de vidrios y botellas; después una mujer con tacones rojos, dos perros que se perseguían, un policía torvo que zarandeaba a un chiquillo y una ambulancia que pasaba en un relámpago aullando. Y los paraguas, una asombrosa novedad para quien ha vivido milenios de lluvia: Cauê y Ubiratan habían querido uno cada uno y no se separaban de ellos ni siquiera cuando no llovía en absoluto.

Moacir, en cambio, se había olvidado al instante de todos los paraguas del mundo cuando había visto pasar disparado a un muchacho montado en una bicicleta. Casi había llorado de entusiasmo cuando había salido a la luz que la vieja bicicleta de Antônio todavía estaba en el zaguán y se le había dado permiso para aprender a usarla, confiado a Janita para las primeras experimentaciones sobre los pedales en el polvoriento patio asoleado.

Pensarlo dando vueltas en bici por Macapá dejaba a Antônio todo menos tranquilo, y cultivaba la esperanza de que Yamandé se curara y se volvieran todos a la paz de la selva antes de que la pasión ciclística se volviera un problema. Después, claro, los muchachos eran en promedio muy prudentes y por ahora la calle se las arreglaban para cruzarla lo menos posible: hasta a Antônio los autos le parecían demasiados y siempre demasiado veloces; manejar una anaconda o un jaguar era una cosa, pero atreverse a bajar de la acera para tirarse entre aquellos bólidos ruidosos e imprevisibles era otra historia completamente distinta. Solo faltaba la bicicleta.

Miró por la ventanilla un poco tenso; siempre tenía la duda de no conseguir reconocer las paradas, de equivocarse de camino y perderse entre un supermercado, un callejón y un salón de juegos, y mientras escuchaba el borboteo relativo a los muchos pecados de Ernesta trataba de imaginarse el aspecto de George, después de todo aquel tiempo. Estaba contento de que lo hubiera llamado, de que quisiera verlo, de que se hubiera declarado tan feliz de haberlo sabido vivo y coleando y de vuelta en la ciudad. No debía de ser tan malo como maestro, al fin y al cabo, si después de tanto tiempo un alumno mío todavía se acuerda de mí y con tanto cariño. La historia de que quiere una entrevista, de que quiere filmar a los muchachos jugando, de que tiene una propuesta magnífica, no sé, suena un poco rara, quién sabe qué tiene en mente, veremos. Pero decidir encontrarnos en la radio fue una buena idea, me muero de curiosidad por ver qué hizo Teresa; quién hubiera dicho que iba a ser justamente ella la que volviera a ponerla en pie, ella, la reina de la llamada confusa.

3.20 Radio

Se había esperado volver a ver el viejo muro un poco maltrecho, pero el barrio evidentemente había subido de tono y el edificio que albergaba la radio estaba pintado de un lindo turquesa que hacía resaltar, en las ventanas del primer piso, modernos vinilos a cuatro colores con un indistinguible logo y la inscripción Radio Nova Amizade en amarillo y negro.

En la entrada, más allá de la puerta pintada de amarillo, habían montado una pequeña recepción con sillones de mimbre y almohadones de chintz. Una muchachita rizada sentada frente a una computadora y al cartel bastante pomposo de «secretaria de redacción» acogió a Antônio con entusiasmo:

—¡Oh, claro, Teresa me había dicho que usted iba a venir! ¡Teresa! ¡Teresa! —chilló hacia una puerta de vidrio—. ¡Llegó aquel señor! Teresa llegó al instante, todavía con los auriculares al cuello: aretes de plástico rosa fresa, lápiz labial cereza y una melena color banana, parecía una canasta de frutas. Trabajar en radio debía de haberle hecho bien, como confirmó ella misma envolviendo a Antônio en un abrazo perfumado de violeta:

—¡Antônio, qué feliz estoy! Recé tanto por ti, encendí un montón de velas a Nossa Senhora da Conceição y hasta le di una gallina de ofrenda a mi vecina que hace *candomblé*, que nunca se sabe, cuantos más dioses estén en el baile mejor, ¡y ves que sirvió! ¡Te salvaste! Y qué lindo por fin conocerte, y aquí en la radio encima. ¡Si supieras cómo me cambió esta cosa de la radio, cómo me despabiló! Sabes, también tienes que hacerte una cultura, estar al día. Y todo gracias a ti, a tu voz; pero mírate, qué muchacho lindo, lo sabía, con esa voz. Te imaginaba un poco más fortachón, eso sí, pero no estás nada mal, si tuviera diez años menos, mira.

—Gracias por los cumplidos, pero…

—Jajá, no te preocupes, no te quiero hacer la corte, sé que además estás casado, imagínate.

—¿Y cómo diablos lo sabes?

—Pero me lo dijo tu mamá, ¿no? Ayer, cuando llamé para confirmar el horario, charlamos un rato, qué mujer simpática. Me dijo que te casaste con una muchacha linda, que tienes un niño hermosísimo y que pronto va a ser hora de poner en marcha el segundo, ¡felicitaciones, tu madre estaba tan contenta!

—Sí, bueno, no es exactamente… en fin, dejémoslo. Cuéntame de ti, de la radio, ¿cómo hiciste para volver a ponerla en pie?

—Ay, es una historia larga, mira, aquel Senhor Inácio fue generoso, no se puede decir lo contrario. Y después ni siquiera llegó a tiempo de ver el éxito que tuvimos, tuvo unas cuestiones con la policía, dicen, yo no sé bien: se fue a vivir a Bogotá, donde tiene una filial de su empresa que necesitaba su presencia. Gustavo en cambio, sabes cómo es, los bienes mal adquiridos a nadie enriquecieron: está preso, pobrecito, un buen muchacho pero que salió torcido, las malas compañías, sabes cómo son estas cosas. Y entonces así volvimos a montar la radio, ¿entiendes?

Antônio no había entendido ni jota, pero consideró inútil tratar de interrumpir a Teresa, que mientras tanto lo había hecho acomodarse sobre los almohadones de chintz y hablaba ininterrumpidamente agitando uñas color albaricoque:

—Y tuvimos un buen éxito, ¿sabes? Mi programa hace un montón de audiencia, recetas y política, funciona buenísimo, si supieras. Claro que yo todavía trabajo con Madame Samuela —el que deja el camino viejo por el nuevo sabe lo que deja pero no lo que halla, se sabe—, pero ya no lavo cabezas, ahora hago las tinturas y los peinados, aunque todo el día no hago más que pensar en mi programa, tengo una pasión, mira. Y la audiencia va requetebién, Luiza hasta está un poco celosa.

—¿Luiza?

—Pero sí, mi amiga Luiza, te acuerdas de ella, ¿no? Ella tiene la sección de gossip, se llama así ahora, ya no chismes, lo sabes, ¿no? Eso, ella sabe todo de los cantantes y de los vip y de cómo se visten y se ponen de novios y se dejan, hace un programita lindo, es muy dotada. Claro que no tiene la audiencia del mío; el único que se acerca es João.

—¿Pero qué João, el cuidador? —Antônio estaba cada vez más desconcertado.

—¡Sí, sí, él, él! Sigue haciendo de cuidador obviamente, pero a las nueve tiene el programa de astrología y a las diez el consultorio sentimental. Si supieras qué bueno es, da unos consejos que te hacen venir las lágrimas a los ojos, casi querría tener problemas de amor para que me aconseje él. Tienes que hacerte hacer el horóscopo sin falta, mira, quién sabe esta cosa de la Amazonia qué influencias astrales tiene.

—Pero claro, me muero de ganas. De todos modos, felicitaciones, fueron muy buenos de verdad. Pero no entendí bien la cosa de las recetas y la política, ¿entiendes de política ahora? En su momento no me parecía que…

—¿Yo de política? ¡Pero no, imagínate! Es que cocinar se me da bien y siempre tuve pasión —y los programas de cocina andan siempre fuerte, mira—, pero pensé que había que ampliar un poco el posicionamiento, no solo abuelas y amas de casa, así que le metí la política adentro. Pero es fácil, ¿sabes? Miro un par de sitios de noticias, sitios de internet, ¿te das una idea?, pero claro que te das una idea: me la enseñaste tú, la internet, con tu programa; dios, ¡parece que pasó tantísimo tiempo! Eso, leo los títulos, después voy a gúgol y pongo las palabras clave, ¿no? Pongo las palabras clave junto con la palabra «recetas», por ejemplo qué sé yo: «Irak, recetas» o «Ucrania, Putin, recetas». O si ya tengo en mente la receta de un plato pongo ese y después las palabras clave: «Moqueca de camarones, Obama, estelas químicas». Sale siempre algo interesante, si supieras. Me enseñó Paco a usar gúgol, ¿te acuerdas de Paco, el técnico de sonido? Se casó con una alemana y se fue a vivir a Europa, a Berlín o Ámsterdam o a otra ciudad de Alemania, ahora no me acuerdo. Quizá Sídney.

Antônio se esforzó por beber otro sorbo del jugo de fruta demasiado dulce que Teresa le había puesto en la mano:

—Bueno, estoy contento: siempre había deseado Europa.

—Sí, sí, mira, yo también estoy feliz, aunque al principio no sabíamos cómo hacer para reemplazarlo; después por suerte encontramos a Saverio, enseña piano en la escuela para ciegos, es buenísimo, después te lo presento, fue él el que me dio la idea para el logo nuevo, ¿te gusta? Lo dibujé yo.

—Mh. Muy lindito, sí. Un… un loro. ¿Con un… rastrillo en el pico?

—Jajá, pero no, qué loro: es un cisne, un cisne con las alas desplegadas sobre un mapamundi, con la ramita de olivo de la paz entre los pueblos en el pico. Me inspiré en esa linda canción que me gusta tanto, sabes, «Imagine all the people», la de Paul Lennon, ¿te das una idea?

—Cómo no, cómo no. Y el logo es realmente precioso.

—¿Verdad? Siempre fui dotada para el dibujo. Lo dijo también Saverio; él no ve, se entiende, pero se lo describí bien y me dijo que es muy lindo. ¡Ay, pero mira, llegó tu amigo! Los dejo tranquilos, quién sabe cuántas cosas tendrán que decirse; ¿o quizá les gustaría un *cafezinho*?

3.21 Individualidad

Antônio seguía llamándolos «los muchachos». Los muchachos hicieron esto, los muchachos necesitan esto otro, como si fueran un único cuerpo indistinto. Y en los primeros tiempos de hecho casi lo habían sido: intimidados por la cantidad de novedades, para no dejarse arrasar se habían apretado uno contra otro dándose fuerza mutuamente. Esto había hecho también más simple la tarea de Antônio de tenerlos vigilados y protegerlos de los muchos peligros de la vida fuera de la selva. Pero a medida que las semanas pasaban y se iban adaptando al nuevo mundo, y jesússanto si lo hacían rápido, las diversas individualidades volvían a emerger y tenerlos a cada momento todos juntos ya no era posible: las torpezas, las desconfianzas, los temores se estaban disolviendo de día en día en una desenvoltura cada vez mayor y en ganas de experimentar aquel mundo nuevo. Antônio había tenido que aceptar el hecho de no poder controlarlos más, o en todo caso de necesitar la ayuda de sus familiares para hacerlo.

Moacir y Cauê habían ido de nuevo al aeropuerto a ver los aviones aterrizar y despegar de cerca, un pasatiempo que habían empezado a cultivar desde hacía algunos días. Antônio no tenía ganas de ir por cuarta vez consecutiva, pero Gabrielita se había ofrecido a ir con ellos: los muchachos de todos modos habían dicho que conocían el camino, y por lo demás no quedaba lejos, así que después de muchas recomendaciones se había resignado a dejarlos ir. De todos modos siempre era un placer para él ver que la pasión con la que, cuando estaban en la selva, escuchaban sus relatos sobre la modernidad había resistido la prueba de la confrontación con la realidad.

Jaci e Itaúna, acompañados por Janita, habían ido en cambio al cine a ver aquel dibujo animado ambientado en un reino helado. Quién sabe qué entenderían, teniendo en cuenta que, aparte de la lengua, estaba también el detalle de que sus únicas experiencias con el concepto de frío eran el refrigerador de la casa de Antônio y los helados de palito —bastantes, a decir verdad— que se habían comido.

Antônio recordaba haberse asustado mucho el día en que Itaúna lo había sorprendido mirando el video del once de septiembre: no pensaba que Itaúna pudiera entender lo que había pasado, pero para ir a lo seguro les había dado a los muchachos una clase sobre el concepto de «película», contándoles que a las personas les gustaba actuar y filmar en la pantalla relatos y acontecimientos raros de todo tipo, a veces incluso tristes, que en absoluto eran verdaderos, no, no, nada de verdadero, eso, vean, en esta película este actor se muere pero en la película siguiente está de nuevo vivito y coleando. No todos se habían mostrado muy interesados, también por la barrera lingüística, pero Jaci e Itaúna habían resultado unos apasionados cinéfilos y habían empezado a devorar un dibujo animado tras otro. Antônio no tenía nada en contra, es más: al fin y al cabo son lindas historias, instructivas, fáciles de entender y no cruentas, y paciencia si le parecía tratarlos como niños de cinco años.

Por otro lado sabía muy bien que niños no eran en absoluto, gustos cinematográficos aparte: eran jovencitos de veinte años o por ahí y, por lo demás, en la selva después de la iniciación eran considerados hombres hechos y derechos. Allí las cosas eran un poco distintas; en este otro mundo uno se considera muchacho hasta los cuarenta años, como demostraba el hecho de que él mismo a esa edad fuera llamado así por mamá Marcela (cuando no directamente «niño», un poco fuera de lugar pero las mamás son así). Y a propósito de Marcela: quién sabe qué estaba tramando en aquel momento con Piraí, que la había acompañado al mercado a aprender los secretos de las compras.

Antônio se encontró pensando: mis muchachos están creciendo. Y le vino una pizca de melancolía, cosa que lo llevó a reírse de sí mismo y de los pensamientos raros que estaba teniendo. En aquel momento levantó los ojos y vio a Ubiratan salir a la veranda con dos cervezas en la mano y sentarse

a su lado. Durante un rato se quedaron en silencio sorbiendo las cervezas y mirando la calle más allá de la reja. Fue Ubiratan el que interrumpió primero el silencio.

—Sabes, cuando partimos de la aldea no estaba seguro de que Yamandé se fuera a salvar. Es raro. No sé cómo decirlo, creía en tus palabras pero igual me parecía raro. Demasiado raro. Y en cambio lo lograste. Todavía no te di las gracias.

—No me tienes que agradecer a mí. No lo salvé solo. Lo salvamos todos juntos. Y qué hazaña de locos fue. ¿Te acuerdas de cuando conseguimos evitar la cascada por un pelo?

—Sí. —Ubiratan rio durante dos segundos, pero la evidente melancolía volvió enseguida a ensombrecerlo—. Aquí es lindo y son todos muy gentiles. Nos están ayudando mucho. Y no estaban obligados a hacerlo.

—Tampoco ustedes estaban obligados a salvarme y ayudarme a mí, cuando me encontraron. Toda la aldea me acogió como si formara parte de ella desde siempre. A mi familia le parece lo mínimo hacer lo mismo con ustedes.

—Tu familia, sí. Sabes, Antônio, cuando estábamos en la aldea nunca lo había pensado; tú llegaste cuando nosotros éramos niños, casi no me acuerdo del tiempo en que tú no estabas. Para mí siempre fuiste uno de la tribu. Pero ahora que veo a tu familia, me pregunto cómo hiciste para aguantar estar en la aldea todo aquel tiempo, sabiendo que tu familia estaba aquí.

—Eh. No fue fácil. Sobre todo los primeros tiempos, cuando ni siquiera sabía hablar la lengua de ustedes. Pero me ayudaron justamente ustedes, los niños, y nunca se lo voy a agradecer bastante. Y además, sabes: el destino del hijo es irse. Yo tenía nostalgia, pero gracias a ustedes seguí viviendo bien. Más que por mí, me daba pena por mi mamá y mi papá; son los que se quedan a sufrir más.

Antônio se dio cuenta de haber tocado una nota dolorosa. «La» nota dolorosa. Se apresuró a remediarlo:

—Pero no te preocupes, Ubiratan. Mi situación de entonces y la nuestra de hoy son muy distintas. Los que se quedan sufren más cuando no saben. No saben qué le pasó a su ser querido, no saben si volverá. Nuestras mujeres saben qué nos pasó, saben por qué nos fuimos y saben que vamos a volver. Y tu hijo es todavía demasiado pequeño para entender lo que está pasando; estoy seguro de que está ahí haciéndole compañía a Ybyráatã. Como suele ocurrir, el remedio fue peor que la enfermedad.

—Dijiste todos los motivos por los que estoy triste, ¿sabes? Extraño mucho a Kinératan, pero él quizá ya se olvidó de mí. Y Amiajè sabe solo por qué me fui, pero no sabe qué me pasó. No sabe si encontramos el camino correcto, no sabe si estamos todavía vivos, no sabe ni siquiera que había una cascada a la que sobrevivir, pero estoy seguro de que se imaginó peligros todavía peores. Y no sabe si conseguimos salvar a Yamandé y no sabe cuándo volveremos ni si volveremos. No lo sabe nadie. ¿Cuándo volvemos, Antônio?

—Yamandé se está curando bien pero todavía necesita un poco de tiempo, dijeron los doctores, por lo menos una luna; después volvemos a casa: ya no falta mucho. Y va a ser todavía más lindo para el que nos esperó vernos volver a todos sanos y salvos y con tantas cosas que contar —sonrió Antônio. Volvieron a observar el ir y venir de la calle. La charla les había hecho bien a los dos, y la segunda cerveza acompañó una conversación más alegre, centrada en los muchos aspectos graciosos de su permanencia allí, cuyo subtexto era: sí, extraño la selva, pero en el fondo esta es una aventura hermosísima de la que me voy a acordar siempre.

Los primeros en volver fueron Marcela y Piraí. Sombríos, no se dirigían la palabra. Era una expresión rara para describir a dos personas que hablan sin comprenderse dos lenguas distintas y, sin embargo, en sus sesiones de cocina normalmente ninguno de los dos se callaba ni un instante y parecían madre e hijo, mientras que ahora prácticamente se estaban ignorando. A Antônio le pareció oír a su madre murmurar algo sobre orugas y porquerías, pero mirándolos a la cara tanto Antônio como Ubiratan decidieron evitar pedir informaciones detalladas sobre el motivo de su evidente pelea.

Poco después llegaron también Jaci e Itaúna, seguidos por una Janita que no se callaba un instante. Los dos, evidentemente alterados, se apresuraron a entrar en la casa sin hablar. También ellos están perturbados, pensó Antônio, notando que no tenían para nada la cara de dos personas que acabaran de ver un dibujo animado. Es verdad que los conceptos de hielo y nieve les eran ajenos, pero no era posible que les hubiera hecho aquel efecto.

—¡Janita! ¿Qué pasó? ¿No fueron a ver *Frozen*?

—Sí, y se divirtieron muchísimo. Tenías que ver cómo se reían cada vez que en la pantalla aparecía aquel graciosísimo muñeco de nieve. Fue muy divertido.

—…A mí no me parecen dos muchachos que pasaron una tarde divertida. ¿Qué pasó después?

—Ah, eso, sí. Eh, quería llevarlos a comer un helado, pero apenas salimos vieron los carteles de aquella otra película, la de esos lindos guerreros griegos todo pectorales, los 300 espartanos. Estaban muy curiosos, me hicieron entender que la querían ver.

—Janita, pero yo te había dicho…

—Pensé, bueno, es una película de guerra, no va a ser difícil de seguir aunque no entiendan la lengua. Basta con tantos dibujitos, no son unos niños.

—Janita…

—Solo que la película era un poco demasiado violenta, yo seguía diciéndoles «película, película», pero ellos se perturbaron un poco y después de media hora se quisieron ir. Perdona, Antônio. Un poco perturbados, cómo no, pensó Antônio, nunca los vi así ni siquiera cuando enfrentamos la cascada. Pero entendió que Janita ya estaba apenada por su cuenta y que no valía la pena hurgar en la herida:

—Pero no, está bien. No importa, ya vas a ver que se les pasa. Fuiste gentil en acompañarlos; ahora voy a ver si consigo calmarlos un poco.

Antônio se levantó, le hizo una seña a Ubiratan de que lo siguiera y en aquel momento vio, más allá de la reja, a Moacir, Cauê y Gabrielita llegar desde una dirección completamente distinta de la habitual procedencia del aeropuerto. Cauê tenía una expresión feroz en la cara, también esta una novedad. Moacir era visiblemente presa de sentimientos parecidos pero era más hábil para mantenerlos bajo la superficie. Gabrielita los seguía con la cabeza gacha y de vez en cuando levantaba los ojos para alguna mirada rápida ora a uno ora al otro. Una mirada en la que a Antônio le pareció ver gratitud mezclada con pena. Cuando estuvieron más cerca Antônio notó que la camiseta de Cauê estaba rasgada y que los dos muchachos estaban bastante embarrados. ¿Y quizá aquello en la mejilla de Cauê era un moretón? ¿Y los nudillos de Moacir habían estado siempre así de despellejados? Antônio se vio obligado de nuevo a ejercitar sus no excelsas capacidades deductivas, porque por lo visto tampoco este grupito tenía muchas ganas de hablar. ¿Sería posible que Cauê y Moacir se hubieran

peleado a golpes? Cauê y Gabrielita fueron derecho a la casa sin siquiera saludar. Moacir se detuvo un instante, puso una mano en el hombro de Antônio y le dijo:

—Ella está bien, no te preocupes. Y nosotros también. Aquellos otros están un poco menos bien. — Y siguió detrás de sus amigos.

Antônio y Ubiratan se quedaron desconcertados mirándose el uno al otro, y Antônio pensó: sí, ¿cuándo nos vamos de aquí?

3.22 Propuesta

—Vamos, muchachos, vayan a buscar las pelotas y pónganse a trabajar, que dentro de poco llega un amigo mío a hacerles las tomas para la televisión.

—¿Qué son las tomas?

—¿Qué televisión, la que está en la pantalla?

—A ver, las tomas son… bueno, como fotografías; se acuerdan de cuando les sacaron las fotografías, ¿no? Eso, las tomas son cosas así, pero son fotografías que se mueven y sirven para ponerlas en la pantalla, sí, así las ven todos.

—¿Así después nuestras fotografías las ven todos en la pantalla como cuando miramos la televisión?

—Sí, justamente así.

—A mí me va a gustar mucho verme chiquito en la pantalla.

—Igual a ti no te va a mirar nadie en la pantalla, me van a mirar a mí porque soy más lindo.

—Pero yo soy mejor.

—Pero yo corro más rápido.

—Muchachos, a jugar, vamos. En la pantalla pensaremos después.

Sí, en la pantalla pensaremos después. Pero en cambio en la pantalla había que pensar enseguida: George había sido realmente cariñoso y amable, y la entrevista había sido agradable e inteligente —no como la de aquel rizado idiota—, pero por lo visto al público el asunto le había parecido muy interesante y George lo había vuelto a llamar proponiéndole un especial centrado en los muchachos, con muchas imágenes de los muchachos jugando, que tenían que filmar justamente aquel día apenas George llegara con el camarógrafo. Y eso estaba muy bien, naturalmente. Lo que había dicho después, sin embargo, era una cosa que tenía que pensar bien. Y pensarla ahora, querido mío, porque es más que probable que George hoy quiera una respuesta y yo todavía no sé, no consigo decidirme. Antônio se pasó distraídamente la pelota de un pie al otro, reflexionando, mientras los muchachos alborotaban por toda la cancha disputándose no menos de seis o siete pelotas.

Era la propuesta que le había hecho lo que lo dejaba indeciso. Por lo visto la cadena para la que George trabajaba estaba muy interesada en ellos: tenían la audiencia un poco a la baja y necesitaban algo nuevo —fresco, había dicho—, así que se habían ofrecido a organizarle una gira de partidos por la región, seis o siete ciudades, equipos de nivel regional, todos los viajes y los gastos pagados y una remuneración por la contratación, a cambio de los derechos televisivos. Y además uniformes deportivos para todos los muchachos —con la marca de la cadena, se entiende—, zapatos incluidos. Eso, ya los zapatos se perfilaban como un asunto espinoso: los muchachos jugaban desde siempre descalzos y Antônio estaba seguro de que no les gustaría nada cambiar de sistema. Pero desde luego no era pensable hacerlos jugar descalzos contra los otros calzados, una cuestión que no tenía idea de cómo resolver. Y no era en absoluto la única que lo preocupaba: todos aquellos micros, aquellos viajes, ciudades distintas, hoteles, un montón de desconocidos, el hecho de jugar no por juego sino porque a esa altura se trataría de una especie de obligación, eran todas cosas que no sabía cómo se

las tomarían los muchachos. Por otra parte se daba cuenta de que para ellos podía ser una ocasión única de vivir experiencias nuevas y seguramente interesantes, conocer otros lugares y otras personas, medirse con jugadores que no conocían y que jugaban de un modo distinto del suyo, casi con certeza divertirse mucho. Y no podía negar que él mismo tenía muchas ganas: irse un poco por ahí con los gastos pagados, ver otras ciudades, jugar junto con su equipito disfrutando de algún partidito como corresponde lo atraía bastante.

Además había que tener en cuenta lo que habían sabido por los médicos: Yamandé iba a necesitar por lo menos otro mes de rehabilitación, y pasar todavía todo aquel tiempo en Macapá corría el riesgo de volverse problemático. Los muchachos estaban acostumbrados a una vida activa, y quedarse quietos otro mes sin nada más para ocupar los días que holgazanear y jugotear un par de horas al día en la cancha de entrenamiento —por ahora bonachonamente concedida, pero quién sabe hasta cuándo— desde luego no era lo ideal. Ya había estado el asunto de Cauê, que había dicho que quería colgar su hamaca cerca de la de Gabrielita. Pero qué hamaca, si no tiene ni quince años, diossanto.

—Ni pensarlo, es demasiado joven.

—Mi hermana es tan joven como ella y acaba de tener un niño.

—Tu hermana no tiene nada que ver. Aquí las cosas son distintas.

—¿Por qué?

—Porque sí. Porque te lo digo yo. Escucha, Cauê, yo entiendo que tengas ganas de una muchacha: podrías —dejemos la hamaca por un momento— podrías hacerte amigo de la hija de los vecinos, Fernanda es simpática y muy linda.

—¡Pero es vieja!

—¡Pero qué vieja, tiene dieciocho años!

—No sé qué es años. Pero es vieja. Y también fea, es seca como una pata de saltamontes. No la quiero.

—Bueno, peor para ti.

—Y Gabrielita me mira siempre; yo creo que ella quiere mucho poner su hamaca cerca de la mía.

—¡Y basta con estas hamacas! Tú a mi sobrina la dejas en paz, tema cerrado.

Pero Antônio sabía que cerrado no estaba en absoluto: eran jóvenes, era obvio que las muchachas fueran un pensamiento primordial para ellos —sobre todo considerando que no tenían prácticamente nada que hacer— y temía que fuera solo cuestión de tiempo antes de que saliera a la luz algún lío. Por no hablar de Moacir y de su bicicleta: ya había llegado al «sin manos» y muy pronto se aburriría de dar vueltas en círculo alrededor del patio: en cuanto salga a la calle se va a meter en algún problema, lo sé, no tengo dudas. Después Ubiratan, que aprendió perfectamente a manejar el control remoto y se pasa todo el día clavado delante del televisor aturdiéndose de publicidades y telenovelas, se me atonta del todo (y graciasadiós que todavía no descubrió los porno). Y Piraí, que está siempre en la cocina y a fuerza de experimentar guisos y dulces con mamá y la tía Norma está engordando: otro mes de salsas y galletas y le va a salir un traserón de tapir, qué va a jugar a la pelota.

No, no, hay que distraerlos, despegarlos de aquí, tenerlos ocupados: eso, sobre todo tenerlos ocupados. Y hacerlos correr.

Desde el fondo de la cancha vio llegar a George, acompañado por el camarógrafo: Antônio, sonriendo, lo saludó con la mano. Había decidido.

3.23 Finanzas

De hecho había también otro aspecto que lo había convencido, pensaba Antônio mientras bebía el café en la luz lloviznosa de la mañana observando a los muchachos desayunar con torta de maíz, sandía y papaya y felicitar a Piraí porque sus *beijinhos* eran casi tan buenos como los de mamá Marcela. El dinero, al que durante casi quince años no le había dedicado ni un pensamiento, era en cambio, mira tú, una cosa que había que tener en cuenta. Seis jovencitos de buen apetito para alimentar, más él, no eran un desembolso menor, y de algún modo había que vestirlos también, les gustara o no.

Cuando lo habían dado por muerto —y su cuenta bancaria cancelada— aquellos cuatro ahorros que tenía habían ido a la cuenta de sus padres, los cuales naturalmente se los habían vuelto a poner después a disposición: son tuyos, Antoninho, faltaba más. Él los había usado hasta entonces para contribuir a los gastos; ya eran de sobra generosos sus padres al echarse encima en casa una banda de extraños estrafalarios llegados de regalo junto con el hijo resucitado. Pero los ahorros se estaban adelgazando, la permanencia en Macapá se prolongaba, la rehabilitación y la fisioterapia de Yamandé iban a comportar gastos nada despreciables: la gira con su correspondiente remuneración ofrecida por Rede Norte que George le había propuesto —propuesta generosa, la de llevarlos de gira, considerando que ellos no eran nadie— podía contribuir a resolver el problema. Creaba sin embargo otro: incluso calculando que había que descontar los gastos médicos de Yamandé y el costo de un mínimo de vestuario que habría sido necesario procurarles a los muchachos —y a sí mismo— para irse un mes de gira, si se tenía en cuenta que durante las próximas semanas tendrían todos los gastos pagados, resultaría de ahí un ahorrito que, aunque todavía no cuantificado y seguramente irrisorio a los ojos de muchos, preocupaba a Antônio. El hecho era que aquel dinero sería a todos los efectos propiedad de los muchachos: eran ellos los que jugaban, era de ellos el contrato.

Después de la confusión inicial no habían tardado tanto en dominar decentemente el funcionamiento del dinero, gracias también al hecho de que, para hacérselo entender, cada vez que salían Antônio les confiaba por turno alguna moneda a cada uno de ellos para comprar un helado o los caramelos, cuyos nombres portugueses habían aprendido con sorprendente prontitud. Antônio estaba preocupado porque sabía que, aunque no fuera ingentísima, aquella no era una suma para gastar en dulces y tiras de regaliz. Y sin embargo no conseguía que se le ocurriera qué hacer con ella. Estaba fuera de duda que una vez de vuelta en la selva aquel dinero no serviría para nada, pero era igualmente cierto que era de su propiedad y en alguna parte habría que ponerlo. Fue Teresa la que le dio la idea.

Había querido a toda costa que él volviera a la radio junto con los muchachos y los había acogido con caluroso entusiasmo, había sido cariñosísima, había ofrecido café, limonadas y pastillas de menta, se los había presentado a Luiza, a João y a Saverio y había querido incluso que ellos abrieran el programa, a pesar de que Antônio no estaba convencido:

—No hablan portugués, Teresa.

—Ay, no importa. Tampoco cuando hablo yo se entiende mucho, aunque el portugués lo sepa. Entonces los van a entender sus amigos, sus mamás allá en la selva.

—No creo para nada que en la selva puedan oírlos, no… Pero ya nadie lo escuchaba; los muchachos ya se estaban arrancando el micrófono el uno al otro, todos contentos de oír su voz de trinos y silbidos rebotar desde los amplificadores.

—¡Qué lindo! ¡Parecen pájaros que cantan! Casi casi la dejo de cortina, ¿qué dices?

Cuando algunos días después había vuelto a visitarla con una begonia en maceta para agradecerle la gentileza y la hospitalidad, la había encontrado en compañía de una mujer bajita y redonda, negra y lustrosa como un *açaí*, que se presentó con una amplísima sonrisa blanca:

—Buenos días, qué gusto conocerlo. Yo soy Mariana.

—Ella trabaja con las ballenas —precisó Teresa.

—Trabajo para Greenpeace, en realidad. No nos ocupamos solo de ballenas, como sabrá.

—Bueno, como Teresa le habrá dicho ya no estoy muy al corriente, pero claro, Greenpeace sé bien qué es. Mariana sonrió:

—Tenía muchas ganas de conocerlo, ¿sabe? Tenemos en curso varios proyectos que tienen que ver con los indios y con la cuestión de la deforestación de la Amazonia. Por lo que entendí sus amigos provienen de una tribu de no contactados, ¿no es cierto? Así que por suerte el problema de la deforestación todavía no los ha alcanzado. Es un verdadero drama, lamentablemente.

—Sí, recuerdo que ya se empezaba a hablar de eso antes de que yo partiera. Imagino que las cosas fueron empeorando…

—Así es. Algo se hizo pero siempre es demasiado poco, una gota en el mar. Hay muchísimo todavía por hacer.

—Pero sí, pobrecitos, Antônio, fíjate: les cortan todas las plantas alrededor, arrancan todo y ellos ya no saben adónde ir. Tendrían que comprársela toda, la selva; ya querría ver yo quién les va a arrancar después los árboles del jardín de la casa.

—Teresa se apasiona mucho con nuestras causas, es una gran partidaria nuestra, sobre todo cuando hay ballenas. Pero me gustaría volver a verlo, Antônio, con más calma. Quizá hablar con sus amigos; es muy importante para nosotros la voz de los pueblos nativos involucrados.

—Pero claro, Mariana, con mucho gusto: los muchachos no hablan portugués pero puedo hacer de intérprete yo, no hay problema. Ahora estamos por salir de gira unas semanas, pero seguro que nos organizamos para vernos a nuestro regreso.

—¿Ves, Mariana, qué gentil y simpático es? Y además le gustan tanto las plantas, no quiere que las deforesten, ¿no es cierto, Antônio? Él tiene buena mano para las plantas, igual que yo. Mira qué linda begonia me trajo, ¿no es una maravilla? Sabes qué, en honor de las plantas voy a abrir el programa con la canción «Where are all the flowers gone» en la versión cantada por… Baez, ¿estás contenta, Mariana?

—Joan. Joan Baez.

—Eso, sí, Johnny Baez, no me acordaba el nombre, quién sabe por qué.

Fue solo cuando estuvo en la calle, todavía aturdido por el perfume de violeta de Teresa, cuando entendió cuál era el modo justo de usar aquel dinero. Apenas volvamos de la gira voy a hablarlo con Mariana, ella sabrá cómo hacer. Tiene razón Teresa: compraremos la selva, toda la selva alrededor de la aldea.

3.24 Contrato

Antônio cruzó la calle y sonrió para sí volviendo a pensar en el encuentro que acababa de tener con el director general de Rede Norte, al que había ido a visitar para definir los acuerdos de la gira, en particular el aspecto económico.

El director lo había entretenido con larguísimos discursos, explicándole que la idea era transmitir siete partidos, cada uno de ellos precedido por un miniespecial de un cuarto de hora sobre cada uno de los muchachos. Al final, del conjunto sacarían también un documental, integrándolo con algún otro fragmento filmado durante la gira.

—Ya tomamos contacto con algún equipo local de Belém y de Altamira. Lamentablemente es difícil que lo tomen a uno en serio, porque nadie los conoce. Por ahora nos están proponiendo solo equipos menores o de chiquillos. Pero ya hablé con el entrenador del Macapá, que quiere una revancha por el partidito del mes pasado. Empezaremos con ese: si se las arreglan bien, quizá arrancando un empate, será más fácil obtener encuentros interesantes en los partidos siguientes.

—Si juegan como vi la otra vez va a ser el Macapá el que trate de arrancar un empate —había dicho Antônio, sorprendiéndose de su propio descaro. El director no le había dado importancia y había continuado:

—Va a ser una historia de fútbol, pero no solo. Nos interesa también el aspecto humano de los distintos miembros del equipo. Cómo fue el impacto de nuestra sociedad avanzada sobre uste… sobre ustedes. ¿Avanzada?, había pensado Antônio con una mueca, pero sin interrumpirlo.

—Qué hacen, cómo comen, dónde duermen. Digamos que va a ser una historia de Amazonia, fútbol y hamacas. En fin, había pensado Antônio, dubitativo, guardándose muy bien de expresar sus perplejidades. La cadena la manejaba él, después de todo.

—Tendrán que acostumbrarse a tener una cámara alrededor la mayor parte del día, pero ya verá que no le va a molestar; es más, quizá sus muchachos hasta se diviertan. Y, como decía, para los especiales van a ser necesarias unas entrevistas. Naturalmente está previsto un pequeño extra por su papel adicional de intérprete. Naturalmente. Antônio, limitándose a mirarlo, se había quedado esperando a que aquel continuara.

El director había apretado el intercomunicador y llamado a la secretaria, pidiéndole que le llevara el contrato, que le había pasado enseguida a Antônio indicándole dónde firmar.

—Perdón —había dicho por fin Antônio, molesto por la actitud expeditiva del director—, no quisiera parecer venal, pero todavía no abordamos el asunto económico. Recién mencionó un extra, pero no sé a cuánto asciende ese extra. Y ni siquiera sé el extra de qué. ¿La remuneración base cuál es? Imagino que está todo aquí en el contrato. El director había puesto una cara como diciendo «bueno, obvio».

—¿Le molesta si lo leo rápidamente?

—Claro que no —había respondido el director, con una gestualidad corporal que quería decir: claro que sí.

De locos cómo todo es relativo, cómo todo depende del lado desde el que lo tomes, pensó Antônio mientras bajaba los escalones saliendo de la sede de Rede Norte, satisfecho de sí mismo, casi orgu-

lloso. Es más, sin el casi: orgulloso por cómo había encarado al director imponiéndole sus condiciones. Ciertamente el hecho de no tener, bien mirado, nada que perder había sido importante.

El contrato que le habían puesto delante preveía una remuneración para Antônio de 2.000 reales, alrededor del cuádruple de su viejo sueldo de maestro. Claro que mientras tanto habían pasado catorce años, 2.000 reales valían menos que entonces, pero considerando que comida, alojamiento y transportes correrían por cuenta de Rede Norte quería decir embolsarse el montoncito casi entero. Nada mal. Casi había firmado, cuando le había venido una duda y había empezado a releer todo desde el principio. El director había resoplado sin ocultar cierta irritación, pero Antônio no le había hecho caso. Había releído la parte en cuestión, abierto los ojos de par en par, y después había hecho correr rápidamente el contrato en busca de algo que no había encontrado.

—Disculpe, pero aquí se habla solo de mi remuneración. No veo la de los muchachos.

—No la ve porque no está prevista. Naturalmente lo pensamos, ¿sabe?, no piense mal. Solo que, por lo que me consta, el estado civil de sus muchachos no está para nada claro. ¿A nombre de quién deberíamos poner este dinero? No sabemos ni siquiera cómo se llaman ni dónde residen. ¿Ponemos el pago a nombre del Señor Indio, Selva Amazónica n.º 2? El director había dado una pequeña tosecita que quizá era una risita, pero Antônio no había captado ningún humorismo.

—Naturalmente consulté con nuestra oficina de contabilidad y con nuestra oficina legal y ambas dicen que el asunto sería demasiado complicado, la oficina de impuestos nos saltaría encima.

—Y entonces, visto que el asunto es complicado, decidieron no pagarles. Total son indios, dentro de un mesecito se vuelven a la selva, ¿qué van a hacer con el dinero?

—Exacto —había asentido el director, dándose cuenta con un fatal instante de retraso de que lo de Antônio era sarcasmo dirigido justamente a él y de que habría debido hacer cualquier cosa menos mostrarse de acuerdo.

Antônio había apoyado el contrato sin firmar sobre el escritorio, se había levantado y le había tendido la mano al director:

—Mire, quiero facilitarles las cosas a su oficina legal, de la de contabilidad y de todas las demás. Dado que la cosa es un poco demasiado complicada para sus medios, mejor lo dejamos. Cada uno por su lado y listo. El director quizá tenía algún defecto, pero años de negociaciones comerciales le habían enseñado a reconocer un farol cuando veía uno, y el de Antônio no lo era. Había intentado subir la oferta proponiendo una remuneración de 4.000 reales, dos mil para Antônio y dos mil para los muchachos, pero otra cosa que sabía hacer era reconocer el momento en que no había que tensar demasiado la cuerda. Antônio se había quedado tranquilo, firme en sus intenciones de obtener lo que simplemente consideraba justo. El director, tercera dote, sabía sacar cuentas al vuelo también, se daba cuenta de que incluso con una paga de dos mil reales cada uno más los gastos la cadena tendría de todos modos un buen margen de ganancia, y había llamado a una asistente para una modificación sobre la marcha de las condiciones contractuales.

Dos mil reales al señor Antônio Carlos Rocha de Almeida, y otros doce mil también al señor Rocha de Almeida en calidad de fiduciario del equipo…

—Cierto, todavía no decidimos el nombre del equipo. Nosotros aquí pensábamos en Amazonia Futebol Clube, ¿qué le parece?

—Es un lindo nombre para un equipo de Manaos —había replicado Antônio, que se sentía invadido por una seguridad nunca antes experimentada—. Pero nosotros venimos de la selva y tenemos una lengua nuestra. Nos llamamos Asu Ka’a Futebol.

—Ah. Bien. Lindo. ¿Qué significa, si puedo preguntar?

—Significa Gran Selva. Y de todos modos los reales adicionales son catorce mil.

—¿Perdón?

—Catorce mil. También Yamandé forma a todos los efectos parte del equipo, aunque no juegue. Vayan a entrevistarlo a él también, ya verán que no se arrepienten. El extra por mi remuneración de intérprete se lo regalo, visto lo gentiles que fueron.

3.25 Maniquí

Envalentonado por la seguridad que le daba la excelente marcha de las negociaciones con Rede Norte, Antônio decidió por impulso dirigirse al Ente para la Tutela de la Selva Amazónica para empezar a poner en práctica su idea de proteger la selva alrededor de la aldea. A acompañarlo fue Cauê en calidad de vocero de los muchachos, a los cuales les había explicado sucintamente que había gente mala que quería talar los árboles de la selva. O al menos su intención habría sido dar una explicación sucinta, pero obviamente habían empezado los «por qué». ¿Por qué quieren talar los árboles? Porque quieren usar la madera. Bueno, la selva es grandísima, pueden talar algún árbol, no pasa nada. Pero los árboles que talan son muchos, muchísimos, demasiados; un día podrían ser todos. ¿Por qué todos? Porque son malos. ¿Por qué pueden hacerlo entonces? Porque piensan que la selva es de ellos. Esta información había cerrado la conversación, porque la absurda, inconcebible idea de que alguien pudiera considerar «suya» la selva había provocado tal hilaridad en los muchachos que Antônio había salido del cuarto dejándolos mientras todavía se reían a carcajadas de aquella tontería.

Cruzado el umbral de falso mármol del edificio, Antônio y Cauê se encontraron ante un rechoncho señor calvo con gorra de ordenanza que, sentado a un escritorio demasiado pequeño, se dedicaba a la eliminación sistemática de las moscas mediante una revista enrollada. Ante la pregunta de Antônio relativa a qué oficina debía contactar para plantear su cuestión, el hombre sacudió la cabeza sin interrumpir los golpes y decretó:

—No están en el lugar correcto, me parece.

—¿Pero este no es el Ente para la Tutela de la Selva Amazónica?

—Claro que sí. —¡ZAS!

—Bueno, pero entonces habrá una oficina destinada a eso, ¿no?, que se ocupe de los trámites de tutela…

—En fin. Que yo sepa, no. Pero si de verdad les importa pueden probar en la Oficina de Relaciones Públicas. Segundo piso. —¡ZAS! ¡ZAS!

La Oficina de Relaciones Públicas a Antônio no le parecía la más adecuada, pero como del ordenanza no parecía poder sacarse nada más se encaminó hacia el ascensor, seguido por un Cauê bastante perplejo. La oficina en cuestión resultó habitada por un nervioso jovencito de corbata que supervisaba a un pelotón de muchachos y muchachas sentados frente a computadoras que hasta a Antônio le parecieron anticuadas. El jovencito prácticamente los empujó fuera del cuarto diciendo que ellos no tenían tiempo y además qué idea, dirigirse ahí. Que fueran, si de verdad querían, al primer piso, a la Oficina de Mapas y Catastro.

De ahí fueron dirigidos, por un calvo y suave hombrecito que olía a lavanda y a polvo, al tercer piso, a la Oficina de Rendición de Cuentas, y después de nuevo al segundo, a la Oficina de Gestión de Particulares. Pasaron después por la planta baja, donde un simpático encargado del Servicio de Mantenimiento les ofreció un *cafezinho*, y por el cuarto piso, donde un sanguíneo funcionario trató de convencerlos de adquirir, en lugar de la selva que es realmente humidísima, un lote bien ventilado por la zona de Santa Mariana, zona con grandes perspectivas de desarrollo, una inversión segura. El funcionario les puso en la mano la tarjeta de la inmobiliaria de su cuñado, reiterando que siempre es mejor hacerse aconsejar por un experto cuando se trata de adquirir terrenos.

Antônio estaba cansado y exasperado, y empezaba a encontrar enervante el tener que responderle continuamente a Cauê, que miraba a cada interlocutor con ojos torvos preguntando combativo si era él el que quería talar la selva, cuando se encontraron, sin un preciso porqué, delante de la Oficina de Asignaciones, que al menos por el nombre dejaba esperar que fuera el destino correcto.

La puerta estaba abierta y adentro se veía, sentado al escritorio, a un hombre en camisa de mangas cortas al que una placa indicaba como doctor Thomas S. Mello Aluguer. Además de él y de un maniquí con un uniforme de explorador recostado en una silla en un rincón, no había nadie. Antônio golpeó y el hombre le hizo señas de acomodarse en la sala de espera, es decir en las sillas justo afuera de la puerta, donde Antônio entretuvo la espera hojeando con Cauê algunas decrépitas revistas de ornitología y observando a través de la puerta al hombre que miraba inmóvil unas hojas sobre su escritorio, sin dar la impresión de leerlas ni de hacer otra cosa.

Después de una espera de media hora el señor Aluguer pareció despertarse del letargo y les hizo señas de entrar y de acomodarse. En la oficina había una sola silla libre, en la que rápidamente se instaló Cauê, y Antônio tuvo entonces que decidir si quedarse de pie o mover el maniquí de su sede. Un nuevo gesto del señor Aluguer lo empujó hacia la segunda opción. Apenas estuvieron sentados frente a él, Aluguer les hizo señas de apartarse un poco, haciendo con la mano el gesto del calor. Aparte del hecho de que a Antônio no le parecía que en la oficina hiciera particularmente calor, la cosa más preocupante desde su punto de vista fue la evidencia de tener que vérselas con un mudo. ¿Cómo hará para explicarme lo que hay que hacer? De todos modos ya estaban ahí y más valía intentarlo. Antônio se aclaró la garganta y empezó a hablar pronunciando bien las palabras.

—Entonces, nosotros estaríamos interesados en adquirir un lote de tierra en la Selva Amazónica y… El señor Aluguer se levantó de golpe y fue rápido a buscar un legajo del armario, del cual extrajo un par de folletos y un mapa que desenrolló frente a Antônio y Cauê, indicando un punto de la selva en la frontera con Perú.

—¡Excelente! —dijo el señor Aluguer con una linda voz profunda, haciendo sobresaltarse a Antônio por la sorpresa—. Me da mucho gusto oír de esta intención suya. Hace poco pusimos en marcha un programa de ese tipo, el PPFACP, pero si están aquí sin duda es porque lo conocen. Con 50 reales pueden tutelar —no adquirir, jajajá, claro que no se habla de adquisición— 50 metros cuadrados de selva en las nacientes del Río Uapés, donde viven varias tribus de no contactados o ex no contactados. ¿Su amigo proviene de ahí, imagino? ¿Cuánta selva quieren tutelar, cincuenta metros cuadrados? ¿Cien?

—Ejem, no, nosotros venimos de mucho más cerca, nuestra aldea está por la zona del Río Jari, creo que dentro del Parque Nacional del Tumucumaque.

—¿Nuestra? ¿Usted, señor…?

—Antônio Rocha de Almeida, mucho gusto. Y este es Cauê.

—Mucho gusto. Disculpe, señor Almeida, no quisiera ofenderlo, pero usted no parece un indígena.

—No, sí, en fin, es complicado. Represento a un pueblo indígena.

—¿Qué pueblo precisamente? ¿Cómo se llama?

La pregunta tomó a Antônio por sorpresa. Entre las muchas palabras que un pueblo que vivía aislado en la selva no necesitaba, una ciertamente era la palabra para definirse. Cauê, que se moría por

entender qué estaba pasando, aprovechó la pausa para pedirle explicaciones a Antônio, el cual le tradujo la pregunta.

—¿Quiere saber cómo nos llamamos? ¿Todos los habitantes de la aldea uno por uno?

—No, quiere saber cómo se llama la tribu.

—¿Qué pregunta estúpida es esa? Nosotros somos nosotros, somos la gente.

Antônio no estaba seguro de que al funcionario pudiera parecerle bien el nombre de un pueblo que se llamara «gente», pero ya el atento doctor Aluguer había captado el vocablo y había partido por su cuenta:

—¿Manguarì? Nunca oí hablar de ellos. De todos modos hay varios programas de protección de la selva en curso, pero actualmente el único que prevea la toma en tutela por parte de terceros se refiere a la zona que les dije.

—¿Pero y si quisiéramos en cambio adquirir materialmente la selva que rodea la aldea?

—Jajajá. Adquirir, ni pensarlo. La selva es un bien público, es del Estado, es propiedad de todos. De hecho, como brasileños, ya es suya, mi querido señor. Hablando en cambio de tutela, decíamos de esta interesantísima área en la frontera con Perú que…

—¡Pero a nosotros no nos interesa aquella área, nos interesa otra completamente distinta! Si todavía no hay un programa de tutela quizá se podría poner en marcha, ¿no? ¿Qué haría falta para ponerlo en marcha?

—Eh. Son cosas complicadas. Cosas complejas. Usted no tiene idea. Pero si les importa pueden presentar una propuesta al Ministerio, acompañándola de toda la documentación cartográfica, hidrogeológica y obviamente de los levantamientos floro-faunísticos. El plan de negocios que hay que adjuntar, naturalmente autenticado ante un Funcionario Público habilitado, deberá consignar oportunamente tabuladas todas las mediciones y los datos de los levantamientos, incluidas las fichas de registro del censo etnográfico de todas las poblaciones eventualmente presentes allí, y un plan, que incluya hipótesis de rendición de cuentas a uno, tres y cinco años, que acredite, aconsejablemente con la validación del Instituto de…

Antônio apoyó ambas manos sobre la mesa, se aclaró la voz interrumpiendo al funcionario, que mientras hablaba iba extrayendo de cajones y legajos fajos de formularios, inspiró y dijo con voz forzadamente calma:

—Bueno, olvídelo, ya entendí. Quién sabe qué se me cruzó por la cabeza. Se levantó y salió de la oficina cerrando la puerta con un poco más de fuerza de la necesaria. Cauê y el señor Aluguer se quedaron mirándose unos segundos, mientras el funcionario empezaba a sentirse inquieto por la mirada de puma que el joven le clavaba encima. Después la puerta se volvió a abrir, Antônio entró, volvió a poner la silla en el rincón, apoyó encima el maniquí y le dijo, gélido, al muchacho:

—Ven, Cauê, vámonos. Volvamos a jugar a la pelota, que es lo que sabemos hacer.

El muchacho lo siguió, no sin antes haberle siseado algunas palabras al doctor Aluguer, que los miró salir desconcertado, los brazos cargados de formularios.

—¿Qué le dijiste? ¿Qué significa *ambûá eçaí até*? Es una palabra que no recuerdo.

—Significa viscoso-ciempiés-con-ojos-de-rana-venenosa. Sí, muy apropiado.

3.26 Amigos

Yamandé recuperaría completamente el uso de la pierna; el accidente no dejaría consecuencias ni siquiera en sus capacidades deportivas. Claro que haría falta todavía un poco de tiempo, por lo menos un mes, también porque la fisioterapeuta que lo seguía se había tomado a pecho el asunto y se había puesto como objetivo no solo la recuperación completa del tono muscular sino también el regreso a la actividad atlética. Pero era una excelente noticia; los doctores se habían declarado muy sorprendidos por la velocidad con la que se estaba recuperando y por las cualidades del físico del muchacho. Y Yamandé no había reaccionado ni siquiera demasiado mal a la noticia de que dentro de pocos días sus amigos y Antônio partirían para una gira durante la cual jugarían verdaderos partidos de fútbol con verdaderos equipos, siete contra siete: inicialmente se había ensombrecido, después había reflexionado unos segundos para sentenciar por fin:

—¿Pero el séptimo quién es? ¿Juegas tú, Antônio? Jajajá, justo, ¡si no somos demasiado fuertes! ¡Pero qué lindo! ¡Si me curo rápido a lo mejor algún partido consigo jugarlo yo también!

Desde el principio, cada día la comitiva se había dividido para ir por turnos al hospital en grupitos de dos o tres personas, y aquel día escuchar las palabras del jefe de servicio les había tocado a Antônio y a Jaci: el camino de vuelta había sido una sucesión de risas y de entusiastas anticipaciones acerca de aquel viaje para jugar al fútbol que empezaría dentro de poco. Llegados a algunos centenares de metros de la casa, Antônio oyó claramente un «¡Jaci!» proveniente de la explanada de tierra rodeada de maleza del otro lado de la calle. Un grupo de chiquillos estaba jugando a la pelota y el más pequeño de ellos, descalzo como todos, con una camiseta sin mangas amarillo canario demasiado larga que le hacía también de pantaloncito y quizá de pijama, y la lluvia que le rayaba la carita embarrada donde destacaba la falta de tres o cuatro dientes, estaba agitando una mano en señal de saludo. Antônio se dio la vuelta hacia Jaci que, con lo que le pareció una expresión de vergüenza, se dirigió hacia la explanada y hacia el niño cruzando la calle sin prestar de ningún modo atención a la eventual llegada de automóviles y haciéndole agarrar medio infarto a Antônio, que no tuvo ni siquiera tiempo de abrir la boca. El reproche se le apagó en la garganta cuando vio al niño y a Jaci saludarse con los gestos de la tribu, pequeña ceremonia que se repitió con otros tres o cuatro muchachos un poco más grandecitos. ¿Se conocen?

Jaci se separó del grupito para alcanzar a Antônio del otro lado de la calle, siempre sin mirar en absoluto alrededor, rozado de hecho por una motoneta con dos hombres que le soltaron una descarga de improperios que ni siquiera Antônio consiguió captar correctamente.

—Yo me quedo un poco a jugar a la pelota con Marcos y los otros. (¿Marcos? ¿Los otros?) No era una pregunta y Antônio sintió una sensación rara: se había autoelegido protector de ellos, pero estos muchachos tenían una autonomía propia y todo el derecho de vivir como mejor creyeran.

—Claro que sí, Jaci… Pero te lo ruego, ten cuidado cuando cruzas la calle.

—¿La calle? Ah, sí, claro, la calle, la calle.

Jaci la volvió a cruzar con idéntica despreocupación y después de pocos instantes ya estaba rodeado de chiquillos que contaban en voz alta sus toques: cabeza, cabeza, rodilla, taco, pie izquierdo (varios golpes), pie derecho, hombro, taco otra vez y así sucesivamente. Antônio lo miró empezando a sonreír mientras Jaci se sentaba en el suelo sin interrumpir los toques —provocando un aplauso espontáneo por parte de los muchachos— para después volver a levantarse.

La cosa más sorprendente para Antônio no era su técnica sino el hecho de que con los labios estuviera inequívocamente contando, y ya había hecho por lo menos quinientos toques. En la lengua de la tribu existían solo los números hasta el veinte y después algunas palabras para definir distintos órdenes de magnitud no bien definidos: «muchos» como los días vividos por los ancianos, «muchos» como los peces del río, «muchos» como todos los árboles de la selva. Jaci en cambio estaba contando y, este pensamiento golpeó a Antônio en lo profundo, lo estaba haciendo por fuerza en portugués.

Hacia el milésimo toque los muchachos perdieron interés y el mismo Jaci se aburrió. Podría seguir hasta el infinito, pensó Antônio mientras empezaba un partidito en el que Jaci y el pequeñito jugarían contra todos los demás. Los dos se comunicaban: algún gesto, muchas sonrisas, ciertamente el fútbol como lengua común y… ¿algunas palabras? Antônio se dio cuenta de que Jaci le había enseñado los rudimentos de algunos de sus esquemas a aquel niño, que parecía apreciar particularmente la doble flecha, una especie de uno-dos en velocidad que probaban continuamente y que, cuando salía, a una décima parte de la velocidad con la que Jaci la ejecutaba normalmente con sus compañeros, festejaban juntos saltando y haciendo repetidamente el gesto de tensar y soltar la cuerda de un arco. De hecho es una suerte, pensó Antônio, que estos muchachos a los veinte años puedan vivir una segunda infancia, no muy distinta de lo que me pasó a mí en la selva.

Se había quedado embobado observando la escena en la misma posición durante alrededor de un cuarto de hora, y la conciencia de esto se le estaba asomando lentamente cuando uno de los muchachos agitó de nuevo la mano en señal de saludo.

—¡Moacir! ¡Moacir! ¡Vino a atajar los penales, Moacir! Ah no, esto es demasiado.

Moacir llegó en contramano a velocidad loca en la vieja y chirriante bicicleta de Antônio e hizo un torpe frenazo en contravolante sobre el terreno resbaladizo de la explanada que lo hizo terminar patas arriba entre las risas de los muchachos. Si se lastima él también estamos arruinados. Afortunadamente se levantó sin consecuencias y hasta con una expresión de alegría pura pintada en la cara. Aun siendo solo poco más alto que sus compañeros, en medio de estos chiquillos su sonrisa y sus ojos socarrones sobresalían por encima de todos. Después de ni siquiera un minuto estaba en la portería atajando penales.

La portería era un viejo muro descascarado en el que habían sido grabados malamente en el revoque dos palos y un travesaño. Todo el muro estaba lleno de pequeños agujeros, el más grande del tamaño de un puño, y de inscripciones hechas con tizas de colores desteñidas por el polvo y la lluvia. Moacir se puso delante de la portería. Recibía a cada tirador con un pequeño rugido y con el gesto de las garras hecho con las manos, seguido a menudo por una risa que le quitaba dramatismo. Ninguno de los muchachos era capaz de inquietar al agilísimo arquero, que de hecho para atajar algunos penales esperaba el tiro agazapado o directamente sentado en el suelo.

Sacudido por la llegada de Moacir, Antônio cruzó a su vez la calle yendo a ponerse al lado de Jaci, que estaba siguiendo los penales ligeramente apartado.

—Mira al pequeño —le dijo Jaci con una sonrisa. Frente a Marcos, Moacir se preparó de pie como si enfrente hubiera tenido a un adversario de verdad. Dos pasos de carrera y un tiro con la punta. Habrá sido la pelota liviana, habrá sido la efectiva destreza del niño: la pelota fue dirigida con gran precisión al angulito alto a la derecha de Moacir, el cual se exhibió en una estirada plastiquísima que le permitió desviarla afuera justo con la punta de los dedos. Si el tiro hubiera sido apenas más veloz no habría llegado.

—Es muy bueno —le respondió Antônio—, se parece un poco a ti cuando eras chico…

Pero ya todos lo estaban llamando en portugués:

—¡Jaci, Jaci, ven a patear un penal! Una frase que Jaci mostró comprender perfectamente, para renovado estupor de Antônio. Jaci no se hizo rogar. Tomó la pelota, contó los once pasos que Antônio le había enseñado tanto tiempo antes (quién sabe si está contando en portugués, se preguntó Antônio) y apoyó con cuidado la pelota en el suelo como un profesional consumado (¿pero dónde habrá visto esto? Estoy perdiendo el control del todo). Moacir delante de él estaba rugiendo y arañando el aire con más convicción, y sus ojos se habían vuelto ojos de jaguar. Jaci no se contuvo y lanzó un tiro potentísimo que fue a arrancar un gran pedazo de revoque de unos treinta centímetros de diámetro justo a la altura de la escuadra donde el pequeñito había tratado de meter el penal. De un lado alegría y festejo, del otro el gesto de derrota de Moacir, que de todos modos había conseguido rozar también esta pelota. Enseguida uno de los muchachos más grandes corrió debajo de aquel gran agujero, con mucho el más grande de todo el muro, y con una tiza roja escribió «JACI» con una caligrafía insegura. Solo entonces Antônio entendió que las inscripciones eran firmas, eran pelotazos que los muchachos habían tirado y que habían hecho caer pedazos de muro (todos o casi todos dentro de la portería), eran agujeros que recordaban las pequeñas hazañas de aquellos jóvenes. Y ahora también Jaci había dejado su marca. Cuando Antônio decidió que era hora de irse a casa, Jaci estaba todavía observando con orgullo su nombre escrito debajo del agujero más grande.

3.27 Selva

—Ahora están todos en la aldea de Antônio, ¿verdad? Janaína trataba de no estar ansiosa —la preocupación entra en la leche y le hace mal al niño, lo decían siempre las ancianas—, pero no conseguía dejar de pensar continuamente en dónde estaba, en qué estaba haciendo su hombre, en qué peligros estaba corriendo.

—Claro que están allá. Ahora están todos en el gran *shabono* donde vive Antônio, alrededor del fuego como estamos nosotros, y comen tierna carne de caimán que los guerreros de la aldea capturaron en el río grandísimo que hay allá. Son caimanes mucho, mucho más grandes que los nuestros, pero no son peligrosos, no tienen ni un diente, comen solo papayas y orquídeas.

La seguridad que Kirimà ostentaba estaba bastante lejos de la que en realidad sentía: habían partido hacía dos lunas y no sabían nada de ellos, no tenían idea de si estaban sanos y salvos ni de dónde. Pero no quería que Janaína se preocupara, que nadie en la aldea se preocupara. Sobre todo no quería a ningún costo preocuparse él. Ya había pasado noches enteras insomne, delante de los ojos la visión de la pierna de su hijo tan devastada que había tenido que hacer un esfuerzo casi insostenible para convencerse de que una herida así no tuviera que llevar por fuerza a la muerte. Se había encontrado teniendo que confiar en un hombre al que siempre había pensado que odiaba, en el hombre al que todavía ahora consideraba confusamente de algún modo responsable del desfavor de los espíritus que había provocado el accidente de Yamandé. Pero increíblemente se había dado cuenta de que confiaba de verdad. Quizá porque no tenía elección, claro, pero quizá porque bien mirado a sus relatos, por más que le hubiera costado un esfuerzo inmenso admitirlo consigo mismo, siempre les había creído.

Era un contador de historias, Kirimà; ciertas cosas las sabía. Sabía distinguir cuándo alguien contaba una historia verdadera y cuándo en cambio una inventada. Cuando cuentas una historia que estás inventando tus ojos se pierden arriba, en el cielo, en las copas de los árboles, para ver volar las imágenes de tu relato, verlas formarse de la nada en el aire como copos de humo. Pero cuando cuentas una historia verdadera las imágenes ya las tienes todas adentro, no tienes que buscarlas. Cuando cuentas una historia verdadera miras a la cara a los que te están escuchando, quieres ver qué piensan, estar seguro de que entiendan bien. Cuando inventas una historia no te importa si el que te escucha ve una un poco distinta; es de todos modos una historia inventada, es más, es todavía más linda por eso. Pero si una cosa existe de verdad quieres que los demás la entiendan bien. Y Antônio miraba siempre a los ojos a la aldea cuando hablaba, por eso Kirimà, a su pesar, siempre había sabido que no estaba inventando.

Miró las nubes por encima de las copas: él en cambio tenía que inventar un poco, ahora, porque Antônio había contado muchas cosas pero de muchísimas otras no había hablado; si quería contar dónde estaban sus muchachos, lo que no sabía tendría que crearlo con la fantasía. Estaba seguro de que la tribu entera lo sabía perfectamente, pero a nadie le importaba: estaban contentos igual, una historia bien inventada aplacaba las ansias tanto como una verdadera.

—Sobre el gran fuego en medio de ellos cuecen también otros animales de fuera de la selva, animales que corren con innumerables patas de rana, animales que vuelan hacia atrás y hay que golpearlos con una flecha justo en medio de sus tres ojos, si no son inmortales. Pero tienen carne exquisita, con sabor a oruga y a baya madura. Al grupo entero de oyentes reunidos alrededor del fogón se le hizo agua la boca; su cena de carne de oso hormiguero no podía ni siquiera compararse con tanta exótica delicia.

—Cuando terminen de comer escucharán los cantos traídos por los hilos invisibles y danzarán todos, toda la noche, bebiendo jugos dulces como miel; Yamandé danzará en medio de ellos, su pierna más derecha y fuerte que antes. —La voz de Kirimà se quebró por un instante.

Janaína vino en su ayuda:

—¿Danzará también Antônio con ellos, verdad?

—Ah, él es el que marca el ritmo sobre el tambor con plumas de colibrí trenzadas en el pelo; hay mujeres bellísimas todo alrededor de ellos, mujeres de fuera de la selva con larguísimos cabellos amarillos y verdes… Kirimà, repuesto del momento de emoción, no se había resistido al deseo de tomarle un poquito el pelo a Janaína, y prosiguió sonriendo para sí al ver que abría los ojos ya llameantes de celos:

—…pero Antônio no mirará a las mujeres amarillas ni sus hamacas de flores trenzadas, porque mirará en las llamas y verá a su Janaína y a su Ybyráatã que lo saludan agitando las manos. Eso, Janaína ya sonreía de nuevo, acunando al pequeñito.

—Nunca nos habló de estas mujeres bellísimas, Antônio —observó Piata, muy interesado.

—Ah, bueno, se ha de haber olvidado. Prefería contar historias de juegos de pelota, ya lo sabes.

—Y quién sabe cuántas historias nuevas nos contará, nos contarán, a su regreso.

—Muchísimas historias, sí. Relatos de juegos a la pelota; ellos no hacen más que jugar todo el día, allá en la gran aldea. Pero contarán también de cuando volaron altísimos sobre el lomo de los grandes pájaros luminosos, con todos los hilos invisibles que los rozaban como dedos en el pelo y… Los pájaros luminosos eran interesantes, pero Piata se había distraído, pensando que se moría de ganas de pedirles a Moacir y a Yamandé más detalles sobre aquellas mujeres de cabellos multicolores y sueltos.

3.28 El boca a boca

Isabel se sentía prisionera en una torre de marfil. Después de haber pasado cinco años de su vida en Ginebra (me cuesta encontrarle el alma, le repetía a su madre durante sus raras conversaciones telefónicas), había esperado con entusiasmo su regreso a Nueva York, pero una vez tocada tierra en el JFK y canturreado, como siempre, el infaltable tema de U2, se había encontrado pronto presa del desaliento. ¿De verdad era aquella su vida? ¿De verdad iba a hacer de intérprete para siempre?

Profesionalmente solo tenía que estar feliz. Ya trabajar para las Naciones Unidas, con su durísimo sistema de selección, era la demostración de sus cualidades; haber ganado enseguida el concurso para un segundo ciclo de cinco años, y en la sede de Nueva York encima, habría debido dejarla extremadamente satisfecha. Y después de todo el de intérprete era un trabajo maravilloso, indispensable puente entre culturas distintas: de vez en cuando, cuando estaba de buen humor, se presentaba diciendo que era colega de la Piedra de Rosetta. Pero ahora sentía el peso de haber hablado, durante años, de las más variadas problemáticas, de las más pequeñas a las más relevantes, y de no haber tocado nunca con la mano, de verdad, ninguna de ellas. Estaba en contacto con todos los problemas del mundo y sin embargo se sentía distante de ellos como si estuviera en otro planeta. Y además la *saudade*, ese sentimiento tan únicamente brasileño. Cuando vivía en Ginebra la había confundido —¡cómo pude cometer un error semejante!— con nostalgia del último lugar que había llamado casa, su departamento de la Avenida 36. Pero ahora que su mirada se posaba sobre la familiar silueta del Roosevelt Bridge, su mente se había aclarado: pensar que la *saudade* pueda sentirse por un país distinto de Brasil es como creer que se pueda tener mal de África por Asia: por más fascinantes que puedan ser Ulán Bator o Katmandú, es sencillamente imposible. Creía haber aprendido a mantenerla a raya, a golpes de viajes y de una vida ocupada y frenética, pero la lejanía de casa volvía siempre a hacerse sentir, como esa amiga-enemiga de la que no sabemos separarnos, pensaba. Los instrumentos provistos por el progreso tecnológico no hacían más que soplar sobre el fuego: desde que había vuelto al servicio en el palacio de cristal, su tableta estaba conectada cada vez más a menudo con las agencias de prensa brasileñas, con los medios de la región de Macapá.

La pequeñez de los acontecimientos de casa le calentaba el corazón y le arrancaba a menudo una sonrisa y alguna vez —le parecía haberse vuelto más sentimental, últimamente— una lágrima: nunca había oído nombrar al señor Jaco Sainz, pero leer que una ola de *pororoca*, la marea fluvial fuera de estación, había dispersado el ganado de su hacienda la había entristecido. Pobre Jaco. Y pobres sus vacas. La escuela de samba Maracatu da Favela, flamante subcampeona de 2014, ya empezaba los preparativos para el carnaval del año siguiente. Quién sabe si Silvinha seguía en el comité organizador, qué linda persona, tan solar. Una nueva secretaria extraordinaria de políticas femeninas acababa de ser nombrada por el gobernador del estado de Amapá: una mujer joven de rasgos simpáticos, esa sí es una buena noticia.

Cada vez que Ana, una intérprete serbia que hablaba un portugués hermosísimo y con la que había hecho amistad enseguida, veía a Isabel manejar su tableta, se acercaba intrigada.

Aparte de las noticias locales, la prensa hablaba de mujeres y de Copa del Mundo, asociando de todas las maneras posibles los dos temas. En poco más de una semana en la zona de Macapá habían sido nombradas: «Miss Copa», «la Musa de la Copa», «la Gatona de la Copa», «la Madrina de la Copa» y una decena de otros títulos, todos acompañados por las fotografías de mujeres jóvenes más o menos ligeras de ropa y más o menos lindas. Ana encontraba la cosa divertidísima:

—¡Ustedes los brasileños son increíbles! Isabel no estaba igual de entusiasmada; cuanto más pasaba el tiempo, más fuera de lugar encontraba este género de artículos.

—Sí, lo somos. Pero prefiero cuando nuestra unicidad se manifiesta de otras maneras. Mira aquí —replicó Isabel—: «un hombre volvió a Macapá después de catorce años transcurridos en la Selva Amazónica» —leyó en voz alta—. Y escucha: «Acogido por una tribu de no contactados, reapareció junto con un grupo de indios para prestarle socorro a un miembro de la tribu». ¡Mira qué fotos! Las fotos eran fantásticas, retrataban al grupo de indios mientras jugaban al fútbol descalzos, junto con aquel hombre más alto y barbudo. Volviéndolo a mirar mejor, a Isabel le vino la sospecha de conocerlo. Escondió con un dedo la barba para mirar bien solo los ojos: le recordaba a alguien pero no conseguía ubicarlo. Fue leyendo el artículo cuando le volvió clarísimo a la memoria. Antônio Carlos Rocha de Almeida.

—¡Antônio! —exclamó Isabel.

—¿Por qué, lo conoces? —preguntó Ana.

—Sí, lo conozco, lo conozco —respondió Isabel atónita.

—¡Pero no me digas, es increíble! ¿Me mandas el link por mail? —preguntó Ana—. Es una historia demasiado linda para no compartirla en Facebook.

Al día siguiente Ana asistía a una reunión de la Tercera Comisión y, como era su costumbre, llegó con buena anticipación para organizar sus cosas y, si era posible, charlar un rato. Su publicación en Facebook ya había recibido un centenar de «me gusta» y ella recorrió la lista para ver quién la había vuelto a compartir. A su lado uno de los peces gordos, una embajadora miembro del Consejo Permanente y del gabinete personal del Presidente, espiaba ostentosamente las imágenes que corrían por la pantalla. Ana sabía que ella e Isabel se conocían bien: Isabel había sido una preciosa colaboradora de la embajadora antes de presentarse al concurso de la ONU.

—Es un amigo de Isabel —le dijo señalando una imagen en la pantalla—, eso, este de aquí. Parece que se conocían incluso bastante bien.

—¿Pero qué pasó? ¿Son indios?

—Sí, parece que él desapareció hace catorce años en la Selva Amazónica y que en los meses pasados reapareció en su ciudad natal llevándose consigo a algunos miembros de la tribu en la que vivió. ¡Y la noticia graciosa es que son buenísimos jugando al fútbol!

—¿Al fútbol?

—Sí, parece que juegan buenísimo.

—¿Pero es un anuncio de la Copa del Mundo?

—No, no, pasó de verdad: le digo que este de aquí, se llama Antônio, es un amigo de Isabel.

—¿Me manda el link al artículo?

—¿A su mail personal?

—Sí, por favor, es una historia hermosísima.

La embajadora se encontró con Isabel algunos días después, con ocasión de una recepción en la embajada de Brasil, pero apenas llegaron a tiempo de intercambiar un saludo y pocas palabras antes de

que la multitud las separara. Isabel, jugueteando con el vaso de *batida*, estaba pensando divertida que en aquella sala hacía calor igual que en Macapá cuando se sintió interpelada.

—¿No se aburre? Vio que se dirigía a ella un desconocido de unos cuarenta y cinco, el único sin corbata en la sala en la que se celebraba la recepción, de aire muy seguro de sí mismo.

—Yo en estas cosas me aburro siempre —agregó él en un portugués fluido pero un poco tosco.

—No, no me aburro —respondió Isabel en un inglés sin inflexiones—; solo me siento un poco cansada, fue una semana exigente. ¿Nos conocemos?

—Seguro que nunca nos presentaron, me acordaría. Robert, mucho gusto.

—Maria Isabel Barbosa —respondió Isabel, esperando algunos instantes antes de agregar el obligatorio—: el gusto es mío. Robert no pudo dejar de notar la ceja levantada de Isabel, y recalibró el enfoque, pasándose él también al inglés.

—El apellido, cierto. Hubert, Robert Hubert. ¿Trabaja para la embajada? Entreví que hablaba con la embajadora.

—No, soy intérprete y trabajo para las Naciones Unidas, pero la embajadora y yo nos conocemos desde hace muchos años y siempre nos vemos con gusto. Espere un momento, ¿Hubert?

—Sí, Robert Hubert —respondió el hombre sonriendo.

—¿«Ese» Robert Hubert?

—Sí, soy «ese» Robert Hubert, el de los estadios de cientos de millones de dólares. Y durante el último Workshop Internacional presidí el grupo de trabajo «Sostenibilidad»: si ve algo irónico en todo esto, quería confirmarle que ironía hay mucha, aunque quizá no donde piensa usted.

El diálogo fue interrumpido por la embajadora, que se había acercado sonriendo, con el habitual vaso de agua con gas en la mano.

—¿Estás contando lo de tu amigo? Esta historia está en boca de todos, aquí.

—¿Qué amigo? —preguntó Hubert intrigado.

—¿Está listo para un poco de ironía donde no piensa que pueda haberla? —preguntó Isabel, y prosiguió—: Un amigo mío que estaba dado por desaparecido en la selva volvió después de catorce años, trayendo consigo a los miembros de la tribu en la que vivió todo este tiempo.

—¿Y la ironía dónde estaría? —dijo Hubert de un modo ligeramente demasiado rudo.

—La ironía está en el hecho de que los miembros de esta increíble tribu saben jugar al fútbol, no entendí si se lo enseñó Antônio, mi conocido, o qué, y ahora están de gira por el norte de Brasil.

—Ah, entiendo. ¿Sabe si por casualidad van también a Manaos? —preguntó de vuelta Hubert, que seguía sin ver ninguna ironía en esta historia, pero evitó insistir en el punto.

—Me parece que sí, pero no estoy segura —respondió Isabel—; de todos modos tardo un momento en verificarlo.

Después de dos minutos la atención de los tres estaba enfocada en la tableta de Isabel, en la que aparecían imágenes y videos cada vez más extravagantes. Por lo que se veía, hasta aquel momento los indios habían ganado todos los partidos, algunos incluso con un margen amplísimo (era tan increíble que hacía pensar en una maniobra publicitaria) y sí, efectivamente en Manaos se jugaría el último partido de la gira.

—¡Es el partido de inauguración del estadio! —exclamó Robert viendo la fecha—. No sabía que fueran indios los que tenían que jugar, pero bueno, me parece más que justo. Yo naturalmente, en calidad de proyectista, tendré que participar en la ceremonia; ¿por qué no vienen ustedes también? Mis invitadas, naturalmente. Mrs. Barbosa podría darme una mano con mi portugués renqueante, se lo agradecería.

—Lo siento, yo no puedo estar —respondió la embajadora—; la semana que viene salgo para Ginebra y después tengo una serie de encuentros en Medio Oriente, no vuelvo a América antes de fin de junio.

—¿Y usted? —preguntó Hubert dirigiéndose a Isabel. Isabel sintió de nuevo el apretón en el corazón que le estaba provocando en aquel período la nostalgia de casa y al mismo tiempo otro sobresalto que podía deberse también a la mirada del hombre, a decir verdad muy envolvente, así que cuando respondió las palabras le salieron solas:

—Su portugués no me pareció tan malo, no creo que necesite una intérprete. Pero de hecho tengo bastantes vacaciones atrasadas y extraño mucho Brasil. Estoy tentada, lo voy a pensar. Pero le advierto: si llegara a ir, para mí va a ser una ocasión de hacerle saber lo que pienso de todos esos millones de dólares que se gastaron en los estadios de fútbol.

—De acuerdo. Pero prométame que antes de decírmelo se dejará acompañar a dar una vuelta por el estadio.

3.29 Gira

Antônio había abierto la ventana antes de sentarse en la cama con la portátil en el regazo. El ruido tamborileante de la lluvia le gustaba, y le gustaba el olor cálido del río más allá del cual la humedad velaba los contornos de las casas amontonadas en la orilla. Parecía realmente una linda ciudad, Manaos, y un poquito le pesaba haber tenido solo media jornada para dar una vuelta, pero los tiempos de la gira los había fijado por anticipado Rede Norte y obviamente había que adecuarse. Estaba contento también de tener un cuarto para él solo; los muchachos ya se las arreglaban más que bien en cosas como dormir por su cuenta, y él, que tenía que admitir haber encontrado la gira más fatigosa de lo que se esperaba —por más que la vida en la selva lo hubiera mantenido en excelente forma física, jugar al fútbol con unos veinteañeros era un esfuerzo nada despreciable, y además todo aquel viajar, aquellos caminos desparejos e inundados, aquellas canchas embadurnadas de barro—, disfrutaba con gusto de algún momento de paz. Ya había entendido que conseguía sentirse tranquilo solo cuando sabía a los muchachos bajo control y a salvo; mira cuánto instinto paterno tenía sin saberlo. Pero el hotel donde estaban aquella noche era agradable y tranquilo, sin los peligrosos halagos de discotecas ambiguas y humeantes salones de juego entre los cuales había tenido que maniobrar en algunas de las etapas anteriores, buscando un difícil equilibrio entre la legítima curiosidad y las ganas de divertirse de los jóvenes y los riesgos que podían comportar situaciones y ambientes para los que no estaban en absoluto preparados. Una vieja tía más que un entrenador, pensaba: ese licor es demasiado fuerte, ten cuidado; esas máquinas son tragamonedas, no te dejes encantar por las lucecitas; no, esas muchachas no son para ti, están ahí, están ahí trabajando, eso, déjalas en paz; y tú ponte una camiseta, no se puede ir a comer con el torso desnudo aquí. Una vieja tía, un chaperón, una abadesa. Ahora sin embargo estaba todo en orden; probablemente, a pesar de haber sido divididos en tres cuartos, estaban todos amontonados en uno disputándose el control remoto del televisor y el smartphone en el que no se cansaban de mirar sus fotos, que Gabrielita, con admirable constancia, sacaba de los videos de Rede Norte para ponerlas en la cuenta de Instagram que había abierto en nombre de ellos, a la cual Moacir contribuía subiendo de vez en cuando alguna foto sacada por él mismo.

Antônio se acomodó mejor las almohadas detrás de la cabeza. Bueno, esta también pasó, pensó. Y pasó muy bien, buenísimo, es más. Ganar todos los partidos se había vuelto ya la norma y Antônio de vez en cuando se preguntaba si los equipos con los que habían jugado no serían más flojos de como se los habían presentado. Comoquiera que sea, mañana último partido y después se vuelve a Macapá. Yamandé, si todo salió como estaba previsto, va a ser dado de alta enseguida después de nuestra llegada: algunos días más para organizarnos y hacer las maletas y después por fin se vuelve a casa, a la selva.

Sonrió yendo a buscar en la computadora la selva: aquel Google Maps que le había enseñado a usar su sobrina le parecía todavía una magia, no se cansaba de recorrer el Jari, de seguir el curso de la famosa carretera 210 que nunca había encontrado, de volver a mirar las etapas de la gira, Belém, Tucuruí, Altamira, Santarém, de ampliar el mapa y mirar desde arriba el Brasil entero, toda América del Sur. Y después volver a cerrar el encuadre, cada vez más, cada vez más, sobre el verde tupido de la selva, como si mirando bien pudiera llegar a ver a Janaína que iba al río con Ybyráatã colgado del cuello, a Piata que volvía de la caza, a Itátakûara adormecido en su hamaca. Rio para sí, pensando que todo aquel mirar el mundo desde arriba le habría dado envidia hasta a Poranga Pagé.

Quién sabe si encontraremos una manera de proteger al menos este pedacito de mundo nuestro; quién sabe, se preguntó mirando aquel verde interminable, cuántas otras tribus como la nuestra hay. Lanzó una búsqueda, hizo clic en un link, después en otro y en otro más, cada vez más inquieto y perplejo: había decenas y decenas de páginas que hablaban de una «cuestión india» cuya magnitud él nunca había sospechado. Durante su vida anterior a la de la selva había oído mencionarla, natu-

ralmente, pero no le había dedicado demasiados pensamientos, como pasa con muchísimas cosas de las que se oye hablar pero que no nos tocan en absoluto. No se había dado cuenta para nada de que hubiera detrás problemáticas tan complejas y debatidas. El hecho de haberse vuelto prácticamente un indio le hacía leer aquellas páginas con cierto desconcierto: por un lado leía sobre la cuestión como el brasileño instruido de ciudad que había sido durante gran parte de su vida, tratando de desenredarse entre las informaciones y las opiniones con distancia y frialdad; por el otro se sentía involucrado en primera persona, él, su familia, sus amigos, y le costaba no dejarse arrastrar por la rabia y la turbación. Apagó la computadora, se estiró en la cama a escuchar el chaparrón de la lluvia. De vuelta en Macapá tengo que ver a aquella mujer de Greenpeace, aquella Mariana: ella trabajó mucho sobre esta cosa y quizá pueda ayudarme a entender algo un poco mejor, sin dejarme arrastrar demasiado por las emociones.

Y a propósito de emociones, pensó mientras se estaba deslizando hacia el sueño, estuve contento pero mucho menos emocionado de lo que habría creído al volver a oír a Isabel después de tanto tiempo. Le había dado gusto que lo hubiera rastreado y llamado, y todavía más gusto que estuviera justamente ahí, en Manaos, y le hubiera propuesto cenar juntos después del partido del día siguiente. Pero si pensaba en lo mal que le había sentado su rechazo de tantos años antes y en lo estúpido y torpe que había sido aquella noche, le parecía todo tan lejano, le parecía ver actuar en la memoria a otro Antônio, completamente distinto. Y se dio cuenta de golpe de que hasta aquel momento había pensado que al día siguiente volvería a ver a la muchacha vestida de verde de aquella noche; qué tonto, es obvio que los años pasan también para ella: ya tiene cuarenta y pico, ha de ser una señora casada y asentada. Se durmió pensando que no recordaba en absoluto cómo se llamaba de apellido.

3.30 Manaos

Isabel nunca había dormido en un avión en toda su vida. No sentía miedo; es más, volar le gustaba mucho, y siempre había pensado que era de algún modo excitante elevarse así tan alto por encima del mundo, libres de todos los vínculos del peso y de la gravedad. Se sentaba tranquila en su lugar e incluso en los trayectos más largos se quedaba despierta contemplando el panorama o, de noche, a los otros pasajeros. Raramente miraba las películas que proponían y todavía más raramente leía. El avión para Isabel era un lugar de observación e introspección.

Hubert en cambio ya se había dormido durante el despegue y salvo dos breves pausas para comer la comida «horrible» servida por azafatas «ruidosas» no había hecho más que darse la vuelta y revolverse en su asiento reclinado roncando ruidosamente. Desde hacía más de una hora estaban sobrevolando solo selva e Isabel estaba al mismo tiempo horrorizada y fascinada. El mar verde es realmente un mar, mira, un océano, mejor dicho, se extiende hasta perderse de vista en todas las direcciones, tan regular que cada irregularidad polariza completamente la atención. Antônio fue un náufrago, se dio cuenta; quién sabe qué debe de haber sentido allá abajo durante catorce años, perdido ahí dentro. Isabel había pasado su juventud en los márgenes de aquel mundo verde, lo había rozado varias veces, y ahora le ponía la piel de gallina. ¿Qué me está pasando?, se preguntó, ¿qué son todas estas fragilidades repentinas? Hubert se dio la vuelta de golpe exhalando el enésimo gruñido y apoyó la mejilla sobre el brazo generoso de Isabel, que sonrió y no se movió un milímetro; es más, reprimió la tentación de acomodarle un poco el flequillo desordenado antes de volver a enfocar su atención en las copas de los árboles.

El calor y la humedad sofocante de Manaos la acogieron como dos viejos conocidos, junto con el olor pesado de río y de fruta. No era de la misma opinión Robert, que empezó a resoplar y a sudar copiosamente apenas salió del aeropuerto y de la protección del aire acondicionado. Isabel se sentía en casa, se sonrió a sí misma pensando qué dulce era que todo el calor de su tierra le fluyera a través de los pies y le vibrara en el cuerpo. Su euforia crecía de momento en momento y alcanzó su cima en el taxi que pasaba por calles que le parecieron familiares aunque nunca había estado en Manaos: los colores, los sonidos, los rostros, todo contribuía a la sensación de sentirse en casa y a su felicidad. Y, tenía que admitirlo, contribuía a ella de un modo ligeramente perverso también la incomodidad de Robert, que le daba una sensación de superioridad y de control.

Pero a la mañana siguiente Hubert estaba transformado. Había dejado de sudar y una sonrisa radiante le iluminaba la cara.

—Me pasa siempre así, desde que vine a trabajar a Brasil. Las primeras horas son fatigosísimas, después no sé cómo mi cuerpo se adapta y me siento buenísimo.

—¿Pero dormiste esta noche? A Isabel le parecía imposible que hubiera conseguido conciliar el sueño después de haber dormido casi todas las diez horas de vuelo el día anterior; ella misma se había quedado despierta hasta muy tarde.

—Sí, sí. Yo soy un dormilón, no es raro que me dé dormidas de unas veinte horas. Y ahora me siento realmente bien, me siento casi brasileño.

—¡Efectivamente también tu acento mejoró! —bromeó Isabel.

La conversación continuó agradablemente durante la mañana, cuando desayunaron juntos y después se trasladaron con calma hacia la zona del estadio de la ciudad. Pero mientras en toda la ciudad se respiraba un clima perezoso y sereno, en la zona del estadio algo estaba pasando. Los primeros pe-

queños agrupamientos de personas se estaban organizando con sus carteles de protesta a lo largo de las avenidas que llevaban a la instalación, vigilados de cerca por demasiados policías con equipo antidisturbios. «Vergüenza», «Gol para la Copa del Mundo – Brasil eliminado», «¡Respeto!», «¿La Copa para quién es?» eran solo algunas de las pancartas que Isabel y Hubert, un poco preocupado de ser reconocido, observaron juntos.

—Ahora dime que no tienen razón —dijo en cierto momento Isabel.

—No tienen razón si creen que estos dos carteles, que van a tener si acaso visibilidad solo en la prensa local, puedan realmente cambiar algo.

—Me refería al fondo, en el sentido de que todos esos cientos de millones gastados en los estadios se podían gastar de otro modo. Hay niños que se mueren por la miseria y el abandono, aquí, sabes.

—Bueno, tampoco tienen razón en eso. El dinero era para los estadios, no había otros proyectos. Y esto tuvieron: estadios, lindos y modernos. ¿A los brasileños les gusta el fútbol? Sí. Este es el único argumento sobre la mesa. No te estoy diciendo que esté contento de ver la pobreza difundida en este país y todas las contradicciones que conoces mejor que yo. Estoy diciendo que esta vez un gran sistema de poder tocó Brasil y ni yo ni quizá nadie podía hacer nada al respecto. Lo que hice, lo que tenía en la cabeza hacer desde que me mudé a Brasil para seguir estos encargos, es darle a Brasil lo mejor: la máxima sostenibilidad posible con las tecnologías actuales, la reutilización de los materiales, el menor impacto ambiental posible. Esto tendrá Brasil: los estadios más lindos del mundo.

—Que nadie va a utilizar.

—Lo sé, son cosas que pueden pasar, pero en este caso no había nada en mi poder que pudiera hacer para impedirlo.

La ceremonia de inauguración propiamente dicha se desarrolló de manera muy simple. El gobernador del estado de Amazonas descubrió una placa en recuerdo de aquel día, Rede Norte cubrió el evento con un especial, pero Hubert se quedó en segundo plano, apareciendo de espaldas solo en alguna de las fotos oficiales. La protesta no surtió el efecto deseado y al final los poco más de mil manifestantes fueron netamente superados en número por los hinchas que acudieron, alrededor de veinte mil. Como el partido sería siete contra siete, la cancha había sido dispuesta girada 90° en la mitad sur del estadio, con las porterías sobre lo que después serían las líneas laterales. La mitad norte de la cancha estaba todavía parcialmente inhabilitada a la espera de que se completaran los trabajos. Antes del saque inicial tuvo lugar una segunda pequeña ceremonia que estaba previsto que fuera coronada por un discurso del capitán del equipo de los indios.

Cuando los futbolistas entraron en el terreno de juego, Isabel se dio cuenta de qué negocio tenía entre manos Rede Norte. Bien explotado, podría ser un fenómeno mediático de nivel mundial. Los indios llegaron con el torso desnudo, con los cuerpos y los rostros pintados de distintos colores: eran todos jovencísimos, orgullosos, con un andar tan fluido que parecía una danza. Antônio —¡ahí está! ¡Cómo había cambiado!— tenía en la mano un micrófono e invitó a uno de los muchachos, evidentemente el capitán, a decir algo. Apenas el muchacho habló, Antônio se dio la vuelta de golpe a mirarlo.

La lengua de los indios no se parecía a ninguna lengua que hubiera oído nunca. Era un conjunto de sonidos muy agudos, intercalados con chasquidos de lengua y largas vocalizaciones. Todo acompañado por amplios gestos muy escenográficos. Quién sabe si hace siglos, antes de perder el contacto con la naturaleza, también nuestros antepasados eran así de teatrales al hablar, pensó Isabel. Y cuan-

do Antônio empezó a hablar en portugués para traducir lo que había dicho el muchacho, ella no pudo dejar de sonreír. También tú intérprete, Antônio, ¿ves el destino?

—Nos explicaron qué es el dinero, qué significa vender y comprar. Y nosotros lo entendimos, aunque nos parezca una cosa rara. A Isabel le pareció que la voz de Antônio estaba insegura; no entendía si por la emoción o por algún otro sentimiento que no conseguía reconocer.

—Después nos dijeron que la selva no es nuestra. Que pueden venir hombres a cortar los árboles como si la selva les perteneciera. Pero que no nos pertenece a nosotros, a nosotros que vivimos en ella desde que la luna era pequeña y joven. A Isabel se le puso la piel de gallina: ¿qué dijo? Cada vez que el muchacho hablaba, Antônio hacía pausas cada vez más largas, como si reflexionara sobre las palabras que estaba por traducir. El muchacho dijo una cosa más; Antônio calló unos segundos y fue solo después de un decidido gesto de invitación del muchacho cuando se decidió a abrir la boca.

—Nosotros no podemos comprar la selva. Pero nadie puede comprar la selva. ¿Cómo se puede comprar o vender el cielo, el calor de la tierra? Esa idea nos parece extraña. Si nosotros no somos dueños de la frescura del aire, del destello del agua bajo el sol, ¿cómo puede alguien considerarlos suyos?

Después de la frase siguiente del muchacho, Antônio le alejó el micrófono de la boca y le dijo algo a lo que el joven replicó con decisión. Los dos siguieron gesticulando y hablándose un cierto tiempo hasta que Antônio concluyó con dos gestos mucho más bruscos y menos elegantes que los otros: el capitán pareció vacilar pero al final decidió continuar haciendo una mueca de disgusto. Isabel se encontró jugando con su deformación profesional: aun sin conocer nada de aquella lengua, se encontró tratando de adivinar qué estaban diciendo Antônio y el muchacho a partir del tono, de sus gestos y de lo que habían dicho antes. Si ahora le hubieran pedido que aventurara sobre la marcha una traducción, le habría atribuido a Antônio las palabras «Ahora basta, este no es el lugar ni el momento para estos discursos», pero naturalmente en realidad habría podido ser cualquier otra cosa: aun con todos los años transcurridos en la ONU, nunca había oído nada parecido a aquella lengua.

Antônio volvió a traducir, visiblemente tranquilizado:

—Pero hoy estamos aquí para jugar primero que nadie en esta nueva casa del fútbol, la casa más grande del fútbol de toda la selva, y estamos muy felices. Para la ocasión nos pusimos los colores de las grandes fiestas y estamos muy emocionados porque muchísimas personas nos van a mirar jugar; esperamos que para todas ellas sea divertido como lo será para nosotros.

—Para ellas lo será seguro —dijo Hubert al oído de Isabel, un gesto un poco demasiado íntimo para la relación que habían tenido hasta aquel momento, pero que no le disgustó en absoluto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella. Robert le mostró una revista que estaba hojeando, comprada poco antes, en cuya portada se lucían los muchachos del Asu Ka'a («¡En el interior, el póster de Moacir!»):

—En el partido en que les fue peor, el primero además, ganaron cuatro a cero. Claro que se van a divertir, no están jugando con gente de su nivel; mira aquí: cuatro a cero, cinco a cero, ocho a uno, seis a uno…

—¿Pero por qué organizaron esta gira contra equipos tan flojos?

—¿Flojos? No tanto. Por lo que se ve son todos los mejores equipos de los campeonatos del norte de Brasil, campeonato Amazonense, campeonato Paraense, campeonato Amapaense. Teniendo en

cuenta que en la serie A brasileña juegan solo equipos del centro-sur, yo diría que es lo mejor que podían encontrar.

Mientras tanto ya había llegado el primer gol del equipo de los indios con una acción tan rápida que Isabel, distraída por el diálogo con Robert, no había llegado a tiempo de verla. La sensación de que aquellos muchachos danzaban siempre se le reforzó al verlos jugar: parecían livianísimos y frágilísimos y sin embargo de sus pies salían tiros y pases de una potencia poco común, tenían un instinto o quizá una rapidez que los hacía llegar siempre primeros a la pelota, y con aquellos colores pintados en el cuerpo eran hipnóticos, no conseguía despegar los ojos de la cancha. Y festejaban de un modo realmente raro, haciendo el gesto de un flechero que tensa el arco, y mira, alguno del público ya los estaba imitando.

3.31 Acuerdos

—Perdóname pero todavía no me volví a acostumbrar del todo a comer como ustedes. No era fácil entender qué había de indio en Antônio: no tenía sus facciones, los cabellos eran de un castaño claro muy raro en la selva, su piel era menos oscura que la de los indios y una barba descuidada asomaba descaradamente en su mentón. Y sin embargo se había vuelto indiscutiblemente un indio; habrán sido sus movimientos o el tono de su voz o quién sabe qué otra cosa, Isabel no dejaba de preguntárselo.

—Quiero decir… como nosotros, o sea como nosotros antes de que ustedes se volvieran ustedes…

Isabel sonrió. Ella y Antônio estaban en un restaurante bastante refinado de Manaos, y volver a verse después de tantos años para pasar una velada juntos era todavía más agradable después de la victoria estruendosa de los muchachos de Antônio en el partido de aquella tarde. Cuando Isabel le había comunicado a Robert (¿desde cuándo con Hubert habían pasado a llamarse por el nombre? Raro, ni siquiera lo recordaba) sus planes para la velada, él había comentado:

—Me parece un lugar un poco demasiado elegante, quizá él se sienta incómodo. Era tierno que Robert se preocupara por los sentimientos de Antônio, pero Isabel había notado halagada la punta de celos ínsita en el comentario.

Estaba en realidad curiosísima, demasiado curiosa según la opinión de Robert, por conocer todos los pormenores de la increíble aventura que estaba viviendo Antônio.

—¿Qué comían en la selva? —preguntó Isabel mordiendo una excelente *costela* cocida a la brasa —. Me imagino que de todo, ¡hasta los insectos!

—Pero no todos los insectos —respondió Antônio—, solo los buenos. Isabel rio de gusto pensando que Antônio había hecho un chiste:

—No, vamos, en serio.

—Mira que estoy hablando en serio. Comemos de todo: insectos, larvas, peces, pájaros, reptiles, anfibios, mamíferos, una cantidad de vegetales que ni siquiera consigo enumerar… Y será la nostalgia, no sé, pero esos sabores me faltan y estas cosas que comen ustedes me parece que tienen siempre un poco el mismo sabor. Y son todas un poco demasiado saladas. Isabel miró derecho a los ojos a Antônio por primera vez, quizá por primera vez en su vida.

—Es increíble cuánto cambiaste. Aydiós, es creibilísimo, considerando tu naufragio en aquel océano verde, pero es de todos modos asombroso verlo con los propios ojos.

—Tú también cambiaste bastante. Eres… hablas de un modo curioso, eso. Parece siempre que estuviera escribiendo un artículo de diario, pensó Antônio, no me acordaba de estos arranques retóricos suyos. Y no me acordaba de que tuviera una contextura tan matronal; quizá es un efecto del tiempo que pasó, como esas arruguitas en los ángulos de los ojos. Hubo unos instantes de silencio, después Antônio retomó:

—De todos modos, las orugas… Pero fue interrumpido con una sonrisa por Isabel:

—Basta de hablar de porquerías, ¿está bien?

—Mira que no son para nada porquer…

—Cuéntame algo curioso sobre esos increíbles muchachos tuyos, mejor. ¿Les costó adaptarse a nuestro mundo?

—Mucho menos de lo que habría pensado. Quizá el hecho de haberles hablado de él durante años los ayudó. Claro, hay cosas que todavía no entienden, la basura, por ejemplo: en la selva los residuos son un puñado de huesos pelados y de semillas de fruta, no se explican los papeles, las botellas, las colillas de cigarrillo, la basura en la calle. Pero otras cosas que deberían desconcertarlos en cambio no los perturban en absoluto. Un episodio significativo es la historia de los zapatos de fútbol. Yo estaba preocupadísimo, me había preparado todo un largo discurso para explicar que jugar descalzos era hermosísimo, claro, pero también muy peligroso si los adversarios jugaban con zapatos con tapones. Fíjate que hay incluso una leyenda sobre la selección de la India, que no habría participado en el Mundial de 1950 porque no los dejaban jugar descalzos… perdón, divagué. Decía: pasé días pensando cuál podía ser el mejor modo de convencerlos y en cambio cuando llegamos a la sección de deportes del centro comercial se lanzaron a probárselos y lo único que me preguntaron fue: «¿Pero estás seguro de que Rede Norte nos los compra? ¿No tenemos que pagar dinero?».

—Jajajá, ¿pero cómo es eso, según tú?

—Bueno, querían parecerse lo más posible a los grandes futbolistas que vieron en la tele; desde que están aquí no se pierden un partido.

—Qué tiernos. Pero escucha, a propósito de «comprar» y de «dinero»: ¿de verdad te dijeron así? ¿Y el discurso del muchacho, sobre comprarse la selva?

—Ese fue un episodio que… me tomó por sorpresa, eso: estaba concentrado en la traducción y desde la lengua de la tribu no es fácil, es una lengua adaptadísima a la vida de la selva pero no lo es para nada para esta vida, ¿me entiendes?

—Te entiendo bien, me pasa a menudo también a mí, aunque portugués, inglés, español y francés sean mucho más parecidos entre sí.

—Cuando me di cuenta de lo que estaba diciendo le pedí que parara. Las pupilas de Isabel, ligeramente dilatadas por la *caipirinha*, se clavaron intensamente en él (un poco demasiado intensamente, habría dicho Robert).

—Sí, pero si entendí bien provienen, provienen ustedes, de una tribu de no contactados. Ganar, comprar la selva me parecen conceptos «occidentales», por así decir. ¿En estos catorce años les diste cursos de finanzas?

Antônio había desarrollado una especie de sistema de alarma: cuando se hablaba de indios o de selva o de las diferencias entre la civilización occidental y la indígena, el sentido de superioridad que regularmente traslucía en sus interlocutores lo hacía montar fácilmente en cólera. Se tomó un momento para observar los rasgos curvos del rostro de Isabel y su sonrisa apenas insinuada. La alarma no se disparó.

—Es una cosa en la que había pensado yo cuando Rede Norte nos propuso el contrato, una cosa tan ingenua que casi me da vergüenza. Al final nos van a quedar en la mano pocos miles de reales, insuficientes incluso para pagar al primer funcionario al que pedirle información.

El teléfono de Isabel sonó, haciendo sobresaltarse a Antônio, que todavía no conseguía acostumbrarse al hecho de que la gente tuviera siempre y en todo momento el celular consigo. Isabel, ligeramente ruborizada, contestó el teléfono hablando en inglés. Era una lengua que Antônio nunca había conocido buenísimo y que ya no practicaba desde hacía catorce años, pero no hacía falta conocer la lengua para notar que el tono de su voz se había vuelto leve y espumoso. Es un hombre, adivinó, y pronto Isabel va a colgar la hamaca cerca de la suya. Y de todos modos alguna palabra de inglés en la cabeza le había quedado: *buying therainforest* ¿no quiere decir acaso comprar la selva? ¿Quizá le estaba contando que Antônio quería comprársela? No entendía bien. ¿Le estarían tomando el pelo? La alarma no se disparó tampoco esta vez.

Al final de la llamada pidió explicaciones:

—¿Ustedes también quieren comprarse un pedazo de selva? ¿Para hacer qué? Isabel se recompuso y volvió a ponerse seria, aunque la luz en los ojos no se le iba:

—Antônio. Será la atmósfera mágica de Manaos, o quizá simplemente la *caipirinha*, pero ahora te voy a hacer una propuesta arriesgada. Antônio no entendió y por miedo a decir una cosa estúpida se quedó en silencio, limitándose a un gesto para invitarla a continuar.

—Yo creo que sé cómo ayudarte en este asunto de la compra de un pedazo de la selva. Hace tiempo trabajé en un proyecto de la ONU relativo a la búsqueda de modelos de *project financing* aptos para la salvaguarda de la Selva Amazónica. Yo era la intérprete y no una de las expertas, pero algo aprendí y creo que sé cómo poner en pie una fundación para este fin. —Ignoró la expresión estupefacta de Antônio y prosiguió—: No sé exactamente de cuánto dinero disponen, pero al menos para poner en marcha el proyecto basta con poco.

A Isabel le pareció ver los millones de pensamientos que peleaban en la cabeza de Antônio por conseguir llegar primeros a la boca:

—¿Pero estás segura? Yo probé a informarme pero me pareció entender que con pocos miles de reales no se puede hacer nada, salvo engancharse a proyectos ya en curso en otra parte completamente distinta, que a nosotros nos interesan relativamente. Por no hablar del delirio burocrático.

—Los obstáculos burocráticos se superan; es justamente en ese aspecto en el que puedo ayudarte. Y obviamente cuanto más dinero haya mejor es, no estoy diciendo lo contrario; si tú ganaras mil millones de reales en la lotería sería todo más simple. Pero para empezar, su dinero pienso realmente que va a alcanzar. Después habrá que encontrar un patrocinador o alguna vía de financiación, y también aquí ya tengo alguna idea; quizá hasta Rede Norte podría estar interesada. En cualquier caso estoy segurísima de que la linda fábula del grupo de indios que aparece de la nada y juega al fútbol mejor que cualquier otro va a tocar el corazón de muchas personas. El mío, por ejemplo, fue tocado.

—Me estás diciendo que con tu ayuda podríamos comprarnos nuestra selva. Es esto lo que me estás diciendo.

—Sí. No te lo reprocharía si no confiaras, pero te lo digo igual: confía. Su dinero no va a terminar ni en mis bolsillos ni en los bolsillos de nadie más. Va a quedar siempre directamente bajo tu control o, si necesitas ayuda en la administración, bajo el control de alguien en quien confíes.

—¿Por qué lo haces? Quiero decir, tu vida está en Nueva York, ¿no es lo que siempre deseaste?

—No lo sé, sabes; para llegar a hacer esta vida estudié y me esforcé mucho, también renuncié a muchas personas y cosas. Ahora siento el peso de este esfuerzo. Y extraño Brasil. Extraño la poesía, la

energía de esta gente. Y me parece estar en una posición en la que puedo hacer algo para mejorar las cosas que no andan. Así que tu aparición repentina me pareció una señal, como me pareció una señal la llegada a mi vida de Robert…

—¿El de la llamada?

—Sí —dijo Isabel sonriendo—, ¿tan bien se entendió?

—Se entendió que colgaste la hamaca cerca de la suya.

—¡Ja, ja, qué lindo este modo de decir!

—Sí.

—No.

—¿No qué, perdón?

—No colgué mi hamaca cerca de la suya.

—Pero querrías.

—Quién sabe.

La conversación prosiguió distendida el resto de la velada e Isabel se divirtió muchísimo escuchándole contar tanto las aventuras de Antônio en la selva como las de su llegada a la ciudad, riendo hasta las lágrimas cuando Antônio le contó lo de Teresa y la radio. Se despidieron con la promesa de volver a hablarse cuanto antes para definir todos los detalles: Antônio había expresado el deseo de volverse lo antes posible a la selva con su familia. Y el hecho de que aquella familia existiera y de que él hablara de ella con tanto cariño pinchó a Isabel con una pequeñísima punzada de desilusión, de la cual trató de olvidarse cuanto antes.

3.32 Regresos

—Agrégale un poco más de frijoles, Janita. Desde que volvieron de aquel viaje de fútbol me parece que los muchachos tienen cada vez más hambre, ha de ser que hicieron mucho movimiento. Marcela se secó el sudor sobre el labio; siempre había hecho un gran calor en aquella cocina.

—Y quizá algún pimiento más, la verdura hace bien. Mezcló con cuidado la salsa, mientras trataba de acordarse si le había dicho a Italo que pasara por el negocio a buscar un par de cajas de cerveza.

—Janita, ¿alguien tendió la ropa? Hay que poner en marcha enseguida otro lavado, el canasto de la ropa sucia está por estallar.

—Sí, la ropa la tendió Ubiratan. Siempre está atento a estas cosas.

—Bien, buen muchacho. Piraí, tienen que estar más finas esas cebollas. Mira, así. Eso, perfecto. Se está volviendo realmente buenito en la cocina este muchacho, pensó Marcela rozándole el hombro con una caricia, hasta podría hacer de ello un oficio, estoy segura de que le gustaría. Antônio nunca había querido saber nada, Amanda era una gran chapucera, Janita en cambio era muy precisa y confiable pero sin ninguna fantasía. Sí, es realmente el más dotado para la cocina entre —Marcela interrumpió el pensamiento a la mitad, estupefacta y un poco turbada— estaba por decirse a sí misma: entre mis hijos. Sacudió la cabeza, sonriendo y hundiendo el cucharón en la cacerola; hacía realmente calor en la cocina. Y todavía quedaba por preparar la *farofa*, por lo menos un kilo para que alcanzara para todos. El lavado, había que acordarse de ponerlo en marcha, si no dónde encontrabas después siete pantaloncitos limpios. Se acomodó un mechón de cabellos sudados con un suspiro: eh, ya no eres una chiquilla, Marcela, no es tan raro que a la noche estés cansada después de haber estado detrás de una familia de diez personas. No, once, once, ahora está también Yamandé, salido del hospital, y demos gracias al cielo de que esté bien, un muchacho tan lindo, habría sido realmente una lástima.

Yamandé tenía una sonrisa de un lado al otro de la cara desde que le habían dado el alta: por fin, después de todo aquel tiempo pasado pudiendo solo escuchar los relatos de mil maravillas y cosas raras y si supieras esto y si vieras aquello, por fin podía ver con sus propios ojos y experimentar todo aquello de lo que los demás ya estaban incluso un poco hartos, y andaba dando vueltas balanceándose sobre la pierna vuelta a poner en funcionamiento con los ojos felices de un niño en un parque de diversiones. Habían dicho que ahora que estaba curado volverían a la selva, pero él no tenía ninguna gana, no antes de haber visto y probado todo lo que habían hecho los amigos. Casi se había peleado con Ubiratan e Itaúna, la noche anterior, porque ellos no paraban de hablar de cómo pronto volverían a la aldea, prontísimo, y se morían de ganas de volver a ver a la mujer, al niño, a la mamá, al hermano, al anciano y al último nacido, y quizá también a ese pesado de Itátakûara, y por qué no al oso hormiguero o a la araña, qué amigos aburridos.

Tenía de su lado a Moacir y a Cauê, que no parecía que tuvieran tanto apuro por volver a la selva. Jugar al fútbol como habían hecho en aquel último período les gustaba mucho y se entretenían con la mención que Antônio les había hecho —sin saber cuánto se mordería la lengua después— acerca del hecho de que, después de haberlos visto jugar durante la gira, un par de equipos lo habían contactado para saber si los muchachos podían estar interesados en un contrato. Después, en caso de que le parecieran indecisos, Yamandé ya había entendido que bastaba nombrar la bicicleta para hacerle torcer la nariz a Moacir ante el pensamiento de la maraña de la selva, y hablar de Gabrielita para ver reencenderse en la cara de Cauê la esperanza de aquella famosa hamaca. Y en realidad, hablando de hamacas, el propio Yamandé tenía media idea de volver a visitar a Joana, la fisioterapeu-

ta, que tan alta y grande y con aquellas manos anchas y livianas quizá, quizá tendría ganas de seguir enseñándole portugués.

Antônio le propuso a Isabel otra cerveza antes de volver a casa para la cena: se habría sentido un poco incómodo dejando que fueran sus padres solos los que cenaran con los muchachos, tratando de desenredar sus malhumores y pequeñas peleas sin siquiera entender su lengua. Ya hacían mucho, muchísimo por todos ellos, y también Janita, que se había encontrado haciendo de hermana mayor de una banda entera de muchachotes que hacían una y pensaban ciento, de vez en cuando, por paciente y cariñosa que fuera, empezaba a dar señales de impaciencia.

Isabel aceptó con gusto; ella también tenía otros programas para la cena y quería llegar a tiempo de volver al hotel donde había decidido alojarse con Robert para cambiarse: Antônio visiblemente no reparaba en absoluto en la ropa de sus interlocutores —quizá en su cabeza ve a todos desnudos y libres con solo la brisa en la piel, pensó con una risita soñadora—, pero Robert apreciaba a una mujer bien vestida, y ella apreciaba que él lo apreciara.

La conversación prosiguió distendida; ya Antônio había decidido que la propuesta de Isabel de ocuparse de los aspectos legales y prácticos de la puesta en tutela de su pequeña parte de selva era no solo el único camino efectivamente transitable sino también el mejor que pudiera encontrar. Ya la había puesto en contacto con Mariana y, como gracias al cielo las dos se habían entendido muy bien la una con la otra, sus competencias unidas serían eficaces, o así lo esperaba Antônio. Claro que llevar a término el asunto entero tomaría un poquito de tiempo y sería necesario postergar el regreso a la aldea, pero Antônio debía necesariamente estar localizable al menos para firmar los papeles y aprobar la actuación de Isabel y Mariana: si desapareciera de nuevo en la selva el proyecto ni siquiera podría arrancar.

Tener que esperar le pesaba un poco; ya se había hecho a la idea de que ahora que Yamandé estaba del todo recompuesto, dentro de poquísimo tiempo podrían programar la partida, y la urgencia de volver a ver a Janaína y a Ybyráatã, de volver a ver el verde perfumado y sonoro de la aldea, de volver victoriosos a la tribu habiendo cumplido su misión, se había vuelto fuerte; en ciertos aspectos realmente se moría de ganas de partir. Pero para consolarlo, y era un consuelo tan válido que solo de pensarlo se le iluminaban los ojos, estaba el hecho de que quedarse un poco más en Macapá quería decir poder ver el Mundial, y bueno, no se puede decir realmente que fuera una cosa de nada. Aunque solo de pensarlo, eso sí, le dio risa: su madre, su hermana y su padre sentados con él en la sala junto con siete indios educadamente dispuestos en círculo delante del televisor, ventanas abiertas y banderas listas, en calzoncillos, maníes y cerveza para todos, a hinchar.

3.33 Gritos

Los gritos y las risas que resuenan de un lado al otro del micro. Los mil ruidos del camino parecen desvanecidos, cubiertos por el ruido de la juventud y de la despreocupación. Y en la cabeza ya saben que los gritos más radiantes y exaltados serán los que saldrán de sus gargantas dentro de un mes. Todavía no están tan alto como para sobresalir por encima del mundo, pero están cerca. Solo los más fuertes y valientes llegan tan alto como para poder abarcar con la mirada la infinita inmensidad de las gradas y entender que llegaste a la cima, que más alto que eso no se puede ir. Todavía no sintieron nunca esta sensación, pero se la oyeron contar tantas veces. Y hoy son ellos los hombres fuertes y valientes que tendrán que cumplir la hazaña. Pronto serán ellos los que agujereen las redes blancas que los rodean y serán ellos los que les cuenten a los niños qué se siente al subir al techo del mundo. El sonido de las risas y de los gritos de autoaliento lo cubre todo: el sonido de la música que sale de los auriculares de quien solo quería relajarse, el sonido de quien charla con el vecino, despreocupado de la tarea que los espera. Y el sonido de algo metálico que se dobla bajo el empuje poderoso del vehículo y después se parte. Después hay un instante de silencio y después los sonidos son feos, se vuelven ruidos. Ruidos que no deberían estar ahí: ruidos de otras partes metálicas que se parten, ruidos de miedo, ruidos de un estruendo terrible. Y después los gritos de dolor y desesperación.

Capítulo 4

4.1 Dicho esto

El micro había volcado sobre sí mismo y yacía con las ruedas al aire al borde de la calzada, con un costado desgarrado como si alguien hubiera pasado a rayarlo usando una motosierra en vez de una llave. Los primeros automovilistas que llegaron al lugar y bajaron del auto para ayudar notaron los colores de Brasil pintados en el costado. Alguno después notó que el micro parecía nuevo de fábrica y que el dibujo era distinto del de los tantos micros que publicitaban el inminente Mundial de fútbol, y algún otro leyó la inscripción «¡Prepárense! El sexto está llegando», que había sido elegida como frase oficial de la selección, suscitando tantas polémicas entre todos los que recordaban la debacle de 1950.

—¿Quizá lo escribieron en todos los micros?

—No lo sé, no lo sé, yo ya había dicho que traía mala suerte. A medida que la duda crecía, las operaciones de primeros auxilios se hacían más agitadas. Tres hombres robustos se pusieron con ganas a arrancar la puerta para hacerse lugar adentro y cuando el primero consiguió entrar y posó la mirada sobre aquel rostro que había visto tantísimas veces en televisión y después sobre otro y sobre otro más, llegó la confirmación, y los gritos desesperados de los socorristas superaron en intensidad a los de los heridos que pedían ayuda.

No murió nadie. Dicho esto, era una tragedia absoluta: a bordo del micro viajaba la selección brasileña entera, que habría debido debutar en el Mundial dos semanas después, y casi todos los atletas parecían haberse cortado o roto algo. Desde las primeras notas televisivas y los primeros artículos de los diarios en línea, desde las primeras discusiones en la calle, en los bares, en los lugares de trabajo, todos parecían pensar del mismo modo: agotado al principio del discurso el deber de sentirse aliviados por la ausencia de desenlaces todavía más trágicos, se pasaba a examinar las graves consecuencias que un golpe tan duro podía tener sobre la selección brasileña. Tanto que la expresión se volvió rápidamente una muletilla: «No murió nadie. Dicho esto…».

4.2 Like

Como todos sus compatriotas, también Yaia había quedado arrasada por el vórtice de incredulidad y desesperación a raíz de la Noticia (se había vuelto enseguida la Noticia, no hacía ninguna falta especificar cuál). Un mensajito de Dani por WhatsApp, lleno de caritas llorando y signos de exclamación, le había hecho encender la tele, y durante dos horas había mirado todos los noticieros, todas las notas desde la autopista, desde el hospital, las reacciones del exterior, el mensaje de aliento de la Presidenta, todo puntuado por el incesante bip que señalaba la recepción de nuevos mensajes de sus amigos por WhatsApp, Facebook, Twitter y cualquier otra app que tuviera instalada en el teléfono. Se hablaba de eso también en el chat de Ruzzle y hasta había vuelto a la vida una vieja discusión en Orkut. Después, de golpe, había apagado la tele, la computadora y el celular, en busca de paz. Quería dormir pero la paz no llegaba, perturbada por el barullo proveniente de la cocina, donde sus padres y su hermano estaban peleando a propósito de alguna ley sobre seguridad vial que no había captado y que en aquel momento no le interesaba.

Con la cabeza apoyada en su adorada almohada rellena de farro, había vagado con la mirada en la penumbra sobre las imágenes colgadas en la pared que señalaban la evolución en curso en su cuartito de chica de dieciséis años. El único póster de la vieja guardia que todavía resistía, más por razones de afecto histórico que otra cosa, era el de Justin Bieber que le había regalado Fábio tres años antes. Los otros habían sido sustituidos por fotos y recortes que mostraban a una Yaia más madura y consciente de las problemáticas del mundo que la rodeaba. Un cartel de Greenpeace, la entrada enmarcada de un concierto de los Titãs, las fotos de Camila Vallejo y de Kennedy. El lado deportivo estaba cubierto por recortes de revistas con los tres jugadores más lindos de la selección que, con la pelota en la mano y poco encima, ponían de relieve sus dotes extrafutbolísticas y, al lado, una foto de Moacir, aquel joven indio que tampoco estaba nada mal (nada, pero nada mal) y que, por lo que había visto en la tele, se las arreglaba muy bien también en la cancha.

Su mirada volvió brevemente sobre JFK, que la invitaba a preguntarse qué podría hacer ella por su país. Y después de nuevo sobre los tres bombones de la Seleção y sobre Moacir, Seleção y Moacir, con esa sensación de una idea que se forma no en la cabeza sino en el pecho y después, por fin, sube y se manifiesta en toda su claridad. Volvió a encender la Mac, golpeteando el escritorio con la uña esmaltada de verde en espera frenética, y apenas fue posible se conectó a Facebook. Una breve búsqueda le reveló varios grupos de duelo por el accidente, entre los cuales «Recemos por la Seleção y por Brasil entero» tenía ya más de veinte mil inscriptos. Y ya habían sido creadas innumerables páginas en apoyo de la convocatoria de este o aquel futbolista, colmadas de discusiones en las que personas razonables exponían su propio punto de vista con la habitual serenidad: «Oreste es fortísimo, era una injusticia que no lo hubieran convocado antes, es el destino el que lo preservó para esta ocasión». «Si lo convocan espero que el micro tenga otro accidente». «Se nota que nunca viste un partido de fútbol en tu vida ;-)». «Se nota que eres ciego :-D». Y así por el estilo. Yaia se acomodó el flequillo color mandarina y constató contenta que nadie había tenido todavía su idea. Hizo clic en Crear Página, escribió «Mandemos al Asu Ka'a al Mundial», eligió como portada una linda foto de uno de los muchachos ejecutando una espectacular chilena, apretó Enter y miró satisfecha su obra. Mientras reflexionaba sobre el paso siguiente vio que en la página ya habían aparecido los dos primeros «Like»: el de Fábio (¡y cómo no! Que hubiera tardado nada menos que veinte segundos era casi sospechoso: ¿estaría empezando a pasársele el enamoramiento?) y el de su prima Patricia. Después habían seguido los otros Like de los amigos de siempre con los que interactuaba más, incluido el de su abuela, que Yaia devolvió con un corazoncito preguntándose qué hacía todavía despierta a esa hora (pero quizá es la abuela la que se pregunta lo mismo de mí, LOL). Treinta y nueve Like en media hora, a la una de la madrugada: era decididamente su mayor éxito desde que estaba en Facebook. Se demoró un poco sobre el botón «señalar esta página a todos tus amigos», al que en general era contrarísima, pero esta vez era por una buena causa. Hizo clic en Enviar y en un cuarto de hora

había llegado a sesenta y siete Like. Las dos primeras muestras de aprecio provenientes de desconocidos amigos de amigos, tales Fernanda Greenpeace y Victor Menezes, le dieron mucha satisfacción y con la satisfacción llegó por fin también la calma. Apagó de nuevo la computadora y apenas apoyó la cabeza en la almohada sintió que ya estaba por dormirse, pero tuvo tiempo de tener un último pensamiento: qué genial sería que mañana por la mañana me despierte y haya cien Like.

Al despertarse los Like eran casi mil y ya habían aparecido algunas discusiones sobre cuáles de los seis indios eran los más indicados para ir a reforzar la Seleção y en qué puesto. Yaia estaba electrizada y decidió saltarse el desayuno para cuidar mejor la página. Encontró una foto de cada uno de los seis (a Antônio lo descartó sin ni siquiera un pensamiento. Si lo hubiera pensado, de todos modos, el pensamiento habría sido «demasiado viejo y además ni siquiera es un indio de verdad») y creó seis publicaciones dedicadas, enriqueciéndolas con las pocas informaciones que consiguió encontrar en aquellos veinte minutos. Después salió de casa y corrió a la escuela.

En el Colégio Sagrado Coração de Maria de Brasilia regía la estricta prohibición de usar el celular en clase. Yaia en dos años nunca la había infringido, pero aquella mañana resistir a la tentación fue mucho más duro que de costumbre. En el primer recreo corrió al baño con las amigas de confianza y encendió el celular, pero fue recibida por un resultado desilusionante: mil doce Like. Dani lanzó un grito incrédulo y otro tanto hizo Leticia, que sin embargo notó la expresión desilusionada de Yaia:

—¿Mil Like? ¡Pero qué genial, es de locos! ¿Qué es esa cara?

—No, es que estábamos en mil ya esta mañana cuando salí de casa, esperaba que la cosa prendiera más rápido. Quizá se agotó el empuje. Bueno, lástima.

—¿Pero estás loca? ¿Pero tú conoces a alguien con mil Like en una página que no sea Adoro a Justin Bieber o LeoDiCaprio Cásate Conmigo? ¡Deberías darte aires de aquí a la semana que viene, y más que eso! —probó todavía a apoyarla Leticia, fulminada enseguida por la mirada de las otras dos: cómo se atrevía Leticia a olvidar la afrenta sufrida a manos de su archienemiga Maria Eduarda, que ostentaba el récord escolar con más de tres mil Like en una adulonísima página de descripción de la escuela.

—Ah, cierto. Siempre me olvido. Bueno, pero todo el mundo sabe que la página de Eduarda tenía los Like comprados por el padre.

—Comoquiera que sea —cortó por lo sano Dani, más pragmática—, no te tienes que dar por vencida. ¿Ya pusiste el link en Twitter? ¿WhatsApp? No, ¿eh? Vamos, hagamos circular esta página, que quiero ver una mueca distinta en la cara de Eduarda.

De: fernanda.silva @ greenpeace.br – Hora: 10.39 Para: [amigas greenpeace + Amigos da Terra] Asunto: Linda idea

Hola chicas, anoche vagaba semidesesperada por Facebook cuando me topé con esta página: «Mandemos al Asu Ka’a al Mundial». Es una linda idea, ¿no? ¿Qué dicen, probamos a difundirla y vemos hasta dónde llegamos?

Besos F

Hacia el mediodía, despierto desde hacía no más de veinte minutos, Victor Menezes estaba desayunando delante de la computadora, en busca de una idea para una nota que enviarle al «Jornal de Taguatinga», el sitio de noticias locales con el que colaboraba. Obviamente quería hablar de la Noti-

cia, pero estaba tratando de darle un ángulo distinto del de los miles de otras notas que no hablaban de otra cosa, cuando se le vino a la mente aquella página de Facebook que había marcado con un Like la noche anterior. La volvió a encontrar, echó un vistazo al perfil de la muchacha que la había creado, pensó: servirá, y en diez minutos envió su nota.

A la una y cinco, apenas sonó el timbre, Dani encendió el celular y buscó enseguida la página creada por Yaia. A primera vista hizo una mueca de desilusión, pero después entendió que había leído mal y que en el número de inscriptos había una cifra más que por la mañana. Sin siquiera mostrarles la pantalla a sus amigas, corrió hasta el aula de al lado, justo a tiempo de cruzarse con Maria Eduarda y estamparle en la cara la dura realidad:

—¡La página de Yaia tiene once mil inscriptos y ni uno solo pagado por el papá!

A las tres y media Jaci, desde su cuartito en el centro de Manaos, se topó con la página de Yaia, que tenía dieciséis mil inscriptos. Jaci tenía trece años. Hasta dos meses antes su nombre, que sus padres le habían dicho que era un antiguo nombre indígena, nunca le había gustado demasiado. Pero desde que había salido la noticia de aquellos indios que jugaban buenísimo a la pelota y uno de ellos encima se llamaba como él, se había vuelto orgullosísimo de él y hasta se había inventado una serie de abstrusas historias de lazos de sangre con antiguos guerreros de la selva. Había grabado todos sus partidos transmitidos por la tele y ahora preparó un montaje con sus acciones más espectaculares. Lo subió a la página de Yaia, con el comentario: «Con campeones así, la copa es nuestra».

A las siete de la tarde Yaia no conseguía despegar la mirada de la computadora. La página que había creado menos de veinticuatro horas antes tenía más de treinta mil inscriptos, gracias también al hermosísimo video subido por Jaci00, un chico despierto con el que había terminado de chatear pocos minutos antes.

Al día siguiente Dani y Leticia fueron a buscarla por la tarde, después pasaron ahí cerca a buscar a su prima Patricia y fueron a festejar. Yaia se sentía eufórica, pero también un poco ridícula, porque no conseguía reprimir la sensación de ser una persona famosa de incógnito. Ah, si supieran quién soy… Mientras las chicas bailaban, en las redacciones de todo el mundo miles de periodistas deportivos estaban tratando de repetir la hazaña matutina de Victor Menezes: conseguir encontrar un ángulo inédito para hablar de la clamorosa noticia del accidente del micro de la selección brasileña. Elmar Stod, un joven redactor de la CNN, novio de una estudiante de antropología de la Emory University de Atlanta, Georgia, volvió a pensar en algunas conversaciones tenidas en las semanas anteriores con Jill a propósito de aquella tribu amazónica recientemente llegada a la fama. Buscó algo de información en línea y se topó primero con el video de Jaci00 y después con la página de Yaia. Aquí nos sale un lindo articulito, pensó satisfecho.

Yaia volvió a casa a las dos de la madrugada y por superstición decidió no controlar el celular ni volver a encender la computadora, y se fue derecho a dormir. Veamos mañana, fue su último pensamiento.

Al despertarse todavía lo estiró un rato más. Faltaba un profesor, así que la entrada a la escuela estaba postergada dos horas: se dio una larga ducha y después un abundante desayuno con leche, pan de kamut y mermelada de lima. Estaba decidiendo ir a encender la computadora cuando oyó una granizada de golpes en la puerta. Abrió, solo para ser arrasada por Patricia, que con la prisa ni siquiera se había planchado el pelo:

—¿Pero no me dices nada? ¿Pero te das cuenta?

—¿No te digo nada de qué? ¿La página?

—¡Sí! ¿Todavía no controlaste, esta mañana?

—No… —le respondió Yaia ya temblando de excitación. Corrieron al cuarto y esperaron a que la Mac se encendiera, con Yaia que se reía por lo bajo mirando la agitación de la prima. Abrió Facebook y de golpe dejó de reírse. Dos millones cuatrocientos mil setecientos dieciocho Like. La página había sido citada en una noticia de CNN.com, y de ahí retomada en cascada por todos los principales diarios del mundo, a medida que la línea del alba se desplazaba sobre la tierra despertando a sus habitantes. El instinto inmediato de Yaia fue controlar cuántos Like tenía la página de la Presidenta: 450.000. ¡Ja! Y pensar que hasta ayer competía con Maria Eduarda. Después controló la del Presidente anterior: 765.000. La suya tenía incluso más Like que la página de la Seleção misma. Terminada la ronda de comparaciones se sintió vacía, sin saber qué otra cosa hacer. Podía pasar el tiempo dejándose hipnotizar por el contador de los Like, que subía a razón de cien por segundo, pero después se volvió hacia Patricia, que mientras tanto se había puesto a lloriquear, y la abrazó:

—¿Y ahora?

Pocos minutos después, su madre entró al cuarto sin aliento, tendiéndole el teléfono:

—Es un redactor de Rede Globo. Quieren hablar contigo.

4.3 Convocatoria

Del celular apoyado en la mesita al lado de la cama salió el himno nacional que el míster, con un sarcasmo que quien lo conociera poco habría podido confundir con servilismo, le había atribuido a un único número en particular.

—Ayjesúsredentor. ¿Y qué quiere esta de nuevo? ¿Qué podré decirle de distinto respecto de anoche?

—Quizá solo quiere saber cómo está usted —propuso la enfermera que acababa de terminar de reacomodarlo en la cama.

—Bienvenida al planeta tierra, joven extraterrestre —la apostrofó el míster—: ¿en su galaxia existen políticos desinteresados?

Se incorporó con esfuerzo, haciendo palanca con el brazo no roto y tratando de despertar lo menos posible el dolor de las costillas, bajó el volumen de la tele, que lo estaba mostrando en el acto de informarle a la nación de lo que había dicho la noche anterior y que repetiría ahora, y respondió:

—¡Presidenta! ¡Qué gusto escucharla también hoy!

Después de un largo e inútil intercambio de cortesías, el míster la puso al día sobre el estado de la situación, que por lo demás era el mismo que el del día anterior y el de anteayer. Vista la excepcionalidad del evento, la FIFA, con el acuerdo unánime de todos los demás países participantes, había decidido concederle a Brasil la máxima flexibilidad para la definición de la lista de convocados, que ahora había que fijar antes del once de junio, el día anterior al comienzo del Mundial.

De los veintitrés jugadores involucrados en el accidente, tres habían salido casi ilesos, salvo algún golpe o corte de poca monta. Otros cinco, incluido Foguete, tenían lesiones más serias, que les impedirían la participación en los primeros partidos, pero quizá —quizá— eran recuperables para la fase final del torneo. Los otros quince eran inservibles: entre piernas, brazos, cabezas y costillas rotas tenían todos pronósticos que iban de los dos a los seis meses.

—Es una tragedia, pero dicho esto me parece todavía un milagro que estén todos vivos —dijo casi susurrando la Presidenta. El míster asintió con un escalofrío y prosiguió el informe:

—Ya redacté, de acuerdo con mis colaboradores, la lista de los jugadores a convocar y estamos ocupándonos de contactarlos en estas horas. Obviamente están todos apenados por la suerte que les tocó a los compañeros… —sí, claro, apenadísimos, pensó el míster, cómo no— pero al mismo tiempo están honrados de haber sido llamados para mantener en alto nuestra bandera en este momento de gran dificultad. Son todos jugadores de tal nivel que no tengo dudas de que con la ayuda de dios y de la *torcida* brasileña el trofeo será de todos modos nuestro.

El míster puso el cerebro en pausa, listo para dejar desvanecerse la inútil retahíla de deseos y ánimos finales, el país cuenta con ustedes y bla y bla y bla, y en cambio fue sorprendido por la tosecita de la Presidenta, que se aclaró la voz y dijo:

—Ejem. Eso, a este respecto…

—¿Pero son todos idiotas? ¿Son todos COMPLETAMENTE IDIOTAS? ¡Tú, ahí, cómo, cómo te llamas! —el míster apostrofó a la enfermera que, en un rincón, pasaba atónita la mirada de la marca en la pared a los restos del celular desparramados por media habitación.

—Natália, señor.

—Natália, dime una cosa: después de nuestro accidente, mientras yo estaba desmayado, ¿acaso toda la nación se golpeó la cabeza contra la mesa y ahora estamos rodeados de doscientos millones de imbéciles?

—No… no creo, señor.

—No, porque no me lo sé explicar de ninguna otra manera, virgensantísimadediós.

Hizo el gesto de tomar el celular de la mesita y con disgusto se acordó de que acababa de arrojarlo contra la pared.

—Rosìta, ¿me prestarías un momento tu teléfono?

—No lo llevo conmigo mientras trabajo, señor —mintió Natália, con los ojos fijos en los restos del iPhone (quién sabe si Chico consigue volver a armarlo y a hacerlo funcionar de nuevo, pensó).

—No importa, total ya no me sé ni un número de memoria, ¡maldita tecnología! Escucha, hazme un favor: ve a ver a uno de los jugadores que están internados aquí y dile que el míster dijo que le telefonee a Thiago y que lo haga venir aquí cuanto antes.

—Está bien, señor.

—¡Y que le digan también que me traiga un teléfono nuevo! —le gritó por detrás el míster, que después volvió a hablar solo mientras Natália salía apurada de la habitación—. Facebook. Twitter. La red. Pero la pu… ¿Pero qué carajo dice? Ahhmmm, pero yo rompo todo, rompo. ¡Dios, déjame ponerle las manos encima a ese cretino que tuvo esta ocurrencia!

4.4 Thiago

Thiago ayudó al míster a ponerse el traje elegante que acababa de llevarle.

—¿Pero te das cuenta? Faltan poquísimos días para el comienzo del torneo, tenemos que empezar prácticamente de cero y estos dementes me obligan a perder tiempo detrás de esta… esta… ¡una petición por los indios en el Mundial! ¿Te das cuenta, diossantísimo? ¡Ay, ten un poco de cuidado! El míster era un río desbordado; Thiago se limitaba a ayudarlo a vestirse y a asentir, cualquier cosa que dijera.

—Estos hacen una petición en Facebook y yo tengo que escucharlos, como si fuera una cosa seria. ¡Pero el mundo se volvió completamente loco, digo yo! ¡Auch! Thiago asintió y le anudó la corbata lo mejor que pudo, considerando que el míster no se quedaba quieto ni un instante.

—¡Y qué petición! Un grupo de muchachitos que ni siquiera hablan portugués y que nunca jugaron un partido de verdad en su vida. Pero por qué no hacer directamente una petición para regalarles la FIFA a los italianos o a los alemanes, digo yo. Ay. Mira, me habría tomado más en serio una petición que pidiera convocar a Ronaldo, Zico y Pelé. Pero quizá es mejor que me calle, mejor no darles más ideas. La hipótesis «callado» no le habría disgustado a Thiago, que sin embargo no se hizo demasiadas ilusiones. Y en efecto.

—Bueno, ya, Thiago, gracias. Escucha, a los estudios de la tele voy en taxi, no hace falta que me acompañes, te necesito en otro frente: pégate al teléfono, a internet, a cualquier cosa, y encuéntrame un asidero legal que me impida convocarlos, no vaya a ser que estos incapaces lo hagan en serio.

El míster firmó con su brazo torpe los documentos del alta anticipada, saludó calurosamente al personal médico que lo había atendido y pidió que le llamaran un taxi. Thiago estaba al teléfono y ya estaba hablando con alguien. Buen muchacho, pensó el míster, y se concedió por fin una sonrisa.

4.5 En vivo

Mil kilómetros más allá, la mamá de Yaia abrió de par en par la puerta de su cuarto:

—Llegó el auto de Rede Globo. ¿Estás lista?

—Ya voy. —Yaia se dio un último control en el espejo, un ultimísimo toque con el lápiz labial, después se volvió hacia Patricia, Dani y Leticia y recibió su aprobación y tres besos de aliento. Le dio todavía un vistazo al celular, fijo en su página de Facebook. Catorce millones de like. Página oficial del Mundial 2014 ampliamente superada. Como ultimísima cosa le echó un vistazo al póster de Justin Bieber: ¿sientes el aliento en la nuca, querido mío? Le guiñó un ojo y salió.

El tránsito a lo largo de la W3-Norte estaba todavía más enredado que de costumbre y Yaia llegó a los estudios de Rede Globo tarde respecto del cronograma. La hicieron acomodarse a toda prisa en el camarín de maquillaje, donde una maquilladora tan cordial como profesional la hizo sentarse en una butaca y en el tiempo de decirle: «Ay, mi niña, pero qué maquillaje maravilloso, se nota que es tu primera vez en la tele y que te importaba, ¿eh? Estás perfecta así, apenas un retoquecito y después del programa charlamos un rato y me explicas exactamente qué usaste», ya la había desmaquillado, vuelto a maquillar y vuelto a peinar de manera completamente distinta.

Apenas terminó, Yaia fue empujada por la asistente de producción al estudio, le pusieron el micrófono y la hicieron acomodarse en una de las dos butacas. Saludó distraídamente a la señora de traje sastre ya sentada en la otra butaca y se puso a mirar a su alrededor con la curiosidad de un niño: las cámaras, los distintos operadores que se agolpaban alrededor de ellas, las tres pantallas gigantes, una conectada con el estudio central y las otras dos con estudios más pequeños parecidos a aquel en el que estaba ella.

Lástima que el público esté solo en el estudio central, pensó; pero quizá es mejor así, por lo menos no me pongo nerviosa. Que además es raro, porque ¿por qué tener miedo de ponerse nerviosa por cien personas en un estudio, cuando sabes que hay millones de personas que te están mirando por la tele? Y solo en aquel momento se le vino a la mente que los millones de personas atentas delante de la tele estaban de verdad ahí y daban mucha más impresión que los millones de personas que habían puesto un distraído like en su página de Facebook. ¡Aydiós! ¡Millones de personas! Ojalá no haga un papelón tremendo, estoy segura de que Maria Eduarda está ahí esperando justo eso.

—¿Estás nerviosa, querida? —le preguntó con gentileza la señora—. No lo estés. Eres joven, y ustedes los jóvenes son todos lindos, siempre salen buenísimo en televisión. Y tú me pareces una joven también capaz, además de linda. Va a salir todo bien.

—¿Eh? Ah, gracias —respondió Yaia con una sonrisa. Para devolver la gentileza decidió secundar aquel intento de conversación y estaba por preguntarle a la señora si ella, en cambio, ya había estado otras veces en televisión, cuando por fin la reconoció—: ¡Ayjesús! Discúlpeme, no la había reconocido en absoluto. En vivo parece mucho más joven —agregó, preguntándose enseguida por qué habría dicho una frase semejante.

—Entonces voy a tener que hacer echar a alguien —replicó, guiñándole el ojo, la Presidenta.

—Linda, su página de Facebook —dijo entonces Yaia, preguntándose todo el tiempo: ¿pero qué estoy diciendo? Aydiós, perdí el control del cerebro.

—Dicho por una súper experta como tú es un grandísimo cumplido. Antes de que Yaia pudiera continuar con su delirio, el asistente de dirección hizo una serie de señas, todos se movieron con consumada destreza, las luces cambiaron de intensidad y el programa empezó.

—Señoras y señores, buenas noches y bienvenidos a esta edición especial de «Bom Dia Copa do Mundo» —declamó el conductor desde el estudio central de Río de Janeiro, saboreando por anticipado el récord de audiencia que haría el programa—: en el estudio con nosotros tenemos a Gerson Louis Ribeira Cardoso, presidente de la Federación Brasileña de Fútbol, y al profesor Everaldo Conrado de Mello Dias, antropólogo de la Universidade do Rio de Janeiro. [Aplausos]

—En conexión desde São Paulo tenemos al míster Alexandre Sergio Gonçalves, entrenador de la Seleção, a quien querríamos dedicarle enseguida un gran aplauso por estar con nosotros a pesar de la grave lesión de hace tres días. [Aplausos atronadores]

—En conexión desde Macapá tenemos al señor Antônio Carlos Rocha de Almeida y a sus muchachos del equipo del Asu Ka'a Futebol. Estamos tratando también de establecer un contacto con el presidente de la FIFA, Hans Mallor, que sin embargo está viajando hacia Río de Janeiro justamente en este momento: veremos si conseguimos recuperarlo. En conexión desde Brasilia tenemos por fin a la joven y emprendedora Yaia Anita Guermães Pereira y, para cerrar a lo grande, nada menos que la Presidenta de Brasil, Silvina Mello. Bienvenidos a todos y gracias por estar con nosotros. [Aplausos]

—Antes de entrar en tema, un caluroso saludo a los desafortunados héroes de la Seleção: ¡los esperamos más enteros y más fuertes que antes!

Los aplausos fueron estruendosos y emocionados. Después de una ulterior serie de interminables preámbulos, el conductor fue por fin al grano.

—Pero partamos enseguida del motivo por el que estamos aquí. Yaia, ¿quieres hablarnos de tu idea y del éxito que tuvo? Les recordamos a los gentiles espectadores que en este momento la página de Facebook «Mandemos al Asu Ka'a al Mundial» tiene más de 19 millones de inscriptos, en constante y rapidísimo crecimiento.

Una vez que Yaia hubo terminado, sin trabarse ni una sola vez, su relato (en el cual encontró espacio para un breve cameo también Maria Eduarda), la palabra pasó al míster para un comentario.

—La tragedia que se abatió sobre nosotros es, justamente, una tragedia. Y como responsable del equipo y en nombre de todos los jugadores querría antes que nada agradecerle a todo Brasil el afecto y el apoyo que nos dieron en estos días —dijo Gonçalves mirando derecho a cámara—; hace falta la ayuda de todos, e iniciativas como esta son el ejemplo de cuánto están todos dispuestos a prodigarse. Pero si el accidente es una tragedia humana, quiero tranquilizar a mis compatriotas: no es una tragedia deportiva. [Murmullo]

—Claro, no vamos a poder alinear a muchos de nuestros hombres de punta y lo lamento por ellos, por nosotros y por el mundo entero que no podrá disfrutar de sus proezas. Pero nosotros no somos un país que en 2014 tuvo por casualidad la suerte de tener algunos cracks en el equipo. Nosotros somos Brasil. Somos nosotros, todos, los cracks del fútbol mundial. También nuestro tercer equipo sería favorito para la victoria final, así que imagínense cuánta confianza tengo en que los nuevos convocados nos permitirán levantar la copa por sexta vez.

—¿Y por qué no fueron convocados antes, podría preguntar alguien? —preguntó el conductor, haciendo las veces de aquel alguien.

—Porque como muchos saben, como máximo se pueden convocar veintitrés jugadores. Brasil en el fútbol es como Austria en el descenso o China en el ping-pong: no hay lugar suficiente para todos, somos demasiado fuertes —cerró con una sonrisita el míster. [Tibios aplausos]

—¿Pero por qué no darle una chance también a alguno de estos muchachos? —insistió el conductor, mientras las cámaras enfocaban al grupito de indios, con Antônio sentado a sus espaldas haciendo de traductor simultáneo. La mayoría de los muchachos tenía toda la pinta de aburrirse mucho, pero el primer plano de Yamandé y Moacir suscitó algo muy distinto del aburrimiento en Yaia y en cientos de miles de corazones en todo Brasil. El director se demoró todo lo posible en ellos, pero cuando vio que Yamandé estaba por bostezar mandó en sobreimpresión un montaje de algunas acciones de sus encuentros anteriores que el conductor subrayó dirigiéndose a Gonçalves:

—Me parece que se las arreglan muy bien, bien mirado, ¿no?

—Pero claro que se las arreglan bien. Son brasileños ellos también, ¿no? Ha de ser algo en nuestro aire. [Risas]

—Bromas aparte, si siguen aplicándose no es imposible imaginar un futuro venturoso para ellos. El míster había optado por dejar de lado el palo y usar en lo posible solamente la zanahoria:

—Pero es, justamente, un futuro posible, desde luego no el presente. No solo estos muchachos no tienen ninguna experiencia internacional sino que, como vemos por estas imágenes, ni siquiera jugaron nunca al fútbol de once en su vida. Esta frase, apenas fue traducida por Antônio, provocó murmullos de indignación en el estudio de Macapá.

—Ni siquiera podemos saber si conocen todas las reglas y… Yamandé se puso de pie de golpe cuando Antônio tradujo, pero él fue rápido en volver a sentarlo antes de que el camarógrafo lo enfocara.

De todos modos fue el conductor el que interrumpió nuevamente al míster:

—Por la tarde escuchamos también alguna otra opinión: oigamos qué piensan estos señores, que quizá algunos de ustedes reconocerán. Arrancó un video en el que algunos ex cracks del fútbol entrevistados para la ocasión elogiaban a los jóvenes futbolistas indios. De una vieja gloria brasileña se había usado el fragmento en el que decía que la chilena de Cauê le recordaba a la suya, mientras que un ex campeón argentino se hizo enfocar mientras hacía clic en Like en la página de Yaia. El míster fulminó con la mirada al conductor. Terminado el video, el conductor trató de darle la palabra a Antônio, pero Gonçalves se impuso para terminar el pensamiento que había empezado y, ya que estaba, dar una opinión sobre el video.

—El fútbol es inventiva y fantasía, sí, pero evolucionó mucho desde que jugaban estos campeones, pasaron muchísimos años. —(¡Chúpate esa!)— Hoy la fantasía no alcanza y sobre todo, aunque parezca raro decirlo, no se improvisa. Hacen falta muchas otras cosas, entre ellas preparación y costumbre de jugar juntos. Sería un problema incluso insertar en el equipo a algunos grandes campeones de Italia, de Alemania, de Argentina. Imagínense insertar en el equipo a seis muchachos que no saben casi nada de fútbol, no conocen a los otros jugadores y ni siquiera hablan su lengua. [Murmullos]

El conductor anunció que quería pasarle la línea a Macapá, pero que antes habría una breve tanda publicitaria. Esto le dio tiempo a Antônio y a los muchachos de intercambiar alguna idea sobre qué había que decir. Cuando tuvo por fin la ocasión de hablar, Antônio transmitió lo acordado, cuidándose de dejar de lado los insultos que sobre todo Cauê y Moacir le habían destinado a Gonçalves:

—Antes que nada querría decir que estoy de acuerdo con el colega. ¡Bien!, pensó sorprendido el míster. Pero también: ¿colega? ¿Pero dónde? ¿Pero quién se cree que es?

—El fútbol no se improvisa —continuó Antônio repitiendo las palabras del míster—, los esquemas y la preparación son fundamentales. Pero no es para nada cierto que estos muchachos no conozcan el fútbol. Estos muchachos el fútbol lo conocen buenísimo. Claro que nunca jugaron en el Maracanã delante de doscientos mil espectadores, pero juegan desde que eran niños igual que cualquier otro futbolista brasileño, y conocen todas nuestras historias de fútbol y odian a Paolo Rossi y a Zidane como cualquier brasileño que se respete. [Risas]

—Y claro que saben jugar de once. En estos meses estuvieron obligados a jugar de siete, encima soportando a un viejito como yo, porque el grupo que valientemente dejó la aldea para socorrer a Yamandé… [Pausa de efecto. Aplausos atronadores. Primerísimo plano de Yamandé. Miles de corazones rotos en todo Brasil]

—…tenía que ser reducido. Pero en la cancha de la aldea siempre jugaron once contra once. Y les puedo asegurar que su rendimiento de once es igual si no superior al que pudieron ver en la tele en estos meses en el juego de siete. Algunos de ellos, individualmente, están entre los futbolistas más fuertes hoy en circulación… [Murmullo del público]

—…y como equipo, bueno, es difícil pensar en uno más unido. En cuanto a las insinuaciones sobre la lengua, en la cancha se habla sobre todo con los pies y ese lenguaje lo entienden buenísimo.

El conductor estaba por agregar algo pero Antônio levantó un poco la voz y continuó:

—Y querríamos que quedara clara una cosa: nosotros no le pedimos nada a nadie. Hasta hace dos días estábamos tranquilos y felices viviendo nuestra vida. Si alguien quiere pedir su ayuda, estos muchachos van a estar orgullosos de ofrecerla, porque aunque no hayan nacido en Río de Janeiro o en São Paulo son tan brasileños como cualquier otro en este estudio y están orgullosos de serlo. Si se considera que su ayuda no sirve, no hay ningún problema: vamos a mirar el Mundial en la sala de mi casa en Macapá, vamos a apoyar a Brasil y después nos volveremos a nuestra aldea.

—Yo creo que tenemos que mantener la calma. Fue el presidente de la Federación el que tomó la palabra:

—No hay insinuaciones ni ingratitud, pero hay que entender que es también una cuestión de oportunidad. Los futbolistas que el míster Gonçalves convocó son todos profesionales que hicieron un durísimo camino desde abajo, y… Antônio lo interrumpió:

—¿Pero qué creen, creen que en la Amazonia la vida transcurre fácil y sin problemas? Ustedes cargan el acento en la palabra profesionales, pero no imaginan siquiera el esfuerzo y la dedicación necesarios para jugar a la pelota en el corazón de la selva. ¡No hay camino desde abajo que valga frente a veintidós muchachos que para jugar a la pelota tienen que cuidar la cancha con sus propias manos y prepararse la pelota ellos mismos!

—Pero sí, sí, de ninguna manera pretendía ofender —concedió el presidente de la Federación—, pero es también una cuestión de reglamentos, que no podemos dejar de considerar solo porque nos parece lindo. [Risas de burla del público en casa]

—De estos muchachos no sé ni siquiera si poseen un documento propiamente dicho, pero desde luego no están fichados en nuestra Federación; dudo que la FIFA aceptara su participación.

El conductor volvió a tomar la palabra:

—Gracias, Presidente. Lo interrumpo un instante para saludar justamente al Presidente de la FIFA Mallor, que acaba de aterrizar y tuvo la cortesía de llamarnos directamente desde el aeropuerto. [Tímidos aplausos]

—Presidente Mallor: antes que nada le agradecemos a la FIFA haber concedido una prórroga en los plazos de las convocatorias.

—Fue realmente lo mínimo que podíamos hacer. El conductor hizo un rápido resumen de las posiciones expresadas hasta aquel momento, que Mallor comentó, en un buen portugués con leves inflexiones españolas e inglesas:

—La acción de la FIFA gira en torno a la difusión universal y a la preservación de este maravilloso juego. Por eso, por un lado siempre somos reacios a modificar las reglas, porque el fútbol ya es magnífico así. Por el otro, acogemos con los brazos abiertos a quienquiera que desee entrar en nuestra gran familia. Es política de la FIFA interferir lo menos posible con las decisiones de las distintas Federaciones y ciertamente no queremos meter las narices en la decisión sobre los jugadores a convocar. Pero quiero tranquilizar a todos los presentes y a todos los espectadores sobre una cuestión: las reglas por cuya conservación luchamos denodadamente son las del juego. Las cuestiones burocráticas son un apoyo al juego y no deben ser un obstáculo para quien juega con fair play. Por eso quiero tranquilizar al presidente de la Federación: fuimos elásticos en las fechas y lo seremos, si es necesario, también para otras cuestiones reglamentarias. Que Brasil convoque a los jugadores que considere oportuno convocar. Con tal de que sean brasileños —concluyó Mallor con una broma.

El míster acogió con incredulidad estas palabras y buscó en uno de los monitores la mirada del presidente de la Federación, que tenía la expresión de un niño al que acaban de desarmar la excusa que se había preparado para no hacer los deberes. La transmisión se acercaba al final y todavía no había hablado la Presidenta Silvina. En virtud de su rol institucional se le había dejado la última palabra.

—Brasil es un gran país del que estoy orgullosa, cada día que dios manda a la tierra, de ser la Presidenta. La Amazonia es una de nuestras principales riquezas y estamos contentos de tener la ocasión de demostrar cuán conscientes somos de ello. No hay duda alguna de que estos valientes muchachos son compatriotas nuestros y son brasileños tanto como yo y como esta emprendedora muchacha sentada a mi lado. Tampoco hay duda de que cada uno debe hacer su trabajo y de que el trabajo de recomponer el equipo después de esta increíble desgracia le toca al presidente de la Federación Cardoso, al míster Gonçalves y a sus colaboradores. Pero tampoco hay duda de que esta es una situación de emergencia, en la que toda la Nación sintió que debía dar su apoyo. Y es en representación de la Nación que les pedí que tomaran en consideración la idea de la joven Yaia, idea que la Nación apoyó tan calurosamente.

La Presidenta sonrió y calló, dando a entender que su intervención había terminado, aunque nadie mostraba haber interpretado su sentido. ¿Quería decir que a los indios había que convocarlos? ¿Que el míster era libre en sus elecciones?

Para romper el impasse, el conductor dio comienzo a las llamadas desde casa.

—A propósito del pulso de la nación: tomémoslo un poco más. Mientras tanto una actualización sobre el sitio: estamos en veintiséis millones de like, tres millones más llegados en el curso de este programa. Pero escuchemos también la voz de alguno de estos veintiséis millones. ¿Aló?

—¿Aló? Antônio abrió los ojos de par en par por un instante y después estalló en una carcajada.

—Sí, buenas noches. ¿Su nombre?

—Buenas noches a todos. Madre santísima, qué emoción. Me llamo Teresa, y llamo desde Macapá.

—¡Oh, una conciudadana del senhor Almeida!

—Sí. Y no solo conciudadana, sino también gran fan suya y, me atrevería a decir, amiga. Lo escuchaba siempre, siempre, en la radio ya hace quince años, ¿oyeron qué linda voz? Debo recalcar que en la tele es todavía más lindo que en vivo. [Risas en el estudio. Vergüenza de Antônio, que no tradujo la frase para los muchachos]

—Díganos, Teresa.

—Eso, sí. Quería decir que no entiendo bien todas estas discusiones. ¿Cómo se establece quién gana la Copa del Mundo? Jugando, ¿no? Eso, ¿por qué no hacen un lindo partido, los muchachos de Antônio contra el equipo elegido por aquel otro señor, y el que gana va al Mundial a representar a Brasil? El que no arriesga no gana.

La ingenuidad genial de Teresa dejó a todos de piedra. Los primeros en reponerse fueron Mallor y la Presidenta Silvina, que abrieron la boca al mismo tiempo para decir que era una hermosísima idea. El míster se declaró enseguida de acuerdo, frotándose las manos ante el pensamiento de liquidar aquella tremenda jodienda sin quedar como racista y ofreciéndoles además un entrenamiento decente a sus nuevos convocados.

En el estudiecito de Macapá hubo un agitado conciliábulo, a raíz del cual Antônio tomó la palabra y dijo:

—Para nosotros está perfecto. Pero si tenemos que establecer cuál debe ser el equipo que se manda al Mundial, según nosotros es mejor si jugamos de once.

—Pero ustedes son solo siete —objetó el conductor.

—No hay problema. Volvemos a la aldea a buscar a los otros.

4.6 Burocracia

Entre los millones de espectadores concentrados en seguir el especial «Bom Dia Copa do Mundo» faltaba Thiago, ocupado en saltar en motoneta de un local a otro en la brisa de la noche en busca de su objetivo, un tal César Azevedo, identificado por su red de contactos como el hombre que les convenía. Siendo viernes por la noche no se lo podía encontrar en su puesto de trabajo de alto directivo del registro civil central de São Paulo y tampoco respondía el celular, así que a Thiago le había tocado esta operación de búsqueda a la vieja usanza, que bien mirado lo estaba divirtiendo —también porque en más de un local el pedido de información se había acoplado con una *cervejinha*—, y cuando por fin lo encontró casi le dio lástima.

—¿El senhor César Azevedo?

—¿Sí? —le respondió César, sin apartar la mirada del televisor en el que estaba mirando, junto con los otros parroquianos del barcito, el especial sobre la Copa del Mundo. Thiago se sentó a su mesita y se presentó como asistente de la Federación Brasileña de Fútbol. César le echó un rapidísimo vistazo lateral, antes de volver a llevar su mirada a la pantalla:

—Sí, ya sé quién es usted. ¿Qué necesita? Y antes de que Thiago pudiera empezar a hablar, agregó enseguida:

—Es obvio que necesita algo que por lo visto no puede esperar, pero yo querría mirar el programa, así que apúrese y vaya al grano.

Thiago no estaba entusiasmado de hablar de eso así, en público, pero la atención de todo el bar parecía capturada por la tele, así que acercándose le dijo en voz baja:

—Ejem, eso, nosotros tememos que vernos obligados a incorporar a ese grupo de indígenas al equipo podría dañar al equipo mismo.

—Mmm…

—Y entonces nos preguntábamos si… eso… si es legal convocarlos o si acaso hay alguna ley, algún reglamento que nos lo pudiera impedir.

César no dijo nada durante unos segundos; la única señal de que hubiera escuchado a Thiago era, quizá, un leve balanceo con la cabeza.

—¿Le costó mucho encontrarme? —le preguntó después.

—Un poco sí. ¿Por qué?

—Le costó mucho porque desde el viernes por la tarde hasta el lunes por la mañana no me gusta hablar de trabajo, no llevo el celular conmigo y no le digo a nadie adónde voy a descansar. No sabe cuánta gente necesita favores, todo el tiempo. Thiago eligió jugar la carta del «usted no sabe quién soy yo»:

—Con todo respeto, senhor Azevedo, nosotros no somos «gente». Los responsables de la Seleção a diez días del Mundial no están pidiendo un favor para sí mismos. Están pidiendo una ayuda para toda la Nación.

—O sea que en la práctica es como si toda la gente que me pide favores continuamente se hubiera presentado aquí toda junta, con todos los parientes. Justo mi noche de descanso ideal.

—…

—Escucha, muchacho: ganen el Mundial y si tu jefe quiere un documento que acredite su condición de emperador de Brasil se lo preparo en un minuto. Pero esto no es 1950. Cheques en blanco ya no firmamos más. Y mira un poco ahí —dijo César señalando al míster enfocado por el televisor—, ¿te parece la cara del emperador de Brasil? A mí me parece la cara de uno que no puede ni siquiera decirle a la señora de la limpieza que pase el trapo con más ganas.

Thiago miró hacia arriba y pensó que el tipo no estaba del todo equivocado.

—A mí me parece la cara —continuó César— de uno que está por hacer exactamente lo que una chica de dieciséis años le dijo que haga. Imagínate si puede venir a decirme a mí lo que tengo que hacer yo.

—Pero yo… pero nosotros no…

—Y ahora disculpa, muchacho, pero querría terminar de ver el programa.

Thiago se levantó, derrotado, y salió del local llevándose consigo la *cervejinha*. Se sentó en la motoneta y se puso a sorberla, mirando distraídamente hacia el televisor dentro del bar y reflexionando sobre qué hacer. Terminada la cerveza notó que parecía terminado también el programa. Sacó del bolsillo el celular con un suspiro, previendo correctamente que dentro de poquísimo sonaría.

—¡Míster!

—¡Thiago! ¿Encontraste al tipo?

—Sí. Eso…

—¡Para todo! Ya no hay ningún problema. Estos cretinos al final no resultaron dañinos, al contrario. Seguimos con las convocatorias como estaba previsto.

No había nada que parar, pero eso el míster no tenía por qué saberlo, pensó Thiago. Mejor dejarle la impresión de haber llevado a término lo mejor posible el primer encargo y de tener ahora que resolver una nueva complicación. Volvió a subir a la motoneta y partió aliviado a darse una vuelta por la ciudad más grande de América.

4.7 Fotorreportero

No habían pasado ni siquiera dos minutos desde el final del programa cuando el celular de Moacir sonó. Teóricamente era el celular del equipo pero Moacir se lo había apropiado de hecho. Se había vuelto un entusiasta fotógrafo y, para asombro de Antônio, era también bastante bueno: su cantidad de seguidores en Instagram crecía de día en día y por lo visto no eran solo apasionados del fútbol o de cuestiones indígenas. Cuando se trataba de telefonear le pasaba de mala gana el aparato a Antônio, que por su parte lo tomaba con igual mala gana, no habiéndose acostumbrado todavía del todo a esta especie de ubicuidad telefónica.

—¿Aló? Del otro lado estaba el director de Rede Norte.

—Antônio queridísimo. Acabo de ver el programa, felicitaciones vivísimas. Y felicitaciones vivísimas también a mí mismo por el olfato demostrado, ja ja. Naturalmente voy a tener que felicitar también a George, quizá hasta me toque darle un aumento, maldición. ¡Habría sido mejor que no lo hubiéramos encontrado, ja ja!

Antônio no supo cómo comentar y aquel continuó.

—Estoy bromeando, naturalmente; como bien sabe, a nosotros los de Rede Norte nos gusta tratar adecuadamente a nuestros colaboradores y a nuestros socios. Naturalmente, pensó Antônio.

—Y a este respecto, pensé que nuestra reciente colaboración fue satisfactoria para ambas partes, ¿no cree?

—Sí, sí, claro —tuvo que admitir Antônio.

—Eso. Si entendí bien, acaban de darles una ocasión formidable, pero tienen el problema práctico de llevarla a cabo. Los plazos para volver a la selva a buscar al resto del equipo y volar a São Paulo son muy ajustados, ¿ya tienen idea de cómo hacer?

—Ejem, no, pero pasó todo hace pocos minutos, estoy seguro de que algo inventaremos, supongo que la Federación nos ayudará…

—Yo no contaría demasiado con eso, si estuviera en su lugar. Mirándolas por la tele, las caras de los dirigentes de la Federación no me parecían demasiado amistosas. No, Antônio, yo le propongo colaborar con quien ya demostró ser digno de su confianza: sus queridos amigos de Rede Norte. ¿Puedo hacerle una propuesta?

—Adelante.

—Alquilamos un helicóptero. Con ese hacemos un poco de ida y vuelta y llevamos al equipo entero de la aldea a Macapá. Y después les pagamos también el vuelo a…

—De ninguna manera —lo interrumpió Antônio.

—No sea precipitado, quería ilustrarle primero la parte práctica: le garantizo que al aspecto económico iba a llegar, aprendí la lección.

—No, no es eso. Es que no quiero que se revele la ubicación exacta de la aldea, y desde luego no antes de haberlo discutido con sus habitantes.

—Entiendo. —El director pensó rápidamente en una alternativa—. Entonces escuche esta: de algún modo la aldea la van a querer alcanzar, ¿no? Entonces nosotros los ayudamos a organizar el regreso, según sus exigencias, y después nos ocupamos del traslado a São Paulo. A cambio nos dan la exclusiva para acompañarlos a lo largo del viaje en los tramos en los que nos concedan el permiso…

—Mmm… puesto así, de hecho…

El murmullo de Antônio estaba por transformarse en un sí y el director aprovechó para disparar su último pedido.

—…y nos darán en exclusiva material de fotos y video de su regreso a la aldea.

—Disculpe, pero me parecía haber sido clarísimo respecto de no querer revelar la posición de la aldea. No vamos a conducir a ningún periodista a la aldea, ni siquiera a George.

—No, no, no me refería a eso. El material de fotos y video lo van a producir ustedes, así tendrán la garantía de que respetará sus pedidos.

—Ah. —Antônio consideró con admiración la habilidad del director. Parecía haber pensado en todo. O en casi todo.

—Mmm, me parece una propuesta razonable, aunque de todos modos voy a tener que hablarlo con los habitantes de la aldea. Lamentablemente, sin embargo, debo ser honesto: no soy gran cosa como fotógrafo y muchísimo menos como camarógrafo.

—Ah, pero yo no quiero que las tomas las haga usted. Estaba pensando en aquel Moacir. Hace un tiempo que sigo su Instagram, es realmente bueno.

4.8 Gambone

Cuando Dona Gesita colgó el teléfono tenía la mano toda sudada. El Mundial de Fútbol, nada menos. Pero mira tú esos cuatro pelagatos llegados desnudos como gusanos con las plumas en la nariz, mira tú lo que habían conseguido armar. Esta es una ocasión para no perder; si todo sale bien el año que viene repinto la fachada en rosa viejo y hago la veranda con terraza. Se secó la mano en el vestido y volvió a levantar el auricular.

—¿Aló, Paulo? Siempre yo la que te llama, ¿eh?, que me muera si llamas aunque sea para saber si todavía estoy viva. Pero no, no llamo para saber cómo estás, las malas hierbas como tú están siempre bien. No, es que tengo entre manos una cosa interesante: dime una cosa, ¿todavía tienes aquel barcucho tuyo? ¿Sí? Muy bien, escúchame: esto es algo grande, te digo solamente que están de por medio Rede Norte y la Seleção. Sí, la selección de fútbol, justamente esa; si te digo fútbol es porque es la del fútbol. Que quede bien claro que lo manejo todo yo, que tú eres digno de confianza tanto como un jaguar, pero si le haces caso a tu hermanita y haces las cosas como corresponde, el mes que viene te compras la lancha.

Gesita conocía a su hermano mejor que nadie en el mundo, lo había tenido entre los brazos cuando nació, y sabía bien que había solo tres cosas en el mundo que lo hicieran moverse, y rápido. La primera era el dinero, la segunda las mujeres. La tercera, el arma más poderosa de todas, la invencible que se desenvaina en emergencia, era el conmovedor recuerdo de su pobre mamá, que a punto de morir, acariciándole el flequillo, había dicho: «Prométeme, Paulinho, que vas a obedecer siempre, siempre a tu hermana. Si no, después tu mamá en el cielo llora». Mujeres en las circunstancias actuales no estaban involucradas, pero dinero sí, y en cantidad más que suficiente como para volver superfluo el recurso al lecho de muerte de mamá.

Así que cuando el micro de Macapá depositó al pelotón del Asu Ka'a delante del embarcadero de Laranjal, encontraron a Gambone amarrado y listo, firme en posición de atención. Al barco le habían dado una mano de pintura amarilla y Suplicio —otro perro, obviamente, pero para qué esforzarse en buscar cada vez un nombre nuevo— llevaba orgulloso un collar de lentejuelas, anteriormente liga de la última estriptisera con la que Gambone había estado en amistad. En cuanto a Gambone, lucía una gorra de capitán de la Marina inglesa: un toque un poco redundante, pero cuando su hermana le había hablado de las cifras se había sentido enseguida dispuestísimo a poner en juego toda la redundancia que fuera necesaria. De hecho le había pedido a Gesita un adelanto considerable:

—¿Pero para qué te sirve tanto dinero? El barco ya lo tienes, y el gasoil cuesta la décima parte de eso.

—Tengo que hacer unos gastos. Gastos de representación. Tengo que comprar un sombrero.

Antônio les había garantizado a todas las personas involucradas, desde el director de Rede Norte hasta los altos mandos de la Federación, que no había problemas: una vez resuelto el problema del barco y de un guía que conociera a la perfección el río, todo estaba absolutamente bajo control, ¿acaso ustedes no son capaces de encontrar el camino a su casa? Pero en realidad estaba todo menos convencido. Gambone le había hecho una fea jugarreta catorce años antes, pero en cuanto a conocimiento del río Antônio estaba seguro de que era imbatible. La habilidad con la que, en las cercanías del desvío para evitar la cascada, había despistado a un par de barcos que habían intentado seguirlos, presumiblemente de periodistas, había reforzado ulteriormente esta convicción. ¿Pero dónde desembarcar? Antônio recordaba perfectamente que poco después de haber puesto la balsa en el agua habían pasado una extravagante confluencia de tres cursos de agua que estaba bastante seguro

de saber reconocer. Pero de ahí a volver a encontrar el punto preciso en el que habían salido de la selva —en tres meses la vegetación ya debía de haber borrado las huellas de su paso— y conseguir recorrer hacia atrás el camino hasta la aldea, bueno, eso estaba todavía en el reino de la absoluta incertidumbre.

Lo pensaremos cuando estemos allí, se dijo, preguntándose no sin una punta de ansiedad si Janaína lo habría dado mientras tanto por perdido y habría colgado la hamaca cerca de la de algún otro. Fue interrumpido en sus pensamientos por Gambone, que le avisaba que el aperitivo estaba servido: si se hacen las cosas se hacen bien, eso. No es un barco de pobretones este, un lindísimo barco, la mejor elección para quien quisiera visitar la Cachoeira do Santo Antônio y remontar el curso del Río Jari. Porque para remontar el Jari hace falta no solo un lindísimo barco sino también un hombre que sepa pilotarlo, concluyó Gambone mirando derecho al teléfono que Moacir tenía en la mano. Está encendido, ¿sí? ¿Estás filmando? Antônio, pregúntele si está filmando. Y no es por el dinero, faltaba más, ese está bien, cómo no, pero lo que cuenta es dar tu lindísimo aporte al Equipo, dar tu aporte al País. También Suplicio se da cuenta, mire qué elegante está sentado, solo falta que sirva él la *caipirinha* para el aperitivo.

Desde varios puntos de vista habría sido más lógico que a la selva a buscar a los jugadores que le faltaban al equipo hubieran vuelto un par de personas, quizá Antônio y uno o dos de los muchachos. Pero nadie había querido perder la ocasión de volver a ver a sus seres queridos, de darles noticias de primera mano, de contar en primera persona todas las cosas vistas, probadas, descubiertas, de describir las maravillas del mundo más allá de la selva (quizá pasando un poco más por alto las cosas inquietantes, incomprensibles, temibles). Nadie salvo Piraí, se entiende. El cual había masculladoalgo sobre querer quedarse algunos días más para volver a meterse en la cocina con Dona Marcela y aprender por fin a hacer los *beijinhos* como corresponde. Los plazos eran tan ajustados y las cosas por hacer tantas que Antônio no había tenido ganas de ponerse a discutir: se había limitado a preguntarle si estaba realmente seguro de querer quedarse y, ante su respuesta afirmativa, les había pedido a sus familiares que le hicieran todavía este último favor de vigilar al muchacho y acompañarlo al aeropuerto cuando llegara el momento de partir para São Paulo.

Los otros jóvenes estaban tan excitados e impacientes que habrían llevado el barco al hombro si hubiera servido para llegar antes. Abrían y volvían a cerrar los bolsos con los regalos para parientes y amigos, desplegaban, contemplaban y volvían a guardar continuamente camisetas y gorras, collares y colgantes, bolsas de plástico y tazones, paraguas plegables y tenedores, espejos, cuchillos y latas de Coca-Cola. Yamandé llevaba también un bolso con una dotación especial preparada expresamente por Janita: desinfectantes de todo tipo, vendas y curitas, colirios y pomadas antibacterianas (había estado indecisa hasta el último momento sobre meter una caja de preservativos, nunca se sabe, pero la vergüenza ante el pensamiento de explicarle el uso a Yamandé la había hecho desistir).

Moacir había tenido que renunciar con pena a llevarse la bicicleta (primero tala bastante selva como para poder girar el manubrio y después vemos, vemos después cuando volvamos la próxima vez), mientras que Cauê pataleaba de ganas de contarles a los amigos de la colección de muchachas que había conocido durante la gira y con las cuales, con mucho sentido práctico, al no poder hacer conversación había pasado a los hechos, descubriendo que también las muchachas viejitas, de más de diecisiete años, podían dar grandes satisfacciones.

A pesar de las dudas sobre el recorrido y de la impaciencia de los muchachos, inquietos como avispas, Antônio estaba disfrutando el viaje, el olor de la selva reencontrado, el vuelo de los loros, la cortesía impecable del capitán, que llegaba casi a compensar su cocina, que había seguido siendo pésima. Pero le quedaba una espina, una irrazonable sombra de sentimiento de culpa que no lo dejaba tranquilo:

—Pero escucha, Gambone, ¿y aquel primo tuyo, el del jeep…?

—No tengo primos, yo, solo siete primas cada una más aburrida que la otra. Nada de primos, y eso que al pobre tío le habría gustado. ¿Los señores desean otra copita?

—No, pero digo el del jeep rojo, aquel Pepè que pobrecito…

—¡Ah, Pepè! Ese no es primo mío. Lo conocí allá en Santarém, en el Anaconda Vortex Night Club, un lindo lugarcito, ¿conoces?

—No, no tengo el gusto. Pero quería decir, eso, si era amigo tuyo, quería decirte que lamento de verdad que haya muerto así…

—¿Muerto? Pero qué muerto, me lo encontré el mes pasado: es representante de lencería en Belém.

4.9 Piraí

Tumbado en la cama de Antônio, Piraí saboreaba el dulce gusto de la libertad. Era un gusto de cuya existencia había empezado a sospechar solo recientemente, pero ahora que lo probaba se preguntaba cómo había podido prescindir de él todos aquellos años. Siempre había habido algo que no le gustaba en la vida de la aldea, pero solo ahora estaba entendiendo por fin bien qué era. Alguna vez, de muchachito, escuchando los relatos de Antônio había supuesto que estaba ligado a lo que oía contar. Pero al contrario de Moacir y Cauê no eran las increíbles invenciones las que lo impresionaban, y tampoco eran los relatos sobre el fútbol que tanto fascinaban a Yamandé, a Piata y a todos los demás. Era algo más indefinido. Y además Piraí recordaba haber sentido incomodidad incluso cuando era pequeño, antes de que llegara Antônio; ¿cómo podían haber sido entonces sus relatos los que hablaran de aquello cuya falta sentía desde siempre?

En el transcurso del tiempo pasado en Macapá y de gira con los otros había empezado por fin a aclarar las ideas, a entender qué lo atraía de este mundo nuevo y qué lo oprimía de su mundo natal: el espacio y su falta.

La vida en la aldea era tranquila y tenía sus méritos, Piraí no lo negaba. Pero, ahora lo entendía, siempre había estado demasiado abarrotada. Era raro, rarísimo, considerando que en Macapá había mucha, mucha, muchísima más gente que en la aldea, pero en la aldea se estaba siempre juntos, demasiado juntos, demasiado apretados, mientras que en Macapá paradójicamente había más espacio. Y no estaba aquella sensación, que siempre había encontrado vagamente irritante, de cómo todos sabían siempre dónde estabas, qué estabas haciendo, cerca de la de quién colgabas la hamaca, incluso dónde y cuándo hacías caca. Es raro, pensaba, era como si en la ciudad hubiera más aire, como si respirar fuera más fácil. Y se podía también estar solo, un rato, sin que a nadie le pareciera raro.

No es que los momentos de soledad hubieran sido muchos, al contrario. Antônio era un gran hombre, la hazaña del salvamento de Yamandé sería transmitida durante generaciones, pero era también un poco agobiante. Piraí nunca había conocido a su madre y un jaguar le había quitado también al padre muy pronto, casi no lo recordaba, así que sabía que no era el más calificado para hacer esta comparación, pero Antônio en aquel período había parecido hacerles de madre y padre a todos ellos al mismo tiempo. Es más, quizá era justamente la comparación adecuada: Antônio no era su verdadero padre y por algún motivo eso lo empujaba a aumentar sus atenciones, una cosa que Piraí ya había sentido viviendo en carne propia la experiencia de una tribu entera que te hace de padre y madre. Por más que Antônio se esforzara, sin embargo, no podía estar en todas partes y algún destello de libertad había tenido que concederle por fuerza. Y qué sensación increíble había sido la primera vez, todavía le faltaba el aire si lo pensaba: durante uno de los primeros paseos por Macapá, cuando habían ido por primera vez a la orilla del río. La inmensidad del río, la ribera opuesta lejanísima, casi invisible, del otro lado. Había habido algún problema con Jaci y un vendedor de fruta, Antônio había tenido que intervenir y los otros habían ido detrás de él, todos salvo él y Ubiratan, que se habían quedado ahí, a pocos pasos el uno del otro, admirando todo aquel espacio. Qué raro, había tanto aire para respirar y él sentía una cosa rara en el pecho, sentía casi que le faltaba el aire. Pero era una sensación linda, había entendido al pensarlo después.

Pronto había llegado Antônio para interrumpir sus confusos pensamientos, había reunido al grupo y los había llevado a casa, a darles una lección sobre el dinero. Interesante, como muchas de las cosas que explicaba, pero Piraí habría querido quedarse a mirar el río un rato más. Además todos los parientes de Antônio eran siempre cariñosos y gentiles, pero los trataban como si fueran niños pequeños. Y, según las palabras de Antônio, parecían todos también demasiado preocupados por darles un rol bien preciso: Yamandé es el de la pierna rota, Itaúna el que tiene miedo de todo, Cauê el que no tiene miedo de nada. Y yo soy el que cocina.

Por eso había aprovechado al vuelo la ocasión que se le había presentado. Los días posteriores a la aparición en la televisión habían sido dos días confusísimos, Antônio estaba todavía más atareado que antes. Había bastado decirle «Yo me quedo aquí» y mascullar algo sobre el deseo de aprender bien a hacer los *beijinhos* para que aquel casi no tuviera tiempo de replicar: «¿Estás seguro? Entonces nos vemos en el aeropuerto de Macapá cuando volvamos». «Sí, está bien», y había estado por fin libre.

Aydiós, libre. Todavía está aquel otro pequeño problema por resolver, pensó con un escalofrío. Soy un cazador, en nombre de la Gran Anaconda. Maté a un caimán yo solo antes que todos los demás. Y ahora tengo miedo de una mujer anciana, de herir sus sentimientos. ¿Pero cómo hago para explicarle lo que quiero, si no conozco su lengua? Miró por la ventana. Todavía estaba lloviendo, pero se entendía que dentro de poco pararía. Se levantó de la cama y se dirigió a la cocina.

Marcela estaba ocupada trajinando con una olla. Al oírlo llegar lo saludó con la efusividad de siempre:

—¡Piraí! ¿Descansaste un poco? Bien. Estoy empezando a preparar el *vatapá*, ven que te explico una cosa sobre el aceite de *dendê*. Piraí le apoyó delicadamente una mano en el hombro, esperó a que se volviera del todo y a tener su completa atención. Se dirigió hacia la bandeja de los *beijinhos*, que como ya se había comprobado eran con mucho su comida preferida. Comió uno y puso cara de «riquísimo». Comió otro más, de nuevo con la misma cara, después le hizo señas de esperar. Marcela lo miraba fijo con atención. Llegado a ese punto Piraí hizo como que comía otro más, después otro y otro y otro más. Después de haber repetido el mismo gesto un gran número de veces, hizo como para comer otro, pero se detuvo, poniéndose una mano en la panza e bajando las comisuras de la boca. Después miró a Marcela para controlar si había entendido.

Marcela hizo como para hablar, pero Piraí lo pensó mejor y la detuvo. Se dirigió hacia la bandeja de la torta de *maracujá*, otra pasión suya, e hizo el gesto de comer una porción, esta vez de nuevo con aire feliz. Después señaló los *pudim de leite*, buenos, el *arroz doce*, nada mal, y los churros, uuuh, qué ganas. Por último volvió a la bandeja de los *beijinhos*. Comió uno de verdad, de nuevo con aire feliz. Miró a Marcela para controlar que lo estuviera siguiendo e hizo un último gesto: con las manos trató de señalar toda la cocina y a Marcela misma, y después señaló los *beijinhos*. Entonces se detuvo y miró nuevamente a Marcela, con aire interrogativo.

Marcela le sonrió:

—Entendí lo que me quieres decir, ¿sabes? Cocinar te gusta, pero no es tu única, tu sola pasión. Tienes razón. También mi Antônio fue siempre así: la radio, la escuela, el deporte. Los deportes. Muy bien, Piraí, estoy contenta.

Piraí obviamente entendía no más de una palabra o dos, pero el tono de la voz y la expresión de Marcela no dejaban dudas: había entendido. La abrazó, después dio un suspiro de alivio y se preparó para salir: desde que habían partido para la gira tenía ganas de dar un paseo hasta la Fortaleza sobre el río. Pero Marcela tenía todavía una cosa que preguntarle: señaló la bandeja de los churros y le lanzó una mirada interrogativa. Piraí tuvo un instante de duda, pero enseguida entendió que ella le estaba preguntando cuáles eran sus otros intereses. Abrió la ventana, por la cual ya empezaba a asomarse el sol, y respiró hondo.

4.10 Escalofríos

Quién hubiera dicho que el cuento de Pulgarcito, contado quién sabe cuándo, años antes, volvería a ser útil. Y sobre todo que Itaúna —que ciertamente tenía buena memoria, pero Antônio no se lo había imaginado hasta ese punto— se acordaría de él en el momento oportuno.

Encontrar el punto donde habían puesto la balsa en el agua había sido, desmintiendo sus preocupaciones, bastante fácil, porque había salido a la luz que, además de la reconocible confluencia de los tres brazos de río que Antônio tenía en mente, cada uno tenía un recuerdo propio, una referencia: «Cerca de un ébano altísimo», «Había un recodo estrecho con un viejo tronco en el agua», «Apenas partimos había un grupo de jacarandás, tiene que ser justo ahí detrás». Pero quién sabe si habrían conseguido, una vez desembarcados, tomar enseguida el camino correcto en la selva si Itaúna no hubiera grabado a la ida profundas muescas en los árboles: «Pensé en aquella historia de Pequeño Pulgar, pensé que así sabíamos volver atrás». Había sido hábil al pensarlo; las marcas en los troncos los habían guiado por un buen tramo en la dirección correcta, lo que bastaba para que Moacir y Cauê —que ya habían recorrido aquel trayecto tanto a la ida como a la vuelta, cuando habían encontrado el Río Grande— volvieran a encontrar con seguridad sus puntos de referencia.

Mientras caminaban ya raudos hacia la aldea, Antônio reflexionaba sobre cuántas cosas habían cambiado en aquellos tres meses, sobre cómo todo era distinto de cuando habían pasado bajo aquellos mismos árboles llevando a Yamandé medio muerto, dirigiéndose entre mil riesgos hacia lo desconocido. Estaba feliz de haberlo hecho, bastaba mirar al muchacho trotando vivaz en medio del grupito para no tener el mínimo arrepentimiento por haberlo salvado, pero ahora se daba cuenta de que nada sería como antes. Dentro de pocos días estarían de nuevo en la ciudad, otros muchachos que nunca habían salido de la selva experimentarían la llamada civilización y también ellos quedarían fascinados y perturbados por ella; después probarían todos juntos a jugarse esta absurda posibilidad de participar en el Mundial —todavía no conseguía creer que estuviera pasando una cosa semejante—, después, después volverían a casa, a la selva. ¿O no? ¿Realmente habrían podido volver a vivir la vida de antes? Y de todos modos no sería la vida de antes, no habría podido serlo nunca más, habiendo llevado a la aldea ropas y cuchillos, habiendo visto automóviles y aviones y televisores. Se dio cuenta de que, comoquiera que fueran las cosas, aquel modo de vida milenario había sido cambiado, contaminado para siempre. Quién sabe si habrá sido algo bueno, quién sabe. Mejor no pensarlo, es una responsabilidad demasiado grande; al pensarlo vienen escalofríos.

Pero un escalofrío le venía también al volver a pensar en lo que le había contado Gambone: «Pero qué muerto. Esa gente tiene el cuero duro, gente que viene de los bajos fondos. No como nosotros. A esos no los matas tan fácilmente. La suerte fue que tenía aquel jeep de aquel lindísimo rojo. Un helicóptero de los del parque estaba haciendo un reconocimiento. Vieron el rojo y bajaron a echar un vistazo. Levantaron el jeep con el malacate; aquel hijo de armadillo de Pepè estaba aplastado como una nuez pero vivo. Le quedó una pierna un poco más cortita, y la cara abollada, pero tan lindo nunca había sido. No como nosotros. Y además eso de la lencería es un sector en crecimiento, dice que las señoras se vuelven locas por los encajes, siempre en medio de los calzones, un lindo oficio».

Antônio estaba feliz de que aquel bandido no estuviera muerto; le había quedado siempre un poco la espina de no haber hecho quizá lo suficiente, de no haber conseguido encontrar ayuda: saberlo en medio de los encajes en Belém, por más cojo que estuviera, le quitaba un peso del corazón. Pero el escalofrío, la turbación, era por el pensamiento de que si no se hubiera alejado, si se hubiera quedado cerca del jeep, habría vuelto a Macapá después de un día en vez de después de catorce años. Y todo, todo habría sido distinto. Quién sabe dónde estaría ahora, haciendo qué, con quién. De seguro, de segurísimo no tendría dentro de una semana un desempate para participar en el Mundial.

4.11 ¡Sorpresa!

La escena se la había imaginado cien veces en cien versiones distintas y, a medida que se acercaban a casa, se le agolpaban en la cabeza una superpuesta a la otra. Su preferida los retrataba a los siete caminando uno al lado del otro con él en el centro, en cámara lenta, como en las películas de Hollywood. Pero en la selva cuesta caminar codo a codo dos personas, cuanto más siete, y este escrúpulo realista le arruinaba la fantasía. Después había otras escenas que preveían miradas silenciosas y larguísimas: él y Janaína, Yamandé y Kirimà, Moacir y Piata. O bien un júbilo ruidoso e incontrolado. Se la había imaginado de cien modos distintos y ninguno resultó el acertado: más que con la fantasía, se le acercó con el recuerdo.

La aldea ya no debía de estar muy lejos —me parece haber reconocido un árbol. ¿Será posible? ¿Cuántos árboles habrá en la Amazonia, mil millones? ¿Cien mil millones? ¡Y a mí me parece haber reconocido uno!— y Antônio se encontró volviendo a pensar en sus primeros instantes en la aldea y en el pelotazo que lo había recibido. Quién sabe quién habría pateado aquella pelota. Quizá había sido Yamandé, DosMedias. O Cauê. No, no podía ser Cachetes, entonces era demasiado pequeño para tener una patada así. Cuando había aprendido a hablar bien la Lengua había preguntado quién se la había tirado, pero ya no se acordaba nadie. Quizá había sido Piata, que tenía un buen zapatazo ya de muchachito. Imagínate que entremos en la aldea y la primera cosa que me pase sea recibir un pelotazo en la panza.

No hubo pelotazo alguno en el estómago, pero el regreso de la banda, como muchas de las peripecias de Antônio en la aldea, estuvo marcado por la pelota.

—¡Shhh! —fue Moacir, callándolos, el que estableció con qué enfoque se presentarían—: Oigo voces. Hay alguien en el claro, están jugando a la pelota. Yamandé hizo como para lanzarse hacia adelante, pero Moacir lo retuvo de un brazo:

—Espera, acerquémonos sin hacernos oír. Quiero hacer la película sin que se den cuenta.

Moacir había tomado con gran seriedad y entusiasmo el rol de documentalista de la expedición. Rede Norte lo había dotado de cinco celulares modernos y de otras tantas baterías de repuesto, cargadas. Al no tener que telefonear ni conectarse a internet, poniendo un mínimo de atención habrían debido alcanzar para llevar a término su reportaje de video y fotos. Ya había descargado un primer celular durante el viaje en el barco, entrevistando a todos sus amigos y sacándole innumerables fotos a Suplicio. A pedido de Antônio había evitado documentar las últimas partes del trayecto en barco y las primeras del recorrido a pie («¿Por qué no quieres que se sepa dónde está la aldea?» «Es demasiado complicado de explicar. Te lo pido por favor, Moacir: en este pedazo no hagas la película, Rede Norte ya está de acuerdo»), y también cuando Antônio le había dado el visto bueno para volver a empezar no había fotografiado mucho, un poco para no retrasar la marcha del grupo y un poco porque se había dado cuenta pronto de que los animales eran difíciles de retratar y los árboles, en la trigésima foto, no eran tan apasionantes.

Pero ahora por fin tenía la posibilidad de hacer una toma fenomenal. Un grupo de habitantes de la aldea que juegan a la pelota, ignorantes de estar siendo filmados por un ojo externo. Moacir pensó que quizá solo en aquel momento, por primera vez en su vida, estaba cerca de comprender cómo se había sentido Antônio a su llegada a la aldea. Después ahuyentó aquel pensamiento, dio los últimos pasos en el silencio más absoluto y se concentró en la escena delante de sus ojos.

Piata estaba por patear un tiro libre.

—La barrera está pésimamente puesta —comentó Yamandé en voz baja, mientras trajinaba con su mochila para sacar el regalo que había comprado para sus amigos de la aldea.

—¡Shhh! —los volvió a callar Moacir. Que sin embargo después no supo contenerse de agregar—: La barrera me molesta más que otra cosa, bloquea la vista de la pelota.

—De todos modos está mal puesta.

—Es una cuestión de… —intervino Antônio— antes de juzgar hay que considerar el error de… depende del lado desde el que la mires.

—¿En qué sentido? Si está mal puesta está mal puesta —agregó Itaúna.

—¡Shhhhhh!

A Piata le encantaba demorarse antes de ejecutar un tiro libre. Le gustaba tomarse todo el tiempo para estudiar por qué lado hacer pasar la pelota, aunque con la barrera tan mal puesta había poco que estudiar: bastaba con pegarle un cañonazo a la portería y era gol seguro. Acamim no estaba mal como arquero, pero nada que ver con… en fin. Aquella vez sin embargo se demoró más de lo habitual: miró a su alrededor, había algo raro; antes le había parecido oír ruidos y ahora al contrario, de un lado del claro había un silencio extraño, como si todos los animales de aquel lado hubieran decidido callarse juntos. Después se encogió de hombros y arrancó la carrera, en su fuero interno ya suspirando porque pocos segundos después le tocaría ir a buscar la pelota en lo tupido de la selva.

La pelota había desaparecido entre los árboles, como siempre. Lo habían visto todos. Cuando Piata ejecutaba un tiro libre todos clavaban los ojos hacia la selva detrás de la portería, para acelerar las operaciones de búsqueda. Por eso, la aparición a mitad de cancha de aquel objeto raro que parecía una pelota pero rebotaba mucho más fue recibida con una carga adicional de sorpresa y perplejidad. Lentamente todos los muchachos se acercaron a ella, mientras esta terminaba de rebotar. Se acercaron también los más grandes de los niños que miraban el partido, mientras los más pequeños eran retenidos por las mamás, intimidadas.

—¿Qué es? —preguntó Jerujeru.

—¿Un fruto? —propuso Icicaribá.

—Un fruto así no lo vi nunca antes —dijo Piata, que seguía mirando a su alrededor—, y no entendí de dónde cayó. ¿Alguien vio de dónde cayó?

—¿Quizá cayó del gran pájaro luminoso de la tarde? —sugirió Tainì, sin saber cuánto se había acercado.

—Si todavía estamos jugando quiere decir que todavía no pasó, ¿no? —le replicó Icicaribá.

—¡A mí me parece que vino de allá! —chilló la vocecita de una de las niñas del público.

Piata fue el primero en volver la mirada en la dirección indicada por la niña y por lo tanto el primero en sentir que casi se desmayaba cuando las hojas se movieron, las ramas se separaron y de la selva salió el fantasma de Yamandé.

4.12 Uñas

A medida que los otros miembros del grupito salían al claro, algunos llevando una cosa rara sobre el cuerpo que impedía verles el pecho, el mudo estupor de los presentes fue sustituido por gritos de alegría. Algunos niños corrieron al *shabono* gritando: «¡Yamandé! ¡Volvió Yamandé! ¡Antônio, Moacir, volvieron todos!», y en pocos minutos había en el claro una confusión tal que en comparación el carnaval era un pasatiempo para amantes del silencio. Antônio vio el rostro de Janaína y el perfil de Ybyráatã, en sus brazos, y sintió una sensación de cálido bienestar, enseguida reemplazada por una sensación más desagradable. Janaína estaba avanzando con paso tranquilo, mirando a su alrededor con calma. Sonreía, es más, reía, y a su lado, sonriendo, es más, riendo con ella, estaba Kirimà. ¿Será posible? Celos. Aquella sensación desagradable eran sin duda celos. ¿Será posible?, se preguntó una segunda vez Antônio, pero después los ojos de Janaína se cruzaron con los suyos y la sonrisa más linda de la selva despejó cada nube. Janaína lo besó y le pasó a Ybyráatã entre los brazos. Claro que no es posible, qué cosas se me ocurrieron.

Serían, se entendió enseguida, dos días de grandes fiestas y emociones intensas, regados con abundantes raciones de bebida del cambio. A los celos, después de un breve paréntesis de felicidad, los había sustituido sin embargo en Antônio una nueva sensación desagradable: el sentimiento de culpa. Explicar que estaban ahí por solo dos días y tendrían que volver a partir enseguida no fue para nada fácil. Le había llevado de regalo a Janaína dos ollas relucientes que la habían dejado boquiabierta, decenas de collares y pulseras, los más coloridos que había conseguido encontrar y con los cuales ella había sustituido inmediatamente los de semillas y plumas que llevaba puestos, y una hermosísima hamaca de robusta tela a rayas rojas y azules, que le había gustado muchísimo. Pero los regalos no habían bastado en absoluto para hacer desaparecer del todo un melancólico mohín que le ensombrecía el rostro.

—Pero vamos a estar afuera como máximo un mes y después volvemos para siempre, te lo prometo.

—¿Qué es mes? Estuviste afuera tres lunas y ya volviste a hablar como el Antônio de hace mucho tiempo.

—Perdóname. Mes es como decir luna.

—¿Y entonces por qué no dijiste luna?

—Perdona, ¿eh? Estoy cansado, emocionado y confundido, ¡carajo, ten un poco de comprensión! Janaína lo miró para entender si lo estaba haciendo a propósito. Solo entonces Antônio se dio cuenta de haber hablado en portugués. Y probó a echarlo a broma y a pedirle paciencia.

—Es broma, ranita mía. Te amo, amo a Ybyráatã y quiero volver con ustedes lo antes posible. Antes solo tengo que hacer esta cosa. Le acarició una mejilla y, tomando uno de los collares de semillas que ella había abandonado en la hamaca, sacó veintidós semillas marrones grandes y ocho rojas y las volvió a ensartar con cuidado en un largo tallo:

—Aquí está, mira. Estas rojas son los días de los partidos y estas marrones son los días entre uno y otro. Ahora lo colgamos en la puerta del *shabono* y cada día tú sacas una semilla. Así vas a saber cuándo jugamos y vas a saber, toda la aldea va a saber que, después de cada partido, si no volvimos dentro de tres días quiere decir que ganamos y que vamos a jugar también el siguiente. Y vas a saber cuánto tiempo falta antes de que volvamos: ves, aunque ganáramos siempre no estaríamos afuera más de una luna. Después vuelvo con ustedes y dormiremos para siempre juntos en esta linda hamaca nueva, ¿estás más contenta ahora?

Una vez restablecida la paz con Janaína, Antônio la tomó de la mano y la llevó hacia el río, en busca de un rincón tranquilo. Cuando se hubo asegurado de que estaban solos, Antônio dijo:

—¿Te acuerdas de mis relatos sobre la pantalla y las cosas que se pueden ver dentro de ella?

—Claro que me acuerdo.

—Eso. En el tiempo en que estuve aquí inventaron unas pantallas que se pueden transportar y en las que se pueden recordar las imágenes que esas mismas pantallas vieron en el pasado.

—No sé si entendí.

—Mira, ahora te lo muestro. Antônio sacó de su mochila un iPad. Se lo puso en la mano a la mujer, que lo tomó con cierta trepidación, después lanzó la aplicación para ver los videos. Y fue así como, pasmada y fascinada, Janaína conoció a Marcela, a papá Italo y a todo el resto de la variopinta familia de Antônio, que le mandaban muchos pero muchos saludos y mira qué lindo nuestro nietito, pero qué dices, son ellos los que nos van a ver a nosotros, no es que los estemos viendo nosotros a ellos ahora, no importa, estoy segura de que es hermosísimo, ¿no es cierto, Norminha?

También hablar con Itátakûara y explicarle que no solo volverían a partir prontísimo sino que necesitaban llevar consigo a muchos más jugadores no fue simplísimo. De nuevo Antônio recurrió a su iPad, mostrando algunas imágenes de la gira recién concluida. El jefe de la aldea, a pesar de que aquel aparato lo dejaba muy perplejo, fue muy comprensivo:

—Antônio, vives con nosotros desde hace mucho tiempo, eres parte de nosotros. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Lo soy.

—Y entonces deberías saber que yo soy solo el anciano de la aldea, no soy dueño del destino de nadie más que de mí. Estoy feliz de que me cuentes su plan, pero no tienen que pedirle permiso a nadie. Si sienten que deben cumplir esta hazaña solo puedo desearles que los espíritus estén con ustedes.

La parte más difícil de la conversación fue mantener sobriedad y humildad mientras fuera del *shabono* se estaba desatando el fin del mundo. Moacir había entendido perfectamente los pedidos de Rede Norte. Por eso les había pedido también a sus compañeros de aventura que esperaran un poco antes de entregar los regalos: quería primero fotografiar y filmar a los habitantes de la aldea ocupados en sus actividades de todos los días. Pero una vez sacado uno de sus celulares de la mochila, tomadas algunas fotos y mostrado el resultado en la pantalla, la vida de la aldea había cambiado para siempre. Moacir tenía que afrontar ahora el asalto de decenas de personas que competían por hacerse sacar una foto en las poses más improbables. Visto que ya el daño estaba hecho, más valía apaciguarlos un poco: Moacir les hizo señas a sus amigos de que tenían vía libre, podían hacer lo que quisieran.

Pasada la primera oleada de estupor y maravilla por todos los regalos, «Hermosísimo, este es mío», «¿Y esto qué es?», «¡Pero entonces todo lo que nos contó Antônio en estos años es verdad!», fue el momento de los relatos. Kirimà contó del oso hormiguero que había parido justo debajo del árbol de las flores rojas, Piata los puso al día sobre el rito de iniciación que se había desarrollado una luna atrás y en el que muchos jóvenes, de nuevo, habían hecho un óptimo papel. «Aunque no a nuestro nivel.» Mucho interés suscitaron también las rápidas selecciones, a cargo de Piata, Antônio, Yamandé y Ubirajara, para decidir quiénes serían los otros dieciséis que compondrían el grupo que desafiaría a Brasil. Las caras felices de los protagonistas del primer viaje eran una gran publicidad para la

nueva aventura que estaban proponiendo: «Piraí se divirtió tanto que se quedó allá esperándonos». Poquísimos entre los elegidos se mostraron titubeantes y al final también ellos aceptaron, contagiados por el entusiasmo general.

Pero el plato fuerte fueron naturalmente las aventuras del grupo de los muchachos: un coro de elogios para la familia de Antônio, para Macapá y para Brasil en general. Y como en todo coro, infaltable, también la voz fuera de él, la de Itaúna. A todos los que tenían la paciencia de escucharlo, Itaúna les contaba una versión de la vida en Macapá bien distinta del retrato idílico que estaban pintando los demás. «El vacío. Es rarísimo: hay al mismo tiempo vacío y confusión. Hay muchísima gente, mucha más que en la aldea, y en todo momento del día y de la noche hay un ruido fortísimo, pero igual es como si estuviera vacío, como si las personas estuvieran distantes las unas de las otras. Hay muchísimas chozas gigantescas y adentro de ellas viven solo pocas personas, a veces dos o tres o incluso una sola. Hay poquísimos árboles. Y esos pocos árboles son todos pequeños, mustios como cuando un hombre tiene fiebre. Y hay también pocos animales. Y en este vacío está la cosa más rara de todas: una cosa que ellos llaman viento. Es aire que se mueve, pero no como aquí. Se mueve fuerte, dobla los árboles, si te pones una pluma en la cabeza te la lleva con una mano invisible, tiene hasta una voz propia. Y además las personas tienen la pasión de hacer películas, pero no como las de la pantalla de Antônio. A veces en las películas hacen como que se matan y las personas van a una especie de *shabono* a ver a las personas que hacen como que se matan y están contentas. Y juegan a la pelota, sí, pero son mucho más flojos que nosotros. Nuestro equipo de los niños ganaría contra sus adultos. Pero sobre todo: la gente es distinta. Muchos son pálidos. Sabes que se dice que también Antônio era blanco cuando llegó aquí. Pero estos son todavía más claros, más pálidos que un pescado muerto. Otros en cambio son oscuros como la madera después del fuego. Son negros como la noche, incluso de día. Los miras y ni siquiera consigues entender si tienen cara o no. Y todos nos miraban como si los raros fuéramos nosotros.»

Fue entonces natural para Itaúna, al momento de partir, comunicarle su decisión a Antônio:

—Yo no voy.

—¿Pero cómo que no vas? ¿Y el partido con Brasil? ¿Y el Mundial?

—El partido lo van a ganar también sin mí. El Mundial, prefiero el que nos enseñaste a jugar tú aquí, de niños. Que los espíritus estén con ustedes. Llévenle mis saludos a Piraí. Maldita prisa, pensó Antônio. Estuve catorce años en la calma más absoluta y ahora tengo que hacer todo corriendo. Así como en Macapá no había habido tiempo para hablar con Piraí y convencerlo de volver a la selva, ahora no había tiempo de hablar con Itaúna y convencerlo de ir con ellos a São Paulo.

—Está bien, Itaúna. Como prefieras. Lo lamento mucho. Ahora no puedo, pero nos volveremos a ver pronto y hablaremos mucho.

—Sí.

Cuando al alba volvieron a partir, dos días y medio después de haber llegado, Itaúna estaba en primera fila saludándolos, la mano tendida hacia arriba y la mirada orgullosa, con tal altivez que cualquiera que hubiera visto la espléndida foto sacada por Moacir habría pensado que era él el jefe de la aldea. Apenas el grupo de los veintitrés se hubo desvanecido de su vista, sin embargo, aquella misma mano terminó dentro de la boca de Itaúna, que pasó las dos horas siguientes mordiéndose las uñas como no lo hacía desde que era niño.

Fueron dos horas de agitación creciente, que Itaúna transcurrió pasando y repasando en su propia mente todo lo que lo había perturbado en los tres meses anteriores. Pero a las imágenes de las cho-

zas gigantescas y vacías, de las personas con las caras raras, de los trescientos espartanos que se masacran, seguían superponiéndose las imágenes de sus amigos, de los partidos de pelota, del creciente número de espectadores en sus partidos. Al recuerdo del ruido de los automóviles se superponía el clamor del público a cada gol.

Itaúna miró el cielo, mucho más luminoso que cuando sus amigos se habían ido. Partieron hace mucho, pensó. Pero pensó también que un grupo de veintitrés personas avanza en la selva mucho más lentamente que un hombre solo. Sobre todo si aquel hombre es el que tuvo la gran ocurrencia de marcar el recorrido como Pequeño Pulgar. Y además van a perder bastante tiempo construyendo la… ¡Gambone! ¡No hay ninguna balsa que construir! Tomó la mochilita que se había traído de Macapá, metió adentro precipitadamente un poco de comida, corrió a buscar a Iracema encontrando por fin el coraje de besarla, después fue a ver a Itátakûara:

—Voy a alcanzarlos. Quizá necesiten de mí.

—Sin duda —dijo Itátakûara, mientras el joven, corriendo, ya se internaba en lo tupido de la selva.

4.13 Monte Dourado

Un jadeante pero satisfecho Itaúna consiguió alcanzar al grupo poco antes de que este llegara al río. Antônio se sintió aliviado al verlo, pero no era nada en comparación con el alivio que sintió al ver que Gambone, nunca se sabe, los había esperado de verdad.

Apenas puesto el pie en la barcaza, primer contacto con el mundo exterior, el grupo se dividió enseguida en dos. De un lado los novatos, los que por primera vez ponían un pie fuera de la selva; del otro lado los expertos. Ahora que Antônio lo pensaba, los muchachos habían sido realmente valientes desde los primerísimos compases. Valientes al abandonar su mundo e impávidos al abrazar uno nuevo sin particulares temores reverenciales. Pero nunca habían parecido tan seguros de sí mismos como lo estaban ahora en comparación con los otros. Era gracioso ver cómo aquellos pocos viajes en barco por el río y por el Jari bastaban para hacerlos sentir los máximos expertos mundiales de navegación fluvial. Por no hablar del resto de su permanencia en Macapá y de la gira, que los había transformado en nuevos Magallanes. El coro de voces era incesante, el tema principal una variación sobre el clásico «Ah, el Jari ya no es el de antes», cosa que divertía muchísimo a Antônio y también a Gambone, a quien Antônio de vez en cuando le traducía bocados de conversación.

—Ah, esta vez tenemos el barco ya listo, pero la otra vez nos lo tuvimos que construir nosotros. ¿Te acuerdas, Jaci? —dijo Ubiratan.

—Claro, solo un loco podría olvidarlo. Y qué barco. Navegar en aquel era muy distinto. Más peligroso, pero también más divertido.

—¿Y cuando la hamaca con Yamandé adentro casi se resbaló al agua y la agarramos por un pelo? —propuso Cauê. Esto Antônio no lo recordaba, pero quizá había pasado mientras dormía.

—Y después pasamos toda la noche en vela para espantar a los *jacaré* —agregó Moacir. Esto estoy seguro de que no pasó, pensó Antônio, que sin embargo no se entrometió porque tenía curiosidad por escuchar.

Cuando llegaron al relato de la cascada fue casi imposible entender algo, porque todos —incluido un improbable Yamandé— querían contar su propia versión de la historia, interrumpiéndose mutuamente y tapando las voces de los compañeros. En esta nueva versión del relato cada uno de ellos se había zambullido en el agua para salvar la balsa o había hecho algo igual de determinante para el éxito de la expedición. Y la cuestión era que, pequeños detalles aparte, había sido realmente así. Habían sido todos heroicos y determinantes, y Antônio tuvo que luchar contra el nudo que se le estaba formando en la garganta.

La cascada fue también, sin embargo, la causa de la primera desilusión para el grupo de los nuevos. Gambone la había evitado cuidadosamente, y a pesar de que había propuesto hacer un desvío cuando ya la habían pasado para ir a admirarla, Antônio se había opuesto porque pretendía llegar a Monte Dourado lo antes posible: ya así los tiempos de marcha eran forzadísimos y quería tratar de cansar a los muchachos lo menos posible. La decisión fue aceptada por todos, pero entre los novatos empezó a cundir la duda de que «los expertos» se hubieran aprovechado para exagerar un poco. Fue Piata el que les dio voz a estas dudas apenas asomaron los primeros techos de Monte Dourado.

—¿Esto es todo? Por sus relatos parecía quién sabe qué y en cambio es solo un poco más grande que nuestra aldea. ¿Están seguros de no haberse soñado todo? —dijo en parte en broma y en parte en serio. Los otros novatos, compactos como un solo hombre detrás de su vocero, asintieron convencidos. Pero Yamandé y los otros se limitaron a reírse por lo bajo: «Ya verás. Ya verán».

La llegada a Monte Dourado no habría podido ser más distinta de la vez anterior. Entonces habían llegado en silencio, casi a hurtadillas. Ahora los esperaba en el muelle un puñado de curiosos bastante nutrido —que aumentó rápidamente de número apenas corrió la voz de su desembarco inminente— y también un buen número de cámaras. Por suerte Antônio había pensado por anticipado en esta eventualidad y había decidido tomar el toro por las astas. Si el primer grupito de los siete había tenido que adaptarse bastante rápido a la vida brasileña, estos tendrían que hacerlo todavía más rápido: quizá la única solución era no darles ni siquiera tiempo de entender qué estaba pasando. Por eso en el barco había repartido pantaloncitos y camisetas para todos, para evitar al menos el problema de la desnudez masiva, y había empezado también a hacerles probar los botines de fútbol a los recién llegados.

Aun antes de que atracaran, desde el muelle arrancó el cántico «¡Jaci! ¡Piraí! ¡Cauê y Moacir! ¡Son más fuertes que España y que Argentín!». Antônio al principio no entendió, después sonrió y empezó a saludar con la mano, mientras muchos de los muchachos se apiñaban intimidados hacia la popa del barco, como para evitar el mayor tiempo posible el contacto con aquella multitud que gritaba.

Apenas desembarcados, Antônio buscó a George entre la gente. Lo localizó casi enseguida, un poco al margen, ocupado en impartir directivas a uno de sus colegas. Se saludaron, pero con una seña decidieron de común acuerdo que para las primeras entrevistas esperarían a encontrarse en un lugar más tranquilo. Entre la multitud a Antônio le pareció ver también la mirada alucinada de aquel periodista loco que lo había entrevistado, o mejor dicho que se había inventado la entrevista apenas volvieron a Macapá, Pipo, Pispo, cómo se llamaba. En el fondo todo lo que estaba pasando era de algún modo mérito también suyo, se encontró pensando Antônio, aunque de todos modos sentir gratitud por un personaje semejante estaba más allá de sus capacidades.

Rodeados por el séquito de hinchas, se dirigieron junto con George y su equipo hacia la *pousada*, en cuyo letrero se había colgado para la ocasión la pancarta «Al pelourinho – Pousada oficial de la Selección India de Brasil». Esperándolos en el umbral, como dos guardianes, estaban de un lado el médico que se ocuparía de las vacunaciones y del otro el senhor Armando, a quien Gesita, en memoria de la vez anterior, le había concedido el honor de ser el único huésped de la *pousada* ajeno a la expedición.

—¡Bienvenidos! —dijo Armando levantando su *cerveja*—. Esperen que voy a llamar a Gesita. Pero no hubo necesidad alguna. Pocos segundos después, llamada por el ruido de la multitud, la dueña de la *pousada* apareció en el umbral con un sonrisón que buscó y enseguida encontró las cámaras de Rede Norte. Les hizo amplias señas de acomodarse a toda la banda y los saludó uno a uno mientras entraban, quién tímido quién atrevido.

El último en entrar, cuando también el equipo televisivo ya estaba adentro, fue Moacir, que sacó de su mochilita una hermosísima flor que había recogido en la aldea y, en un portugués que delataba haber sido ensayado decenas de veces, le dijo: «Es para usted, Dona Gesita», recibido por un estruendo proveniente del interior de la *pousada*.

«Es para usted, Dona Gesita» se había vuelto rápidamente la muletilla del grupo. Ya cuando estaban en el barco, mientras asistían a los ensayos de Moacir, algunos habían pedido varias veces que describieran a esta Gesita y lo habían ayudado a aprender la frase portuguesa, repitiéndola juntos, con distintas entonaciones. Otros se habían limitado a observar con curiosidad lo que estaba pasando; otros más, sobre todo los miembros de la primera expedición, habían tenido una actitud más burlona, y cada vez que se llegaba a la descripción de Gesita se agregaban numerosos detalles, sobre todo sobre el aspecto del vestuario, que sabían que no sería comprendido del todo por los nuevos exploradores. «Sí, linda, lástima esas grandes hojas de palmera que le salen de las orejas…», o bien

«¿Linda? ¿Están seguros? Mientras siga escondida en el tronco del que salen solo manos y pies no sabría decir…», y así sucesivamente.

Pero cuando estuvieron todos adentro, Eçaí se acercó a Moacir y le dijo, en voz baja:

—Tenías razón, es linda. Muy rara pero linda.

—Así es también el resto del mundo, ya verás.

4.14 Calma

—¡Thiago!

—Sí, míster.

—Mírame bien. Thiago lo miró, sin entender qué había que ver pero ya barruntando la llegada de algún encargo más o menos absurdo.

—¿Te parezco distinto?

—¿En qué sentido?

—No sé, ¿te parezco como antes? ¿Como hace un mes?

—Disculpe, míster, pero no estoy entendiendo.

—No, Thiago, soy yo el que no entiende. Me miro al espejo y me parece ser siempre el mismo, aparte de este maldito brazo roto. Pero por dentro ya no soy yo, tengo miedo de que me hayan raptado los alienígenas y sustituido por una versión más calma, más reposada, más tranquila.

—Ah, entiendo. No, le garantizo que es siempre el mismo.

—¿En el sentido de que estoy siempre encabronado?

—Pero no, no quería dec…

—Pues no, Thiago. Pues no. No me encabrono para nada. Pero debería. Dentro de tres días empieza el Mundial y todavía no sé con qué equipo voy a jugar. O sea, lo sé, pero todavía no me dieron la autorización formal para convocarlos. Y ya el solo hecho de que yo tenga que pedirle autorización a alguien para elegir a quién llevar al Mundial, mira, ya sería suficiente para pedirte que vayas a comprarme un bate para romper todo. Pero no terminó ahí, no. Estos dementes pretenden que yo, 48 horas antes del debut, les haga jugar además un partido contra un equipo de… de… de… gente que nunca vio una cancha de fútbol en su vida. ¿Pero te das cuenta?

Thiago callaba; sabía que su rol en esos casos era solo el de estar ahí para evitarle al míster la impresión de hablar solo.

—Yo pensaba que eran todas tonterías para congraciarse con la nación. Y pensaba que al menos aquel otro, aquel tarzán del fútbol, tendría ese mínimo de sentido común de volverse por donde vino y quedarse ahí. Y en cambio nada. Aló, llegamos esta noche, nos vemos en la cancha mañana a las dos, como los niños. Y yo, en vez de romper todo, estoy aquí tranquilo como un santo. Bueno, más o menos, pensó Thiago sin abrir la boca.

—Miro a estos imbéciles que tratan de arruinar todo, y los miro con distancia, como si la pierna sobre la que está meando este perro no fuera la mía. Qué perro, estuvo por preguntar Thiago, que se contuvo justo a tiempo.

—Bueno, por lo menos conseguí convencerlos de jugar un solo tiempo, así quienquiera que gane (quienquiera, imagínate) no estará demasiado cansado cuando juegue contra Croacia. Pero si alguno

de esos indígenas le hace daño a uno de los míos, juro que agarro el napalm y se la quemo toda, esa maldita selva.

4.15 El gran pájaro luminoso

Las instrucciones de Antônio no habrían podido ser más claras: «Quietos y callados. Quietos como cuando se avista una presa y callados como cuando se avista una presa. Simple, ¿no?». No, no simple. Es más, muy difícil.

La emoción increíble del primer vuelo, ver Monte Dourado volverse cada vez más pequeña bajo sus ojos, la vista de la inmensa selva desde arriba, había puesto a todos en el mismo plano: ya no había expertos e inexpertos, ninguno de ellos se había subido nunca antes al gran pájaro luminoso y el propio Antônio lo había tomado solo dos veces muchísimos años antes. Pero el primer vuelo había sido breve y el ruido del pequeño avión, chirriante casi tanto como el barco de Gambone, había sido tan fuerte y molesto que atenuó cualquier otra emoción. Habían hecho escala en Macapá, donde habían recogido a un emocionadísimo Piraí, y otro breve vuelo pasado casi todo el tiempo con las manos en las orejas los había llevado a Belém.

En el moderno aeropuerto de Belém la distancia entre veteranos y novatos había vuelto a ser amplia y visible. El plan de Antônio para sobrevivir a las cuatro horas de escala, una eternidad, era el de confiarle a cada veterano la custodia de dos o tres de los recién llegados, de modo de tenerlos bajo control. El gran ventanal daba a la pista, sobre la cual se movía perezoso algún avión. Tan grandes, tan lustrosos, tan potentes, se los habría podido mirar durante horas. Pero levantando la mirada se podía asistir al espectáculo nuevo y terrible del horizonte: una línea oscura delimitaba lo visible, el margen de la selva, y al fondo a la izquierda una delgada columna de humo gris interrumpía la mirada regalándole profundidad a la vista. La primera hora pasó así, familiarizándose con la presencia de un vidrio tan grande y con el hecho de que, como se repetía a menudo, no en todas partes hubiera árboles, de que todo aquel espacio sin plantas fuera casi inconcebible. Podemos lograrlo, se repetía a menudo Antônio, sin dejar de mirar el reloj y sintiendo más de una punzada de nostalgia por la vida en la selva.

La segunda hora empezó con un maullido al que ninguno de los presentes prestó atención, salvo naturalmente aquel grupo de habilísimos cazadores que eran los muchachos recién salidos de la selva. Se movieron con circunspección alrededor de las butacas de la terminal, incapaces de distinguir la procedencia del sonido a causa del amplio espacio, que generaba un eco que los confundía. Al final la localizó Jerujeru, ya famoso por su oído fino y por sus manos grandes, bien escondida en el canasto de mimbre que su dueña había dejado un momento sobre una butaca. Antônio, viendo a sus muchachos moverse de aquel modo, se había puesto enseguida en alerta, pero un rápido vistazo a Cauê y Yamandé lo tranquilizó: también a juicio de ellos no era nada serio. Después oyó de repente el maullido, vio el canasto de mimbre y el grupo cada vez más numeroso que se agolpaba alrededor, y entendió.

—¡Es un cachorro de jaguar!

—¿Negro?

—Existen los jaguares negros, yo oí hablar de eso.

—¡Pero es pequeño!

—Ha de haber nacido recién.

—Pero parece grande, no lo sé explicar, parece un cachorro adulto.

—Hace también un sonido muy raro.

—¿Por qué está encerrado ahí adentro?

—Ahora lo libero…

Antônio llegó demasiado tarde, igual que la inconsciente dueña, salida de los baños quizá a causa del alboroto y encontrándose en medio de una docena de muchachos empeñados en perseguir rocambolescamente a su gato, que mientras tanto había tenido a bien trepar a una de las vigas de sostén de la estructura y esconderse detrás de un panel metálico a no menos de cinco metros de altura.

—¡Voy yo! —la inconfundible voz de Yamandé resonó en el amplio salón.

—No, Yamandé… —empezó a decir Antônio con voz preocupadísima.

—No te preocupes, no me va a pasar nada.

—Yamandé, te lo digo con todo el amor que siento por ti. Si intentas subir a esa viga te ma… Antônio no terminó la frase. Yamandé ya había alcanzado al gato, que enseguida le había demostrado todo su desprecio a fuerza de zarpazos en los antebrazos. Hizo falta una buena media hora de disculpas para que todo volviera a la normalidad. Antônio pensó en un millar de argumentos para reprender a Yamandé por aquel gesto, pero decidió guardárselos todos. ¿Por qué la otra vez no me había parecido tan difícil?

Pero fue el baño el centro de la hora siguiente, cuando a Antônio empezaron a llegarle los primeros informes sobre las diversas necesidades de los muchachos. A pesar de que los jóvenes de la primera oleada hacían de supervisores, y a pesar de que Antônio repetía como un mantra «Quietos y callados. Quietos como cuando se avista una presa y callados como cuando se avista una presa», el entusiasmo frente a las llaves que escupían agua solas —y ya los habían dejado de piedra las de la *pousada*, nunca habrían pensado que hubiera un modo todavía más raro de ver brotar agua—, frente a los espejos enormes, a la forma de las tazas cándidas (pero si las usamos se van a ensuciar todas, ¡nos van a regañar!), a las boquillas de aire caliente para secarse las manos, parecía incontenible, tanto que alguno se acordaría de sus necesidades solo una vez a bordo del avión.

El grito usado en la aldea para dar la alarma resonó de repente en la terminal: un grandísimo avión reluciente estaba aterrizando fulgurante por el reflejo del sol; los muchachos corrieron desordenadamente hacia el ventanal, alguno fue directo a chocar contra el vidrio, alguno estaba extasiado, alguno asustado, alguno preguntó dónde estaba su arco. Por suerte Moacir y Cauê se hicieron cargo de la situación y empezaron una miniconferencia, demostrándole a Antônio haber comprendido muy bien diversos aspectos aeronáuticos que él mismo habría tenido mucha dificultad en contar en la Lengua. El momento estaba cargado de magia: dos indios estaban explicando en una lengua densa de gestos, trinos y chillidos todo lo que sabían sobre los aviones a una platea compuesta por un grupo de no contactados que acababan de dejar su aldea por primera vez. Los otros viajeros, los guardias y los empleados hacía ya horas que habían enfocado su atención en este grupo tan anómalo y ahora estaban asistiendo a una escena que habría sido de gran teatro si no fuera por el hecho de que nadie estaba actuando. Antônio, apartado, había vuelto a encontrar confianza; es más, se estaba divirtiendo de verdad, envalentonado sobre todo por el hecho de ser el único en entender todas las explicaciones y en poder contextualizarlas correctamente.

—Están explicando cómo funcionan los aviones, ¿verdad? —preguntó George, que viajaba con ellos y que se le había acercado mientras tanto.

—Hacen lo mejor que pueden —respondió sonriendo Antônio.

—Los gestos más o menos se entienden, son los sonidos los que son realmente raros.

—¿Sí? ¿Dices que se entienden? A mí me costó mucho aprenderlos, forman parte de la Lengua, ¿sabes? El mismo sonido acompañado por un gesto distinto puede querer decir algo completamente distinto.

—Sí, te creo. Pero cuando señalan el avión, cuando abren los brazos para indicar el vuelo, eso se entiende.

La dueña del gato se acercó a su vez, intrigada, y encontró el coraje para hacer la pregunta que le había quedado encerrada adentro desde hacía varias horas:

—¿Quiénes son? ¿Qué son? Antônio lo pensó unos segundos y después respondió:

—Un equipo de fútbol, señora.

—Ah, ¿son aquel equipo? ¿El del que habló la televisión?

—Creo que sí; últimamente no miré la televisión, sabe, pero creo que sí, si hablaron de un equipo pienso que podríamos ser nosotros.

—¿Pero entendí mal o van a jugar el Mundial?

—Lo vamos a intentar, señora, lo vamos a intentar.

—¿Y los muchachos son… —hizo un gesto con la mano señalando un poco a todo el grupo— aquellos de ahí?

—Sí, son aquellos de ahí. La señora pareció satisfecha con la respuesta, rumió solo un instante y se alejó. Después lo pensó mejor y volvió donde Antônio, le tomó una mano, le dijo: «Buena suerte. Me caen bien. Estoy segura de que van a tener éxito. Buena suerte de verdad», y solo entonces volvió a la butaca junto a su gato, contenta.

Cuando por fin llegó su avión y se pusieron en fila para el embarque en la brisa tórrida, Antônio se relajó: casi lo logramos, todavía un último esfuerzo.

—¿Vamos a ir de nuevo cerca del sol ahora? —preguntó Jaguarìuna a Moacir, quien quedó un poco sorprendido por la pregunta y lo pensó un rato.

—¿Sabes que pienso que el sol es mágico? Antes, desde dentro del avión lo miré y no era más grande ni tampoco más caliente. Nos acercamos pero él sigue igual, quiere decir que es mágico, ¿no? Jaguarìuna hizo el gesto que significa «no lo sé», mientras Antônio pasaba a contarlos por segunda vez.

—¿Hay algo que no anda, Antônio? —preguntó George.

—Me falta uno —dijo Antônio perplejo—; estoy recontando porque no estoy seguro.

—Si quieres te ayudo.

—Sí, gracias. Y así, después de todas aquellas horas de espera, tuvieron que contar y recontar tres veces para llegar juntos a la conclusión de que sí, efectivamente faltaba uno.

Encontraron a Icicaribá encerrado en uno de los baños, sentado con la espalda contra uno de los tabiques, los ojos surcados de lágrimas —hecho raro entre los adultos de la aldea.

—Tenemos que ir, Icicaribá, tenemos que ir a jugar a la pelota. Icicaribá miró a Antônio con una mirada vacía y tardó un rato en captar sus palabras.

—Antônio… —Había algo que quería decir pero que no conseguía expresar; hacía amplios gestos con las manos como para señalar algo—: Antônio… —Después por fin consiguió enfocar lo que quería saber—: ¿Adonde estamos yendo hay árboles? Antônio lo ayudó a levantarse, le pasó el brazo alrededor de los hombros y lo acompañó lentamente hacia la puerta.

—No hay muchos, pero hay muchas otras cosas que nos pueden proteger. ¿Piensas que puedes lograrlo? Icicaribá caminaba lentamente y con la cabeza baja, pensando intensamente.

—¿Nos protegen? ¿Consiguen protegernos?

—Sí, te doy mi palabra.

—Entonces sí, pienso que puedo lograrlo.

4.16 Historia

¿Puede un partido no tener historia y al mismo tiempo entrar en la historia? Los espectadores presentes en el estadio Morumbi de São Paulo habrían coincidido en que sí, es posible.

El plazo último para decidir las convocatorias, como todos sabían, había sido fijado para el 11 de junio, el día anterior al comienzo del Mundial. Pero a la espera de saber si y cuándo el grupo de Antônio volvería de la selva, la máquina organizativa se había quedado en *standby* (jerga técnica para decir que nadie había hecho nada): no se había fijado una fecha para el partido que debía decidir quién iría al Mundial, ni mucho menos se habían puesto a la venta las entradas.

Ya ni siquiera una guerra conseguía seguir siendo la noticia principal durante diez días; imagínense un variopinto grupo de indios que habían vuelto a la selva dos días después de saltar a la fama nacional. La atención a corto plazo del público había sido capturada por la cuenta regresiva para el Mundial, ya en las últimas, y por la intensificación de las protestas antimundial en las grandes ciudades. Apenas el Asu Ka'a —contra las previsiones de muchos— reemergió de la selva, se buscó a toda prisa un estadio disponible, radios y televisión volvieron a machacar la noticia y en las boleterías se optó por un precio político, pero el resultado fue que al pitazo inicial el Morumbi estaba semivacío y delante de la tele había un número de espectadores típico de amistoso.

Después de diez minutos, sin embargo, las líneas telefónicas brasileñas empezaron a transportar y a repetir millones de veces el mismo mensaje: ¿estás viendo el partido? De locos, enciende la tele ya. Y una gran cantidad de habitantes del barrio acudió hacia el estadio, esperando llegar a tiempo para asistir al menos a un minuto de un acontecimiento que estaba entrando en la historia del fútbol.

En los primeros cinco minutos de juego el equipo de los indios ya le había encajado dos goles a Brasil, a los jugadores profesionales que dos días después habrían debido vestir la camiseta verdeoro en el Mundial. Claro, faltaban todas las estrellas, estos eran los suplentes de los suplentes, pero eran de todos modos jugadores de nivel internacional: el hecho de que un equipo de desconocidos los estuviera liquidando con esta facilidad era asombroso. Los indios habían apostado mucho al efecto sorpresa: se habían lanzado al ataque desde los primeros segundos de juego y habían marcado enseguida con un fenomenal tiro de lejos de Jaci. El tiempo de sacar del medio y entender qué acababa de pasar y Brasil se había comido el segundo gol, marcado por Cauê y nacido de una acción coral manejada según un esquema que ninguno de los brasileños en la cancha había visto nunca antes.

Después el Asu Ka'a había tomado aire un poco y Brasil había probado a atacar, pero muchos de aquellos indios que hasta cinco minutos antes se comportaban como delanteros ahora estaban defendiendo como si hubieran nacido en su propia área, y esto había generado ulterior confusión en los ya desconcertados brasileños. Una atajada cómoda de Moacir seguida por un contragolpe fulminante habían llevado con soltura el resultado a tres a cero para los indios a los quince minutos.

Antes del partido los dos entrenadores se habían puesto de acuerdo sobre la propuesta del míster Gonçalves de jugar el desempate a 45 minutos. Lo que había parecido una avisada elección táctica del experto míster para no desgastar a su equipo con vistas al debut mundial era ahora el clavo en el ataúd de la posibilidad de participar en el Mundial mismo. Treinta minutos no parecían suficientes para remontar el resultado y, a decir verdad, la impresión era que aunque hubieran jugado tres horas más, lo único que habría podido resultar de ello sería una victoria todavía más contundente de los indios. Y así fue: al pitazo final el resultado había subido a cuatro a cero para el Asu Ka'a, sin que Brasil hubiera vuelto a conseguir inquietar a los adversarios. Y mientras los veintidós en la cancha y todos los suplentes miraban a su alrededor atónitos, aunque por dos motivos opuestos, ya en las gra-

das empezaron a oírse los primeros y desorganizados cánticos en honor a los muchachos del Asu Ka'a.

A la orilla de la cancha el enviado especial de «Bom Dia Copa do Mundo» estaba entrevistando al míster Gonçalves; junto a ellos el Presidente de la Federación y Antônio esperaban su turno para hablar.

—No, no estoy de acuerdo —estaba explicando Gonçalves—; esta no es una derrota de Brasil, si acaso la enésima demostración de que nuestro único problema en el fútbol es que tenemos demasiado donde elegir. Antônio escuchó las palabras del míster —a quien había que reconocerle haberlo tomado con gran filosofía— pero distraídamente, ocupado como estaba en mantener a raya las emociones que le estaban dando vueltas en el cerebro. Y ocupado sobre todo en tratar de preparar en pocos segundos un discurso que no sonara demasiado engreído pero tampoco demasiado apocado: en el fondo desde hacía pocos minutos él era —de locos, tengo que repetirlo porque no consigo creerlo — el entrenador que llevaría a Brasil al Mundial. Algo sobre los indios, algo sobre Brasil, algo sobre el valor de los derrotados; no digo un discurso que quede en la historia, pero tampoco algo vergonzoso. Piensa, Antônio, piensa.

Mientras tanto el micrófono pasó al Presidente de la Federación.

—…y las justas palabras del míster Gonçalves deben guiarnos en las próximas cuatro semanas. Hoy no hay un Brasil derrotado y uno victorioso; hoy un grupo de jugadores demostró ser más merecedor que otro de representar a nuestro gran país en el Mundial y así será. Bien, lindas palabras, pensó Antônio.

—Naturalmente la lengua es un obstáculo, pero de acuerdo con el míster Gonçalves pensábamos proponerle al senhor Almeida que se sume al equipo en el rol de intérprete y, más en general, de experto en asuntos indígenas. Estamos seguros de que de este modo conseguiremos valorizar al máximo las competencias de cada uno de los protagonistas y les permitiremos a estos fantásticos muchachos representarnos de la mejor manera.

¿Eh? Todas las palabras que Antônio se había preparado se desvanecieron al instante; le pareció verlas evaporarse delante de sus ojos. Solo cuando oyó al enviado agradecerle y pasarle la línea al estudio entendió que había hablado, pero no tenía la menor idea de qué había dicho.

Capítulo 5

5.1 Reglas

Es como si te dijeran que ganaste la lotería pero después, para retirar el premio, tienes que dejar que te den un palazo en la cara. Mejor dicho, no: como si pudieras vivir en la casa más linda del mundo pero la entrada apestara y no hubiera modo de hacer desaparecer el olor. No, tampoco. La mente de Antônio, en estado de ofuscación desde hacía casi una hora, volvió a la luz aferrándose a una vieja teoría suya: las comparaciones aguantan solo hasta cierto punto, pasado el cual se vuelven rápidamente unas estupideces. ¿Pero además para qué hacerlas? Las comparaciones deberían servir para explicar algo que es difícil de comprender. Su situación era un asco, pero no era difícil de comprender.

Bueno, en el vestuario no faltaban las miradas interrogativas. Los muchachos de la segunda oleada tenían dificultad para entender qué estaba pasando: para ellos el Mundial seguía siendo aquella cosa de la que Antônio había hablado a menudo y que habían transformado en un lindo juego cuando eran niños, y Brasil era aquel lugar en el que de vez en cuando había que decir «Es para usted, Dona Gesita», la muletilla generada por Moacir. Los de la vieja guardia en cambio estaban entendiendo bien y sus reacciones oscilaban entre el estupor, la indignación y la rabia.

—¿Pero qué quiere decir exactamente que desde ahora nuestro jefe es aquel de allá y que tendremos que hacer lo que él dice?

—Quiere decir lo que quiere decir, Moacir. ¿O ya no conozco nuestra lengua? —Antônio sabía que los muchachos no tenían culpa alguna y que ser cáustico no servía de nada, pero le costaba contenerse.

—Imagino que dentro de poco el míster Gonçalves va a venir aquí con sus asistentes —continuó Antônio— y nos va a explicar qué hay que hacer ahora. A qué hotel ir, cómo entrenar, qué comer, con qué táctica jugar los próximos partidos, todo.

—¿Qué comer? —dijo Itaúna, con un estupor dirigido más que nada a suscitar la reacción de Piraí, que en cambio lo miró con un aire en parte resignado y en parte de «qué quieres de mí». La atención de Yamandé estaba en cambio toda en el aspecto futbolístico:

—¿Y con qué táctica quieres jugar? Vamos y ganamos, como hicimos siempre hasta ahora.

—Este es el Mundial, Yamandé, es muy distinto. Los adversarios son mucho, mucho más fuertes.

—¡Pero si le ganamos a Brasil 4 a 0 en un solo tiempo!

Antônio no tuvo tiempo de hacerlo razonar sobre el hecho de que aquel no era desde luego un Brasil de leyenda sino una copia pálida y apagada de él, porque ya Brejauva y Eçaí habían desplazado la conversación a otra parte.

—¿Por qué tenemos que cambiar de vivienda? ¡Donde dormimos ayer era hermosísimo!

—¡Eso! ¡Nosotros ahora somos Brasil! Brasil tiene que dormir en el lugar más lindo. Antônio sonrió al pensar que el hotelito en el que se habían alojado (el presupuesto de Rede Norte no permitía lujos excesivos) les pareciera, a ellos que tenían como único punto de comparación la *pousada* de Gesita, el máximo del lujo. No explicó nada, entenderían solos en pocas horas, pero consideró con amargura qué poco hacía falta, para algunos, para volverse campeones consentidos.

Después, como estaba previsto, se oyó golpear y en el vestuario entraron el presidente de la Federación, el míster Gonçalves y una nube de otros desconocidos, recibidos por dos o tres «Es para usted, Dona Gesita», cómplice quizá el equívoco de haber tomado esta fórmula por un saludo genérico o quizá la confusión general debida a todos aquellos repentinos diálogos en portugués. Lo cierto es que mientras Gonçalves hablaba, en su mente se había consolidado definitivamente la convicción de tener enfrente a un grupo de idiotas. Los muchachos escucharon en total silencio las palabras del presidente y del míster y la traducción de Antônio. Pero apenas la puerta se volvió a cerrar y se quedaron de nuevo solos, en el vestuario se desató el pandemónium.

—¿Esta noche tenemos que ir a dormir temprano? ¡Pero yo quería festejar!

—Yo quería ir a ver la aldea. Cuando volábamos dentro del avión vi unas chozas altísimas, quiero verlas de cerca.

—¿Y esta locura de que no nos podemos pintar?

—¿Pero de verdad? Yo pensaba que era una broma.

—Mira la cara de Antônio, no me parece que esté bromeando.

—Pero yo todavía no entendí quién dijo que tenemos que hacer lo que dice aquel de allá y no podemos hacer como nos parece.

—Es este mundo el que está hecho así —cortó por lo sano Cauê—; entendí que ellos las llaman reglas. A mí me parecen todos tontos.

El celular del equipo sonó. Moacir se lo pasó a Antônio, que lo tomó todavía de peor gana que de costumbre. Antes de que consiguiera responder, la puerta del vestuario se volvió a abrir y reapareció la cara de Gonçalves, con esa maldita sonrisita suya, junto con aquel otro joven que estaba siempre con él y del que no se entendía si parecía más resignado o más obsequioso.

—Almeida, mejor dicho: Antônio. ¿Puedo llamarlo Antônio? Estamos en el mismo equipo ahora. ¿Puede decirles a mis jugadores que todavía no pueden dejar el estadio? Querría llevarlos al hotel cuanto antes pero lamentablemente hay toda una serie de trámites burocráticos que despachar. Convocamos a toda prisa al director del registro civil central de São Paulo, va a estar aquí lo antes posible. Gracias. Antônio miró fijo la puerta que acababa de cerrarse a espaldas de Gonçalves. ¿MIS jugadores?

Después el teléfono sonó de nuevo. Antônio lo miró casi sin verlo, lo sopesó en la mano y después lo arrojó contra la pared con toda la fuerza que tenía.

Del otro lado de la puerta, la sonrisita de Gonçalves se intensificó.

—¿Oíste ese ruido, Thiago? Parece que Almeida y yo tenemos al menos una cosa en común.

5.2 Confianza

—Antes no contestaba, ahora dice que está desconectado —dijo Isabel dejando el teléfono.

—Ha de tener sus propios líos en este momento. Vuelve a probar más tarde —le dijo Robert, sentado en el sofá mirando las notas en la tele, atestadas de comentaristas todavía incrédulos por lo que acababa de pasar.

—Sí, voy a volver a probar más tarde. Qué injusticia, sin embargo. Qué tremenda injusticia quitarle el rol de entrenador. Pobre Antônio, cuando lo entrevistaron parecía en trance. A mi modo de ver no le habían dicho nada y lo descubrió ahí de golpe.

—En cambio acabas de resolver el problema del financiamiento de la Fundación.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, por más absurdo que suene, el Asu Ka'a Futebol acaba de ganarse el derecho de ir al Mundial. No sé exactamente cuánto dinero les va a corresponder, pero se habla sin duda de cifras grandes. Casi casi lamento no hacerles desembolsar algún dinerito a mis jefes; tenía más que media idea de proponerles un patrocinio…

Isabel abrió el navegador en su teléfono e hizo una búsqueda rápida:

—Tienes razón. Así de golpe no encontré lo de Brasil, pero aquí dice que a los equipos clasificados les corresponden alrededor de seis millones de dólares. ¡Caramba! Es realmente una linda cantidad de dinero. No sé si van a la Federación o directamente a los jugadores, pero seguramente a ellos les va a tocar una buena tajada.

—O al menos eso espero —agregó enseguida.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, Antônio me contó que al principio con Rede Norte hubo problemas con el pago de los muchachos; el director había tratado incluso de no pagarles en absoluto.

—¡Qué hijo de puta!

—Pues sí. Y además seguramente va a haber problemas burocráticos, sabes, con el hecho de que estos muchachos todavía formalmente no tienen ni siquiera un documento, una partida de nacimiento, una cuenta bancaria…

—¡Prácticamente no tienen ni siquiera un nombre!

—¿En qué sentido? —En esto Isabel nunca había pensado.

—O sea, sí que lo tienen, pero sabes, la tradición de elegirse el nombre para poner en la camiseta. Es una cosa que siempre admiré en ustedes los brasileños: dice mucho sobre la actitud con la que encaran el deporte, como si fuera todavía el juego de cuando se era niño. Isabel se sintió halagada por el cumplido. Le gustaba cuando Robert, arquitecto alemán de una pieza, subrayaba alguna virtud de su Brasil; le hacía sentir presentes las raíces comunes de aquella humanidad cuyo sentido demasiado a menudo se le escapaba de las manos.

—Bueno, pero sabes, son brasileños solo en el sentido de que nacieron dentro de nuestras fronteras; dudo que conozcan esta tradición específica nuestra.

—Considerando cómo juegan a la pelota me asombraría que no la conocieran. Estoy seguro de que Almeida les habló de eso. Pero más bien, antes dijiste que no tienen ni siquiera una cuenta bancaria. ¿Pero entonces el dinero de Rede Norte cómo se lo depositaron?

—Se depositó todo en la cuenta de Antônio.

—Ah —hizo Robert. Un «ah» de significado muy claro.

—No, jajajá, ¡no pienses mal! Se giró todo hasta el último real a una cuenta que abrimos para la Fundación.

—Mmm, okey.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Qué no te convence?

Robert lo pensó unos segundos. Había entendido casi enseguida (casi) que entre Antônio e Isabel no había nada de lo que él debiera preocuparse. La pasión que Isabel ponía en los discursos que lo concernían se debía a su naturaleza tan sentimental que rozaba la retórica (y no pocas veces caía de lleno en ella), además naturalmente del interés que últimamente se le había reencendido hacia la tierra natal. Para Isabel, Antônio era solo el fuelle para soplar sobre este renovado interés. Robert lo entendía y por eso hasta aquel momento se había guardado toda perplejidad respecto de él. Pero ahora se trataba de algo que concernía a la Fundación, más que a Antônio, así que decidió hablar.

—Perdona la pregunta, pero ¿los muchachos saben de la existencia de la Fundación?

—¡Pero claro que lo saben! —respondió indignada Isabel, casi sin dejarlo terminar la pregunta. Pero Robert no se dejó intimidar.

—Me expresé mal, perdona. Lo que quiero decir es que unos jóvenes indios que vivieron toda la vida en la Selva Amazónica y que salieron de ella solo hace tres meses… Eso, me parece raro que tengan toda esta conciencia de su situación. No es que en la selva esté la Gaceta de la Amazonia informándolos del problema de la deforestación o de la condición de los indios en el Brasil de hoy.

—¿Y entonces? —preguntó Isabel, con un tono al mismo tiempo defensivo y agresivo.

—Y entonces me llama la atención que decidan invertir su primer dinero en la solución de un problema que probablemente hasta hace tres meses no sabían que tenían.

Antes de que Isabel pudiera decir algo, Robert prosiguió:

—Es más, ahora que lo pienso me llama todavía más la atención que tengan claro el concepto de dinero. En particular que tengan bien claro el concepto de cantidad de dinero. Que, suponiendo que sepan contar, comprendan concretamente, y subrayo concretamente, cuál es la diferencia entre tres mil reales y trescientos mil. La cara de Isabel no prometía nada bueno. Robert levantó las manos y se sintió en el deber de aclarar ulteriormente su pensamiento.

—Escucha, no quiero insinuar nada. Te lo juro. Yo tampoco sé bien qué quería decir. Estoy seguro de que esta iniciativa de ustedes, esta iniciativa tuya, es lo mejor para ellos. Que sea… pero lo acabamos de leer, ¿no? Leímos que ahora les va a llegar un montón de dinero. Después, si avanzan en

el Mundial —y acaban de mostrar que tienen la capacidad de hacerlo—, va a llegar todavía más. Y estoy seguro al cien por cien de que en las principales agencias publicitarias del mundo en este momento se están frotando las manos. Si por casualidad pasado mañana le ganan a Croacia, ¿crees que no van a llegar los representantes de medio mundo a tratar de ponerlos bajo contrato? Y estoy hablando solo de la gente honesta. ¿Sabes cuántos tiburones ahí afuera se están limando los dientes ante el pensamiento de veintitrés muchachos que no tienen ni siquiera el concepto de dinero y que de repente se volvieron ricos?

Isabel se puso de pie, se acomodó el pelo y se dirigió a la ventana de la oficina de Robert. Se estaba preocupando sobre todo por ella, entendió. Le vinieron a la mente los versos de Hamlet: «No pidas ni des prestado a nadie; pues el prestar hace perder a un tiempo el dinero y el amigo, y el tomar prestado embota el filo de la economía». Pero lo que Robert no tenía, o tenía e ignoraba, era su instinto. Ella sabía, sentía como una voz que le hablaba a su corazón de mujer y de brasileña, que aquella era la cosa justa que había que hacer. Sentía que proteger la aldea, defender aquel pedacito incontaminado de selva, era el mejor modo de tutelar a aquellos muchachos y su mundo, su ambiente, sus familias, justamente de los tiburones de los que hablaba Robert. Pero no podía hablarle de eso: el instinto no era un argumento para Robert.

—Confía en mí —se limitó a decir después de un largo silencio—, sé lo que hago.

Robert tomó aquellas palabras como la señal de que sería el momento de desplazar la conversación a otro tema. Pero antes no había conseguido expresar cabalmente un concepto, y aclarar su pensamiento era una exigencia superior.

—Eso, esto era precisamente lo que me dejaba perplejo: proteger su selva es lo justo. Pero proteger a alguien de un peligro del que no tiene plena conciencia es una cosa que hacen los padres con los hijos. Estos son hombres. Hombres que vienen de una situación particular, pero hombres. ¿Estamos, están seguros de que no deseen despilfarrar todos sus haberes en mujeres y motores como sus colegas de las otras selecciones? Por más que seguramente sería una lástima, sería pleno derecho suyo hacerlo si esa fuera su voluntad. Es esto lo que quería invitarte, invitarlos a hacer: asegurarse de su voluntad. La de ellos, no la de ustedes, por bienintencionada que sea.

—Tienes razón. Estoy segura de que Antônio se lo va a preguntar o ya se lo habrá preguntado, y para ir a lo seguro se lo voy a preguntar yo también. Pero tienes razón también en que son hombres y no niños. Estoy segurísima de que ya entendieron muy bien solos que de ahora en adelante habrá poco para bromear.

5.3 Paolorossi

—¿Pero cómo que Paolorossi? ¿Pero este idiota encima me está jodiendo? El cumplimiento de las formalidades burocráticas, gracias a la ayuda del director del registro civil de São Paulo, César Azevedo, había salido redondo. Sorprendentemente redondo. Por lo visto ya había un procedimiento estándar para dotar de documento de identidad y ciudadanía brasileña a los indios salidos de la selva. Antônio había notado para sus adentros que nunca había hecho tan poco esfuerzo por un trámite burocrático en su vida, y nada le quitaría de la cabeza la idea de que todo eso se debía exclusivamente a su nuevo estatus de futbolistas de la Seleção. Por un instante le había parecido incluso que Azevedo y el asistente de Gonçalves se conocían, pero cualquiera que fuese el motivo de aquel procedimiento sin tropiezos, a caballo regalado no se le miran los dientes.

Pero después había llegado el momento de la burocracia futbolística: asignar los números de camiseta e indicar el nombre que cada uno de ellos llevaría en la espalda durante el mes siguiente. Ahí Antônio había descubierto que el trabajo de intérprete podía ser fatigosísimo. Sí, hacía más de tres meses que traducía del portugués a la Lengua y viceversa, pero ahora era muy distinto. Aparte del hecho de que acabar de firmar un contrato cambiaba toda la dinámica, y de que las personas para las que traducir antes eran siete y ahora veintitrés, la cosa que más lo ponía en dificultades era traducir atenuando o censurando del todo los insultos que Gonçalves y los muchachos se intercambiaban sin que el uno se enterara del otro.

—Dice que quiere saber si hablas en serio o le estás tomando el pelo.

—Claro que hablo en serio, no soy un payaso como él.

—Dice que habla en serio.

Después de una serie de idas y venidas había quedado claro que Yamandé sería inflexible. Gracias a Antônio conocía perfectamente la tradición brasileña de usar apodos en vez de nombres, y también gracias a Antônio conocía la historia de Paolo Rossi, que reincorporado después de una larga ausencia pocos días antes del comienzo del Mundial de 1982 había arrastrado luego a Italia al triunfo: Yamandé esperaba que tomar su nombre fuera de buen augurio.

—Este engreído ya se ve campeón del mundo, ¿eh? Quiere recorrer de nuevo la historia de Paolo Rossi, ¿eh? Y entonces recorrámosla toda: en los primeros tres partidos Paolo Rossi jugó malísimo, así que, como nosotros somos vivos y ya sabemos todo por anticipado, pasado mañana tú, mi lindo jovencito, te vas al banco. Apenas Antônio terminó de traducir la decisión de Gonçalves, en el vestuario se heló el ambiente. Se le lanzaron numerosas miradas de desafío, pero Gonçalves sostuvo la mirada de todos, y cuando preguntó si algún otro tenía alguna linda idea para el nombre que poner en la camiseta, durante unos segundos nadie respondió y muchos ojos se bajaron hacia el piso del vestuario.

Después Jaci se levantó y dijo:

—Yo en la camiseta querría escribir Marcos. Estoy seguro de que le va a gustar. Antônio buscó en su archivo mental de grandes campeones del deporte quién era este Marcos, y después recordó a los chiquillos de las *baixadas* con los que Jaci jugaba a la pelota y a aquel nenito que pateaba bien los penales. Le explicó la cosa a Gonçalves, que no tuvo nada que objetar, y esto devolvió un poco de serenidad al vestuario.

—¿Alguien más?

—¿Alguien más? Cauê notó una armonía restablecida y levantó el brazo para volver a agitar las aguas:

—Yo querría escribir Yaia. Es gracias a ella que estamos aquí. Y además es muy linda. Antônio se dirigió, apenado, a Gonçalves:

—Quiere llamarse Yaia.

—¿Y por qué?

—No entendí.

—…¿Pero está bromeando?

—Esperemos.

—Dios mío. Ayúdanos tú.

—Cauê, ¿pero hablas en serio? Cauê respondió, con una mirada elocuente:

—¿Pero según tú realmente me quiero poner un nombre de mujer en la camiseta?

5.4 Barreras

Moacir
Marcos
Piata

Ubirajara
Itaúna
Tainì

Ubiratan
Jaguarìuna
Icicaribá

Cauê
Piraí

—No había entendido que tendríamos que jugar contra los ancianos.

—No son ancianos, son todos mucho más jóvenes que Antônio.

—Son ancianos. Algunos tienen incluso esos pelos en el mentón, como Antônio. Y además qué tiene que ver, son más jóvenes que Antônio pero Antônio es muy anciano: si lo piensan es como si hubiera vivido dos vidas y en la primera ya era anciano.

—De todos modos Antônio dijo que los respetáramos porque estos…

—¿Ancianos?

—…jugadores son todos muy fuertes y juegan todos en la Europa, que es un lugar muy viejo y lejano.

Antônio tenía los ojos cerrados bajo el sol de la tarde. La charla que venía de los muchachos sentados en el banco a pocos metros de él, parlanchines como comadres, lo distraía agradablemente de cierta ansiedad: no se sentía muy tranquilo a causa de las polémicas que habían continuado hasta cinco segundos antes de dejar el vestuario.

—Quién sabe cómo es esta Europa, ¿eh? Y quién sabe cómo es este lugar, Croacia…

—Cuánta gente hay, ¿vendrán todos de la misma aldea?

—No.

—Sí.

—Se dice ciudad.

—Quizá los blancos y rojos vienen todos de la misma ciudad. Son poquísimos.

—No son poquísimos, son muchos más que nosotros, digo que nosotros en la aldea.

—Quizá Croacia es una aldea muy grande.

—Se dice ciudad.

—¡Silencio, silencio, empieza una música!

—¿Qué música es?

—Es el canto de las fiestas de Croacia, no me acuerdo cómo se dice en portugués…

—Algo nacional, como «sonido nacional», «canto nacional»…

—Himno —susurró Yamandé—, himno nacional.

—Ah, cierto.

—Cierto.

—Eso.

—Ahora le toca al de Brasil, ¿ustedes se acuerdan de él?

—Antônio lo había cantado de vez en cuando.

—Yo no me acuerdo.

—Cállense que empieza.

—¡Cállense!

De pie, Antônio cantaba un poco inseguro el himno nacional. Inseguro porque no se acordaba bien de todas las palabras, porque estaba arrasado por la emoción del acontecimiento, de un estadio lleno de gente que cantaba con él el himno de apertura del Mundial, y también porque se daba cuenta de que sus muchachos eran los únicos que no sabían las palabras del himno, salvo Piraí y Cauê, que de algún modo se acordaban de alguna, y esta escena en la televisión no sería una linda publicidad para ellos.

—Cantaban todos, fue muy lindo.

—Me tiemblan las piernas de la emoción, creo que es porque no nos pintamos el cuerpo.

—Yo también sin el cuerpo pintado me siento vacío, débil.

—Sí.

—Yo también.

—Moacir se pintó.

—¿Se pintó? ¿De verdad?

—Sí, no en la cara pero sí en el cuerpo y en los brazos. Con uno de esos marcadores de Antônio. Él tiene que llevar la ropa que lo cubre todo, dijo que nadie se va a dar cuenta. Ha de haber aprovechado la trifulca del vestuario, pensó Antônio, no me había dado cuenta de que lo hubiera hecho. Los muchachos habían sido alineados por el míster Gonçalves con un clásico 4-4-2 pero, a pesar del empeño de Antônio por traducir lo mejor posible sus indicaciones, más de un gruñido y más de una queja habían brotado de los jugadores.

—No se juega así —habían protestado—, ¡este no es el juego de la pelota! Antônio no se había sentido capaz de transmitirle fielmente este tipo de argumentos al entrenador de la selección más laureada de la historia, y se había limitado a decirles a sus muchachos que también con esta disposición en la cancha tendrían que dar lo mejor de sí mismos.

—¿A ustedes no les molestan estos zapatos con dientes?

—Tapones —corrigió Yamandé.

—Mucho.

—A mí no mucho, pero me da lástima haberme caído cuando nos pararon antes de entrar a la cancha.

—Se resbalaba.

—Mucho.

—Yo también casi me caigo.

—Alguno de Croacia se puso a reír.

—¡No lo vi!

—Es porque no nos pintamos.

—Tienes razón.

—Es verdad.

Eran graciosos de ver, bien cerrados en sus sudaderas y con las capuchas tiradas hasta los ojos: por primera vez estaban experimentando una temperatura inferior a veinticinco grados y habían tenido que aceptar la explicación de Antônio de que no, no estaban enfermos, aquello se llamaba «fresco» o, si preferían, «fríio». Y por primera vez habían entendido cuál podía ser una función sensata de la ropa. Pero mientras los muchachos del banco comentaban, los que estaban en la cancha parecían más concentrados en adecuarse a las instrucciones y en contar hasta cuatro que en jugar contra los croatas, que empezaron con un verdadero abordaje. Jaci en particular, acostumbrado a moverse muchísimo, parecía gravemente incómodo al tener que hacer de lateral puro, al tener que seguir siempre al mismo hombre, al tener que limitarse a una zona a sus ojos tan restringida de la cancha. Y quizá había sido también culpa de Antônio, que le había dicho que debía asegurarse de que los defensores fueran siempre cuatro y de que formaran siempre una línea: era más el tiempo que pasaba llamando y contando y alineando y recontando que jugando. A los cinco del primer tiempo Gonçalves ya estaba de pie, morado, vociferando insultos que Antônio desde el banco —a él no le estaba permitido levantarse (y técnicamente tampoco hablarles a los jugadores, salvo la exigencia de tradu-

cir)— trataba como podía de transmitir. Desde aquel momento en adelante la muletilla «¡IDIOTA-SIDIOTASIDIOTAS!» haría cada pocos minutos de fondo del primer tiempo.

—Estos están pegándoles a los nuestros.

—Y el árbitro no cobra nunca.

—Eso, mira, otra patada a Tainì.

—Esta fue fuerte.

—Cuando Tainì pone esa cara quiere decir que siente mucho dolor.

—¡Y sin embargo mira cómo corre!

—¡Bravo, Tainì!

—¡Vamos!

—¡Un codazo!

—¡Ubiratan!

—¡Pierde sangre!

—El árbitro le hace gestos de salir.

—Sí —intervino Antônio—, hay que hacerle parar la sangre, si no no puede jugar.

—¿De verdad?

—¿Y por qué?

—Sí, ¿por qué?

—Antônio… —preguntó confundido Ubiratan mientras le curaban la nariz—: ¿Cómo hacemos? ¡Nos pegan y el árbitro no cobra!

—No están concentrados; también durante la gira alguno entró duro pero nunca se habían quejado.

—Hoy es distinto.

—Sí, eso lo veo.

A los diez del primer tiempo una acción croata se desarrolló a lo largo de la línea lateral izquierda. Piata resbaló cerca de la línea de mitad de cancha (todavía no se había adaptado del todo a tener que llevar los zapatos) y dejó filtrar un pase hacia Kovadric que, casi sobre la línea de fondo, largó un centro tensísimo. Jaci estaba convergiendo hacia el centro tratando de cubrir a dos delanteros que se habían desmarcado prontamente. La pelota, que se había metido en una selva de piernas y había sido tocada y desviada por compañeros y adversarios, le salió delante de los pies y él, que no tenía modo de detener su carrera, la golpeó y la mandó al fondo de su propia red.

—¡No!

—¡Cómo hizo!

—¡No la vio pasar!

—¡Uno a cero!

—¡Para ellos!

—¡No! Un silencio irreal bajó sobre el estadio de São Paulo y sobre la nación entera. Los pocos miles de croatas presentes en las gradas estallaron en una alegría inesperada e incontenible. Gonçalves se desplomó en el banco con una mirada torva, Jaci gesticuló y gritó en su propia lengua quién sabe qué. Antônio miró a sus jugadores desorientados, en la cancha y en el banco: lo que estaba pasando no era justo, sus muchachos podían jugar mucho mejor que eso. La situación en la que se encontraba no le daba casi ningún espacio de maniobra, pero tenía que hacer algo. El juego se reanudó con una Croacia más cauta y esto le permitió a Brasil respirar y a Gonçalves calmarse.

—Una manada de idiotas —le susurró a Antônio con un gruñido contenido—, vinimos a jugar el Mundial con una manada de idiotas.

—¿Qué dice el míster?

—Sigue repitiendo siempre la misma palabra.

—¿Qué significa? Fue en aquel momento cuando Antônio entendió qué hacer. Es una idea loca pero podría funcionar, pensó. Solo tengo que esperar el momento justo.

—¿Viste que son ancianos? ¡Te lo había dicho!

—Ya no están jugando, nos esperan a mitad de cancha para pegarnos.

—Ya no corren como antes.

—Están cansados.

—Sí, porque son ancianos. De hecho, a pesar del comienzo confuso se había llegado hasta el minuto veinticinco sin ulteriores grandes sustos: Jaci parecía haber decidido ignorar las disposiciones que le habían impartido y empezar a jugar más adelantado, y cuanto más pasaba el tiempo más coraje tomaba, ya conseguía llegar al centro con regularidad y estar de todos modos presente en cobertura. El primero en seguir su ejemplo fue Cauê que, harto de quedarse allá adelante aislado, empezó a volver a recuperar pelotas. Y dos jugadores de Antônio por la banda izquierda eran más que suficientes para armar una «flecha envenenada». A los veintinueve, la enésima arrancada de Jaci indujo al entrenador croata, preocupado por su evidente frescura física, a desplazar el centro de gravedad del equipo hacia él. Esto le dio a Cauê más espacio del que le hacía falta: un pase preciso, un pique repentino y la flecha salió derecha e inatajable hacia abajo, junto al palo izquierdo del altísimo pero lento arquero croata. La fiesta estalló. El público brasileño, que después del gol recibido parecía en shock, recuperó de golpe el aliento y un grito liberador sacudió los cimientos mismos del estadio. El banco se puso de pie de un salto y los muchachos empezaron a festejar a su manera, mientras Antônio, concentradísimo, no dejó escapar la ocasión. Tomó aparte a Ubiratan y a Piraí y en un minuto, fingiendo traducir las indicaciones de Gonçalves, les impartió todas las disposiciones que pudo.

Cuando el juego se reanudó los muchachos ya no seguían el 4-4-2, aunque Gonçalves no pareció darse cuenta.

—Así está mejor.

—Sí.

—Se puede hacer el jaguar silencioso.

—Y otra flecha envenenada.

—Y allá hay espacio también para un arco demasiado tenso.

—¡Bravo, Ubiratan! ¡Se dio cuenta él también!

—¡Sí!

A los cuarenta el volante croata Modolic tomó la pelota a mitad de cancha y con un pique sorpresivo llegó hasta la tres cuartos, donde fue trabado por Jaguarìuna y terminó en el suelo.

—Se tiró.

—No es falta.

—¿El árbitro cobró?

—¡Pero no era falta!

—Son ancianos, se caen más fácilmente.

—¡Pero no se cayó, se tiró! Los jugadores brasileños se miraban entre ellos incrédulos sin saber bien qué hacer. Para complicar las cosas, Moacir estaba gritando que no pusieran la barrera y que dejaran libre la vista de la pelota. Los propios jugadores croatas no creían lo que veían.

—¿Qué está diciendo el idiota de la portería? —preguntó Gonçalves sabiendo ya la respuesta. Antônio lo ignoró ostentosamente, pero ya desde el banco sus muchachos estaban gritando inútilmente:

—¡Barrera! ¡Barrera! ¡Moacir! ¡Pon una barrera! ¡Mira que estos patean fuerte casi tanto como nosotros! El tiro libre sin nadie delante salió veloz y preciso hacia la escuadra. Moacir, con todos sus reflejos casi sobrehumanos, consiguió estirarse y rozar la esfera lo justo para hacerla terminar clamorosamente en el travesaño. Fue cuestión de un centímetro. Gonçalves ya parecía la sombra de sí mismo. Estaba sentado en el banco girado sobre un costado, hablando solo y dirigiendo solo raras miradas al terreno de juego.

Durante el descanso Antônio perfeccionó su idea. En vez de traducir diligentemente las palabras de fuego de Gonçalves, se inventó una reconsideración del míster y les dio a los muchachos indicaciones sobre cómo disponerse en la cancha de manera mucho más parecida a aquella a la que estaban acostumbrados, aprovechando también la sustitución de Tainì, todavía dolorido por el golpe recibido al comienzo del partido, por Brejauva.

El segundo tiempo empezó con una incursión de Piraí por la derecha: saltados dos hombres se metió en el área, donde Lovruka consiguió quitarle la pelota con una intervención desesperada en barrida

una centésima de segundo antes del tiro. Intervención regularísima, aunque Piraí, arrastrado por el impulso, rodó espectacularmente por el suelo. El árbitro sin embargo no tuvo dudas: cobró penal a favor de Brasil. Los muchachos de Antônio habían jugado todo el primer tiempo con una actitud muy apocada tanto frente a los adversarios como frente a las decisiones arbitrales, que a veces habían sufrido sin entender su significado. Pero en el segundo tiempo algo había cambiado. Se precipitaron en masa hacia el árbitro protestando vigorosamente, y a pesar de la incomunicación pronto quedó clara para los espectadores presentes y para los conectados en mundovisión la naturaleza de las protestas: sostenían que no era penal, que el árbitro se había equivocado porque Piraí se había caído solo; gritaban: «¡No penal! ¡No, no!». Cauê gritó también: «¡Injusto! ¡Injusto!». El público en fiesta no entendía qué estaba pasando, ni lo entendía Gonçalves, disparado de pie al pitazo del árbitro. Árbitro que, tomado completamente por sorpresa por una situación probablemente nunca ocurrida antes en una cancha de fútbol, reaccionó por instinto amonestando a Piata y expulsando a Icicaribá, cuyas protestas eran particularmente encendidas, antes de consultarse con el juez de línea y con el cuarto árbitro: el penal había que ejecutarlo en cualquier caso.

Fue Cauê el que se encargó del tiro, mientras un estadio y un planeta entero se interrogaban sobre sus intenciones. Gonçalves, de pie, ya gritaba solamente vocales sin ninguna otra articulación, mientras Cauê, con ojos llameantes, ni siquiera tomó carrera y le apoyó lentamente la pelota al arquero, que la atajó frenándola con un pie y mandándola enseguida al lateral. El público contuvo el aliento largamente, Cauê no se movió: los croatas, los brasileños, nadie osaba respirar; el propio Gonçalves quedó petrificado. Hasta que desde un sector de las gradas, en el anillo más alto, un chiquillo empezó a aplaudir rompiendo el encantamiento y provocando una reacción en cadena que provocó el aplauso más largo que se recordara en el estadio de São Paulo. El propio Gonçalves se sorprendió aplaudiendo, y un minuto después las agencias de prensa de todo el mundo convertirían este acontecimiento en el más popular en absoluto de toda la historia del fútbol.

La victoria finalmente conquistada por 3 a 1 por los muchachos de Antônio, la felicidad de Yamandé, que jugó los últimos diez minutos y pegó incluso un doble palo con un solo tiro (Gonçalves habría jurado que lo había hecho a propósito), y los festejos siguientes pasaron casi a segundo plano. Símbolo del partido y quizá del Mundial entero se habían vuelto ya los ojos llameantes de Cauê.

5.5 Opispo

Opispo no era hombre de guardar rencor. Guardar rencor hace perder tiempo y ofusca la mente; él era más de la rapidez de piernas y de pensamiento. Si hubiera mirado atrás, pero no era hombre de mirar atrás, el hecho de que el descubrimiento mediático de los muchachos de Almeida se le atribuyera a Rede Norte y no a su Gazeta habría podido molestarlo. Pero Opispo era hombre convencido de que el éxito sonríe a quien mira adelante. Solo mirando adelante un diario con los medios limitados como el suyo podía llegar primero, sobre todo ahora que los indios se estaban volviendo realmente famosos y estaban entrando en juego los pesos pesados de la información. Mirando adelante había visto en qué se convertirían, desde el punto de vista mediático, si conseguían clasificarse para el Mundial: y como tantas otras veces había acertado, se repetía complacido.

Pero a veces para mirar adelante hay que mirar mucho más atrás: por eso había ido a Monte Dourado, en busca de información sobre el origen del equipo del Asu Ka'a Futebol. Las tribus de indios no contactados en general eran material interesante; estos además estaban rodeados por ese halo de misterio que siempre le hace bien a una linda historia: ser el primero en revelar el lugar exacto de su procedencia habría sido un golpe maestro. La idea inicial había sido la de seguirlos a escondidas hasta la aldea —periodismo de investigación, siempre había sido su fuerte—, pero pronto lo había pensado mejor: demasiado peligroso, puede haber jaguares, bichos venenosos, tribus de caníbales y quién sabe qué más. Así que había decidido ejercer sus capacidades investigativas sobre un terreno más confortable y se había quedado dando vueltas entre Monte Dourado y Laranjal en busca de alguna pista. Pero ahí ya había demasiada competencia; para encontrar una historia realmente original había que mirar todavía más adelante, más atrás, más a fondo, más a la derecha, más al costado. Había que ofrecer cervezas, hablar y hacer hablar y escuchar, sobre todo escuchar: el mandamiento de todo verdadero periodista de asalto.

Quizá en realidad era esto lo que lo distinguía de los demás, pensaba: no la rapidez de piernas, que tampoco era desdeñable, sino al contrario la paciencia. Los otros llegaban con la historia preparada de antemano y buscaban solo noticias que la sostuvieran. Él no, él tenía la paciencia de esperar a que el contacto justo, y sobre todo la idea justa, se le presentara. Y hablando y rehablando, ahora se le había presentado. Quizá se convertiría en el hombre más odiado de la nación: justo ahora que Brasil parecía haber encontrado una Seleção de ensueño, romper el sueño de un país entero podía ser arriesgado. Pero a una linda idea un verdadero periodista no renuncia.

Por este motivo se encontraba ahora en Santarém, con la esperanza de hablar con aquel que lo ayudaría a mirar atrás en el punto justo. Mientras tanto, ¿por qué no mirar adelante y disfrutar de las gracias de esta señorita con aproximado disfraz de anaconda que se contonea tan hábilmente justo aquí a pocos pasos? Terminado de admirarla, le hizo señas de acercarse y le preguntó:

—Querida, ¡eres buenísima! ¿Nunca pensaste en hacer cine? Yo tengo muchos contactos, puedo poner una buena palabra. Pero ya que estamos, tesoro, ¿por casualidad conoces a un tal Pepè? Es representante de lencería, me dicen… ¿Qué es el genio? Es intuición, tenacidad, una pizca de suerte. Es tener una idea ganadora y tener la capacidad de llegar adonde nadie había llegado antes. La aldea india de aquel Almeida, ¿dónde queda? En la selva, de acuerdo, ¿pero alguien se preguntó dónde queda realmente? Porque, digámoslo, las fronteras en la selva no son tan precisas. Un momento estás en Brasil y al momento siguiente, sin darte cuenta, resulta que estás en Surinam. No es que haya guardias de frontera en lo espeso de la selva.

—¿Lencería? De esas cosas se ocupa mi padrastro, sabe, es él el que me compra la ropa que me pongo encima, tiene buen gusto, ¿no le parece? Si quiere esperar hasta el cierre del local me va a venir a buscar, quizá se lo pregunte a él. Así le habla también de eso del cine. Tenacidad y suerte.

¿Y si la aldea de aquel Almeida estuviera en Surinam? ¿Quién, si no un reportero de los de verdad, de los que hoy ya no hay, podría descubrir una verdad tan candente?

En las dos horas pasadas sudando y bebiendo cerveza barata, Opispo había puesto sobre el papel una gran cantidad de apuntes, el borrador de lo que sería el mayor artículo de su vida. No necesitaba confirmaciones, aunque estaba seguro de que las tendría, ah sí. Este Pepè confirmaría todo, estaba seguro, el olfato del periodista no engaña.

—¿Pepè? ¿Pepè? Ese viejo borracho, claro que lo conozco. Pero más que a los encajes de la lencería, ese está pegado a la botella de la mañana a la noche, hágame caso. El padrastro de la muchacha era un tipo bajito y regordete, lleno de tatuajes y cicatrices, no un tipo que uno se encuentre con gusto después del anochecer.

—¿Su aventura en la selva? ¡Ese loco cuenta cada mentira! Claro que me contó de su aventura en la selva, ¿cuál quiere oír? ¿La del caimán que mató con las manos desnudas? ¿La de la tribu de solo mujeres que lo raptó durante una semana? ¿La de la estatua de dos metros de oro macizo que no volvió a encontrar?

—No, la verdad que no, quizá en otra ocasión —Opispo reflexionó un instante—, querría oír la del turista de Macapá que perdió de vista en la frontera con Surinam. El hombre soltó una risa seca indistinguible del sonido de un *urubu*:

—Esa me falta, pero estoy seguro de que con la dosis justa de reales puede tener una confesión firmada suya, si la necesita.

—¡Jajajá, me lo imaginaba, querido mío, conozco al tipo! Le dio al hombre un codazo sociable; le gustaba instalar una atmósfera amistosa.

—¿Pero dónde lo puedo encontrar?

—Y quién sabe, quizá esté vendiendo calzones río arriba o esté paseando a algún incauto por alguna perdida pista del Pará. Por cada diez viajes que se inventa uno lo hace de verdad. Pero quédese tranquilo que tarde o temprano va a volver por acá. El hombre —no tan amistoso, después de todo— volvió a subir al auto y arrancó, cerrando la ventanilla sobre las protestas de la muchacha, que sostenía que tenía que hablar de cine. Opispo los miró alejarse entre dos alas de polvo en una noche muy negra.

Repasó mentalmente su nota. Era como si ya la viera escrita, una nota demoledora, de las que cambian una carrera, sí. Pero lamentablemente los lectores, por más dispuestos que estuvieran a tragarse de todo, necesitaban un digestivo de acompañamiento: un video, una imagen, algo que a sus ojos pudiera usarse para decir «Es seguramente así, ¡vi la foto!». Dios, qué montón de tontos. Vas al cine y ves a un dragón alado transformarse en un T-Rex al mando de una nave espacial, después sales y ves una foto en el diario y la tratas como las tablas de la ley, ni siquiera te viene la duda de que te estén tomando el pelo. Pero es el público y al público hay que complacerlo, muchachos: una linda foto de Pepè a bordo de su jeep habría sido perfecta. Claro, el problema era saber dónde diablos estaba ahora este Pepè y cuándo volvería. Pero por lo demás, pensándolo, si la primicia saliera hacia el final del torneo tendría una resonancia todavía mayor: «¡Los campeones brasileños en realidad son todos de Surinam!». Cosa de hacer estallar una guerra. Lo importante era lanzarla antes de que Brasil fuera eliminado, pero contra Croacia se las había arreglado de maravilla: el pase de ronda no parecía estar en discusión. Opispo volvió a pensar en las muchachas que se habían sucedido en el escenario a lo largo de la noche: todas prometedorísimas, no había una que no tuviera un futuro en el cine. Puedo esperar, decidió.

5.6 La orilla

Esto es lo que llaman mar, Jerujeru, el gran océano. Jerujeru era un grande y valiente cazador, quizá el más grande que la aldea hubiera conocido nunca, y siempre había pensado que no conocía el miedo. Pero se había equivocado. Con los pies en el agua tibia, las pequeñas olas acariciándole los tobillos, lo que sentía era un miedo profundo, que casi lo paralizaba. Toda aquella agua, toda aquella agua.

Dos muchachas pasaron de la mano por la playa; eran jóvenes, sonrientes, del color de la fruta madura. Lo miraron con una mirada socarrona: él llevaba la camiseta de paseo de la selección brasileña, ¿pero quién no llevaba algo de la selección brasileña en aquellos días? Si lo habían reconocido no lo dieron a entender, pero era improbable: los que habían salido hacía poco de la selva no eran todavía tan famosos. Jaci, Cauê, Yamandé tan parecido al campeón lesionado estaban ya en las portadas de todos los diarios, pero él, Jerujeru, él no: se podía ver su mirada perdida en la foto oficial del equipo y poco más.

Antônio te va a ayudar a superar también este miedo, ya verás, pero ahora los otros se están alejando, tienes que ir, el día de libertad está por terminar, pronto volverán al *shabono* donde entrenan todos juntos.

El sol se estaba poniendo sobre la playa de Fortaleza; los muchachos de toda la ciudad estaban convergiendo, pelota bajo el brazo, para empezar la habitual tarde de fútbol. Pocos privilegiados jugarían en las canchas dentro de las redes; la inmensa mayoría de los demás improvisaría las porterías con dos mochilas o, los más organizados, con pequeñas porterías compradas en el bazar. Jugarían toda la tarde, se crearían nuevas amistades, nacerían nuevos amores. El grupo de los compañeros de Jerujeru se había detenido delante de un puestito del que venía un perfume de asado. Un corrillo de personas estaba siguiendo en un pequeño televisor el partido Camerún–Croacia que el míster seguramente estaba grabando. Se lo propondría después una docena de veces, como había sido, inútilmente, con México–Camerún.

Grabar es como la memoria, Jerujeru, solo que sucede en la pantalla. Es más precisa que la memoria —ya las sensaciones de la selva dejada hace solo unos días se están desvaneciendo— pero más incompleta: faltan los olores, el calor, el espíritu.

Un grupo de muchachos y muchachas se estaba organizando para jugar un partidito: no era como en la aldea, en la playa las muchachas que jugaban (¡y bien!) al fútbol eran cientos, quizá miles, y la tentación de unirse a ellas era demasiado fuerte, suficiente para alejarlo de los compañeros y de la orilla, hacia la cual sentía una atracción mágica.

—¿Quieres jugar? —le preguntaron, pero Jerujeru no entendió. Tomó una pelota y empezó a dar toques con la cabeza y con las rodillas, y esto fue más que suficiente. La tarde anterior contra México había entrado a jugar solo al final, por poquísimo tiempo, cuando Ubiratan se había llevado un golpe muy fuerte y había empezado a rengar. Había mirado a los ojos a aquel demonio del arquero mexicano y le había tenido miedo, como les había pasado a todos sus compañeros. No pensaba que sufriría el miedo, no lo había conocido nunca antes de salir de la selva.

Jugar en la arena era raro, era difícil correr, saltar, golpear bien la pelota. Pero jugar de nuevo descalzo era lindo, sin aquellos terribles zapatos que lo habían hecho caer (¡de nuevo!) mientras entraba a la cancha de juego. Los mexicanos no se habían reído, tenían algo en los ojos y en el color de su piel de familiar, le habían gustado, salvo naturalmente aquel demonio del arquero. Terminar un partido cero a cero había sido sin embargo una sensación repugnante, a ninguno de ellos le había

pasado nunca antes. Muchos de sus compañeros querían seguir jugando, no creían que pudiera terminar así. El míster se había comportado de nuevo como un enfermo, aunque menos que durante el primer partido. Jerujeru sabía que del míster había que mirar los ojos e ignorar lo que hacía el resto de su cuerpo; el míster era el jefe, tenía que ser sabio aunque hiciera comportarse a su cuerpo como el de un enfermo.

La brisa de mar refrescaba el día calurosísimo; el partido en la playa se jugaba entre un equipo «con camiseta» y uno «sin camiseta». Por suerte Jerujeru se encontró con los sin camiseta; quitársela fue un verdadero alivio. Una de las muchachas que jugaba con ellos habría podido perfectamente venir de la selva, sus rasgos delataban su origen indio: Jerujeru la había mirado largamente y habría querido preguntarle por qué no se quedaba con el pecho desnudo como ellos, pero no conocía las palabras para decirlo. La tarde anterior, cuando Antônio lo había llamado para entrar a la cancha, había sentido un larguísimo escalofrío a lo largo de la espalda. Yamandé —lo había oído— ya había repetido varias veces: «Soy débil, soy débil», cuando el arquero adversario había rechazado numerosos tiros suyos que contra cualquier otro habrían entrado en la red; «no es el arquero el que es fuerte, soy yo el que todavía soy débil». El jugador que más había sufrido la presencia del demonio mexicano en la portería era sin embargo Moacir. El ágil Moacir, el veloz Moacir, parecía de repente vuelto niño. La velocidad y los reflejos extraordinarios del demonio le habían quitado las fuerzas y en más de una ocasión solo un espíritu benévolo había impedido el gol para México. Jugar con las muchachas era divertido. Razonaban de un modo distinto, eran más lentas pero más astutas, a veces no mucho más lentas. Ideaban pases difíciles de prever, defendían con una visión de la cancha poco común; a Jerujeru le recordaban un poco a Yamandé. Se distraía a menudo mirándolas, como se distraía mirando los barcos, los pájaros de metal y muchas otras cosas. Cuando tenía la pelota entre los pies, sin embargo, volvía a ser el cazador de la selva, despiadado y valiente. La pequeña portería era difícil de acertar pero él lo conseguía desde cualquier parte de la cancha. La muchacha de rasgos parecidos a los de ellos lo abrazó cuando Jerujeru consiguió marcar con un globo anguladísimo que tomó por sorpresa a todos, a los jugadores y a los espectadores, que habían crecido cada vez más en número para asistir al espectáculo de aquel extranjero que ni siquiera hablaba portugués y que jugaba al fútbol tan bien. Aplaudían todos, se estaban divirtiendo como locos. También la tarde anterior lo habían abrazado. Los jugadores mexicanos al final del partido estaban felicísimos, se abrazaban entre ellos, alguno estaba incluso en lágrimas. Cuando los compañeros habían ido hacia ellos para esta rara costumbre del intercambio de camisetas, tres o cuatro adversarios lo habían abrazado con abrazos convencidos, reales, como se abraza a un hermano vuelto de la caza, a una muchacha cerca de la cual acabas de colgar la hamaca. Son como nosotros, había pensado Jerujeru. Naturalmente son todos como nosotros, las personas dentro del estadio, las personas que viven en las ciudades. Pero ellos son más como nosotros que los otros. Había devuelto los abrazos esperando poder absorber un poco de la fuerza de aquellos hombres y le había parecido que era justamente así, se había sentido enseguida más fuerte, más convencido. El más abrazado de todos era sin embargo el arquero-demonio. Había salvado el resultado varias veces, había sido un verdadero héroe, también el público brasileño lo estaba aplaudiendo sin pausa. Jerujeru había decidido ir a abrazarlo también a él, quería absorber un poco de la fuerza del demonio, quería volverse imbatible como él. Cuando lo había alcanzado y lo había estrechado entre sus brazos había entendido, sin embargo, que el demonio se había ido: el arquero había vuelto a ser un hombre débil y tembloroso. Jerujeru había mirado a su alrededor tratando de ver adónde había volado el demonio, pero todo lo que sus ojos habían visto había sido la luz cegadora de los reflectores. Quería preguntarle a Yamandé, él veía siempre todo, pero estaba apartado hablando con Antônio de quién sabe qué, quizá estaba todavía repitiendo «Soy débil, soy débil».

Al gol del diez a cero el abrazo llegó de todos sus compañeros y compañeras. Era lindo jugar en la playa; ¿por qué no hacían el Mundial en la playa? El mundo es un lugar raro.

—¡Antônio, dile a ese idiota que si se disloca un tobillo jugando en la arena después vengo yo a rematarlo mientras está todavía en el suelo! —fue la frase que interrumpió el partido, mientras Gonçalves, acompañado por Antônio, por el cuerpo técnico y por los muchachos, se estaba acercando entre dos alas de multitud vuelta de repente reverente y silenciosa. Como por encanto todos reconocieron a Jerujeru; la misma muchacha de cara india se quedó boquiabierta mirándolo, un brazo a media altura congelado en gesto de saludo. Era Jerujeru, el desconocido que había salvado a Brasil. La tarde anterior, a dos minutos del final, desde el borde del área el temible Peraldez había largado un tiro anguladísimo. El Moacir de siempre habría llegado fácilmente, pero la tarde anterior Moacir estaba hechizado, lo habían entendido todos, también los adversarios. Jerujeru estaba volviendo hacia la defensa a toda velocidad y muchos habrían jurado que en el momento del tiro él estaba todavía fuera del área, demasiado lejos. En cambio sus piernas se habían vuelto de rayo y su pie, como la más fuerte de las raíces, había conseguido desviar justo sobre la línea de gol el tiro seguramente destinado a la red. Desde aquel momento en adelante ninguno de los dos equipos volvería a acercarse a la anotación, y pocos minutos después el partido terminaría cero a cero. Jerujeru se unió a su grupo y en aquel momento se acordó de la rara costumbre del intercambio de camisetas. Le habían explicado que la camiseta había que cambiarla con un adversario, pero él quería cambiarla justamente con la muchacha de aquella linda cara. Y mientras ella, perpleja, le daba a cambio de la suya una camiseta sin mangas amarilla comprada pocos días antes en el mercado, Jerujeru entendió qué había pasado. Había sido el demonio. Mientras hacía su entrada a la cancha había mirado fijo al arquero adversario: el demonio había abandonado al hombre de México y había salido del estadio pasando a través de él. Lo había arrastrado hacia el salvamento del gol, no había otra explicación. Tenía que hablarlo con Yamandé, tenían que estar más atentos; en aquellos dos últimos minutos el arquero adversario había vuelto a ser un hombre normal y ellos habrían podido aprovecharlo y ganar, pero no lo habían hecho: no debía pasar nunca más.

5.7 Intérprete

—Yamandé —¿o debemos quizá llamarte Paolorossi?—, grandísima actuación, felicitaciones. ¿Quieres contarnos el gol?

Ser el único hombre en el mundo capaz de hablar con algunas de las personas más populares de la tierra lo ponía en una posición única, y Antônio estaba empezando a tomarle el gusto. La noche anterior, mientras yacía con la mente dando vueltas de modo que costaba dormirse, se había dado cuenta con asombro de que el objeto de sus elucubraciones no era el partido con Camerún del día siguiente, decisivo para el pase de la primera ronda, sino la gama de posibilidades abiertas por su rol de intérprete. Lástima no haber tenido más tiempo para pensarlo, podría haber creado veintitrés personajes completamente inventados, hacerles decir todo lo que se me pasara por el cerebro, y nadie habría podido decirme nada. Que *mensajero sois*, *amigo*, *no merecéis culpa*, *no* es cosa sabida; aquello sobre lo que nunca había reflexionado hasta aquel momento era que el mensajero podía también decir lo que le pareciera y era difícil (o, en su caso, imposible) controlar si era correcto o no. Claro, si la fama de los muchachos crecía todavía más, y había toda la posibilidad de ello, tarde o temprano algún antropólogo se interesaría en ellos, estudiaría su lengua y su juego quedaría al descubierto. Pero para entonces él ya habría vuelto a la selva. Y de todos modos en realidad no es que quisiera aprovecharse para hacer quién sabe qué: tenía solo dos objetivos, el más fácil —e irresistible— de los cuales era sacarse alguna piedrita del zapato.

—Te felicita y pregunta si le cuentas el gol. Yamandé miró a Antônio con asombro:

—Vi un ángulo libre y tiré ahí pensando que el arquero no iba a llegar. ¿Qué hay para contar?

—Dice que lamenta que no hayan visto el gol, ¿quizá estaban trabajando? Pero sabe que existe la costumbre de grabarlos, dice que no se preocupen, van a conseguir verlo esta noche. El periodista continuó sin acusar el golpe.

—En conjunto, ¿qué piensas del Mundial hasta hoy? ¿Es como te lo esperabas? ¿Hay algo que te haya impactado en particular? Esta era una pregunta sensata y Antônio eligió traducir correctamente la respuesta de Yamandé; total, esta vez la ironía la había puesto directamente él.

—Dice que se está divirtiendo mucho. Una cosa que lo impacta es que basta con rozar a uno de estos hombrones para hacerlo caer al suelo en agonía. Ni siquiera cuando se rompió el fémur sintió tanto dolor como parecen sentir estos. Pero también está impresionado por su capacidad de recuperación: en poquísimo tiempo están de nuevo de pie, mientras que él tardó tres lunas en curarse. Mientras hablaban el periodista miraba a su alrededor continuamente, quizá ni siquiera estaba escuchando las respuestas, así que Antônio hizo un pequeño experimento. En la pregunta siguiente, algo sobre las perspectivas para el resto del torneo tras este excelente 4 a 1 propinado a Camerún, después de haberle traducido la pregunta a Yamandé fingió equivocarse y transmitió su incomprensible respuesta en Lengua. El periodista no pestañeó:

—Muchas gracias. ¡La línea al estudio!

El otro objetivo, mucho más complicado de alcanzar, era aprovechar la situación para dirigir al equipo a pesar de las interferencias de Gonçalves. Traducir «Basta con esta tontería de no tener posiciones» por «Jueguen libres como saben y como hicieron siempre» era simple. Pero Gonçalves no era un cretino y, aunque abiertamente todavía no le había dicho nada, había intuido claramente qué estaba pasando. Pero, siempre por el hecho de no ser un cretino, ya la excelente actuación vista en el segundo tiempo del partido con Croacia lo había convencido de ponerle al mal tiempo buena

cara, y la conferencia de prensa siguiente de Gonçalves había sido toda un elogio del fútbol total practicado por los muchachos, puntuada por el relato falsamente modesto de cómo él y el cuerpo técnico se habían limitado a ayudarlos a adaptarse al fútbol mundial (lo cual en parte era cierto, esto Antônio debía reconocerlo).

Si interceptar y modificar en fase de traducción las disposiciones tácticas era relativamente cómodo, una empresa bastante más complicada era en cambio intervenir sobre la formación. Antônio había considerado la posibilidad de crear tensión entre Gonçalves y los jugadores que según él era mejor dejar en el banco, inventándose malas respuestas, pero después la había descartado como idea demasiado torva. Más que nada en realidad debía hacer lo opuesto: suavizar las palabras de Yamandé, y sobre todo de Cauê, que le habían tomado antipatía al míster y seguían insultándolo (Cauê, por otro lado, estaba también empezando a desarrollar, en paralelo, cierta admiración por el hecho de que Gonçalves siguiera haciéndolo jugar a pesar de los insultos). Después del partido empatado con México, Gonçalves había tenido intención de cambiar a algún jugador; en particular Yamandé no lo había convencido para nada. Antônio sin embargo sabía que para el muchacho era solo cuestión de tiempo, necesitaba seguir jugando para volver a ser lo antes posible la potencial estrella del Mundial. Piensa que te piensa, para mantenerlo en la cancha al final se había inventado una serie de leves molestias musculares para todos los demás delanteros posibles: Quicé, Piraí y Sanhaçu, para gran asombro suyo, habían sido sometidos a exámenes médicos y a sesiones extra de masajes y fisioterapia, y Yamandé había salido a la cancha contra Camerún. Cancha que después le había dado la razón.

Al primer gol de Cauê le había seguido un fortuito empate de Camerún. Pero pocos minutos después Cauê había vuelto a poner en ventaja a Brasil con una palmera inclinada, uno de los tantos esquemas estudiados a lo largo de los años con Antônio, que sorprendían tanto al público como a los adversarios. El tercer gol había venido tras un tiro libre de Jaci que se había metido justo en el ángulo. Mientras todos festejaban, Jaci se había dirigido con calma hacia la portería y con el dedo había hecho el gesto de escribir en el aire M A R C O S en el punto por el que había entrado la pelota. Quería ser un tributo a sus compañeros de juego en el *bairro* de Macapá, pero los jugadores de Camerún lo habían interpretado como un gesto de burla, y solo el haber notado que Gonçalves se lo había tomado igual de mal y parecía todavía más enojado y gritón que ellos había evitado que se desatara la pelea. El gol del cuatro a uno final lo había marcado justamente Yamandé, finalizando un arco demasiado tenso: el público del Mané Garrincha de Brasilia parecía no esperar otra cosa y setenta mil espectadores habían festejado disparando al unísono una flecha imaginaria en los últimos resplandores del crepúsculo. Una escena en la que Antônio durante años no consiguió volver a pensar sin cubrirse de una capa de piel de gallina de un metro de espesor.

5.8 Sudor

Sentada en el sofá marrón de la sala de Leticia, demasiado mullido para ser realmente cómodo, Yaia reflexionaba sobre el hecho de que desde que había pasado aquella historia de la página de Facebook, invitar a alguien a su casa se había vuelto una hazaña: las amigas preferían llevarla de paseo o invitarla a casa de ellas, para exhibirla como trofeo ante parientes y amigos. No es que a Yaia le molestara, seguramente mejor así que ser abucheada como Eduarda. Y además de este modo se conocía a tanta gente, alguno incluso interesante, aunque obviamente nadie interesante como… ¡aydiós! Yaia movió la mano a su lado para recuperar el celular, pero no lo encontró donde debería haber estado y enseguida tropezó con el muslo de Fábio, sentado cerca de ella. Se levantó de golpe para ir a controlar en el bolso: y sin embargo estoy segura de haberlo sacado… y de hecho en el bolso no está. Con una mirada rápida escaneó la sala: ¿quién podía habérselo tomado? Mis amigas a esta altura deberían haber entendido que estoy dispuesta a matar si me tocan el teléfono.

—Yaia, ¿hay algo que no anda? —le preguntó solícito Fábio, levantándose del sofá y al hacerlo corriendo ligeramente el almohadón. ¡Ahí está! Uf, solo se había resbalado entre los almohadones.

—Nada, nada, todo en orden, gracias. Le dedicó una linda sonrisa, sin reparar en cuánto lo emocionaba aquella sonrisa, ingresó el código de seguridad en el celular y, poniéndose de modo que nadie pudiera espiar adentro, abrió la aplicación de las imágenes.

—¡Eso, eso! —dijo Dani—. Empieza el programa. El conductor de «Bom Dia Copa do Mundo» saludó al público en casa y en el estudio, presentó a los invitados y después lanzó la primera nota, una entrevista de George a Yaia y Cauê, grabada la tarde anterior con la habitual traducción de Antônio. La relación privilegiada entre George y Antônio había resultado muy ventajosa para Rede Norte: de emisora semidesconocida del Brasil septentrional se había vuelto uno de los principales puntos de referencia de la televisión nacional. En particular, un acuerdo firmado por su director con Rede Globo había hecho que a George lo invitaran a menudo como panelista en el programa deportivo de la noche y que le encargaran notas a medida, como la que estaba saliendo al aire en aquel momento. El director, naturalmente, consideraba que tanta popularidad adicional sustituía perfectamente un aumento de sueldo, y bien mirado George estaba de acuerdo.

—Lindo este George, ¿eh? —dijo Leticia, dándose la vuelta hacia Yaia y guiñándole el ojo.

—¿Pero qué dices? ¡Tendrá como mínimo treinta años! —la contradijo Patricia.

—Y bueno, de vez en cuando se encuentra también algún treintañero lindo —continuó la amiga.

—Nada mal tampoco Cauê —comentó Dani.

—A mi modo de ver es un poco chico —sentenció Leticia—; lástima que lo hayan entrevistado a él y no a esos bombones increíbles de Yamandé o Moacir.

—Pero ayer hizo dos goles —se entrometió Matheus, un amigo de Fábio invitado para la ocasión —; el segundo además, usando el palo para hacer rebote, fue un gol de fábula. Y en general, hasta ahora fue el principal protagonista de la clasificación a los octavos de final. Era justo entrevistarlo a él. Matheus se había quedado callado hasta aquel momento y desde el comienzo de la noche estaba buscando un modo de decir algo y hacer notar su propia presencia. La mirada de las chicas le hizo entender que habría hecho mejor en seguir callado.

—¡Yo esperaba que después de invitarte a ver el partido en el palco de honor te invitaran también a una recepción nocturna de después del partido y que nos pudiéramos infiltrar nosotras también, todas vestidas elegantes! —suspiró Leticia.

—¡Pero no, vamos! —Yaia emergió un instante de su teléfono—. No son actores en una gala, son futbolistas concentrados. Veremos, estoy segura de que se van a acordar de mí al final del Mundial.

—Yo reitero que este Cauê tiene pinta de uno que en la cama sabe cómo hacerte divertir —insistió Dani.

—¡Shhh! ¡Tonta! Baja la voz. ¡Está mi padre allá! —la reprendió Leticia. No sabes cuánta razón tienes, querida Dani, pensó Yaia, contemplando una vez más la selfie que se había sacado la tarde anterior, algunas horas después del partido y la entrevista. Se veía solo su cara sudada, una clavícula y la cara de Cauê, igual de sudada, apretada contra la suya. Y por el rubor en sus mejillas y por el brillo en sus ojos se entendía que no estaban sudados porque acabaran de ir a correr juntos.

5.9 Cigarrillos

Teresa terminó de disponer jugos de fruta y galletas sobre una mesita cubierta con un mantel de plástico amarillo, que colocó delante de los tres sillones instalados frente al televisor. Nunca había mirado un partido de fútbol en su vida, hasta entonces, pero aquel Mundial en el que jugaban los muchachos de Antônio —y él mismo estaba en la cancha, en el banco, cómo le quedaba el uniforme — era obviamente imperdible.

Desde el primer partido había quedado entendido que ella y Saverio siguieran los encuentros juntos, ahí, en Radio Nova Amizade, pero enseguida después se había sumado también João, que encontraba más satisfacción en comentarlos con alguien que como él conociera personalmente a los protagonistas. Para los octavos de final tendría que haber estado también Luiza, pero tenía un ataque de dolor de muelas, así que João la había reemplazado en el programa «O carrossel do gossip», que iba a terminar en pocos minutos, justo a tiempo para el pitazo inicial.

Teresa encendió el ventilador, fue a buscar en el cajón del escritorio la bandera del Brasil —la más grande que habían conseguido encontrar, habían hecho una colecta en la que había participado también Rebeca, la secretaria— y la colgó con cuidado fuera del alféizar de la ventana abierta. Tiró un besito al aire ardiente del mediodía en la dirección que suponía era la de Belo Horizonte:

—¡Vamos Antônio, vamos muchachos!

Todo estaba listo.

La visión del primer partido había sido un poco confusa porque Teresa había dejado el sonido alto para escuchar el relato, pero Saverio no dejaba de pedirle detalles de los que el relator no hablaba:

—¿Cómo es la gente, qué expresión tiene, parecen contentos? ¿El árbitro es buen mozo? ¿Es gordo o flaco? ¿Qué cara puso Antônio ahora? ¿De qué color tienen los zapatos?

Ella, para contestarle, se perdía pedazos de acción y después no se orientaba más.

Por eso, desde la vez siguiente, habían encontrado el sistema, mucho más cómodo, de bajar el volumen hasta un murmullo —justo lo necesario para escuchar una aclaración en caso de que hiciera falta— y dejar que Teresa le explicara a Saverio el partido como Dios manda, como a él le gustaba.

—Ahí, ahí, ¡están entrando a la cancha! Están vestidos de amarillo, como siempre: les queda muy bien, me parece, y además es un color que da alegría, se sabe. Antônio se recortó la barba, está realmente bien. Pero me parece un poco flacucho, debe de ser estresante para él: toda esta tensión, toda esta gente, quién sabe si come bastante. Dios qué feo el árbitro, si lo vieras. Todo nariz, y bajito y ñato como si lo hubieran exprimido. Esperemos que no sea demasiado malo, tiene unos ojitos que no me gustan. Chile en cambio tiene una linda camiseta roja. Tienen unas caras simpáticas y hasta alegres, esperemos que al final del partido estén un poco más tristes. Pero esperen, subo el volumen así escuchamos los himnos que son tan lindos…

Se callaron todos: João con el mentón alto, orgulloso como si estuviera en la cancha, Saverio que balanceaba la cabeza a compás, concentradísimo, y Teresa que movía los labios siguiendo las palabras. Siempre la conmovía el himno, todos los himnos, y después ver a esos muchachos lindos, tan jóvenes, tan serios y tiesos, qué tesoros, quién sabe qué emocionados están. Se secó rápido una lágrima en el rabillo del ojo. Basta de sentimentalismos ahora, vamos, que empieza.

—Corren muchísimo, Saverio, son realmente buenos. Y tienen una manera de moverse tan linda, si supieras, enfocaron a las chicas entre el público, se los comían con los ojos a nuestros muchachos… ¡ah! ¡Cuidado Piata! Ese chiquito con el número siete lo tiene encima como una garrapata, para mí que cuando no lo enfocan le da patadas o pellizcos, cara de malo la tiene. Ahí ahora arranca Jaci, mira cómo corre, parece que tuviera seis piernas, le tira la pelota a Cauê que ¡oh! La debe de haber pateado pero ni se vio de lo rápido que fue, ¡parece que la pelota hubiera rebotado! La agarra Ubiratan que se la tira enseguida a Tainì que ya está allá adelante, cómo se llama, después de las líneas.

—¡Aydiós, offside! —se preocupó Saverio.

—¿Eh?

—No, no —intervino João—, ¡no está en offside por un pelo!

—Esto que dijeron no lo entendí bien, después me lo explican, pero cuidado ahora, porque Piraí ya llegó ahí a la derecha, Yamandé le pasa la pelota y él de cabeza, ¡oh! ¡Oh! ¡Gol! ¡Gol, Saverio, GOL!

No habría hecho falta ni decirlo: por las ventanas abiertas había entrado un retumbo y después un grito, que rebotaba ahora como un eco de una casa a la otra y sacudía las palmeras al costado de la calle: «¡Gol! ¡Gol! ¡Gooooooool!»

Volvieron a sentarse, mientras Teresa aprovechaba para hacer circular jugo de piña y coco y Saverio y João se encendían un cigarrillo. Ánimo, que vamos bien.

Lo acababan de apagar cuando Teresa avisó agitada:

—Aydiós no entendí bien qué pasó pero ahora tiene la pelota uno de Chile, un larguirucho maleducado que dan ganas de cachetearlo, ahí se la tira a ese otro con el número 10 y el pelo cortísimo, ay cielo el entrenador de los nuestros grita algo, Antônio también grita algo pero para mí que si gritan juntos los muchachos no entienden, ves, se confundieron como, el número 10 patea fortísimo, Moacir se tira como un jaguar pero no, no, no, no llega por un pelo… ¡no! Gol para ellos. Moacir está desesperado, pobre niño, se quedó pasmado con todo ese griterío, pero yo no sé, no sé, pero cómo se hace…

La hora y media siguiente fue una agonía de empate; se terminaron los jugos de fruta y las galletas, João fumó un paquete entero y Saverio, que habitualmente era más que morigerado, le preguntó a Teresa si no tendría por ahí una botella de ron, un trago de *cachaça*, algo fuerte para soportar aquella extenuante falta de definiciones. Teresa, mortificada por no haberse equipado como correspondía, le puso el monedero en la mano a João y lo mandó a comprar ron, *pinga* y un envase grande de helado de papaya.

—Prácticamente se terminó, Saverio, el entrenador no hace más que manotear y chillar y Antônio está sentado con el mentón entre las manos, van a tener que jugar los penales, sabes, a mí me dan mucho miedo los penales.

—Miedo les van a dar a ellos también —observó Saverio—. Por lo que entendí no están para nada acostumbrados.

—No, en efecto —confirmó João—, yo también pienso que es una cosa casi del todo nueva para ellos… Pero ¡qué hace ese ahora, ayjesús…!

—¡Virgensanta Saverio, ese número 9 salió como un cohete, está demasiado cerca, no lo pararon, ahí patea, aydiós no, es gol, se acabó! ¡No! ¡No! ¡Es cosa, es viga, le pegó a la viga, no entró Saverio, no entró! ¡El ángel de la guarda miró para abajo, no entró!

—¡El travesaño, el travesaño! —gritaba João incrédulo—. ¡Increíble, es el travesaño, increíble!

—Ahí pita, se terminó el tiempo, virgensanta qué poco faltó para que perdiéramos en el último minuto, jesúsmío me vino como un golpe al corazón, estoy toda transpirada, menos mal que no viste Saverio, mira, ¡te juro!

Teresa, para prepararse para los penales, fue a hurgar en sus cajones y puso encima del televisor una estampita de Nossa Senhora do Rosário y una estatuilla de Ogum, dios del fuego y de la batalla:

—Mejor hacerse ayudar por todos, mejor que Moacir tenga todo el apoyo que se pueda, pobres muchachos qué responsabilidad, yo me moriría, mira.

Agitadísima, se encendió un cigarrillo: el último lo había fumado con las compañeras de escuela décadas antes; lo sostenía entre dos dedos y, sin aspirar, soplaba febriles bocanaditas de humo. Dios qué angustia.

5.10 Consejos

—¡Almeida! ¡Antônio! ¿Piensas que soy ciego? ¿Crees que soy un idiota?

—¿Eh? —Antônio estaba en la salita de televisión del hotel, dedicado a revisar por enésima vez las imágenes más destacadas de Colombia–Uruguay.

—No, digo, ¿me ves acaso andar por ahí con un bastón? ¿Con un perro? ¿Con anteojos oscuros?

—Disculpe Gonçalves, pero no…

Gonçalves lo frenó con un gesto de la mano y lo sopesó con la mirada:

—Quieto ahí. Negar, negar siempre, incluso la evidencia. Bien. Te respeto. Y por eso te ahorro los malabares. Sé a qué juego estás jugando.

Antônio trató de asumir la expresión más neutra posible y se limitó a mirarlo. El otro prosiguió.

—Te lo repito: tengo muchos defectos de carácter, pero de fútbol algo sé. No estoy encabronado por lo que hiciste, probablemente en tu lugar yo habría hecho lo mismo. Me encabrona un poco que pienses que no me habría dado cuenta, eso sí. Pero mientras los resultados estuvieran de tu lado decidí que era mejor no entrometerme, después de todo a estos muchachos los conoces mucho mejor tú.

Antônio siguió callado.

—Pero hoy estuvimos a esto de la eliminación, así que escúchame bien: esta libertad de juego que les concedes está bien. Es increíble que funcione, pero me rindo ante la evidencia. Funciona. Pero algún punto fijo se lo tienes que dar, algo de lo que agarrarse cuando las cosas salen mal. Si no, de la libertad pasas a la anarquía y después al descontrol y no va nada bien.

Antônio no lograba decidir si Gonçalves era sincero o le estaba tendiendo una trampa de las gordas. Pero dado que acababa de expresar estima por quien niega siempre, Antônio decidió que el camino más seguro era continuar haciéndose el tonto:

—Gonçalves, le aseguro que no entien…

Gonçalves lo liquidó con un gesto de la mano y se sentó a su lado.

—Pásame el control remoto —ordenó.

Cargó el video del partido de la tarde, ganado in extremis en los penales, y volvió hasta el punto que le interesaba. Hizo arrancar el video, mostrando un momento en que la defensa brasileña se había salvado solo por un error afortunado de los adversarios. Después adelantó un poco, hasta un momento que mostraba un ataque brasileño extrañamente falto de ideas. Después interrumpió e hizo arrancar de nuevo el partido de Colombia, que sería su próxima rival.

—¿Viste? Los huesos que nos toca roer de aquí en adelante son cada vez más duros. Cada partido es exponencialmente más difícil que el anterior. Sus tácticas estaban bien en los primeros encuentros y pueden seguir funcionando, pero tienes que darles a los muchachos un punto de referencia para la defensa y uno para el ataque.

Gonçalves se dio la vuelta hacia Antônio para controlar que lo estuviera siguiendo y continuó.

—Para la defensa es sin duda Piata. Lo tuve vigilado, me llamó la atención porque tiene una actitud casi paternal con la defensa. Cuando sube parece casi que lo hace de mala gana. Tiene un buen tiro, pero un buen tiro lo tienen también los otros, yo lo dejaría atrás dando seguridad. Para el ataque estoy más indeciso: ese idiota de Paolorossi, me duele decirlo pero es bueno de verdad. Aunque quizá a él es mejor dejarlo libre, me da la idea de ser bueno en todos lados, hasta en la portería. Mejor su digno compinche: me revienta igual, ese maldito chiquillo de cara redonda que cree que no me doy cuenta cuando de noche salta la reja del hotel. Pero en ataque tiene una contundencia increíble, se lo tengo que reconocer.

—¿Se refiere a Cauê?

—Sí. No digo bloquearlo en un punto fijo del ataque, obviamente. Pero está bien que quien hace el saque largo desde la defensa sepa que en ataque lo va a encontrar a él. No a cualquiera, a él. Cambia toda la dinámica del ataque y te aseguro que la cambia para mejor.

Gonçalves se levantó y, para subrayar que la conversación estaba cerrada, apagó el televisor.

Antônio mantuvo su cara de póker hasta el último momento:

—Les transmitiré sus indicaciones a los muchachos, míster.

5.11 Valério

Valério se despertó bañado en sudor en su cama de hospital gritando «¡Colombia! ¡Colombia!»

En la costosa clínica privada de São Paulo, la «Fisioterapia e Armonia», donde estaba en tratamiento junto con sus compañeros de equipo, Valério Almunhos, eje quebrado de la defensa brasileña, desde hacía ya una semana andaba por ahí con muletas, habiendo renunciado a la silla de ruedas que lo hacía sentir inválido y le daba demasiada ansiedad. Pero evidentemente la ansiedad no era tan fácil de espantar.

—¿Valério?

—Sí…

—Ah, estás despierto. Pensaba que estabas soñando.

—Tuve otra de esas pesadillas. Esta vez estaba también ese tipo que juega de centrodelantero…

—¿Quién? ¿Paolorossi?

—Sí, ese, ese. Tenía que acompañarlo a alguna parte junto con otras personas que no recuerdo pero terminábamos siempre en Colombia.

—Eh, hoy es el partido, ha de ser por eso.

—Era un sueño frenético, ¿sabes esos en los que sientes que siempre vas tarde? Tenía que acompañar a Paolorossi y después ir al estadio a jugar y se me estaba haciendo tarde. Me parecía conocer las calles y todo pero cada vez me equivocaba en una vuelta y me encontraba en Colombia.

—Una verdadera pesadilla, ¿eh? —dijo Orbiz riéndose por lo bajo.

—Eh sí —respondió Valério con un asomo de risa—, una pesadilla muy realista.

En los días que precedían a un partido de Brasil su sentimiento de culpa se amplificaba y se transformaba en sueños muy agitados o en verdaderas pesadillas en las que más o menos regularmente todos esperaban de él algo que no era capaz de hacer. En este caso había soñado que tenía el encargo de poner a salvo a un grupo de refugiados, pero cada vez que cruzaban la frontera, por mar, por aire o por tierra, se encontraban invariablemente en Colombia. No sabía cuál era su destino, pero ciertamente no era Colombia.

Buscó las muletas, ya no iba a conseguir dormirse, lo sabía, mejor dar unos pasos. Bueno, unos pasos… Valério no salía de su asombro por lo mucho que costaba caminar con muletas. Soy un atleta de nivel mundial, seguía repitiéndose, ¿es posible que tenga que pararme cada cinco minutos a tomar aire? Y por qué no me dan el alta no lo sé, dicen que tienen que tener bajo observación este tobillo pero a mí no me parece estar más grave que otros que ya están en casa.

Devil en cambio no tenía alternativa: de todos los heridos del terrible accidente que había borrado las convocatorias de la selección brasileña era uno de los que habría tenido más posibilidades de ser titular. Y era uno de los más graves: traumatismo craneal con fractura de mandíbula e incapacidad total y temporal para hablar. Hasta que no estuvieran del todo resueltas las secuelas del traumatismo

craneal —entre ellas un continuo, machacante dolor de cabeza— y hasta que no fuera capaz de alimentarse normalmente estaría obligado a quedarse en el hospital.

—También Daredevil, el superhéroe enmascarado, al principio tuvo un tremendo dolor de cabeza —le había dicho Fabbri, ávido conocedor de los cómics estadounidenses, consiguiendo hacerlo sonreír al menos con los ojos, si no con la boca maltrecha.

Media hora antes del comienzo ya estaban todos delante de la televisión discutiendo animadamente. El primer partido habían empezado a seguirlo cada uno por su cuenta, un poco porque las condiciones de todos eran en general más graves y un poco porque no se sentían capaces de compartir una experiencia que todos habrían apostado que iba a ser desastrosa. Pero al final se habían encontrado veinte, contando también parientes y amigos, en el cuarto de Valério y Orbiz gozando y abrazándose por la victoria de la selección. Desde aquel momento habían decidido tácitamente seguir los partidos en una sala común. Llegaban a hurtadillas, criticaban furiosamente todo y a todos: el míster, la Federación, los jugadores, los políticos, pero después el hincha que llevaban dentro podía más y seguían el partido sufriendo más que todo el resto de la población.

Antes de Brasil–Colombia el objeto de la disputa había sido la idea de Foguete de hacer el gesto rimbombante de regalarle su propia camiseta al delantero indio, Paolorossi. Los dos se parecían muchísimo, un poco más bajo Paolorossi (había que adivinarlo, visto que Foguete estaba en silla de ruedas a causa de un traumatismo en la columna vertebral) y decididamente menos a gusto delante de las cámaras: mantenía la mirada baja, se movía de un modo del todo particular, esbozaba reverencias o gestos que parecían interrumpidos al nacer. Foguete por su parte se comportaba como si dentro de pocos minutos el que tuviera que entrar a la cancha fuera él: tatuajes bien a la vista, gorra americana puesta de costado, los infaltables auriculares al cuello, gestos de saludo con las manos, los ojos de quien ya sabe que conquistó el éxito.

—¡Yo siempre lo dije que Foguete es un imbécil! —dijo Rominho con su típica voz chillona.

—No es un imbécil, es que le gusta estar en el centro de la atención —respondió Fabbri.

—En el centro de todo, querrás decir —agregó Rominho.

—Qué va. En dos minutos ya se van a haber olvidado de él, acá hay unos cuartos de final que ganar —recordó Carlos Dugal.

—Claro que se parecen esos dos, ¿eh? —observó Valério.

—Eh sí, parecen hermanos —dijo Fabbri.

—Entonces también es un imbécil el otro —intervino de nuevo Rominho—, por lo demás, ¿qué tan imbécil puede ser uno que se llama Paolorossi? Y además mírenlo, se hace todo el tímido y la otra noche después del gol parecía endemoniado.

—Bueno, hizo un gran gol —señaló Orbiz.

—No sé si es un imbécil, bueno es bueno —admitió Fabbri—, no sé si es mejor que Foguete pero es bueno.

—Ahora resulta que Foguete es bueno —rezongó Rominho.

—Y a mí ese gesto del arco tenso no me disgusta, se los tengo que decir —replicó Valério fingiendo no haber escuchado el último comentario de Rominho.

Asistir a los partidos junto a un Devil casi completamente mudo era una diversión total, si se conseguía olvidar por un momento el drama que estaba viviendo. Cada vez que la pelota alcanzaba aunque fuera vagamente la zona de ataque de Brasil él se ponía de pie gimiendo inarticulados «¡MWGAAAAH! ¡GHBAAAAAH!» y gesticulando terriblemente para compensar la falta de palabras, tanto que en cinco minutos a su alrededor se creaba el vacío después de que todos, novia incluida, se hubieran corrido unos metros hacia atrás para evitar eventuales manotazos involuntarios.

A los gritos de Devil alguien se preocupaba siempre de contestar como si hubiera entendido, por lo cual un partido como Brasil–Colombia, riquísimo en ocasiones por parte de Brasil, se desenvolvió sonoramente en:

—¡¡GHBAAAAAH!! ¡AAAAAH!

—Tienes razón, era una linda acción.

—¡MWGAAAAH! ¡BGEEEEH!

—Y claro.

—Para mí también.

—¿MBWWWWH?

—No.

—Ni en broma, ni soñando.

—¡MWGAAAAH! ¡GHBAAAAAH!

Y así sucesivamente.

A los treinta y cinco minutos del primer tiempo Yamandé pateó un tiro de esquina desde la derecha de la defensa colombiana. Las pelotas paradas eran recibidas por Devil con una especie de rito propiciatorio: se quedaba de pie con los brazos abiertos gorgoteando quién sabe qué. Al salir la pelota empezaba con un particularmente estentóreo «¡AAAAABWH! ¡AAAAAANGH!»

Pero en aquel momento Yamandé consiguió imprimirle a la pelota una trayectoria con un efecto increíble que dejó fuera a toda la defensa. Esta vez nadie tuvo tiempo de comentar. La pelota fue a parar precisa al pie de Piata, que la mandó adentro sin esfuerzo. En la sala común de la «Fisioterapia e Armonia» de São Paulo estalló un bramido sin precedentes. Devil se desplomó en lágrimas sobre la silla mientras compañeros y familiares, aun con sus respectivos límites físicos, festejaban saltando y abrazándose sin parar.

Los muchachos de Gonçalves, como si de verdad escucharan los ininteligibles pero sentidos alientos de Devil, parecían imparables: solo la mala suerte y un par de atajadas realmente espectaculares del arquero colombiano impidieron el segundo gol en los primeros cuarenta y cinco minutos.

El descanso trajo consigo una nueva discusión.

—¿Vieron a Gonçalves? Parecía embobado —dijo Marcelinho, a quien la contusión en el rostro que le mantenía casi cerrados los ojos hinchados le permitía ver solo sombras vagas o poco más.

—No está embobado, él se pone así cuando el equipo funciona —respondió Valério.

—Pero no parece un equipo de Gonçalves, parece casi la Holanda del fútbol total —notó Carlos Dugal.

—Es verdad, quién sabe qué está pasando —dijo Fabbri—, es como si en la cancha mandaran los muchachos, ¿pero es posible? ¿Cómo hacen para tener toda esa experiencia?

—A mí en cambio hoy me parecen más ordenados que en los otros partidos —contraatacó Corujão, que veía siempre todo a través de los anteojos del tacticismo.

—Gonçalves es un idiota —dijo Rominho para sus adentros, ignorado una vez más por los presentes.

Hacia la mitad del segundo tiempo el árbitro cobró un tiro libre a favor de Brasil a por lo menos treinta metros de la portería. Después de una breve discusión con los compañeros Jaci apoyó la pelota en el suelo y esperó a que el árbitro trazara con el aerosol las marcas de la distancia de la barrera. El aerosol había sido recibido sin particular sorpresa por los muchachos indios, era apenas una de las miles de rarezas a las que estaban expuestos a diario: el más sorprendido y divertido por esta innovación había sido Antônio.

Devil ya estaba de pie con sus largos brazos abiertos mascullando la habitual cantinela incomprensible. Jaci y Yamandé estaban a poca distancia uno del otro, miraban fijamente la pelota, concentradísimos.

—Patea ese imbécil de Paolorossi —dijo Rominho.

—No —respondió Marcelinho—, patea el que apoyó la pelota, Jaci. Acuérdense del tiro libre contra Camerún.

En cambio fue Yamandé quien tomó carrera y pateó. La pelota fue golpeada con una fuerza increíble, bajo los reflectores viajó blanca y plana sin el menor asomo de efecto hacia las tribunas a espaldas del arquero colombiano. Después de unos diez metros la trayectoria se quebró inexplicablemente y la pelota empezó a caer hacia la portería. El arquero, ya claramente tarde, salió hacia su izquierda. Devil ya había empezado su «¡AAAAABWH! ¡AAAAAAEEENGH!!» cuando la pelota todavía no había entrado. Yamandé después del tiro se había dado la vuelta y caminaba de regreso, los brazos al cielo, hacia su propia portería sin siquiera mirar el resultado del tiro libre. Antônio, al ver el comportamiento de Yamandé, y conociendo muy bien ese tiro, empezó a festejar incluso antes del gol efectivo. El propio Gonçalves levantó instintivamente los brazos al cielo por anticipado. Cuando la red se infló los muchachos de la clínica «Fisioterapia e Armonia» ya estaban gritando de alegría hasta quedar afónicos.

—¡ESE MUCHACHO ES UN GENIO! —seguía repitiendo Rominho—. ¡SIEMPRE LO DIJE: PAOLOROSSI ES UN GENIO!

Devil se había vuelto a sentar a sollozar apretando su camiseta y así iba a quedarse hasta el final, sufriendo en cada acción. Colombia se había lanzado de cabeza al ataque y a diez minutos del final había conseguido incluso descontar de penal: el jovencísimo Julio había marcado el gol del uno a dos batiendo a Moacir con una ejecución perfecta desde el punto del penal. Pero lo que el mundo

entero vio fue un enorme saltamontes que se había posado en la manga derecha de Julio sin que él se diera cuenta y dos jugadores de Brasil, Ubirajara e Itaúna, que lo agarraron al vuelo y se lo comieron ahí delante de todos.

Los gritos de asco que salieron de la sala común de la clínica no se aplacaron hasta un minuto antes del final, cuando un nuevo y más extraño grito, «¡MBGHAAAEEVVHHIVA!», salió de la boca de Devil. Se dieron la vuelta todos a mirarlo con aire interrogativo mientras él ya estaba pronunciando, ronco pero comprensible: «VIII…VAH… ¡VIVAAH! ¡Val…érioh! ¡Puuuedoh hab…lhar!»

Todavía no conseguía estar del todo suelto, pero la parálisis temporal parecía haberse desvanecido.

—Claro, qué mala suerte —concluyó Rominho—, uno recupera el habla y al primero al que se dirige es a Valério.

5.12 Conferencias

Opispo miró el correo de confirmación casi incrédulo por haberlo conseguido: «Martes 8 de julio a las 16.00; Estádio Mineirão, Avenida Antônio Abrahão Caram, 1001, Pampulha, Belo Horizonte, Minas Gerais.» Después del pase a los octavos de final había decidido que había esperado a Pepè demasiado tiempo y, arreglándoselas como pudo, había encontrado el modo de sumarse a la caravana mediática que rodeaba a la selección brasileña. Los fondos a su disposición no eran muchos (también porque una parte de ellos había sido utilizada con cierta desenvoltura), pero dar una conferencia de prensa en un lugar que pululaba de periodistas venidos de todo el mundo era una ocasión que no podía perder.

—José, eres un cretino.

Del otro lado de la línea telefónica Geovani Barreto, su director, trató de hacerlo entrar en razón:

—Una hora antes del pitazo inicial de la semifinal quizá más importante de la historia de Brasil, a tu conferencia de prensa no va a haber nadie.

—Geovani, amigo mío, ten confianza en mí, sabes que de Opispo uno se puede fiar ciegamente, ¿no? Te ruego que hagas como dijimos. La conferencia de prensa va a empezar a las cuatro y diez, quizá si hay rezagados a las cuatro y cuarto. Tú para las cuatro y veinte publica en el sitio web esos extractos que te mandé.

—José, eres un cretino. No va a haber rezagados porque no va a haber nadie.

—Haz como te dije, publica el extracto a las cuatro y veinte, ¿de acuerdo?

Geovani ya había cortado la comunicación. Si había una cosa que extrañaba con estos teléfonos modernos era el gesto de bajar violentamente el auricular sobre el teléfono. Sentía casi físicamente su falta.

Opispo empezó a saborear de antemano la mayor victoria profesional de su carrera, hasta aquel momento árida de las satisfacciones que estaba seguro de merecer. Había tenido una idea fulminante, la había perseguido con tenacidad, había escrito un reportaje digno de las mejores plumas del país, una gran primicia, algo que iba a hacer saltar por los aires a la nación entera, y ahora por fin el momento de su triunfo estaba por llegar.

Claro que también había sido muy hábil para relegar a un rincón de su cerebro el hecho de que la primicia fuera falsa; la vocecita que de vez en cuando escuchaba y que le decía «¡Falso! ¡Falso!» se había vuelto cada día más débil hasta quedar sepultada bajo las otras decenas de voces mucho más interesantes que poblaban su mente.

Lo que quedaba era irrefutable (casi irrefutable): la zona de la selva de la que provenía la tribu india que había llegado a la semifinal del campeonato del mundo no se encontraba en Brasil sino en Guyana. Casi irrefutable: Opispo sabía perfectamente que no era cierto —de hecho no tenía la menor idea de cuál fuera el punto preciso del que provenía la tribu—, pero contaba con que la Selva Amazónica es grande, gigantesca, y a nadie se le mete nunca en la cabeza hacer cálculos precisos sobre la localización exacta de las tribus, a ningún brasileño por lo menos. Es imposible determinar ciertas cosas con precisión, se repetía a menudo, es sencillamente imposible.

Normalmente no se convocan conferencias de prensa a una hora del comienzo de un partido, y menos aún de un partido tan importante, pero él había insistido tanto con la responsable de la Oficina de Prensa de la Selección —linda muchacha, por otra parte, había anotado con cuidado su número de teléfono— que ella, exhausta, había fijado el horario a las cuatro.

—A las cuatro no va a venir nadie, senhor Opispo —le había dicho.

—No se preocupe, no se preocupe señorita… Roxana dijo, ¿verdad? Qué lindo nombre, mi querida, casi tan lindo como usted. No se preocupe, ya va a ver cuánto se va a hablar de esta conferencia de prensa, ojojojó sí, cuánto se va a hablar.

Participar del gran revoltijo mediático significaba también aventurarse en larguísimos viajes; esperar horas y horas a que alguien de la Delegación apareciera a decir algo, problema vuelto más exasperante por el hecho de que ninguno de los jugadores hablaba portugués, por lo cual eran todos virtualmente inentrevistables salvo por intermedio de aquel Antônio; tragarse conferencias de prensa sobre los temas más dispares dadas por personas a la búsqueda desesperada de una miga de visibilidad. De esas conferencias de prensa él se había mantenido siempre puntillosamente lejos, pero aquel día no le importaba: al día siguiente a las cuatro iba a ser su momento; aquel día podía incluso sentarse en la última fila y ver desfilar delante de sí a aquellos patéticos personajes.

La primera conferencia de la tarde del 7 de julio estaba efectivamente bastante concurrida, notó con acritud (¿o era envidia?) Opispo: una tal Isabel Barbosa —nada fea, ella tampoco— anunciaba la creación de una Fundación para la protección de una parte de la Selva Amazónica. La particularidad curiosa que había empujado a tantos periodistas a participar era que los fondos para la Fundación provenían directamente de los premios de los jugadores. Opispo tuvo que admitir que era una noticia que habría podido causar mucho revuelo —los indios comprándose un buen pedazo de selva, nada menos— si no hubiera estado seguro de que su anuncio del día siguiente iba a opacarlo todo.

Aquella mañana Isabel se había pasado largos ratos mirando por la ventana de su cuarto de hotel, en uno de los altos edificios del centro de Belo Horizonte. El aire era pesado y húmedo y, salida de la ducha sin secarse el pelo, después de más de media hora todavía lo sentía mojado. El chorro de la interminable ducha que Robert se estaba dando era su fondo sonoro mientras miraba a los automóviles embotellarse en el tránsito de la ciudad. Habían trabajado hasta tarde para limar los últimos detalles de la presentación, habían discutido de fútbol, habían dormido juntos y ahora ella no conseguía despegar los ojos de aquella ciudad.

—Esta Fundación se te está subiendo de verdad a la cabeza, ¿eh? —había preguntado él saliendo del baño en una nube de vapor.

—Es Brasil el que se me sube a la cabeza, es mi gente, estas ciudades, estos niños, esa inmensa selva que seguimos ignorando, el increíble equipo que nos llevó a la semifinal de la copa del mundo…

—¿Y yo?

—¿Tú qué?

—¿No te subo un poco a la cabeza?

Isabel se había dado la vuelta sonriendo:

—¡No, tú no! —había respondido, sacando la lengua y dando inicio a una serie de escaramuzas que los habían hecho terminar de nuevo en la cama.

Solo en el desayuno habían vuelto a hablar.

—Espero que esta conferencia de prensa llegue pronto porque siento que ya no te puedo ayudar más —había dicho Robert serísimo.

—¿Qué dices? ¿Por qué no me puedes ayudar más?

—Porque a medida que se acerca el partido nos volvemos cada vez más enemigos, yo alemán tú brasileña, somos enemigos perfectos. Puedo intentarlo un poco más pero ya siento que mi resistencia está por ceder.

—¿Y qué pasaría si tu resistencia cediera?

—Nada en particular, tú te vuelves mi enemiga y yo empiezo a odiarte.

Isabel había examinado un momento a Robert. Su acento alemán no le permitía captar de inmediato un eventual tono de broma: él seguía serísimo, pero ella, después de alguna vacilación, había establecido que estaba bromeando.

—No sabía que te interesara tanto el fútbol, hasta el otro día casi no hablabas de eso.

—Claro que me interesa el fútbol, soy alemán.

—Claro que me interesa el fútbol… —le había hecho eco ella tratando de remedar su habla.

—¿Lo ves? ¡Ya somos más enemigos que antes! —había respondido él riendo.

—Déjame llamar a Antônio, para él participar en la conferencia no va a ser fácil.

—Antônio, ¿eh?

—Ya sé que estás terriblemente celoso de él y tienes todas las razones: Antônio es brasileño y por lo tanto mucho más lindo que ustedes los alemanes, que son nuestros enemigos; vivió en la selva en simbiosis con la naturaleza más salvaje y esa naturaleza salvaje le brilla en los ojos, tanto que de feíto que era cuando lo conocí en Macapá se volvió hasta lindo.

—Lindo, ¿eh?

—Es más, lindísimo. Y es protagonista del acontecimiento más increíble de la historia del fútbol, ¿sigo?

—¿Ves que somos cada vez más enemigos?

La Sala de Prensa del estadio de Belo Horizonte estaba repleta de periodistas. La escasez de información que salía de la concentración de la Selección los volvía ávidos de noticias, y una conferencia de prensa en la que participaba Antônio —aunque fuera a propósito de un tema lateral como la protección de la selva— podía ser una ocasión para conseguir un poco de información: de cualquier tipo, bastaba con que hubiera material para escribir algo.

Opispo, sentado al fondo de la sala, estaba tratando de analizar la primera imagen que había aparecido en la pantalla grande. Estaba dividida en dos partes: a la izquierda la fotografía que retrataba a un grupo de indios jugando al fútbol en un amplio claro de forma vagamente rectangular sin vegeta-

ción, completamente rodeado de árboles. El murmullo en la sala de prensa le hizo entender que uno de los muchachos retratados, a punto de patear un tiro libre, era Piata. A la derecha un mapa del norte de Brasil donde se veía Macapá, la última parte del curso del Río Amazonas, un grueso punto celeste que evidentemente localizaba a grandes rasgos la zona de selva en la que había sido tomada la foto de la izquierda y arriba, muy arriba, la línea roja punteada que representaba la frontera con la Guayana Francesa y Surinam.

Le llevó un rato entender qué significaba todo eso. Primero estuvieron las fotografías a Isabel, a Antônio y a un tercer tipo, el director de Rede Norte. Después un pequeño problema técnico con los micrófonos, rápidamente resuelto por un muchacho muy diligente. Por último una breve intervención de Antônio que les aseguraba a los periodistas presentes que los últimos cinco minutos estarían dedicados a las preguntas sobre el equipo. Fue solo mientras Isabel se aclaraba la voz para empezar a hablar que Opispo, como en un relámpago, comprendió.

Después de esta conferencia de prensa nadie iba a creer una palabra de su reportaje. ¿Quién mejor que Antônio podía ser una voz autorizada para localizar la aldea en la que había vivido? Por otra parte, se dijo, con las tecnologías actuales es facilísimo calcular ciertas cosas con precisión. Facilísimo.

—¿Geovani?

—¡José! Hola, ¿qué pasa?

—Geovani, hola, ¿sabes esa cosa del extracto de mi reportaje?

—Claro que lo sé, hablamos hace media hora, ¿qué pasa?

—Eso, Geovani. Sabes, ocurrieron algunos acontecimientos, cosa grande, muy grande, no te la voy a contar por teléfono… Sí, en fin, recibí presiones de gente muy de arriba…

—¿Presiones? ¿Qué presiones?

—Bueno, Geovani, me conoces, sabes que de ciertas cosas delicadas prefiero hablar en persona. De todos modos, sí, eso, sería preferible esperar y no publicar enseguida ese texto.

—¡Pero cómo! ¡Era una cosa explosiva, la primicia del milenio!

—Sí, sí, es una cosa explosiva, sí, pero en fin, sabes, acá hay gente muy en vista…

—José, ¿me quieres decir qué pasó?

—Geovani, no lo publiques, ¿okey?

Cuando Opispo cortó la comunicación ya estaba al pie de las escaleras de salida del estadio. Fue al hotel a reservar un vuelo de regreso y en aquel artículo no pensó nunca más. Se olvidó también de cancelar la conferencia de prensa del día siguiente, a la que de todos modos se presentó una sola persona.

A las 16 y 20, después de veinte minutos pasados reflexionando sobre la ironía del destino que en un solo mes lo había llevado de buscar un modo para impedir la convocatoria de los indios a ser su ángel de la guarda («todo depende» le escuchaba repetir a menudo a Antônio, y tenía razón), Thiago determinó que la conferencia de prensa se había caído a las claras, visto que ni siquiera el orador se

había presentado, y que se la podía archivar como falsa alarma. Mientras se encaminaba a paso rápido hacia los vestuarios, sacó el celular:

—¿Roxana? Soy Thiago. Gracias por avisarme de ese tipo raro. Solo quería decirte que después a la conferencia no se presentó nadie. No, él tampoco. Qué sé yo, quién sabe. Mejor así. Claro. Gracias de nuevo.

5.13 Espera

Los consejos de Gonçalves habían sido muy útiles, a Antônio no le costaba admitirlo: el equipo había disputado contra Colombia su mejor partido a pesar de que el adversario fuera el más duro encontrado hasta ese momento. Lejos de estar contento, sin embargo, Antônio contemplaba los nubarrones que se acumulaban en el horizonte.

En el agitado final del partido Piata se había ganado su segunda amonestación del torneo, por lo cual quedaría suspendido para el partido siguiente. Y también Cauê estaba en duda, por el feo golpe recibido en la espalda en los últimos minutos de juego, que lo había obligado a salir en camilla. Tener que renunciar a aquellos que acababan de identificar como ejes de la defensa y del ataque habría sido un problema en cualquier caso, y el partido que los esperaba al día siguiente no era ciertamente un encuentro cualquiera: Alemania había sido hasta aquel momento el equipo más convincente de todo el mundial.

Pero el nubarrón más negro de todos, en comparación con el cual los otros eran leves y regordetas nubecitas blancas, era el hecho de que se tratara de la semifinal. El tipo de partido que Antônio más temía, su partido maldito. Amparado en el buen rendimiento del equipo, Antônio trataba de mantener a raya la ansiedad creciente y de no transmitírsela a los demás, pero no era fácil. No era para nada fácil.

Sentados en la salita de la televisión esperando para cenar, un grupito de muchachos se entregaba a uno de sus pasatiempos preferidos: cambiar de canal a la velocidad del rayo, en busca de notas que hablaran de ellos o más en general del Mundial.

—Vuelve atrás. Me pareció ver una cosa.

Tainì volvió al canal anterior, que estaba transmitiendo un video de época en blanco y negro.

—Qué raro, este canal quizá esté roto, no tiene los colores.

—También la pelota es rara, no es la misma que usamos nosotros. Sigue, vamos.

—Espera. Me pareció que dijeron Moacir.

—Pero no, qué Moacir. Ha de ser una de esas palabras que tienen ellos que parecen las nuestras pero después quieren decir otra cosa.

Se hizo silencio entre todos. Durante algunos segundos sus oídos registraron solo el ya familiar pero todavía incomprensible sonido del portugués, pero después se escuchó claramente la palabra «Moacir». Unos instantes después apareció en la pantalla la imagen de un hombre buen mozo con bigotes. Los que entre los muchachos habían conservado todavía memoria de las lecciones de escritura de Antônio leyeron en la pantalla:

—¡M O A C… dice Moacir! ¡Pero ese no es Moacir!

Jerujeru corrió a llamar a Antônio y a Moacir y poco a poco, atraídos por el barullo, llegaron también casi todos los demás. Antônio le echó una mirada al televisor y entendió al vuelo. Era una nota sobre el Maracanazo, el partido final del Mundial de 1950 que todo Brasil ya había dado por ganado para después encontrarse frente a la mayor derrota de la historia deportiva brasileña.

—¿Pero es posible —dijo Antônio para sus adentros pero en voz alta— que el día antes de la semifinal estos imbéciles pongan al aire una historia así?

—¿Qué historia es? —preguntó Moacir.

—Pero no, nada —Antônio titubeó—, en realidad es una historia estupenda, en lo trágico que tiene. Quizá la mayor historia de fútbol de todos los tiempos, excluida la de ustedes.

—¿Y por qué nunca nos la contaste? —lo presionó Yamandé.

—Nunca se la conté porque los protagonistas fueron muchos, y muchas fueron las culpas, pero Brasil después eligió descargar todo el peso sobre los hombros de un solo hombre, el arquero. ¿Y saben cómo se llamaba? Se llamaba también él Moacir. Era él el hombre que vieron antes. Una vez, hace años, en la selva, estaba por contársela y después pensé en nuestro Moacir y decidí que no.

Antônio se calló. Los muchachos lo miraban fijo, pendientes de sus labios. Por un momento volvió con la memoria a los años pasados, a cuando hacía poco que había empezado a hablar la Lengua de manera decente, a la sensación de liberación que había sentido, a lo importante que había sido para él conseguir contar las primeras historias. Casi sin darse cuenta, retomó la palabra:

—A mí esta historia me la contó mi abuelo. Aquel día el abuelo estaba en el Maracanã como miembro de la banda encargada de tocar el himno…

Media hora después Antônio, casi contra su voluntad, había terminado de contar su historia. Se sacudió y pensó *¿pero qué estoy diciendo? ¿Por qué diablos les conté esta historia?* En los rostros de los muchachos habían aparecido una serie de señales preocupantes y Antônio consideró oportuno tratar de ponerle un parche.

—Pero no pongan esas caras, vamos. Ustedes son mucho mejores que el Brasil de entonces y que la Alemania de hoy. Van a ganar sin problemas.

Aydiós, ¿me habré vuelto loco? Cambia de tema Antônio, cambia de tema.

—No tienen nada de qué preocuparse. La maldición de la semifinal es una cosa que me concierne solo a mí.

Nada, quizá sea mejor que me calle, pensó otra vez Antônio, levantándose y dejando detrás de sí a sus muchachos atónitos.

Los días posteriores a los cuartos de final con Colombia habían pasado lentísimos. Antônio estaba agotando ya todos los trucos para distraerse, para no dejar que se le montara la ansiedad y no hacérsela subir a los suyos. La llamada a sus padres no le había servido de ayuda: demasiada confusión, recomendaciones atropelladas y buenos deseos balbuceados. La llamada a Teresa lo había levantado un poco: como conseguía hacerlo reír ella, aunque fuera involuntariamente, no lo conseguía nadie. Y la retahíla de conjuros y la lista de amuletos que había desplegado a su favor lo habían hecho sonreír todavía más.

También la llamada con Isabel le había dado gusto, las noticias en el frente de la Fundación eran muy buenas, pero una cosa que ella le había dicho le había metido una molesta pulga detrás de la oreja. ¿Podía Antônio, con toda sinceridad, decir que había sido correcto con sus muchachos? Sí, después de todo sí. Se había comportado como un padre solícito con hijos pequeños: había cuidado

intereses que ellos no sabían que tenían, y los había protegido de muchas asechanzas sin ponerlos en conocimiento de su existencia.

Pero él no era de verdad su padre y mucho menos estos atletas de nivel mundial eran niños pequeños. Son hombres fuertes y valientes. Merecen saber y decidir por su cuenta, pensó Antônio, no sin una pizca de fatalismo inducido por la creciente ansiedad de semifinal.

Después de la cena le pidió permiso a Gonçalves (Antônio había seguido muy atento a salvar las apariencias) para llevarlos a dar una caminata por un rito indio que se había inventado algunos días antes y que usaba como excusa cuando quería quedarse a solas con ellos.

—¿Se acuerdan de que les conté que el fútbol no está hecho solo de selecciones nacionales? Están también los equipos de las aldeas y los de las tribus. En estos pueden jugar futbolistas de todo el mundo, aunque hayan nacido en una aldea distinta, incluso del otro lado del mundo.

Un murmullo de confirmación recibió las palabras de Antônio.

—Los equipos más fuertes y más ricos les dan mucho dinero a los mejores jugadores del mundo para convencerlos de formar parte de su equipo.

Antônio se calló unos segundos porque no sabía bien cómo encaminar el asunto, después decidió ser directo.

—En estos días me enteré de que algunos de los equipos más fuertes del mundo querrían que ustedes jugaran con ellos.

Hubo un breve instante de silencio, después Piraí preguntó:

—¿Y cuáles de nosotros?

—Todos.

—¿Todos? —se asombró Apererá—. ¿Pero si yo no jugué ni una sola vez, cómo hacen para saber que soy un buen jugador?

—Hay más demanda por los que jugaron, es verdad. Pero piensan que si están en el mismo equipo que Yamandé, Cauê, Jaci, entonces tienen que ser buenos también ustedes.

—¡Y es verdad! —agregó riendo Brejauva.

—Lástima que después del mundial tengamos que volver enseguida a la aldea —dijo pensativo Tainì—, me gustaría visitar otros lugares. Y además jugar todos juntos en un gran equipo sería lindo, ¿no?

—No jugarían todos juntos —explicó Antônio—. Cada uno de estos equipos tiene ya jugadores muy fuertes y buscan solo uno, dos, tres como máximo para completar el equipo, según sus necesidades. Por ejemplo hay un equipo muy fuerte en España que está buscando un arquero porque el anterior dejó de jugar y están muy interesados en Moacir.

—¡Pero España es ese equipo malísimo que ya fue eliminado, no puede haber equipos fuertes en España! —replicó indignado Moacir.

—Y en cambio parece raro pero es así, algunos de los equipos más f…

—¿Y yo? ¿Quién me quiere en su equipo? —lo interrumpió Jaci.

—A ti te quieren dos equipos de Inglaterra…

—¡Pero también los vimos jugar a esos que se llaman Inglaterra y también son malos! Antônio, ¿nos estás tomando el pelo?

—Déjame terminar. Dos de Inglaterra, uno de Italia…

—Nos está tomando el pelo —dedujo Jaci entre las risas burlonas de los otros.

—Uno de Alemania y dos de Brasil.

—Ah. Bien —concluyó Jaci, de pronto orgulloso.

Pasaron algunos segundos de silencio y después se escuchó a Piraí aclararse la garganta.

—Yo no quiero volver a la aldea. ¿Cómo hago para decirle a un equipo que me quiere dar dinero para jugar que estoy de acuerdo?

Piata fue el más rápido en responder:

—¿Pero qué dices? ¿Qué quiere decir que no quieres volver a la aldea? En la aldea nos necesitan a todos. Volveremos a la aldea, después de haberla hecho sentir orgullosa con nuestra hazaña.

—Vuelve tú a la aldea. Tú estás bien ahí y haces bien en volver, yo estoy mejor aquí y me quedo aquí.

Mientras Piata, entre asombrado y furioso, buscaba las palabras justas, fue Itaúna quien se entrometió por sorpresa:

—A mí también me gustaría quedarme aquí un tiempo. Quizá sin ir demasiado lejos, pero jugar en Macapá o en esa linda ciudad donde estuvimos jugando, en Manaos, sería lindo.

—¿Tú? Si todo el tiempo dices que aquí es un asco, si ni siquiera querías venir a hacer el mundial.

—Cambié de idea. Cambiar de idea es de astutos.

En diez minutos muchos otros expresaron en voz cada vez más alta su propia preferencia, los ánimos se caldearon cada vez más, Piata e Itaúna casi llegaron a las manos y el equipo se dividió netamente en dos.

Fueron Moacir y Yamandé, entre los pocos que se habían quedado al margen, quienes devolvieron, si no la serenidad, al menos el silencio al grupo. Antônio, en plena crisis, se había ido sin decir nada, limitándose a pensar, casi aliviado: *por lo menos peor que esto no puede ir*.

5.14 Delirios

¡Ybyráatã, no! ¡No te subas a ese árbol, no! ¡No! ¡Ese es el árbol maldito, no! ¡Los caimanes no comen monos, los caimanes no comen niños, no!

Es mañana, es mañana, tenemos que partir, correr, no importa lo peligroso que sea, es mañana. Díganle al senhor Inácio que me espere, que esta vez voy yo también a la iglesia, Inácio, Inácio, espérame Inácio, tengo que cruzar la selva para venir a misa yo también pero lo puedo lograr, saldré temprano por la mañana, construiré una balsa, pero Ybyráatã prométeme que a ese árbol no, no te vas a subir, acuérdate, los caimanes no comen monos.

Tengo que enseñarles a contar, ¿por qué nunca les enseñé a contar? Tengo que enseñarles a contar por lo menos hasta cien, quizá hasta mil. Si les hubiera enseñado a contar hasta mil, ¿saben qué diferencia? ¿Saben cuántas cosas más habríamos podido hacer? Mil días, mil años, mil kilómetros. ¿Por qué nunca les enseñé a contar?

Hagamos así, mañana nos escapamos todos, volvemos a nuestra selva, volvemos con Ybyráatã, no importa la semifinal, no importa. Esperemos a que salga el sol y después tomamos una canoa, un jeep, algo, y nos volvemos todos juntos a nuestros *shabono*, a nuestra vida, no importa la semifinal.

¡Julio, Julio!

El espíritu de Velasco tiene que bajar sobre nosotros, es el único modo. Julio, Julio, ven a la iglesia, hazte bendecir tú también, ¡pero no comas la ostra! No comas nada, la ostra, el cangrejo, nada, no comas porque son venenosos, los envenenaron a propósito. Julio ayúdame tú, Julio. Mañana mi sangre tiene que salir de mis venas y en su lugar tiene que entrar hielo, hielo y veneno. Julio ayúdame tú, la sangre tiene que salir toda.

Míster le dejo el equipo, me estoy yendo con mi mujer, con mi hijo, le dejo el equipo. No hagan el arco demasiado tenso, no hagan el juego de las lianas trenzadas, ellos nos estudiaron, nos conocen, estuvieron todo este tiempo escondidos detrás de los árboles y no nos dimos cuenta. Por eso el jaguar dejó de venir, ¿por qué si no? Ellos lo mandaban lejos para observarnos y estudiarnos. Ahora nos conocen demasiado bien, tenemos que escapar, abandonar la aldea, mudarnos a otra parte.

Pero es demasiado tarde, la semifinal es mañana.

Ánimo muchachos, denme ánimo, yo no lo puedo lograr. Me duele un tobillo, me duele un pie, no puedo correr, no puedo jugar con ustedes, denme ánimo. Sin mí no lo van a lograr, la banda derecha va a quedar completamente desguarnecida, denme ánimo que con este pie no lo puedo lograr. ¿Quién va a jugar por la derecha? ¿Quién va a jugar? Va a ser siempre culpa mía, ¿verdad?

¿Sienten el espíritu del Maracanazo flotar sobre nosotros? No podemos hacer nada, no podemos huir, el espíritu es poderoso y no hay nada que lo detenga. Muchachos escapen, es el único modo de salvarse, escapen, lo detendré yo, me pondré yo delante de las cámaras mientras ustedes vuelven a la selva, se dispersan, huyen.

Ayúdenme.

No tenían que tener tan cerca a la gran serpiente negra, no se dejen engañar por su aparente tranquilidad, en el momento en que tenga hambre no va a dudar en atacar a alguno de ustedes, tienen que espantarla, encerrarla. No la miren a los ojos, ese amarillo de sus iris ya es venenoso, como son ve-

nenosas sus fauces rojas. Yo los amo a todos, no se dan cuenta, tienen que espantarla, no estén tan cerca, ahí se mueve, ahí ataca, ¡AHÍ ME ATACA A MÍ!

¡TUM! ¡TUM! ¡TUM!

—¡Almeida! ¡Senhor Almeida!

Al principio Antônio pensó que era su corazón el que latía tan fuerte.

¡TUM! ¡TUM! ¡TUM!

—Almeida, ¿está ahí? El equipo está saliendo del hotel para ir al centro de entrenamiento…

¡TUM! ¡TUM! ¡TUM!

Pero estaban aquellas palabras.

¡TUM! ¡TUM! ¡TUM!

—Senhor Almeida, sé que todavía está en el cuarto, respóndame, se lo ruego.

No era su corazón, que sin embargo latía enloquecido. Era alguien en la puerta.

—Sí… —respondió Antônio con un hilo de voz. ¿Dónde estaba? ¿Qué día era?

—¡Oh, Almeida, gracias al cielo! ¡Gracias al cielo! ¿Se siente bien? ¿Puedo ayudarlo de alguna manera?

—Sí, estoy bien, estoy bien. —La voz le costaba salir. Estaba en un hotel. ¿Pero dónde? ¿Cuándo?

—Ay qué alivio, Almeida, el equipo ya está en el micro, están saliendo para el centro de entrenamiento, falta solo usted: sabe, con el hecho de que está la semifinal y todo, quizá debería alcanzarlos cuanto antes…

—¿La semifinal? ¡LA SEMIFINAL!

5.15 Pitazo

Se soltó del abrazo de plumas y lentejuelas:

—Vamos, pórtate bien Almeiridia, que tu Pepè quiere ver el partido. No, así no, tengo tu pelo delante de los ojos, vamos, despégate de encima mariposita mía que este es un partido importante; si te portas bien, nena, después Pepè te muestra esos calzoncitos de encaje violeta que te prometió, pero ahora déjame ver, que a ese de ahí yo lo conozco, le salvé la vida a ese de ahí.

La muchacha abrió grandes los ojazos pintados de negro, impresionada:

—Eh, si no era por mí estaba bien muerto, sí. Le salvé la vida en la selva, aquella vez que me había salvado por un pelo del gran jaguar blanco, te lo conté, ¿no? Después encontré a este que se había perdido, se estaba muriendo de hambre y de sed y lo asaltaba una horda de osos hormigueros feroces, si no hubiera sido por mí… Pero te lo cuento después, azucarita, quizá en tu cuarto así rehacemos ese juego de la otra vez; ahora quédate quieta y callada que está por empezar.

—¡Cállense, que está por empezar! —Teresa se había puesto los aretes celestes en forma de caracol, que siempre le habían traído suerte, y había dispuesto encima del televisor toda una hilera de estampas y estatuillas de santos y *orixás*. Hasta había encendido un «Defumador chama fortuna» comprado para la ocasión que, a pesar de esparcir un vago olor a pies, le habían recomendado como el mejor talismán del mercado. Había puesto a enfriar un cajón entero de cerveza y dos botellas nuevas de ron y de *pinga* estaban listas en la mesita al lado de un cartón de cigarrillos y una bandeja de galletas. Luiza, elegantísima en rayón a rayas amarillas y verdes, estaba sentada entre João y Saverio, que tenían listo, escondido en un cajón, todo un surtido de fuegos artificiales comprados en la tienda del chino de la esquina.

—No los veo pero el ruido que hacen me gusta mucho, lleva también un poco de los que silban, te lo encargo —había dicho Saverio—, pero no le digamos nada a Teresa, que ella tiene todas sus cábalas y quién sabe si no piensa que traen mala suerte; le damos una sorpresa.

El banderón ya estaba desplegado fuera de la ventana; Teresa ya se había roído toda la uña fucsia del meñique incluso antes del pitazo inicial.

—¿Pero cuándo pitan este comienzo? Diosmío, estoy toda transpirada de la emoción… quizá no teníamos que venir, Italo, quizá teníamos que quedarnos en casa y mirar también este partido por televisión… yo no sé si consigo mirarlos en vivo, me emociono demasiado…

—Pero vamos, Marcela, cómo no íbamos a venir, ya es mucho que yo haya aguantado hasta ahora: mirando los partidos por televisión me sentía mal… ¡y además vas a ver qué contento se va a poner Antônio cuando sepa que vinimos; pase lo que pase va a tener a sus padres al lado!

—Ay pero para mí que él sabe que estamos acá.

—¿Y cómo quieres que haga para saberlo? No se lo habrás dicho, ¿no? ¡Tiene que ser una sorpresa!

—¡No, no, cómo se lo voy a haber dicho! Pero para mí que lo siente, siente el corazón de mamá cerquita cerquita… míralo —cómo funciona este binocular, nunca consigo—, ahí, ahí míralo, mamamía qué ojeras que tiene, pobre niño, ha de haber estado despierto toda la noche… ¡Pero cuándo empiezan, yo una hora y media así no la aguanto!

—¡Despiértate, vamos!

—Hmmm, mh… pero cómo, ¿quieres empezar de nuevo? Ya no somos unos chiquillos, ¿qué es este ímpetu, Isabel la panterona?

—Ajajá, pero no Robert, saca ese brazo, vamos, está por empezar el partido, ¡lo tenemos que ver! Y además panterona… yo siempre me vi más bien como una gatita, romántica, tierna, alegre y un poco loquita…

—Entonces querrá tecir que el panterón lo hago yo, cran panterón alemán que se come de un pocato a la pequeña y pulposa prasileña y a todos sus amikitos…

—¡Ajajajá, no basta, basta! ¡Quiero ver!

—No hay nata que fer, no pueten hacer nata contra la cran Alemania, nos hacen cosquillas así, así y así… ajajá, ¡igual canamos nosotros!

—Ganamos nosotros, ¿verdad papá? Esta Alemania es fuerte, tengo que decir que da un poco de miedo.

—Pero claro Manuelito, gana Brasil, gana Antônio.

Carlos levantó los ojos al cielo:

—¡Papá…! ¿Otra vez con esta historia de que según tú el verdadero entrenador de este equipo es Antônio?

—No es una historia. Te repito que lo conozco bien, muchos de los esquemas que usan son iguales a los que habíamos inventado cuando entrenábamos al Macapá y por los que todos se burlaban de nosotros.

Carlos y Manuelito se cruzaron una mirada y después empezaron a reírse por lo bajo.

—¡Papá, vamos! La vía partida, jajaja, ¡claro que se burlaban, cómo se hace para quedarse serio!

Manuelito se echó a reír tanto que la Coca-Cola se le subió por la nariz y tuvo que escupir un poco sobre los pantalones.

Eduardo acomodó mejor a su nietita Evita, que se le había dormido en brazos, y liquidó con un gesto de la mano la condescendencia con que los hijos escuchaban sus relatos. Quién sabe si tiene hijos, Antônio, no me parecía muy el tipo. Quién sabe si encontró a alguien que escuche con gusto sus relatos. Y quién sabe si consiguió vencer el pánico de las semifinales; está enfocado un poco demasiado de lejos pero lo conozco, conozco esa cara: todavía cree en la maldición. Vamos Antônio, toda la familia Bezeiros está contigo.

—¿Y? ¿Empezó este partido? ¿Ya estuvieron los himnos? —se entrometió su mujer Rosa plantándose delante del televisor y haciéndolo ponerse detrás de sus prósperas caderas.

—¡Mamá! —¡Rosa! —gritaron juntos los tres Bezeiros varones—. ¡Shhhh! ¡Córrete y déjanos escuchar!

—¡SHHHHH! ¿Van a terminar con este lío? Ya es mucho que les deje ver el partido acá en el salón… Raimundo, saca los pies de la mesita, con esos botazos. Y tú, Ivano, si esa botella te la tomas toda antes del comienzo después no distingues ni siquiera el televisor…

—Senhor Inácio, está el senhor Almundes al teléfono, por la partida que…

—¡Pero si el partido está por empezar! ¿Qué diablos quiere?

—No, no el partido de fútbol, es por esa partida de coca que tiene que llegar y…

—¡Pero qué, pero qué! Dile que estoy ocupado, que vuelva a llamar. ¡Esta gente, que piensa solo en el trabajo! ¡No tienen patriotismo, no tienen poesía! Escucha el himno, me emociona todavía más desde que estoy lejos de mi Brasil… y además ese muchacho, el entrenador, lo descubrí yo.

—¿En serio, senhor Inácio?

—Pero claro. Lo crie yo, es una criatura mía, le puse yo la pelota en la mano cuando era todavía un chiquillo. Vi enseguida que tenía porvenir, no me equivoco en estas cosas, Inácio con la ayuda de la Virgen no se equivoca nunca, ¿verdad muchachos?

—Tenía razón mi jefe, tenía razón el senhor Inácio: él no se equivoca con las personas —se pavoneaba Gustavo en la absoluta indiferencia de los presentes, los cuarenta y dos presos que tenían permiso para asistir a los partidos en la sala de televisión, grisácea de linóleo y luces de neón—, no se equivoca nunca. Mírame a mí. Arreglado este tropiezo volveré al puesto que merezco, cuestión de tres años, no más. Y míralo a él, el Antônio. El jefe siempre lo dijo que ese muchacho estaba dotado, era como un hijo para él. Él y yo, como hijos. Somos prácticamente hermanos de leche Antônio y yo. Prácticamente soy hermano de leche de la Selección de fútbol, fíjate tú.

A su lado Romualdo, asesino múltiple que en la cárcel estaba estudiando la carrera de botánica, bostezó ruidosamente:

—Cierra el pico, que empieza.

—¡Muchachos, vengan, está por empezar! —Marcos, Sebastião, Rui y una decena de otros chiquillos estaban amontonados delante de la vitrina del negocio de electrodomésticos de la Rua Madeira, donde por lo menos cinco televisores encendidos mostraban en todos los formatos la cancha del Mineirão.

—¡Mira, ese es Moacir! —Bueno, claro que es él, ¡está vestido de arquero! —¡Es él, es él, además es el más alto! ¡Y ese es Jaci! —¡Ay, y no empujes! —¡Yo tengo que estar adelante! ¡Soy el más chiquito, tengo que estar adelante! Y además Jaci puso mi nombre en la camiseta, no el de ustedes. —¡Síii, cómo no, tu nombre! Quién sabe quién es ese Marcos, a lo mejor es su padre. —¡Pero su padre es un indio! Se ha de llamar Ykaiturjurxãnutky o uno de esos nombres que tienen ellos; te digo que puso Marcos en la camiseta por mí. ¡Es amigo mío! —¡Vamos, renacuajo piojoso, quién te crees que eres!

—Pero mírenlos a esos alemanotes qué aire de fanfarrones, quién sabe quiénes se creen que son.

—Bueno, Rominho, fuertes son fuertes, y mucho. Que después te revienten no es ninguna novedad.

—Una novedad sería que alguien le cayera bien, Valério.

—Qué importan las simpatías, ¡el problema es que Cauê está en el banco, miren!

—Ay carajo. ¡No hacía falta esto!

—No, no hacía falta. Ese Tainì en el lugar de Piata, también, qué sé yo. Dios cómo me gustaría estar ahí —Fabbri tenía las piernas enyesadas que eran todo un temblor. Valério se tamborileaba sobre las rodillas, Devil hacía sin darse cuenta los ejercicios de respiración que acostumbraba a hacer antes de salir a la cancha, Carlos no conseguía tener los pies quietos. En el cuarto blanco de la clínica se respiraba un olor a adrenalina tan intenso que la enfermera casi se había mareado.

—No sé ustedes, muchachos, pero yo es como si estuviera ahí, hasta siento el olor del pasto…

—Ese es el desodorante de Devil. Pero yo también me siento como si estuviera por jugar, vibro todo.

—Concentrémonos, quizá les llegue también nuestra energía, vendada y entablillada pero energía al fin. Fuerza, Brasil, vamos.

Suplicio estaba concentradísimo. Era la primera vez en absoluto que le permitían entrar en la sala de la *pousada* y trataba de ser extremadamente bien educado. Gambone le tenía una mano sobre la cabeza, por si acaso, y se abanicaba con la gorra de capitán.

—Hace calor, Gesita. Tenía que comprarme un televisor para el barco. De esos planos, lindísimo, compro uno mañana. Por lo menos me lo miro al fresco.

—Eh, quizá el año que viene ponemos el aire acondicionado, veremos. Pero yo estoy transpirada de la emoción, eso es. Pensar que fui la primera en conocerlos, y ahora los mira todo el mundo. Los vestí yo, los vestí yo.

Se secó los ojos:

—Tomémonos una *cervejinha*, vamos, si no me emociono. Armandinho, ¿quiere una usted también?

Armando dijo que sí con la cabeza, sin despegar los ojos de la pantalla. Estaba acalorado él también, pero no tenía ninguna intención de sacarse la corbata que se había puesto para la ocasión, negra y con una manchita de grasa que se remontaba a su casamiento cinco décadas antes.

El árbitro fue al centro de la cancha. Enmudeció Pepè, con una lentejuela púrpura encastrada en la barba áspera del mentón. Se royó la uña del anular Teresa, se hizo la señal de la cruz Luiza, cruzó los dedos Saverio. Contuvo el aliento Italo, mientras Marcela se mordía el labio abanicándose furiosamente con el abanico falso japonés. Se tiró la sábana hasta el mentón Isabel, mirando fijo la pantalla por encima del hombro de Robert, que cantaba Deutschland Über Alles, y se quedó inmóvil Eduardo, con un hilito de saliva de la recién nacida que le corría por el cuello. Se secó el sudor Inácio, encendiéndose de nuevo el cigarro que ya estaba encendido, eructó Gustavo, se callaron los niños mientras Marcos se metía el índice en la nariz. Se hizo silencio en el atestado cuarto blanco, Gambone escupió al suelo, Suplicio gruñó. Y el árbitro pitó el comienzo.

5.16 Tambores

Era un crepúsculo luminoso y nítido, una luna grandísima acababa de asomarse por encima de las ramas más altas de los árboles cuando Kirimà empezó a contar. Podía equivocarse en muchas cosas, pero sabía cuándo la tribu necesitaba escuchar una historia. Los muchachos, casi todos sus varones jóvenes, tan lejos, tan inalcanzables, corriendo quién sabe qué peligros en lugares que nadie en la aldea conseguía siquiera imaginar: no había adulto que no estuviera angustiado por el hijo o el nieto, no había muchacha que no pensara en un enamorado o en un hermano, no había uno entre los pocos muchachos que quedaban que no se preguntara a cada momento dónde estarían y qué estarían haciendo los amigos con los que había crecido. El no saber nada, todavía más que su ausencia, pesaba sobre las mentes de todos. Sí, la aldea necesitaba escuchar una historia.

Kirimà miró el cielo y los árboles, se esforzó por imaginar aquel lugar lejano y se preguntó si la luna que se veía desde allá sería la misma. Después empezó su relato.

—Lejos, lejos, donde el río se vuelve ancho y todavía más ancho, hay una gran aldea en medio de las palmeras, y en esa aldea hay un gran claro, pero grande de verdad, ¿se acuerdan de los claros de los relatos de Antônio?

Un murmullo de asentimiento recorrió la tribu, claro que se acordaban de los relatos de Antônio.

—Bueno, este es todavía más grande, grande como diez de nuestros claros. Nuestros muchachos están al borde de ese claro, ahora mismo: están pintados con los colores del desafío y escuchan los tambores que suenan fortísimo para incitarlos a correr y a vencer. Llegaron tribus de todas las aldeas para verlos jugar, de todas las aldeas del mundo, y hay veinte veces veinte veces veinte personas esperando todas a que el juego empiece. Encendieron una multitud de fuegos, todo alrededor, y el claro está iluminado como si fuera de día. Todos cantan y danzan, y golpean piedras y palos: es una gran velada, es el juego más importante de todos el que va a empezar dentro de poco, y los adversarios tienen pinturas rojas como la sangre, son muchos y muy malos.

Los niños más pequeños se apretaron contra sus padres: todos aquellos adversarios pintados de rojo y tan malos los impresionaban un poco. No creían para nada en la descripción de Kirimà, cómo va a existir un claro tan grande, iluminado como de día encima, cómo va a haber tantísima gente, cuánta dijo, veinte veces veinte veces… no puede haber tantas en el mundo. *Pero es una linda historia*, pensaron y, como todos, se sentaron más cómodos para escuchar mejor.

Kirimà describió a cada uno de los muchachos, los dibujos que cada cual tenía en el rostro y en el cuerpo, enumeró los adornos y habló de sus caras concentradas, de grandes guerreros. Tamborileando con dos palitos sobre un tronco hueco para darse el ritmo, describió el tocado de plumas de Antônio, segundo en imponencia solo al del gran chamán que iba a dar comienzo a la contienda. Les hizo escuchar los cantos de las ranas en el río y de los monos en los árboles que rodeaban el claro, explicando que parecía que cantaran sobre el ritmo de los tambores; trazó apuntando el dedo al cielo las rutas de diez veces diez grandes pájaros luminosos, aquellos de los que Antônio había hablado tan a menudo; dijo que los pájaros luminosos en esa gran aldea son numerosos como loros, y van y vuelven de la luna, donde tienen sus nidos resplandecientes.

Miró a su alrededor: los rostros sobre los que se movían las sombras del fuego estaban todos vueltos hacia él; miró a los niños con la boca abierta y a los que se chupaban un dedo, vio los ojos centelleantes del reflejo de las llamas de todos los adultos, que contenían el aliento mirándolo fijo: nunca, nunca había tenido tanta atención. *Será la historia más hermosa de todas*, decidió, *contaré la historia más hermosa que haya contado nunca.*

—Todos cantan el canto del desafío, veinte veces veinte veces veinte voces se alzan y hacen vibrar la tierra, sacuden las hojas en los árboles mientras las chispas de todos los fuegos vuelan al cielo como enjambres de luciérnagas locas. Entonces el chamán de los hombres amarillos lanza el grito del comienzo y tira en medio del claro la pelota. Es Yamandé quien la golpea primero, su patada es fortísima y traza un arco perfecto como un arcoíris: los adversarios entienden lo poderosos que son nuestros muchachos y quedan aterrados.

Los niños se dieron codazos, todos contentos.

—Pero los hombres rojos son fuertes y muy crueles, no les permiten correr a nuestros muchachos, los rodean por todos lados. Son veloces y malvados, y pérfidos como arañas; apenas están cerca de ellos golpean a los muchachos con codos y patadas.

Un murmullo de indignación se levantó de los oyentes; una niña, murmurando «¡Maaaaiaaaa!», escondió la cara entre las rodillas de su madre.

—Un hombre grande y corpulento, con una pluma de cuervo metida detrás de una oreja, le pega en una pierna a Jaci, que cae al suelo.

La tribu protestó ruidosamente por la afrenta, pero Kirimà ya había retomado la palabra:

—Jaci es muy valiente y se levanta enseguida, pero los adversarios aprovechan al ver a los nuestros confundidos, se escurren como serpientes venenosas y uno de ellos, después de empujar a Itaúna por detrás hasta casi hacerlo caer, tira la pelota y la manda a golpear el árbol sagrado, demasiado alto para el salto desesperado de Moacir.

—No… Nooo… —Una sola voz, el desconsuelo de todos.

—Los nuestros se miran, querrían reaccionar pero un hechicero invisible lanza sobre ellos una magia poderosísima, las piernas se les ablandan, parece que ya no vieran dónde ponen los pies, están inseguros, embobados por el encantamiento. Y he aquí que otro hombre rojo se pone a correr, supera a Ubirajara y a Piraí, que tienen los ojos como perdidos en el vacío, patea la pelota, que con alas de magia supera a Moacir y golpea de nuevo el árbol sagrado.

—¡NO!

—Jaci renguea, no sabe qué hacer, los otros parece que ya no supieran adónde ir, parece que sus ojos ya no vieran la pelota, Yamandé y Moacir tratan de sacudirse pero no lo consiguen, están todos presa del sortilegio.

El ritmo de los palitos de Kirimà había aumentado, los ojos estaban todos desorbitados, Itátakûara pataleaba agitadísimo, sentado en el tronco: *qué estúpido he sido, ni un encantamiento les enseñé antes de que partieran, cómo se hace, cómo se hace para mandar a la gente a una aventura así de peligrosa sin conocer ni siquiera una magia, cómo se hace.*

—Y dos hombres con collares de dientes de puma rodean a Ubiratan, lo golpean fuerte en la rodilla, he aquí que cae, no consigue levantarse. Lo sacan del claro, ya no va a poder jugar esta noche. Entra en su lugar Jerujeru pero el sortilegio está también sobre él, tropieza con piernas que no parecen suyas, deja pasar a un hombrecito rojo muy feo y malo que en un momento ya está delante de los árboles sagrados, mira a Moacir fijo a los ojos y lo manda a tirarse para el lado equivocado mientras él patea y ¡HACE OTRO PUNTO!

—¡NOOOO! ¡NOOOOOO!

El grito de la tribu retumbó tan fuerte que los tucanes en los árboles, despertados del sueño, se fueron volando con un gran batir de alas. Las mujeres se mordieron los labios, muchos niños lloraban. La madre de Ubiratan se apretó contra la mujer que tenía al lado, asustada por la lesión pero casi aliviada de que su hijo ya no estuviera obligado a jugar, a medirse contra aquellas fieras desleales.

—Nuestros muchachos están como estupefactos, no saben reaccionar, y el tiempo pasa: cuando la estrella del ojo de la anaconda haya alcanzado la luna el partido habrá terminado, no falta mucho. Y los hombres rojos marcan otros puntos; para contarlos todos hace falta una mano entera y dos dedos de la otra. Ya sienten la victoria sobre la piel, se ríen de nosotros y de nuestra impotencia, tienen ojos redondos y violentos.

Los hombres, nerviosísimos, acariciaban los cuchillos que tenían al costado, Itátakûara se mordía los nudillos, nadie osaba emitir un suspiro. Kirimà, todo transpirado por la tensión, aceleró todavía más el ritmo de los palitos: ahora era el latido de un corazón enloquecido.

—Parece todo terminado, los adversarios gritan lanzándose sobre la pelota, saben que van a poder hacer muchos puntos más. Cuando he aquí que de pronto…

Cuando he aquí que de pronto Yamandé se coloca sobre la pelota y grita:

—¡YANIAHÌÌ TELÈÈÈH HOICÌIIII!

Es un grito potente, consigue perforar incluso el murmullo de los 80.000 espectadores del Mineirão, que enmudecen para escucharlo mejor. Y de nuevo Yamandé, mirando a sus compañeros, para estar seguro de haber sido entendido:

—¡Yaniahìì telèèèh hoicìiiii!

En los vestuarios, poco antes, había habido silencio. Los muchachos callaban. El míster no tenía ganas de hablar, no aguantaba más toda esta pantomima y ya ni siquiera le importaba salvar las apariencias. Se había sorprendido pensando que no veía la hora de que terminara, pasara lo que pasara. Pero Antônio parecía —estaba— paralizado por el pánico. Seguía murmurando: *la semifinal, de todas las cosas que podía transmitirles les transmití mi miedo a las semifinales*, y entonces el míster habló, aunque no fuera más que para hacerlo callar.

—La situación es dura. Pero estamos perdiendo tres a cero, no siete o diez. Tres goles son recuperables. Sé que Antônio les contó muchas historias de fútbol; no sé si les contó las de las remontadas desde el cero a tres. Pocas, pero las hubo. Hasta hubo una semifinal de un Mundial en la que justamente Alemania perdió cuatro a tres. Hacer cuatro goles repartidos aquí y allá o hacerlos todos seguidos no es tanta diferencia. Ahora tienen miedo. Pero cuando hagan el primer gol y después el segundo… y fíjense bien, no «si»: cuando. Cuando hagan el primero y el segundo gol, van a estar perdiendo todavía pero el miedo va a haber pasado a los ojos de ellos, ya no a los de ustedes. ¿Cómo hacerlo? Tienen que saberlo ustedes. Cuanto más avanzamos en el Mundial, más se pusieron a jugar como los otros. También por culpa mía. Pero ustedes no son los otros. Son ustedes. Dejen de imitar a los otros y jueguen como saben. ¡Y vuelvan a ser un equipo, pordiós! Hasta el otro día eran el equipo más unido que yo hubiera visto nunca, hoy parece que no consiguieran ni mirarse a los ojos. Recompónganse, diossantísimo. ¡Y dejen de romperle las pelotas al banco! ¿Entendieron?

Por un instante había habido silencio absoluto. Muchas miradas se habían desplazado de un rostro a otro. Después Gonçalves había doblado todavía más hacia abajo las comisuras de la boca, se había

dado la vuelta hacia Antônio sacudiendo la cabeza y había dicho, un poco a él pero sobre todo a sí mismo:

—Pero no. Claro que no entendieron. Qué situación de mierda.

Mientras Gonçalves se sentaba, Thiago lo había reconfortado:

—Lindo discurso, míster.

—¡Pero vete a la mierda! —le había respondido aquel otro. Antônio le había echado una mirada, había asentido y después había hablado a su vez.

—¿Qué les dijiste? —le había preguntado el míster.

—Traduje lo que les dijo usted.

—No, en serio.

—En serio. Era un lindo discurso.

El míster había mirado a Antônio con aire interrogativo, había sacudido la cabeza y había mirado a Cauê:

—¡Chiquillo! ¿Te animas a entrar?

Después había salido de los vestuarios y se había dirigido al banco, seguido por Antônio.

Mientras Cauê se preparaba, los jugadores se habían quedado en los vestuarios confabulando algunos segundos y después habían vuelto a la cancha.

—¡YANIAHÌÌ TELÈÈÈH HOICÌIIII!

—¿Qué dijo? —pregunta el míster, curioso.

—Hagamos la jugada del tapir.

—¿Y eso qué es?

—Nunca la escuché antes —responde Antônio sonriendo.

El segundo tiempo empezó hace muy poco y Alemania acaba de cometer una falta en ataque. Antes de que Yamandé ejecute, nueve jugadores de Brasil suben al unísono y se disponen a lo largo de la línea de mitad de cancha. ¡Un esquema nuevo!, murmuran los espectadores excitados. ¡Por fin! ¡Sabía que no podían bajar los brazos así! Lo dicen incluso los más escépticos, los que hasta un minuto antes estaban pensando en irse, los que empezaban a añorar el Brasil tradicional. Los alemanes esperaban algo, pero esto los descoloca. Dejar la defensa tan desguarnecida es una locura, quizá sea alguna táctica, pero parece más que nada la jugada de la desesperación. En la duda, los jugadores rojos y negros no saben bien qué hacer, se limitan a marcar de cerca a cada adversario a la espera de cómo se desarrolle la situación.

—¿Sabe cómo se caza un tapir? —le pregunta Antônio al míster.

—¿Me estás jodiendo?

Yamandé patea. Es una patada larga y tensa hacia Jaci. Mientras Jaci salta como para cabecear, falla la pelota voluntariamente y esta llega al pie de Cauê, justo sobre la raya de mitad de cancha.

—Hay una liana en cuyo interior, en vez de haber agua, hay una sustancia viscosa y hedionda; el olor recuerda al del coco pero más rancio.

Cauê golpea la pelota de volea anticipándose por un instante a Alherman, del que recibe un golpe duro. Queda en el suelo, pero la pelota está dirigida correctamente hacia Ubiratan, que de volea se la gira a Jerujeru, que ya está arrancando hacia la portería.

—Hay que tomar esta sustancia y untársela bien en el trasero y adelante en la pelvis; no hay que descuidar ningún agujero ni hendidura.

Pero el pase es un pelo demasiado corto, Kuntz lo intuyó todo y lo intercepta. La pelota es de Alemania y Brasil está descubierto que más descubierto no se puede.

—Porque el problema con el tapir es que no es difícil de cazar pero está lleno de garrapatas, que se llaman justamente garrapatas del tapir.

La ocasión de contragolpe es de oro, ¿y quién no la aprovecharía? La pelota vuela de un pie a otro de los jugadores de camiseta roja que avanzan rápidos hacia la portería de Brasil. Son cuatro contra Yamandé: todo Brasil corre velocísimo hacia atrás en su ayuda, la ventaja de los alemanes es poca pero puede bastar.

—Y estas garrapatas, que son terribles, se adaptaron a subir por las patas o por las piernas y a meterse en la pelvis, esto porque el tapir se rasca contra las cortezas de los árboles pero obviamente no se rasca justo en ese punto.

Yamandé mantiene bien la posición, contemporiza lo justo para volver temible la recuperación de Itaúna y meter presión a los adversarios: Bauer elige quemar los tiempos y descarga un zurdazo potente a pocos pasos fuera del área. Es un instante y después Moacir se tira. La dirección es la correcta y la agilidad es esa que todos aprendieron a admirar en estas semanas. Quizá llegue.

Es una cuestión de perspectiva, piensa Antônio fotografiando ese instante. Todo depende. Después, en cierto momento, la pelota acaba afuera, o en el palo, o en la red, o en los dedos del arquero, y ya no depende.

Moacir arponea la pelota con la mano derecha. Cae. El tiempo de levantarse y sin siquiera mirar relanza la pelota colocándola directa a los pies de Yamandé.

—Ese es el punto del tapir: lo ves, parece un animal indefenso, vencido de antemano. Pensarías que ganarle es un juego de niños, pero si no prestas atención incluso a los mínimos detalles va a ser él quien te gane a ti.

Yamandé lanza largo. En ese punto está solo Cauê, que hasta un segundo antes seguía en el suelo, pero ahora se levanta con la agilidad de un jaguar y engancha la pelota con un control perfecto. ¿Era una finta? ¿Resucitó motivado por la ocasión de oro? No se sabe y en ese momento no le importa a nadie. Cauê corre fulminante hacia la portería alemana, está completamente solo, delante de él solo el arquero. El Mineirão hierve de renovada esperanza como si hubiera quinientos mil espectadores, ya están gritando tanto que uno se pregunta qué pasará si llega a marcar.

Se descubre algunos segundos después: Krugenstein sale a la desesperada, pero Cauê con una finta lo sienta y la manda adentro con la portería vacía.

Antônio es feliz, el partido está reabierto, la maldición de la semifinal está rota, pero sobre todo su destino de entrenador llegó a cumplirse: la jugada del tapir funcionó y él se volvió inútil, como siempre había predicado.

Kirimà se seca la frente. El punto está marcado y otros seguirán: toda la aldea ahora ríe, llora y canta. Una linda historia termina bien, él lo sabe.

Lo sabe también Antônio, mientras ríe con el pitazo final en el fragor del estadio que festeja.

Cómo se tradujo este libro

La mossa del tapiro salió en 2014, en italiano, autopublicado. No pensábamos que pudiera convertirse en un fenómeno editorial, pero siempre creímos en la belleza del texto y siempre esperamos poder contar esta fábula al mayor número posible de personas. No ganamos nada con él; de hecho, perdimos dinero. Pero es un libro que queremos, y nos ha dado una satisfacción que ningún número podrá medir.

Las traducciones se hicieron con inteligencias artificiales, siempre cotejadas con el original italiano: un primer borrador con Claude (Anthropic), una revisión crítica con Kimi (Moonshot AI) y una revisión final otra vez con Claude. Ningún traductor nativo las ha revisado. Si encuentras un error, escríbenos, aunque no vemos por qué deberías hacerlo.

Sabemos que las IA dividen, y no fingimos no saberlo. Estamos en contra de usarlas para producir contenidos en serie, sin cuidado, y casi en contra de usarlas sin más. Sobre todo estamos en contra del movimiento que las impulsa, Anthropic incluida: un corporativismo que tiene mucho de fascismo, con un impacto en el planeta que puede resultarnos fatal a todos.

Pero la herramienta la hemos usado, y es justo decirlo.

¿Somos incoherentes? Antônio probablemente pensaría que sí. Gonçalves nos diría que no nos comiéramos tanto la cabeza. Ubiratan nos diría que consumiéramos todavía más agua, a ver si así esa maldita cascada era más fácil de cruzar. Gambone tendría algo que objetar a que la versión digital sea gratis. Teresa…

Contacto

Si quieren saber más sobre algunos hechos y costumbres mencionados aquí y allá en el relato, visiten http://lamossadeltapiro.wordpress.com/

También pueden encontrarnos en:

Facebook : www.facebook.com/lamossadeltapiro

Twitter : twitter.com/MossaDelTapiro

Para escribir a los autores: lamossadeltapiro@gmail.com

De los mismos autores

Ingegneri, però simpatici, Leonardo Poggi, Sonda Editore

Da bambino ero sovietico, Leonardo Poggi

Doppler, Miki Fossati, Blonk Editore

Finalmente è troppo tardi, Miki Fossati, Zona42